

# **El Regreso del Nativo**

**Thomas Hardy**

## **LIBRO PRIMERO.**

### **TRES MUJERES**

#### **1. Un rostro en el que el tiempo deja pocas huellas**

Se aproximaba la hora del crepúsculo de un sábado de noviembre, y la vasta extensión de ilimitado erial conocida por el nombre de Egdon Heath se entenebrecía por momentos. Allá en lo alto, la cóncava extensión de nubes blanquecinas que cubría el cielo era como una tienda que tuviera por suelo todo el páramo.

Como el firmamento estaba revestido por ese pálido velo y la tierra por la más oscura vegetación, el punto en que ambos se encontraban en el horizonte quedaba claramente definido. Debido a ese contraste, el páramo había adoptado el aspecto de un adelanto de la noche que se hubiera apropiado del lugar antes de la llegada de su hora astronómica: la oscuridad se había adueñado en un alto grado de la tierra, mientras que el día perduraba distintamente en el cielo. De mirar a lo alto, un cortador de aulaga se habría sentido inclinado a seguir su trabajo; de mirar hacia abajo, habría decidido terminar con el haz que tenía entre las manos e irse a casa. Los distantes confines del mundo y del firmamento parecían ser una división del tiempo, además de una división de la materia. La superficie del páramo, por su solo aspecto, le añadía media hora a la tarde; de manera similar podía retrasar el alba, entristecer el mediodía, anticipar la fiereza de tormentas apenas constituidas e intensificar la opacidad de una medianoche sin luna hasta hacerla motivo de miedos y temblores.

En realidad, era precisamente en ese momento de transición en su revolución nocturna hacia las tinieblas que comenzaba a evidenciarse el grandioso y singular esplendor del yermo de Egdon, y no se podía afirmar de nadie que conocía el páramo si no había estado allí a esa hora. Cuando mejor se le sentía era cuando no se le podía ver con claridad, y su efecto y explicación plenos residían en esa hora y las siguientes hasta el amanecer del nuevo día; entonces, y sólo entonces, revelaba su verdadera historia. El lugar era, en realidad, pariente cercano de la noche, y cuando esta llegaba, era posible percibir en sus tonalidades y en el paisaje una obvia tendencia a gravitar el uno hacia la otra. La sombría extensión de elevaciones y hondonadas parecía alzarse en simpatía al encuentro de las tinieblas del crepúsculo, y el páramo exhalaba oscuridad con la misma rapidez que el cielo la despedía hacia la tierra. Y así, la oscuridad del aire y la oscuridad del suelo se fundían en una negra confraternización hacia la cual cada una avanzaba la

mitad del trayecto.

En ese momento el lugar desbordaba una vigilante concentración; porque cuando otras cosas se hundían en el sueño, el páramo parecía despertar lentamente y empezar a prestar oído. Noche tras noche, su forma titánica daba la impresión de aguardar algo; pero había aguardado así, inmóvil, durante tantos siglos, en medio de las crisis de tantas cosas, que sólo era dable imaginar que esperaba una última crisis: el derrocamiento final.

Era un sitio que volvía a la memoria de quienes lo amaban con un aspecto de amable y peculiar congruencia. Los sonrientes valles de flores y frutas rara vez producen ese efecto, porque sólo guardan permanente armonía con una existencia de mejor fama que la presente en lo tocante a sus contenidos. El ocaso se combinaba con el paisaje de Egdon Heath para producir algo que era majestuoso sin ser severo, impresionante sin ser estridente, enfático en sus admoniciones, grandioso en su simplicidad. Las credenciales que a menudo le otorgan a la fachada de una prisión mucha más dignidad que la que suele encontrarse en la fachada de un palacio del doble de sus dimensiones, le conferían al páramo un aire sublime del que carecen totalmente lugares famosos por su belleza al uso. Las vistas hermosas hacen feliz pareja con los buenos tiempos; pero, ¡ay si los tiempos no son buenos! Los hombres han sufrido más a menudo por la burla que constituye un lugar demasiado sonriente para su razón que por la opresión que causa un entorno teñido por una tristeza excesiva. El escuálido Egdon apelaba a un instinto más sutil y escaso, a una emoción aprendida más recientemente, que la que produce el tipo de belleza que se califica de bonita o encantadora.

La realidad es que cabe preguntarse si el imperio exclusivo de esa belleza ortodoxa no se acerca a su fin. Puede que el nuevo Valle de Tempe sea un mustio erial en Tule; puede que las almas de los seres humanos encuentren cada vez más armonía con objetos que exhiban una lobreguez que le resultaba desagradable a nuestra raza cuando era más joven. Parece acercarse el momento, si es que aún no ha llegado, en que la circumspecta excelsitud de un yermo, un mar o una montaña sea lo único de la naturaleza que guarde absoluta sintonía con los estados de ánimo de los miembros más pensantes de la humanidad. Y, por último, hasta para el más común de los turistas, sitios como Islandia se conviertan en lo que hoy representan para él los viñedos y los jardines de mirto del sur de Europa; y que pase junto a Heidelberg y Baden sin prestarles ninguna atención cuando se traslada apresurado de los Alpes a las dunas de arena de Scheveningen.

El asceta más exigente podía experimentar la sensación de que tenía un derecho ingénito a deambular por Egdon; no vulneraba el límite de la legítima indulgencia al permitirse influencias como esa. Colores y bellezas tan apagados eran, al menos, prerrogativa de todo ser viviente. Sólo en los días

veraniegos más espléndidos el talante del lugar rozaba el nivel de la alegría. Alcanzaba la intensidad con más frecuencia gracias a la solemnidad que a la brillantez, y a menudo lograba esa clase de intensidad en medio de las tinieblas, las tempestades y las nieblas invernales. Entonces Egdon despertaba y las correspondía, porque la tormenta era su amante y el viento su amigo. Entonces se convertía en refugio de extraños fantasmas; y se descubría que era el original, hasta ese momento no advertido, de las irracionales regiones de sombras que sentimos vagamente a nuestro alrededor en los sueños de huidas y desastres que nos asaltan a medianoche, en los que nunca pensamos terminado el sueño, hasta que una escena como esa los hace revivir.

En el momento que nos ocupa, el lugar guardaba perfecta correspondencia con la naturaleza humana: ni terrible, ni odioso, ni feo; ni común, ni carente de sentido, ni domesticado; pero, como el hombre, lastimado y perseverante; y además, singularmente colosal y misterioso en su parda monotonía. Como sucede con algunas personas que han vivido mucho tiempo solas, su rostro parecía exhibir una expresión de retraimiento. Tenía una faz esquiva que sugería posibilidades trágicas.

Esa región oscura, obsoleta, arcaica, figura en el registro del catastro realizado por Guillermo el Conquistador. Allí se describe su condición como la de un baldío ralo, cubierto de aulaga y zarzas, y se le da el nombre de Bruaria. A continuación se menciona su largo y su ancho medido en leguas; y aunque existe cierta incertidumbre acerca de la extensión exacta de esa antigua medida de longitud, parece ser que las dimensiones del área de Egdon han disminuido muy poco de entonces a nuestros días. «Turbaria Bruaria» —el derecho a recoger turba del páramo— aparece en los mapas del distrito. «Cubierto de brezos y musgo», dice Leland de esa misma oscura extensión de tierra.

Esos eran, al menos, datos inteligibles relativos al paisaje, pruebas importantes que producían una genuina satisfacción. Egdon siempre había sido el sitio indomesticable, ismaelita, que era ahora. La civilización era su enemiga; y desde que apareciera en él la vegetación, su suelo había llevado el mismo viejo traje pardo, el atuendo natural e invariable de esa particular formación. Su único y venerable abrigo implicaba cierta burla a la vanidad humana que se despliega en el vestuario. Una persona ataviada con vestidos de corte y colores modernos exhibe en un páramo un aspecto más o menos anómalo. Parecen requerirse los más antiguos y modestos atavíos humanos allí donde los atavíos de la tierra son tan primitivos.

Reclinarse en el tocón de un espino del valle central de Egdon en un momento como ese, cuando la tarde se desliza hacia la noche, cuando el ojo no divisa nada del mundo exterior más allá de las cimas y los cerros del páramo, que llenan toda la órbita de su visión, y saber que todo lo que está en torno y

bajo las propias plantas proviene de tiempos prehistóricos, que permanece tan inalterado como las estrellas en lo alto, le proporciona un ancla a la mente que flota a la deriva debido a las mudanzas y se ve agobiada por el irreprimible avance de lo Nuevo. El gran paraje intacto poseía una añeja invariabilidad que el mar no puede reivindicar. ¿Quién puede decir de un mar en particular que es viejo? Destilado por el sol, levantado por la luna, se renueva cada año, cada día o cada hora. El mar cambiaba, los campos cambiaban, los ríos, las aldeas y las personas cambiaban, pero Egdon permanecía inmutable. Sus superficies no eran ni tan empinadas como para que las derribaran los elementos ni tan planas como para ser víctimas de desbordamientos y aluviones. Salvo por un añoso camino y un todavía más añoso túmulo de los que pronto se hablará — casi cristalizados ambos hasta resultar productos naturales a causa de su prolongada inmutabilidad—, ni siquiera las irregularidades insignificantes habían sido causadas por el pico, el arado o la pala, sino que eran como las huellas del último trastorno geológico.

El camino antes mencionado atravesaba de un horizonte al otro los niveles inferiores del páramo. En muchas partes de su trayecto seguía la ruta de un camino vecinal que arrancaba de la gran carretera occidental de los romanos, la Vía Iceniana, o Ikenild, no muy lejana. En el atardecer que nos ocupa se habría podido apreciar que aunque las sombras habían aumentado lo suficiente como para desdibujar los accidentes menores del páramo, la superficie blanca del camino seguía siendo casi tan clara como siempre.

## **2. Aparece en escena La Humanidad, de la mano de los problemas**

Un anciano recorría el camino. Su cabeza era blanca como una montaña, sus hombros caídos y su aspecto general desdibujado. Llevaba un lustroso sombrero de piel, una vieja capa marinera y zapatos; en la superficie de sus botones de metal había estampada un ancla. En la mano tenía un bastón con puño de plata que empleaba como una auténtica tercera pierna, ya que apoyaba su punta en el suelo con perseverancia cada pocas pulgadas. Se habría dicho que en sus buenos tiempos el anciano debía haber sido un oficial de marina.

Ante él se extendía el largo y penoso camino reseco, vacío y blanco. Estaba abierto al páramo a ambos lados; su trayectoria era la bisectriz de esa vasta superficie oscura, como una raya en medio de una cabellera negra, y sólo en el horizonte más lejano empequeñecía y se perdía en una curva.

El anciano miraba al frente con frecuencia para calcular el trayecto que le quedaba por recorrer. Al cabo distinguió, allá a lo lejos, un punto en

movimiento que parecía ser un vehículo, y que resultó andar por la misma ruta en que viajaba. Era el único átomo de vida que encerraba el paisaje, y sólo servía para poner más en evidencia la soledad general. Su ritmo de avance era lento, y el anciano acortó sensiblemente la distancia que los separaba.

Cuando se acercó, percibió que se trataba de un carro de forma corriente, pero de color singular, ya que era de un rojo chillón. El conductor caminaba a su lado y, como el carro, era completamente rojo. Un tinte del mismo tono cubría sus ropas, la gorra que le cubría la cabeza, sus botas, su rostro y sus manos. No se trataba de que estuviera temporalmente pintado de ese color, sino de que este lo permeaba por entero.

El anciano sabía de quién se trataba. El viajero que marchaba junto al carro era un vendedor de almagre: su ocupación consistía en suministrarles a los granjeros el almagre para sus ovejas. Era el representante de un tipo humano que se encaminaba rápidamente a la desaparición en Wessex, y que llenaba en el mundo rural, en esa época, el nicho que ocupara el dodo en el mundo animal durante el pasado siglo. Era un curioso eslabón, interesante y casi extinguido, entre formas de vida obsoletas y las que imperan en la actualidad.

El oficial venido a menos se acercó lentamente a su compañero de ruta y le deseó buenas tardes. El vendedor de almagre volvió la cabeza y le contestó en tono triste y apurado. Era joven, y su rostro, si no exactamente atractivo, se acercaba tanto a esa condición que nadie habría contradicho la afirmación de que lo habría sido realmente de exhibir su color natural. Sus ojos, que brillaban de manera tan extraña a través del tinte, resultaban atrayentes: agudos como los de un ave de presa y azules como la niebla otoñal. No llevaba patillas ni bigote, lo que permitía que se pudieran apreciar las suaves curvas de la porción inferior de su rostro. Sus labios eran finos, y aunque, al parecer, sus pensamientos hacían que los mantuviera apretadamente cerrados, de vez en cuando en sus comisuras aparecía un agradable mohín. Vestía un traje muy ajustado de corduroy, de excelente calidad y poco uso, y bien seleccionado para su propósito, pero privado de su color original por su ocupación. El traje mostraba ventajosamente las buenas formas de su figura. Un cierto aire de holgura sugería que no era pobre para su oficio. Un observador, llevado de una natural curiosidad, se habría preguntado qué podía haber conducido a un individuo tan promisorio a ocultar su atractivo aspecto adoptando tan singular oficio.

Tras responder al saludo del anciano, el vendedor de almagre no dio muestras de mayor inclinación a continuar la charla, aunque siguieron caminando lado a lado, porque el viajero de más edad parecía desear compañía. No se escuchaban más sonidos que los bramidos del viento en la extensión de hierba requemada que los rodeaba, el crujido de las ruedas, las pisadas de los hombres y el paso de los dos peludos caballitos que tiraban del

carro. Eran animales fuertes, de poca alzada, de una raza producto de la mezcla de Galloway y Exmoor, a los que se conocía en el lugar como «segadores del páramo».

Mientras caminaban, el vendedor de almagre se apartaba de vez en cuando de su compañero y, tras dirigirse a la parte trasera del carro, miraba a su interior por una pequeña ventana. Su mirada siempre denotaba preocupación. Después regresaba junto al anciano, quien hacía otro comentario sobre el estado de la región o algo similar, a lo que el vendedor de almagre de nuevo respondía distraídamente, y volvían a quedar en silencio. El silencio no les resultaba incómodo a ninguno de los dos; en esos sitios apartados, los viajeros a menudo recorrían varias millas sin intercambiar palabra después de los primeros saludos; la contigüidad equivale a una conversación tácita allí donde, a diferencia de lo que ocurre en las ciudades, se puede poner fin a dicha contigüidad con la menor inclinación de cabeza, y donde no ponerle fin constituye, en sí mismo, un intercambio. Posiblemente los dos viajeros no habrían vuelto a hablar antes de separarse de no haber sido por las visitas del vendedor de almagre a su carro. Cuando regresó tras la quinta ojeada a su interior, el anciano dijo:

— ¿Llevas algo ahí adentro además de tu carga?

—Sí.

— ¿Alguien que necesita de tus cuidados?

—Sí.

Poco después, se oyó un leve grito procedente del interior del carro. El vendedor de almagre se dirigió apresuradamente a su parte trasera, echó un vistazo y volvió a su lugar.

— ¿Llevas ahí un niño, amigo mío?

—No, señor, llevo una mujer.

— ¡No me digas! ¿Por qué gritaba?

—Se quedó dormida, y como no está acostumbrada a viajar, está intranquila y no deja de soñar.

— ¿Es una mujer joven?

—Sí, una mujer joven.

—Hace cuarenta años eso me habría resultado interesante. ¿Es tu esposa?

— ¡Mi esposa! —dijo el otro con amargura—. Está demasiado arriba como para juntarse con alguien como yo. Pero no hay ningún motivo para que le cuente esto.

—Cierto. Y no hay ninguna razón para que no lo hagas. ¿Qué daño puedo causaros a ti o a ella?

El vendedor de almagre clavó la vista en el rostro del anciano.

—Pues bien, caballero —dijo finalmente—, la conozco desde hace tiempo, aunque quizás habría sido mejor que nunca la hubiera conocido. Pero no es nada mío, ni yo soy nada de ella; y no estaría en mi carro si hubiera conseguido un transporte mejor.

— ¿De dónde viene, si me permites?

—De Anglebury.

—Conozco bien la ciudad. ¿Qué hacía allí?

—Nada de importancia que valga la pena mencionar. Sea como fuere, ahora está sumamente cansada y se siente mal, y por eso está tan intranquila. Hace como una hora se quedó dormida, y eso le hará bien.

—Sin duda será una chica bonita.

—Podría decirse.

El otro viajero volvió los ojos, interesado, hacia la ventana del carro, y sin quitarlos de allí, dijo:

—Supongo que podría echarle un vistazo.

—No —dijo bruscamente el vendedor de almagre—. Se está poniendo demasiado oscuro para que pueda verla bien; y, además, no tengo derecho a permitírsele. Gracias a Dios duerme profundamente, y espero que no despierte hasta que llegue a su casa.

— ¿Quién es? ¿Es de por aquí?

—Perdóneme, pero eso no le incumbe.

— ¿No será la chica de Blooms-End de la que se ha estado hablando últimamente? Si es ella, la conozco; y puedo adivinar lo que ha sucedido.

—No es asunto suyo... Y ahora, señor, lamento decirle que pronto nos tendremos que separar. Mis caballos están cansados, tengo mucho que andar y les voy a dar una hora de descanso al pie de esta colina.

El anciano viajero asintió con aire de indiferencia y el vendedor de almagre condujo sus caballos y su carro hacia la hierba, al tiempo que le deseaba buenas noches. El viejo le contestó y siguió su camino como antes de encontrarlo.

El vendedor de almagre se quedó contemplándolo hasta que se convirtió en un puntito en el camino que después absorbió, al espesarse, la oscuridad.



Tomó un poco de paja de un tirante que colgaba de la parte inferior del carro y después de echar una parte frente a los caballos, hizo una especie de cojín con el resto y lo puso en el suelo junto a su vehículo. Se sentó sobre él y apoyó la espalda contra la rueda. De adentro le llegó a los oídos una respiración leve y acompasada. Eso pareció producirle satisfacción, así que se dio a la tarea de contemplar el paisaje con aire reflexivo, como si ponderara el próximo paso que debía dar.

Hacer las cosas reflexivamente y paso a paso parecía, en realidad, un deber en los valles de Egdon a esa hora de transición, porque había algo en la propia naturaleza del páramo que semejava una prolongada y titubeante incertidumbre. Se trataba de la calidad del reposo característica del paisaje. No era el reposo de una verdadera paralización, sino el reposo aparente de una increíble lentitud. Un estado vital saludable que se asemeja tanto al letargo de la muerte resulta llamativo en sí mismo; el hecho de exhibir la inmovilidad del desierto, y, al mismo tiempo, ejercer potestades cercanas a las de un valle, e incluso a las de un bosque, despertaba en los observadores la clase de atención que usualmente engendran la parquedad y la reserva.

El paisaje que se desplegaba ante los ojos del vendedor de almagre consistía en una serie gradual de elevaciones que ascendían desde el nivel del camino en dirección al corazón del páramo. Abarcaba colmas, hoyos, crestas, declives, uno tras otro, hasta que culminaba en una elevada colina que se recortaba contra el cielo todavía iluminado. Los ojos del viajero recorrieron esos accidentes durante un tiempo y finalmente se posaron en un llamativo objeto. Se trataba de un túmulo. Esa insolente proyección del terreno por encima de su nivel natural ocupaba el lugar más alto de la elevación más solitaria del páramo. Aunque desde el valle no parecía más que una verruga en la frente de un atlante, sus dimensiones reales eran considerables. Constituía el polo y el eje de ese mundo de brezales.

El hombre que descansaba se percató, al contemplar el túmulo, que de su parte superior, que hasta el momento fuera el objeto más elevado de todo el paisaje que lo rodeaba, sobresalía algo aún más alto. Ese objeto se alzaba del montículo semicircular como la cimera de un yelmo. La primera corazonada de un imaginativo desconocido habría sido la de suponerlo la persona de uno de los celtas que construyera el túmulo, tanto carecía el paisaje de todo cuanto caracteriza a la época moderna. Parecía una especie de último hombre de esa nación que meditara un momento antes de despenarse en la noche eterna con el resto de su raza.

La persona se mantenía allí erguida, tan inmóvil como la colina bajo sus plantas. Sobre la llanura se alzaba la colina, sobre la colina se alzaba el túmulo y sobre el túmulo se alzaba la silueta. Lo que se alzaba sobre la silueta sólo habría podido localizarse en un mapa de la bóveda celeste.

La silueta le proporcionaba un acabado tan perfecto, delicado y necesario a la oscura masa de colinas que parecía ser la única y obvia justificación de su existencia. Sin ella, eran una torre sin faro; con ella, se satisfacían las exigencias arquitectónicas del conjunto. La escena resultaba extrañamente homogénea, dado que el valle, las elevaciones, el túmulo y la silueta que lo coronaba formaban una unidad. Mirar a este o aquel elemento del total era no observar una cosa completa, sino una fracción de cosa.

La silueta parecía ser una parte tan orgánica de toda esa estructura estática que verla moverse habría producido la impresión de observar un extraño fenómeno. La inmovilidad era la principal característica del todo del cual la persona formaba parte, de modo que la ruptura de la inmovilidad de cualquiera de sus componentes habría producido confusión.

No obstante, eso fue lo que ocurrió. La silueta abandonó perceptiblemente su estatismo, se movió uno o dos pasos y se volvió. Como alarmada, descendió por el lado derecho del túmulo, deslizándose como una gota de agua de un capullo, y desapareció. El movimiento había sido suficiente para mostrar con más claridad las características de la silueta, y ver que era la de una mujer.

A continuación se hizo evidente la causa de su súbito desplazamiento. Cuando se ocultó de la vista al dejarse caer por la parte derecha del túmulo, un recién llegado que cargaba un bulto se recortó contra el cielo por la izquierda, ascendió el montículo y depositó el bulto en su cima. Lo siguió un segundo, después un tercero, un cuarto, un quinto, y por último, todo el túmulo se pobló de figuras cargadas de bultos.

El único significado inteligible de esa pantomima que llevaban a cabo las siluetas recortadas contra el cielo era que la mujer no tenía ninguna relación con las personas que ocuparan su lugar, que quería evitarlas celosamente y que había ido allí por otro motivo que no era el de ellas. La imaginación del observador quedó prendida, por propia opción, de esa figura evanescente y solitaria, como de algo más interesante, más importante, con más probabilidades de tener una historia digna de conocer que esos recién llegados, a quienes inconscientemente consideró unos intrusos. Pero los desconocidos se quedaron y se establecieron en el lugar; y no pareció probable por el momento que regresara la persona solitaria que hasta entonces reinara en soledad.

### **3. Las costumbres de la región**

Si un observador se hubiera apostado en la inmediata vecindad del túmulo, se habría enterado de que esas personas eran chicos y hombres de los poblados

vecinos. Al subir al túmulo, cada uno de ellos llevaba una pesada carga de haces de aulaga que transportaba a hombros por medio de una vara larga aguzada por los dos extremos para poder ensartar los haces fácilmente, dos delante y dos detrás. Venían de una zona del páramo situada a un cuarto de milla hacia el interior, donde la aulaga era prácticamente el único producto de la tierra.

El método empleado para transportar los haces hacía que los individuos quedaran tan cubiertos por la aulaga que parecían arbustos con piernas, hasta que los tiraban al suelo. El grupo había marchado en fila, como un ambulante rebaño de ovejas; en otras palabras, primero iban los más fuertes y detrás los débiles y los jóvenes.

Apilaron en un punto todos los haces y una pirámide de aulaga de treinta pies de circunferencia ocupó la cima del túmulo, conocido por el nombre de Rainbarrow en muchas millas a la redonda. Algunos se dieron a la tarea de buscar fósforos y seleccionar las ramas más secas; otros, a la de zafar los nudos de zarzas que mantenían atados los haces. Otros, por último, mientras todo eso sucedía, alzaron los ojos y recorrieron con la vista la vasta extensión que se dominaba desde la posición que ocupaban, ya casi oculta entre las sombras. En los valles del páramo, nada que no fuera su propia superficie áspera se divisaba a cualquier hora del día; pero desde ese punto se dominaba un horizonte muy extenso, que en muchas ocasiones trascendía el páramo. Ninguna de sus peculiaridades era visible ahora, pero el conjunto se percibía como una vaga extensión de algo remoto.

Mientras los hombres y los chicos construían la pila, se produjo un cambio en la masa de sombras que era el paisaje distante. Uno a uno, comenzaron a encenderse soles rojos y chispas de fuego que salpicaron toda la comarca. Eran las fogatas de otras parroquias y poblados dedicadas a la misma conmemoración. Algunas eran lejanas y ardían en una atmósfera densa, de modo que de ellas irradiaban haces de rayos en forma de abanico de una pálida luz pajiza. Algunas eran grandes y cercanas, y fulguraban escarlatas en las sombras, como heridas en la piel negra de un animal. Algunas eran mnades, de rostros vinosos y cabellos al viento. Estas tean el seno silencioso de las nubes all en lo alto y alumbraban sus efímeras cavernas, que parecían entonces convertirse en calderos quemantes. Podían contarse unas treinta fogatas en los límites del distrito; y al igual que puede distinguirse la hora en la esfera de un reloj cuando sus números resultan invisibles, los hombres reconocían la ubicación de cada hoguera por su ángulo y dirección, aunque no se pudiera apreciar nada del paisaje.

La primera llamarada de Rainbarrow saltó al cielo, atrayendo hacia su propia fogata todos los ojos que habían permanecido clavados en las conflagraciones distantes. El alegre resplandor colore con su flama dorada la

superficie interna del círculo humano —al que se habían sumado ahora otros rezagados, tanto hombres como mujeres—, e incluso envolvió la oscura turba que la rodeaba en una vivaz luminosidad, que se suavizaba gradualmente hasta hacerse tinieblas allí donde el túmulo se redondeaba en una curva descendente hasta perderse de vista. La hoguera permitía ver que el túmulo era el segmento de un globo, tan perfecto como el día en que se construyera, y hasta la pequeña zanja de donde se había extraído la tierra para hacerlo permanecía en su sitio. Ningún arado había removido una pizca de ese suelo terco. En la aridez que tiene el páramo para el granjero se encierra su fertilidad para el historiador. Nada había desaparecido, porque nada se había cultivado.

Daba la impresión de que los constructores de la fogata se encontraban en un radiante piso superior del mundo, apartados e independientes de las oscuras extensiones que yacían a sus plantas. Allá debajo, el páramo era ahora un vasto abismo, y ya no una continuación del terreno donde posaban los pies; porque sus ojos, adaptados al resplandor, nada podían ver de las profundidades que escapaban a la influencia del fuego. Ciertamente, ocasionalmente, una llama más fuerte que lo usual de los haces de leña lanzaba dardos de luz, como edecanes, por las laderas, hacia algún arbusto, poza o arenal blanco en la distancia, encendiéndolos con sus colores, hasta que todo se perdía de nuevo en la oscuridad. Entonces el negro fenómeno allá debajo semejaba el limbo contemplado desde sus márgenes en la visión del sublime florentino, y los susurros del viento en las hondonadas eran como las quejas y reclamos de las «almas de inmenso valor» allí suspendidas.

Era como si esos chicos y hombres se hubieran sumergido de repente en edades pretéritas y traído de allí un tiempo y un hecho que antes resultara familiar en ese sitio. Las cenizas de la pira británica original que ardiera en esa cima yacían frescas e imperturbadas en el túmulo bajo sus plantas. Las llamas de hogueras funerarias encendidas allí mucho antes habían resplandecido sobre la llanura como resplandecido éstas ahora. Las habían seguido fogatas en honor a Thor y Woden, que habían tenido su día. De hecho, es bastante conocido que hogueras como las que disfrutaban ahora los habitantes del páramo son las descendientes directas de confusos ritos druidas y ceremonias sajonas, y no una invención del sentimiento popular para conmemorar el Complot de la Pólvora.

Por otro lado, encender fuego es un acto humano instintivo, de resistencia, cuando, con el arribo del invierno, la Naturaleza impone su toque de queda. Es indicativo de una rebeldía espontánea, prometeica, contra el fiat de que el regreso de esa estación traerá consigo tiempos difíciles, una fría oscuridad, tristeza y muerte. Con la llegada del negro caos, los dioses encadenados de la tierra dicen: que se haga la luz.

Las brillantes luces y las renegridas sombras que pugnaban sobre la piel y

las ropas de las personas que permanecían de pie alrededor de la hoguera hacían que sus rasgos y contornos generales se delinearan con un vigor y una fuerza dignos de un Durero. Sin embargo, resultaba imposible discernir la expresión moral permanente de cada rostro, porque como las ágiles llamas se alzaban, cabeceaban y revoloteaban en el aire circundante, las manchas de sombras y luces cambiaban de forma y posición constantemente sobre las fisonomías de los miembros del grupo. Todo era inestable, tembloroso como las hojas de los árboles, evanescente como el relámpago. Cuencas oculares envueltas en sombras, profundas como las de la cabeza de un cadáver, se transformaban de súbito en pozos de claridad: un rostro enjuto era cavernoso y después resplandeciente; un rayo cambiante de luz acusaba las arrugas como si se tratara de barrancos o las obliteraba por entero. Las fosas nasales eran simas oscuras; los tendones de los viejos cuellos, molduras doradas; cosas sin ningún lustre particular resplandecían; objetos brillantes, como la punta de una hoz para cortar aulaga que llevaba uno de los hombres, parecían de cristal; los globos oculares fulguraban como pequeñas linternas. Aquellos a quien la Naturaleza había hecho simplemente extraños se tornaban grotescos, los grotescos preternaturales; todo era extremo.

De ahí que resultara posible que el rostro de un anciano, quien, como los demás, había sido convocado a lo alto por las llamas, no fuera sólo la nariz y la barbilla que parecía ser, sino una apreciable fisonomía humana. Permanecía de pie, calentándose complacido junto al fuego. Con una vara o estaca lanzó a la conflagración los restos de combustible que habían quedado en el suelo, al tiempo que contemplaba el centro de la pira y ocasionalmente alzaba los ojos para medir la altura de las llamas o para seguir con la vista las grandes chispas que salían despedidas de ella y volaban hacia las tinieblas. El fulgurante espectáculo y el penetrante calor parecieron despertar en él una alegría acumulativa que pronto llegó al deleite. Con su palo en la mano comenzó a bailar un minueto personal, que hizo que un puñado de sellos de cobre que colgaban de su chaleco brillara y se balanceara como un péndulo; también empezó a cantar, con voz que remedaba el sonido de una abeja que zumbara en una chimenea:

El rey llamó a sus nobles

De uno, dos y tres;

«Confesaré a la reina»; conde,

Y tú vendrás también.

«Merced» díjole el conde,

Y se arrojó a sus pies,

«Que diga lo que diga

Os olvidéis después».

La falta de aire le impidió continuar la canción; y su interrupción atrajo la atención de un hombre de mediana edad, firmemente plantado, que mantenía las comisuras de su boca, que había adoptado la forma de un cuarto creciente, severamente estiradas hacia sus mejillas, como para impedir cualquier sospecha de júbilo que pudiera erróneamente achacársele.

—Hermosa estrofa, abuelo Cantle; pero cuidado no sea demasiado para el gaznate mohoso de un viejo como tú —le dijo al arrugado jaranero—. ¿No querrías volver a tener dieciocho, abuelo, como cuando te la aprendiste?

— ¿Qué dices? —dijo el abuelo Cantle interrumpiendo su baile.

—Digo que si no te gustaría volver a ser joven. Hoy en día tu galillo suena medio hueco.

— ¿Pero no te parece que canto con mucho arte? Si no lograra que un poquito de aire rindiera mucho, no parecería más joven que el más viejo de los viejos, ¿no crees, Timothy?

— ¿Y qué hay de los recién casados allá abajo en La Posada de la Mujer Tranquila? —inquirió el otro apuntando hacia una luz tenue en dirección al distante camino, aunque considerablemente apartada del lugar donde el vendedor de almagre descansaba en esos momentos—. ¿Cuál es la verdad de ellos? Deberías saberlo tú, que eres tan sabihondo.

—Pero un poquito tarambana, ¿no? Lo reconozco. El viejo Cantle es un tarambana y a mucha honra. Pero es un defecto que cae del lado de la alegría, vecino Fairway, y que la edad lo cura.

—Oí decir que esta noche vienen para la casa. A esta hora ya deben haber llegado. ¿Qué más?

—Supongo que ahora nos toca ir a desearles felicidades.

—Pues no.

— ¿Qué no? Pensé que debíamos ir. Yo tengo que hacerlo, o se vería muy extraño. ¡Sería la primera juerga que me pierdo!

Disfrázate de monje

Que yo también lo haré

Que a Eleanor, la reina,

Esta noche veré.

—Anoche me encontré con la señora Yeobright, la tía de la novia, y me contó que su hijo Clym venía a casa para pasar las Navidades. Tengo

entendido que es muy inteligente; ah, cómo me gustaría tener todo lo que tiene debajo del pelo. Bueno, pues le hablé a la tía con mi alegría de costumbre, y me dijo: «¡Ah, mira qué tonterías dice un hombre que parece de tanto respeto!». Eso fue lo que me dijo. Me importa un pito, que me cuelguen si me importa, y eso mismo fue lo que le dije. «Que me cuelguen si me importa», le dije. Ahí le gané, ¿eh?

—Más bien me parece que ella te ganó —dijo Fairway.

—No —dijo el abuelo Cantle, con expresión levemente encogida—. ¿Te parece que me lo merezco?

—Eso es lo que me parece, pero lo importante es si Clym viene a pasar las Navidades en casa por lo de la boda, para arreglar las cosas, porque ahora su madre se queda sola.

—Sí, sí, eso mismo. Pero escucha, Timothy —dijo el abuelo ansioso—. Aunque tengo fama de bromista, cuando me agarran serio soy un hombre que sabe lo suyo, y ahora estoy hablando en serio. Te puedo contar un montón de cosas sobre los recién casados. Sí, esta mañana a las seis se fueron a lo suyo y desde entonces no se les ha visto el pelo, aunque me imagino que por la tarde habrán vuelto a la casa, ya marido y mujer. ¿No te parece que hablo como un sabio, Timothy, y que la señora Yeobright se equivocó conmigo?

—Sí, no está mal. No sabía que esos dos siguieran andando juntos después del otoño pasado, cuando la tía de la moza prohibió que leyeran las amonestaciones. ¿Cuánto tiempo lleva andando la cosa? ¿Tienes idea, Humphrey?

—Sí, ¿cuánto tiempo? —dijo el abuelo Cantle con tono vivaz, volviéndose también hacia Humphrey—. Eso mismo quisiera yo saber.

—Desde que su tía cambió de idea y dijo que a fin de cuentas podía casarse —contestó Humphrey sin desviar la vista del fuego. Humphrey era un joven un tanto solemne, que llevaba la hoz y los guantes de cuero de los cortadores de aulaga y que, en razón de esa ocupación, tenía las piernas enfundadas en unas sobrecalzas abultadas tan rígidas como las espinilleras de bronce de los filisteos.

—Me huelo que fue por eso que no se casaron aquí. La verdad es que después de tanta vigilancia y de prohibir las amonestaciones, la señora Yeobright habría hecho el ridículo con una boda por todo lo alto en la misma parroquia, como si nunca se hubiera puesto en contra.

—Así mismo es: habría hecho el ridículo; y para los pobrecitos eso es muy malo, aunque de cierto, de cierto, no sé nada, claro —dijo el abuelo Cantle, conservando aún con mucho esfuerzo un aspecto y una expresión juiciosos.

—Ah, pues yo estaba en la iglesia ese día, lo que es muy curioso —dijo Fairway.

—Si no fuera porque soy un simplón no habría ido a la iglesia en todo el año —dijo el abuelo con tono enfático—, y ahora que viene el invierno no voy a mentir diciendo que iré.

—Hace tres años que no pongo un pie en la iglesia —dijo Humphrey—, porque estoy tan muerto de sueño el domingo y queda tan horrorosamente lejos; y si por fin uno llega a ir, la posibilidad de que lo escojan para subir al cielo son tan humanamente pocas, cuando hay tantos que no son elegidos, que mejor me quedo en casa y no voy.

—No sólo dio la casualidad de que había ido, sino que estaba sentado en el mismo banco que la señora Yeobright —dijo Fairway con renovado énfasis—. Y aunque no me creáis, cuando la oí se me erizaron todos los pelos. Sí, es curioso, pero se me erizaron todos los pelos, porque estábamos hombro con hombro.

El que hablaba echó una mirada en torno al grupo, que ahora se había apretado para oírlo, con los labios más contraídos que nunca en el rigor de su moderación descriptiva.

—Es cosa seria cuando le pasa algo a uno en la iglesia —dijo una mujer a sus espaldas.

—«Hablad ahora»: eso fue lo que dijo el pastor —continuó Fairway—. Y entonces se puso de pie la mujer que estaba al lado mío, casi tocándome. «Que me condene si no es la señora Yeobright la que se ha puesto de pie», me dije. Sí, vecinos, aunque estaba en el templo de la oración, eso fue lo que dije. Jurar y renegar en público va contra mis principios, y espero que me perdonen las mujeres aquí presentes. Pero lo que dije fue lo que dije, y diría una mentira si no lo reconociera.

—Así es, vecino Fairway.

—«Que me condene si no es la señora Yeobright la que se ha puesto de pie», dije —repitió el narrador, pronunciando el juramento con la misma expresión de severidad exenta de pasión, lo que demostraba que era por entero la necesidad y no el gusto lo que provocaba la iteración—. Y lo que le oí después fue: «Prohíbo que se lean las amonestaciones». «Hablaré con usted después del culto», dijo el pastor con una voz bajita y llana; sí, de pronto se convirtió en un hombre común y corriente, no más santo que vosotros o yo. ¡Ah, la señora Yeobright estaba pálida! ¿Quizás os acordéis del monumento de la iglesia de Weatherbury, el del soldado que tiene las piernas cruzadas, al que los niños de la escuela le arrancaron el brazo? Pues la cara de esa mujer era igualita cuando dijo: «Prohíbo que se lean las amonestaciones».



Los oyentes se aclararon las gargantas y arrojaron algunas ramas al fuego, no porque esas fueran tareas urgentes, sino para darse tiempo a fin de ponderar la moraleja de la historia.

—Yo lo que sé es que cuando me enteré de que las habían prohibido me puse tan contento como si me hubiera regalado una moneda de seis céntimos —dijo una voz grave. Era la de Olly Dowden, una mujer que vivía de fabricar escobillones. Su natural era cortés tanto con enemigos como con amigos, y se mostraba agradecida a todos por el mero hecho de que le permitieran seguir viviendo.

—Y ahora la moza igual se casó con él —dijo Humphrey.

—Después de eso la señora Yeobright cambió de opinión y se puso muy amable —prosiguió Fairway con aire de no haber prestado atención, para demostrar que sus palabras no eran un apéndice de las de Humphrey, sino resultado de una reflexión independiente.

—Incluso suponiendo que estuvieran avergonzados, no sé por qué no pudieron casarse aquí mismo —dijo una mujer corpulenta que llevaba un corsé cuyas ballenas crujían como un par de zapatos cada vez que se inclinaba o se volvía—. Es bueno juntar a los vecinos y tener un buen jolgorio de vez en cuando; y para eso tanto vale una boda como un santo. No me gustan las cosas que se hacen a escondidas.

—Ah, pues no lo querréis creer, pero no me gustan las bodas rumbosas —dijo Timothy Fairway, recorriendo de nuevo el grupo con la vista—. No culpo a Thomasin Yeobright y al vecino Wildeve por matarlas callando. Una boda en la casa significa horas y horas de bailes de figuras a cinco y seis manos; y eso no le sienta bien a las piernas de quien ya pasa de los cuarenta.

—Verdad. Una vez que uno está en casa de la mujer no hay manera de decir que no a entrar en el baile, sabiendo todo el tiempo que lo que se espera es que uno sude la gota gorda para pagar la comida que le dan.

—Hay que bailar en Navidades porque es una época única del año; hay que bailar en las bodas porque son un momento único en la vida. Hasta en los bautizos la gente mete de contrabando una o dos piecitos, siempre que no pase del primero o segundo hijo. Y eso para no hablar de las canciones que hay que cantar... A mí, por mi parte, me gusta tanto un buen funeral como la mejor fiesta. Se come y se bebe tan espléndidamente como en otras parrandas, y hasta mejor. Y hablar del pobre tipo no te hace doler las piernas, como estar de pie bailando por tu cuenta.

—Supongo que nueve de cada diez personas estarían de acuerdo en que bailar en una ocasión como esa sería llevar las cosas demasiado lejos —sugirió el abuelo Cattle.

—Es la única clase de reunión en la que un hombre serio se siente seguro después de que la botella ha hecho varias rondas.

—Pues yo no entiendo que una dama como Tamsin Yeobright quisiera casarse de una manera tan roñosa —dijo Susan Nunsuch, la mujer robusta, que prefería el tema original de conversación—. Ni los más pobres se casan así. Y yo no le habría hecho ningún caso a ese hombre, aunque hay quien diga que es bien parecido.

—Para ser justos, es un tío listo y preparado a su manera, casi tan listo como era Clym Yeobright. Lo educaron para algo mejor que atender en La Mujer Tranquila. Ingeniero, eso es lo que era el tío, como sabéis; pero tiró por la borda su oportunidad, así que le tocó llevar un establecimiento público. De nada le valió la preparación.

—Como pasa tantas veces —dijo Olly, la fabricante de escobillones—. Y aun así, ¡cómo buscan todos y se agencian la preparación! La clase de gente que antes no habría sabido ni hacer el redondel de la O para salvar el pellejo ahora sabe escribir su nombre sin que le tiemble la pluma, y muy a menudo sin hacer manchones. ¿Qué digo? Casi sin una mesa para apoyar la barriga y los codos.

—Muy cierto. Es increíble lo que ha progresado el mundo —dijo Humphrey.

—Mirad, antes de que me enganchara cómo soldado en los Lugareños Prodigiosos (así nos llamaban), en el año cuatro —intervino animado el abuelo Cante—, sabía tan poco del mundo como el más mentecato de vosotros. Y ahora, que me cuelguen si se me escapa una, ¿eh?

—Podrías firmar el libro, claro —dijo Fairway—, si fueras lo bastante joven como para matrimoniarte de nuevo, como Wildeve y la señora Tamsin; y eso es más de lo que Humph podría hacer, porque ha seguido los pasos de su padre en lo de la preparación. Ah, Humph, bien que me acuerdo cuando me casé de que la marca de tu padre me miraba a la cara cuando fui a poner mi nombre. El y tu madre fueron la pareja que se casó justo antes que yo, y allí estaba la cruz que había hecho tu padre con los brazos abiertos como un gran espantapájaros. ¡Qué cruz negra tan horrible aquella! ¡Igualita a tu padre! Ni por la salvación de mi alma habría podido parar de reírme cuando la vi, aunque todo el tiempo estaba con una calentura de espanto, con lo del matrimonio, y la mujer colgada de mí, y con Jack Changle y muchos otros de los muchachos riéndose por las ventanas de la iglesia. Pero de pronto me puse frío como el hielo, porque me acordé de que tu padre y tu madre habían tenido como veinte zipizapes desde que eran marido y mujer, y me pareció que yo era el próximo estúpido que se metía en el mismo rollo... ¡Ah, qué día!

—Wildevle le lleva sus años a Tamsin Yeobright. Y linda que es la moza. Una joven así, con casa, tiene que ser medio boba para volverse loca por un hombre como él.

Quien hablaba ahora, un recogedor de turba que se había sumado recientemente al grupo, llevaba terciada al hombro la singular pala de grandes dimensiones y forma de corazón que se emplea en ese tipo de labor, cuyo borde afilado brillaba como un arco argentado a la luz de la fogata.

—Un centenar de mozas lo habrían aceptado si se lo hubiera pedido —dijo la mujer robusta.

— ¿Has conocido a algún hombre, vecina, con el que ninguna mujer se haya querido casar? —inquirió Humphrey.

—Nunca —dijo el recogedor de turba.

—Ni yo —dijo otro.

—Ni yo —dijo el abuelo Cattle.

—Bueno, pues yo sí conocí a uno —dijo Timothy Fairway plantándose con más fuerza sobre una de sus piernas—. Conocí a un hombre así. Pero sólo uno, tenedlo en cuenta—. Carraspeó a fondo, como si fuera deber de todas las personas asegurarse de que no se las entendiera mal debido a lo ronco de la voz—. Sí, conocí a un hombre así —dijo.

— ¿Y qué pobre tipo puede haber sido un adefesio tan espantoso como para que le pasara eso, señor Fairway? —preguntó el recogedor de turba.

—Bueno, pues no era ni sordo, ni mudo, ni ciego. No voy a decir lo que era.

— ¿Es conocido por estas partes? —dijo Olly Dowden.

—Bastante poco —dijo Timothy—; pero no voy a mentar el nombre... Vamos, jovencitos, avivad ese fuego.

— ¿Por qué le castañetean los dientes a Christian Cattle? —dijo un chico oculto por el humo y las sombras, desde el otro lado de la hoguera—. ¿Tienes frío, Christian?

Se oyó una voz aflautada y abatida que respondió:

—No, ni un poquito.

—Acércate, Christian, déjate ver. No sabía que estabas ahí —dijo Fairway con una mirada bondadosa en dirección a la voz.

Tras su llamada, un hombre vacilante, de pelo pajizo, hombros caídos y un buen tramo de muñecas y tobillos por fuera de las ropas, avanzó uno o dos

pasos por su propia voluntad, y fue empujado por la voluntad de otros media docena de pasos más. Era el hijo menor del abuelo Cantle.

— ¿Por qué tiembles, Christian? —dijo el recogedor de turba.

—Yo soy el hombre.

— ¿Qué hombre?

—El hombre con el que ninguna mujer se quiere casar.

— ¡Y mis narices! —dijo Timothy Fairway, al tiempo que ensanchaba su campo visual para abarcar toda la persona de Christian y mucho más, mientras el abuelo Cantle contemplaba a su hijo como una gallina contempla al pato que ha empollado.

—Sí, soy yo, y me da un miedo tremendo —dijo Christian—. ¿Creéis que no me duele? Yo siempre digo que no me importa, y hasta lo juro, pero claro que me importa.

—Pues que me condenen si este no es el susto más grande que me he llevado en la vida —dijo el señor Fairway—. No hablaba de ti para nada. ¡Entonces hay otro más! ¿Por qué has confesado tu desgracia, Christian?

—Es que las cosas son como son. No lo puedo remediar, ¿no es verdad? —los miró con sus ojos penosamente desorbitados, rodeados de líneas concéntricas, como un tiro al blanco.

—No, es verdad. Pero es una cosa triste, y se me heló la sangre en las venas cuando hablaste, porque me di cuenta de que eran dos los desgraciados cuando yo pensaba que había uno solo. Es una cosa triste, Christian. ¿Y cómo sabes que las mujeres no te aceptarían?

—Se lo he pedido.

—La verdad que nunca pensé que tendrías cara para hacerlo. ¿Y qué te dijo la última? ¿Quizás nada que, después de todo, no se pueda remediar?

—Quítateme de alante, jorobado, flaco, tonto de capirote fue lo que dijo.

—Hay que reconocer que no es alentador —dijo Fairway—. Quítateme de alante, jorobado, flaco, tonto de capirote es una manera bastante dura de decir que no. Pero hasta eso podría remediarse con el tiempo y la paciencia, esperando a que a la moza le salieran algunas canas en la cabeza. ¿Cuántos años tienes, Christian?

—Cumplí treintiuno en la pasada cosecha de la patata, señor Fairway.

—Ya no eres un niño, no señor. Pero la esperanza es lo último que se pierde.

—Esa es mi edad según el bautizo, y es lo que está escrito en el gran libro del juicio que guardan en la sacristía de la iglesia; pero mi madre me dijo que nací un poquito antes de que me bautizaran.

— ¡Ah!

—Pero ni por la salvación de su alma sabia decirme cuándo fue, más allá de que no había luna.

—No había luna; esa es una mala señal. ¡Eh, vecinos!, ¿no es esa una mala señal para Christian?

—Sí, es mala —dijo el abuelo Cattle meneando la cabeza.

—Mi madre supo que no había luna porque le preguntó a otra mujer que tenía un almanaque, como hacía siempre que le nacía un hijo varón, por aquello de que «sin luna no hay hombre»; eso le daba miedo cada vez que tenía un varoncito. ¿De verdad le parece muy serio, señor Fairway, que no haya habido luna?

—Sí. «Sin luna, no hay hombre». Es uno de los dichos más ciertos. El niño que nace en luna nueva nunca llega a nada. Mala cosa, Christian, que hayas asomado las narices en esos días del mes.

—Me imagino que cuando usted nació había una luna llenísima —le dijo Christian a Fairway con una expresión de patética admiración.

—Bueno, no era nueva —contestó el señor Fairway con aire displicente.

—Preferiría pasarme sin un trago en la fiesta de las Cadenas de San Pedro que ser un hombre sin luna —continuó Christian, con su misma cantinela balbuciente—. Se dice por ahí que no soy más que un boceto de hombre y que a mi familia no le sirvo de nada; y me supongo que esa es la causa de todo.

—Sí —dijo el abuelo Cattle, algo desanimado—; y aun así su madre lloró horas y horas cuando era niño, por miedo de que se fuera en vicio y se metiera a soldado.

—Bueno, hay otros a los que les va tan mal como a él —dijo Fairway.

—Las ovejitas enanas tienen tanto derecho a vivir como las demás, pobrecito.

— ¿Entonces debo seguir tirando como pueda? ¿Debo tenerle miedo a la oscuridad, señor Fairway?

—Vas a tener que dormir solo toda la vida; y no es a los casados, sino a los que duermen solos a quienes se les aparecen las ánimas cuando salen. Hace poco han visto una muy extraña.

—No, ¡no lo cuente, por favor! Se me erizan los pelos cuando estoy solo

en mi cama y pienso en ellas. Pero lo va a contar; ah, lo va a contar, lo sé, Timothy; ¡y voy a soñar con ella toda la noche! ¿Un ánima muy extraña? ¿A qué clase de espíritu se refería cuando dijo que era muy extraño, Timothy? No, no, no me lo diga.

—Lo que soy yo, no creo mucho en los espíritus. Pero lo que me contaron se parecía bastante a una aparición. Fue un niño el que la vio.

— ¿Cómo era? No, no lo...

—Era roja. Sí, la mayor parte de las ánimas son blancas; pero a esa parecía que la habían remojado en sangre.

Christian hizo una profunda inspiración, aunque no dejó que le ensanchara el pecho, y Humphrey dijo:

— ¿Dónde fue que la vieron?

—No muy cerca, pero aquí mismo, en el páramo. Pero no hay que estar hablando de eso. ¿Qué les parece —continuó Fairway en tono más animado, planteando la idea como si no hubiera sido del abuelo Cantle—, qué les parece si les dedicamos a los recién casados una canción en su noche de bodas antes de irnos a la cama? Cuando la gente está recién casada lo mejor es tomarlo con alegría, porque mostrarse apenados no los descasa. Como sabéis, no soy bebedor, pero cuando las mujeres y los niños se vayan a casa podríamos dejarnos caer por La Mujer Tranquila y organizar un bailecito a la puerta de la pareja. A la joven esposa la alegrará, y eso es lo que quisiera, porque muchos fueron los tragos que me brindó cuando vivía con su tía en Blooms-End.

— ¡Claro que sí! —dijo el abuelo Cantle volviéndose con tanto brío que sus sellos de cobre se balancearon caprichosamente—. Estoy tan seco como un arenque de estar parado aquí al viento y no le veo el pelo a la bebida desde sabe Dios cuándo. Dicen que la última cerveza de La Mujer es muy buena. Y, vecinos, si nos pasamos un poco de hora, qué importa, mañana es domingo y podemos dormir la mañana.

— ¡Abuelo Cantle! Te tomas las cosas demasiado a la ligera para ser un viejo —dijo la mujer robusta.

—Me tomo las cosas a la ligera. Así es. ¡Demasiado a la ligera para el gusto de las mujeres! ¡Ja! Yo canto «Amigos joviales» o cualquier otra canción cuando un viejo debilucho lloraría lágrimas de sangre. Al diablo; estoy listo para lo que venga.

El rey miró a la izquierda

Y fue horrible lo que vio:

"Conde, si no jurara

Os colgaría yo".

—Pues bien, eso es lo que haremos —dijo Fairway—. Les dedicaremos una canción y que Dios sea loado. ¿De qué sirve que Clym, el primo de Thomasin, vuelva a casa después de que la cosa está hecha? Tendría que haber venido antes, si tanto quería impedirlo y casarse con ella.

—Quizás venga a quedarse con su madre un tiempo, porque debe sentirse sola ahora que se ha ido la moza.

—Es muy raro, pero yo nunca me siento solo; no, ni un poquito —dijo el abuelo Cante—. ¡Por las noches soy tan valiente como un almirante!

La hoguera ya comenzaba a extinguirse, porque su combustible no había sido de ese tipo sustancial que sostiene largo tiempo las llamas. La mayoría de las otras fogatas que se veían en el ancho horizonte también comenzaban a menguar. Una atenta observación de su luminosidad, su color y su duración habría revelado la calidad del material quemado, y, por su intermedio, hasta cierto punto, el producto del distrito en que cada fogata estaba ubicada. La clara, majestuosa refulgencia que caracterizara a la mayoría era expresiva de una zona de páramo y aulaga como la de ellos, que en una dirección se extendía por un número ilimitado de millas; las rápidas llamaradas y consunciones de otros puntos cardinales apuntaban a un combustible más ligero: paja, vainas de habichuela y los desperdicios usuales que producen los terrenos cultivados. Las más resistentes de todas —que exhibían unas luces firmes e inalterables, como planetas— hablaban de madera en forma de ramas de avellano, haces de zarzas y leña de troncos caídos al suelo. Las fogatas de estos últimos materiales eran escasas, y aunque relativamente pequeñas en magnitud comparadas con las hogueras fugaces, ahora comenzaban a ganarles la partida, simplemente debido a su mayor duración. Las grandes habían perecido, pero esas se mantenían. Ocupaban los puntos más remotos que resultaban visibles: cimas recortadas contra el cielo que se alzaban en distritos ricos, de sotos y plantaciones, hacia el norte, donde el suelo era diferente y el páramo algo ajeno y extraño.

Salvo una; y era la más cercana de todas, la luna de toda esa brillante constelación. Estaba ubicada en dirección exactamente opuesta a la ventanita que se divisaba en el valle a los pies del túmulo. Era tal su cercanía que, a pesar de su pequeñez, su fulgor superaba infinitamente al de las demás.

Ese tranquilo resplandor había atraído de cuando en cuando la atención de algunos de los reunidos; y cuando su propia hoguera menguó y perdió su brillo, la atrajo más; hasta algunos de los fuegos de leña encendidos más recientemente habían comenzado a declinar, pero en ella no se percibía ningún cambio.

— ¡Qué cerca está esa fogata! —dijo Fairway—. Al menos esa es la impresión que da. Distingo a un tío que camina a su alrededor. Una fogata chiquita y buena, qué duda cabe.

—Podría alcanzarla de una pedrada —dijo el muchacho.

— ¡Y yo también! —dijo el abuelo Cante.

—No, no, no podríais, hijos. Ese fuego no está a mucho menos de una milla, aunque parece tan cerca.

—Está en el páramo, pero no es de aulaga —dijo el recogedor de turba.

—Es leña rajada, eso es lo que es —dijo Timothy Fairway—. Nada arde así a no ser la madera. Y está en la lomita frente a la casa del viejo capitán, en Mistover. ¡Qué curioso es ese hombre! ¡Hacer una fogatita en su patio a la que nadie más puede acercarse ni disfrutar! Y qué turulato tiene que estar un viejo para encender una hoguera donde no hay jóvenes a los que darles gusto.

—El capitán Vye salió a dar un largo paseo hoy y está muy cansado, así que no creo que sea él —dijo el abuelo Cante.

—Y no puede darse el lujo de gastar así buen combustible —dijo la mujer robusta.

—Entonces debe ser su nieta —dijo Fairway—. No es que a sus años un cuerpo necesite mucho fuego.

—Tiene manías muy extrañas, como la de vivir allá arriba sola, y le gustan esas cosas —dijo Susan.

—Es una moza muy agraciada —dijo Humphrey, el cortador de aulaga—, sobre todo cuando se pone una de sus batas elegantes.

—Cierto —dijo Fairway—. Bueno, pues que arda su fogata y que le aproveche. La nuestra da la impresión de que está por apagarse.

— ¡Qué oscuro está ahora que se apagó el fuego! —dijo Christian Cante echando una mirada a sus espaldas con sus ojos de liebre—. ¿No creen que sería mejor que nos fuéramos a casa, vecinos? Ya sé que el páramo no está hechizado; pero mejor nos marchamos a casa... Ah, ¿qué fue eso?

—Es sólo el viento —dijo el recogedor de turba.

—No se debería esperar el Cinco de Noviembre, a no ser en el pueblo. ¡En lugares que están lejos de todo, tan dejados de la mano de Dios como este, se debía celebrar de día!

—Boberías, Christian. ¡Compórtate como un hombre! Susy, querida, tú y yo vamos a bailar una jiga — ¿no crees, mi amor?— antes de que oscurezca demasiado para ver lo bonita que te conservas todavía, aunque hayan pasado



tantos veranos desde que tu marido, ese hijo de mala madre, te apartara de mi lado.

Esto estaba dirigido a Susan Nunsuch; y lo próximo de lo que fueron conscientes los presentes fue de la visión de las generosas formas de la matrona escurriéndose hacia el punto donde ardiera la hoguera. El señor Fairway la levantó en vilo con el brazo con que le rodeó la cintura antes de que la mujer se percatara de sus intenciones. La hoguera no era ahora ya más que un círculo de ceniza salpicado de brasas y chispas rojas, porque la aulaga había ardido por completo. Una vez en el círculo, su pareja la hizo girar una y otra vez en el baile. Susan Nunsuch era una mujer de naturaleza ruidosa; además de su armazón de huesos de ballena y varillas de madera, usaba galochas tanto en verano como en invierno, en época de lluvias como seca, para evitar que las botas se le gastaran; y cuando Fairway empezó a brincar con ella, el golpeteo de las galochas, el crujido de las ballenas y sus gritos de sorpresa formaban un concierto muy perceptible.

— ¡Te voy a partir la cabezota, descarado! —dijo la señora Nunsuch mientras giraba impotente con él, al tiempo que sus pies tamborileaban sobre las brasas—. ¡Ya tenía los tobillos ardiendo, de caminar entre esa aulaga que pincha tanto, y ahora me los tienes que empeorar con estas chispas!

La humorada de Timothy Fairway resultó contagiosa. El recogedor de turba echó mano de la vieja Olly Dowden y, con algo más de suavidad, entró al ruedo con ella. Los jóvenes no tardaron en imitar el ejemplo de sus mayores y echaron mano de las mozas; el abuelo Cante y su cayado bailaron la jiga en medio de los demás como una criatura de tres patas; y en medio minuto todo lo que se vio en Rainbarrow fue un remolino de formas oscuras en medio de una hirviente confusión de chispas que saltaban hasta la cintura de los bailarines. Lo que más estruendo causaba eran los chillidos de las mujeres, la risa de los hombres, las ballenas y las galochas de Susan, los «¡jiu, jiu, jiu!» de Olly Dowden y el tamborileo del viento sobre los arbustos de aulaga, que era una especie de melodía que acompañaba el ritmo diabólico que marcaban los bailarines. Sólo Christian se mantenía apartado, balanceándose nervioso al tiempo que murmuraba:

—No deberían hacerlo. ¡Cómo vuelan las chispas! Están tentando al Maligno, lo están tentando.

— ¿Qué fue eso? —dijo uno de los jóvenes, deteniéndose.

—Ah, ¿dónde? —dijo Christian, acercándose a toda prisa a los demás.

Los bailarines disminuyeron el ritmo de su danza.

—Fue detrás de ti que lo oí, Christian, aquí abajo.

— ¡Sí, está detrás de mí! —dijo Christian—. Mateo, Marcos, Lucas y Juan, bendecid la cama donde voy a descansar; cuatro ángeles guardan...

—Cierra el pico. ¿Qué cosa es? —dijo Fairway.

— ¡Hoiiii! —gritó una voz en la oscuridad.

— ¡Holaaa! —dijo Fairway.

— ¿Hay algún sendero por aquí que atravesase hasta la casa de la señora Yeobright, en Blooms-End? —llegó a sus oídos en la misma voz, al tiempo que una figura esbelta se acercaba al túmulo.

— ¿No deberíamos correr a todo lo que nos dan las piernas hacia la casa, vecinos, porque se está haciendo tarde? —dijo Christian—. Y no corramos cada uno por su lado, sino todos juntos.

—Recoged unos puñados de aulaga de los que están esparcidos por el suelo y avivad las llamas para que podamos ver de quién se trata —dijo Fairway.

Cuando se alzaron de nuevo las llamas se pudo ver a un joven de ropas bien entalladas, y rojo de pies a cabeza.

— ¿Hay algún sendero por aquí que atravesase hasta la casa de la señora Yeobright? —repitió.

—Sí, mantente en el camino allá abajo.

— ¿Y pueden andar por él un carro y dos caballos?

—Bueno, sí; con tiempo, puedes bajar hasta el valle. El sendero es quebrado, pero si tienes una luz, los caballos pueden avanzar, andando con cuidado. ¿Subiste hasta aquí tu carro, vecino vendedor de almagre?

—Lo dejé abajo, a una media milla. Me adelanté para averiguar el camino, porque es de noche y no hace tanto tiempo que ando por estos lugares.

—Oh, pues puedes subir —dijo Fairway—. ¡Qué susto me dio cuando lo vi! —añadió dirigiéndose al grupo, vendedor de almagre incluido—. Por Dios, pensé, ¿qué mamarracho encendido es este que nos viene a perturbar? Sin ofender, vendedor, es por el aspecto, porque no tienes una forma fea, aunque el acabado sea extraño. Lo que quiero decir es que me sentí de una manera muy curiosa. Casi llegué a pensar que era el demonio o el ánima roja que nos contó el niño.

—A mí también me dio un temblor —dijo Susan Nunsuch—, porque anoche soñé con la cabeza de un muerto.

—No sigáis hablando de esas cosas —dijo Christian—. Si llevara un pañuelo a la cabeza sería igualito al Diablo en el cuadro de la Tentación.

—Bueno, pues gracias por decírmelo —dijo el joven vendedor de almagre con una leve sonrisa—. Y buenas noches a todos.

El recién llegado desapareció de la vista del grupo al descender del túmulo.

—Tengo la idea de que he visto antes la cara de ese jovencito —dijo Humphrey—. Pero no sé ni dónde, ni cuándo, ni cómo se llama.

No hacía más que unos minutos de la partida del vendedor de almagre cuando otra persona se acercó a la hoguera a medias reanimada. Resultó ser una viuda muy conocida y respetada de la vecindad, de unas maneras que sólo pueden describirse con el calificativo de refinadas. Su rostro se destacaba pálido, enmarcado en la negrura del páramo a sus espaldas, y la media luz lo hacía parecer un camafeo.

Era una mujer de mediana edad, de esos rasgos regulares que resultan cuando la perspicacia es la principal cualidad que impera en el interior de una persona. Por momentos parecía contemplar las cosas desde un monte Nebo al que no tenían acceso quienes la rodeaban. Tenía aspecto de retraimiento; la soledad que exhalaba el páramo se había concentrado en ese rostro nacido de él. El aire con que contemplaba a los habitantes del páramo delataba cierta indiferencia a su presencia, o a lo que pudieran opinar al verla andar por esos parajes solitarios a esa hora, lo que implicaba indirectamente que, en algún sentido, su nivel era inferior al de ella. La razón era que aunque su esposo había sido un granjero, la mujer era hija de un sacerdote, y antaño soñara con lograr mejores cosas en la vida.

Las personas de carácter fuerte arrastran en sus órbitas, como los planetas, su propia atmósfera; y la matrona que había llegado ahora a la escena solía imponerle su tono al grupo al que se sumaba. Sus maneras normales cuando se encontraba entre los habitantes del páramo tenían esa reticencia que nace de saber que se goza de una superior capacidad de comunicación. Pero el efecto sobre un recién llegado de ingresar a la compañía y la luz, después de errar solitario entre las sombras, es que hace gala de una sociabilidad mayor de lo común, que se evidencia más en la expresión del rostro que en las palabras.

—Vaya, si es la señora Yeobright —dijo Fairway—. Señora Yeobright, no hace ni diez minutos estuvo por aquí un hombre que preguntaba por usted; un vendedor de almagre.

— ¿Qué quería? —dijo ella.

—No nos lo dijo.

—Supongo que vender algo; qué otra cosa puede ser no logro adivinarlo.

—Me alegro de saber que su hijo, el señor Clym, viene en Navidad, señora —dijo Sam, el recogedor de turba—. ¡Cómo le gustaban las fogatas!

—Sí. Tengo entendido que viene —dijo ella.

—A estas alturas ya debe ser un guapo mozo —dijo Fairway.

—Ya es un hombre —contestó ella con voz queda.

—El páramo es un lugar muy solitario para usted esta noche, señora —dijo Christian, abandonando el retraimiento en el que había estado sumido hasta ese momento—. Tenga cuidado no se pierda. Egdon Heath es un mal lugar para perderse, y el viento suena más extraño que nunca esta noche. Hasta los que mejor conocen Egdon se han extraviado aquí a veces.

— ¿Eres tú, Christian? —dijo la señora Yeobright—. ¿Por qué te me escondías?

—Es que no la reconocí con esta luz, señora; y como soy tan poca cosa me asusté un poco, eso es todo. Si viera cuán a menudo me pasan por la mente las ideas más horribles se pondría muy nerviosa por miedo a que me diera muerte por mi propia mano.

—No saliste a tu padre —dijo la señora Yeobright con la vista clavada en el fuego, mientras el abuelo Cante, haciendo gala de cierta falta de originalidad, bailaba solo entre las chispas como hicieran antes los demás.

—Vamos, abuelo, nos avergüenzas —dijo Timothy Fairway—. ¡Un patriarca venerado como tú —setenta años al menos— ponerse a bailotear así, solito!

—Es un viejo insoportable, señora Yeobright —dijo Christian con aire de desaliento—. No viviría con él ni una semana si pudiera irme, así de parrandero es.

—Se vería más decente que te quedaras tranquilo y vinieras a saludar a la señora Yeobright, siendo el más viejo de los aquí presentes, abuelo Cante —dijo la mujer de los escobillones.

—A fe mía que así sería —dijo el anciano jaranero deteniéndose contrito—. Tengo tan mala memoria, señora Yeobright, que me olvido de que los demás me toman como ejemplo. ¿No le parece que tengo muy buen humor? Pero no siempre. Es un peso muy grande sentir que los demás me tienen por su comandante, y a menudo me lo siento.

—Lamento interrumpir la conversación —dijo la señora Yeobright—. Pero debo dejaros ahora. Iba por el camino de Anglebury hacia el nuevo hogar de mi sobrina, que regresa esta noche con su esposo; y al ver la fogata y escuchar la voz de Olly entre las demás subí para averiguar qué pasaba. Me gustaría que Olly viniera conmigo, ya que vamos por el mismo camino.

—Sí señora, seguro; ya estaba pensando en irme —dijo Olly.

—De seguro se topa con el vendedor de almagre del que le hablé —dijo Fairway—. Fue sólo a buscar su carro. Ya habíamos oído decir que su sobrina y su marido regresarían a la casa en cuanto se casaran, así que muy pronto bajaremos a cantarles una canción de bienvenida.

—Muchas gracias —dijo la señora Yeobright.

—Pero iremos por un atajo entre la aulaga que usted no puede tomar con esa ropa larga; así que no la molestaremos pidiéndole que nos espere.

—Muy bien; ¿lista, Olly?

—Sí, señora. Y mire, se ve una luz que brilla en la ventana de su sobrina. Nos ayudará a no apartarnos del camino.

La anciana apuntó a la débil luz en el fondo del valle que Fairway había observado antes, y las dos mujeres descendieron del túmulo.

#### 4. El alto en el camino real

Las mujeres bajaron, bajaron y siguieron bajando: con cada paso, su descenso parecía superar su avance. La aulaga arañaba ruidosamente sus faldas, los helechos —que aunque muertos y secos permanecían erguidos como cuando vivían, porque los efectos del invierno aún no se habían hecho sentir lo suficiente para derribarlos— rozaban sus hombros. Algunos quizás habrían considerado imprudente esa situación tartárea para dos mujeres solas. Pero a Olly y a la señora Yeobright, esos intrincados rincones les resultaban familiares en cualquier época del año; y el añadido de las tinieblas no hace temible el rostro de un amigo.

—Así que Tamsin al fin se casó con él —dijo Olly cuando el declive se hizo mucho menos pronunciado y ya no necesitaban prestarle toda su atención al sitio donde ponían los pies.

La señora Yeobright se tomó su tiempo para responderle:

—Sí, al fin.

—Cómo la va a añorar, después de haber vivido siempre con ella como si fuera una hija.

—La añoro mucho.

Aunque Olly carecía del tacto necesario para advertir cuándo sus comentarios resultaban imprudentes, su misma candidez la salvaba de resultar ofensiva. Podía hacer impunemente preguntas que en boca de otros habrían

producido mortificación. Ello explicaba la aquiescencia de la señora Yeobright ante la resurrección de un tema que evidentemente le era penoso.

—Me sorprendí, y mucho, cuando supe que había consentido, señora — continuó la fabricante de escobillones.

—No te sentiste más sorprendida de lo que yo lo habría estado el año pasado en esta misma época si me hubieran dicho que consentiría, Olly. Esta boda tiene más de un porqué. Ni aunque quisiera podría explicártelos todos.

—A mí me parecía que el mozo no tenía sustancia para emparentar con su familia. Posadero, ¿qué es eso? Verdad que es listo, y dicen que en otros tiempos fue todo un señor ingeniero, pero que llegó a lo que ha llegado por ser muy dado al plante.

—Yo sentí que, todo visto y comprobado, era mejor que se casara con quien quería.

—Pobrecita, sus sentimientos la traicionaron. Es lo natural. Bueno, digan lo que digan, el muchacho tiene varios acres de tierra arados en el páramo, además de la taberna, sus segadores del páramo y los modales de un caballero. Y a lo hecho, pecho.

—Así es —dijo la señora Yeobright—. Mira, al fin llegamos al camino. Ahora nos resultará más fácil.

No volvieron a tocar el tema del casamiento, y pronto llegaron a una bifurcación donde se separaron, no sin que antes Olly le rogara a su compañera que le recordara al señor Wildeve que no le había enviado a su marido enfermo la botella de vino que le prometiera en ocasión de su matrimonio. La fabricante de escobillones tomó el camino de la izquierda en dirección a su casa, que quedaba tras un risco de la colina, y la señora Yeobright siguió recto hasta alcanzar un poco más adelante el camino que pasaba junto a la taberna La Mujer Tranquila, adonde suponía que había regresado su sobrina con Wildeve después de celebrar su boda en Anglebury ese día.

Pasó primero por el lugar que llamaban El Cortijo de Wildeve, un terreno de labranza arrebatado al páramo, que rendía frutos tras largos y laboriosos años de esfuerzo. El hombre que había descubierto que se podía cultivar había dejado la vida en el empeño; el dueño que lo sucediera se había arruinado fertilizándolo. Wildeve había llegado como Américo Vespucio y recibido los honores a que eran acreedores quienes lo precedieran.

Cuando la señora Yeobright se acercó a la posada y estaba ya a punto de entrar, vio, a unas doscientas yardas de distancia, un caballo y un vehículo que avanzaban en su dirección, y a un hombre que caminaba a su lado con una

linterna en la mano. Pronto se le hizo evidente que se trataba del vendedor de almagre que había preguntado por ella. En vez de entrar de inmediato en la posada, la dejó atrás y avanzó hacia el carro.

Al acercarse al carromato, cuando el hombre ya estaba a punto de pasar a su lado sin prestarle mayor atención, se volvió hacia él y le dijo:

— ¿Ha estado usted preguntando por mí? Soy la señora Yeobright, de Blooms-End.

El vendedor de almagre experimentó un sobresalto y alzó el índice. Detuvo los caballos y le hizo señas a la señora Yeobright de que se alejara con él unas yardas, lo que ésta hizo, preguntándose de qué se trataría.

—Supongo que no me conoce, señora —dijo el vendedor de almagre.

—Así es —dijo la señora Yeobright—. ¡Espera, sí que te conozco! Eres el joven Venn; tu padre tenía una finca lechera por estos alrededores, ¿no es cierto?

—Sí; y conocí un poco a su sobrina, la señorita Tamsin. Tengo malas noticias para usted.

— ¡No serán sobre ella! Tengo entendido que acaba de regresar con su esposo. Lo tenían todo arreglado para volver esta tarde... a la posada, allí.

—No está en la posada.

— ¿Cómo lo sabes?

—Porque está aquí. Está en mi carro —añadió, tomándose su tiempo.

— ¿Qué nuevo problema ha surgido? —murmuró la señora Yeobright cubriéndose los ojos con la mano.

—No puedo darle muchas explicaciones, señora. Todo lo que sé es que cuando iba por el camino esta mañana, como a una milla de Anglebury, oí a alguien que corría detrás de mí como un cervatillo, y cuando volví los ojos allí estaba ella, pálida como la misma muerte. «¡Oh, Diggory Venn!», me dijo. «Ya me parecía que eras tú. ¿Podrías ayudarme? Estoy metida en un lío. »

— ¿Cómo sabía tu nombre de pila? —dijo la señora Yeobright con tono suspicaz.

—La conocí de chico, antes de iniciarme en este oficio. Me preguntó si podía montar conmigo, y a continuación cayó desmayada. La recogí y la puse en el carro, y ahí ha estado desde entonces. Ha llorado mucho, pero casi no ha dicho palabra; todo lo que me contó es que debía haberse casado esta mañana. Traté de que comiera algo, pero no pudo; y al fin se durmió.

—Déjame verla ahora mismo —dijo la señora Yeobright marchando a toda

prisa hacia el carro.

El vendedor de almagre la siguió con su linterna, y tras montarse en el vehículo, ayudó a la señora Yeobright a subir a su lado. Al abrirse la puerta, la señora Yeobright percibió en el extremo anterior del carro un lecho improvisado, alrededor del cual parecía colgar toda la tela que poseía el vendedor de almagre, con el fin de evitar que la ocupante del pequeño lecho entrara en contacto con el rojo material de su oficio. En la cama estaba acostada una joven, tapada con un abrigo. Dormía, y el resplandor de la linterna alumbró su rostro.

Quedó a la vista una cara agraciada de joven del campo, dulce y honesta, que reposaba en un nido de ondulado cabello castaño. Era un poco más que bonita y un poco menos que hermosa. Aunque tenía los ojos cerrados, resultaba fácil imaginar la luz que necesariamente debía brillar en ellos como culminación de la luminosa pieza de orfebrería en que estaban engastados. El sentimiento básico que irradiaba el rostro era de esperanza; pero había impuesta sobre él en ese momento, como una sustancia extraña, una capa de ansiedad y dolor. El dolor era tan reciente que no había logrado restarle nada a la belleza en flor, y aún no había conseguido sino dignificar lo que quizás más adelante socavaría. El carmín de los labios no había tenido tiempo de palidecer, y en ese instante parecía aún más intenso por la ausencia del vecino y más fugaz color de las mejillas. Los labios se entreabrían a menudo, para dejar escapar un murmullo. La joven parecía pertenecer por derecho propio a un madrigal y requerir que se la viera con ayuda de la rima y la armonía.

Una cosa al menos resultaba obvia: no estaba hecha para que se la contemplara de esa forma. El vendedor de almagre pareció estar consciente de ello, y, mientras la señora Yeobright la examinaba, apartó la vista con una delicadeza que hablaba muy bien de su persona. La durmiente pareció opinar lo mismo, porque un momento después abrió los ojos.

Los labios de la joven se entreabrieron entonces con un poco de anticipación y otro poco más de duda; y la luz dejó ver hasta el mínimo detalle sus diversos pensamientos y fracciones de pensamientos, evidentes en los cambios que experimentaba su rostro. Quedó así al descubierto una vida ingenua y transparente, como si se pudiera ver la corriente de su existencia al correr en su interior. La joven entendió la escena de inmediato.

—Oh, sí, soy yo, tía —exclamó—. Sé cuán asustada te sientes, y que no puedes creerlo; pero aun así, ¡soy yo quien regresa de esta manera!

— ¡Tamsin, Tamsin! —dijo la señora Yeobright, inclinándose hacia la joven y dándole un beso—. ¡Oh, mi querida hija!

Thomasin estaba al borde de dejar escapar un sollozo, pero haciendo



acopio de un inesperado control sobre sí misma, no emitió ningún sonido. Tras exhalar un leve suspiro anhelante, se sentó.

—No esperaba verte en este estado, como tampoco tú a mí —continuó rápidamente—. ¿Dónde estoy, tía?

—Cerca de casa, mi amor. En Egdon Bottom. ¿Qué calamidad ha ocurrido?

—Te lo contaré en un momento. ¿Tan cerca estamos? Entonces me bajaré y seguiré a pie. Quiero ir a casa por el sendero.

—Pero estoy segura de que este buen hombre, que tanto ha hecho ya, te llevará hasta la misma casa —dijo la tía al tiempo que se volvía hacia el vendedor de almagre, quien se había apartado de la parte delantera del carro cuando la muchacha despertó y esperaba en el camino.

—No tiene necesidad de pedírmelo. Por supuesto que la llevaré —dijo.

—Es muy amable —murmuró Thomasin—. Lo conocí en otra época, tía, y cuando lo vi hoy pensé que era preferible su carro al vehículo de un extraño. Pero ahora seguiré a pie. Vendedor, detén los caballos, por favor.

El hombre la contempló con aire de emocionada renuencia, pero los detuvo. Tía y sobrina bajaron entonces del carro, al tiempo que la señora Yeobright le decía a su dueño:

—Ahora sí te reconozco. ¿Por qué dejaste el bonito negocio que te dejó tu padre?

—Simplemente lo dejé —dijo, y miró a Thomasin, quien se sonrojó levemente—. ¿Entonces no me va a necesitar más esta noche, señora?

La señora Yeobright recorrió con la vista el cielo oscuro, las colinas, las hogueras agonizantes y la ventana alumbrada de la posada a cuyo lado habían llegado.

—Creo que no, ya que Thomasin quiere caminar —dijo—. Podemos subir rápido hasta la casa por el sendero; lo conocemos bien.

Y tras intercambiar algunas palabras más se separaron: el vendedor de almagre siguió adelante con su carro mientras que las dos mujeres permanecieron de pie en el camino. En cuanto el vehículo y su conductor se hubieron alejado lo suficiente como para que fuera imposible que le llegaran sus voces, la señora Yeobright se volvió hacia su sobrina.

—Y bien, Thomasin, ¿qué significa esta vergonzosa conducta? —dijo severa.

## 5. La perplejidad de unas personas honestas

Thomasin pareció abrumada por el cambio de actitud de su tía.

—Significa exactamente lo que parece significar: no... no me casé — contestó quedamente—. Perdóname por humillarte con este contratiempo, tía. Lo siento. Pero no pude evitarlo.

— ¿Humillarme a mí? Piensa mejor en ti.

—Nadie tuvo la culpa. Cuando llegamos, el pastor no quiso casarnos por una pequeña irregularidad de la licencia.

— ¿Qué irregularidad?

—No sé. El señor Wildeve te explicará. Cuando salí esta mañana no creí que volvería de esta manera.

Como estaba oscuro, Thomasin dejó que sus emociones se desbordaran por la vía silenciosa de las lágrimas, que podían rodar por sus mejillas sin que nadie las advirtiera.

—Casi me siento tentada a decir que tú misma te lo buscaste, si no sintiera que no te lo mereces —continuó la señora Yeobright, quien, poseída por dos estados de ánimo apretadamente contiguos, uno gentil y otro airado, pasaba velozmente de uno al otro sin el menor aviso—. Recuerda, Thomasin, que no tuve nada que ver en este asunto; desde el mismo inicio, cuando empezaste a sentir todas esas tonterías por este hombre, te advertí que no te haría feliz. Era un sentimiento tan fuerte que hice lo que nunca me habría creído capaz de hacer: me puse de pie en la iglesia y me hice el blanco de todas las habladurías durante varias semanas. Pero una vez que consentí, no me someteré a estos caprichos sin un buen motivo. Después de lo sucedido, no tienes más remedio que casarte con él.

— ¿Y crees que en algún momento he querido hacer otra cosa? —dijo Thomasin con un profundo suspiro—. ¡Sé cuán equivocado de mi parte fue enamorarme de él, pero no me aflijas hablándome así, tía! Tú no habrías querido que me quedara allá con él, ¿no es cierto? Y tu casa es el único hogar al que puedo llamar mío. Él dice que podremos casarnos en uno o dos días.

—Cuánto me gustaría que nunca te hubiera conocido.

—Muy bien; entonces seré la mujer más desdichada del mundo y no dejaré que me vuelva a ver. ¡No, no me casaré con él!

—Ya es demasiado tarde para eso. Ven conmigo. Iré a la posada a averiguar si ya regresó. Por supuesto que llegaré ahora mismo hasta el fondo

de esta historia. Que no se imagine el señor Wildeve que puede tomarme el pelo a mí o a uno de los míos.

—No hay nada de eso. La licencia estaba mal y no podía conseguir otra el mismo día. Ya te dirá en un momento lo que pasó, si es que vuelve.

— ¿Por qué no te traje de regreso?

— ¡Por culpa mía! —volvió a sollozar Thomasin—. Cuando me enteré de que no podíamos casarnos no quise volver con él, y me sentí muy mal. Entonces vi a Diggory Venn y me alegré de que pudiera traerme a casa. No puedo darte una explicación mejor, así que enfádate conmigo si quieres.

—Ya veremos —dijo la señora Yeobright; y ambas se encaminaron a la posada conocida en la vecindad con el nombre de La Mujer Tranquila, cuyo reclamo exhibía la figura de una matrona con la cabeza bajo el brazo, y debajo de ese macabro dibujo, el pareado que tan bien conocían los habituales de la posada:

Ya ven que la mujer está tranquila;

Que nadie entonces arme tremolina.

El frente de la casa daba al páramo y a Rainbarrow, cuya forma oscura parecía amenazarla desde lo alto. Sobre su puerta había una descuidada placa de bronce con una inesperada inscripción: «Señor Wildeve, Ingeniero». Era una reliquia inútil, aunque muy estimada, de la época en que su dueño comenzara a ejercer esa profesión en una agencia de Budmouth junto a personas que habían esperado mucho de él y a quienes había defraudado. El huerto estaba en la parte trasera, y detrás de él corría un lento y profundo arroyo, que era el límite del páramo en esa dirección, ya que en su otra orilla comenzaban los prados.

Pero la espesa oscuridad reinante sólo permitía ver los contornos de las cosas. El agua que corría detrás de la casa se oía, merced a los azarosos remolinos que generaba en su lento avance entre las hileras de juncos de secos penachos emplumados que formaban un parapeto a lo largo de ambas orillas. La presencia de los juncos se hacía notar por unos sonidos semejantes al de una congregación que orara con humildad, que producían al rozarse unos contra otros a impulsos del suave viento.

La ventana desde la cual había brillado en el valle la luz de la vela que llegara hasta los ojos del grupo de la fogata no tenía cortinas, pero su antepecho era demasiado alto para que un caminante pudiera mirar desde afuera hacia el interior de la habitación. Una sombra enorme, en la que se podían adivinar vagamente porciones de una silueta masculina, cubría la mitad del techo.

—Parece que está en casa —dijo la señora Yeobright.

— ¿Debo pasar también, tía? —preguntó Thomasin con voz desmayada—. Supongo que no; no estaría bien.

—Por supuesto que debes pasar, para hacer un careo con él, de modo que no pueda decirme ninguna falsedad. No nos quedaremos ni cinco minutos, y después nos iremos caminando a casa.

La señora Yeobright entró en el pasaje descubierta, golpeó a la puerta del salón, la abrió y echó una ojeada al interior.

La espalda y los hombros de un hombre se interpusieron entre los ojos de la señora Yeobright y el fuego. Wildeve, pues de él se trataba, se volvió de inmediato, se puso de pie y avanzó para recibir a sus visitantes.

Era un hombre bastante joven, y de las dos características, la forma y la animación, era la segunda la que primera atraía las miradas hacia él. La gracia de sus movimientos resultaba singular: era la expresión en pantomima de una trayectoria de casanova. Después se hacían evidentes las cualidades más materiales, entre las cuales se encontraba una cabellera profusa que pendía sobre la parte superior de su rostro y que le daba a su frente el perfil elevado de un primitivo escudo gótico; y un cuello tan liso y torneado como un cilindro. La mitad inferior de su figura era de compleción ligera. En conjunto, era alguien en quien ningún hombre habría encontrado nada que admirar, y en quien ninguna mujer habría encontrado nada que le disgustara.

Wildeve distinguió la silueta de la joven en el pasaje y dijo:

—Entonces, Thomasin ha llegado a casa. ¿Cómo pudiste dejarme así, mi amor?

Y dirigiéndose a la señora Yeobright:

—Fue inútil tratar de discutir con ella. Insistió en irse, y en irse sola.

—Pero, ¿qué significa todo esto? —inquirió la señora Yeobright, altanera.

—Tomad asiento —dijo Wildeve acercando sillas para las dos mujeres—. Bueno, pues fue un error muy tonto, pero de esos que ocurren. La licencia no era válida en Anglebury. Fue expedida para Budmouth, pero como no la leí, no me di cuenta.

—Pero, ¿no había estado viviendo en Anglebury?

—No. Estuve en Budmouth hasta hace dos días, y allí es adonde me proponía haberla llevado; pero cuando vine a buscarla decidimos ir a Anglebury y olvidamos que sería necesaria una nueva licencia. Después ya no había tiempo para llegar a Budmouth.

—Pienso que es usted muy de censurar —dijo la señora Yeobright.

—Fue por mi culpa que escogimos Anglebury —dijo Thomasin con aire suplicante—. Lo propuse porque allí no me conocen.

—Estoy tan convencido de que merezco todas las censuras que no necesita recordármelo —contestó Wildeve, picado.

—Estas cosas no ocurren de balde —dijo la tía—. Es una gran afrenta inferida a mí y a mi familia; y cuando se sepa, pasaremos un rato muy desagradable. ¿Cómo podrá mirar Thomasin mañana a sus amigos a la cara? Es un percance muy grave, que no puedo perdonar fácilmente. Podría incluso dañar la reputación de mi sobrina.

—Tonterías —dijo Wildeve.

Los grandes ojos de Thomasin habían ido del rostro del uno al rostro de la otra durante esa discusión, y ahora dijo nerviosa:

— ¿Me permitirías, tía, hablar a solas con Damon cinco minutos? ¿Lo harías, Damon?

—Por supuesto, querida, si tu tía nos perdona un momento —dijo Wildeve.

La condujo a una habitación contigua, dejando a la señora Yeobright junto al hogar.

En cuanto quedaron a solas y la puerta se cerró, Thomasin dijo, volviendo hacia Wildeve su rostro pálido y cubierto de lágrimas:

— ¡Esto me está matando, Damon! No tenía intenciones de separarme de ti enojada en Anglebury esta mañana; pero estaba asustada y casi no sabía lo que decía. No le he contado a tía cuánto he sufrido hoy; y me resulta muy difícil controlar los gestos y la voz, y sonreír, como si se tratara de algo sin mayor importancia; pero lo intento, para que no se indigne más contigo. Yo sé que no pudiste evitarlo, mi amor, más allá de lo que piensa la tía.

—Se ha mostrado muy desagradable.

—Sí, y supongo que yo también te lo parezco ahora —murmuró Thomasin—. Damon, ¿qué te propones hacer conmigo?

— ¿Que qué me propongo hacer contigo?

—Sí. Las personas a quienes no les resultas simpático dicen por lo bajo cosas de ti que me hacen dudar por momentos. Supongo que nos casaremos, ¿no es cierto?

—Por supuesto que sí. Lo único que tenemos que hacer es ir a Budmouth el lunes y casarnos de inmediato.

— ¡Vayamos entonces! ¡Oh, Damon, qué cosas me haces decir! — escondió el rostro en su pañuelo—. Heme aquí pidiéndote que te cases conmigo, cuando debías ser tú quien estuviera de rodillas, implorándome a mí, tu cruel enamorada, que no te rechazara, y diciéndome que tu corazón no lo resistiría. Solía pensar que sería así de hermoso y dulce, pero, ¡cuán diferente ha resultado!

—Sí, la vida real nunca es así.

—Pero, personalmente, no me importa si la boda no se celebra nunca — añadió Thomasin con un resto de dignidad—; no, puedo vivir sin ti. Es en la tía en quien pienso. Es tan orgullosa, y tiene en tanto la respetabilidad de su familia, que se moriría de mortificación si se supiera esta historia antes... de la boda. Mi primo Clym también se sentiría profundamente herido.

—Y sería una actitud muy poco razonable. La realidad es que todos vosotros os mostráis bastante poco razonables.

Thomasin se ruborizó levemente, y no de amor. Pero fuera cual fuese el sentimiento pasajero que causara su sonrojo, pasó tan pronto como había llegado, así que dijo con tono humilde:

—No quiero serlo nunca, si lo puedo evitar. Sólo que siento que al fin tienes a mi tía hasta cierto punto en tu poder.

—Y es justo que así sea —dijo Wildeve—. Piensa en lo que he tenido que soportar para obtener su consentimiento; el insulto que supone para cualquier hombre que se prohíba la lectura de las amonestaciones; y doble insulto para un hombre tan infortunado como para tener esta maldita sensibilidad, y estos demonios de la desesperanza que me persiguen y sabe Dios qué más, como yo. Nunca olvidaré esas amonestaciones. Un hombre más despiadado se regocijaría del poder que tengo ahora de devolverle el insulto a tu tía absteniéndome de llevar más adelante este asunto.

Thomasin lo contemplaba dolorosamente con sus ojos tristes mientras pronunciaba esas palabras, y su aspecto denotaba que más de una persona de las que se encontraban en la habitación deploraba que estuviera dotada de sensibilidad. Al ver que la joven sufría realmente, Wildeve pareció turbarse y añadió:

—Claro, se trata sólo de una especulación. No tengo la menor intención de negarme a concluir el matrimonio, Tamsie mía; no podría soportarlo.

— ¡Yo sé que no podrías! —dijo la bella muchacha, al tiempo que su rostro se iluminaba—. Tú, que eres incapaz de soportar el espectáculo del dolor ni siquiera en un insecto, ni un sonido desapacible, ni incluso un olor desagradable, no nos causarías un gran dolor a mí y a los míos.

—No lo haré, si está en mis manos evitarlo.

—Dame tu mano y júramelo, Damon.

Wildeve le tendió su mano desganadamente.

—Ah, por Dios, ¿qué es eso? —dijo de repente.

A los oídos de ambos llegó el sonido de numerosas voces que cantaban frente a la casa. Entre ellas se destacaban dos por su peculiaridad: una era un bajo muy profundo, la otra un chillido aflautado y ansioso. Thomasin las reconoció como pertenecientes a Timothy Fairway y el abuelo Cantle respectivamente.

— ¿Qué significa? Espero que no sea que vienen a echarnos en cara lo que ha ocurrido —dijo la joven dirigiéndole a Wildeve una mirada asustada.

—Claro que no; no, es la gente del páramo que ha venido a darnos la bienvenida con una canción. ¡Esto es intolerable!

Wildeve comenzó a recorrer la habitación de un lado a otro mientras los hombres cantaban afuera alegremente:

Le dijo que ella era de su alma la rosa. Y que si ella quería la haría su esposa. Ella dijo sí, y a la iglesia marcharon, y Olvidado Hill, muy contentos quedaron. Y cuando él la besó y la sentó en sus rodillas, ¡Ningún hombre en el mundo fue tan tierno en su vida!

La señora Yeobright irrumpió en la habitación.

— ¡Thomasin! ¡Thomasin! —dijo, al tiempo que miraba a Wildeve indignada— ¡qué vergüenza! Escapemos ahora mismo. ¡Ven!

Pero ya era demasiado tarde para huir por el pasaje. En la puerta de la habitación del frente habían comenzado a oírse unos fuertes golpes. Wildeve, quien había ido hasta la ventana, regresó.

— ¡Alto! —dijo imperiosamente, poniendo su mano sobre el brazo de la señora Yeobright—. Estamos sometidos a un sitio en regla. Hay al menos cincuenta de ellos allá afuera. Quédese en esta habitación con Thomasin; yo saldré a darles la cara. Hágalo por mí, quédese aquí hasta que se vayan, para que parezca que todo salió bien. Vamos, Tamsie querida, no hagas una escena. Después de esto tendremos que casarnos; de eso te das tanta cuenta como yo. Sólo quedaos tranquilas y no habléis mucho. Yo me encargo de ellos. ¡Necios imprudentes!

Obligó a la agitada joven a sentarse, regresó a la habitación del frente y abrió la puerta. Muy cerca de ella, en el pasaje, apareció el abuelo Cantle

cantando al unísono con los que aún se mantenían frente a la casa. Pasó a la habitación y le hizo un saludo distraído a Wildeve con la cabeza, con los labios aún entreabiertos y el rostro penosamente contraído por la emisión del estribillo. Terminado este, dijo cordial:

— ¡Sea bienvenida la pareja de recién casados y que Dios los bendiga!

—Gracias —dijo Wildeve, con seco resentimiento y con el rostro tan sombrío como una tarde de tormenta.

Pisándole los talones al abuelo entró el resto del grupo, compuesto por Fairway, Christian, Sam el recogedor de turba, Humphrey y otra docena de hombres. Todos le sonrieron a Wildeve, y también a sus mesas y sus sillas, merced a los sentimientos de simpatía que les inspiraban tanto los muebles como su dueño.

—Al final, no llegamos antes que la señora Yeobright —dijo Fairway al reconocer la cofia de la matrona a través de la mampara de cristal que dividía el salón de los parroquianos, al que habían pasado, de la habitación donde se encontraban las mujeres—. Nosotros cortamos directo, señor Wildeve, y ella dio la vuelta por el sendero.

— ¡Y ahí veo la cabecita de la novia! —dijo el abuelo, que curioseaba en la misma dirección, al distinguir a Thomasin, quien aguardaba incómoda y acongojada junto a su tía—. Aún no se ha acabado de acomodar. Bien, bien, tiempo no le faltará.

Wildeve no respondió, y considerando probablemente que mientras antes les brindara algo antes se irían, sacó una jarra de loza que de inmediato ciñó la escena en un halo cálido.

—Ya veo que es un trago del especial —dijo el abuelo Cantle con el aire de un hombre de modales demasiado correctos como para demostrar prisa por probarlo.

—Sí —dijo Wildeve—, es un aguamiel que preparé hace tiempo. Espero que os guste.

— ¡Ah, sí! —contestaron los invitados en el tono cordial que tan naturalmente se adopta cuando las palabras que demanda la cortesía coinciden con las que inspiran los más profundos sentimientos—. No hay mejor bebida bajo el sol.

—Juro que no la hay —añadió el abuelo Cantle—. Lo único que se puede decir en contra del aguamiel es que se sube bastante a la cabeza y que su efecto tiende a durar bastante. Pero mañana es domingo, gracias a Dios.

—Una vez que tomé un poco me sentí como un soldado valiente —dijo Christian.



—Y así te volverás a sentir —dijo Wildeve con tono de condescendencia—. ¿Tazas o vasos, caballeros?

—Pues, si no le importa, tomamos de la jarra y nos la pasamos; es mejor que servirlo en traguitos.

—Al diablo los vasos resbalosos —dijo el abuelo Cante—. ¿De qué sirve una cosa que no se puede poner a calentar entre la ceniza, eh, vecinos? Eso es lo que pregunto.

—Cierto, abuelo —dijo Sam; y el aguamiel comenzó a circular.

—Bien —dijo Timothy Fairway, que se sentía presionado a hacer algún tipo de cumplido—, casarse es cosa que vale la pena, señor Wildeve; y la mujer que se lleva es un diamante, digo yo. Sí —continuó, dirigiéndose al abuelo Cante y alzando la voz para que pudieran escucharlo a través de la mampara—, el padre de la moza —haciendo una inclinación en dirección a la habitación interior— era uno de los hombres mejores del mundo. Siempre estaba listo para sublevarse, y mucho, con cualquier trapisonda.

— ¿Eso no es muy peligroso? —dijo Christian.

—Y por estos lados había muy pocos dispuestos a enemistarse con él —dijo Sam—. Cada vez que salía un grupo, tocaba el clarinete en la banda que marchaba al frente como si no le hubiera puesto las manos encima durante toda su vida a nada que no fuera un clarinete. Y cuando llegaban a la puerta de la iglesia, soltaba el clarinete, se subía al coro, agarraba el violón y dale a rascarlo como si no hubiera tocado en su vida más que el violón. La gente decía —gente que sabía qué era la buena música— «¡Ese no puede ser de ninguna manera el hombre que acabo de ver manejando el clarinete con tanta maestría!».

—Me acuerdo —dijo el recogedor de turba—. Era maravilloso que una sola persona pudiera saber todo eso y que nunca se le confundieran los dedos.

—Y también estaba lo de la iglesia de Kingsbere —recomenzó Fairway como quien abre una nueva veta en el mismo venero de interés general. Wildeve hizo una inspiración como la de quien se aburre insoportablemente y lanzó una mirada a las prisioneras a través de la mampara.

—Acostumbraba a ir caminando hasta allá los domingos por la tarde a visitar a su viejo amigo Andrew Brown, que era el primer clarinete de aquellos andurriales; buen hombre, pero su música era un poquito chillona, ¿no os acordáis?

—Así mismo era.

—Y el vecino Yeobright ocupaba el lugar de Andrey durante una parte del servicio, para que Andrey pudiera echar una siestecita, como haría cualquier

amigo.

—Como haría cualquier amigo —dijo el abuelo Cantle, al tiempo que los demás oyentes expresaban similar coincidencia mediante el más conciso expediente de asentir con la cabeza.

—En cuanto Andrey se dormía y pasaba por el clarinete el primer soplido del vecino Yeobright, todo el mundo en la iglesia sentía al momento que había un alma grande entre ellos. Todas las cabezas se volvían y todo el mundo decía: «¡Ah, ya me parecía que era él!». Un domingo, bien que me acuerdo, era día de violón, y Yeobright había traído el suyo. Era el salmo ciento treintitrés a «Lydia»; y cuando llegaron a «Es como el buen perfume que corre por la cabeza de los sacerdotes y baja por su barba hasta el cuello de su ropaje», el vecino Yeobright, que ya había entrado en calor, le metió el arco a las cuerdas con tanta pasión que casi sierra el violón en dos pedazos. Todas las ventanas de la iglesia se agitaban como si hubiera una tormenta. El viejo pastor Williams, que estaba con su gran sobrepelliz sagrada, alzó las manos al cielo con tanta naturalidad como si hubiera estado en ropa de calle, y parecía decirse: «¡Oh, si tuviéramos un hombre así en nuestra parroquia!». Pero en Kingsbere no había nadie que pudiera compararse con Yeobright.

— ¿Y no corrían peligro cuando se agitaban las ventanas? —preguntó Christian.

No recibió respuesta, ya que por el momento todos estaban transportados de admiración por el concierto descrito. Como en el caso de la presentación de Farinelli ante las princesas, o del famoso Discurso de la Begún pronunciado por Sheridan, y otros ejemplos similares, la afortunada circunstancia de que el mundo lo había perdido para siempre investía al tour de force del fallecido señor Yeobright aquella tarde memorable con una gloria siempre creciente que una crítica comparativa, de haber sido posible, quizás habría recortado considerablemente.

—Era la última persona que uno habría pensado que iba a troncharse en la flor de la vida —dijo Humphrey.

—Ah, la verdad es que andaba mirando para la tumba desde varios meses antes de morir. En esa época, las mujeres iban corriendo a buscar refajos y cortes de tela para hacerse vestidos a la feria de Greenhill, y la que es ahora mi esposa, como era una jovencita pernilarga y afiladita, que casi no tenía tamaño para buscar marido, iba con el resto de las muchachas, porque antes de engordar era una buena caminadora. Cuando regresaba yo le decía —empezábamos entonces a salir juntos—: «¿Qué conseguiste, mi alma?». «Conseguí... bueno... conseguí un corte de vestido», decía ella, poniéndose toda colorada. Seguro que es un refajo, pensaba yo; y así resultaba ser. Sí, cuando pienso en las cosas que me dice ahora sin que se le suban los colores a

la cara, me parece mentira que no pudiera decirme algo tan sencillo entonces... Sea como sea, siguió hablando, y por eso es que cuento ahora esta historia. «Bueno, aparte de la ropa que conseguí, blanca o estampada, para ser vista y para no ser vista» (en esa época se las daba de muy pudorosa) «preferiría haberla perdido a haber visto lo que vi. En cuanto el pobre señor Yeobright llegó a la feria se puso mal y tuvieron que llevárselo de regreso a su casa». Esa fue la última vez que salió de la parroquia.

—Fue apagándose día a día, y después nos enteramos de que había entregado el alma.

— ¿Creéis que habrá sentido mucho dolor cuando murió? —dijo Christian.

—Oh, no, todo lo contrario. Y tampoco remordimientos. Tenía la suerte de ser uno de los elegidos por Dios Todopoderoso.

—Y los demás... ¿usted cree que sufren muchos dolores, señor Fairway?

—Eso depende de lo que tienen que temer.

— ¡Yo no tengo nada que temer, gracias a Dios! —dijo Christian tajante—. Me alegro de no tener nada que temer, porque así no sufriré... No creo que tenga nada que temer, o si tengo algo que temer no es culpa mía, y no merezco sufrir. ¡Querría no tener nada de nada que temer!

Se produjo un silencio solemne, y tras mirar por la ventana, que estaba abierta y no tenía visillos, Timothy dijo:

— ¡Qué fogatita más alegre esa junto a la casa del capitán Vye! Juro que arde igual que cuando la encendieron.

Todos los ojos se dirigieron a la ventana, así que nadie notó la mirada furtiva y reveladora de Wildeve. Allá a lo lejos, en el sombrío valle del páramo, a la derecha de Rainbarrow, se veía, en efecto, el fulgor pequeño, pero tan constante y persistente como antes.

—La encendieron antes que la nuestra —continuó Fairway—; y, sin embargo, todas las de los alrededores se consumieron antes.

— ¡Quizás eso tenga un significado! —murmuró Christian.

— ¿Cómo un significado? —dijo Wildeve bruscamente.

Christian estaba demasiado atolondrado como para contestar, y Timothy lo ayudó.

—Lo que quiere decir, señor, es que la criatura solitaria de ojos negros que vive allá arriba y que algunos dicen que es una bruja —Dios me libre de llamar por ese nombre a una hermosa joven— siempre está dando importancia de una manera o de otra; así que tal vez sea ella.

—Me sentiría feliz de proponerle matrimonio si me aceptara, y de correr el riesgo de que me hiciera mal de ojos con esos ojazos negros —dijo abuelo Cantle impávido.

— ¡No digas eso, padre! —imploró Christian.

—Bueno, pues que me cuelguen si el que se case con la doncella no acaba con un extraño cuadro en la sala de su casa —dijo Fairway en tono apacible, al tiempo que colocaba sobre la mesa la jarra de aguamiel después de un largo trago.

—Y con una compañera tan misteriosa como la estrella Polar —dijo Sam tomando la jarra y terminando con lo que quedaba.

—La verdad es que creo que debíamos irnos moviendo —dijo Humphrey al ver el recipiente vacío.

—Pero les cantaremos otra canción, ¿no? —dijo el abuelo Cantle—. ¡Tengo adentro tanta música como un pajarito!

—Gracias, abuelo, pero no queremos molestarte —dijo Wildeve—. Será otro día, cuando haga una fiesta.

— ¡Qué me lleve el diablo si no me aprendo diez canciones para entonces! —dijo el abuelo Cantle—. Y puede estar seguro de que no lo defraudaré haciéndome de rogar, señor Wildeve!

—Te creo —dijo ese caballero.

Todos se despidieron tras desearle a su anfitrión una larga vida y felicidad en su matrimonio y hacer algunas recapitulaciones que tomaron cierto tiempo. Wildeve los acompañó hasta la puerta, más allá de la cual les esperaba el empinado trecho de páramo de oscuros tintes, una vastedad de sombras que reinaba desde el suelo y casi hasta el cenit, donde la primera forma definida que se distinguía era la cresta amenazadora de Rainbarrow. Sumergiéndose en la densa oscuridad en una fila encabezada por Sam el recogedor de turba, los hombres emprendieron el camino a campo traviesa de regreso a sus hogares.

Cuando el roce de la aulaga contra sus sobrecalzas dejó de llegar a sus oídos, Wildeve regresó a la habitación donde dejara a Thomasin y a su tía. Ambas mujeres habían desaparecido.

Sólo podían haber abandonado la casa por la ventana trasera: estaba abierta.

Wildeve rio para sus adentros, permaneció pensativo un momento y regresó sin prisas a la habitación de delante. Allí su mirada fue a dar a una botella de vino que estaba sobre la repisa de la chimenea.

— ¡Ah, el viejo Dowden! —murmuró; y después de ir hasta la puerta de la

cocina, gritó:

— ¿Hay alguien que le pueda llevar una cosa al viejo Dowden?

No obtuvo respuesta. La habitación estaba vacía, ya que el mozo que actuaba como su factótum se había ido a la cama. Wildeve regresó, se puso el sombrero, tomó la botella, salió de la casa y cerró la puerta con llave, porque esa noche no había ningún huésped en la posada. En cuanto llegó al camino sus ojos volvieron a tropezar con la pequeña fogata de Mistorver Knap.

— ¿Todavía esperando, señora mía? —murmuró.

No obstante, no tomó esa ruta, sino que tras dejar a su izquierda la colina, avanzó a tropezones por un camino escarpado que le llevó a una casa que, como todos los otros lugares habitados del páramo a esa hora, escapaba a la invisibilidad sólo gracias al débil resplandor que asomaba por la ventana del dormitorio. Era la casa de Olly Dowden, la fabricante de escobillones, y Wildeve entró.

La habitación de los bajos estaba a oscuras, pero encontró a tientas una mesa sobre la cual depositó la botella, y un minuto después volvió a salir al páramo. Se detuvo para mirar hacia el nordeste hacia la pequeña hoguera inextinguible, situada muy por encima de su cabeza, aunque por debajo de Rainbarrow.

Ya sabemos qué ocurre cuando una mujer reflexiona; y el epigrama no se restringe a la mujer, siempre que haya una involucrada, y que sea hermosa. Wildeve se quedó inmóvil, y siguió sin moverse; respiró perplejo y después se dijo resignado:

— ¡Sí, por Dios, supongo que debo ir a verla!

En vez de tomar en dirección a su casa, emprendió la marcha a toda prisa por un sendero a los pies de Rainbarrow hacia lo que era, evidentemente, una luz de señales.

## **6. La figura recortada contra el cielo**

Cuando la asamblea integrada por los vecinos de Egdon abandonó el sitio donde ardiera la hoguera librada a su acostumbrada soledad, una figura femenina apretadamente envuelta en un chal se acercó al túmulo procedente del sector del páramo donde flameaba la pequeña fogata. De haberla estado observando, el vendedor de almagre quizás habría reconocido en ella a la mujer que apareciera allí antes de manera tan singular, y que se esfumara al acercarse los desconocidos. La mujer ascendió hasta volver a ocupar su puesto

en la cima, donde los rojos carbones de la hoguera moribunda le dieron la bienvenida como los ojos vivos del cadáver del día. Allí permaneció inmóvil, en medio de la vasta atmósfera nocturna, cuya incompleta oscuridad, en comparación con la oscuridad total del páramo a sus pies, bien podría haber sido la representación de un pecado venial por contraste con un pecado mortal.

Lo único que era dable saber de ella en ese momento es que era alta y esbelta, y que sus movimientos eran los de una dama, ya que estaba envuelta en un chal doblado a la antigua usanza triangular, y llevaba la cabeza cubierta por un gran pañuelo, protección que no resultaba superflua a esa hora y en ese lugar. Le daba la espalda al viento, que soplabá del noroeste; pero al principio no se hizo evidente si evitaba ese cuadrante debido a las ráfagas heladas que azotaban la excepcional posición que ocupaba, o porque lo que le interesaba la inducía a otear en dirección al sudeste.

El motivo que la hacía permanecer tan inmóvil como si fuera el pivote de ese círculo del páramo era igualmente enigmático. Su extraordinaria fijeza, su conspicua soledad, su desprecio por la noche, hablaban, entre otras cosas, de una total ausencia de temor. Una región cuya siniestra condición era la misma que hiciera ansiar a César todos los años abandonar sus tinieblas antes de la llegada del equinoccio de otoño, un paisaje y un clima que llevan a los viajeros del Sur a describir nuestra isla como la Cimeria de Homero no resultaban, obviamente, confortables para una mujer.

Se podría haber supuesto, con cierta dosis de razón, que prestaba oído al viento, el cual soplabá con un poco más de fuerza a medida que avanzaba la noche y concitaba su atención. De hecho, el viento parecía haber sido hecho para la escena, de igual forma que la escena parecía hecha para la hora. Parte de este sonido era sumamente especial; lo que se oía allí no era dable escucharlo en ningún otro sitio. Se sucedían innumerables series de ráfagas procedentes del noroeste, y cuando pasaban, el rumor de su avance se resolvía en tres elementos. Resonaban en él voces de soprano, tenor y bajo. Los botes generales del conjunto en hondonadas y elevaciones eran responsables de los tonos más graves del repique. A continuación se dejaba oír el zumbido de barítono de un acebo. Más débil, pero en un tono más alto, una voz menguada intentaba con todas sus fuerzas entonar una melodía bronca, que era el sonido peculiar de la localidad. Más fina y menos localizable de inmediato que las otras dos, era mucho más impresionante que ambas. En ella se encerraba lo que podría denominarse la peculiaridad lingüística del páramo; y como no era posible oírla en ningún otro lugar del planeta que no fuera un páramo, brindaba cierta explicación a la tensión de la mujer, que seguía tan incommovible como antes.

En medio del soplo de los quejumbrosos vientos de noviembre, esa nota guardaba una gran semejanza con las ruinas de canción humana que restan en

una garganta de nueve décadas. Era un susurro fatigado, reseco y crujiendo, y rozaba de manera tan clara el oído que quienes estaban acostumbrados a él podían detectar, como si las tocaran, las minucias materiales en las que se originaba. Era el producto conjunto de infinitesimales causas vegetales, que no eran ni tallos, ni hojas, ni frutos, ni briznas de hierbas, ni espinos, ni líquenes, ni musgos.

Eran las momificadas flores del brezo del verano anterior, originalmente tiernas y púrpuras, ahora lavadas de todo color por las lluvias del otoño y secadas hasta convertirse en pellejos muertos por los soles de octubre. Tan tenue era el sonido que producía cada una que la combinación de cientos apenas lograba quebrar el silencio, y las miríadas de todo el declive llegaban a oídos de la mujer como un recitativo marchito e intermitente. No obstante, ni un solo acento entre los muchos que flotaban en el aire esa noche tenía tanto poder como ese para provocar en quien lo oía pensamientos acerca de su origen. Se veía mentalmente la infinidad de esas multitudes combinadas; y se percibía que el viento aferraba cada una de esas pequeñas trompetas, la penetraba, la raspaba y emergía de ella con tanta precisión como si fuera tan vasta como un cráter.

«El espíritu les movía». Uno de los significados posibles de esa frase se hacía evidente a quien escuchaba; y la predisposición fetichista de un oyente emotivo podía desembocar en otra de más avanzada condición. No era, después de todo, que hablaran las flores marchitas de las extensiones situadas a la izquierda, o a la derecha, o en la ladera de enfrente; era una única cosa distinta que hablaba al unísono por intermedio de cada una de ellas.

De repente, en el túbulo se mezcló con toda esa salvaje facundia de la noche un sonido que se moduló de manera tan natural con el resto que resultaba difícil distinguir su comienzo y su final. Los riscos, los arbustos y las flores del brezo habían roto el silencio; al fin lo rompió la mujer también; y su voz no fue sino otra frase del mismo discurso de aquellos. Lanzada al viento, se trenzó con él y con él voló.

Lo que emitió fue un largo suspiro, al parecer nacido de algo que ocupaba sus pensamientos y que provocaba su presencia en el lugar. Tenía un abandono espasmódico, como si, al permitirle emitir el sonido, el cerebro de la mujer hubiera autorizado lo que no podía regular. Algo se hizo evidente: el estado de la mujer era de represión, y no de languidez o paralización.

Allá a lo lejos, en el valle, aún brillaba el débil resplandor de la ventana de la posada; y unos momentos después se demostró que la ventana, o lo que había en ella, tenían más que ver con el suspiro de la mujer que sus propias acciones o el paisaje más inmediato. La mujer levantó la mano izquierda, en la que sostenía un telescopio plegado. Lo extendió rápidamente, como alguien

muy acostumbrado a realizar esa operación y, llevándose a los ojos, lo apuntó en dirección al rayo de luz que brillaba en la posada.

El pañuelo que cubriera su cabeza cayó un poco hacia sus hombros, ya que alzó un tanto la cara. Ello permitió ver su perfil recortado contra la uniformidad monocromática de las nubes que la circundaban; y era como si las sombras de los perfiles de Safo y de la señora Siddons hubieran salido de sus tumbas y convergido para formar una imagen que no era idéntica a ninguna de ellas, pero que las recordaba a ambas. Ello, no obstante, era mera superficie. En lo que toca al carácter, el contorno de un rostro puede indicar ciertas cosas; pero sólo se confiesa plenamente con sus cambios. Tanto es así que lo que se denominan los gestos faciales a menudo contribuyen más a entender a un hombre o una mujer que las esforzadas labores de todos los demás miembros juntos. De ahí que la noche revelara muy poco de aquella cuyas formas abrazaba, porque las partes móviles de su faz resultaban invisibles.

Por fin abandonó su actitud vigilante, plegó el telescopio y se volvió hacia las brasas moribundas. De ellas no irradiaba ya un fulgor apreciable, salvo cuando una ráfaga más fuerte que lo usual rozaba su superficie y provocaba un resplandor intermitente, que iba y venía como el rubor de una joven. La mujer se inclinó sobre el círculo silencioso y tras seleccionar entre las ascuas la ramita con la brasa más grande en su extremo, la llevó adonde antes se encontraba.

Puso la ramita contra el suelo, al tiempo que soplaba el ascua carmesí con la boca, hasta que esta comenzó a irradiar una luz tenue y reveló un objeto pequeño, que resultó ser un reloj de arena, aun cuando la mujer llevaba un reloj de cuerda. La mujer sopló lo suficiente para comprobar que toda la arena había pasado a la ampolla inferior.

— ¡Ah! —dijo, como sorprendida.

La luz avivada por su aliento había sido muy intermitente, y todo lo que reveló de su rostro fue una momentánea irradiación de sus rasgos. Estos eran sólo unos labios inigualables y una mejilla, ya que aún tenía la cabeza cubierta. La mujer arrojó lejos la ramita, tomó en sus manos el reloj de arena, se puso el telescopio bajo el brazo y emprendió la marcha.

A lo largo de la cresta de las colinas corría un sendero impreciso que la dama tomó. Quienes lo conocían bien le daban el nombre de sendero; y aunque un forastero habría pasado a su lado sin detectarlo, incluso de día, quienes recorrían con frecuencia el páramo lo encontraban con facilidad a medianoche. Todo el secreto de seguir esas veredas incipientes cuando no hay suficiente luz en la atmósfera ni para dejar ver un camino real, consiste en desarrollar en los pies el sentido del tacto, que nace de años de deambular nocturno por sitios poco frecuentados. Los caminantes que recorren



habitualmente esos lugares perciben a través de la bota o el zapato más gruesos la diferencia entre el impacto de la hierba virgen y el de los tallos partidos de una senda apenas insinuada.

La figura solitaria que recorría ese camino no le prestaba atención a la tonada borrascosa que aún tocaba el viento en las flores muertas del brezo. No volvió la cabeza para mirar un grupo de oscuras criaturas que huyeron ante su presencia cuando rodeó un barranco donde pastaban. Eran unos veinte caballitos salvajes conocidos por el nombre de segadores del páramo. Deambulaban libremente por las ondulaciones de Egdon, pero su número era demasiado escaso para restarle mucho a la soledad general.

La caminante no hacía caso de nada, y un incidente trivial dio una indicación de su ensimismamiento. La saya se le enredó en una zarza y le impidió seguir avanzando. En vez de desenredarla y apresurarse a seguir su camino, cedió al tirón y se quedó pasivamente inmóvil. Cuando al fin intentó liberarse fue dando vueltas y más vueltas, para desprender la punzante rama. Estaba sumida en un ensueño hijo del desaliento.

Marchaba en dirección a la pequeña hoguera inextinguible que atrajera la atención de los hombres que se encontraban en Rainbarrow y de Wildevé desde el valle a sus pies. Una tenue iluminación producida por su irradiación comenzó a alumbrar su rostro, y pronto se reveló que el fuego no ardía a nivel del suelo, sino en un saliente o excrescencia, en el punto donde se encontraban dos pequeños muros de tierra que hacían las veces de cercado. Afuera había una zanja, seca salvo exactamente debajo de la hoguera, donde había una gran poza, orlada de brezos y juncos. En el agua quieta de la poza, el fuego parecía estar cabeza abajo.

Los muros que se encontraban detrás carecían de un soto, excepto el formado por unos macizos discontinuos de aulaga que se alzaban sobre sus tallos en su borde superior, como cabezas empaladas sobre las murallas de una ciudad. Un mástil blanco, adornado con velas y otros avíos náuticos, se recortaba contra las nubes oscuras cada vez que las llamas ardían con suficiente brillantez como para iluminarlo. La escena, en su conjunto, guardaba una gran semejanza con una fortificación sobre la cual se hubiera encendido una hoguera de señales.

No se veía a nadie; pero de cuando en cuando, una cosa blanquecina pasaba sobre el muro y volvía a desaparecer. Era una pequeña mano humana, dedicada a echar al fuego trozos de combustible, pero de creer lo que veían los ojos, la mano, como la que inquietara a Belshazzar, no estaba unida a nada. Ocasionalmente, una brasa rodaba muro abajo y caía en la poza con un silbido.

A un lado de la poza, unos toscos escalones de tierra le permitían a quien quisiera hacerlo subir al muro; eso fue lo que hizo la mujer. Del lado de

adentro había un prado sin labrar, aunque mostraba señales de haber sido cultivado en algún tiempo; pero los brezos y los helechos lo habían invadido sigilosamente y reafirmaban ahora su antigua supremacía. Más allá se vislumbraba vagamente una vivienda irregular, un huerto y algunas edificaciones anexas, contra un fondo de abetos.

La joven —porque la juventud había revelado su presencia en su ágil ascenso al muro— caminó por su borde en vez de descender del otro lado, y llegó al ángulo donde ardía la hoguera. Se hizo evidente una de las razones de lo duradero de la fogata: su combustible consistía en trozos de madera dura, rajada y aserrada; eran los nudosos troncos de los viejos espinos que crecían en parejas y tríos en las laderas de las colinas. En el ángulo que formaba el muro había un montón de ellos aún no consumido; y desde ese rincón le dio la bienvenida a la mujer el rostro vuelto hacia lo alto de un niño. Se mostraba reticente al acto de arrojar al fuego de cuando en cuando un trozo de leña, tarea a la que parecía haber dedicado una considerable parte de la noche, porque su rostro mostraba algunos signos de fatiga.

—Me alegro de que haya venido, señorita Eustacia —dijo con un suspiro de alivio—. No me gusta quedarme solo.

—Tonterías. Sólo me fui a caminar un poco. No fueron más de veinte minutos.

—Me pareció mucho tiempo —murmuró el niño triste—. Y lo ha hecho tantas veces.

—Vaya, creí que te sentirías contento de tener una fogata. ¿No estás agradecido conmigo por hacértela?

—Sí, pero no tengo a nadie con quien jugar.

— ¿No vino nadie mientras estuve afuera?

—Nadie, a no ser por su abuelo; salió a la puerta una vez buscándola. Le dije que usted había ido a la colina para mirar las otras fogatas.

—Buen chico.

—Creo que ahí lo oigo venir de nuevo, señorita.

Un anciano procedente de la casa llegó al punto más remoto que alumbraba la luz de la fogata. Era el mismo que se encontrara esa tarde en el camino con el vendedor de almagre. Miró con aire pesaroso a la mujer en lo alto del muro, y sus dientes, muy sanos, parecieron de porcelana al asomar entre sus labios.

— ¿Cuándo te vas a recoger, Eustacia? —preguntó—. Ya casi es hora de irse a la cama. Hace dos horas que llegué a la casa y estoy muy cansado. Es

una niñería tuya esa de quedarte a la intemperie tanto tiempo jugando a las fogatas y gastando un combustible tan bueno. ¡Mis preciosas raíces de espino, la más escasa de toda la leña, que guardé con tanto celo para la Navidad, y la has quemado casi toda!

—Le prometí una fogata a Johnny, y no quiere dejarla apagar todavía — dijo Eustacia, de una manera que revelaba de inmediato que era la reina absoluta del lugar—. Abuelo, ve tú a acostarte. Pronto te seguiré. Te gusta el fuego, ¿no es verdad, Johnny?

El niño levantó la vista para mirarla con aire de duda y murmuró:

—Creo que ya tuve bastante.

El abuelo había vuelto a darles la espalda y no oyó la respuesta del niño. En cuanto el anciano de blanca cabellera desapareció, la mujer le dijo al muchacho en tono molesto:

—Chiquillo malagradecido, ¿cómo te atreves a llevarme la contraria? No volverás a tener otra hoguera a menos que la sigas alimentando. Ven, dime que te gusta hacerme favores, y no lo niegues.

El niño, cohibido, dijo:

—Sí, señorita —y siguió alimentando el fuego sin muchas ganas.

—Quédate un ratito más y te daré una moneda torcida de seis céntimos — dijo Eustacia más amable—. Echa un pedazo de leña cada dos o tres minutos, no demasiada a la vez. Voy a caminar por las colinas un poco más, pero volveré aquí de cuando en cuando. Y si oyes una rana saltar de repente a la poza, como si alguien hubiera tirado una piedra al agua, no dejes de correr a decírmelo, porque es señal de lluvia.

—Sí, Eustacia.

—Señorita Vye, caballerito.

—Señorita Vy... stacia.

—Así está mejor. Ahora echa un pedazo más de leña.

El pequeño esclavo siguió alimentando el fuego como antes. Parecía un mero autómatas, que se movía y hablaba galvanizado por la imperiosa voluntad de Eustacia. Habría podido ser la estatua de bronce a la que se dice que Alberto Magno le dio vida, pero sólo hasta el punto de hacerla hablar, moverse y servirlo.

Antes de reemprender su caminata, la joven se detuvo unos instantes todavía sobre el muro y prestó oído. El lugar era, en todo sentido, tan solitario como Rainbarrow, aunque mucho menos elevado; y estaba más protegido del

viento y de los elementos por los escasos abetos que crecían al norte. El muro que rodeaba la vivienda y que la protegía del anárquico estado del mundo exterior estaba hecho de gruesos terrones cuadrados, extraídos de la zanja del lado de afuera y montados unos sobre otros con un ligero talud o inclinación, lo cual constituye una defensa no pequeña donde no crecen los setos debido al viento y la aridez, y no se consiguen otros materiales de construcción. Por lo demás, el lugar era muy abierto, y desde él se dominaba toda la extensión del valle, hasta el río que corría detrás de la posada de Wildeve. Muy por encima, hacia la derecha, y mucho más cerca que la posada de La Mujer Tranquila, el desdibujado contorno de Rainbarrow obstruía la vista del firmamento.

Tras su atento examen a las escarpadas laderas y los profundos barrancos, Eustacia dejó escapar un gesto de impaciencia. De vez en cuando daba rienda suelta a frases petulantes, pero entre palabra y palabra había suspiros, y repentinos silencios para prestar oído entre suspiro y suspiro. Tras descender de su atalaya volvió a emprender camino lentamente hacia Rainbarrow, aunque esta vez no recorrió todo el trayecto.

Reapareció dos veces a intervalos de pocos minutos, y en cada una de esas ocasiones, dijo:

— ¿Todavía no has oído ningún ruido en la poza, amiguito?

—No, señorita Eustacia —contestaba el niño.

—Bueno —dijo la joven al fin—, pronto me recogeré, y entonces te daré la moneda torcida de seis céntimos y te dejaré ir a tu casa.

—Gracias, señorita Eustacia —dijo el cansado fogonero, respirando más tranquilo.

Eustacia volvió a alejarse de la fogata, pero esta vez no en dirección a Rainbarrow. Rodeó el muro y se dirigió al portillo ubicado frente a la casa, donde se detuvo para contemplar el paisaje.

A cincuenta yardas de distancia se encontraba el ángulo donde convergían los dos muros, y en su parte superior estaba la fogata; del lado de adentro, lanzando al fuego sólo un trozo de leña cada vez, exactamente como antes, la silueta del niño. La mujer contempló indolente cómo este trepaba de vez en cuando por el ángulo del muro y se paraba junto al fuego. El viento hacía volar el humo, el pelo del niño y el borde de su delantal en una misma dirección; la brisa amainó, y el delantal y el pelo quedaron inmóviles, mientras que el humo comenzó a subir en una columna recta hacia lo alto.

Mientras Eustacia contemplaba la escena desde esa distancia, la silueta del niño experimentó un sobresalto visible; se deslizó muro abajo y corrió hacia la verja blanca.

— ¿Qué pasa? —dijo Eustacia.

—Acaba de saltar una rana a la poza. ¡Sí, la oí!

—Entonces es que va a llover, y mejor te vas a tu casa. ¿No tendrás miedo? —hablaba apresuradamente, como si el corazón le hubiera saltado a la boca al oír las palabras del niño.

—No, porque tendré la moneda torcida de seis céntimos.

—Sí, aquí está. Ahora corre lo más rápido que puedas... por ahí no... por aquí, por el huerto. Ningún otro niño del páramo tuvo una fogata como la tuya.

El niño, que obviamente se había hartado de su buena suerte, se adentró en las tinieblas lleno de júbilo. Una vez que se hubo ido, Eustacia, tras dejar su telescopio y su reloj de arena junto a la verja, procedió a alejarse del portillo en dirección al ángulo del muro, debajo de la hoguera.

Allí aguardó, semioculta por el talud. A los pocos momentos se oyó una salpicadura en la poza del lado de afuera. De haber estado presente, el niño habría dicho que una segunda rana se había lanzado a ella de un salto; pero a la mayoría de las personas les habría parecido que el sonido se asemejaba al de una piedra al caer al agua. Eustacia se subió al muro.

— ¿Sí? —dijo y contuvo la respiración.

De inmediato se hizo vagamente visible el contorno de un hombre recortado contra el amplio horizonte de cielo sobre el valle en la orilla opuesta de la poza. El hombre la rodeó y se encaramó de un salto al muro, al lado de Eustacia. La joven dejó escapar una risa queda, la tercera expresión de sus sentimientos que se había permitido esa noche. La primera, cuando se encontraba en la cima de Rainbarrow, había denotado ansiedad; la segunda, en la cresta de las colinas, había indicado impaciencia; la presente era de triunfante placer. Dejó que sus ojos jubilosos se posaran sobre el hombre sin hablar, como sobre un prodigio que ella misma hubiera creado a partir del caos.

—Aquí estoy —dijo el hombre, que era Wildeve—. No me das un momento de paz. ¿Por qué no me dejas tranquilo? He estado viendo tu fogata toda la noche —sus palabras no estaban exentas de emoción, y parecían mantener un aire de serenidad sólo mediante un cuidadoso equilibrio entre extremos inminentes.

Ante ese inesperado retraimiento de su amante, la joven pareció retraerse también.

—Por supuesto que has estado viendo mi fogata —respondió con lánguida calma, que mantenía artificialmente—. ¿Por qué no habría de hacer una hoguera el Cinco de Noviembre, como cualquier otro vecino del páramo?

—Yo sabía que era para mí.

— ¿Cómo lo sabías? ¡No he intercambiado palabra contigo desde que... desde que la elegiste a ella, y empezaste a salir con ella, y me abandonaste, como si nunca hubiera sido tuya en alma y vida, y para siempre!

— ¡Eustacia! ¿Acaso puedo olvidar que el otoño pasado, en esta misma fecha y en este mismo lugar, encendiste un fuego exactamente igual como señal para que viniera a verte? ¿Para qué había de encenderse una fogata otra vez junto a la casa del capitán Vye sino para el mismo propósito?

—Sí, sí... lo reconozco —exclamó la joven casi en un susurro, con una letárgica intensidad en sus maneras y su voz que le resultaba peculiar—. No empieces a hablarme como lo hiciste, Damon; me obligarás a decirte cosas que no quiero. Había renunciado a ti y resuelto no volver a pensar en ti nunca más; y entonces me enteré de las noticias y salí a encender la fogata, porque creí que me habías sido fiel.

— ¿Qué oíste que te hizo pensar eso? —dijo Wildeve, asombrado.

— ¡Qué no te casaste con ella! —murmuró Eustacia exultante—. Y supe que era porque me amabas más a mí y no pudiste hacerlo... Damon, fuiste cruel al marcharte de mi lado, y dije que no te perdonaría. No creo que pueda perdonarte por completo, ni siquiera ahora; es algo demasiado grande para que lo pueda pasar por alto una mujer con un mínimo de carácter.

—De haber sabido que querías que subiera hasta aquí sólo para hacerme reproches, no habría venido.

— ¡Pero no me importa, y ahora que no te has casado con ella y has vuelto a mí, te perdono!

— ¿Quién te contó que no me había casado con ella?

—Mi abuelo. Hoy salió a dar un largo paseo, y cuando volvía se topó con alguien que le contó que había habido una boda frustrada; pensó que podía ser la tuya, y yo lo di por seguro.

— ¿Lo sabe alguien más?

—Supongo que no. ¿Entiendes ahora, Damon, por qué encendí mi hoguera de señales? No pensarás que la habría encendido de haber imaginado que te habías convertido en el esposo de esa mujer. Esa suposición es un insulto para mi orgullo.

Wildeve guardó silencio; era evidente que eso era lo que había supuesto.

— ¿De veras pensaste que creía que te habías casado? —volvió a insistir ella—. Entonces me humillas; ¡y por mi vida y mi corazón que me resulta difícil admitir que pienses tan mal de mí! Damon, no me mereces: me doy

cuenta y, sin embargo, te amo. No importa, olvídale; debo soportar tu mala opinión sobre mí lo mejor que pueda... ¿Es cierto que no te decidiste a renunciar a mí y que vas a seguir amándome más que a nadie? —añadió con mal disimulada ansiedad, al ver que Wildeve no manifestaba nada.

—Sí; ¿por qué habría venido si no? —dijo él con aire de susceptibilidad herida—. No es que la fidelidad resulte un gran mérito en mí después de tu amable parlamento sobre mi falta de méritos, que, en todo caso, me correspondía a mí, y a ti te queda muy mal. No obstante, tengo que cargar con la cruz de la irascibilidad, aprender a vivir con ella y aceptar cualquier desprecio de una mujer. Ya me hizo caer de ingeniero a posadero... y quién sabe qué nueva caída me depara.

Siguió contemplándola con aire sombrío.

Eustacia aprovechó el momento, y echándose hacia atrás el chal para que la luz de la fogata diera de lleno sobre su rostro y su cuello, le dijo con una sonrisa:

— ¿Has visto algo mejor que esto en alguno de tus viajes?

La joven no era de quienes se colocan en una posición de esa naturaleza sin buenas razones para hacerlo.

Wildeve respondió en voz queda:

—No.

— ¿Ni siquiera sobre los hombros de Thomasin?

—Thomasin es una buena mujer y una inocente.

—Eso no tiene nada que ver con el asunto —exclamó Eustacia con fulminante pasión—. Olvidémosla; ahora sólo debemos pensar en ti y en mí.

Tras lanzarle una larga mirada siguió hablando con su antigua y serena calidez:

— ¿Debo seguir confesándote, como una débil criatura, cosas que cualquier mujer debe ocultar, y reconocer que no hay palabras para expresar cuán triste he estado debido a la terrible certeza que tenía hasta hace dos horas de que me habías abandonado?

—Siento haberte causado ese dolor.

—Pero quizás no es solamente por tu causa que me entristezco —añadió Eustacia con altivez—. Está en mi naturaleza sentirme triste. Supongo que lo llevo en la sangre.

—Hipocondría.

—O tal vez se deba a haber venido a este páramo salvaje. En Budmouth me sentía muy contenta. ¡Oh, qué tiempos, qué días los de Budmouth! Pero ahora Egdon volverá a resplandecer.

—Espero que así sea —dijo Wildeve enfurruñado—. ¿Te das cuenta de las consecuencias de haberme vuelto a llamar, mi viejo amor? Volveré a encontrarme contigo en Rainbarrow, como antes.

—Por supuesto que sí.

—Y, sin embargo, te aseguro que hasta que llegué aquí esta noche mis intenciones eran decirte adiós por última vez y no volver a verte.

—No esperes que te lo agradezca —dijo Eustacia dándole la espalda, al tiempo que la indignación se irradiaba por su interior como un calor subterráneo—. Podrás volver a Rainbarrow, si quieres, pero no me encontrarás; podrás llamarme, pero no te escucharé; podrás tentarme, pero no volveré a entregarme a ti.

—Ya has dicho lo mismo otras veces, mi alma; pero las naturalezas como la tuya no se atienen con tanta facilidad a lo que dicen. Ni tampoco, a decir verdad, las naturalezas como la mía.

—Esto es lo que gano por todos mis sinsabores —murmuró Eustacia con amargura—. ¿Por qué intenté llamarte de nuevo a mi lado? Damon, a veces en mi cabeza se libra una extraña batalla. Cuando me calmo después de que me hieres, pienso: ¿Al final no estaré aferrándome más que a una nube? Eres un camaleón, y en este momento exhibes tus peores colores. ¡Vete o te odiaré!

Wildeve posó la vista con aire ausente en Rainbarrow durante un lapso de tiempo en que se podría haber contado hasta veinte, y dijo, como si no le importara mucho todo lo anterior:

—Sí, me iré. ¿Tienes intenciones de volver a verme?

—Si me aseguras que la boda no se celebró porque es a mí a quien más amas.

—No creo que esa sería una buena política —dijo Wildeve sonriendo—. Conocerías entonces con demasiada certeza la magnitud de tu poder.

— ¡Pero dímelo!

—Tú lo sabes.

— ¿Dónde está ella ahora?

—No sé. Prefiero no hablar de ella contigo. Aún no me he casado con ella; vine obedeciendo a tu llamado. Con eso basta.

—Prendí esa fogata sólo porque estaba aburrida, y pensé divertirme un



poco llamándote y saliéndome con la mía, igual que cuando la Bruja de Endor convocó a Samuel. ¡Estaba decidida a hacerte venir; y viniste! He demostrado mi poder. Milla y media hasta aquí, y milla y media de regreso a tu casa; tres millas en medio de la oscuridad por mí. ¿No es eso una demostración de mi fuerza?

Wildeve meneó la cabeza.

—Te conozco demasiado bien, mi Eustacia; te conozco demasiado bien. No hay ni un tono de tu voz que no conozca; y ese corazoncito ardiente no podría jugarme esa mala pasada con tanta sangre fría ni por la salvación de su alma. Al anochecer vi a una mujer en Rainbarrow que miraba hacia mi casa. Creo que te hice salir antes de que me hicieras salir tú.

Los rescoldos reavivados de una vieja pasión ardían ahora claramente en Wildeve; y se inclinó hacia delante como para pegar su rostro a la mejilla de la joven.

—Oh, no —dijo ella inmovible, trasladándose al otro lado de la hoguera agonizante—. ¿Qué quisiste decir con eso?

— ¿Quizás me dejarás besar tu mano?

—No, no te dejes.

— ¿Me dejarás entonces estrechar tu mano?

—No.

—Entonces te deseo buenas noches sin que me importe mucho ninguna de las dos cosas. Adiós, adiós.

Eustacia no le respondió, y con la inclinación de un maestro de danza, Wildeve desapareció del otro lado de la poza, tal como había venido. Eustacia suspiró. No se trataba del frágil suspiro de una doncella, sino de un suspiro que la sacudió como un estremecimiento. Cada vez que un rayo de razón hería como una luz eléctrica a su amante —como sucedía en ocasiones— y revelaba sus imperfecciones, se estremecía así. Pero pasaba en un segundo, y seguía amándolo. Eustacia sabía que Wildeve jugaba con ella; pero seguía amándolo. Dispersó las brasas casi consumidas, entró en la casa de inmediato y subió a su cuarto sin encender ninguna luz. Entre los roces que denotaban que se desvestía a oscuras, con frecuencia se dejaban oír otros jadeos; y la misma clase de sacudida recorría su cuerpo ocasionalmente cuando, diez minutos más tarde, quedó dormida en su cama.

## 7. La reina de la noche

Eustacia Vye era la materia prima de una divinidad. Con algunos afeites, no habría desentonado en el Olimpo. Poseía las pasiones y los instintos de una diosa modelo, esto es, no exactamente los de una mujer modelo. De haber tenido totalmente en su poder por un tiempo a la tierra y la humanidad, y manejar la rueda, el huso y las tijeras a su entero arbitrio, pocos en el mundo habrían advertido el cambio de régimen. Habrían imperado las mismas desigualdades de la fortuna, el mismo amontonamiento de favores acá y de agravios allá, la misma generosidad antes que justicia, los mismos dilemas perpetuos, la misma sucesión falaz de caricias y encontronazos que soportamos en la actualidad.

Sus formas eran macizas y algo gruesas; su tez no era ni rubicunda ni pálida; y era suave al tacto como una nube. Ver su pelo era imaginar que un invierno entero no podía contener oscuridad suficiente para darle su negrura. Caía sobre su frente como la noche cuando extingue el resplandor del poniente.

Sus nervios se extendían hasta sus trenzas, y siempre se podía mejorar su humor acariciándolas. Cuando se cepillaba el pelo, se sumía al instante en una inmovilidad que semejava la de la Esfinge. Si al pasar bajo uno de los montículos de Egdon uno de sus gruesos mechones de pelo quedaba atrapado, como sucedía en ocasiones, por una espinosa rama de la gran *Ulex Europoeus*—que hace las veces de cepillo—, retrocedía unos pasos y la rozaba una segunda vez.

Tenía ojos paganos, cuajados de misterios nocturnos, y su luz, que iba, venía y volvía a venir, se veía parcialmente estorbada por unos párpados y unas pestañas opresivos. Su párpado inferior, además, era mucho más grueso que lo usual en las mujeres inglesas. Ello le permitía sumirse en sus ensueños sin parecerlo: se la habría creído capaz de dormir sin cerrar los ojos. Si aceptáramos que las almas de hombres y mujeres son esencias visibles, se podría haber imaginado que el color del alma de Eustacia era como el de una llama. Las chispas que subían hasta sus pupilas oscuras daban la misma impresión.

Su boca parecía hecha menos para hablar que para estremecerse, menos para estremecerse que para besar. Algunos habrían añadido que menos para besar que para torcerse. Vista de costado, la línea de sus labios cerrados formaba, con precisión casi geométrica, la curva tan conocida en el arte del diseño que lleva el nombre de gola o cima recta. El espectáculo de una curvatura tan flexible como esa en el desolado Egdon era toda una visión. Se sentía enseguida que esa boca no había venido de Sleswig con una banda de piratas sajones cuyos labios se encontraban como las dos mitades de un bollo. Quien la veía había imaginado antes que esas curvas labiales se agazapaban,

subterráneas, sobre todo en el Sur, en fragmentos de mármoles olvidados. Tan perfecto era el contorno de sus labios que, aunque llenos, las comisuras de su boca eran tan definidas como la punta de una lanza. Esa precisión de las comisuras sólo disminuía cuando era presa de repentinos accesos de abatimiento, que eran una de las fases de esa mitad nocturnal de los sentimientos que tan bien conocía a pesar de sus pocos años.

Su presencia evocaba recuerdos de objetos como las rosas Bourbon, los rubíes, una medianoche tropical; sus estados de ánimo recordaban a los comedores de lotos y la marcha de Atalía; sus movimientos, el flujo y el reflujo del mar; su voz, la viola. Bajo una luz tenue, y con un ligero reacomodo del peinado, podría haber encarnado a cualquiera de las principales deidades femeninas. La luna nueva detrás su cabeza, un viejo casco sobre su cabeza, una accidental diadema de gotas de rocío en torno a sus sienes habrían sido accesorios suficientes para evocar a Artemisa, Atenea o Hera, con tanta aproximación al modelo de la antigüedad como la que se acepta en muchos cuadros que gozan de la general aprobación.

Pero el imperio, el amor, la cólera y el fervor celestiales habían resultado un tanto malgastados en el infernal Egdon. Su poder era limitado, y la conciencia de esa limitación había torcido su desarrollo. Egdon era su Hades, y desde que llegara allí había absorbido mucho de lo que había de lúgubre en su tono, aunque interna y eternamente no se reconciliase con el lugar. Su aspecto concordaba con esa rebeldía latente, y el umbroso esplendor de su belleza era la superficie real de la triste y contenida calidez que albergaba en su seno. En su frente lucía una dignidad verdaderamente tartárea, y no artificialmente o con señales de reserva, porque se había desarrollado en ella con los años.

En la parte superior de la cabeza llevaba una fina cinta de terciopelo negro, para contener la abundancia de su pelo oscuro, de modo que añadía mucho a esa clase de majestad al cubrir irregularmente su frente. «Nada embellece más un rostro hermoso que una estrecha banda sobre la frente», dijo Richter. Algunas de las jóvenes de la localidad llevaban cintas de colores con el mismo propósito, y lucían adornos metálicos en otras partes del cuerpo; pero si alguien le sugería a Eustacia Vye cintas de colores y adornos metálicos, la joven reía y seguía su camino.

¿Por qué vivía en Egdon Heath una mujer así? El lugar de su nacimiento era Budmouth, un balneario de moda en la época. Era la hija del director de la banda de música de un regimiento acantonado allí —oriundo de Corfú, y un buen músico—, quien conociera a su futura esposa en un viaje que esta hizo al lugar con su padre el capitán, un hombre de buena familia. El matrimonio no se avenía con los deseos del anciano, porque la bolsa del director de la banda de música era tan insustancial como su profesión. Pero el músico se esforzó

todo lo que pudo: adoptó el apellido de su esposa, hizo de Inglaterra su hogar permanente, le prestó una gran atención a la educación de su hija, cuyos gastos cubría el abuelo, y prosperó hasta llegar a ser el principal músico de la localidad hasta la muerte de la madre de Eustacia, cuando dejó de esforzarse, comenzó a beber y también murió. La niña quedó al cuidado de su abuelo, quien desde que se rompiera tres costillas en un naufragio, vivía en esa ventosa atalaya de Egdon, un sitio que había cautivado su imaginación porque la casa estaba en venta por casi nada y porque era una creencia tradicional que la remota mancha azul que se divisaba desde la puerta de la vivienda, allá en el horizonte, entre las colinas, era el Canal de la Mancha. La joven detestó el traslado; se sintió desterrada; pero allí se vio obligada a vivir.

Así, en el cerebro de Eustacia se yuxtaponían las ideas más extrañamente variadas, tanto viejas como nuevas. En su perspectiva no existía una distancia media: reminiscencias románticas de tardes de sol en una explanada con bandas militares, oficiales y galanes a su alrededor resaltaban como letras doradas en la oscura pizarra del Egdon circundante. En ella era posible encontrar todos los peregrinos efectos que puede producir la azarosa mezcla del centelleante brillo de un balneario con la grandiosa solemnidad de un páramo. Como ahora no veía nada de la vida humana, Eustacia magnificaba en su imaginación la que había visto.

¿De dónde le venía su dignidad? ¿De un venero latente de la genealogía de Alcinoos, dado que su padre procedía de la isla de los feacios? ¿O de Fitzalan y De Vere, dado que su abuelo materno tenía un primo de la nobleza? Quizás era un don del cielo, una feliz convergencia de leyes naturales. Entre otras cosas, en los últimos años no había tenido oportunidad de aprender a no ser digna, porque vivía en soledad. El aislamiento de un páramo hace que la vulgaridad resulte casi imposible. Tan fácil les habría resultado ser vulgares a los caballitos del páramo, los murciélagos y las serpientes como a ella. Una vida mediocre en Budmouth la habría empequeñecido por completo.

La única forma de parecer una reina sin dominios ni corazones sobre los cuales reinar es dar la impresión de que se han perdido; y Eustacia lo hacía a la perfección. En la casa del capitán podía aludir a mansiones que nunca había visto. Quizás ello se debía a que frecuentaba una mansión más vasta que ninguna de ellas: las colinas. Al igual que la estación veraniega en el sitio donde vivía, Eustacia era una encarnación de la frase «soledad bien acompañada». Aunque parecía lánguida, ausente y tranquila, en realidad estaba atareada y plena.

Ser amada hasta la locura: ese era su mayor deseo. El amor se le figuraba el único cordial que podía espantar la enervante soledad de sus días. Y parecía anhelar más la abstracción denominada amor apasionado que un amante en particular.

En ocasiones podía exhibir un aspecto sumamente recriminatorio, pero estaba menos dirigido contra los seres humanos que contra ciertos engendros de su mente, el principal de los cuales era el Destino, debido a cuya interferencia imaginaba vagamente que sucedía que el amor sólo se posaba en la efímera juventud; que cualquier amor que conquistara se evaporaría con el paso de la arena del reloj. Reflexionaba sobre ello con una conciencia creciente de la crueldad del hecho, que tendía a provocarle acciones de una temeraria carencia de convencionalismos, destinadas a arrebatar de donde pudiera, mientras pudiera, un año, una semana, incluso una hora de pasión. Esa ambición la había llevado a cantar sin estar alegre, a entregarse sin disfrutarlo y a eclipsar a otras sin triunfar. Su soledad agrandaba su deseo. En Egdon, los besos más fríos y mezquinos alcanzaban precios de hambruna, y, ¿dónde hallar una boca que se comparara a la suya?

La fidelidad en el amor en nombre de la fidelidad misma le resultaba menos apetecible que a la mayoría de las mujeres; la fidelidad nacida de la tiranía del amor sí ejercía sobre ella una gran atracción. Una llamarada de amor que después se extinguiera era mejor que un destello amoroso que perdurara durante largos años. Sobre ese tema barruntaba lo que la mayoría de las mujeres aprende sólo mediante la experiencia: había andado mentalmente en torno al amor, advertido sus torres, considerado sus palacios y llegado a la conclusión de que el amor era un gozo melancólico. No obstante, lo anhelaba, lo mismo que una persona en medio del desierto habría agradecido un trago de agua salobre.

Repetía sus plegarias a menudo, no en una hora en especial, sino, como los sumamente devotos, cuando sentía deseos de orar. Sus oraciones eran siempre espontáneas, y a menudo consistían en lo siguiente: «Libra a mi corazón de esta opresión y esta soledad terribles; envíame un gran amor o moriré».

Sus dioses eran Guillermo el Conquistador, Strafford y Napoleón Bonaparte, tal como aparecían en la Historia para Damas que se usaba en la institución en la que se educó. De haber sido madre, habría bautizado a sus hijos con nombres como Saúl o Sisera, y no como Jacob o David, personajes a quienes no admiraba. En la escuela solía ponerse del lado de los filisteos en varias batallas, y se había preguntado si Poncio Pilatos habría sido tan atractivo como franco y justo.

En resumen, era una joven de ideas algo atrevidas, y en realidad, si se la juzgaba teniendo en cuenta que estaba rodeada de los más moderados de los pensadores, resultaba muy original. Sus instintos de no conformismo social estaban en la raíz de su actitud. En lo concerniente a los días de fiesta, su tendencia era la de los caballos que, cuando los llevan a pastar, disfrutan contemplando a los de su clase que se afanan en los caminos. Sólo valoraba el descanso cuando lo saboreaba en medio de las labores de los demás. De ahí

que detestara los domingos, cuando todo reposa, y que dijera a menudo que serían su muerte. Ver a los habitantes del páramo engalanados de domingo, esto es, con las manos en los bolsillos, las botas recién aceitadas y sin acordar hasta arriba (infaltable señal de domingo), caminando sin rumbo fijo entre la turba y la aulaga acopiadas durante la semana, pateándolas con aire crítico, como si desconocieran su uso, constituía para ella un fastidio terrible. Para aliviar el tedio de ese día infortunado, exploraba los estantes que guardaban los viejos mapas y otros trastes de su abuelo, al tiempo que tarareaba las baladas que cantaban los campesinos los sábados en la noche. Pero los sábados en la noche con frecuencia entonaba un salmo, y siempre era en días entre semana que leía la Biblia, para no sentirse oprimida por la sensación de cumplir con un deber.

Esos criterios sobre la vida eran, hasta cierto punto, el resultado natural de su situación al actuar sobre su naturaleza. Habitar en un páramo sin estudiar su significado era como casarse con un extranjero sin aprender su lengua. Las sutiles bellezas del páramo permanecían ocultas para Eustacia; sólo llegaban a ella sus vapores. Un medio que habría convertido a una mujer conforme en poetisa, a una mujer sufriente en devota, a una mujer piadosa en salmista, e incluso a una mujer tornadiza en reflexiva, había transformado a una mujer rebelde en pesimista.

Eustacia había trascendido la visión de un matrimonio de inexpresable goce; sin embargo, aunque sus emociones conservaban todo su vigor, no le interesaba una unión más mezquina. De ahí su extraña situación de aislamiento. Haber perdido la presunción casi divina de que se puede hacer lo que se quiere, sin haber adquirido un humilde entusiasmo por hacer lo que se puede, demuestra una grandeza de carácter a la que no se puede objetar en abstracto, porque denota una mente que, aunque decepcionada, huye del conformismo. Pero aunque simpática a la filosofía, tiende a resultar peligrosa para el bien común. En un mundo donde hacer equivale a casarse, y el bien común implica una unión a la vez material y espiritual, el mismo peligro acecha al estado matrimonial.

Y así vemos a nuestra Eustacia —porque en ocasiones no dejaba de ser adorable— llegar a esa etapa de iluminación en la que se siente que nada vale la pena, y en que llenaba las horas vacías de su existencia idealizando a Wildeve, a falta de mejor objeto. Esa era la sola razón de la ascendencia de que gozaba el posadero sobre ella: Eustacia no lo ignoraba. Por momentos, su orgullo se rebelaba contra la pasión que sentía por él, e incluso anhelaba ser libre. Pero sólo un acontecimiento habría podido desbancarlo de su corazón: la llegada de un hombre de más merecimientos.

En cuanto al resto, sufría mucho de depresión del espíritu, y para recuperarse daba lentas caminatas en las cuales cargaba con el telescopio de su

abuelo y el reloj de arena de su abuela, este último debido al peculiar placer que experimentaba al contemplar una representación material del gradual paso del tiempo. Raras veces hacía planes, pero cuando los hacía, sus proyectos exhibían la estrategia comprensiva de un general en vez de las artes menores calificadas de femeninas, aunque era capaz de pronunciar oráculos de ambigüedad délfica cuando no quería ser directa. En el cielo, probablemente se habría sentado entre las Heloísas y las Cleopatras.

## **8. Quienes están donde se dice que no hay nadie**

En cuanto el niño triste se alejó de la fogata, apretó el dinero en la palma de la mano, como para llenarse de valor, y echó a correr. En realidad no había mayor peligro en permitirle a un niño irse solo a casa en esa porción de Egdon Heath. El trayecto hasta su hogar no era de más de tres octavos de milla, distancia a la que se encontraba la casa de su padre, y había otra unas pocas yardas más allá; ambas formaban parte del caserío de Mistover Knap, cuya tercera y última vivienda era la del capitán Vye y Eustacia, que estaba bastante alejada de las otras dos y era la más solitaria de las solitarias moradas de esas laderas tan escasamente pobladas.

El niño corrió hasta quedarse sin aliento, y después, más envalentonado, siguió caminando sin prisas, cantando con voz de viejo una cancioncita sobre un niño marinero y un niño hermoso, y oro relumbrante en el futuro. A la mitad se detuvo: en un foso bajo la colina que tenía enfrente brillaba una luz, y de él salía una nube de polvo flotante y un ruido como de golpes.

Sólo las apariciones y los sonidos inusuales asustaban al niño. La voz marchita del páramo no lo alarmaba, porque le resultaba familiar. Los arbustos de espinas que se interponían en su camino de cuando en cuando eran menos gratos, porque emitían un silbido melancólico y tenían el hábito macabro, una vez oscuro, de adoptar la forma de locos saltarines a punto de abalanzarse sobre el caminante, de inmensos gigantes y de horrendos contrahechos. Esa noche las luces no eran raras, pero la naturaleza de todas las demás era diferente. La cautela, más que el terror, impulsó al niño a volver sobre sus pasos en lugar de pasar junto a la luz, con la idea de pedirle a la señorita Eustacia Vye que le permitiera a su sirvienta acompañarlo a su casa.

Cuando el niño volvió a subir a lo alto del valle, encontró que la fogata aún ardía sobre el muro, aunque con menos fuerza. Junto a ella, en lugar de la silueta solitaria de Eustacia, vio a dos personas, la segunda de las cuales era un hombre. El niño avanzó sigiloso a lo largo del muro para determinar, a partir de la naturaleza de los acontecimientos, si sería prudente interrumpir a un ser

tan espléndido como la señorita Eustacia a causa de su pobre y trivial persona.

Tras escuchar la conversación durante unos minutos al pie del muro, retrocedió preso de dudas y perplejidades, y comenzó a retirarse tan silenciosamente como había llegado. Era obvio que, considerando la cuestión en su conjunto, no le había parecido aconsejable interrumpir la conversación de Eustacia con Wildeve so pena de cargar con todo el peso de su disgusto.

El pobre niño se, encontraba entre Escila y Caribdis. Una vez a salvo de que lo descubrieran, hizo una pausa, y finalmente decidió enfrentarse al fenómeno del foso, considerándolo el mal menor. Con un profundo suspiro volvió a subir la cuesta y retomó el sendero que recorriera antes.

La luz se había apagado, la nube de polvo había desaparecido, confiaba que para siempre. Marchó adelante con paso resuelto sin encontrar nada que lo alarmara, hasta que al llegar a pocas yardas del arenal, oyó un leve ruido al frente que lo indujo a detenerse. El alto fue momentáneo, porque el ruido resultó ser el de la masticación regular de dos animales que pastaban.

—Dos segadores del páramo por aquí —dijo en voz alta—. Nunca los había visto llegar tan lejos.

Los animales estaban en medio del sendero que tenía que recorrer, pero eso no le preocupó; desde la infancia había jugado cerca de los cascos de los caballos. Sin embargo, al acercarse, se sintió un tanto sorprendido al ver que las pequeñas bestias no huían, y que cada una llevaba un peso amarrado a una pata para evitar que se extraviaran; eso significaba que habían sido domesticadas. Ahora podía ver el interior del arenal, que, como estaba en un costado de la colina, tenía una entrada a nivel del sendero. En el rincón del fondo se veía el contorno cuadrado de un carro, con la parte trasera hacia él. De su interior salía una luz que proyectaba una sombra movediza sobre la pared vertical de gravilla en el fondo del foso de arena hacia el que daba el frente del vehículo.

El niño supuso que se trataba del carro de un gitano, y su miedo a esos vagabundos no alcanzó más que a esa fase tranquila que produce trepidaciones y no sufrimiento. Sólo unas pocas pulgadas de pared de barro lo separaban a él y a su familia de la condición de gitanos. Dio un rodeo, a respetuosa distancia, en torno al foso de gravilla, subió la ladera y avanzó por la cima a fin de espiar por la puerta abierta del carro y ver al original de la sombra.

Lo que vio lo alarmó. Junto a una pequeña estufa en el interior del carro estaba sentado un ser rojo de pies a cabeza: se trataba del hombre que le hiciera el favor a Thomasin. Zurcía una media, roja como todo el resto de su persona. Por si esto fuera poco, fumaba una pipa, la cazoleta y caño de la cual también eran rojos.



En ese momento, uno de los segadores del páramo que pastaba en medio de las sombras comenzó a sacudirse ruidosamente el peso amarrado a su pata. Alertado por el ruido, el vendedor de almagre puso a un lado la media, encendió una linterna que colgaba al costado y salió del carro. Al fijar la vela en el farol, alzó la linterna hasta su rostro, y la luz hizo relumbrar el blanco de sus ojos y sus dientes marfileños, los cuales, por contraste con el color rojo que los circundaba, le dieron un aspecto suficientemente estremecedor para las miradas de un chiquillo. El niño ya sabía demasiado bien en qué madriguera había caído como para tenerlas todas consigo. Se sabía de personajes más espantosos que los gitanos que en ocasiones recorrían Egdon, y un vendedor de almagre era uno de ellos.

— ¡Cuánto desearía que no fuera más que un gitano! —murmuró.

El hombre ya regresaba de pasarles revista a los caballos. Presa del temor a ser descubierto, el niño hizo segura la detección con sus movimientos nerviosos. Sobre el foso colgaban varios estratos de brezos y turba, que ocultaban su verdadera boca. El niño ya no pisaba terreno firme; los brezos cedieron y allá fue rodando el chiquillo por la pendiente de arena gris hasta los mismos pies del hombre.

El rojo personaje abrió la linterna y la acercó al cuerpo postrado del niño.

— ¿Quién eres? —dijo.

— ¡Johnny Nunsuch, patrón!

— ¿Qué hacías allá arriba?

—No sé.

—Supongo que espiándome.

—Sí, patrón.

— ¿Y por qué me espiabas?

—Porque volvía hacia mi casa de la fogata de la señorita Vye.

— ¿Te lastimaste?

—No.

—Sí, claro que sí, tienes sangre en la mano. Ven a mi toldo para vendártela.

—Por favor, déjeme buscar mi moneda de seis céntimos.

— ¿Cómo te hiciste con ella?

—La señorita Vye me la dio por mantener su fogata encendida.

Después de encontrados los seis céntimos, el hombre se dirigió al carro, y el niño lo siguió, casi conteniendo la respiración.

El hombre sacó un trapo de un bolso que contenía enseres de costura, rasgó una tira que, como todo lo demás, estaba teñida de rojo, y procedió a vendar la herida.

—Tengo los ojos medio nublados. ¿Puedo sentarme, patrón? —dijo el niño.

—Claro, hombre. Es lógico que te sientas débil. Siéntate en ese bulto.

El hombre terminó de vendar el profundo corte y el niño dijo:

—Me parece que ahora me iré a casa, patrón.

—Me tienes miedo. ¿Sabes lo que soy?

El niño examinó de arriba abajo, con mucho recelo, su figura bermellón, y al fin dijo:

—Sí.

— ¿Qué?

— ¡El vendedor de almagre! —tartamudeó.

—Sí, eso es lo que soy. Aunque no soy el único. Vosotros los niños pequeños creéis que no hay más que un cuco, un zorro, un gigante, un demonio y un vendedor de almagre, cuando hay muchos de todos nosotros.

— ¿Sí? No me llevará en su saco, ¿verdad, patrón? Dicen que los vendedores de almagre a veces lo hacen.

—Boberías. Todo lo que hacen los vendedores de almagre es vender almagre. ¿Ves todos estos sacos en la parte de atrás de mi carro? No están llenos de niñitos, sino de mi mercancía roja.

— ¿Y usted nació siendo vendedor de almagre?

—No, tomé el oficio de mayor. Si lo dejara sería tan blanco como tú, o sea, me pondría blanco con el tiempo, quizás en seis meses; al principio no, porque se me ha metido por los poros y no se me va cuando me lavo. Bueno, ahora no volverás a tener miedo de los vendedores de almagre, ¿cierto?

—No, nunca. Willy Orchard dijo que el otro día había visto por aquí un fantasma rojo. ¿Sería usted?

—Aquí estaba el otro día.

— ¿Era usted el que hacía esa luz llena de polvo que vi?

—Oh, sí, estaba bataneando unos sacos. ¿Y tú, tuviste una buena fogata

allá arriba? Vi el resplandor. ¿Por qué tendría la señorita Vye tantas ganas de tener una fogata que te dio seis céntimos por mantenerla encendida?

—No sé. Ya yo estaba cansado, pero igual me hizo quedarme y mantener el fuego encendido, mientras ella iba una y otra vez camino a Rainbarrow.

— ¿Y cuánto tiempo duró eso?

—Hasta que una rana saltó a la poza.

De repente, el vendedor de almagre dejó de hablar por hablar.

— ¿Una rana? —preguntó—. Las ranas no saltan a las pozas en esta época del año.

—Sí que lo hacen, porque yo oí una.

— ¿Seguro, seguro?

—Sí. Ella me dijo que la oiría, y la oí. Dicen que ella es sabia y misteriosa, y quizás hizo un ensalmo para que vinieran las ranas.

— ¿Y entonces qué pasó?

—Entonces bajé hasta acá y me dio miedo y regresé; pero no quise hablarle, por el caballero, y volví para acá.

— ¡Ah, un caballero! ¿Y qué le decía ella, amigo mío?

—Le decía que suponía que no se había casado con la otra mujer porque quería más a su antigua novia, y cosas por el estilo.

— ¿Y el caballero que le decía, hijo mío?

—El sólo le decía que la quería más, y que ahora iba a ir a encontrarse con ella otra vez en Rainbarrow por las noches.

— ¡Ja! —exclamó el vendedor de almagre, dándole una palmada al costado de su carro, de modo que el toldo entero se sacudió bajo el impacto—. ¡Esa es la explicación de todo el asunto!

El niño se bajó de un salto de su banqueta.

—No tengas miedo, amigo mío —dijo el vendedor del tinte rojo, tornándose gentil de repente—. Olvidé que estabas aquí. No es más que una curiosa manera que tienen los vendedores de almagre de enfurecerse un momento, pero no le hacen daño a nadie. ¿Y qué dijo entonces la dama?

—No me acuerdo. Por favor, señor vendedor de almagre, ¿puedo seguir ya para mi casa?

—Sí, claro que puedes. Te acompañaré un tramito.

El vendedor de almagre guio al niño para salir del foso de gravilla hasta

llegar al sendero que conducía a casa de su madre. Cuando el pequeño se desvaneció en las sombras, el vendedor de almagre regresó, retomó su asiento junto al fuego y reinició su zurcido.

## **9. El amor le inspira una estrategia a un hombre sagaz**

En estos tiempos resulta muy difícil encontrar a un vendedor de almagre de la vieja escuela. Tras la introducción del ferrocarril, los granjeros de Wessex no han tenido ya necesidad de esos visitantes mefistofélicos, y el brillante pigmento tan generosamente empleado por los criadores de ovejas para preparar a sus animales para las ferias se obtiene por otras vías. Incluso los que aún sobreviven están perdiendo la poesía de la existencia que los caracterizaba cuando el desempeño de su oficio implicaba viajes periódicos a la cantera de la que se extraía el material, vivir al descampado de mes en mes, salvo en lo más crudo del invierno, peregrinar por las fincas, que se contaban por centenares, y, a pesar de esa existencia de árabe, preservar la respetabilidad que garantiza poder disponer siempre de una bolsa bien provista.

El almagre le impregna su viva tonalidad a todo lo que toca, y le imprime su sello inconfundible, como la marca de Caín, a cualquiera que lo manipula durante media hora.

El primer atisbo de un vendedor de almagre constituía un hito en la vida de todo niño. Esa figura del color de la sangre era una sublimación de todos los sueños horribles que afligieran su espíritu juvenil desde que despertara su imaginación. «¡El vendedor de almagre viene a llevarte!» era la amenaza que habían formulado las madres de Wessex durante varias generaciones. Fue sustituido con éxito por un tiempo, a inicios del presente siglo, por Bonaparte; pero como el paso del tiempo hizo a este último personaje anticuado e inoperante, la vieja frase retomó su antigua importancia. Y ahora el vendedor de almagre ha seguido, a su vez, los pasos de Bonaparte hacia la tierra de los espantajos pasados de moda, y su lugar ha sido ocupado por modernas invenciones.

El vendedor de almagre vivía como un gitano, pero despreciaba a los gitanos. Era tan próspero como los fabricantes de cestos y esterillas que recorrían los caminos, pero no se mezclaba con ellos. Venía de familia más decente y tenía más educación que los arreadores de ganado que pasaban y repasaban por su lado en su deambular, pero éstos se limitaban a dedicarle un saludo. Su mercancía era más valiosa que la de los vendedores ambulantes, pero los buhoneros no lo consideraban así, y pasaban junto a su carro con la

vista clavada al frente. Era de un color tan anormal que, comparados con él, los dueños de tióvivos y museos de cera trashumantes parecían caballeros, pero los tenía por personas de baja estofa y mantenía la distancia. El vendedor de almagre siempre estaba rodeado de esos personajes que acampaban al descubierto y desandaban los caminos, pero no era uno de ellos. Su ocupación tendía a aislarlo, y aislado era como más se le veía.

En ocasiones se murmuraba que los vendedores de almagre eran delincuentes por cuyas malas acciones sufrían otros sin merecerlo; que aunque habían escapado de la justicia, no habían escapado de sus propias conciencias, y que habían abrazado el oficio a manera de penitencia perpetua. De no ser así, ¿por qué lo habrían escogido? En el presente caso, esa pregunta habría sido particularmente pertinente. El vendedor de almagre que había llegado a Egdon esa tarde era una muestra de cómo se puede malgastar lo agradable para sentar las bases de lo singular, cuando unos cimientos feos habrían satisfecho igualmente ese propósito. Lo único espantable de este vendedor de almagre era su color. Libre de él, habría sido un espécimen tan atrayente de virilidad rústica como los que a menudo se encuentran. Un observador perspicaz se habría sentido inclinado a pensar que había renunciado al lugar que le correspondía en la vida por falta de interés en él, lo cual era parcialmente cierto. Además, después de observarlo, era posible atreverse a aventurar la opinión de que el fondo de su carácter era de buen natural y con agudeza tan extrema como resulta posible sin caer en la marrullería.

Mientras zurcía su media tenía una expresión dura, porque estaba entregado a sus pensamientos. A continuación adoptó un gesto más suave y seguidamente dio muestras de la tierna tristeza que lo embargara durante su trayecto por el camino esa tarde. Al cabo, su aguja se detuvo. El vendedor de almagre hizo a un lado la media, se puso de pie y tomó una bolsa de cuero que colgaba de un gancho en una esquina del carro. La bolsa contenía, entre otros artículos, un paquete envuelto en papel de estraza que, a juzgar por sus acusados pliegues, parecía haber sido cuidadosamente abierto y cerrado muchas veces. Se sentó en una banqueta de ordeño de tres patas que era la única silla que había en el carro y tras examinar su paquete a la luz de la vela, sacó de él una vieja carta y la desdobló. Originalmente la misiva había sido escrita en papel blanco, pero ahora exhibía un pálido tinte rojo debido al azar de su ubicación, y los trazos negros de la escritura semejaban las ramitas de un seto invernal, recortadas contra un atardecer bermellón. La fecha de la carta era de unos dos años antes, y estaba firmada por «Thomasin Yeobright». Decía lo siguiente:

Estimado Diggory Venn:

La pregunta que me dirigiste al alcanzarme cuando salía de la huerta de Pond hacia mi casa me produjo tal sorpresa que me temo que no logré que

entendieras exactamente lo que quise decir. Por supuesto, si mi tía no se hubiera adelantado a encontrarse conmigo, te podría haber explicado todo en ese mismo momento, pero tal como sucedieron las cosas, no hubo oportunidad. Desde entonces me siento muy incómoda, porque sabes que no quiero causarte ninguna pena, pero me temo que lo haré al desdecirme de lo que parecí decir entonces. No puedo casarme contigo, Diggory, ni pensar en permitirte que me llames tu novia. De verdad que no puedo, Diggory. Espero que no te importe mucho que te lo diga, y que no sientas mucha pena. Me entristece sobremanera pensar que pueda ser así, porque me resultas muy simpático y siempre te recuerdo asociado a mi primo Clym. Hay tantos motivos por los que no podemos casarnos que me resulta muy difícil mencionarlos todos en una carta. No tenía la menor idea de que me fueras a hablar de una cosa así cuando me seguiste, porque nunca había pensado en ti como en un enamorado. No debes pensar mal de mí por haberme reído cuando me hablaste; te equivocas al pensar que me reía porque pensaba que eras un tonto. Me reía porque la idea me resultó muy peregrina, y completamente ajena a ti. Mi principal motivo personal para no permitirte que me hagas la corte es que no siento por ti lo que debe sentir una mujer que consienta en salir contigo con la intención de ser tu esposa. No es, como crees, que tenga a nadie más en mente, porque no le doy esperanzas a nadie ni lo he hecho nunca en la vida. Otro motivo es mi tía. Sé que no estaría de acuerdo, incluso si yo quisiera casarme contigo. Le resultas muy simpático, pero querrá que aspire a algo más que al dueño de una pequeña finca lechera y que me case con un profesional. Confío en que no me mires mal por escribirte con tanta franqueza, pero sentí que quizás tratarías de abordarme otra vez, y es mejor que no nos veamos. Siempre pensaré en ti como en un hombre bueno y te desearé lo mejor. Te envió esta con la doncella de Jane Orchard. Y me reitero, Diggory, tu fiel amiga,

Thomasin Yeobright.

Para el señor Venn, encargado de finca lechera.

Desde la llegada de esa carta, una cierta mañana de otoño hacía ya largo tiempo, el vendedor de almagre y Thomasin no se habían vuelto a encontrar hasta ese día. Durante ese intervalo, Diggory había cambiado de situación en la vida, alejándose de la de ella más de lo que originalmente estuviera, al adoptar el oficio de vendedor de almagre, aunque aún disfrutaba de una muy buena posición económica. De hecho, si se tiene en cuenta que sus gastos sólo representaban una cuarta parte de sus ingresos, se le habría podido llamar un hombre próspero.

Los amantes rechazados muestran la misma proclividad a deambular sin rumbo que las abejas privadas de su colmena; y el negocio al que sarcásticamente se dedicara congeniaba en muchos sentidos con Venn. Pero

por la mera fuerza de las viejas emociones, sus pasos lo habían llevado con frecuencia en dirección a Egdon, aunque nunca abordara a quien lo atraía al lugar. Estar en el páramo de Thomasin, cerca de ella, aunque invisible a sus ojos, era el único placer que le restaba.

Entonces se había producido el incidente de ese día, y el vendedor de almagre, que todavía la quería, se sintió estimulado por el accidental servicio que le había prestado en una coyuntura crítica a jurarse una activa devoción a su causa, en vez de, como hasta entonces, dedicarse a suspirar Y mantenerse apartado. Después de lo ocurrido, era imposible que no dudara de la honestidad de las intenciones de Wildeve. Pero las esperanzas de Thomasin aparentemente se centraban en él, y haciendo a un lado sus dudas, Venn decidió contribuir a que fuera feliz como ella misma eligiera. Que esa felicidad fuera, de todas las posibles, la más penosa para él, le hacía las cosas difíciles, pero el amor del vendedor de almagre era generoso. El primer paso de su activa contribución a la causa de Thomasin fue dado a eso de las siete de la noche del día siguiente, y estuvo dictado por las noticias que le transmitiera el niño triste. Que Eustacia era, de alguna forma, la causa de la negligencia de Wildeve en relación con el matrimonio había sido la conclusión a la que llegara Venn de inmediato al enterarse del encuentro secreto entre ambos. No le pasó por la mente que la amorosa señal de Eustacia a Wildeve fuera el sentimental efecto producido en la beldad abandonada por las nuevas que le transmitiera su abuelo. Su instinto lo llevaba a considerarla como una conspiradora contra la felicidad de Thomasin, en vez de un obstáculo previamente existente.

Durante el día había experimentado vivos deseos de averiguar cómo se encontraba Thomasin, pero no se atrevió a presentarse a las puertas de un hogar en el que era un extraño, en particular en un momento tan desagradable como ese. Había llenado su tiempo trasladando a sus caballos y su carga a un nuevo punto del páramo, al este de su campamento anterior; y allí seleccionó con todo cuidado un escondrijo protegido del aire y la lluvia, lo que parecía indicar que su estancia en el lugar sería relativamente prolongada. Después desanduvo a pie parte del camino que había recorrido; y, como ya estaba oscuro, se desvió hacia la izquierda hasta detenerse tras un arbusto de acebo al borde de un foso que no distaba ni veinte yardas de Rainbarrow.

Esperó por un posible encuentro, pero esperó en vano. Nadie, excepto él, se acercó al lugar esa noche.

Pero lo inútil de sus afanes no le produjo mayor efecto al vendedor de almagre. Se había calzado las botas de Tántalo, y parecía considerar cierta dosis de frustración como el normal prefacio a todo logro, sin el cual este último debía ser motivo de alarma.

La noche siguiente, a la misma hora, lo encontró en el mismo sitio; pero Eustacia y Wildeve, los amantes clandestinos que esperaba, no hicieron su aparición.

Siguió exactamente el mismo curso de acción durante cuatro noches más, y sin ningún éxito. Pero la siguiente, que era el mismo día de semana del encuentro anterior, vio una silueta femenina que flotaba sobre la cresta de las colinas y el perfil de un hombre joven que subía del valle. Se encontraron en la pequeña zanja que rodeaba el túmulo, la excavación original de donde extrajeran los antiguos britanos el material para erigirlo.

El vendedor de almagre, espoleado por las sospechas de que se perjudicaba a Thomasin, al momento ideó una estrategia. Abandonó de inmediato el arbusto y avanzó arrastrándose sobre manos y rodillas. Una vez que se hubo acercado lo más que podía sin correr el riesgo de que lo descubrieran, se percató de que, debido al viento en contra, no podía escuchar la conversación de la pareja clandestina.

Cerca de él, como en varios otros lugares del páramo, había áreas salpicadas de grandes trozos de turba, colocados de costado y bocabajo, esperando que los recogiera Timothy Fairway antes de la llegada del invierno. El vendedor de almagre agarró dos de ellos desde donde estaba tumbado y tiró de ellos hasta cubrirse con uno la cabeza y los hombros y con el otro la espalda y las piernas. Ahora habría resultado invisible incluso a la luz del día; los trozos de turba, colocados encima de él con los tallos de brezos hacia arriba, parecían parte del terreno. Siguió arrastrándose y los trozos de turba que lo cubrían se arrastraban con él. De haberse aproximado sin ningún enmascaramiento lo más probable es que, a la luz del atardecer, no lo habrían advertido; aproximándose así, era como si avanzara cavando un túnel bajo la tierra. De esa forma, pudo acercarse mucho a donde se encontraba la pareja.

— ¿Qué quieres consultarme sobre el asunto? —llegó a sus oídos en los ricos e impetuosos acentos de Eustacia Vye—. ¿Consultarme? ¡Es indigno de mi parte hablar de esa manera... no lo seguiré soportando! —comenzó a sollozar—. Te he amado, te he demostrado que te amaba, y mucho lo lamento; y aun así, puedes venir y decirme con esa frialdad que quieres consultarme sobre si no sería mejor que te casaras con Thomasin. Mejor... claro que sí. Cásate con ella; ¡su posición en la vida es mucho más cercana a la tuya que la mía!

—Sí, sí, todo eso está muy bien —dijo Wildeve perentorio—. Pero tenemos que ver las cosas como son. Por más culpable que yo sea al haberla provocado, la situación de Thomasin es ahora mucho peor que la tuya. Lo único que te digo es que me encuentre en un aprieto.

— ¡Pues no me lo digas! Tienes que darte cuenta de que lo único que haces



es hostigarme. Damon, no has actuado bien; has desmerecido en mi opinión. No le has dado ningún valor a mi cumplido —el cumplido que te hace una dama al amarte— cuando solía ambicionar cosas mucho mayores. Pero fue culpa de Thomasin. Te apartó de mi lado y merece sufrir por eso. ¿Dónde está viviendo? No es que me importe, ni tampoco dónde vivo yo. ¡Ah, qué contenta se sentiría si yo muriera y desapareciera de la escena! ¿Dónde está, te pregunto?

—Thomasin está en la casa de su tía, encerrada en un cuarto, alejada de vista de todos —dijo Wildeve con aire indiferente.

—No creo que te importe mucho, ni siquiera ahora, porque, si así fuera, no hablarías de ella con tanta frialdad —dijo Eustacia con júbilo repentino—. ¿Le hablas a ella de mí con esa frialdad? ¡Ah, me imagino que sí! ¿Por qué te alejaste de mi lado? No creo que pueda perdonarte, a no ser con la condición de que cada vez que me abandones, regreses arrepentido de haberte portado así conmigo. —No quiero abandonarte nunca.

—No esperes que te lo agradezca. Me parecería detestable que todo marchara sin ningún tropiezo. La realidad es que creo que me gusta que me abandones un poquito de cuando en cuando. El amor es la cosa más espantosa del mundo cuando el amante es totalmente sincero. ¡Oh, es una vergüenza decirlo, pero es cierto! —se permitió una risita—. La idea misma me deprime. ¡No me ofrezcas un amor manso, si no quieres tener que marcharte de mi lado!

—Me gustaría que Tamsie no fuera una mujercita tan horriblemente buena, para poder serte fiel sin lastimar a alguien que no lo merece —dijo Wildeve—. Al final, yo soy el pecador; no valgo ni el dedo meñique de ninguna de las dos.

—Pero no debes sacrificarte porque te sientes culpable con ella —respondió Eustacia apresuradamente—. Si no la amas, lo más caritativo, a la larga, es que la dejes como está. Eso es siempre lo mejor. Ya ves, supongo que acabo de decir algo muy poco femenino. Cuando te vas, siempre quedo molesta conmigo misma por algunas de las cosas que te he dicho.

Wildeve dio uno o dos pasos entre los brezos sin responder. La pausa se pobló con la cadencia de una zarza desnuda que estaba cerca, a barlovento, entre cuyas ramas resistentes se filtraba la brisa como por un colador. Era como si la noche entonara una elegía con los dientes apretados.

Eustacia continuó, un tanto apesadumbrada:

—Desde que te vi por última vez se me ha ocurrido una o dos veces que quizás no fue por amor a mí que no te casaste con ella. Dime, Damon, trataré de soportarlo. ¿No tuve nada que ver en el asunto?

— ¿De verdad quieres que te conteste?

—Sí, tengo que saberlo. Ya veo que me apresuré demasiado a creer en mi propio poder.

—Bueno la razón inmediata fue que la licencia no servía en ese lugar, y Tamsie huyó antes de que pudiera sacar otra. Hasta ese momento no tuviste nada que ver con lo sucedido. A partir de entonces, su tía se ha dirigido a mí en un tono que no me gusta ni un poquito.

—Sí, sí, no tuve nada que ver, no tuve nada que ver. No soy más que un pasatiempo para ti. ¡Dios mío, de qué estás hecha, Eustacia Vye, para tener en tanto a este hombre!

—Tonterías; no te apasionas... Eustacia, ¡cómo vagamos por entre estos arbustos el año pasado, cuando los días cálidos ya habían refrescado, y la sombra de las colinas hacía que fuéramos casi invisibles en las hondonadas!

Eustacia guardó un silencio enfurruñado hasta que dijo:

—Sí, ¡y cómo me reía yo de que te atrevieras a poner los ojos en mí! Pero bien que me has hecho sufrir por eso desde entonces.

—Sí, me trataste con bastante crueldad hasta que creí haber encontrado a una más hermosa que tú. Encontrarla fue una bendición para mí, Eustacia.

— ¿Todavía crees que encontraste a otra más hermosa?

—A veces sí, a veces no. La balanza está tan equilibrada que bastaría una pluma para inclinarla de un lado o del otro.

—Pero, ¿de veras no te importa si nos encontramos o no? —preguntó Eustacia lentamente.

—Un poco, pero no lo bastante para quitarme el sueño —contestó el joven lánguidamente—. No, todo aquello ya pasó. Ahora sé que hay dos flores donde creí que había sólo una. Quizás haya tres, o cuatro, o cualquier cantidad, tan buenas como la primera... Tengo un destino curioso. ¿Quién habría imaginado que me ocurriría todo esto?

Eustacia lo interrumpió con un ardor reprimido que parecía poder ser producto tanto del amor como de la cólera:

— ¿Me amas ahora?

— ¿Quién sabe?

— ¡Dime; tengo que saberlo!

—Te amo y no te amo —dijo él con aire travieso—. O sea, tengo mis momentos y mis períodos. En un momento eres demasiado alta, en otro momento eres demasiado abúlica, en otro demasiado melancólica, en otro demasiado sombría, en otro no sé qué, excepto... que ya no significas el

mundo entero para mí como antes, amor mío. Pero eres una dama a quien da gusto conocer y a la que resulta agradable tratar, y me atrevo a decir que tan dulce como siempre... casi.

Eustacia guardó silencio, se apartó de él y al fin dijo, con voz de altanería reprimida:

—Salí a dar un paseo, y cogí por este camino.

—Pues se me ocurren cosas peores que seguirte.

— ¡Bien sabes que a pesar de todos tus humores y tus mudanzas no puedes hacer otra cosa! —respondió la joven desafiante—. Digas lo que digas, por más que lo intentes, aunque te mantengas alejado de mí todo el tiempo que puedas, nunca me olvidarás. Me amarás toda tu vida. ¡Darías cualquier cosa por casarte conmigo!

— ¡Lo daría! —dijo Wildeve—. Me vienen a la mente ideas extrañas de cuando en cuando, Eustacia; y me han venido ahora. Odias el páramo tanto como siempre, eso lo sé.

—Sí —dijo ella en un profundo murmullo—. ¡Es mi cruz, mi vergüenza y será mi muerte!

—Yo también lo aborrezco —dijo él—. ¡Cuán lúgubrementemente sopla el viento a nuestro alrededor en este momento!

Eustacia no respondió. El sonido del viento era, a no dudarlo, solemne y avasallador. Resonancias complejas asaltaban los sentidos de la pareja, y resultaba posible ver con los oídos los rasgos de la zona. El paisaje entenebrecido les devolvía imágenes acústicas; podían escuchar dónde empezaban y dónde terminaban los brezales; dónde crecía alta y talluda la aulaga; dónde había sido cortada recientemente; en qué dirección se encontraba la arboleda de abetos, y cuán cerca se hallaba la hondonada donde crecía el acebo; porque cada una de esas diversas particularidades tenía una voz no menos distintiva que su forma y su color.

— ¡Dios mío, qué soledad! —prosiguió Wildeve—. ¿Qué valor tienen los barrancos y las nieblas pintorescas para nosotros, que no vemos otra cosa? ¿Por qué quedarnos aquí? ¿Te irías conmigo a América? Tengo parientes en Wisconsin.

—Tendría que pensarlo.

—Parece imposible prosperar aquí, a menos que uno sea un pájaro del monte o un paisajista. ¿Y bien?

—Dame tiempo —dijo ella quedamente al tiempo que tomaba su mano—. La América queda tan lejos. ¿Caminas conmigo un poquito?

Tras pronunciar esas últimas palabras, Eustacia se apartó de la base del túmulo, y Wildeve la siguió, de modo que el vendedor de almagre no pudo escuchar nada más.

Se quitó de encima los pedazos de turba y se levantó. Las dos figuras oscuras empequeñecieron y dejaron de recortarse contra el cielo. Eran como dos cuernos que el moroso páramo hubiera proyectado de su cabeza, como un molusco, y ahora volvía a recoger.

Al atravesar el valle y pasar al próximo, donde se encontraba su carro, el paso del vendedor de almagre no era enérgico, como el que se espera de un joven esbelto de veinticuatro años de edad. Su espíritu estaba perturbado hasta el dolor. Las brisas que soplaban junto a su boca durante esa caminata se llevaban consigo los acentos de una conminación.

Entró al carro, donde ardía un fuego en la estufa. Sin encender la vela, se sentó de inmediato en la banqueta de tres patas y reflexionó sobre lo que había visto y oído concerniente a la mujer que aún amaba. Dejó escapar un sonido que no era ni suspiro ni sollozo, pero que resultaba más indicativo que cualquiera de ellos de una mente perturbada.

—Mi Tamsie —dijo en un pesaroso susurro—. ¿Qué se puede hacer? Sí, iré a ver a esa Eustacia Vye.

## **10. Un intento desesperado de persuasión**

A la mañana siguiente, a esa hora en que la altura del sol parece sumamente insignificante desde cualquier punto del páramo, comparada con la elevación de Rainbarrow, y cuando todas las pequeñas colinas de los niveles inferiores eran como un archipiélago en un Egeo de nieblas, el vendedor de almagre salió del rincón fragoso que había adoptado como campamento y subió por la ladera de Mistover Knap.

Aunque esas colinas erizadas de vegetación parecían muy solitarias, varios pares de ojos muy abiertos y penetrantes siempre estaban listos, en una mañana invernal como esa, a converger sobre un caminante. Buscaban oculto refugio allí especies aladas que habrían producido estupor de habérselas tropezado en otro sitio. Era el lugar preferido de una avutarda, y pocos años antes, era posible ver veinticinco de ellas en Egdon a la vez. Unas arpellas miraban a lo alto desde el valle junto a la casa de Wildeve. Un corredor sahariano, que es un pájaro tan raro que nunca se ha visto más de una docena de ellos en Inglaterra, solía visitar esa colina; pero un bárbaro no descansó ni de día ni de noche hasta que mató al prófugo de África, y después de ese

suceso, los corredores saharianos consideraron que lo mejor era no volver a Egdon.

Un viajero que anduviera por allí y observara a cualquiera de esos visitantes, como Venn los observaba en ese momento, podía sentir que se encontraba en comunicación directa con regiones desconocidas para el hombre. Allí, frente a él, había un anadón, recién llegado del lugar donde habita el viento norte. El ave traía consigo un cúmulo de saberes septentrionales. Catástrofes glaciales, tormentas de nieve, resplandecientes auroras boreales, la estrella polar en el cenit, Franklin a los pies: la categoría de lo que eran para él lugares comunes era extraordinaria. Pero el pájaro, como muchos otros filósofos, parecía pensar, mientras contemplaba al vendedor de almagre, que un momento presente de comfortable realidad valía por toda una década de recuerdos.

Venn pasó junto a todos camino a la casa de la belleza solitaria que vivía en medio de ellos y los despreciaba. El día era domingo; pero como asistir a la iglesia, excepto para casarse o ser enterrado, resultaba excepcional en Egdon, ello no significaba ninguna diferencia. Venn había decidido dar el golpe audaz de solicitarle una entrevista a la señorita Vye, atacar su posición de rival de Thomasin mediante el ingenio o la fuerza, con lo que demostraba, quizás de modo demasiado conspicuo, la falta de galantería característica de cierta clase de hombres astutos, sean payasos o reyes. El gran Federico al hacerle la guerra a la hermosa archiduquesa, Napoleón al rechazar las condiciones de la bella reina de Prusia no eran más ciegos a la diferencia entre los sexos que el vendedor de almagre, a su manera peculiar, al planear la eliminación de Eustacia.

Visitar la vivienda del capitán era siempre una empresa más bien ardua para los habitantes del páramo de inferior condición. Aunque conversador en ocasiones, sus estados de ánimo eran erráticos, y nadie podía estar seguro de cómo se comportaría en un momento dado. Eustacia era reservada, y vivía bastante encerrada en sí misma. Salvo por la hija de uno de los habitantes del pequeño poblado, que era su sirvienta, y por un mozo que trabajaba en su huerto y su establo, casi nadie que no fueran abuelo y nieta entraba en la casa. Eran las únicas personas distinguidas del distrito, con excepción de los Yeobright, y aunque estaban lejos de ser ricos, no sentían la necesidad de hacer gala de un talante amistoso con cada hombre, pájaro o bestia a cuya influencia estaban sometidos sus vecinos más pobres.

Cuando el vendedor de almagre llegó al huerto, el anciano contemplaba con su telescopio el manchón de mar azul en la distancia, y las pequeñas anclas de sus botones rebrillaban al sol. Reconoció a Venn como al hombre que se topara en el camino, pero no hizo alusión a esa circunstancia, sino que se limitó a decir:

—Ah, vendedor de almagre, ¿has venido a verme? ¿Te gustaría tomar un vaso de grog?

Venn declinó, con la excusa de que era demasiado temprano, y declaró que quien lo traía allí era la señorita Vye. El capitán lo examinó durante unos momentos desde la gorra hasta el chaleco, y desde el chaleco hasta las sobrecalzas, y finalmente le pidió que pasara a la casa.

La señorita Vye no estaba lista aún para recibir visitas, de modo que el vendedor de almagre se sentó a esperar en el banco de la ventana de la cocina, con las manos colgando sobre las rodillas separadas y la gorra colgando de las manos.

— ¿La señorita no se ha levantado todavía? —le dijo al fin a la sirvienta.

—No ha salido del cuarto. La gente no visita a las damas a esta hora del día.

—Entonces saldré —dijo Venn—. Si puede verme, por favor, que me mande un recado y volveré.

El vendedor de almagre salió de la casa y anduvo sin rumbo por la colina cercana. Pasó un tiempo considerable sin que le llegara ningún aviso de que se requería su presencia. Comenzaba a pensar que su plan había fracasado cuando vio a la propia Eustacia, que caminaba lentamente en su dirección. La novedad de concederle una audiencia a ese personaje singular había sido suficiente para seducirla.

Tras echarle una mirada a Diggory Venn pareció sentir que el hombre venía en una misión extraña, y que no era tan innoble como imaginara, porque su cercanía no lo llevó a crisparse incómodo, ni a mover los pies, ni a mostrar ninguna de esas pequeñas señales que deja escapar un rústico ingenuo ante la llegada de una mujer poco común. Al preguntarle Venn si podía tener una conversación con ella, Eustacia respondió:

—Sí, camina a mi lado —y continuó andando.

Antes de que hubieran avanzado mucho, al perspicaz vendedor de almagre se le ocurrió que habría sido más sabio de su parte no parecer tan poco impresionable, y decidió corregir su error en cuando se presentara una oportunidad.

—He tenido el atrevimiento, señorita, de venir a contarle algunas noticias extrañas que han llegado a mis oídos acerca de ese hombre.

— ¡Ah!, ¿acerca de qué hombre?

Venn apuntó con el codo hacia el sudeste, en dirección a La Mujer Tranquila.

Eustacia se volvió rápida hacia él.

— ¿Te refieres al señor Wildeve?

—Sí, hay una familia en problemas por su causa, y he venido a hacérselo saber, porque creo que está a su alcance solucionarlos.

— ¿A mi alcance? ¿Cuáles son esos problemas?

—Se han mantenido muy en secreto. Se trata de que, después de todo, tal vez se niegue a celebrar su boda con Thomasin Yeobright.

Aunque esas palabras la hicieron palpar, Eustacia se mostró a la altura de su papel en un drama como ese. Contestó con frialdad:

—No quiero oír lo que me cuentas, y no debes esperar de mí que intervenga.

—Pero, señorita, ¿me permite unas palabras?

—No puedo. No tengo ningún interés en ese matrimonio, y aunque lo tuviera, no podría obligar al señor Wildeve a hacer lo que le mando.

—En su condición de única dama en todo el páramo, creo que podría —dijo Venn en una sutil indirecta—. La cosa es como sigue. El señor Wildeve se casaría con Thomasin de inmediato, y todo volvería a la normalidad, si no hubiera otra mujer por medio. Esa otra mujer es una persona con la que se ha enredado, y con la que creo que se encuentra en el páramo ocasionalmente. Nunca se casará con ella, y, sin embargo, puede que a causa de ella nunca se case con la mujer que tanto lo ama. Ahora bien, si usted, señorita, que ejerce tanta influencia sobre nosotros los hombres, le insistiera en que debía tratar a su joven vecina Tamsin con honorable altruismo y renunciar a la otra mujer, quizás lo haría, y le evitaría a ella una gran infelicidad.

— ¡Ah, por vida mía! —dijo Eustacia con una carcajada que abrió sus labios de tal modo que el sol brilló en el interior de su boca como en un tulipán, y la hizo brillar con similar fuego escarlata—. Le concedes demasiada importancia a la influencia de que gozo con los hombres del lugar, vendedor. Si tuviera un poder como el que imaginas, iría directo a emplearlo en bien de cualquiera que hubiera sido amable conmigo, que, hasta donde recuerdo, no ha sido especialmente el caso de Thomasin Yeobright.

— ¿Será posible que en realidad no sepa... en cuánto la ha tenido siempre?

—Nunca he oído ni una palabra. Aunque vivimos a sólo dos millas de distancia, nunca en la vida he entrado en la casa de su tía.

La arrogancia que se adivinaba en sus maneras le indicó a Venn que hasta el momento su fracaso era completo. Suspiró para sus adentros y sintió que era necesario esgrimir su segundo argumento.

—Bien, dejando eso a un lado, le garantizo que está en sus manos, señorita Vye, hacerle un gran bien a otra mujer.

Eustacia hizo un ademán negativo.

—Su hermosura es ley para el señor Wildeve. Es ley para cualquier hombre que la vea. Le gente suele decir: «Esa dama tan agraciada que va por allá... ¿cómo se llama? ¡Qué hermosa! Es más bella que Thomasin Yeobright» —insistió el vendedor de almagre, al tiempo que se decía para sus adentros: «¡Dios perdone a este tunante por mentir!».

Y sí era más bella, pero el vendedor de almagre estaba lejos de creerlo. Había cierta oscuridad en la belleza de Eustacia, y Venn no tenía el ojo entrenado para percibirla. Con su vestido de invierno, como en ese momento, remedaba a la cicindela, que cuando se la observa en situación normal, parece ser del color más sobriamente neutral, pero bajo una gran iluminación destella con deslumbrante esplendor.

Eustacia no pudo evitar responderle, aunque consciente de que al hacerlo ponía en juego su dignidad.

—Muchas mujeres son más hermosas que Thomasin, de modo que eso no tiene mayor importancia —dijo.

El vendedor de almagre encajó la estocada y continuó:

—Él es de los hombres que advierten los encantos de una mujer, y usted podría torcer su voluntad como el viento a las cañas, sólo con proponérselo.

—De seguro que lo que ella no ha logrado estando tanto tiempo con él no lo puedo lograr yo que vivo aquí arriba tan lejos.

El vendedor de almagre se volvió en redondo para mirarla a la cara.

— ¡Señorita Vye! —dijo.

— ¿Por qué dices eso, como si dudara de mi palabra? —dijo ella con voz débil y la respiración agitada—. ¡Pensar que te atreves a hablarme en ese tono! —añadió, con una forzada sonrisa de superioridad—. ¿En qué puedes haber estado pensando para hablarme de esa manera?

—Señorita Vye, ¿por qué quiere hacerme creer que no conoce a ese hombre? Claro que sé por qué. Es inferior a usted, y se siente avergonzada.

—Te equivocas. ¿Qué quieres decir?

El vendedor de almagre había decidido jugar la carta de la verdad.

—Estuve presente durante su encuentro en Rainbarrow anoche y oí todo lo que se dijeron —dijo—. La mujer que se ha interpuesto entre Wildeve y Thomasin es usted.



El telón se había levantado de manera desconcertante y en Eustacia ardió la mortificación de la esposa de Candaulo. Había llegado el momento en que sus labios temblaron a pesar de sí misma, y no pudo sofocar un grito apagado.

—No me siento bien —dijo apresuradamente—. No... no es eso... no estoy de humor para seguirte oyendo. Márchate, por favor.

—Debo hablarle, señorita Vye, aunque le cause una pena. Lo que quiero que considere es lo siguiente. Sea como fuere —sea ella la culpable, o usted— su situación es, sin duda, peor que la suya. Renunciar al señor Wildeve será algo verdaderamente ventajoso para usted, porque, ¿cómo podría casarse con él? Pero ella no puede librarse del asunto tan fácilmente; todo el mundo la culpará si lo pierde. Por eso le pido —no porque ella tenga más derecho, sino porque su situación es peor— que renuncie a él en favor de ella.

— ¡No, no lo haré, no lo haré! —dijo Eustacia impetuosa, olvidando totalmente su manera previa de tratar al vendedor de almagre como a un subordinado—. ¡Nadie ha sido nunca tratado así! Todo iba bien... no seré derrotada... por una mujer inferior como ella. A ti te parecerá que está bien venir a suplicar en su nombre, pero, ¿acaso no es ella misma la causa de todos sus problemas? ¿No puedo acaso concederle mis favores a la persona que elija sin pedirle permiso a una banda de aldeanos? ¡Ella se interpuso entre mi persona y mis inclinaciones, y ahora que sufre el castigo que merecía te manda para que ruegues por ella!

—Ella no tiene la menor idea de lo que hago —dijo Venn serio—. Soy yo quien le pide que renuncie a él. Será mejor para ella y para usted. La gente dirá cosas desagradables si se entera de que una dama se encuentra en secreto con un hombre que ha tratado mal a otra mujer.

— ¡Yo NO le he hecho ningún daño; era mío antes de que fuera de ella! ¡Volvió conmigo porque... porque me quiere más! —dijo la joven fuera de sí—. Pero no tengo en cuenta el respeto que me debo a mí misma al hablarte así. ¡Qué cosas estoy admitiendo!

—Sé guardar un secreto —dijo Venn gentilmente—. No tiene nada que temer. Soy el único que sabe de sus encuentros con él. Sólo tengo una cosa más de la que hablar con usted y después me iré. La oí decirle que detestaba vivir aquí, que Egdon Heath era como una prisión para usted.

—Eso dije. Sé que el paisaje tiene una cierta belleza, pero para mí es como una prisión. El hombre que has mencionado no impide que me sienta así, aunque es aquí donde vive. No le habría hecho ningún caso de haber habido alguien mejor a mano.

El vendedor de almagre sintió esperanzas; después de oír esas palabras de ella, su tercer intento parecía prometedor.

—Como ya nos hemos sincerado un poquito, señorita, le diré lo que le propongo —dijo—. Desde que comencé con el comercio de almagre, como sabe, viajo mucho.

Eustacia inclinó la cabeza y se volvió, de modo que sus ojos se posaran en el valle brumoso que quedaba a sus pies.

—Y en mis viajes llego hasta cerca de Budmouth. Ahora bien, Budmouth es un sitio maravilloso... maravilloso; un gran mar salado y resplandeciente que entra en la tierra como un arco; millares de personas distinguidas que recorren la playa; bandas de música; oficiales de mar y oficiales de tierra que pasean entre los demás; de cada diez personas que uno encuentra, nueve están enamoradas.

—Lo sé —dijo ella desdeñosa—. Conozco Budmouth mejor que tú. Allí nací. Mi padre vino del extranjero para trabajar allí como músico militar. ¡Ah, Dios mío, Budmouth! Desearía estar allí ahora.

El vendedor de almagre se sorprendió al ver que un rescoldo podía, en ocasiones, despedir llamaradas.

—Si estuviera allí, señorita, al cabo de una semana no pensaría más en Wildeve que en uno de esos segadores del páramo que se ven allá a lo lejos —contestó—. Pues bien, yo puedo lograrlo.

— ¿Cómo? —dijo Eustacia, con una intensa curiosidad en sus ojos tormentosos.

—Desde hace veinticinco años mi tío es el hombre de confianza de una viuda rica que tiene una hermosa casa frente al mar. La señora es ya vieja e inválida, y quiere una joven dama de compañía para que le lea y le cante, pero no ha encontrado ninguna que le convenga, aunque ha puesto un anuncio en los periódicos y probado a media docena. Estará encantada de tenerla a usted, y mi tío lo facilitaría todo.

— ¿Y tendría que trabajar?

—No sería un verdadero trabajo; tendría algo que hacer, como leer y cosas por el estilo. No tendría que empezar hasta el día de año nuevo.

—Sabía que implicaría trabajo —dijo Eustacia, volviendo a dejarse ganar por su letargo.

—Confieso que habría que hacer algunas tonterías para entretenerla; pero aunque los holgazanes pudieran llamarle trabajo, los trabajadores le llamarían juego. Piense en la compañía que tendría y la vida que llevaría, señorita; las diversiones que vería y el caballero con quien se casaría. Mi tío está encargado de buscar en el campo una joven dama de compañía que sea de confianza, porque a la anciana no le gustan las chicas de ciudad.

— ¡Tendría que consumirme para complacerla! No iré. ¡Oh!, si pudiera vivir en un pueblo alegre como debe vivir una dama, ir a donde quisiera y hacer lo que me viniera en gana. ¡Daría la mitad marchita de mi vida! Sí, vendedor, eso haría.

—Ayúdeme a hacer feliz a Thomasin, señorita, y tendrá esa oportunidad — la instó su compañero.

—Oportunidad. ¿Qué oportunidad? —dijo ella orgullosa—. ¿Qué puede ofrecerme un pobretón como tú? Me voy a casa. No tengo nada más que decir. ¿Acaso no tienes que llevar a pastar tus caballos, o remendar tus sacos de almagre, o encontrar compradores para tu mercancía, que estás aquí perdiendo el tiempo?

Venn no pronunció ni una palabra más. Con las manos a la espalda se volvió para que ella no viera la terrible decepción de su rostro. La claridad y el poder mentales que encontrara en esa joven solitaria le había hecho sentir malos presentimientos desde los primeros minutos de encontrarse a solas con ella. Su juventud y su situación lo habían llevado a esperar una simplicidad totalmente vulnerable a su método. Pero un sistema de estímulo que podría haber seducido a muchachas campesinas más dóciles no había hecho más que repeler a Eustacia. Como regla general, el nombre de Budmouth resultaba fascinante en Egdon. Ese puerto y balneario real, de haber sido fiel su reflejo en las mentes de los habitantes del páramo, tendría que haber combinado, de manera encantadora e indescriptible, la frenética actividad edilicia de una Cartago, el lujo de Tarento y el bienestar y la belleza de Bahía. Eustacia imaginaba el lugar en términos sólo un poco menos exagerados; pero no sacrificaría su independencia para trasladarse allí.

Una vez que Diggory Venn se alejó, Eustacia avanzó hasta el muro y bajando la vista al valle salvaje y pintoresco a sus pies, miró al sol, que estaba en la misma dirección que la casa de Wildeve. La niebla se había disipado tanto que era posible distinguir las copas de los árboles y los arbustos que rodeaban su hogar, y que parecían taladrar en sentido ascendente una vasta telaraña blanca que les hurtaba el día. No había duda de que la mente de Eustacia vagaba por esos rumbos; indefinida, caprichosamente, trenzándose y destrenzándose en torno a Wildeve como el único objeto en los límites de su horizonte mediante el cual podían cristalizarse los sueños. El hombre que comenzara por ser para ella un mero entretenimiento, y que nunca habría sido más que una afición de no ser por su habilidad al abandonarla en los momentos adecuados, era ahora de nuevo el objeto de su deseo. El cese de su amor había revivido el de Eustacia. Los sentimientos que la joven le dedicara indolente a Wildeve habían sido contenidos por Thomasin, como por una represa, hasta convertirse en un torrente. Eustacia solía gastarle bromas a Wildeve, pero eso había sido antes de que otra le concediera sus favores.

Sucede a menudo que una gota de ironía añadida a una situación insípida le da un sabor picante.

— ¡Nunca renunciaré a él! ¡Nunca! —dijo impetuosa.

La alusión del vendedor de almagre a que se rumorearan cosas desagradables sobre su persona no le producía demasiado terror a Eustacia. Le preocupaba tan poco esa contingencia como a una diosa la falta de ropa blanca. Ello no tenía su origen en una desvergüenza innata, sino en que vivía demasiado apartada del mundo como para sentir el impacto de la opinión pública. En el desierto, poco le habría preocupado a Zenobia lo que se decía de ella en Roma. En lo relativo a la ética de la vida en sociedad, Eustacia se aproximaba al estado salvaje, aun cuando en lo que toca a las emociones era una epicúrea. Había avanzado hasta los rincones donde se esconde la sensualidad, pero no había atravesado el umbral de los convencionalismos.

## 11. La deshonestidad de una mujer honesta

El vendedor de almagre se marchó del lado de Eustacia con una visión pesimista sobre la felicidad futura de Thomasin; pero al tomar el camino que conducía a su carro, la figura de la señora Yeobright, quien se encaminaba lentamente hacia La Mujer Tranquila, le inspiró la idea de que quedaba un canal que aún no había probado. Le salió al paso, y casi pudo percibir en su rostro ansioso que esta visita a Wildeve tenía el mismo objetivo que la suya a Eustacia.

La señora Yeobright no se lo ocultó.

—Entonces más vale que lo olvide, señora Yeobright —dijo el vendedor de almagre.

—No creas que no lo pienso —dijo ella—. Pero no queda nada por hacer sino hacerle a él mismo la pregunta.

—Primero me gustaría decirle unas palabras —dijo Venn con firmeza—. El señor Wildeve no es el único hombre que le ha pedido a Thomasin que se case con él; ¿y por qué no podría otro tener una oportunidad? Señora Yeobright, me sentiría muy feliz de casarme con su sobrina, y lo habría hecho en cualquier momento de los últimos dos años. Ahí está, ya lo dije, y nunca se lo había dicho a nadie antes, excepto a ella.

La señora Yeobright no era una persona expresiva, pero sus ojos se posaron involuntariamente en su figura singular, aunque bien formada.

—El aspecto exterior no lo es todo —dijo el vendedor de almagre al

percatarse de su mirada—. Hay muchos oficios que no son tan lucrativos como el mío, si hablamos de dinero; y quizás no esté mucho peor en ese aspecto que Wildeve. No hay nadie tan pobre como esos profesionales fracasados; y si no le gusta mi color rojo, pues la verdad es que no soy rojo de nacimiento; sólo emprendí este negocio por capricho; y puedo volver a dedicarme a otra cosa.

—Te agradezco mucho tu interés en mi sobrina, pero me temo que haya algunos obstáculos. Y además, adora a este hombre.

—Cierto, o no habría hecho lo que he hecho esta mañana.

—De no ser así, no habría problema, y no me verías yendo ahora a su casa. ¿Cuál fue la respuesta de Thomasin cuando le confesaste tus sentimientos?

—Me escribió una carta en la que me decía que usted no lo aprobaría, además de otras cosas.

—Hasta cierto punto tenía razón. No debes tomarlo personalmente. Me limito a expresar una verdad. Has sido bueno con ella y no lo olvidamos. Pero como no se mostró dispuesta ella misma a ser tu esposa, no hay más que discutir, sin que mis deseos tengan nada que ver en el asunto.

—Sí. Pero hay una diferencia entre entonces y ahora, señora. Ahora sufre, y he pensado que si usted le hablara de mí, y me considerara usted misma de manera favorable, yo tendría una posibilidad de conquistarla y de librarla de los devaneos de este Wildeve y de su no saber si se casará o no con ella.

La señora Yeobright hizo un ademán negativo.

—Thomasin cree, y yo también, que debe convertirse en la esposa de Wildeve, si es que quiere aparecer ante el mundo sin una mancha sobre su nombre. Si se casan pronto, todos creerán que realmente fue un accidente lo que impidió la boda. Si no, el asunto puede empañar su reputación, o al menos dejarla en ridículo. En resumen, si hay aunque sea la mínima posibilidad, deben casarse ya.

—Eso mismo pensaba yo hasta hace media hora. Pero, después de todo, ¿qué daño puede hacerle haber ido con él unas pocas horas a Anglebury? Todos los que saben cuán pura es sentirán que esa idea es muy injusta. Esta mañana traté de ayudar a que se casara con Wildeve —sí, señora— convencido de que era lo que debía hacer, dado que estaba tan ofuscada con él. Pero ahora dudo mucho de haber tenido razón. Sea como fuere, no logré nada. Y ahora le reitero mi ofrecimiento.

La señora Yeobright no pareció inclinada a profundizar en la cuestión.

—Me temo que debo irme —dijo—. No creo que sea posible hacer otra cosa.

Y siguió su camino. Pero aunque esa conversación no hizo desistir a la tía de Thomasin de la entrevista que se había propuesto sostener con Wildeve, sí influyó considerablemente sobre su manera de conducirla. Le dio gracias a Dios por el arma que el vendedor de almagre había puesto en sus manos.

Wildeve estaba en casa cuando la señora Yeobright llegó a la posada. El joven la hizo pasar en silencio a la sala y cerró la puerta. La señora Yeobright comenzó:

—Me pareció que era mi deber venir a verlo hoy. Se me ha hecho una nueva propuesta que me ha asombrado. Afectará mucho a Thomasin, y he decidido que debo al menos mencionársela.

— ¿Sí? ¿De qué se trata? —dijo Wildeve cortés.

—Tiene que ver con su futuro, por supuesto. Quizás no sepa usted que otro hombre ha expresado su deseo de casarse con Thomasin. No le he dado esperanzas aún, pero mi conciencia me impide seguir negándole una oportunidad. No quiero ser descortés con usted, pero debo ser justa con él y con ella.

— ¿Quién es el hombre? —dijo Wildeve sorprendido.

—Alguien que la ama desde antes que ella lo amara a usted. Le propuso matrimonio hace dos años. En ese momento ella lo rechazó.

— ¿Y bien?

—Él la ha visto en los últimos tiempos, y me ha pedido permiso para manifestarle sus intenciones. Puede que Thomasin no lo rechace por segunda vez.

— ¿Cómo se llama?

La señora Yeobright se negó a contestarle.

—Es un hombre que le resulta simpático a Thomasin y cuya constancia, al menos, respeta —añadió la dama—. Creo que se alegraría de aceptar lo que entonces rechazó. Su incómoda situación la tiene muy molesta.

—Nunca me habló de ese antiguo enamorado.

—Ni las mujeres más gentiles son tan tontas como para mostrar todas sus cartas.

—Bueno, pues si lo quiere, creo que lo mejor es que lo acepte.

—Es muy fácil decir eso, pero usted no se percata de la dificultad. Él desea casarse con ella mucho más que ella con él; y antes de tratar de alentar algo semejante debo estar completamente segura de que usted no interferirá para echar por tierra un compromiso que yo promueva en el entendido de que es lo

mejor. ¿Qué sucedería si, una vez comprometidos, y cuando todo esté perfectamente dispuesto para su boda, se interpone usted entre ellos y vuelve a hacerle la corte? Puede que no vuelva a conquistarla, pero le causaría mucha infelicidad.

—Por supuesto que no haría nada por el estilo —dijo Wildeve—. Pero aún no están comprometidos. ¿Cómo sabe que Thomasin lo aceptaría?

—Esa es una pregunta que me he hecho a mí misma con toda seriedad; y, en conjunto, con el tiempo, las probabilidades de que lo acepte son favorables. Me enorgullezco de ejercer cierta influencia sobre ella. Thomasin es dócil, y puedo recomendárselo con mucha fuerza.

—Y condenarme a mí con mucha fuerza al mismo tiempo.

—Bueno, puede estar seguro de que no lo alabaré —dijo seca la señora Yeobright—. Y si esto le parece una manipulación, debe recordar que la situación de Thomasin es peculiar, y de que ha sido muy mal tratada. También me ayudará a lograr ese compromiso su deseo de escapar a la humillación de su actual estado; y en casos como este, el orgullo de una mujer la puede llevar muy lejos. Puede que sea necesario manejarla un poquito para que acceda; pero me siento capaz de eso, siempre que usted esté de acuerdo con lo único que resulta indispensable, a saber, que declare francamente que no debe seguir pensando en usted como posible marido. Eso la hará sentirse tan picada que lo aceptará.

—No puedo declarar eso en este momento, señora Yeobright. Es tan repentino.

— ¡Y por tanto, interfiere con todo mi plan! Resulta muy inconveniente que se niegue a ayudar a mi familia incluso en algo tan pequeño como decir claramente que no tendrá más tratos con nosotros.

Wildeve reflexionó, incómodo.

—Confieso que no estaba preparado para esto —dijo—. Por supuesto que renunciaré a ella si usted lo desea, si resulta necesario. Pero creí que podía convertirme en su esposo.

—Ya hemos oído eso antes.

—Señora Yeobright, no discutamos. Deme tiempo. No quiero interponerme en el camino de una oportunidad mejor que pueda presentársele; sólo que me habría gustado que me lo hiciera saber antes. Le escribiré o iré a verla en uno o dos días. ¿Será suficiente?

—Sí, siempre que me prometa no comunicarse con Thomasin sin mi conocimiento —dijo la señora Yeobright.

—Se lo prometo —dijo Wildeve.

Y así terminó la entrevista. La señora Yeobright regresó a su casa tal como había venido.

El mayor efecto que surtió su sencilla estrategia ese día fue, con mucho, como a menudo sucede, muy lejano al que se propusiera. En primer lugar, su visita hizo que Wildeve fuera esa misma tarde, después del crepúsculo, a casa de Eustacia, en Mistover.

A esa hora, la solitaria vivienda estaba cerrada a cal y canto para protegerse del frío y de la oscuridad que reinaban en el exterior. La señal clandestina que Wildeve había convenido con Eustacia era tomar un poco de gravilla en la mano y ponerla en una abertura en la parte superior de las persianas, que daban al exterior, de modo que cayera con un suave roce, parecido al de un ratón, entre las persianas y el vidrio. Esa precaución a la hora de atraer su atención tenía la intención de tratar de no despertar las sospechas de su abuelo.

Unas suaves palabras en la voz de Eustacia desde adentro le informaron que se encontraba a solas:

—Ya oí; espérame.

Wildeve aguardó, como de costumbre, dándole la vuelta al muro y haciendo tiempo junto a la poza, porque su orgullosa aunque condescendiente enamorada nunca lo invitaba a entrar en la casa. Eustacia no dio señales de apresurarse a salir. El tiempo pasaba, y Wildeve comenzó a impacientarse. Al cabo de veinte minutos la joven apareció, después de doblar la esquina de la vivienda, y avanzó como si simplemente estuviera tomando el fresco.

—No me habrías hecho esperar tanto tiempo si supieras a qué vengo —dijo Wildeve cáustico—. Aun así, bien vale la pena esperar por ti.

— ¿Qué ha ocurrido? —dijo Eustacia—. No sabía que tenías ningún problema. Ya me siento bastante abatida.

—No tengo ningún problema —dijo él—. Se trata simplemente de que las cosas han llegado a su clímax y debo tomar un rumbo definido.

— ¿Qué rumbo es ese? —preguntó ella con atento interés.

— ¿Puedes olvidar tan pronto lo que te propuse la otra noche? Sacarte de este lugar y llevarte conmigo al extranjero.

—No lo he olvidado. Pero, ¿por qué has venido tan inesperadamente a repetirme la pregunta, cuando me prometiste que volverías el próximo sábado? Creí que tendría mucho tiempo para pensarlo.

—Sí, pero la situación ha cambiado.



—Explícame.

—No quiero explicarte, porque podría producirte dolor.

—Pero debo saber la causa de esta prisa.

—No es más que mi ardor, querida Eustacia. Ahora todo es fácil.

— ¿Y entonces por qué estás tan alterado?

—No me había dado cuenta. Todo es como tiene que ser. La señora Yeobright... pero qué nos importa.

— ¡Ah, sabía que tenía algo que ver en el asunto! Adelante, no me gustan las reservas.

—No, no tiene nada que ver. Sólo que dice que quiere que renuncie a Thomasin porque hay otro hombre que aspira a casarse con ella. ¡Cómo ya no me necesita, esa mujer se jacta!

Wildevé, a pesar de sí mismo, había dejado escapar su molestia. Eustacia guardó silencio un largo rato.

—Estás en la incómoda situación del empleado cuyos servicios ya no resultan necesarios —dijo en un tono cambiado.

—Eso parece. Pero todavía no he visto a Thomasin.

—Y eso te irrita. No lo niegues, Damon. Te pica este menosprecio de donde no lo esperabas.

— ¿Y bien?

—Y vienes a buscarme porque no la puedes ir a buscar a ella. Esta es una situación totalmente nueva. Soy una solución de emergencia.

—Por favor, recuerda que te propuse lo mismo el otro día.

Eustacia volvió a guardar un silencio perplejo. ¿Qué curioso sentimiento era ese que comenzaba a hacer presa de ella? ¿Era realmente posible que su interés en Wildevé fuera tan por entero resultado del antagonismo que la gloria y la ilusión que acompañaban al hombre se desvanecieran a la primera señal de que su rival ya no lo ansiaba? Al fin, entonces, estaba segura de él. Thomasin ya no lo necesitaba. ¡Qué victoria tan humillante! Creía que la quería más que a nadie, y, no obstante, ¿osaría ella murmurar una crítica tan traicionera incluso en voz muy queda? ¿De qué valía un hombre a quien una mujer inferior a ella no valoraba? El sentimiento que vive agazapado más o menos en toda naturaleza animada —el de no desear lo que otros no desean— era tan vivo como una pasión en el corazón supersutil, epicúreo, de Eustacia. Su superioridad social con respecto a él, que hasta ese momento casi no había sentido, se le hizo desagradablemente insistente, y por primera vez sintió que

se había rebajado al amarillo.

—Y bien, amor mío, ¿estás de acuerdo? —dijo Wildeve.

—Si se tratara de Londres, o incluso de Budmouth, en vez de América —murmuró ella lánguidamente—. Bien, lo pensaré. Es algo demasiado importante para decidirlo sin más ni más. Quisiera detestar menos el páramo, o amarte más.

—Puedes llegar a ser penosamente franca. Hace un mes me amabas lo suficiente como para irte a cualquier parte conmigo.

—Y tú amabas a Thomasin.

—Sí, quizás esa era la razón —respondió Wildeve con una sonrisa casi irónica—. Ahora no la odio.

—Exactamente. Lo único es que ahora ya no puedes tenerla.

—Vamos, sin alfilerazos, Eustacia, o nos peharemos. Si no estás de acuerdo en irte conmigo, o no lo decides pronto, me iré solo.

—O volverás a intentar volver con Thomasin. Damon, cuán extraño parece que hayas podido casarte con cualquiera de las dos, indistintamente, y que sólo has venido a mí porque soy... ¡menos difícil! Sí, sí, es cierto. Hubo un tiempo en que habría clamado contra un hombre así, y habría perdido los estribos; pero todo eso ya pasó.

— ¿Vendrás, querida? Ven en secreto conmigo a Bristol, casémonos y volvámosle las espaldas para siempre a este muladar que es Inglaterra. Di que sí.

—Quiero irme de aquí casi a cualquier precio, pero no me gusta la idea de irme contigo —dijo ella con aire de cansancio—. Dame más tiempo para decidir.

—Ya lo hice —dijo Wildeve—. Está bien, te daré otra semana.

—Un poco más, para poder darte una respuesta definitiva. Tengo muchas cosas que considerar. ¡Imagínate a Thomasin ansiosa por librarse de ti! No logro olvidarlo.

—Olvídalo. Digamos que una semana a partir del lunes. Aquí estaré a esta misma hora.

—Mejoren Rainbarrow —dijo ella—. Aquí estamos demasiado cerca de casa; mi abuelo puede andar por los alrededores.

—Gracias, mi amor. En una semana a partir del lunes, a esta hora, estaré en el Barrow. Hasta entonces.

—Adiós. No, no, no debes tocarme ahora. Démonos la mano, y eso será suficiente hasta que haya tomado una decisión.

Eustacia siguió la figura vaga de Wildeve hasta que se perdió de vista. Se llevó la mano a la frente y respiró profundamente; y entonces sus labios exquisitos, románticos, se abrieron a impulsos de un prosaico bostezo. Eustacia sintió un inmediato enojo por haber admitido, incluso ante sí misma, la posible evanescencia de su pasión por Wildeve. No podía reconocer súbitamente que quizás lo había sobrestimado, porque percibir ahora su mediocridad era admitir su gran desatino previo. Y el descubrimiento de que su carácter era hasta tal punto como el del perro del hortelano suponía ciertas cosas que al inicio la avergonzaron.

Los frutos de la diplomacia empleada por la señora Yeobright habían resultado, en verdad, notables, aunque aún no del tipo que previera. Había influido de manera apreciable sobre Wildeve, pero estaba influyendo más sobre Eustacia. Su amante ya no le resultaba un hombre apasionante a quien muchas mujeres se disputaban, y al que ella sólo podía retener disputando con ellas. Era un objeto superfluo.

Eustacia entró en la casa presa de ese peculiar estado de infelicidad que no llega exactamente a ser dolor, y que acompaña especialmente al despertar de la razón en los días finales de un amor pasajero y mal encaminado. Tomar conciencia de que se acerca el final de un sueño, que, sin embargo, no ha acabado de llegar, es una de las etapas más frustrantes, al tiempo que de las más curiosas, en el trayecto que media entre el inicio de una pasión y su fin.

Su abuelo había regresado y estaba enfrascado en la tarea de envasar en las botellas cuadradas de su cuadrada bodega varios galones de un ron que acababa de llegarle. Cada vez que se agotaban esas reservas domésticas, iba a La Mujer Tranquila y dándole la espalda al hogar, y con un grog entre las manos, les contaba a los lugareños historias sugerentes de cómo había vivido siete años bajo la línea de flotación de su barco, y otras maravillas navales, y estos aspiraban demasiado seriamente a que el narrador los invitara a cerveza como para exhibir duda alguna sobre su veracidad.

Allí había estado esa tarde.

—Supongo que ya sabes las noticias de Egdon, Eustacia —dijo, sin levantar la vista de las botellas—. Los hombres las comentaban en La Mujer como si fueran de importancia nacional.

—No me he enterado de nada —dijo ella.

—El joven Clym Yeobright, que así le llaman, llegará la semana que viene para pasar las Navidades con su madre. Parece que se ha convertido en un mozo bien plantado. ¿No lo recuerdas?

—No lo he visto nunca en mi vida.

—Ah, es cierto; se fue antes de que tú vinieras. Bien que lo recuerdo como un chico prometedor.

— ¿Dónde ha vivido todos estos años?

—Tengo entendido que en París, ese antro lleno de pompa y vanidad.

\*\*\*\*

## **LIBRO SEGUNDO.**

### **LA LLEGADA**

#### **1. Noticias del visitante**

En los días de buen tiempo de esa época del año, e incluso antes, ciertos sucesos efímeros eran capaces de perturbar, a pesar de su insignificancia, la mayestática calma de Egdon Heath. Se trataba de actividades que, de haber ocurrido cerca de una ciudad, un pueblo, o incluso una granja, no habrían parecido sino el fermento de una parálisis, un estremecimiento en la carne de la somnolencia. Pero allí, lejos de toda posibilidad de comparación, cercadas por las colinas estáticas, entre las cuales una mera caminata tenía la novedad de una romería, y donde cualquier hombre podía imaginarse Adán sin la menor dificultad, atraían la atención de cada pájaro de las inmediaciones, de cada reptil aún no dormido, y despertaban la curiosidad de los conejos de los alrededores, que las espiaban desde las elevaciones, a segura distancia.

La operación consistía en juntar y apilar los trozos de leña de aulaga que Humphrey había cortado para uso del capitán durante los días de buen tiempo anteriores. La pila quedaba en un extremo de la vivienda, y los hombres dedicados a levantarla eran Humphrey y Sam, mientras el anciano los contemplaba.

Eran alrededor de las tres de la tarde de un día tranquilo y hermoso; pero como el solsticio de invierno había llegado sigilosamente, la poca altura del sol hacía que pareciera más tarde de lo que en realidad era, dado que había poco en el lugar que les recordara a sus habitantes que debían desaprender las lecciones veraniegas de utilizar el cielo como esfera de reloj. En el curso de muchos días y semanas, la salida del sol había avanzado del nordeste al sudeste, la puesta del sol se había retirado del noroeste hacia el sudoeste, pero Egdon no le había prestado casi ninguna atención a ese cambio.

Eustacia estaba en el comedor, que en realidad más parecía una cocina, ya que el suelo era de piedra y tenía una gran chimenea en un rincón. El aire estaba inmóvil, y mientras se encontraba allí a solas llegaron a sus oídos, directamente a través de la chimenea, varias voces que sostenían una conversación. Eustacia se introdujo en el hueco de la chimenea y al tiempo que escuchaba, alzó los ojos por el viejo e irregular tiro, con sus oquedades cavernosas, donde el humo se extraviaba en su trayecto hacia el cuadrado de cielo que quedaba en su cima, desde el cual la luz del sol caía con pálido resplandor sobre los restos de ceniza que orlaban el cañón como orlan las algas la grieta de una roca.

Eustacia recordó: la pila de leña no quedaba lejos de la chimenea, y las voces eran las de los trabajadores.

Su abuelo se unió a la conversación.

—Ese chico nunca debió irse de casa. La ocupación de su padre habría sido la mejor para él, y el chico debió haberla continuado. No soy partidario de estos cambios modernos en las familias. Mi padre fue marino, eso fui yo, y eso habría sido mi hijo de haberlo tenido.

—El lugar donde ha vivido es París, y me han dicho que ahí fue donde le cortaron la cabeza al rey hace años —dijo Humphrey—. Mi pobre madre acostumbraba a contarme ese asunto. «Hummy», me decía, «yo era una jovencita entonces, y una tarde estaba planchando las cofias de mi madre cuando llegó el pastor y me dijo: ¡Le han cortado la cabeza al rey, Jane!; y sólo Dios sabe lo que pasará después».

—Muchos de nosotros lo supimos igual que él antes de que pasara mucho tiempo —dijo el capitán riendo entre dientes—. Viví siete años bajo el agua a causa de eso en mi juventud, en la maldita enfermería del Triumph, viendo cómo llevaban al sollado a los hombres con las piernas y los brazos arrancados a cañonazos... Así que el joven se ha asentado en París. Es administrador de un comercio de diamantes, o algo así, ¿no es cierto?

—Sí, señor, eso mismo. Trabaja en un negocio enorme, se lo he oído decir a su madre; es como el palacio de un rey, por lo que toca a los diamantes.

—Bien que me acuerdo de cuando se fue —dijo Sam.

—Es una buena cosa para el mozo —dijo Humphrey—. Muchísimo mejor es vender diamantes que andar robando por estos andurriales.

—Debe costar sus buenos chelines comerciar en un lugar como ese.

—Sus buenos chelines, amigo mío —contestó el capitán—. Sí, es posible desprenderse de una buena cantidad de dinero sin ser ni un borracho ni un glotón.

—Dicen también que Clym Yeobright se ha convertido en un hombre muy curioso, y que tiene las ideas más extrañas sobre las cosas. Eso es porque fue desde chico a la escuela, aunque no fuera muy buena.

— ¿Así que tiene ideas extrañas? —dijo el anciano—. ¡Ah, en estos tiempos se abusa mucho de ese mandar a la gente a la escuela! Eso no hace más que daño. En cualquier poste de cerca o puerta de granero a la que uno llega hay una u otra mala palabra escrita con tiza por jóvenes bribones; a veces, de la vergüenza, las mujeres ni pueden pasar por el lado. Si no les hubieran enseñado a escribir, no podrían garrapatear esas indecencias. Sus padres no sabían hacerlo, y las cosas andaban mucho mejor.

—Pero me parece, capitán, que la señorita Eustacia tiene en la cabeza tantas cosas de las que vienen en los libros como el que más de por estos lados.

—Tal vez si también la señorita Eustacia tuviera menos tonterías románticas en la cabeza sería mejor para ella —dijo el capitán enojado, después de lo cual se marchó.

—Oye, Sam, ella y Clym Yeobright harían una parejita de tórtolos muy linda, ¿no? —observó Humphrey cuando el anciano se alejó—. ¡Me sorprendería que no terminaran en eso! Los dos con los mismos refinamientos, sin duda, y muy leídos, y siempre pensando en grandes doctrinas... no habría mejor pareja ni mandada a hacer. La familia de Clym es tan buena como la de ella. Verdad que su padre era granjero; pero su madre, como sabemos, era una especie de dama. Nada me alegraría tanto como ver a esos dos convertidos en marido y mujer.

—Se verían muy elegantes, cogidos del brazo y con ropa de domingo, si es que él sigue siendo tan bien parecido como era.

—Es cierto, Humphrey. Bueno, me gustaría un mundo ver al chico después de tantos años. Si supiera de seguro cuándo llega iría caminando tres o cuatro millas para recibirlo y ayudarlo a cargar sus cosas; aunque supongo que ya no es el muchacho que era. Dicen que sabe hablar francés tan rápido como una chica comer grosellas; y si es así, podemos estar seguros de que nosotros, que nos hemos quedado en casa, no seremos más que basura a sus ojos.

—Viene por mar en un vapor hasta Budmouth, ¿no es cierto?

—Sí, pero no sé cómo vendrá de Budmouth acá.

—Mala cosa lo de su prima Thomasin. Me pregunto si a alguien de ideas tan finas como Clym le gustará llegar a casa y encontrarse con ese problema. ¡Qué vergüenza pasamos cuando nos enteramos de que no se habían casado, después de haberles cantado esa noche como si ya fueran marido y mujer! Que

me cuelguen si me gustara que un hombre hubiera tomado el pelo así a una parienta mía. Eso hace que la familia parezca de gente baja.

—Sí, pobre chica, ya ha sufrido bastante por ese asunto. Y he oído que la salud se le está resintiendo, porque no sale de la casa. Ya no la vemos nunca afuera, como antes, corriendo entre la aulaga, con la cara tan roja como una rosa.

—He oído decir que ya no aceptará a Wildeve, aunque él le pidiera que se casaran.

— ¿Eso has oído? Para mí es noticia.

Mientras los recogedores de aulaga sostenían esa conversación incidental, Eustacia había inclinado gradualmente el rostro hacia el suelo presa de un profundo ensueño, al tiempo que golpeaba inconscientemente con la punta del pie la turba seca que ardía bajo sus plantas.

El tema de la conversación le había resultado sumamente interesante. Un hombre joven e inteligente llegaba a ese páramo solitario procedente, de todos los lugares posibles que contrastaban con Egdon en el mundo entero, nada menos que de París. Era como un hombre que llegara del cielo. Y lo que era aún más singular, los vecinos del páramo instintivamente la habían emparejado en sus mentes con ese hombre, como si fueran dos seres nacidos el uno para el otro.

Esos cinco minutos de secreta escucha proveyeron a Eustacia de visiones suficientes para ocupar toda su tarde vacía. Esas súbitas alternancias con la vacuidad mental ocurren en ocasiones con facilidad. Eustacia nunca habría creído esa mañana que su descolorido mundo interior estaría antes de la noche tan animado como el agua bajo el microscopio, y eso sin la llegada de un solo visitante. Las palabras de Sam y Humphrey relativas a la armonía entre ella y el desconocido produjeron en su mente el efecto del preludio del bardo invasor en el Castillo de la Indolencia, que hizo levantarse a miríadas de formas aprisionadas donde antes parecía reinar la inmovilidad de un vacío.

Entregada a esas quimeras olvidó por completo el paso del tiempo. Cuando volvió a tomar conciencia del mundo exterior, atardecía. La leña estaba toda apilada; los hombres se habían marchado a sus casas. Eustacia subió a los altos, pensando en dar un paseo a esa que era su hora usual; y decidió que su paseo sería en dirección a Blooms-End, el lugar natal del joven Yeobright y actual morada de su madre. No tenía ningún motivo para encaminarse a ninguna otra parte, y, ¿por qué no tomar ese rumbo? A los diecinueve años, una fantasía basta para emprender un peregrinaje. Ver la empalizada frente a la casa de los Yeobright adquiriría la dignidad de una acción necesaria. Era extraño que algo tan insustancial pudiera parecer una misión importante.

Se puso la cofia y, tras salir de la casa, bajó la colina del lado de Blooms-End, y recorrió lentamente milla y media por el valle. Esto la llevó a un punto en el que el verde fondo del valle comenzaba a ensancharse, los arbustos de aulaga a alejarse todavía más a ambos lados del camino, hasta quedar reducidos a uno aquí y otro allá, debido a la creciente fertilidad del suelo. Detrás de la irregular alfombra de hierba había una empalizada blanca que marcaba el límite del páramo en esa latitud. Se destacaba tan distintamente del paisaje oscuro que bordeaba que parecía un encaje blanco contra el terciopelo. Detrás de la empalizada blanca había un pequeño huerto; detrás del huerto, una casa vieja, irregular, de techo de paja, cuyo frente daba al páramo, desde la cual se dominaba todo el valle. Ese era el rincón oscuro y apartado al que estaba a punto de regresar un hombre cuyos últimos años habían transcurrido en la capital francesa, centro y vórtice del mundo elegante.

## **2. Los habitantes de Blooms-End se preparan**

El esperado arribo de quien provocaba las cavilaciones de Eustacia había dado origen a una conmoción de preparativos en Blooms-End esa tarde. Thomasin había sido persuadida por su tía, y por un impulso instintivo de lealtad hacia su primo Clym, a atarearse por su causa con una viveza que le resultaba inusual en esos días, los más penosos de su vida. En el momento en que Eustacia escuchaba la conversación sobre el regreso de Clym de los hombres que apilaban la leña, Thomasin subía a un desván encima de la leñera de su tía, donde se guardaban las manzanas, con el fin de seleccionar las mejores y más grandes para los días de fiesta que se avecinaban.

El desván recibía la luz por un hueco semicircular, a través del cual las palomas trepaban hasta sus moradas en las mismas alturas de la edificación; y a través de ese hueco el sol fulgía como un brillante manchón amarillo sobre el cuerpo de la joven arrodillada que había hundido los brazos desnudos en los blandos helechos pardos que, debido a su abundancia, se empleaban en Egdon para envolver provisiones de todas clases. Las palomas revoloteaban sobre su cabeza con la mayor desenvoltura, y el rostro de su tía resultaba apenas visible a la altura del suelo del desván, alumbrado por unos pocos destellos de luz errabundos, subida, como estaba, a la mitad de la escalera, observando el lugar al que no se sentía lo bastante buena escaladora como para aventurarse.

—Ahora unas cuantas amarillas, Tamsin. Le gustaban casi tanto como las rojas.

Thomasin se volvió y echó a un lado los helechos de otro rincón, donde la fruta más madura le regaló su olor dulzón. Se detuvo un momento antes de



tomarla en sus manos.

—Querido Clym, me pregunto cómo será tu cara ahora —dijo, echando una mirada distraída por la claraboya, que dejaba pasar la luz del sol tan directamente sobre su pelo castaño y su piel transparente que casi parecía brillar a través de ella.

—Si hubieras podido quererlo de otra manera esta habría sido una ocasión feliz —dijo la señora Yeobright desde la escalera.

— ¿De qué vale hablar de lo que no puede ser, tía?

—Sí vale —dijo su tía con cierta pasión—. Para que resuenen en el aire las pasadas desgracias, de modo que otras jóvenes puedan tomar ejemplo y evitarlas.

Thomasin volvió a inclinar el rostro sobre las manzanas.

—Soy un ejemplo para los demás, igual que los ladrones, los borrachos y los jugadores —dijo en voz queda—. ¡Qué grupo para pertenecer a él! ¿Pertenezco realmente? ¡Es absurdo! Y sin embargo, tía, ¿por qué todos me siguen haciendo pensar que sí, por la manera en que se comportan conmigo? ¿Por qué no me juzgan por mis actos? Míreme, arrodillada aquí escogiendo estas manzanas: ¿parezco una perdida?... ¡Ya quisiera que todas las mujeres buenas fueran tan buenas como yo! —añadió con vehemencia.

—Los extraños no te ven como te veo yo —dijo la señora Yeobright—; te juzgan a partir de falsos rumores. Bueno, fue una tontería, y yo soy culpable en parte.

— ¡Con qué rapidez puede cometerse una acción precipitada! —contestó la joven. Sus labios temblaban, y las lágrimas se agolpaban en sus ojos de tal manera que casi era incapaz de distinguir las manzanas de los helechos mientras continuaba registrando industriosamente para ocultar su flaqueza.

—En cuanto termines de escoger las manzanas, baja para ir a buscar el acebo —dijo su tía mientras bajaba de la escalera—. Esta tarde no hay nadie en el páramo, así que no tienes que temer que se te queden mirando. Tendremos que encontrar algunas bayas, o Clym no creerá que nos ocupamos de los preparativos.

Una vez seleccionadas las manzanas, Thomasin bajó, y tía y sobrina salieron de la empalizada blanca con rumbo al páramo. Las colinas estaban claras y frescas y la atmósfera remota parecía, como parece a menudo en un hermoso día invernal, constar de diferentes planos de iluminación con tonos independientes, y los rayos que alumbraban los trechos más cercanos del paisaje atravesaban visiblemente los más lejanos; un estrato de luz azafranada se superponía a un estrato azul oscuro, y tras ellos había aún capas más

remotas envueltas en un gris frígido.

Llegaron al lugar donde crecía el acebo, que era un foso cónico, de modo que las copas de los árboles no sobresalían mucho del nivel general del suelo. Thomasin se encaramó a la rama ahorquillada de uno de los arbustos, como hiciera en circunstancias más felices en muchas ocasiones similares, y con una hachuela que habían traído empezó a cortar los gajos densamente cubiertos de bayas.

—No te arañes la cara —dijo su tía, quien permanecía en el borde del foso, contemplando a la joven entre las frondas verdes brillantes y escarlatas del árbol—. ¿Irás conmigo a recibirlo esta tarde?

—Me gustaría. Si no, parecerá que lo he olvidado —dijo Thomasin lanzándole un gajo—. No es que importe mucho; pertenezco a un hombre; no hay nada que pueda cambiar eso. Y debo casarme con ese hombre, en bien de mi orgullo.

—Me temo... —comenzó la señora Yeobright.

—Ah, piensas: «Esa débil jovencita, ¿cómo va a lograr que un hombre se case con ella porque así lo ha decidido?». Pero déjame decirte algo, tía: el señor Wildeve es tan poco inmoral como yo corrompida. Sus maneras son infelices, y no trata de resultarle simpático a quien no lo encuentra así por su propia voluntad.

—Thomasin, ¿crees que me engañas con tu defensa del señor Wildeve? —dijo la señora Yeobright en voz baja, mirando fijamente a su sobrina.

— ¿Qué quieres decir?

—Hace tiempo que sospecho que tu amor por él ha cambiado de color desde que te diste cuenta de que no era el santo que creías, y que representas una comedia delante de mí.

—Él quería casarse conmigo, y yo quiero casarme con él.

—Ahora te pregunto: ¿estarías de acuerdo en este momento en ser su esposa si no hubiera ocurrido el episodio que te ha atado a él?

Thomasin miró al árbol con aire de estar muy turbada.

—Tía —dijo al fin—, creo que tengo derecho a negarme a contestar esa pregunta.

—Sí, lo tienes.

—Piensa lo que quieras. Nunca te he dado a entender, ni de palabra ni de hecho, que haya llegado a pensar de modo diferente acerca de él, y nunca lo haré. Y me casaré con él.

—Bien, espera a que vuelva a pedírtelo. Creo que tal vez lo haga, ahora que sabe... algo que le dije. No niego ni por un momento que lo más correcto sería que te casaras con él. Por más que me haya opuesto a esa boda en otros tiempos, puedes estar convencida de que estoy de acuerdo contigo ahora. Es la única manera de salir de esta situación falsa, que resulta tan enojosa.

— ¿Qué le dijiste?

—Que se interponía en el camino de otro enamorado tuyo.

—Tía, ¿qué quieres decir? —dijo Thomasin abriendo mucho los ojos.

—No te alarmes; era mi deber. No puedo decirte más ahora, pero cuando todo haya pasado te contaré exactamente lo que le dije y por qué se lo dije.

Thomasin no tuvo más remedio que resignarse.

— ¿Y por el momento no le contarás a Clym mi matrimonio frustrado? — preguntó a continuación.

—Ya te di mi palabra de que guardaría el secreto. Pero, ¿de qué vale? Pronto se enterará de lo sucedido. Nada más mirarte a la cara sabrá que hay algo que no anda bien.

Thomasin se volvió para mirar a su tía desde el árbol.

—Escucha —dijo, amplificando su voz delicada hasta adquirir un tono de firmeza merced a una fuerza que no era física—. No le digas nada. Si llega a enterarse de que no soy digna de ser su prima, que así sea. Pero como me amó en otros tiempos, no le causaremos una pena contándole mis problemas demasiado pronto. La historia está en todas las bocas, lo sé, pero los murmuradores no se atreverán a irle con el cuento en los primeros días. Su cercanía a mí será precisamente lo que impedirá que le lleguen pronto las noticias. Si en el plazo de una o dos semanas no estoy ya a salvo de las risitas burlonas, yo misma se lo contaré.

La vehemencia de las palabras de Thomasin impidió ulteriores objeciones. Su tía se limitó a decir:

—Muy bien. Debía habersele dicho en su momento que la boda se iba a celebrar. Nunca te perdonaré tu misterio.

—Sí, lo hará cuando sepa que fue porque no deseaba herirlo, y porque no lo esperaba de regreso tan pronto. Y tú no debes dejar de celebrar la fiesta de Navidad por mi culpa. Posponerla sólo empeoraría las cosas.

—Por supuesto que no la pospondré. No quiero mostrarme derrotada delante de todo Egdon, y como si fuera un juguete de un hombre como Wildeve. Creo que ya tenemos suficientes bayas y será mejor que nos las llevemos a casa. Cuando hayamos adornado la casa con ellas y colgado el

muérdago, tendremos que pensar en ponernos en camino para recibirlo.

Thomasin bajó del árbol, se sacudió del pelo y el vestido las bayas que le habían caído encima y bajó la colina con su tía, ambas cargadas con los gajos recogidos. Ya eran casi las cuatro y la luz del sol estaba abandonando los valles. Cuando el poniente adquiría un tono rojo, tía y sobrina volvieron a salir de la casa y emprendieron la marcha por el páramo en una dirección distinta a la que tomaran la primera vez, hacia un punto en el distante camino por donde debía regresar el hombre a quien esperaban.

### **3. De cómo un pequeño sonido produjo un gran sueño**

Eustacia estaba de pie en medio del páramo, aguzando la vista para tratar de ver la casa y el resto de la propiedad de la señora Yeobright. No se percibía allí ninguna luz, ningún sonido, ningún movimiento. La tarde era fría; el lugar, oscuro y solitario. Dedujo que el visitante aún no había llegado, y después de una espera de diez o quince minutos emprendió el regreso a su hogar.

No había vuelto mucho sobre sus pasos cuando unos sonidos al frente le avisaron de la proximidad de unas personas que caminaban por el sendero y sostenían una conversación. Pronto sus cabezas se recortaron contra el cielo. Andaban lentamente, y aunque había demasiada oscuridad para descubrir mucho de su carácter a partir de su aspecto, su manera de caminar indicaba que no eran trabajadores del páramo. Eustacia se apartó un poco del sendero para dejarlos pasar. Eran dos mujeres y un hombre; y las voces de las mujeres eran las de la señora Yeobright y Thomasin.

Pasaron a su lado, y en ese momento parecieron distinguir su silueta oscura. A sus oídos llegó una voz masculina:

— ¡Buenas noches!

Eustacia musitó una respuesta, se deslizó junto a ellos y se volvió en redondo. No podía creer que, sin buscarlo, la casualidad la hubiera puesto en presencia del alma de la casa que había ido a inspeccionar, del hombre sin el cual no habría pensado en esa inspección.

Aguzó la vista para verlos, pero no lo logró. No obstante, era tanta su concentración que pareció que sus oídos realizaran la función de ver, además de la de oír. En momentos como ese casi puede creerse en esa ampliación de su capacidad. El doctor Kitto, sordo, probablemente era presa de una fantasía similar cuando describía que su cuerpo, debido a sus continuados esfuerzos, se había hecho tan sensible a las vibraciones que había adquirido la capacidad de percibir con él como si se tratara de sus oídos.

Eustacia podía seguir cada una de las palabras pronunciadas por los paseantes. No hablaban de nada secreto. Estaban entregados meramente a la charla ordinaria y vivaz de parientes que han permanecido largo tiempo separados física, aunque no espiritualmente. Pero no eran las palabras las que Eustacia escuchaba; unos pocos minutos después no habría podido recordar de qué palabras se trataba. Escuchaba la voz que emitía alrededor de una décima parte de ellas, la voz que le había deseado buenas noches. A veces, esa garganta pronunciaba un sí, a veces pronunciaba un no; a veces hacía preguntas sobre un vecino del lugar maltratado por el tiempo. Una vez la sorprendió con sus ideas al hacer un comentario sobre la simpatía y la cordialidad estampadas en las faldas de las colinas de los alrededores.

Las tres voces pasaron, disminuyeron, murieron en sus oídos. Eso le había sido concedido; todo lo demás le había sido negado. Ningún acontecimiento habría podido resultar más emocionante. Durante la mayor parte de la tarde se había inducido un trance imaginando la fascinación que debía ejercer un hombre llegado directamente del hermoso París, cargado de su atmósfera, familiarizado con sus encantos. Y ese hombre la había saludado.

Tras la desaparición de los caminantes, las profusas exclamaciones de las mujeres se evaporaron de su memoria; pero los acentos del hombre permanecieron. ¿Había algo en la voz del hijo de la señora Yeobright — porque de Clym se trataba— que sorprendiera por su sonido? No; era simplemente abarcadora. Quien pronunciara esas «buenas noches» era capaz de todas las emociones. La imaginación de Eustacia ponía el resto, salvo la solución de un acertijo. ¿Cuáles podían ser los gustos de un hombre que veía simpatía y cordialidad en esas colinas hirsutas?

En ocasiones como esa, por la mente sumamente saturada de una mujer pasan mil ideas, que se hacen evidentes en su rostro; pero esos cambios, aunque reales, son minúsculos. La cara de Eustacia experimentó una rítmica sucesión de alteraciones. Su rostro resplandeció; al recordar la mendacidad de su quimera, adoptó un aire de desfallecimiento; se animó; se apasionó; volvió a serenarse. Era un ciclo de aspectos, producido por un ciclo de visiones.

Eustacia entró en su casa; estaba agitada. Su abuelo disfrutaba del calor del hogar: dispersaba las cenizas y dejaba expuesta la superficie al rojo vivo de los pedazos de turba, de forma que su brillo cárdeno alumbrara el rincón de la chimenea con los tintes de un horno.

— ¿Por qué nunca hemos tenido un gesto amistoso con los Yeobright? — dijo ella adelantándose y extendiendo sus manos suaves en dirección al calor —. Me gustaría tenerlo. Parecen ser personas muy agradables.

—Que me cuelguen si sé por qué —dijo el capitán—. El viejo me resultaba muy simpático, aunque pinchaba como un erizo. Pero estoy seguro de que

nunca habrías querido visitarlos, incluso si se hubiera dado la posibilidad.

— ¿Por qué no?

—Los habrías encontrado demasiado rústicos para tu gusto. Se reúnen en la cocina, beben aguamiel y vino de saúco, y limpian el suelo con arena. Una manera sensata de vivir; pero, ¿te gustaría?

—Creía que la señora Yeobright era una dama. Era hija de un sacerdote, ¿no?

—Sí, pero se vio obligada a vivir como su esposo; y supongo que con el tiempo ha llegado a gustarle. Ah, recuerdo que en cierta ocasión la ofendí accidentalmente, y desde entonces no he vuelto a verla.

Para la mente de Eustacia, la noche fue portentosa, y la joven nunca la olvidó. Tuvo un sueño; y pocos seres humanos, desde Nabucodonodor hasta el hojalatero de Swaffham han tenido alguno más memorable. Ninguna joven en la situación de Eustacia había tenido nunca, de seguro, un sueño tan elaboradamente desarrollado, turbador, apasionante. Tenía tantas ramificaciones como el laberinto cretense, tantas fluctuaciones como las luces septentrionales, tantos colores como un parterre en junio, y había en él una multitud tan grande como en una coronación. A la reina Scherezade el sueño le habría podido parecer casi común; y a una joven recién llegada de todas las cortes de Europa le habría podido parecer meramente interesante. Pero en las circunstancias en que transcurría la vida de Eustacia, era el más maravilloso de los sueños.

No obstante, de su sucesión de escenas evolucionó gradualmente un episodio menos extravagante, en el cual aparecía de forma vaga el páramo por detrás del brillo general de la acción. Eustacia bailaba al son de una música inefable, y su pareja era el hombre de la armadura plateada que la había acompañado en las fantásticas peripecias anteriores, con la visera del yelmo cerrada. Los laberintos del baile le producían un éxtasis. A los oídos de la joven llegaba un suave murmullo procedente del radiante yelmo, y Eustacia se sentía en el paraíso. De repente, se alejaban dando vueltas de la masa de los bailarines, se lanzaban a una de las pozas del páramo y salían a una hondonada iridiscente atravesada por varios arco iris. «Debe ser aquí», dijo la voz a su lado, y al mirar a lo alto sonrojada, Eustacia lo vio quitarse el casco para besarla. En ese momento se oyó un crujido y su cuerpo cayó al suelo en pedazos, como un paquete de naipes.

Eustacia exclamó en voz alta:

— ¡Oh, si hubiera podido ver su cara!

La joven despertó. El crujido había sido el de las persianas de los bajos,

que la doncella abría para dejar que entrara la luz del día, que ahora aumentaba lentamente hasta llegar a la magra dosis que concedía la Naturaleza en esa canija época del año.

— ¡Oh, si hubiera visto su cara! —volvió a decir—. ¡Tiene que haber sido la del señor Yeobright!

Cuando se serenó, se dio cuenta de que muchos de los episodios del sueño habían sido naturalmente provocados por sus imágenes y fantasías del día anterior. Pero ello le restó poco interés, ya que este residía en el excelente combustible que le proporcionaba a su recién encendido fervor. Se encontraba situada en el punto de modulación entre la indiferencia y el amor, en la etapa conocida con el nombre de «enamoramiento». Ocurre una sola vez en la historia de las pasiones más tremendas, y es un período en que están a merced de la más débil voluntad.

A esas alturas la fervientísima mujer se encontraba casi enamorada de una visión. La naturaleza fantástica de su pasión, que la disminuía en tanto intelecto, la elevaba en tanto alma. De haber tenido un poco más de control sobre sí misma, habría atenuado al máximo su emoción mediante la mera razón, y al hacerlo la habría matado. De haber tenido un poco menos de orgullo, habría ido a dar vueltas en torno a la casa de los Yeobright en Blooms-End, a costa de cualquier sacrificio de su delicadeza femenina, hasta lograr verlo. Pero Eustacia no hizo ninguna de esas dos cosas. Actuó como lo habría hecho la persona más ejemplar, de haber estado sujeta a la misma influencia; salió a tomar el aire dos o tres veces al día en las colinas de Egdon y se mantuvo atenta.

Llegó la primera ocasión y el joven no tomó por ese rumbo.

Eustacia salió de paseo una segunda vez, y de nuevo resultó la única caminante que deambuló por el lugar.

La tercera vez había una niebla espesa; recorrió la zona con la vista, aunque sin muchas esperanzas. Aunque Clym hubiera estado a veinte yardas de ella, no lo habría visto.

Al cuarto intento de encontrárselo, comenzó a llover a raudales y regresó.

La quinta salida fue en la tarde; hacía buen tiempo y Eustacia paseó durante un largo rato y llegó a la cima del valle en que se encontraba Blooms-End. Vio la empalizada blanca desde una media milla de distancia; pero Clym no hizo su aparición. Eustacia regresó a su hogar con el corazón casi destrozado y con un sentimiento de vergüenza por su flaqueza. Decidió no seguir buscando al hombre de París.

Pero la providencia es voluble; y en cuanto Eustacia tomó esa decisión, se

presentó la oportunidad que, cuando la buscaba, le había sido totalmente negada.

#### **4. Eustacia es llevada a vivir una aventura**

En la tarde de ese último día de expectación, que era la del 23 de diciembre, Eustacia se encontraba a solas en su casa. Había pasado la hora precedente lamentándose a causa de un rumor que había llegado recientemente a sus oídos: el de que la visita de Yeobright a su madre sería de corta duración, y llegaría a su fin en algún momento de la semana entrante. «Naturalmente» se dijo. Un hombre colmado de actividades en una alegre ciudad no se podía dar el lujo de permanecer largo tiempo en Egdon Heath. Contemplar cara a cara al dueño de la voz inspiradora durante el período de las fiestas era sumamente improbable, a menos que se dedicara a dar vueltas por las cercanías de la casa de su madre, como un petirrojo, lo cual resultaba difícil e indecoroso.

El expediente usual de las jóvenes y los hombres provincianos que se encuentran en esas circunstancias es el de asistir a la iglesia. En una aldea o pueblo de campo corrientes se puede calcular con seguridad que, bien el día de Navidad, bien el domingo más próximo, cualquier nativo del lugar que haya regresado al hogar para pasar las fiestas, y a quien la edad o el ennuí no le hayan hecho perder el apetito por ver y dejarse ver, terminará por aparecer en algún banco, radiante de esperanza, timidez y con ropas de estreno. De ahí que la congregación de la mañana navideña sea, en lo fundamental, un museo Tussaud de las celebridades nacidas en la vecindad. Allí puede la amada, abandonada todo el año en su hogar, entrar subrepticamente para comprobar el progreso del amante que la ha olvidado y ha vuelto, e imaginar, mientras lo contempla por encima de su libro de oraciones, que llegue a palpar con renovada fidelidad cuando las novedades pierdan su encanto. Y hacia allí puede trasladarse una habitante relativamente reciente del lugar, como Eustacia, para someter a su escrutinio a un hijo de la zona que abandonara el hogar antes de su arribo a la escena, y reflexionar si vale la pena cultivar la amistad de sus padres durante su próxima ausencia, a fin de garantizar que lo conocerá en su próximo regreso.

Pero esos planes sentimentales no les resultaban factibles a los desperdigados pobladores de Egdon Heath. De nombre pertenecían a una parroquia, pero en la práctica no eran de parroquia alguna. Quienes llegaban a esas pocas casas aisladas para celebrar la Navidad con sus amigos permanecían junto a las chimeneas de sus amigos bebiendo aguamiel y otros licores reconfortantes hasta que volvían a marcharse. Todo alrededor era



lluvia, nieve, hielo y barro, así que no les tentaba una fatigosa caminata de dos o tres millas para sentarse con los pies húmedos y con salpicaduras hasta el cuello entre quienes, aunque vecinos en alguna medida, vivían cerca de la iglesia y llegaban a ella limpios y secos. Eustacia sabía que había diez probabilidades contra una de que Clym Yeobright no fuera a la iglesia durante sus pocos días de vacaciones, y que sería tiempo perdido de su parte ir en el coche, por un mal camino, con la esperanza de encontrárselo.

Oscurecía, y estaba sentada junto al fuego en el comedor, que preferían a la sala en esa época del año debido a que tenía un hogar más amplio, construido para quemar turba, un combustible que el capitán favorecía en la temporada invernal. Los únicos artículos visibles en la habitación eran los dispuestos en el antepecho de la ventana, cuya forma se recortaba contra el amplio firmamento; el objeto de en medio era el viejo reloj de arena, y los otros dos un par de antiguas urnas británicas excavadas en un túmulo cercano, que se usaban como macetas de dos cactus de hojas como navajas. Alguien tocó a la puerta. La sirvienta había salido; también lo había hecho su abuelo. La persona, después de esperar un minuto, entró y tocó a la puerta de la habitación.

— ¿Quién es? —dijo Eustacia.

—Por favor, capitán Vye, ¿nos dejaría...?

Eustacia se puso de pie y fue hasta la puerta.

—No puedo permitir que entre sin miramientos. Debió haber esperado.

—El capitán me dijo que podía pasar sin ceremonias —respondió la agradable voz de un joven.

— ¿Ah, sí? —dijo Eustacia más amable—. ¿Qué deseas, Charley?

— ¿Su abuelo nos haría el favor de prestarnos su leñera para ensayar nuestros papeles, esta noche a las siete?

—Vaya, ¿eres uno de los mimos de Egdon este año?

—Sí, señorita. El capitán dejaba que los antiguos mimos practicasen aquí.

—Lo sé. Sí, podéis usar la leñera si queréis —dijo Eustacia lánguidamente.

La elección de la leñera del capitán Vye como escenario de los ensayos estaba dictada por el hecho de que su casa se encontraba casi en el centro del páramo. La leñera era tan espaciosa como un granero, y constituía un sitio muy conveniente para ese propósito. Los jóvenes que integraban la compañía de actores vivían en sitios muy dispersos de la zona, y encontrándose en ese punto, las distancias que todos tendrían que recorrer serían proporcionales.

Eustacia sentía el mayor desdén por los mimos y sus representaciones. Los

mimos no experimentaban un menosprecio semejante por su arte, aunque tampoco les provocaba gran entusiasmo. Un pasatiempo tradicional no se diferencia de un mero reverdecimiento de una tradición por característica más notable que la de que mientras que en el reverdecimiento todo es exaltación y fervor, el pasatiempo que sobrevive se realiza con una estolidez y una ausencia de revuelo que obliga a preguntarse por qué hay que mantener algo que se lleva a cabo de forma tan somera. Como Balaam y otros personajes convertidos en profetas muy a su pesar, los actuantes parecen movidos por una compulsión interna a recitar y representar sus papeles, quiéranlo o no. Esa actuación maquinal es el verdadero sello mediante el cual, en esta era dada a la renovación, resulta posible distinguir un rito fosilizado de una reproducción espuria.

La obra era la famosa pieza de San Jorge, y todos los que se encontraban tras bambalinas colaboraban con los preparativos, incluidas las mujeres de todos los hogares. Sin la cooperación de hermanas y novias, los trajes habrían sido, con toda probabilidad, un fracaso; pero, por otro lado, esa clase de ayuda no dejaba de tener sus inconvenientes. No había manera de lograr que las jóvenes respetaran la tradición en lo referido al diseño y la decoración de las armaduras; insistían en adornarlas con lazos y moñas de seda y terciopelo de cualquier forma que complaciera su gusto. Gorguera, escudo, capacete, coraza, guantelete, manga, todos eran igualmente, a los ojos femeninos, espacios practicables a los cuales coser telas de ondeante colorido.

Podía suceder que Joe, que combatía del lado de la cristiandad, tuviera una novia, y que Jim, que combatía del lado del islam, tuviera una también. Durante la confección de los trajes llegaba a oídos de la novia de Joe que la de Jim estaba poniendo brillantes festones de seda en el borde inferior de la sobrevesta de su enamorado, además de las cintas de la visera, cuyas barras, como estaban hechas invariablemente de franjas de colores de una media pulgada de ancho que colgaban delante de la cara, eran en su mayor parte de esa tela. De inmediato, la novia de Joe cosía seda de colores brillantes en los festones del dobladillo en cuestión, y, para ir un poco más allá, añadía borlas de cintas a los hombros. La de Jim, para no quedarse atrás, prendía lazos y rosetas por todas partes.

El resultado era que, al final, el Valeroso Soldado del ejército cristiano no se distinguía por ninguna peculiaridad de su atuendo del Caballero Turco; y, lo que era peor, una ojeada superficial podía confundir al propio San Jorge con su enemigo mortal, el Sarraceno. Los disfrazados, aunque lamentaban en su interior esa confusión de los personajes, no podían permitirse el lujo de ofender a aquellas de cuya ayuda tanto se beneficiaban, y se admitían las innovaciones.

Cierto que había un límite a esa tendencia a la uniformidad. El Físico o

Doctor preservaba intacta su personalidad; no había manera de confundir su vestimenta oscura, su peculiar sombrero y el frasco de medicina que colgaba de su brazo. Y lo mismo ocurría con el personaje convencional de Papá Noel, con su gigantesco garrote, que siempre era un anciano que acompañaba al conjunto como protector general en las largas travesías nocturnas de parroquia en parroquia, y que era quien portaba la bolsa.

Llegaron las siete, que era la hora del ensayo, y poco después Eustacia pudo oír voces en la leñera. Para disipar aunque fuera en una minúscula medida la sensación que no la abandonaba de la lobreguez de la vida humana se dirigió al linhay o colgadizo que era el almacén principal de la vivienda y colindaba con la leñera. Había allí una pequeña abertura irregular en la pared de barro, abierta originalmente para las palomas, desde la cual se podía ver el interior del cobertizo cercano. De él salía una luz; Eustacia se subió a una banqueta para ver la escena.

En un anaquel de la leñera había tres altas velas de pabilo de junco, y a su luz siete u ocho jóvenes marchaban, pronunciaban arengas y se confundían los unos a los otros, empeñados en perfeccionar su actuación en la obra. Humphrey y Sam, el cortador de aulaga y el recogedor de turba, los contemplaban, y también lo hacía Timothy Fairway, quien estaba apoyado contra la pared y les apuntaba a los muchachos de memoria, intercalando entre los parlamentos de la pieza comentarios y anécdotas de los días más felices cuando él y otros habían sido escogidos para ser los mimos que ahora eran esos jóvenes.

—Bueno, ya os sale todo lo bien que os va a salir —dijo—. Claro que en nuestros tiempos esa forma de actuar no habría colado. Harry, en el papel del Sarraceno, debería pavonearse un poco más, y John no tiene por qué soltar las tripas a gritos. Aparte de eso, quizás lo logréis. ¿Todos tenéis los trajes listos?

—Los tendremos el lunes.

—Supongo que la primera salida será el lunes a la noche.

—Sí, a casa de la señora Yeobright.

—Oh, la señora Yeobright. ¿Y por qué querrá veros? A mi parecer, una mujer de mediana edad debería estar cansada de ver mimos.

—Va a dar una fiestecita, porque es la primera Navidad en mucho tiempo que su hijo Clym está en casa.

—Claro, claro... ¡la fiesta! Yo iré. Por mi madre que casi lo había olvidado.

El rostro de Eustacia adoptó una expresión de abatimiento. Habría una fiesta en casa de los Yeobright; naturalmente, ella no tendría nada que ver con

la misma. Se mantenía apartada de todas esas reuniones locales, y siempre había considerado que no pertenecían a su esfera. Pero de haber asistido, ¡qué oportunidad habría tenido de ver al hombre cuya influencia la penetraba como el sol del verano! Incrementar esa influencia era una emoción que ansiaba; eliminarla podía significar volver a lograr la serenidad; mantenerla a su nivel actual era un tormento.

Los chicos y los hombres se preparaban para abandonar el lugar, y Eustacia regresó junto al hogar. Se sumió en sus pensamientos, aunque no durante mucho rato. A los pocos minutos, Charley, el muchacho que viniera a pedir permiso para usar la leñera, regresó con la llave de la puerta que daba a la cocina. Eustacia lo oyó, abrió la puerta del pasaje y dijo:

—Charley, ven acá.

El muchacho se sorprendió. Entró en la habitación del frente no sin sonrojarse; porque él, como muchos, había experimentado el poder del rostro y el cuerpo de la joven.

Eustacia señaló un asiento junto al fuego y ocupó el otro lado del rincón de la chimenea. En su rostro resultaba visible que, fuera cual fuese el motivo que la había impulsado a pedirle al joven que pasara, pronto se sabría.

— ¿Qué personaje representas, Charley? El Caballero Turco, ¿no es verdad? —preguntó la bella lanzándole una mirada desde el otro lado de la chimenea, por entre el humo.

—Sí, señorita, el Caballero Turco —contestó él, tímido.

— ¿Es un papel muy largo?

—Unos nueve parlamentos.

— ¿Podrías recitármelos? Si es así, me gustaría oírlos.

El muchacho sonrió con los ojos fijos en la turba relumbrante y comenzó:

El Caballero Turco soy, que ha llegado este día,

El que aprendió a luchar en tierras de Turquía.

Y continuó sus bocadoillos a lo largo de las distintas escenas hasta la catástrofe final, cuando cae herido por la mano de San Jorge.

Eustacia había oído recitar los parlamentos del personaje en otras oportunidades. Cuando el muchacho terminó, empezó ella, con las mismas palabras exactas, y las repitió con brío, sin contratiempos ni divergencias hasta que también llegó al final. Era lo mismo, pero cuán diferente. Semejante en la forma, tenía la suavidad y el acabado adicionales de un Rafael después de un Perugino, que, si bien reproduce fielmente el tema original, se distancia por

entero del arte original.

La sorpresa hizo que Charley abriera los ojos de par en par.

— ¡Pues sí que es usted una dama inteligente! —dijo, admirado—. Yo llevo tres semanas aprendiéndome mi parte.

—La había oído antes —comentó ella tranquilamente—. ¿Harías cualquier cosa por complacerme, Charley?

—Haría bastante, señorita.

— ¿Me dejarías representar tu papel una noche?

— ¡Oh, señorita! Pero su vestido... no podría.

—Podría conseguir ropas de hombre... al menos todas las necesarias, además del traje de la obra. ¿Qué tendría que darte para que me prestaran tus cosas, me dejaras ocupar tu lugar una o dos horas la noche del lunes, por ningún concepto dijeras ni una palabra acerca de quién o qué soy? Por supuesto, tendrías que excusarte de actuar esa noche, y decir que alguien —un primo de la señorita Vye— actuaría en tu lugar. Los demás mimos nunca han hablado conmigo en toda su vida, de modo que no correría mayores riesgos; y aun si los corriera, no me importaría. Ahora dime, ¿qué debo darte para que accedas? ¿Media corona?

El joven negó con un gesto.

— ¿Cinco chelines?

Charley volvió a hacer el mismo gesto negativo.

—No es cuestión de dinero —dijo al tiempo que acariciaba la cabeza de hierro del morillo del hogar con el hueco de su mano.

— ¿Y de qué se trata entonces, Charley? —dijo Eustacia con tono desilusionado.

—Usted sabe lo que me prohibió en la fiesta del Árbol de Mayo, señorita —murmuró el chico sin mirarla y todavía acariciando la cabeza del morillo.

—Sí —dijo Eustacia con un poco más de altivez—. Querías que nos tomáramos de las manos en el anillo, si recuerdo bien.

—Media hora de eso y acepto, señorita.

Eustacia fijó la vista en el chico. Era tres años menor que ella, pero aparentemente no era tarde para su edad.

— ¿Media hora de qué? —dijo, aunque adivinaba de qué se trataba.

—De tener su mano en la mía.

Eustacia guardó silencio.

—Digamos que un cuarto de hora —dijo.

—Sí, señorita Eustacia, acepto, con tal que pueda besarla también. Un cuarto de hora. Y juro que haré todo lo posible para que pueda ocupar mi lugar sin que nadie se entere. ¿No cree que alguien pueda reconocer su voz, señorita?

—Es posible. Pero me pondré un guijarro en la boca para hacerlo menos probable. Muy bien; te permitiré que tomes mi mano en cuanto me traigas el traje, y tu espada y tu pica. Ahora puedes irte, ya no te necesito.

Charley se marchó y Eustacia comenzó a sentir más y más interés en la vida. He aquí que había algo que hacer, que había alguien a quien ver y una manera encantadoramente aventurera de verlo. «Ah», se dijo, «¡todo lo que me sucede es que no tengo un objetivo por el cual vivir!».

Normalmente, las maneras de Eustacia eran soñolientas, ya que sus pasiones eran más intensas que vivaces. Pero cuando se animaba podía adoptar un ritmo que, en ese momento y sólo en él, no desmerecía de los movimientos de una persona naturalmente activa.

La cuestión de su posible desenmascaramiento la dejaba bastante indiferente. No era probable que los chicos que actuaban la reconocieran. No estaba tan segura con respecto a los invitados reunidos. Pero, después de todo, no sería algo tan terrible que la descubrieran. Sólo el hecho podría resultar detectado, nunca el verdadero motivo. Lo achacarían al instante a un capricho pasajero de una joven cuya forma de ser ya consideraban singular. En cualquier caso, no había riesgos de que se conociera el secreto de que hacía por una grave razón lo que muy naturalmente habría hecho en broma.

A la tarde siguiente Eustacia llegó puntual a la puerta de la leñera, en espera del atardecer, que traería a Charley con su indumentaria. Esa noche su abuelo estaba en casa, así que no podría invitar a su cómplice a pasar.

Charley hizo su aparición sobre la oscura cresta del páramo, como una mosca posada sobre un negro, llevando consigo los artículos, y llegó al fin sin aliento, producto de la caminata.

—Aquí están las cosas —susurró colocándolas en el umbral—. Y ahora, señorita Eustacia...

—El pago. Está a tu disposición. Soy mujer de palabra.

Eustacia se recostó en el marco de la puerta y le dio su mano. Charley la tomó entre las suyas con una ternura indescriptible, a no ser que se comparara con la de un niño que sostiene entre las manos el gorrión que ha capturado.

— ¡Pero tiene puesto un guante! —dijo en tono implorante.

—Vengo de caminar —apuntó ella.

— ¡Pero, señorita!

—Bien, no es muy justo —se sacó el guante y le dio su mano desnuda.

Permanecieron uno junto al otro, minuto tras minuto, sin cruzar más palabras, ambos contemplando el paisaje cada vez más oscuro, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Creo que no lo usaré todo esta noche —dijo Charley devotamente, después de acariciar la mano de Eustacia durante seis u ocho minutos—. ¿Puedo usar los demás minutos en otro momento?

—Como quieras —dijo ella sin la menor emoción—. Pero tiene que ser antes de que pase una semana. Mira, sólo hay una cosa que quiero que hagas: que esperes mientras me pongo el traje y que veas entonces si represento bien mi papel. Pero primero déjame echar una ojeada a la casa.

Despareció durante uno o dos minutos y entró. Su abuelo dormía en su butaca.

—Ahora aléjate un poco por el huerto y te llamaré cuando esté lista —dijo al regresar.

Charley se alejó y aguardó, hasta que al cabo de unos momentos oyó un suave silbido. Regresó a la puerta de la leñera.

— ¿Silbó usted, señorita Vye?

—Sí, entra —le llegó la voz de Eustacia desde algún lugar en el fondo—. No puedo encender ninguna luz hasta que la puerta esté cerrada, o se podría ver su resplandor. Tapa con tu sombrero el agujero que da al lavadero, si es que puedes llegar a tientas.

Charley hizo lo que le ordenaban y Eustacia encendió una luz, con lo que se reveló cambiada de sexo, brillante en colorido y armada de pies a cabeza. Quizás vaciló un poco bajo la mirada recia de Charley, pero no era posible ver si su faz mostraba alguna señal de timidez por su atuendo masculino debido a las cintas que cubrían el rostro de los participantes en las farsas navideñas, y que representaban las barras de la visera de un yelmo medieval.

—Me queda bastante bien, salvo la túnica o como la llamen, me está larga de mangas —dijo mirando los zahones blancos—. Puedo doblarles los bajos a los zahones. Ahora presta atención.

Eustacia procedió entonces a representar su papel, golpeando con su espada la pica o lanza y pronunciando las frases amenazadoras, a la manera

usual en esas farsas, y pavoneándose de un lado a otro. Charley mezcló su admiración con las más amables críticas, porque aún conservaba el calor de la mano de Eustacia.

—Y ahora veamos tu excusa ante los demás —dijo ella—. ¿Dónde se reunirán para ir a casa de la señora Yeobright?

—Pensábamos reunirnos aquí, señorita, si usted no tiene nada en contra. A las ocho, para llegar allá a las nueve.

—Sí. Bien, tú, por supuesto, no debes aparecer. Yo llegaré cinco minutos más tarde, con el traje puesto, y les diré que no puedes venir. He decidido que el mejor plan será que te envíe a algún lugar, para darle realidad a la excusa. Nuestros dos segadores del páramo tienen el hábito de irse a vagar por los prados, y mañana por la noche irás a comprobar si se han ido allá. Yo me ocupo del resto. Ahora puedes irte.

—Sí, señorita. Pero creo que usaré otro minuto de lo que me debe, si no le molesta.

Eustacia volvió a darle su mano como la vez anterior.

—Un minuto —dijo, y contó hasta llegar a siete u ocho minutos. Entonces retiró su mano y su persona a una distancia de varios pies y recuperó algo de su antigua dignidad. Cumplido el contrato, levantó entre ambos una barrera tan impenetrable como una pared.

—Vaya, lo gasté todo; y no tenía intenciones de usarlo por completo —dijo el muchacho con un suspiro.

—Empleaste todo tu tiempo —dijo ella volviéndole la espalda.

—Sí, señorita. Bueno, se acabó y ahora me iré a casa.

## 5. A la luz de la luna

A la noche siguiente, los mimos estaban reunidos en el mismo sitio, a espera de la llegada del Caballero Turco.

—Veinte minutos pasadas las ocho según el reloj de La Mujer Tranquila, y Charley no ha llegado.

—Las ocho y diez, según el de Blooms-End.

—Diez para la hora, según el reloj del abuelo Cattle.

—Y las y cinco en el del capitán.



En Egdon no había una hora definitiva del día. En cualquier instante, la hora era una diversidad de doctrinas diferentes profesadas por los diferentes poblados, algunas de las cuales habían nacido originalmente de una raíz común, y se habían dividido por un proceso de secesión, mientras que otras habían sido ajenas entre sí desde el inicio. Egdon occidental creía en la hora de Blooms-End, Egdon oriental en la hora de la posada de La Mujer Tranquila. El reloj del abuelo Cantle había contado con numerosos seguidores en tiempos pretéritos, pero desde que el abuelo envejeciera la fe de muchos se había resquebrajado. De ahí que al reunirse en ese lugar procedentes de puntos muy diversos, cada uno de los mimos viniera con sus propias creencias acerca de lo temprano y lo tarde; y que, a manera de compromiso, esperaran un rato más.

Eustacia había vigilado la llegada de los reunidos a través de la abertura; y al ver que ese era el momento adecuado para entrar, salió del cobertizo y tiró audazmente del pasador de la puerta de la leñera. Su abuelo no representaba un peligro, porque se encontraba en La Mujer Tranquila.

— ¡Al fin llegó Charley! Qué tarde llegas, Charley.

—No es Charley —dijo el Caballero Turco desde el interior de su visera—. Soy un primo de la señorita Vye, y he venido a ocupar el lugar de Charley a impulsos de la curiosidad. Él tuvo que ir a buscar a los segadores del páramo que se habían ido a los prados, y yo acepté tomar su puesto, porque sabía que no iba a poder venir de regreso esta noche. Me sé el papel tan bien como él.

Su paso airoso, su figura elegante y sus maneras distinguidas inclinaron a los mimos a opinar que habían ganado con el cambio, siempre que el recién llegado se supiera su papel a la perfección.

—No importa, siempre que no seas demasiado joven —dijo San Jorge. La voz de Eustacia había sonado más juvenil y aflautada que la de Charley.

—Os digo que me sé cada palabra —dijo Eustacia con aire decidido.

Como todo lo que se requería para hacerla salir triunfante era temeridad, hizo gala de toda la necesaria.

—Adelante con la prueba, muchachos. Os reto a que me encontréis un solo error.

Ensayaron la obra apresuradamente, y los demás mimos quedaron encantados con el nuevo caballero. Apagaron las velas a las ocho y media y emprendieron la marcha por el páramo en dirección a la casa de la señora Yeobright en Blooms-End.

Esa noche había una leve helada, y la luna, aunque no era más que creciente, proyectaba una luz vigorosa y hechicera sobre las fantásticas figuras del grupo de mimos, cuyas plumas y cintas susurraban como las hojas de

otoño con los movimientos que hacían al caminar. No seguían el sendero de Rainbarrow, sino que bajaron a un valle dejando esa antigua elevación un poco hacia el este. El fondo del valle era verde en una extensión de aproximadamente diez yardas, y los resplandecientes cristales de escarcha sobre las briznas de hierba parecían moverse al compás de las sombras de aquellos a quienes rodeaban. Las masas de aulaga y de brezos a izquierda y derecha eran tan oscuras como de costumbre; un mero cuarto creciente no bastaba para argentar rasgos tan negros como los de ellas.

Una media hora de andar y conversar los llevó al lugar del valle donde la franja de hierba se ensanchaba y conducía hasta la puerta de la casa. A la vista del lugar, Eustacia, quien había sentido algunas dudas pasajeras durante su caminata con los jóvenes, volvió a alegrarse de haber emprendido la aventura. Había venido a ver a un hombre que posiblemente tenía la capacidad de librar a su alma de la más mortal opresión. ¿Qué era Wildeve? Un hombre interesante, pero inadecuado. Quizás vería esta noche al héroe que necesitaba.

A medida que se acercaban al frente de la casa, los mimos se percataban de que adentro reinaban animadamente la música y el baile. De cuando en cuando, una prolongada nota grave del serpentón, que era el principal instrumento de viento que se tocaba en esa época, avanzaba más lejos por el páramo que las notas agudas y finas, y era la única que llegaba a sus oídos; y a continuación, procedente de la misma dirección, les llegaba el paso más ruidoso que lo usual de uno de los bailarines. Cuando se aproximaron más, esos sonidos fragmentarios se combinaron, y los mimos se dieron cuenta de que eran los elementos más sobresalientes de una melodía titulada «Las fantasías de Nancy».

Él estaba allí, por supuesto. ¿Quién era esa con quien bailaba? Quizás una mujer desconocida, muy inferior a ella en lo relativo a cultura, estaba sellando su destino en ese mismo instante mediante la más sutil de las seducciones. Bailar con un hombre es concentrar sobre él en el plazo de una hora el fuego regulado durante todo un año. Pasar al cortejo sin un real conocimiento, pasar al matrimonio sin cortejo, constituye un salto de las etapas reservado sólo para quienes pisan ese camino real. Eustacia conocería el estado del corazón de Clym observando atentamente a todos los presentes.

La emprendedora joven pasó la verja de la empalizada blanca en pos de la compañía de mimos y se detuvo ante el portal descubierto. La casa estaba tachonada de pesadas frondas que colgaban en medio de las ventanas del piso superior; el frente, sobre el que daba directamente la luz de la luna, había sido blanco en sus orígenes; pero una enorme piracanta ennegrecía ahora buena parte de él.

Se hizo evidente muy pronto que el baile empezaba inmediatamente detrás

de la puerta, sin que mediara ningún aposento. El roce de sayas y codos, en ocasiones el choque de hombros, se escuchaba contra las mismas paredes. Eustacia, aunque vivía a dos millas del lugar, nunca había visto el interior de esa pintoresca y antigua vivienda. Nunca habían existido muchas relaciones entre el capitán Vye y los Yeobright, ya que el primero no había sido más que un desconocido que había llegado y comprado la casa largo tiempo vacía de Mistover Knap poco antes de la muerte del esposo de la señora Yeobright; y con ese suceso y la partida de su hijo, la amistad que comenzaba a nacer se había interrumpido.

— ¿Entonces no hay un pasaje detrás de la puerta? —preguntó Eustacia mientras esperaban en el portal.

—No —dijo el muchacho que representaba al Sarraceno—. La puerta da directamente a la sala, donde está andando el jolgorio.

—Entonces no podemos abrir la puerta sin interrumpir el baile.

—Así es. Aquí tendremos que esperar hasta que hayan terminado, porque siempre le pasan seguro a la puerta trasera cuando cae la noche.

—No les falta mucho —dijo Papá Noel.

La realidad, sin embargo, no confirmó esa afirmación. De nuevo los instrumentos finalizaron la melodía; de nuevo recomenzaron con tanto fuego y tanto pathos como si se tratara del primer compás. El aire que tocaban ahora era de esos que carecen de principio, medio o final definidos, y que quizás, de todas las danzas que pueblan las fantasías de un violinista inspirado, reflejan mejor la idea de lo interminable; era la celebrada «Sueño del demonio». La furia de movimientos humanos desatada por la furia de las notas podía ser aproximadamente imaginada por los que estaban afuera, a la luz de la luna, merced a las ocasionales patadas con puntas de pie y talones contra la puerta, cada vez que los giros adquirían una velocidad mayor a la usual.

Los primeros cinco minutos de escucha les resultaron bastante interesantes a los mimos. Los cinco minutos se extendieron a diez minutos, y después a un cuarto de hora; pero no se oían señales de que el vivaz «Sueño» terminara. Los tropezones contra la puerta, las risas, las patadas contra el suelo eran tan vigorosos como al inicio, y el placer de encontrarse a la intemperie disminuyó considerablemente.

— ¿Por qué la señora Yeobright organiza fiestas como esta? —preguntó Eustacia, un poco sorprendida de escuchar un alborozo tan acentuado.

—No es una de sus fiestas buenas, de salón. Invitó a los vecinos más sencillos y a la gente que trabaja sin ningún límite, sólo para ofrecerles una buena comida y cosas por el estilo. Su hijo y ella atienden a los invitados.

—Ya veo —dijo Eustacia.

—Creo que es el último compás —dijo San Jorge con el oído pegado a la pared—. Una parejita de jóvenes acaba de caer en esta esquina y él le está diciendo: «Ah, qué pena; ya se nos acabó por esta vez, mi vida».

—Gracias a Dios —dijo el Caballero Turco, dando una patada y tomando de la pared la lanza que llevaba cada uno de los mimos. Como sus botas eran más finas que las de los jóvenes, la escarcha le había mojado los pies y se los había enfriado.

—Por vida mía que tenemos para otros diez minutos —dijo el Valeroso Soldado, mirando por el hueco de la cerradura al oír que la melodía se modulaba hacia otra sin detenerse—. El abuelo Cantle está en esta esquina esperando su turno.

—No es para largo; es un baile de figuras a seis manos —dijo el Doctor.

— ¿Por qué no entramos, aunque estén bailando? Fueron ellos quienes nos mandaron a buscar —dijo el Sarraceno.

—De ninguna manera —dijo Eustacia con voz autoritaria mientras se paseaba rápidamente de la puerta a la verja para entrar en calor—. Irrumpiríamos en medio de la concurrencia y detendríamos el baile, y eso sería una grosería.

—Se cree mejor que nosotros porque ha tenido un poco más de escuela —dijo el Doctor.

— ¡Vete al diablo! —dijo Eustacia.

Se produjo una conversación en susurros entre tres o cuatro de ellos, y uno se volvió hacia la joven.

— ¿Nos haría el favor de aclararnos algo? —dijo, no sin amabilidad—. ¿Es usted la señorita Vye? Nosotros creemos que sí.

—Pensad lo que queráis —dijo Eustacia lentamente—. Pero los hombres de honor no revelan los secretos de una dama.

—No diremos nada, señorita. Le damos nuestra palabra de honor.

—Gracias —contestó ella.

En ese momento los violines terminaron con un chillido y el serpentón emitió una última nota que casi levantó el techo. Cuando los mimos juzgaron, a partir de la relativa tranquilidad que reinaba adentro, que los danzantes habían ocupado sus asientos, Papá Noel avanzó, levantó el pestillo y metió la cabeza por la puerta.

— ¡Ah, los mimos, los mimos! —exclamaron de inmediato varios de los

invitados—. Hacedles espacio a los mimos.

Entonces el jorobado Papá Noel hizo su entrada, balanceando su enorme porra, y, en líneas generales despejando el escenario para los actores, al tiempo que informaba a la concurrencia en elegantes versos que allí estaba, fuera o no bienvenido; y concluyó así su parlamento:

Haced lugar, espectadores

Y dejadnos rimar;

Os mostraremos a San Jorge

En esta Navidad.

Los invitados se organizaron en un extremo del salón, el violinista arregló una cuerda, el tocador de serpentón vació su boquilla, y la obra comenzó. El primero que entró fue el Valeroso Soldado, quien cuidaba de los intereses de San Jorge:

Heme aquí, el Valeroso Soldado;

Mi nombre es Tajador.

Y así seguía. Su parlamento concluyó con un reto a los infieles, al final del cual le tocaba a Eustacia hacer su aparición en el papel del Caballero Turco. La joven, junto a los demás que aún no tenían que entrar a escena, había permanecido hasta ese momento a la luz de la luna que bañaba el portal. Entró sin esfuerzo ni timidez aparentes, y comenzó:

El Caballero Turco ha llegado este día

El que aprendió a luchar en tierras de Turquía;

Combatiré a este hambre con osado valor

¡Y si su sangre hierve, le haré sentir temblor!

Durante su declamación Eustacia mantuvo la cabeza erguida, y habló tan roncamente como pudo, bastante segura de que no la reconocerían. Pero la concentración en su papel para evitar que la descubrieran, la novedad de la escena, el fulgor de las velas y la confusión que le provocaba a su visión la visera de tiras de tela que ocultaba su rostro le impidieron advertir quiénes estaban presentes como espectadores. En la parte más alejada de una mesa sobre la que había unas velas podía discernir vagamente algunas caras, y eso era todo.

Mientras tanto, Jim Starks en el papel del Valeroso Soldado se había adelantado y, lanzándole una mirada feroz al Turco, le contestó:

¡Si eres, entonces, el Turco Caballero

Desenvaina tu espada y ambos combatiremos!

Y combatieron; el resultado del combate fue que el Valeroso Soldado fue muerto por una estocada extraordinariamente ineficaz de Eustacia y que Jim, en su pasión por el genuino arte histriónico, se dejó caer como un leño sobre el piso de piedra con tanta fuerza como para dislocarse un hombro. Entonces, después de un nuevo parlamento del Caballero Turco, dicho demasiado quedamente, y de sus afirmaciones de que combatiría con San Jorge y todos sus seguidores, el propio San Jorge entró en toda su magnificencia con su famosa alocución:

Aquí viene San Jorge, el denodado

Con la espada desnuda y la lanza en la mano

El que enfrentó al dragón y lo pasó a cuchillo

Y la mano de Sabra, hija del rey de Egipto

Ganó con esa hazaña.

¿Qué mortal no se allana

Cuando mi espada blanda?

Se trataba del muchacho que reconociera primero a Eustacia; y cuando ahora ella, en el papel del Turco, le contestó de manera adecuadamente desafiante, lo que dio inicio de inmediato al combate, el joven puso especial cuidado en usar su espada de la manera más gentil posible. Herido, el Caballero cayó sobre una de sus rodillas, según lo estipulado en la obra. En ese momento entró el Doctor, reanimó al Caballero con un trago de su frasco, y el combate se reinició, con el Turco decayendo gradualmente hasta estar completamente vencido y morir en ese drama venerable como se dice que lo hace en la actualidad.

Ese gradual dejarse caer al suelo era, de hecho, una de las razones que había llevado a Eustacia a pensar que el papel del Caballero Turco, aunque no el más corto, era el que mejor le convenía. Una caída súbita de la posición erecta a la horizontal, que era el final de los otros personajes de combatientes, no era un papel elegante ni decoroso para una joven. Pero resultaba fácil morir como el Turco, al ver disminuir sus fuerzas a regañadientes.

Eustacia formaba parte ahora del número de los muertos, aunque no estaba tendida sobre el suelo, porque se las había ingeniado para caer inclinada contra la caja del reloj, de modo que la cabeza le quedaba bastante alta. La obra prosiguió entre San Jorge, el Sarraceno, el Doctor y Papá Noel; y Eustacia, que ya no tenía nada que hacer, gozó por primera vez de calma suficiente para observar la escena que la rodeaba, y para buscar a la persona que la había llevado hasta allí.

## 6. Los dos se encuentran frente a frente

La habitación había sido preparada para el baile, por lo que habían corrido hacia el fondo la gran mesa de roble hasta hacer las veces de antepecho del hogar. En cada uno de sus extremos, detrás de ella y en el rincón de la chimenea se agrupaban los invitados, muchos de los cuales tenían el rostro encendido y la respiración agitada, y entre ellos Eustacia reconoció de un vistazo a algunas personas acomodadas de más allá del páramo. Thomasin, como preveía, no estaba visible, y Eustacia recordó que cuando se encontraban afuera había visto brillar una luz en una ventana del piso superior, probablemente la ventana del cuarto de Thomasin. Del asiento colocado dentro riel hueco de la chimenea se proyectaban una nariz, una barbilla, unas manos, unas rodillas y unos pies, partes del cuerpo que se percató de que pertenecían a la persona del abuelo Cante, asistente ocasional de la señora Yeobright en el huerto y, por tanto, uno de los invitados. De un Etna de carbón vegetal frente a él se elevaba el humo, que jugueteaba en las abolladuras del conducto de la chimenea, chocaba contra el marco de madera del hogar y se perdía entre las vigas.

Pronto llamó su atención otra parte de la habitación. Del lado opuesto de la chimenea se encontraba el banco, que es el complemento necesario de un hogar tan amplio que sólo una brisa fuerte es capaz de arrastrar consigo el humo. El banco es a las chimeneas de hogares anticuados y cavernosos lo que una cortina de árboles situada hacia el poniente a una finca situada en campo abierto, o lo que la pared norte a un jardín. Fuera del banco, las velas se derriten rápidamente, los mechones de cabello ondean, las jóvenes sienten escalofríos y los viejos estornudan. En él reina el paraíso. Ni la más leve ráfaga agita el aire; los que en él se sientan mantienen las espaldas tan calientes como las caras, y la confortable calidez engendra canciones y antiguas fábulas entre sus ocupantes, como la fruta en las plantas de melón cultivadas en un invernadero portátil.

No obstante, Eustacia no se interesaba por los que estaban sentados en el banco. Contra la madera de oscuro barniz de su parte superior se recortaba con marcada nitidez un rostro. Su propietario, recostado contra el extremo más alejado del banco, era Clement Yeobright, o Clym, como le llamaban en el lugar; Eustacia sabía que no podía ser nadie más. Su visión se reducía a un área de dos pies del más intenso estilo de Rembrandt. Una extraña fuerza emanaba del inmóvil anfitrión, debido al hecho de que aunque toda su figura resultaba visible, el ojo del observador sólo era consciente de su rostro.

Para alguien de mediana edad, su faz era la de un joven, aunque si fuera un mozo difícilmente se habría sentido la necesidad de emplear el término de inmadurez. Se trataba, en realidad, de uno de esos rostros que proyectan menos la idea de la edad de su dueño que su mucha experiencia adquirida. La cantidad de años vividos quizás fuera suficiente para resumir todo lo que había que decir sobre Jared, Mahalalel y el resto de los personajes antediluvianos, pero la edad del hombre moderno se mide por la intensidad de su historia.

La forma del rostro era agradable, incluso excelente. Pero la mente que albergaba en su interior comenzaba a usarlo como una mera pizarra desechable sobre la cual trazar sus peculiaridades a medida que se desarrollaban. La belleza visible en él sería pronto implacablemente superada por su parásito, el pensamiento, que bien habría podido alimentarse de un exterior más anodino al que nada pudiera dañar. De haber preservado el cielo a Yeobright del agotador hábito de la meditación, se habría dicho de él: «Es un hombre atractivo». De haberse desarrollado su cerebro con contornos más precisos, se habría dicho: «Es un hombre reflexivo». Pero un impulso interior marchitaba la simetría exterior, y su aspecto se calificaba de singular.

De ahí que quienes comenzaban por mirarlo terminaran por observarlo atentamente. Su faz tenía una pátina de significados legibles. Sin estar consumido por sus pensamientos mostraba, sin embargo, ciertas huellas derivadas de la percepción de lo que le rodeaba, como las que se encuentran con frecuencia en algunos hombres al cabo de los cuatro o cinco primeros años de afán que siguen a un plácido pupilaje. Ya mostraba que el pensamiento es una enfermedad de la carne, y portaba evidencias indirectas de que la belleza física ideal resulta incompatible con el desarrollo emocional y con un cabal reconocimiento de la complejidad de las cosas. La lucidez mental no puede sino alimentarse de la savia de la vida, aunque exista ya una necesidad física de ella; y en el joven comenzaba a apreciarse el lamentable espectáculo de dos demandas hechas a una sola reserva.

Ante la presencia de ciertos hombres, el filósofo lamenta que los pensadores no sean más que materia perecedera, el artista que la materia perecedera tenga que pensar. Deplorar, cada uno según su punto de vista, la interdependencia mutuamente destructiva del espíritu y la carne habría sido algo instintivo en ambos de observar críticamente a Yeobright.

En cuanto a su aspecto, era el de una natural animación en lucha con la depresión desde su ser más externo, sin conseguir vencerla cabalmente. Su aspecto sugería retraimiento, pero revelaba algo más. Como a menudo sucede con las naturalezas activas, la deidad que yace ignominiosamente encadenada en un efímero cuerpo humano irradiaba de él.

El efecto que produjo en Eustacia fue palpable. El extraordinario extremo



de exaltación que había alcanzado previamente habría, sin dudas, provocado que la impresionara el hombre más corriente. La presencia de Yeobright la inquietó.

Concluyó el resto de la obra: rodó por tierra la cabeza del Sarraceno y San Jorge quedó vencedor. Nadie hizo ningún comentario, como no habrían comentado la llegada de las setas con el otoño o de las campanillas con la primavera. Tomaban la pieza con la misma flema que los actores. Se trataba de una fase de regocijo por la que había que pasar, como cosa de rutina, cada Navidad; no había nada más que decir.

Entonaron el quejumbroso cántico que sigue a la obra, durante el cual todos los muertos se ponen de pie de manera silenciosa y terrible, como los soldados de Napoleón para la Revista de la Medianoche. Después se abrió la puerta y Fairway hizo su aparición en el umbral, acompañado por Christian y otro hombre. Habían esperado afuera la conclusión de la obra, como esperaran los actores la conclusión del baile.

—Pasad, pasad —dijo la señora Yeobright, y Clym se adelantó para darles la bienvenida—. ¿Cómo es que llegáis tan tarde? El abuelo Cantle llegó hace muchísimo rato, y creímos que vendrías con él, teniendo en cuenta que vivís tan cerca.

—Bueno, debía haber venido más temprano —dijo Fairway, e hizo una pausa para recorrer con la vista la viga del techo en busca de un clavo del cual colgar su sombrero; pero al descubrir que el que acostumbrara a usar estaba ocupado por el muérdago, y que todos los clavos de las paredes estaban cargados de ramas de acebo, terminó por librarse del sombrero balanceándolo precariamente entre el candelero y la parte superior del reloj de pared.

—Debí haber venido más temprano, señora —continuó, con aire más compuesto—, pero ya sé cómo son las fiestas y que en esas ocasiones no hay mucho espacio en la casa de la gente, así que pensé que mejor no venía hasta que se hubieran acomodado un poquito.

—Y yo pensé lo mismo, señora Yeobright —dijo Christian con aire muy serio— pero padre estaba tan ansioso que olvidó sus modales y salió de casa casi antes de que oscureciera. Le dije que no era decoroso que un viejo llegara tan ret temprano, pero fueron palabras al viento.

— ¡Bah! No iba a estar esperando hasta que se acabara la mitad de la diversión. ¡Cuándo hay algo, andando soy más ligero que el viento! —graznó el abuelo Cantle desde el asiento de la chimenea.

Mientras tanto, Fairway había terminado de escudriñar críticamente a Yeobright.

—No me creáis si no queréis, pero nunca habría reconocido a este caballero si me lo hubiera tropezado en otro lugar que no fuera su tierra natal: tanto ha cambiado.

—Tú también has cambiado, y opino que para mejorar, Timothy —dijo Yeobright examinando la recia figura de Fairway.

—Patrón Yeobright, míreme a mí también. Yo he cambiado para mejorar, ¿no es verdad? —dijo el abuelo Cattle levantándose y poniéndose a medio pie de los ojos de Clym, para incitar la más escrutadora crítica.

—Claro que te miraremos bien —dijo Fairway tomando la vela y acercándola al rostro del abuelo, al tiempo que el objeto de su escrutinio esparcía brillantes y agradables sonrisas y se daba aires de juventud.

—No has cambiado mucho —dijo Yeobright.

—Si acaso, el abuelo se ve más joven —añadió Fairway zanjando el asunto.

—Y no es que haya hecho nada para buscarlo, ni que me dé ningún orgullo —dijo el complacido anciano—. Pero no logro curarme de mis bríos; de esos me reconozco culpable. Sí, el patrón Cattle siempre fue así, como todos sabemos. Pero no soy nada al lado suyo, señor Clym.

—Ni ninguno de nosotros —dijo Humphrey en voz baja y profunda, colmada de admiración, que no tenía la intención de llegar a oídos de nadie.

—La verdad es que no habría habido aquí nadie que pudiera hacerle un segundo decente, o ni siquiera un tercero, si yo no hubiera sido soldado en los Lugareños Prodigiosos (como nos llamaban por nuestra elegancia) —dijo el abuelo Cattle—. Y aun así, todos nos vemos un poquito torpes al lado de él. Pero en el año cuatro se decía que no había mejor estampa que la mía en todo South Wessex, cuando pasaba a toda prisa frente a las vidrieras de las tiendas con el resto de nuestra compañía el día que salimos corriendo de Budmouth porque se pensaba que Boney había desembarcado del otro lado de la punta. ¡Allí estaba yo, derecho como un álamo joven, con mi fusil de chispa, y mi red, mis polainas y mi alzacuello, que me cortaba la quijada, y mi correa, que brillaba como las estrellas del cielo! Sí, vecinos, en mis días de soldado era un primor. ¡Teníais que haberme visto en el año cuatro!

—La figura del patrón Clym le viene de los parientes de su madre, Dios los tenga en su gloria —dijo Timothy—. Yo conocí bien a los hermanos de la señora. Nunca hubo que hacer ataúdes más grandes en todo South Wessex, y se dice que aún así al pobre George le quedaron un poco dobladas las rodillas.

— ¿Ataúdes? ¿Dónde? —inquirió Christian acercándose—. ¿Se le ha aparecido a alguien el fantasma de uno de ellos, patrón Fairway?

—No, no. No dejes que la mente te engañe los oídos, Christian; y pórtate como un hombre —dijo Timothy, reprobador.

—Sí, señor —dijo Christian—. Pero ahora que pienso en eso, anoche mi sombra tenía forma de ataúd. ¿De qué es señal cuando la sombra tiene forma de ataúd, vecinos? Supongo que no será nada de temer.

— ¿De temer? ¡No! —dijo el abuelo—. A fe mía que nunca le he tenido miedo a nada, a no ser a Boney, o no habría sido el soldado que fui. ¡Sí, es una tremenda lástima que no me hayáis visto en el año cuatro!

A esas alturas los mimos ya se preparaban para marcharse; pero la señora Yeobright los detuvo para convidarlos a sentarse a comer algo. Papá Noel, en nombre de todos, aceptó rápidamente la invitación.

Eustacia se sintió feliz ante esa oportunidad de quedarse un rato más. La noche de frío y escarcha que reinaba afuera le resultaba doblemente inhóspita. Pero quedarse no dejaba de plantearle ciertas dificultades. Por falta de espacio en la habitación mayor, la señora Yeobright colocó un banco mitad en la despensa, mitad en el salón. Allí se sentaron en fila, y como la puerta quedó abierta, a todos los efectos prácticos aún permanecían en la habitación. La señora Yeobright le susurró entonces unas palabras a su hijo, quien atravesó el salón hasta la puerta de la despensa, no sin antes golpearse la cabeza con el muérdago al pasar, para llevarles a los mimos carne y pan, pastel, aguamiel y vino de saúco, ya que él o su madre atendían a los presentes, para que la joven doncella pudiera seguir sentada como invitada. Los mimos se quitaron los yelmos y empezaron a comer y a beber.

— ¿Y usted no va a comer nada? —le dijo Clym al Caballero Turco al pararse frente a ese guerrero con la fuente en las manos. Eustacia había rechazado la oferta y seguía con el rostro cubierto, de modo que sólo resultaba visible el fulgor de sus ojos entre las cintas que lo cubrían.

—Nada, gracias —respondió Eustacia.

—Tiene que perdonarlo, porque es muy jovencito —dijo el Sarraceno en tono de disculpa—. No es del grupo, sino que se vino porque el otro no pudo.

—Pero, ¿no va a comer nada? —insistió Yeobright—. Tómese un vaso de aguamiel o de vino de saúco.

—Sí, mejor te lo tomas —dijo el Sarraceno—. Eso te quitará el frío del regreso.

Aunque Eustacia no podía comer sin descubrirse el rostro, podía beber con facilidad bajo su disfraz. Por tanto, el vino de saúco fue aceptado y el vaso desapareció entre las cintas.

Durante este intercambio hubo momentos en que Eustacia dudó a medias

de la seguridad de su posición; sin embargo, ello le producía una alegría miedosa. Una serie de atenciones dirigidas a ella, y, sin embargo, no a ella, sino a una persona imaginaria, por parte del primer hombre que se sintiera inclinada a adorar, complicaba sus emociones de manera indescriptible. Había comenzado a amarlo en parte porque resultaba excepcional en ese escenario, en parte porque había decidido amarlo, sobre todo porque estaba desesperadamente necesitada de amar a alguien después de hastiarse de Wildeve. Convencida de que debía amarlo a pesar de sí misma, estaba bajo el poder del mismo influjo que el segundo Lord Lyttleton y otras personas, quienes después de soñar que morirían en un día determinado, han hecho que se produzca ese acontecimiento merced a la tensión de una imaginación mórbida. Una vez que una doncella admite la posibilidad de enamorarse de alguien a cierta hora y en cierto lugar, es como si ya hubiera sucedido.

¿Algo en ese momento le sugirió a Yeobright cuál era el sexo de la persona a quien cubría el fantástico disfraz, cuán amplia era su posibilidad de sentir y de hacer sentir a otros, y cuánto superaba su situación en la vida la de los demás miembros de la compañía de actores? Cuando la Reina del Amor apareció disfrazada ante Eneas, un perfume sobrenatural acompañó su presencia y delató su condición. Si un efluvio igualmente misterioso fue alguna vez exhalado por las emociones de una mortal al encontrarse ante el objeto que las causaba, seguramente fue eso lo que le indicó en ese momento a Yeobright la presencia de Eustacia. El joven la miró pensativo, y pareció después presa de un ensueño, como si olvidara lo que había observado. Pasó el momento, Yeobright siguió su camino y Eustacia tomó a sorbos su vino sin saber lo que bebía. El hombre por quien había predeterminado que alimentaría una pasión se dirigió a la habitación pequeña, y a través de ella al extremo más alejado del salón.

Los mimos, como se ha dicho, estaban sentados en un banco, una de cuyas puntas llegaba a la habitación pequeña, o despensa, debido a la falta de espacio en el salón del frente. Eustacia, en parte por timidez, había elegido el puesto del medio, desde el cual se dominaba con la vista tanto el interior de la despensa como la habitación donde se encontraban los invitados. Cuando Clym pasó a la despensa, los ojos de la joven lo siguieron a la semioscuridad que allí reinaba. En el extremo más lejano había una puerta que, justo cuando el joven iba a abrirla, fue abierta por alguien del otro lado; y la luz penetró a raudales.

La persona que había abierto era Thomasin, con una vela y un aire preocupado, pálido, interesante. Yeobright pareció alegrarse de verla y le apretó una mano.

—Está muy bien, Tamsie, que hayas decidido bajar —dijo cordial, como vuelto en sí mismo al verla—. Me alegro.

—Calla... no, no —dijo ella rápidamente—. Sólo vine para hablar contigo.

—Pero, ¿por qué no te nos sumas?

—No puedo. Al menos, preferiría no hacerlo. No me siento muy bien, y tendremos mucho tiempo juntos ahora que te quedarás para unas largas vacaciones.

—No es igual de agradable que contigo. ¿En realidad estás enferma?

—Sólo un poquito, mi viejo primo... de aquí —dijo pasándose la mano, juguetona, sobre el corazón.

—Ah, ¿es que madre debió haber invitado a alguien más esta noche?

—Oh, no. Sólo bajé, Clym, para preguntarte... —en ese momento, primero Thomasin y después Clym traspusieron el umbral de la habitación contigua y, cerrada la puerta, Eustacia y el mimo sentado a su lado, que era el único otro testigo de la escena, dejaron de ver y de oír.

El calor invadió la cabeza y las mejillas de Eustacia. Adivinó de inmediato que Clym, quien sólo había estado en su casa dos o tres días, aún no se había enterado de la penosa situación de Thomasin con respecto a Wildeve; y al verla viviendo allí, como viviera antes de que él se fuera de su hogar, naturalmente, no había sospechado nada. Al instante Eustacia sintió unos celos feroces de Thomasin. Aunque Thomasin posiblemente aún experimentara sentimientos amorosos hacia otro hombre, ¿cuánto era dable esperar que duraran cuando estaba encerrada aquí con ese primo tan interesante y que tanto había viajado? No había manera de predecir qué afecto no podría pronto surgir entre esos dos, tan constantemente juntos, sin ningún objeto cercano que los distrajera. Era posible que el amor infantil de Clym por ella hubiera languidecido, pero podía fácilmente revivir.

Eustacia estaba desazonada por sus propias fantasías. ¡Qué derroche de sí misma, estar vestida así mientras la otra brillaba! De haber sabido el efecto cabal del encuentro, habría removido cielo y tierra para asistir en su estado normal. Perdido el poder de su rostro, disfrazado el encanto de sus emociones, impedida la fascinación de su coquetería, nada le quedaba sino la voz; tuvo una sensación de lo que debió haber sido el terrible destino de Eco. «Nadie aquí me respeta», se dijo. Había pasado por alto el hecho de que, al venir disfrazada de muchacho entre otros muchachos, la tratarían como a un muchacho. La situación la había tornado tan sensible que no podía considerar inconsciente la ofensa, aunque era fácil de explicar y la había provocado ella misma.

Las mujeres han conseguido muchas cosas con un vestuario histriónico. Sin pensar en ejemplos tan notables como los de cierta hermosa actriz que

encarnó a Polly Peachum a principios del siglo pasado y de otra que representó el papel de Lydia Languish a principios de este, y que conquistaron no sólo el amor, sino, con él, coronas ducales, multitud de ellas han alcanzado la satisfacción primordial de hacerse amar casi siempre que han querido. Pero al Caballero Turco le estaba vedada hasta la posibilidad de lograrlo por las ondeantes cintas que no se atrevía a echar a un lado de un manotazo.

Yeobright regresó a la habitación sin su prima. Se detuvo a dos o tres pies de Eustacia, como si de nuevo lo obligara a detenerse una idea. La miraba fijamente. Eustacia desvió la vista, desconcertada, y se preguntó cuánto duraría ese purgatorio. Tras permanecer inmóvil unos pocos segundos, Yeobright siguió su camino.

Hacerse víctimas de su propia confusión merced al amor es un instinto muy corriente entre ciertas mujeres enfebrezidas. Sensaciones encontradas de amor, miedo y vergüenza reducían a Eustacia a un estado de suma incomodidad. Su deseo mayor e inmediato era huir. Los demás mimos no parecían tener prisa por marcharse, de modo que tras susurrarle al chico que estaba sentado a su lado que prefería esperarlos afuera, avanzó hacia la puerta tan imperceptiblemente como le fue posible, la abrió y se escabulló hacia el exterior.

La escena calmada y solitaria la tranquilizó. Avanzó hasta la empalizada y se apoyó en ella para contemplar la luna. Llevaba allí poco tiempo cuando la puerta volvió a abrirse. Esperando ver al resto de la compañía, Eustacia se volvió; pero no... Clym Yeobright salió tan subrepticamente como ella lo había hecho y cerró la puerta a sus espaldas.

Yeobright avanzó hasta llegar a su lado.

—Tengo una extraña idea y me gustaría hacerle una pregunta —dijo—. ¿Es usted una mujer, o me equivoco?

—Soy una mujer.

Sus ojos se posaron en ella con gran interés.

— ¿Las chicas hacen de mimos a menudo en estos tiempos? Antes nunca lo hacían.

—Tampoco lo hacen ahora.

— ¿Y usted por qué lo hizo?

—Para lograr un poco de emoción y liberarme de la melancolía —dijo ella en tono quedo.

— ¿Qué la deprimía?

—La vida.

—Ese es un motivo para estar deprimida con el que muchísimos tienen que vérselas.

—Sí.

Un largo silencio.

— ¿Y encontró esa emoción? —preguntó al fin Clym.

—En este momento, tal vez.

—Entonces, ¿le molesta verse descubierta?

—Sí, aunque imaginé que podía ocurrir.

—Con mucho gusto la habría invitado a nuestra fiesta de haber sabido que quería venir. ¿La conocí alguna vez en mi juventud?

—Nunca.

— ¿No querría volver a entrar y quedarse todo el tiempo que quiera?

—No. No quiero que otros me reconozcan.

—Bueno, conmigo no corre ningún peligro.

Tras permanecer pensativo un minuto, Clym añadió amablemente:

—No quiero seguir molestándola. Ha sido una extraña manera de conocernos, y no preguntaré por qué me encuentro a una mujer cultivada haciendo un papel como este.

Eustacia no se mostró dispuesta a darle el motivo que Clym parecía desear saber, de modo que el joven le deseó buenas noches y fue rodeando la casa hasta el fondo, donde se quedó caminando solo de un lado a otro durante un tiempo antes de volver a entrar.

Eustacia, animada por un fuego interior, no podía esperar después de eso a sus compañeros. Se quitó de un manotazo las cintas del rostro, abrió la verja y de inmediato emprendió la marcha por el páramo. No iba aprisa. A esa hora su abuelo ya se habría ido a la cama, porque ella recorría tan a menudo las colinas a la luz de la luna que el anciano no estaba al tanto de sus entradas y salidas, y como lo pasaba bien a su manera, la dejaba hacer lo mismo. La absorbía un tema más importante que el de llegar a su casa. Si Yeobright sentía la más mínima curiosidad, infaliblemente descubriría su nombre. ¿Y entonces qué? Primero sintió una especie de exultación por la manera en que había terminado la aventura, aunque por momentos, en medio de esa exultación, sentía vergüenza y se ruborizaba. Entonces se le ocurrió la siguiente consideración, que la heló: ¿de qué valía su hazaña? Era una total desconocida para la familia Yeobright. El irrazonable nimbo de romance con el que había rodeado a ese hombre podía ser la causa de su infelicidad. ¿Cómo se permitía

enamorarse hasta tal punto de un extraño? Y para colmar la copa de su aflicción, ahí estaba Thomasin, que viviría día tras día en inflamable proximidad con él, porque acababa de saber que, contrariamente a lo que había creído de inicio, Clym se quedaría en su casa un tiempo considerable.

Llegó al portillo de Mistover Knap, pero antes de abrirlo se volvió para quedar frente al páramo una vez más. El contorno de Rainbarrow se alzaba por sobre las colinas, y la luna sobre Rainbarrow. El aire estaba cargado de silencio y escarcha. La escena le recordó a Eustacia una circunstancia que había olvidado totalmente hasta ese momento. Había prometido encontrarse con Wildeve esa noche a las ocho junto al Barrow, para darle su última respuesta a la petición de que huyera con él.

Ella misma había fijado fecha y hora. Probablemente él habría ido hasta ese punto, esperado en medio del frío y sufrido una gran decepción.

—Bueno, tanto mejor, no le hará daño —dijo, serena.

Wildeve asumía en ese momento los opacos contornos del sol visto a través de un cristal ahumado, y Eustacia podía decir cosas como esa con la mayor facilidad.

Permaneció reflexionando profundamente, y las maneras cautivadoras de Thomasin para con su primo volvieron a su mente.

— ¡Oh, si sólo se hubiera casado con Damon antes de esto! —dijo—. ¡Y lo habría hecho de no ser por mí! ¡Si yo hubiera sabido... si yo hubiera sabido!

Eustacia alzó una vez más sus ojos profundos y tormentosos a la luna, y tras suspirar con ese trágico suspiro que tanto se parecía a un estremecimiento, se acogió a las sombras del techo. Se deshizo del disfraz en el cobertizo, hizo un lío con él y se fue a su cuarto.

## **7. Una coalición entre la belleza y la excentricidad**

La indiferencia del anciano capitán por los movimientos de su nieta dejaban a Eustacia libre como un pájaro para seguir su propio rumbo; pero sucedió que a la mañana siguiente el capitán Vye sí consideró necesario preguntarle por qué se había quedado afuera hasta tan tarde.

—Sólo estuve buscando un poco de aventura, abuelo —dijo ella mirando por la ventana con esa soñolienta latencia en sus maneras que se revelaba poseedora de tanta fuerza cuando alguien apretaba el gatillo.

—En busca de un poco de aventura; cualquier diría que eres uno de los



soldados que conocí a los veintiún años.

—Esto es solitario.

—Tanto mejor. Si viviera en un pueblo, se me iría todo el tiempo corriendo detrás de ti. Esperaba que estuvieras en casa cuando regresé de la Mujer.

—No te ocultaré lo que hice. Quería correr una aventura y me fui con los mimos. Representé el papel del Caballero Turco.

— ¿No me digas? ¡Ja, ja! No esperaba eso de ti, Eustacia.

—Fue mi primera experiencia como actriz, y sin duda será la última. Ahora ya te lo dije... y recuerda que es un secreto.

—Por supuesto. Pero, Eustacia, tu nunca habías... ¡ja, ja! ¡Qué me cuelguen, pero cómo me habría divertido hace cuarenta años! Pero recuerda, ni una vez más, hija mía. Puedes recorrer el páramo de noche o de día, como prefieras, con tal de que no me molestes; pero nada de volver a andar en pantalones.

—No tienes que tener ningún temor por mí, abuelo.

Ahí terminó la conversación: la educación moral de Eustacia nunca excedía en severidad un diálogo de ese corte, que si alguna vez hubiera llegado a resultar provechoso en términos de buenas obras, habría sido un resultado poco oneroso teniendo en cuenta su bajo costo. Pero los pensamientos de la joven pronto vagaron muy lejos de su propia persona; y presa de apasionada e indescriptible solicitud por alguien para quien ella no era ni siquiera un nombre, emprendió la marcha por la vastedad del yermo quemado que la rodeaba, desazonada como Asuero el judío. Estaba a una media milla de su residencia cuando vio salir de un barranco un poco más adelante un siniestro color carmesí, empañado y cárdeno como una llama bajo la luz del sol, y Eustacia adivinó que se trataba de Diggory Venn.

Cuando los granjeros que habían querido comprar una nueva provisión de almagre en el último mes habían preguntado dónde se podía encontrar a Venn, la respuesta había sido: «En Egdon Heath». Día tras día la respuesta era la misma. Ahora, dado que Egdon estaba poblado de recogedores de turba y cortadores de aulaga y no de ovejas y pastores, y que algunas de las mesetas donde se hallaba la mayoría de estos últimos quedaban unas hacia el norte y otras hacia el oeste de Egdon, sus motivos para acampar en los alrededores, como el pueblo de Israel en el desierto de Zin, no resultaban claros. La ubicación era céntrica y en ocasiones deseable. Pero la venta de almagre no era el motivo principal de Diggory para permanecer en el páramo, particularmente en una época tan tardía del año, cuando la mayoría de los viajeros de su especie se habían retirado ya a sus cuarteles de invierno.

Eustacia miró al hombre solitario. Wildeve le había contado durante su último encuentro que la señora Yeobright se había sacado repentinamente de la manga a Venn como alguien dispuesto a ocupar su lugar como prometido de Thomasin y deseoso de hacerlo. Su figura era perfecta, su rostro joven y bien delineado, sus ojos brillantes, su inteligencia aguda, y su situación podía mejorar fácilmente si así lo decidía. Pero a pesar de esas posibilidades, no era probable que Thomasin aceptara a ese ser ismaelita teniendo a su lado a un primo como Yeobright, y, al mismo tiempo, a un Wildeve a quien no le resultaba totalmente indiferente. A Eustacia no le llevó mucho tiempo adivinar que la pobre señora Yeobright, en su ansiedad acerca del futuro de su sobrina, había mencionado a ese enamorado para estimular el celo del otro. Eustacia estaba ahora de parte de los Yeobright e hizo suyo el espíritu de los deseos de la tía.

—Buenos días, señorita —dijo el vendedor de almagre quitándose el gorro de piel de liebre, aparentemente sin guardarle ningún rencor por el recuerdo de su último encuentro.

—Buenos días, vendedor —dijo Eustacia, casi sin tomarse el trabajo de alzar sus ojos de pesados párpados hasta él—. No sabía que estabas tan cerca. ¿Tienes aquí tu carro también?

Venn apuntó con el codo hacia una hondonada en la cual un tupido matorral de zarzas de tallo morado había crecido hasta alcanzar tales dimensiones que casi formaba un vallecito apartado. Las zarzas, aunque ásperas al tacto, son un acogedor abrigo a inicios del invierno, ya que son los últimos arbustos caducifolios en perder sus hojas.

Detrás del encaje que dibujaban las hojas y la broza del matorral se divisaban el techo y la chimenea del carromato de Venn.

— ¿Aún sigues por aquí? —preguntó Eustacia dando muestras de más interés.

—Sí, tengo algunos asuntos por acá.

— ¿Qué no tienen que ver totalmente con la venta de almagre?

—No tienen nada que ver con la venta de almagre.

— ¿Tienen que ver con la señorita Yeobright?

El rostro de Eustacia parecía pedir una tregua sin deponer las armas y Venn, por tanto, dijo con franqueza:

—Sí, señorita; es a causa de ella.

— ¿A causa de tu próximo matrimonio con ella?

El sonrojo de Venn fue visible a través del tinte que lo cubría.

—No se burle de mí, señorita Vye —dijo.

— ¿No es verdad?

—Por supuesto que no.

Eustacia quedó convencida de que el vendedor de almagre no era más que un último recurso del ingenio de la señora Yeobright y que, además, no había sido informado de su ascenso a esa menguada condición.

—Era sólo una idea que me hice —dijo ella en voz queda, y estaba a punto de seguir su camino sin más comentarios cuando, al volver la vista a la derecha, vio una figura penosamente conocida que subía uno de los estrechos senderos serpenteantes que llevaban a la cima donde se encontraba. Debido a las inevitables vueltas y revueltas de su trayecto, en ese momento les daba la espalda. Eustacia echó un rápido vistazo a los alrededores; había una sola manera de escapar de él. Volviéndose hacia Venn, dijo:

— ¿Me permitirías descansar unos minutos en tu carro? Los montículos están demasiado húmedos para sentarse.

—Por supuesto, señorita; le haré un lugar.

Eustacia lo siguió hasta su vivienda con ruedas, detrás del vallecito de zarzas, en la que Venn montó y colocó la banqueta de tres patas justo detrás de la puerta.

—Esto es todo lo que puedo ofrecerle —dijo, al tiempo que se bajaba y se retiraba hacia el sendero, donde siguió fumando su pipa y caminando de un lado a otro.

Eustacia se subió de un salto al vehículo y se sentó en la banqueta, a salvo de todas las miradas provenientes del lado que daba al sendero. Pronto oyó el roce de unos pies que no eran los del vendedor de almagre, un «buenos días» no demasiado amistoso pronunciado por dos hombres que se cruzaban, y después los pasos cada vez más lejanos de uno de ellos que seguía subiendo. Eustacia estiró el cuello para poder atisbar una espalda y unos hombros que se alejaban, y sintió una terrible punzada de tristeza, no sabía por qué. Era la náusea que, si el corazón que ha vuelto la hoja no carece por completo de generosidad, acompaña a la súbita visión de alguien a quien se amó y ya no se ama.

Cuando Eustacia bajó del carro para proseguir su camino, el vendedor de almagre se le acercó.

—El que pasó era el señor Wildeve, señorita —dijo lentamente, y su rostro expresaba que estaba convencido de que ella se molestaría por no haberse dejado ver.

—Sí, lo vi subir la colina —contestó Eustacia—. ¿Por qué me lo dices?

Era una pregunta audaz, teniendo en cuenta que el vendedor de almagre sabía de su pasado amor; pero las maneras poco expresivas de la joven eran capaces de hacerse guardar sus opiniones a quienes trataba como personas que no estaban a su altura.

—Me alegra oír que me lo pregunte —dijo el vendedor de almagre sin rodeos—. Y ahora que pienso en ello, se aviene con lo que vi anoche.

—Ah, ¿y qué fue? —Eustacia deseaba marcharse de su lado, pero quería enterarse.

—El señor Wildeve se quedó un largo rato en Rainbarrow esperando a una dama que no llegó.

— ¿Y tú también esperaste?

—Sí, siempre lo hago. Me alegré de que sufriera un desengaño. Esta noche estará allí de nuevo.

—Para sufrir un nuevo desengaño. La verdad es, vendedor, que esa dama, lejos de desear interponerse entre Thomasin y el señor Wildeve, se sentiría muy contenta de facilitar su matrimonio.

Venn se sintió muy asombrado ante esa afirmación, aunque no lo demostró claramente; esas manifestaciones pueden ocurrir cuando se reciben comentarios que se alejan un paso de lo esperado, pero suelen estar ausentes en casos complicados, en que entre lo que se espera y lo que ocurre se interponen dos o más pasos.

—No me diga, señorita —contestó.

— ¿Cómo sabes que el señor Wildeve volverá esta noche a Rainbarrow? —preguntó ella.

—Le oí decir a él mismo que lo haría. Está de bastante mal humor.

Eustacia consideró por un momento lo que sentía y murmuró con ansiedad, al tiempo que alzaba sus profundos ojos oscuros a los de él:

—Me gustaría saber qué hacer. No quisiera ser descortés con él, pero no quiero volver a verlo, y tengo algunas cositas que devolverle.

—Si se anima a mandárselas conmigo, señorita, junto con una nota en la que le diga que no quiere volver a hablar con él, se las llevaré en su nombre muy discretamente. Esa sería la manera más directa de hacerle saber lo que ha decidido.

—Muy bien —dijo Eustacia—. Ven a mi casa y te las daré.

La joven reemprendió su camino, y como el sendero era una raya infinitamente estrecha en la enmarañada cabellera del páramo, el vendedor de almagre la siguió pisándole los talones. Eustacia vio desde cierta distancia que el capitán estaba subido en el muro oteando el horizonte con su telescopio; le pidió a Venn que la esperara en el punto donde se encontraba y entró sola en la casa.

A los diez minutos regresó con un paquete y una nota y dijo al ponerlos en sus manos:

— ¿Por qué estás tan dispuesto a llevárselos en mi nombre?

— ¿No lo sabe?

—Supongo que piensas que de alguna manera obras en pro de la causa de Thomasin al hacerlo. ¿Sigues tan deseoso como siempre de favorecer su matrimonio?

Venn se sintió un poco conmovido.

—Preferiría haberme casado yo con ella —dijo con voz queda—. Pero lo que siento es que si no puede ser feliz sin él, mi deber es ayudarla a conseguirlo, como cumple a un hombre.

Eustacia miró con curiosidad al hombre singular que así hablaba. ¡Qué extraña clase de amor, enteramente libre del egoísmo que es con frecuencia el elemento fundamental de la pasión, y en ocasiones el único! El desinterés del vendedor de almagre era tan merecedor de respeto que trascendía el respeto al resultar casi incomprensible; y Eustacia casi lo tuvo por absurdo.

—Entonces al fin estamos de acuerdo —dijo.

—Sí —contestó Venn melancólico—. Pero me sentiría más tranquilo si me dijera por qué se toma tanto interés en ella, señorita. Es tan repentino y tan extraño.

Eustacia dio señales de confusión.

—No puedo decírtelo, vendedor —dijo con frialdad.

Venn no dijo nada más. Se guardó la carta en el bolsillo y, tras hacerle una inclinación a Eustacia, se marchó.

Rainbarrow había vuelto a fundirse con la noche cuando Wildeve ascendió la larga pendiente de su base. Al llegar a la cima, de la tierra se alzó una figura exactamente a sus espaldas. Era la del emisario de Eustacia. Venn palmeó a Wildeve en el hombro. El febril joven posadero y ex ingeniero dio un salto como el de Satán al tocarlo la lanza de Ituriel.

—El encuentro es siempre a las ocho, en este sitio, y aquí estamos... los

tres —dijo Venn.

— ¿Los tres? —dijo Wildeve revisando el lugar de un vistazo rápido.

—Sí; usted, y yo, y ella. Esta es ella —le alcanzó la carta y el paquete. Wildeve los tomó con aire de perplejidad.

—No entiendo qué significa esto —dijo—. ¿Por qué has venido? Debe haber algún error.

—Se le aclarará cuando lea la carta. Luz, para empezar —el vendedor hizo fuego, encendió una vela de sebo de una pulgada que había traído y la protegió del viento con su gorro.

— ¿Quién eres? —dijo Wildeve al distinguir a la luz de la vela una oscura rubicundez en su compañero—. Eres el vendedor de almagre que me tropecé en la colina esta mañana... espera, eres es el que...

—Por favor, lea la carta.

—Si hubieras venido en nombre de la otra no me habría sorprendido —murmuró Wildeve al tiempo que abría la carta y la leía. Su rostro adquirió una expresión de seriedad.

Al señor Wildeve:

Después de pensarlo, he decidido terminantemente que no debemos volver a comunicarnos. Mientras más reflexiono sobre el asunto, más me convengo de que nuestra relación debe llegar a su fin. De haberme sido ininterrumpidamente fiel durante estos dos años, tendrías ahora algún motivo para acusarme de crueldad; pero si piensas con calma en lo que soporté durante el período de tu abandono, y cuán pasivamente sobrellevé que cortejaras a otra, sin intervenir nunca, creo que admitirás que tengo derecho a tener en cuenta mis sentimientos ahora que regresas a mí. Que no sienta por ti lo que sentía quizás sea una falta de mi parte, pero es una falta que difícilmente puedas reprocharme si recuerdas cómo me dejaste por Thomasin.

Te devuelvo con el portador de esta carta las cositas que me diste en los días iniciales de nuestra amistad. De hecho, debí habértelas reintegrado cuando me enteré de tu compromiso con ella.

Eustacia.

Cuando Wildeve llegó al nombre de la joven, la inexpresividad con que leyerá la primera mitad de la carta se había transmutado en mortificación.

—Quedo como un gran tonto, haga lo que haga —dijo con aire de malcriado—. ¿Sabes lo que dice esta carta?

El vendedor de almagre tarareó una melodía.

— ¿No puedes responderme? —preguntó Wildeve furioso.

—Ru-um-tum-tum —cantó el vendedor de almagre.

Wildeve se quedó mirando al suelo junto a los pies de Venn, hasta sintió que podía permitirse subir con los ojos por el cuerpo de Venn, iluminado por la vela, y llegar a su cabeza y su cara.

— ¡Ja, ja! Bueno, supongo que me lo merezco, teniendo en cuenta cómo jugué con las dos —dijo al fin, tanto para sí mismo como para Venn—. Pero de todas las cosas extrañas que he visto, la más extraña es que te afanes tanto en contra de tus propios intereses, que me hayas traído esto hasta aquí.

— ¿Mis intereses?

—Por supuesto. No estabas interesado en nada que me llevara a cortejar a Thomasin de nuevo, ahora que ya te aceptó... o algo parecido. La señora Yeobright dice que te casarás con ella. ¿No es cierto, entonces?

— ¡Santo Dios! Ya oí lo mismo antes, pero no lo creí. ¿Cuándo se lo dijo?

Wildeve empezó a tararear como había hecho el vendedor de almagre.

—No le creo —exclamó Venn.

—Ru-um-tum-tum —cantó Wildeve.

— ¡Dios mío, qué bien sabemos imitar! —dijo Venn con desprecio—. Voy a aclarar este asunto. Iré a verla ahora mismo.

Diggory se marchó con paso decidido al tiempo que Wildeve lo contemplaba con una burla cruel en la mirada, como si no fuera más que un segador del páramo. Cuando desapareció la figura del vendedor de almagre, Wildeve también descendió y emprendió la marcha por la tenebrosa hondonada del valle.

Perder a las dos mujeres —él, que había sido amado por ambas— le resultaba una ironía imposible de soportar. La única manera decente de redimirse era por intermedio de Thomasin; y una vez que se convirtiera en su esposo, pensaba, Eustacia se arrepentiría larga y amargamente. No era de sorprender que Wildeve, ignorante del nuevo hombre que había aparecido en escena, supusiera que Eustacia fingía. Creer que la carta no era el resultado de un disgusto momentáneo, inferir que la joven realmente quería cedérselo a Thomasin, habría requerido un conocimiento previo de su transfiguración bajo el influjo de ese hombre. ¿Cómo podía saber que se había tornado generosa merced a la avaricia de una nueva pasión, que al codiciar a un primo trataba con liberalidad a la prima, que en su afán de apropiación cedía el paso?

Totalmente resuelto a casarse a toda prisa y castigar el corazón de la orgullosa joven, Wildeve prosiguió su camino.

Mientras tanto, Diggory Venn había regresado a su carro, donde se quedó mirando la estufa pensativamente. Se le abría un nuevo horizonte. Pero por más prometedora que fuera la opinión de la señora Yeobright sobre él como candidato a la mano de su sobrina, existía una condición indispensable para obtener el favor de la propia Thomasin, y esa era la renuncia a su irregular modo de vida presente. No veía en ello mayor dificultad.

No podía darse el lujo de esperar hasta el día siguiente para ver a Thomasin y detallarle sus planes. Rápidamente emprendió algunas operaciones de aseo, sacó un traje de un baúl, y en unos veinte minutos estaba delante de la linterna del carro con el oficio de vendedor de almagre impreso sólo en el rostro, cuyo tono bermellón no podía borrarse en un día. Después de cerrar la puerta y asegurarla con un candado, Venn emprendió la marcha hacia Blooms-End.

Ya había llegado a la empalizada blanca y puesto su mano sobre la verja cuando la puerta de la casa se abrió y volvió a cerrarse rápidamente. Una silueta femenina se había escabullido hacia el interior. Al mismo tiempo, un hombre, que aparentemente había estado con la mujer en el portal, salió de la casa y se aproximó a Venn hasta que ambos quedaron frente a frente. Era Wildeve de nuevo.

—Hombre, ha sido usted rápido —dijo Diggory sarcástico.

—Y tú lento, como verás —dijo Wildeve—. Y —bajando la voz— más vale que te vayas ahora por donde viniste. La vine a reclamar y es mía. ¡Buenas noches, vendedor!

Y emprendió la marcha.

Las esperanzas de Venn quedaron deshechas, aunque no habían sido demasiadas. Se quedó recostado en la empalizada, ganado por la indecisión, durante casi un cuarto de hora. Después tomó el sendero del jardín, tocó a la puerta y preguntó por la señora Yeobright.

En vez de pedirle que pasara, esta salió al portal. Ambos sostuvieron una conversación en voz baja y mesurada por espacio de diez minutos o poco más. Al final de ese lapso, la señora Yeobright entró y Venn volvió triste sobre sus pasos en dirección al páramo. Una vez que llegó de nuevo a su carro, encendió la linterna, y con rostro apático, empezó de inmediato a quitarse a tirones su ropa de salir, hasta que al cabo de unos pocos minutos volvió a quedar convertido en el auténtico e irredimible vendedor de almagre que pareciera antes.

## **8. Se descubre firmeza en un corazón tierno**



Esa noche, el interior de Blooms-End, aunque acogedor y confortable, había estado bastante silencioso. Clym Yeobright no estaba en casa. Después de la fiesta de Navidad se había ido a hacerle una visita de varios días a un amigo que vivía a unas diez millas de distancia.

La silueta imprecisa que Venn viera apartarse de Wildeve en el portal y entrar velozmente en la casa era la de Thomasin. Al entrar, la joven dejó caer una capa en la que se había envuelto a toda prisa y avanzó hacia la luz, junto a la cual se encontraba la señora Yeobright, sentada ante su mesa de labores, que había colocado al lado de la banca, de modo que una parte de ella sobresalía hacia el rincón de la chimenea.

—No me gusta que salgas sola después de que cae la noche, Tamsin su tía en voz baja, sin levantar la vista de su labor.

—Sólo salí hasta la puerta.

— ¿Y bien? —inquirió la señora Yeobright, prevenida por el cambio del tono de voz de Thomasin, y la miró.

El sonrojo de las mejillas de Thomasin alcanzaba un tono mucho más encendido que el que exhibiera antes del inicio de sus problemas, y sus ojos refulgían.

—Fue él quien tocó —dijo.

—Eso me parecía.

—Quiere que nos casemos de inmediato.

— ¡No me digas! ¿Qué pasa? ¿Está preocupado? —la señora Yeobright le lanzó una mirada escrutadora a su sobrina—. ¿Por qué no pasó el señor Wildeve?

—No quiso. Dice que no te muestras amistosa con él. Le gustaría que la boda se celebrara pasado mañana, muy en privado; en la iglesia de su parroquia, no en la nuestra.

— ¡Ah! ¿Y tú qué le dijiste?

—Acepté —respondió Thomasin firmemente—. Ahora soy una mujer práctica. Ya no creo ni un poquito en el amor. Estaba dispuesta a casarme con él en cualquier circunstancia desde... desde que llegó la carta de Clym.

En la cesta de labores de la señora Yeobright había una carta, y al oír las palabras de Thomasin, su tía volvió a abrirla y la leyó en silencio por décima vez en el día:

¿Cuál es el significado de esta absurda historia que circula acerca de

Thomasin y el señor Wildeve? Yo calificaría de humillante un escándalo así, si hubiera la más remota posibilidad de que fuera cierto. ¿Cómo puede haber surgido una falsedad tan burda? Se dice que hay que irse al extranjero para enterarse de las noticias de casa, y parece que ese es mi caso. Por supuesto que niego el cuento en todas partes; pero resulta muy molesto, y me pregunto qué puede haberle dado origen. Es demasiado ridículo pensar que una joven como Thomasin pudiera mortificarnos haciéndose abandonar el día de su boda. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Sí —dijo la señora Yeobright triste, volviendo a poner la carta en su lugar—. Si crees que puedes casarte con él, hazlo. Y como el señor Wildeve desea hacerlo sin grandes ceremonias, que así sea también. Nada puedo hacer. Ahora todo está en tus manos. Mi posibilidad de ocuparme de tu bienestar llegó a su fin cuando saliste de esta casa para irte con él a Anglebury —continuó con algo de amargura en la voz—. Casi me siento tentada a preguntarte por qué me consultas sobre la cuestión. Si hubieras ido a casarte con él sin decirme una palabra, no habría podido sentirme enojada, sencillamente porque es tu mejor opción, pobrecita.

—No digas eso, que me restas fuerzas.

—Tienes razón; no lo haré.

—No quiero disculparlo, tía. La naturaleza humana es frágil, y no soy tan ciega como para insistir en que es perfecto. Antes lo pensaba, pero ya no. Pero sé lo que debo hacer, y tú sabes que lo sé. Confío en que todo sea para bien.

—Y yo también, y ambas seguiremos confiando en eso —dijo la señora Yeobright, que se puso de pie y le dio un beso—. ¿Entonces la boda, si es que se celebra, será en la mañana del mismo día en que Clym regresa a casa?

—Sí. Decidí que todo debía haber concluido antes de que volviera. Después podrás mirarlo a la cara, y yo también. Nuestros disimulos no tendrán ya ninguna importancia.

La señora Yeobright asintió pensativa y al cabo de unos momentos dijo:

— ¿Quieres que sea tu madrina? Sabes que estoy dispuesta a serlo, igual que la vez pasada. Creo que no puedo hacer menos, después de haber prohibido las amonestaciones.

—Creo que es mejor que no me acompañes —dijo Thomasin renuente, pero decidida—. Estoy casi segura de que resultaría desagradable. Mejor que sólo estén presentes desconocidos, y ninguno de mis familiares. Lo prefiero así. No quiero hacer nada que empañe tu prestigio, y creo que me sentiría incómoda si estuvieras presente, después de lo que ha sucedido. No soy más que tu sobrina, y no hay necesidad de que te preocupes más por mi causa.

—Bueno, nos ha derrotado —dijo su tía—. Realmente da la impresión de que ha jugado contigo de esta manera en venganza por la humillación que le infligí oponiéndome a él en un inicio.

—Oh, no, tía —murmuró Thomasin.

No hablaron más del tema en ese momento. Poco después se oyeron los toques a la puerta de Diggory Venn; al regresar de su entrevista con él en el portal, la señora Yeobright comentó sin concederle mayor importancia:

—Vino a preguntar por ti otro de tus enamorados.

— ¿Cómo?

—Ese extraño joven, Venn.

— ¿Pidió permiso para hacerme la corte?

—Sí; y le dije que ya era demasiado tarde.

Thomasin contempló en silencio la llama de la vela.

— ¡Pobre Diggory! —dijo, y se dispuso a hacer otras cosas.

El día siguiente transcurrió en la realización mecánica de los preparativos, dado que ambas mujeres estaban ansiosas por sumergirse en ellos para escapar al aspecto emocional de la situación. Volvieron a recoger alguna ropa y otros efectos de Thomasin e intercambiaron a menudo comentarios sobre detalles domésticos, para mantener en silencio cualquier duda que albergaran acerca de su futuro como esposa de Wildeve.

Llegó la mañana fijada para la boda. El acuerdo con Wildeve era que éste la esperaría en la iglesia para evitar la desagradable curiosidad de la que podían ser víctimas de vérselos caminar juntos a la manera usual en el campo.

Tía y sobrina estaban juntas en la habitación donde se vestía la novia. El sol, dondequiera que tocaba el cabello de Thomasin, que siempre lo llevaba recogido en una trenza, lo convertía en un espejo. La joven se lo trenzaba según un sistema que obedecía al calendario: mientras más importante era el día, más numerosas eran las hebras de cabello de su trenza. Los días ordinarios de la semana eran tres; los domingos corrientes eran cuatro; los días en que se celebraba el árbol de mayo, bailes al aire libre u otras cosas por el estilo, eran cinco. Años antes había dicho que cuando se casara serían siete. Las hebras de su trenza ese día eran siete.

—Creo que, después de todo, me pondré la blusa de seda azul —dijo—. Es el día de mi boda, aun cuando tenga algo de tristeza. Quiero decir —añadió, deseosa de borrar cualquier impresión equivocada— no es que sea triste en sí mismo, sino que estuvo precedido por un gran disgusto y muchos problemas.

La señora Yeobright hizo una inspiración que cualquiera habría podido confundir con un suspiro.

—Casi desearía que Clym hubiera estado en casa —dijo—. Por supuesto, elegiste este momento debido a su ausencia.

—En parte. He sentido que había sido injusta con él al no contárselo todo; pero como fue para no causarle una pena, me pareció que lo mejor era llevar el asunto hasta el final y contarle toda la historia cuando se hubiera despejado el firmamento.

—Eres una mujercita práctica —dijo la señora Yeobright con una sonrisa—. Me habría gustado que tú y él... no, no me habría gustado nada. Vamos, son las nueve —se interrumpió, al oír un silbido y un campanileo en los bajos.

—Le dije a Damon que saldría a las nueve —dijo Thomasin saliendo apresurada de la habitación.

Su tía la siguió. Cuando Thomasin alcanzó el caminito que llevaba de la puerta a la verja, la señora Yeobright la miró con aire remiso y dijo:

—Es una vergüenza dejarte ir sola.

—Es necesario —dijo Thomasin.

—En cualquier caso, iré a verte esta tarde y te llevaré el pastel —añadió su tía con forzada alegría—. Si Clym ya llegó a esa hora, quizás vaya también. Quiero demostrarle al señor Wildeve que no le tengo mala voluntad. Hay que olvidar el pasado. Bien, ¡qué Dios te bendiga! Venga, no creo en viejas supersticiones, pero no importa.

Lanzó una zapatilla en dirección a la joven que se alejaba, y esta se volvió, sonrió y reemprendió su camino.

A los pocos pasos volvió a mirar hacia atrás.

— ¿Me llamaste, tía? —inquirió trémula—. ¡Adiós!

Llevada de una emoción incontrolable al ver el rostro descompuesto y mojado por las lágrimas de la señora Yeobright, regresó corriendo, su tía avanzó y volvieron a encontrarse.

—Oh, Tamsie —dijo la mayor, sollozando—. No me gusta dejarte ir.

—Yo... yo estoy... —comenzó Thomasin y también se deshizo en llanto. Pero acallando su dolor, volvió a decir—: ¡Adiós! —y se marchó.

Entonces la señora Yeobright vio una figurita que caminaba entre los ásperos arbustos de aulaga y se hacía cada vez más pequeña al adentrarse en el valle: una manchita azul pálida en un vasto campo de color pardo, solitaria e indefensa, salvo por la fuerza de su propia esperanza.

Pero lo peor del caso no formaba parte del paisaje; era el hombre.

La hora escogida por Thomasin y Wildeve para la ceremonia había sido pensada para permitirle a la joven evitar la incomodidad de encontrarse con su primo Clym, quien debía regresar esa misma mañana. Admitir la veracidad parcial de los rumores que este escuchara le habría resultado penoso mientras la situación humillante que resultara del hecho no hubiera sido corregida. Sería sólo después de una segunda y exitosa llegada al altar que podría alzar la frente y demostrar que el fracaso del primer intento se debía a un mero accidente.

No hacía más de media hora que había partido de Blooms-End cuando Yeobright llegó procedente de los prados situados en dirección opuesta y entró en la casa.

—Desayuné temprano —le dijo a su madre después de saludarla—. Ahora podría comer algo.

Se sentaron a la mesa para consumir su segundo desayuno y Clym prosiguió en voz baja y preocupada, imaginando, aparentemente, que Thomasin aún no había bajado.

— ¿Qué es esto que he oído acerca de Thomasin y el señor Wildeve?

—Tiene mucho de verdad, pero confío en que todo se haya arreglado ya —dijo la señora Yeobright en voz queda. Miró al reloj.

— ¿Es verdad?

—Thomasin se casa hoy con él.

Clym hizo a un lado su desayuno.

—Entonces hay algún tipo de escándalo, y eso es lo que le ocurre a Thomasin. ¿Es eso lo que la enfermó?

—Sí. No fue un escándalo, sino una desgracia. Te lo contaré todo, Clym. No debes enojarte, sino prestar atención, y te darás cuenta de que lo que hemos hecho ha sido para bien.

A continuación le relató los hechos. Todo lo que el joven sabía del asunto antes de su regreso de París era que existía una relación entre Thomasin y Wildeve que al inicio su madre no había aprobado, pero que después, merced a los argumentos de Thomasin, había comenzado a considerar a una luz un poco más favorable. Por tanto, cuando la señora Yeobright le explicó toda la cuestión, se sintió muy sorprendido y muy preocupado.

—Y ella decidió que la boda se celebrara antes de tu vuelta, para que no hubiera oportunidad de que os encontrarais y os resultara a ambos muy penoso —dijo—. Por eso es que fue a reunirse con él; acordaron casarse esta mañana.

—Pero no logro entenderlo —dijo Yeobright, al tiempo que se incorporaba—. Es tan poco propio de ella. Me doy cuenta de por qué no me escribiste después de su lamentable vuelta a casa. Pero, ¿por qué no me anunciaste cuándo se celebraría la boda... la primera vez?

—Bueno, en ese momento estaba molesta con ella. Me parecía que se mostraba muy empecinada; y cuando supe que no representabas nada para ella, me juré que ella no representaría nada para ti. Pensé que, después de todo, no era más que mi sobrina; le dije que podía casarse, pero que no me tomaría ningún interés en el asunto, y que tampoco te molestaría a ti con él.

—No me habría molestado. Madre, no hiciste bien.

—Me pareció que te habría distraído de tu trabajo, y que habrías podido renunciar a tu puesto o poner en riesgo tu futuro de alguna manera, de modo que no te dije nada. Por supuesto, si se hubieran casado entonces como Dios manda, te lo habría contado de inmediato.

— ¡Tamsin se está casando mientras nosotros estamos sentados aquí!

—Sí. A menos que vuelva a ocurrir un accidente, como la primera vez. Puede que suceda, si se tiene en cuenta que es con el mismo hombre.

—Sí, y creo que sucederá. ¿Estuvo bien dejarla ir? ¿Y si Wildeve resulta realmente una mala persona?

—Entonces no irá, y Tamsin volverá de nuevo a casa.

—Debiste haberte involucrado más en el asunto.

—Es inútil que digas eso —le respondió su madre con una impaciente mirada de pesar—. No te imaginas qué mal lo hemos pasado estas semanas, Clym. No te imaginas qué mortificación significa algo así para una mujer. No te imaginas las noches de insomnio que hemos pasado en esta casa, y las palabras casi airadas que hemos intercambiado desde el Cinco de Noviembre. Espero no tener que pasar siete semanas iguales nunca más. Tamsin no ha salido por la puerta, y yo me he sentido tan avergonzada que no miraba a nadie a la cara; y ahora me culpas por dejarla hacer lo único que podía hacerse para arreglar el problema.

—No —dijo el joven lentamente—. En sentido general no te culpo. Pero piensa en lo repentino que me resulta. Aquí estaba yo, y nada sabía; y entonces me dicen de pronto que Tamsin ha ido a casarse. Bien, supongo que no se podía hacer otra cosa. ¿Sabes, madre —prosiguió al cabo de unos momentos, con repentino aspecto de interesarse en su propia historia pasada—, que hubo un tiempo en que pensé en Tamsin para novia? Sí, así fue. ¡Qué extraños son los chicos! Y cuando vine y la vi esta vez, me pareció tanto más afectuosa que de costumbre que me recordó mucho esa época, sobre todo la noche de la

fiesta, cuando no se sentía bien. Dimos la fiesta de todas maneras... ¿no fue eso muy cruel con ella?

—No cambiaba nada. Yo había decidido darla, y no valía la pena que nos pusiéramos más tristes de lo necesario. Comenzar por encerrarnos y por contarte la desgracia de Tamsin habría sido darte una pobre bienvenida. Clym siguió pensativo.

—Casi desearía que no hubieras dado esa fiesta —dijo—; y por otros motivos. Pero te lo diré en uno o dos días. Ahora debemos pensar en Tamsin.

Volvieron a quedar en silencio.

—Te diré lo que haremos —dijo Yeobright, en un tono que denotaba que no se le había pasado por completo la emoción—. No me parece amable dejar que Tamsin se case de esta manera, sin que ninguno de nosotros esté allí para alegrarla o preocuparnos un poco por ella. No ha hecho nada de lo que deba avergonzarse, o que merezca que la tratemos así. Bastante malo es que la boda sea tan apresurada y sencilla, para que además nos mantengamos apartados. Te juro que es casi una vergüenza. Iré.

—A esta hora ya se habrá acabado —dijo su madre con un suspiro—; a menos que llegaran tarde, o que él...

—Entonces llegaré a tiempo para verlos salir. Al final, no me gusta mucho que me hayas mantenido en la ignorancia, madre. ¡La verdad es que casi me alegraría de que la hubiera dejado plantada!

— ¿Y que arruinara su reputación?

—Tonterías; eso no habría arruinado la reputación de Thomasin.

Clym tomó su sombrero y salió de la casa a toda prisa. La señora Yeobright se quedó sentada, con aire de infelicidad y sumida en sus pensamientos. Pero no permaneció a solas mucho tiempo. Pocos minutos después, Clym regresó, acompañado por Diggory Venn.

—Me acabo de enterar de que no me da tiempo a llegar —dijo Clym.

— ¿Se casó? —preguntó la señora Yeobright volviendo hacia el vendedor un rostro en que se evidenciaba una extraña pugna de deseos encontrados.

Venn le hizo una inclinación.

—Se casó, señora.

—Qué extraño suena —murmuró Clym.

— ¿Y no la dejó plantada esta vez? —dijo la señora Yeobright.

—No. Y ya el nombre de Tamsin está limpio de toda mancha. Venía

corriendo a decírselo, porque vi que no estaba allí.

— ¿Y tú por qué estabas allá? ¿Cómo lo sabías? —preguntó la señora Yeobright.

—Hace un tiempo que ando por esos alrededores, y los vi entrar —dijo el vendedor de almagre—. Wildeve llegó a la puerta, tan puntual como un reloj. No lo esperaba de él.

No añadió, como podría haber hecho, que no andaba por los alrededores por mero accidente; que, desde la reasunción por parte de Wildeve de sus derechos sobre Thomasin, Venn, con la meticulosidad que formaba parte de su carácter, había decidido ser testigo de la conclusión del episodio.

— ¿Quién estaba presente? —dijo la señora Yeobright.

—Casi nadie. Yo me mantuve apartado y ella no me vio —el vendedor de almagre pronunció esas palabras con voz ronca, y miró al huerto.

— ¿Quién fue la madrina?

—La señorita Vye.

— ¡Qué sorpresa! ¡La señorita Vye! Supongo que hay que considerarlo un honor.

— ¿Quién es la señorita Vye? —dijo Clym.

—La nieta del capitán Vye, el de Mistover Knap.

—Una muchacha muy orgullosa, de Budmouth —dijo la señora Yeobright—. No me resulta muy simpática. La gente dice que es una bruja, pero por supuesto que eso es absurdo.

El vendedor de almagre no les reveló su relación con ese hermoso personaje, ni tampoco que Eustacia se encontraba en la iglesia porque él había ido a buscarla, en cumplimiento de la promesa que le hiciera en cuanto se enteró de que el matrimonio tendría lugar. Se limitó a decir, continuando su historia:

—Yo estaba sentado en el muro del patio de la iglesia cuando llegaron, uno por un lado, la otra por el otro; y la señorita Vye andaba dando un paseo por allí, contemplando las lápidas. En cuanto entraron me fui a la puerta, porque sentí que quería verlo, ya que la conozco tan bien. Me saqué las botas, porque hacen mucho ruido, y entré al coro. Entonces vi que el pastor y su acólito ya estaban allí.

— ¿Y cómo pasó la señorita Vye a formar parte de esa historia si sólo daba un paseo por allí?

—Porque no había nadie más. Había entrado justo antes que yo, en la



iglesia, no en el coro. El pastor echó un vistazo antes de empezar, y como era la única persona que estaba cerca, le hizo una seña para que se aproximara, y la señorita Vye fue hasta el comulgatorio. Después, cuando llegó el momento de firmar el libro, se alzó el velo y firmó; y Tamsin pareció darle las gracias por su amabilidad.

El vendedor de almagre narraba su historia con aire pensativo, porque en sus pupilas permanecía grabado el cambio de color que había experimentado Wildeve cuando Eustacia se alzara el espeso velo que había impedido que la reconocieran y lo mirara serenamente a la cara.

—Y entonces me fui, porque ya había terminado su vida como Tamsin Yeobright —dijo Diggory con tristeza.

—Yo me ofrecí a ir —dijo la señora Yeobright arrepentida—. Pero me dijo que no era necesario.

—Bueno, no importa —dijo el vendedor de almagre—. Ya terminó al fin, como estaba escrito que terminara desde el principio, y Dios quiera que sea feliz. Ahora os deseo buenos días.

Se cubrió la cabeza con su gorro y se marchó.

Desde el instante en que saliera por la puerta de la señora Yeobright, nadie volvió a ver al vendedor de almagre en Egdon Heath o sus cercanías por espacio de muchos meses. Se esfumó totalmente. A la mañana siguiente, el escondrijo entre las zarzas donde estuviera su carro estaba tan vacío como de costumbre, y casi no quedaba ninguna señal de que hubiera permanecido allí, salvo por unas briznas de paja y cierta rojez sobre la hierba que se llevó la lluvia de la primera tormenta.

El relato que hiciera Diggory de la boda, fiel a la realidad en todo lo que había dicho, era inexacto en un significativo particular, que se le escapara por encontrarse a cierta distancia, en la parte posterior de la iglesia. Cuando Thomasin firmaba temblorosa, Wildeve le había lanzado a Eustacia una mirada que decía a las claras: «Ahora te he castigado». La joven le había contestado en voz queda, y lejos estaba él de saber con cuánta verdad:

—Te equivocas; me produce el más sincero placer verla convertida hoy en tu esposa.

\*\*\*\*

## **LIBRO TERCERO.**

### **LA FASCINACIÓN**

## 1. «Mi mente para mí un reino es»

En el rostro de Clym Yeobright se podía advertir vagamente la faz típica del futuro. Si existiera en el porvenir un período clásico del arte, sus Fidias podrían esculpir esos rostros. La visión de la existencia como algo que hay que soportar, que reemplaza la pasión por la vida que fuera tan intensa en las civilizaciones tempranas, llegará con el tiempo a formar parte tan constitutiva de las razas avanzadas que su expresión facial terminará por aceptarse como una innovación artística. Ya se suele sentir que un hombre que vive sin torcer el gesto o imprimir a alguna parte de su fisonomía un sello de preocupación, se aleja demasiado de la sensibilidad moderna como para ser considerado un arquetipo moderno. Los hombres físicamente hermosos —esa gloria de la raza cuando ésta era joven— ya son casi un anacronismo; y cabría preguntarse si, más tarde o más temprano, las mujeres físicamente hermosas no se convertirán también en un anacronismo.

Ciertamente parece ser que una prolongada sucesión de siglos carentes de ilusiones ha desplazado por completo la idea helénica de la vida, o como quiera llamársele. Ahora sabemos perfectamente lo que los griegos apenas sospechaban; nuestros infantes sienten lo que sus Esquilos sólo intuían. El anticuado disfrute de la vida se torna cada vez menos posible a medida que develamos los defectos de las leyes naturales y nos percatamos del dilema en que se encuentra el hombre debido al imperio de las mismas.

Los lineamientos que encarnarán en ideales basados sobre este nuevo credo muy probablemente serán similares a los de Yeobright. La mirada del observador quedaba presa de su rostro. No como cuadro, sino como página; no por lo que era, sino por lo que registraba. Sus rasgos resultaban atractivos en cuanto símbolos, del mismo modo que los sonidos intrínsecamente comunes se tornan atractivos en el lenguaje, y las formas intrínsecamente simples se tornan interesantes en la escritura.

Había sido un chico del que se esperaba algo. Más allá de eso, todo había sido caos. Había parecido igualmente probable que triunfara de una manera original o que se malograra de una manera original. Lo único absolutamente seguro acerca de él había sido que no permanecería estancado en el medio en el que había nacido.

De ahí que cuando se mencionaba por casualidad su nombre entre los propietarios de la vecindad, el oyente dijera: «Ah, Clym Yeobright; ¿y qué anda haciendo ahora?». Cuando la pregunta instintiva acerca de una persona es «¿qué anda haciendo ahora?» es que se cree que no estará haciendo nada en particular, como la mayoría de nosotros. Existe una sensación indefinida de

que debe estar invadiendo alguna región singular, buena o mala. La piadosa esperanza es que le vaya bien. La certidumbre secreta es que lo que debe estar haciendo sea un desastre. Especialmente aficionados al tema eran media docena de prósperos mercaderes que solían parar en La Mujer Tranquila siempre que pasaban por allí en sus carros. De hecho, aunque no eran de Egdon, les resultaba difícil evitarlo cuando aspiraban los largos caños de sus pipas de barro y contemplaban el páramo por la ventana. Clym había estado tan inextricablemente unido al páramo en su niñez que casi nadie lograba mirarlo sin pensar en él. De ahí que el tema fuera recurrente: si estaba haciéndose de nombre y fortuna, tanto mejor para él; si estaba representando un papel trágico en el mundo, tanto mejor para la charla.

El hecho es que la fama de Yeobright se había extendido hasta alcanzar dimensiones incómodas ya antes de su partida del hogar. «Mala cosa es cuando la fama corre más rápido que los medios para alcanzarla», dijo el jesuita español Gracián. A los seis años de edad había hecho una pregunta que parecía inspirada en las Escrituras: «¿Quién fue el primer hombre de quien se sabe que usó pantalones?», y los aplausos habían resonado hasta los últimos rincones del páramo. A los siete, había pintado la batalla de Waterloo con polen de la flor de la maravilla y zumo de grosellas, a falta de acuarela. Ya cuando alcanzó los doce se le conocía a partir de ello como artista y estudioso al menos en dos millas a la redonda. Un individuo cuya fama se extiende tres o cuatro mil yardas en el tiempo que le toma a la de otros en su misma situación recorrer seiscientas u ochocientas, debe tener, necesariamente, algo especial. Es posible que la fama de Clym, como la de Homero, le debiera algo a las peculiaridades de su situación; no obstante, lo cierto es que era famoso.

Creció y recibió ayuda en la vida. Las bromas del destino que hicieron que Clive comenzara sus días como escribiente, Gay como lancero, Kyats como cirujano y mil otros de otras mil maneras singulares, desterró al montaraz y ascético chico del páramo a un oficio que se ocupaba únicamente de los símbolos señalados de la autocomplacencia y la vanagloria.

No es necesario entrar en los detalles que determinaron la elección de ese oficio para él. A la muerte de su padre, un caballero de la vecindad se había encargado amablemente de darle al chico una oportunidad, que tomó la forma de enviarlo a Budmouth. Yeobright no quería irse, pero era el único comienzo factible. De ahí fue a Londres; y de allí, poco después, a París, donde permaneció hasta el momento de nuestra narración.

Como se esperaba algo de él, no había estado en su casa muchos días antes de que empezara a despertar en el páramo una gran curiosidad acerca de por qué se quedaba tanto tiempo. Había pasado el plazo natural de unas vacaciones, pero seguía sin irse. La mañana del domingo siguiente a la boda de Thomasin se desarrollaba una discusión sobre ese tema en una barbería

improvisada frente a la casa de Fairway. En ese sitio se llevaba a cabo a esa hora de ese día de la semana el corte de pelo local, al que seguía a mediodía el gran baño dominical de los habitantes, al que, a su vez, seguía el gran atuendo de domingo una hora después. En Egdon Heath el domingo no empezaba propiamente hasta la hora del almuerzo, e incluso entonces era un espécimen algo maltratado.

Esa mañana de domingo era Fairway quien se encargaba de cortar el pelo; la víctima se sentaba en un tocón frente a la casa, después de quitarse el abrigo, y los vecinos comadreaban a su alrededor, mientras contemplaban distraídos los mechones de pelo que el viento levantaba después del tijeretazo y que volaban hasta perderse de vista hacia las cuatro esquinas del firmamento. La escena era la misma en verano y en invierno, excepto cuando el viento era más tempestuoso que de costumbre, ocasiones en que trasladaban el asiento unos pocos pies, al doblar de la esquina de la casa. Quejarse del frío sentado a la intemperie, sin sombrero y sin abrigo, mientras Fairway contaba historias de la vida real entre los golpes de la tijera habría sido declarar de una vez por todas que no se era un hombre. Encogerse, dejar escapar una exclamación o mover un músculo de la cara por los pequeños pinchazos bajo la oreja propinados por ese instrumento, o por las escarificaciones que dejaba el peine en el cuello, se habría considerado una enorme falta de urbanidad, teniendo en cuenta que Fairway lo hacía todo gratis. Un poco de sangre en la cabeza en las tardes de domingo quedaba plenamente explicado con un «me pelé, ya sabe».

La conversación sobre Yeobright había comenzado cuando lo vieron a lo lejos deambulando sin prisas por el páramo, frente a ellos.

—Un hombre al que le va bien en cualquier otra parte no se quedaría aquí dos o tres semanas de balde —dijo Fairway—. Algún plan tiene en mente; me la juego.

—Bueno, la verdad es que aquí no podría poner una tienda de diamantes —dijo Sam.

—No sé por qué habría traído dos baúles pesados si no hubiera venido a quedarse; y sólo Dios sabe qué puede hacer aquí.

Antes de que se logaran entretenerse con muchas más conjeturas, Yeobright se había aproximado; y al ver el grupo que se pelaba se desvió de su camino para sumársele. Marchando a su encuentro y mirando críticamente a sus caras durante un momento, dijo sin más introducción.

—Amigos, dejadme adivinar de qué habéis estado hablando.

—Inténtelo si quiere —dijo Sam.

—De mí.

—Bueno, es algo que no habría ni soñado en hacer si las cosas no fueran como son —dijo Fairway con aire de integridad—; pero ya que lo dijo, patrón Yeobright, reconozco que hablábamos de usted. Nos preguntábamos qué lo aguantaba aquí entreteniéndose con cosas de mujercitas, cuando se ha hecho de fama en el mundo entero en el negocio de las prendas. Esa es la pura verdad.

—Os lo diré —dijo Yeobright con repentina seriedad—. No lamento tener esta oportunidad. He vuelto a casa porque, todo visto y considerado, aquí puedo ser un poco menos inútil que en cualquier otro sitio. Pero me he dado cuenta sólo en los últimos tiempos. Cuando me fui por primera vez, pensaba que no valía la pena molestarse por este lugar. Pensaba que nuestra vida aquí era despreciable. Untarles aceite a las botas en vez de betún, quitarle el polvo al abrigo con una fusta en vez de un cepillo; ¿podía haber algo más digno de risa? Eso decía.

— ¡Así es; así mismito!

—No, os equivocáis; no es así.

—Con perdón sea dicho, pero creímos que eso era lo que pensaba.

—Bueno, a medida que cambiaban mis opiniones, la vida que llevaba comenzó a tornárase muy deprimente. Me percaté de que estaba tratando de parecerme a ciertas personas que no tenían nada que ver conmigo. Me empeñaba en sustituir un tipo de vida por otro que no era mejor que el que conociera antes. Era, sencillamente, distinto.

—Verdad; muy distinto —dijo Fairway.

—Sí, París debe ser un lugar arrebatador —dijo Humphrey—. Grandes vidrieras, trompetas y tambores; y aquí nosotros a la intemperie llueve, trueno o relampaguee.

—Pero no me entendéis —alegó Clym—. Todo ello me resultaba muy deprimente. Pero no tanto como algo que percibí a continuación; que mi negocio era el más vacuo, el más vano, el más afeminado al que podía dedicarse un hombre. Eso me hizo decidirme: lo abandonaré y trataré de dedicarme a alguna ocupación racional en medio de las personas a quienes más conocía y a quien podía resultarles más útil. He vuelto a casa; y así es como espero desarrollar mi plan: abriré una escuela lo más cerca posible de Egdon, para poder regresar caminando y abrir también una escuela nocturna en casa de mi madre. Pero primero tengo que estudiar un poco, para alcanzar la cualificación adecuada. Y ahora, vecinos, debo irme.

Y Clym prosiguió su paseo por el páramo.

—No lo hará por nada del mundo —dijo Fairway—. En unas semanas aprenderá a ver las cosas de otra manera.

—Es bien intencionado por parte del joven —dijo otro—. Pero yo pienso que sería mejor que se ocupara de sus propios asuntos.

## **2. El nuevo proyecto de vida provoca decepciones**

Yeobright amaba a sus semejantes. Estaba convencido de que lo que le faltaba a la mayoría de los hombres era ese tipo de conocimientos que redundan en sabiduría y no en riquezas. Deseaba elevar a la clase a expensas de los individuos, en vez de a los individuos a expensas de la clase. Y lo que es más, estaba listo para ser el primer sacrificado.

Cuando se pasa de la vida bucólica a la intelectual, las etapas intermedias suelen ser al menos dos, con frecuencia muchas más; y es casi seguro que una de esas etapas es de avance social. Resulta difícil imaginar que la placidez bucólica se active hasta adoptar propósitos intelectuales sin imaginar una fase de transición de propósitos sociales. La peculiaridad de Yeobright era que al tiempo que aspiraba a elevados pensamientos, se aferraba a una vida llana; más que eso, montaraz y magra en muchos aspectos, y a la hermandad con rústicos.

Era un Juan Bautista cuya prédica era el ennoblecimiento y no el arrepentimiento. Mentalmente habitaba en un futuro provinciano, esto es, en muchos sentidos se había adelantado hasta ponerse a la par de los pensadores centrales de las ciudades de su tiempo. Buena parte de su desarrollo se debía quizás a su vida de estudios en París, donde se había familiarizado con sistemas éticos populares en la época.

Como consecuencia de esa posición relativamente avanzada, se podría haber calificado a Yeobright de infortunado. El mundo rural no estaba maduro para él. Un hombre debe adelantarse sólo parcialmente a su tiempo; situarse en la extrema vanguardia en lo que toca a aspiraciones resulta fatal para la fama. Si el belicoso hijo de Filipo hubiera estado intelectualmente tan por delante de su tiempo como para haber intentado implantar la civilización sin derramamientos de sangre, habría sido doblemente el héroe semidivino que parecía, pero nadie habría oído hablar de Alejandro.

En bien de la fama, la anticipación debe residir fundamentalmente en la capacidad para manejar las cosas. Los propagandistas exitosos han triunfado porque la doctrina a la que han dado forma es la que sus oyentes sentían ya desde hacía algún tiempo sin ser capaces de articular. El hombre que aboga

por el avance estético y menosprecia el avance social sólo tiene posibilidades de hacerse entender por una clase para la cual el avance social ha perdido su encanto. Proponerle la posibilidad de adquirir cultura antes que lujo al mundo bucólico puede ser proponer algo de valor innegable, pero es un intento de interrumpir una secuencia a la que la humanidad se ha acostumbrado desde hace largo tiempo. Predicarles a los eremitas de Egdon que podían elevarse a un sereno entendimiento sin pasar por el proceso de enriquecerse no resultaba muy diferente de argumentarles a los caldeos de la antigüedad que para ascender de la tierra al puro empíreo no era necesario pasar primero por el firmamento o éter que se interponía entre ambos.

¿Poseía Yeobright una mente equilibrada? No. Una mente equilibrada es la que no muestra ningún sesgo en particular; es la mente de la que podemos decir, sin temor a equivocarnos, que nunca será la causa de que a su dueño se le encierre por loco, se le torture por hereje, o se le crucifique por blasfemo. Y también, por otro lado, que nunca será la causa de que se le aplauda como profeta, se le reverencie como sacerdote o se le exalte como rey. Las bendiciones que usualmente la acompañan son la felicidad y la mediocridad. Produce la poesía de Rogers, la pintura de West, el arte de estadista de North, la guía espiritual de Tomline; les permite a sus propietarios hallar el camino de la prosperidad, terminar bien, retirarse con dignidad de la escena, morir cómodamente en sus camas y conquistar el decoroso monumento que, en muchos casos, merecen. Nunca le habría permitido a Yeobright hacer una cosa tan risible como tirar por la borda su profesión en beneficio de sus semejantes.

Clym marchó hacia su casa sin hacer caso de los senderos. Si alguien conocía bien el páramo era él. Estaba permeado de sus paisajes, su sustancia y sus olores. Podía decirse de él que era producto suyo. Allí se habían abierto por primera vez sus ojos; todas las primeras imágenes de su memoria se mezclaban con su fisonomía; el páramo había matizado su concepto de la vida; sus juguetes habían sido los cuchillos y las puntas de fecha de pedernal que allí encontrara, mientras se preguntaba por qué las piedras «crecían» con formas tan extrañas; sus flores habían sido las campanillas púrpuras del brezo y las amarillas de la aulaga; su reino animal, las culebras y los segadores del páramo; sus compañeros, los seres humanos que lo poblaban. Tómense las múltiples aversiones que sentía Eustacia Vye hacia el páramo y tradúzcanse en amores y se entenderá el corazón de Clym. Contemplaba al caminar el anchuroso paisaje y se sentía contento.

Para muchas personas, Egdon era un sitio que había desertado de su siglo hacía varias generaciones para inmiscuirse en este como un objeto basto. Era algo obsoleto, y pocos se tomaban el trabajo de estudiarlo. ¿Cómo podía ser de otra manera en los días de terrenos de cultivo cuadrangulares, setos de ramas entretejidas por la mano del hombre y prados con regadíos implantados según

un plan tan rectangular que en un día de buen tiempo parecían mallas argentadas? El granjero que podía sonreír en su trayecto al ver los pastos sembrados, contemplar con solicitud el maíz que comenzaba a brotar y suspirar con tristeza ante los nabos comidos por los insectos, no le dedicaba a las distantes mesetas del páramo nada mejor que un fruncimiento del ceño. Pero en lo que tocaba a Yeobright, cuando miraba en su trayecto desde las alturas no podía evitar una bárbara satisfacción al observar que, en algunos de los intentos de hacer productivo el baldío, el terreno de labor, después de resistir uno o dos años, había retrocedido de nuevo, descorazonado, y los brotes de helechos y aulaga habían vuelto a reclamar, testarudos, su lugar.

Clym descendió al valle y pronto llegó a su hogar en Blooms-End. Su madre entresacaba las hojas secas de las plantas de los canteros que adornaban las ventanas. Lo miró, como si no comprendiera el significado de su larga estancia; hacía varios días que su rostro exhibía esa misma expresión. Clym percibía que la curiosidad que mostrara el grupo de la barbería alcanzaba en su madre el nivel del desasosiego. Pero no le había preguntado nada de palabra, aun cuando el arribo de su baúl sugiriera que no iba a marcharse pronto. Su silencio le reclamaba una explicación a Yeobright, con voz más alta que las palabras.

—No regresaré a París, madre —dijo—. Al menos, a desempeñar mi empleo anterior. He abandonado el negocio.

La señora Yeobright se volvió presa de una dolorosa sorpresa.

—Imaginé al ver tus baúles que había algún problema. Me sorprende que no me lo hayas dicho antes.

—Debía haberlo hecho. Pero he tenido dudas acerca de si te complacerían mis planes. Yo mismo no estaba seguro sobre algunos puntos. Voy a emprender un rumbo enteramente nuevo.

—Me asombras, Clym. ¿Cómo puedes querer que te vaya mejor de lo que te iba?

—Muy fácilmente. Pero no me irá mejor en el sentido al que te refieres; supongo que dirían que me va peor. Pero detesto ese negocio mío, y quiero hacer algo que valga la pena antes de morir. Creo que lo haré convirtiéndome en maestro... en maestro de los pobres y los ignorantes, para enseñarles lo que nadie más les enseñará.

—Después de todas las molestias que fue necesario tomarse para que tuvieras una oportunidad, y cuando todo lo que tendrías que hacer es seguir hasta hacerte rico, me dices que serás maestro de los pobres. Esas fantasías serán tu ruina, Clym.



La señora Yeobright se expresaba con serenidad, pero la fuerza del sentimiento que se ocultaba detrás de sus palabras era demasiado evidente para alguien que la conocía tan bien como su hijo. Clym no le respondió. Su rostro tenía ese aire de desesperanza de ser comprendido que adviene cuando quien objeta está constitucionalmente fuera del alcance de una lógica que, incluso en condiciones favorables, es un vehículo demasiado basto para la sutileza del argumento.

Nada más se comentó sobre el tema hasta el final del almuerzo. En ese momento, su madre lo retomó como si no se hubiera producido ninguna interrupción desde la mañana.

—Me inquieta enterarme de que has vuelto con proyectos como esos, Clym. No tenía ni la menor idea de que te propusieras, por tu propia voluntad, descender del lugar que ocupas en el mundo. Por supuesto, siempre supuse que seguirías adelante, como hacen otros hombres —todos los que merecen ese nombre— cuando se les han abierto las puertas para que progresen.

—No puedo evitarlo —dijo Clym turbado—. Madre, detesto ese negocio ostentoso. Hablas de hombres que merecen el nombre de tales. ¿Puede un hombre que merezca llamarse así perder su tiempo de esa manera afeminada, cuando ve a medio mundo irse al diablo por falta de alguien que se dedique con empeño a la tarea de enseñarle cómo afrontar la miseria en medio de la que nació? Me levanto cada mañana y veo a la creación que gime y trabaja penosamente, como dice San Pablo, y yo, mientras tanto, les vendo gemas resplandecientes a mujeres ricas y a libertinos con título de nobleza, y sirvo a las vanidades más mezquinas, yo, que tengo salud y fuerzas suficientes para casi cualquier empresa. Eso me ha inquietado todo el año, y el final ha sido que no puedo seguir haciéndolo.

— ¿Por qué no puedes, como lo hacen otros?

—No sé, salvo que hay muchas otras cosas que la gente ansía y yo no; y esa es en parte la razón de que piense que debo dedicarme a esto otro. Por mencionar sólo una, mi cuerpo no me pide mucho. No disfruto las exquisiteces; conmigo, las delicadezas resultan un despilfarro. Pues bien, debo convertir ese defecto en virtud, y dado que soy capaz de pasar sin lo que otros requieren, puedo gastar en los demás lo que esas cosas cuestan.

Como Yeobright había heredado precisamente algunos de esos instintos de la mujer que estaba ante él, no pudo sino despertar cierta reciprocidad en ella, si no con sus argumentos, mediante los sentimientos que despertara en su pecho, aun cuando la señora Yeobright lo disimuló todo lo que pudo por el bien de su hijo. Sus siguientes palabras llevaban menos seguridad en el tono.

—Y pensar que habrías podido ser un hombre rico sólo con perseverar.

Gerente de ese gran establecimiento de comercio de diamantes. ¿A qué más puede aspirar un hombre? ¡Un puesto de tanta confianza y respeto! Supongo que te pareces a tu padre; como él, te estás cansando de que te vaya bien.

—No —dijo su hijo—. No estoy cansado de eso, aunque sí de lo que te refieres con esa frase. Madre, ¿qué significa que a alguien le vaya bien?

La señora Yeobright era una mujer demasiado reflexiva para contentarse con definiciones hechas, y como el «¿Qué es la sabiduría?» del Sócrates de Platón, y el «¿Qué es la verdad?» de Poncio Pilatos, la quemante pregunta de Yeobright no recibió respuesta.

El sonido de la verja del jardín, un golpe a la puerta y esta al abrirse rompieron el silencio. Christian Cantle, vestido de domingo, hizo su aparición en la pieza.

En Egdon era costumbre comenzar el prefacio a cualquier historia antes de acabar de entrar en la casa, de modo de estar ya en el meollo de la narración cuando visitante y visitado se encontraban frente a frente. Christian había comenzado a decirles, cuando quitaba el pestillo a la puerta:

— ¡Y pensar que yo, que salgo de casa sólo de vez en cuando, y eso a veces, estaba allí esta mañana!

— ¿Nos traes alguna noticia entonces, Christian? —dijo la señora Yeobright.

—Sí, claro, de una bruja, y tenéis que perdonarme la hora; porque me dije, «tengo que ir a contárselo, aunque todavía deben estar a mitad del almuerzo». Os aseguro que me puse a temblar como una hojita que se lleva el viento. ¿Creéis que me pueda pasar algo malo por eso?

—Pero, ¿por qué?

—Esta mañana en la iglesia estábamos todos de pie cuando el pastor dijo: «Oremos». «Bueno», pensé yo, «tanto vale arrodillarse como alzarse»; así que allá fui y me arrodillé; y todos los demás estaban tan dispuestos a complacer al hombre como yo. No hacía ni un minuto que estábamos en eso cuando se oyó un chillido horrible en toda la iglesia como si alguien estuviera en las últimas. Todo el mundo se paró de un brinco y ahí vimos que Susan Nunsuch había pinchado a la señorita Vye con una aguja de zurcir, como había amenazado que haría en cuanto cogiera a la joven en la iglesia, a la que no va muy a menudo. Hacía semanas que Susan esperaba esta oportunidad, para sacarle sangre y terminar con el hechizo de sus hijos, que llevaba ya tanto tiempo. Sue la siguió a la iglesia, se le sentó al lado, y en cuanto se le presentó la oportunidad, allá fue la aguja a clavarse en el brazo de la señorita.

— ¡Santo cielo, qué cosa tan horrible! —dijo la señora Yeobright.

—Sue la pinchó con tantas ganas que la joven se desmayó; y como me dio miedo de que se formara un barullo, me escondí detrás del violón y no vi nada más. Pero dicen que la sacaron a coger aire; y cuando se pusieron a buscar a Sue, ya se había ido. ¡Qué grito dio esa muchacha, pobrecita! Allá estaba el pastor con su sobrepelliz, con las manos hacia el cielo y diciendo, «¡Sentaos, hijos míos, sentaos!». Pero qué iban a sentarse. Ah, ¿y de qué cree que me enteré, señora Yeobright? ¡El pastor usa ropa debajo de la sobrepelliz! Le vi unas mangas negras cuando alzó los brazos.

—Es una cosa muy cruel —dijo Yeobright.

—Sí —dijo su madre.

—La justicia debería tomar cartas en el asunto —dijo Christian—. Creo que ahí viene Humphrey.

Humphrey también entró en la casa.

— ¿Se enteraron de las noticias? Ya veo que sí. Es muy extraño que cada vez que alguien de Egdon va a la iglesia pase algo raro. La última vez que fue alguien de por aquí fue el vecino Fairway en el otoño; y ese fue el día en que usted prohibió que se leyeran las amonestaciones, señora Yeobright.

— ¿Pudo irse caminando a casa esa joven a la que trataron con tanta crueldad? —dijo Clym.

—Dicen que se mejoró y que se fue a su casa sin problemas. Y ahora que os lo he contado, yo también debo tomar el caminito de mi casa.

—Y yo —dijo Humphrey—. Ahora nos enteraremos al fin si hay algo de cierto en lo que se dice de ella.

Cuando volvieron a salir al páramo, Yeobright le dijo en voz queda a su madre:

— ¿Crees que me he apresurado en convertirme en maestro?

—Es justo que haya maestros, y misioneros, y gente por ese estilo —contestó ella—. Pero también es justo que yo quisiera sacarte de esta vida y darte otra más plena, y que no regresaras y fuera como si yo ni siquiera hubiera hecho el intento.

Más tarde ese mismo día, llegó Sam, el recogedor de turba.

—Vengo a pedirle una cosa prestada, señora Yeobright. Supongo que ya se ha enterado de lo que le pasó a la belleza de la colina.

—Sí, Sam; han venido media docena de personas a contárnoslo.

— ¿La belleza? —dijo Clym.

—Sí, es una joven bastante bonita —contestó Sam—. ¡Dios mío! Todo el mundo está de acuerdo en que es una de las cosas más raras del mundo que una mujer así se haya ido a vivir allá arriba.

— ¿Morena o rubia?

—Pues mire usted, que aunque la he visto más de veinte veces, eso es algo de lo que no me acuerdo.

—Más morena que Tamsin —musitó la señora Yeobright.

—Una mujer de la que podría decirse que no parece importarle nada.

— ¿Es melancólica, entonces? —preguntó Clym.

—Anda sola y enfurruñada, y no se mezcla con la gente.

— ¿Es una joven que gusta de las aventuras?

—No que yo sepa.

— ¿No se suma a los juegos de los muchachos para divertirse un poco en estas soledades?

—No.

— ¿A los mimos, por ejemplo?

—No. Tiene otros gustos. Yo diría que sus pensamientos andan muy lejos de aquí, con unas damas y unos caballeros a los que nunca conocerá y en mansiones que nunca volverá a ver.

Al observar que Clym parecía singularmente interesado en el asunto, la señora Yeobright le dijo un tanto intranquila a Sam:

—Le concede usted más que la mayoría de nosotros. A mí la señorita Vye me parece demasiado indolente para resultar encantadora. Nunca he sabido que haga algo útil para sí misma o para los demás. A las chicas buenas no las tildan de brujas ni siquiera en Egdon.

—Tonterías, eso no prueba ni una cosa ni la otra —dijo Yeobright.

—Bueno, por supuesto, yo no entiendo de esas quisicosas —dijo Sam, retrocediendo ante la posibilidad de una discusión desagradable—; y sea lo que sea, el tiempo nos lo dirá. A lo que venía realmente era a pedirle prestada la sogá más larga y más fuerte que tenga. El balde del capitán se cayó en el pozo, y necesitan agua; y como todos los hombres estamos hoy en casa, creemos que podemos sacárselo. Ya conseguimos la sogá de tres carros, pero no llegan al fondo.

La señora Yeobright le dijo que se llevara todas las sogas que encontrara en el cobertizo, y Sam fue a buscarlas. Cuando pasó junto a la puerta, Clym se

le unió y lo acompañó hasta la verja.

— ¿Esta brujita se va a quedar mucho tiempo en Mistover? —preguntó.

—Yo diría que sí.

—Qué vergüenza tratarla tan mal. Debe haber sufrido mucho, más mental que físicamente.

—La cosa no tuvo ninguna gracia, y además, una chica tan bonita. Debía pasar a verla, señor Yeobright, usted, que es un joven venido de tan lejos, y que tiene algo más de que conversar que nosotros.

— ¿Cree que le gustaría enseñarles a los niños? —dijo Clym.

Sam hizo un gesto negativo.

—Me parece que no es de esas.

—Oh, fue sólo algo que se me ocurrió. Por supuesto, sería necesario verla y hablarlo con ella, lo que no es fácil, por cierto, porque mi familia y la de ella no se llevan muy bien.

—Le diré cómo puede verla, señor Yeobright —dijo Sam—. Esta noche a las seis vamos a tratar de pescar el balde en su casa, y podría darnos una mano. Vienen cinco o seis hombres, pero el pozo es hondo, y otro más nos vendría bien, siempre que no le importe que lo vean de esa facha. Es seguro que ella andará por allí cerca.

—Lo pensaré —dijo Yeobright; y cada uno tomó su rumbo.

Clym lo pensó mucho, pero en la casa, en ese momento, no hizo ningún otro comentario sobre Eustacia. Siguió siendo un enigma para él si la víctima de la superstición y el melancólico mimo con el que conversara a la luz de la luna llena eran una única y misma persona.

### **3. El primer acto de un viejo drama**

Esa tarde hizo buen tiempo, y Yeobright paseó por el páramo durante una hora con su madre. Cuando llegaron a la majestuosa cima que dividía el valle de Blooms-End del vecino, se detuvieron para contemplar el paisaje. En una dirección se veía la posada de La Mujer Tranquila, en el extremo más bajo del páramo, y allá a lo lejos, en sentido opuesto, se alzaba Mistover Knap.

— ¿Tienes intención de visitar a Thomasin? —preguntó Clym.

—Sí. Pero esta vez no tienes que venir —dijo su madre.

—En ese caso, me separaré aquí de ti, madre. Iré a Mistover.

La señora Yeobright se volvió a mirarlo con aire inquisitivo.

—Voy a ayudar a sacar el balde del pozo del capitán —continuó Clym—. Como es tan hondo, puedo resultarles útil. Y me gustaría ver a la señorita Vye, no tanto por su hermosura como por otro motivo.

— ¿Es imprescindible que vayas? —preguntó su madre.

—Pensé hacerlo.

Y se separaron.

—No hay manera de evitarlo —murmuró abatida la madre de Clym mientras su hijo se alejaba—. Seguro que se verán. Habría sido bueno que Sam hubiera ido a otra casa con la noticia, y no a la mía.

La silueta de Clym al subir y bajar las colinas se hacía cada vez más pequeña.

—Su corazón es tierno —se dijo la señora Yeobright mientras lo contemplaba—; si no fuera así, no tendría mayor importancia. ¡Con que energía camina!

Era cierto que Clym andaba con paso enérgico sobre la turba, tieso como una vela, como si en ello le fuera la vida. Su madre hizo una profunda inspiración y tras abandonar la idea de visitar a Thomasin, volvió sobre sus pasos. Los cendales de la noche comenzaban a transformar los valles en imágenes nebulosas, pero las alturas aún recibían la luz de los rayos oblicuos y mortecinos del sol invernal, que caían sobre Clym en su avance, seguido por las miradas de todos los conejos y demás animales campestres de los alrededores, al tiempo que una larga sombra marchaba delante de él.

Al aproximarse al muro cubierto de turba y la zanja que hacían las veces de parapeto de la casa del capitán, escuchó voces en su interior, lo que significaba que las operaciones ya habían comenzado. Se detuvo junto a la verja del costado y echó un vistazo.

Media docena de hombres físicamente capaces estaban en fila a partir del brocal, aguantando una sogas que pasaba por la roldana del pozo hasta llegar al fondo. Fairway, con un pedazo de sogas más fina enrollado alrededor del cuerpo y amarrada a uno de los postes, para evitar accidentes, estaba inclinado sobre la boca y sostenía con la mano derecha la sogas que descendía verticalmente.

—Ahora haced silencio, amigos —dijo Fairway.

Cesaron las conversaciones y Fairway le imprimió un movimiento circular a la sogas, como si estuviera revolviendo masa. Al cabo de un minuto reverberó

un sordo chapoteo proveniente del fondo del pozo; la curva helicoidal que le había impreso a la soga había llegado al garfio que estaba en las profundidades.

— ¡Tirad! —dijo Fairway; y los hombres que aguantaban la soga comenzaron a recogerla con la roldana.

—Creo que tenemos algo —dijo uno de los que estiraba.

—Entonces recoged soga despacio —dijo Fairway.

Subieron más y más soga, hasta que se pudo oír en lo profundo del pozo un goteo regular. Se hizo más definido a medida que subía el balde, y pronto habían recogido ciento cincuenta pies de soga.

Fairway encendió entonces una linterna, la ató a otra cuerda y comenzó a bajarla por el pozo junto a la primera; Clym se adelantó y miró hacia abajo. En su descenso, la linterna ponía de relieve en las paredes del pozo extrañas hojas húmedas que nada sabían de las estaciones del año, y musgos de pintoresca naturaleza; al fin, sus rayos cayeron sobre una confusa masa de soga y balde que colgaba en el aire acuoso y oscuro.

— ¡No lo tenemos más que por el borde del asa! ¡Por Dios, no vayáis a menearlo! —dijo Fairway.

Tiraron con la mayor suavidad posible hasta que el balde mojado apareció a dos yardas por debajo de ellos, como un amigo muerto que volviera a la tierra. Tres o cuatro manos se estiraron, y entonces la soga dio una sacudida, la roldana giró a toda velocidad, los dos hombres que tiraban de la soga más cerca del brocal cayeron de espaldas, se escucharon los golpes contra las paredes del pozo de un cuerpo que caía, y del fondo se elevó un estruendo atronador. El balde había vuelto a caer.

— ¡Maldito balde! —dijo Fairway.

—Bájala otra vez —dijo Sam.

—Estoy más tieso que un hueso de carnero de estar tanto tiempo echado para adelante —dijo Fairway enderezándose y estirándose hasta que le crujieron las coyunturas.

—Descansa unos minutos, Timothy —dijo Yeobright—. Yo tomaré tu lugar.

Volvieron a bajar el garfio. Su impacto perceptible en el agua distante llegó a sus oídos como un beso, y al oírlo Yeobright se arrodilló e, inclinándose sobre el brocal, comenzó a moverlo en círculos como hiciera Fairway.

—Amarradlo con una soga. ¡Es peligroso! —exclamó una voz suave y nerviosa en algún punto por encima de sus cabezas.

Todos se volvieron. La que hablaba era una mujer que contemplaba al grupo desde una ventana del piso superior, cuyos cristales despedían llamaradas a la luz rojiza del poniente. Sus labios estaban entreabiertos y parecía haber olvidado por un momento dónde se encontraba.

Ataron la soga alrededor de la cintura de Yeobright, como la joven aconsejara, y el trabajo prosiguió. En el próximo tirón no se sintió gran peso, y descubrieron que sólo habían enganchado un pedazo de la soga desprendida del balde. Echaron a un lado la masa enmarañada. Humphrey ocupó el lugar de Yeobright y volvieron a bajar el garfio.

Yeobright se retiró hasta el montón de soga recuperada con aspecto meditativo. No tenía la menor duda acerca de la coincidencia entre la voz de la dama y la del mimo melancólico.

— ¡Qué considerado de su parte! —se dijo.

Eustacia, que se había sonrojado al percibir el efecto de su exclamación en el grupo que se encontraba a sus pies ya no volvió a verse en la ventana, aunque Yeobright la examinó pensativo. Mientras se encontraba allí, los hombres que se hallaban junto al pozo lograron sacar el balde sin más percances. Uno de ellos fue a inquirir por el capitán, a fin de averiguar qué órdenes tenía a bien darles para arreglar los aparejos del pozo. El capitán no estaba en casa, y Eustacia apareció en la puerta y salió al patio. Había adoptado un aire de tranquila y digna calma, muy lejano de la vivaz intensidad de sus palabras acerca de la seguridad de Clym.

— ¿Será posible sacar agua esta noche? —preguntó.

—No, señorita; el balde soltó todo el fondo. Y como ahora no podemos hacer nada más, nos iremos y vendremos mañana por la mañana.

—No tendremos agua —murmuró al tiempo que se volvía para retirarse.

—Puedo mandarle un poco de Blooms-End —dijo Clym, al tiempo que se adelantaba y se quitaba el sombrero mientras los hombres se marchaban.

Yeobright y Eustacia se miraron un instante, como si ambos tuvieran presentes los escasos momentos en que habían compartido cierta escena a la luz de la luna. Con esa mirada, la calmada fijeza del rostro de la joven se sublimó hasta convertirse en una expresión de refinamiento y calidez; fue como un estridente mediodía que alcanzara la dignidad del ocaso en un par de segundos.

—Gracias, no es necesario —contestó.

—Pero no tiene agua.

—Bueno, para mí no es agua —dijo sonrojándose y alzando sus párpados



de largas pestañas como si ello fuera una tarea que requiriera cierta consideración—. Pero para mi abuelo es suficiente. Le mostraré lo que quiero decir.

Se alejó unas pocas yardas y Clym la siguió. Cuando llegó al recodo del cercado, donde se encontraban los escalones para subir al muro que circundaba la vivienda, Eustacia se subió a él de un salto, con una ligereza que parecía extraña después de su lánguido avance hasta el pozo. Ello mostró, incidentalmente, que su aparente languidez no se debía a una falta de fuerzas.

Clym subió junto a ella y notó los restos circulares de una hoguera en lo alto del muro.

—¿Son cenizas? —dijo.

—Sí —dijo Eustacia—. Hicimos una pequeña fogata aquí el pasado Cinco de Noviembre, y esas son las huellas que quedaron.

En ese punto había ardido el fuego que encendiera para atraer a Wildeve.

—Esa es la única agua que tenemos —continuó, lanzando una piedra a la poza, que se encontraba del lado de afuera del muro, como el blanco de un ojo sin pupila. La piedra chapoteó al caer, pero Wildeve no apareció del lado opuesto, como hiciera en una ocasión anterior.

—Mi abuelo dice que vivió más de veinte años en el mar con agua dos veces peor que esta, y la considera lo suficientemente buena para nosotros en caso de emergencia —prosiguió la joven.

—Bueno, lo cierto es que en esta época del año el agua de estas pozas no tiene ninguna impureza. Acaba de lloverles.

Eustacia sacudió la cabeza.

—Me las ingenio para sobrevivir en un erial, pero no puedo beber de una poza —dijo.

Clym volvió la vista hacia el pozo, que ahora ya estaba desierto, porque los hombres se habían ido a sus casas.

—Es muy lejos para mandar a buscar agua de manantial —dijo después de un silencio—. Pero como no le gusta la de la poza, trataré de conseguirle un poco de agua yo mismo —regresó junto al pozo—. Sí, creo que puedo hacerlo si amarro este balde.

—Pero como no quise molestar a los hombres haciendo que la sacaran de ningún modo puedo dejar que lo haga usted.

—No es ninguna molestia.

Yeobright amarró el balde a la larga soga, la pasó por la roldana y lo hizo

bajar dejando que la soga se deslizara entre sus manos. No obstante, antes de que hubiera avanzado demasiado, la contuvo.

—Tengo que hacerle un nudo apretado al cabo, para no perderlo todo —le dijo a Eustacia, que se había aproximado—. ¿Puede sujetarme esto un momento mientras lo hago, o prefiere que llame a su sirvienta?

—Puedo sujetarlo —dijo Eustacia.

Clym le colocó la soga entre las manos y fue a buscar el cabo.

— ¿La dejo deslizarse hacia abajo? —preguntó Eustacia.

—Le aconsejo que no la deje bajar mucho —dijo Clym—. Se dará cuenta de que se hace mucho más pesada.

No obstante, Eustacia había empezado a dar soga. Clym aún se encontraba haciendo el nudo cuando la joven gritó:

— ¡No puedo pararla!

Clym corrió a su lado y se dio cuenta de que sólo podía detener la soga enredando el cabo suelto alrededor del poste vertical, lo que la hizo pararse con una sacudida.

— ¿Se ha hecho daño?

—Sí —contestó Eustacia.

— ¿Mucho?

—No. Creo que no.

Abrió las manos. Una de ellas sangraba; la soga le había arrancado la piel. Eustacia se la envolvió en el pañuelo.

—Debió haberla soltado —dijo Yeobright—. ¿Por qué no lo hizo?

—Usted me dijo que la sujetara... Esta es la segunda herida que recibo hoy.

—Ah, sí, ya oí. Me avergüenzo de mi Egdon nativo. ¿Fue muy seria la herida que recibió en la iglesia, señorita Vye?

Había un cúmulo tal de simpatía en el tono de Clym que Eustacia se levantó lentamente la manga y puso al descubierto su brazo blanco y torneado. En su lisa superficie se veía una mancha de un rojo brillante, como un rubí en un trozo de mármol de Paros.

—Es ahí —dijo poniéndose el dedo sobre la herida.

—Fue una cobardía de esa mujer —dijo Clym—. ¿El capitán Vye no se va a encargar de que reciba un castigo?

—Salió de casa precisamente para eso. Yo no sabía que tenía esa fama de maga.

— ¿Y se desmayó? —dijo Clym mirando el pequeño pinchazo escarlata como si quisiera darle un beso para curarlo.

—Sí, me asusté. Hacía mucho tiempo que no iba a la iglesia. Y ahora no iré en largo tiempo, quizás no vaya nunca más. Después de esto no puedo enfrentarme a sus miradas. ¿No le parece terriblemente humillante? Durante varias horas después quise morirme, pero ya no me importa.

—He venido para barrer todas esas telarañas —dijo Yeobright—. ¿Querría ayudarme dándoles clases? Podríamos ayudarlos mucho.

—No siento muchos deseos de hacerlo. Mis semejantes no me inspiran demasiado amor. Algunas veces los odio bastante.

—Aun así, creo que si escuchara mis planes podría interesarse en ellos. No vale de nada odiar a la gente; si se va a odiar algo, es mejor odiar lo que los ha hecho como son.

— ¿Se refiere a la Naturaleza? Ya la odio. Pero me encantaría oír sus planes en cualquier momento.

La conversación se había agotado, y el siguiente paso natural era que se dijeran adiós. Clym lo sabía, y Eustacia hizo un gesto para ponerle fin al encuentro; sin embargo, él la miró como si tuviera algo más que decirle. Quizás, de no haber vivido en París, nunca lo habría hecho.

—No es la primera vez que nos vemos —dijo, observándola con más interés del necesario.

—No lo admitiré —dijo Eustacia con una expresión cohibida y fija.

—Pero yo puedo pensar lo que quiera.

—Sí.

—Aquí está muy sola.

—No soporto el páramo, excepto en la estación en que brotan las flores púrpuras. Es para mí como un cruel preceptor.

— ¿Cómo puede decir eso? —preguntó él—. A mí me parece sumamente estimulante, vigorizador, balsámico. Antes viviría en estas colinas que en cualquier otro lugar del mundo.

—Eso está bien para los artistas; pero yo nunca aprenderé a dibujar.

—Y allá hay una curiosísima columna de los druidas —lanzó un guijarro en esa dirección—. ¿Va a menudo a verla?

—Ni siquiera sabía que hubiera esa curiosa columna. Sé que en París hay bulevares.

Yeobright contempló el suelo pensativo.

—Eso quiere decir mucho —dijo.

—Así es —dijo Eustacia.

—Recuerdo cuando yo tenía la misma ansia por conocer el tropel urbano. Cinco años de una gran ciudad serían una cura perfecta.

— ¡Quisiera el Cielo mandarme esa cura! Y ahora, señor Yeobright, me iré a mi casa a vendarme la mano lastimada.

Se separaron y Eustacia desapareció en medio de las crecientes sombras. La joven parecía guardar un mundo de cosas en su interior. Su pasado era una página en blanco, su vida había comenzado. Clym no se percató plenamente del efecto que le había producido ese encuentro hasta algún tiempo después. Durante la caminata hasta su casa lo que sentía de manera más inteligible era que su plan, de alguna manera, había llegado a la gloria. Una mujer hermosa se había trenzado con él.

Al llegar a la casa subió a la habitación que debía convertirse en su estudio y se dedicó durante el resto de la noche a sacar sus libros de las cajas y colocarlos en los estantes. De otra caja sacó una lámpara y una lata de aceite. Despabiló la lámpara, preparó su mesa y dijo:

—Ahora estoy listo para empezar.

Se levantó temprano a la mañana siguiente, antes de desayunar leyó dos horas a la luz de la lámpara; leyó toda la mañana y toda la tarde. Cuando el sol se ponía sintió la vista cansada y se reclinó en su silla.

Desde su cuarto se dominaba el frente de la casa y, más allá, el valle del páramo. Los rayos más bajos del sol invernal lanzaban la sombra de la casa sobre la empalizada, el anillo de hierba que bordeaba el páramo y la planicie, donde los contornos de la chimenea y de las copas de los árboles que rodeaban la vivienda se proyectaban como los dientes de un largo tenedor. Como había permanecido sentado trabajando todo el día, Clym decidió dar una vuelta por las colinas antes de que oscureciera; y dicho y hecho, emprendió la marcha por el páramo en dirección a Mistorver.

Fue una hora y media después que volvió a hacer su aparición ante la verja del huerto. Las persianas de la casa estaban cerradas, y Christian Cantle, quien había pasado todo el día echando estiércol en el huerto, se había marchado ya. Al entrar, Clym halló que su madre, después de esperarlo durante un largo rato, había terminado de cenar.

— ¿Dónde te metiste, Clym? —dijo la señora Yeobright de inmediato—. ¿Por qué no me dijiste que ibas a salir a esta hora?

—Anduve por el páramo.

—Si subes allá te encontrarás con Eustacia Vye.

Clym hizo una pausa de un minuto.

—Sí, me la encontré esta noche —dijo, como si lo confesara por la mera necesidad de ser sincero.

—Me lo estaba preguntando.

—No fue una cita.

—No; esos encuentros nunca lo son.

—Pero no estarás molesta, madre.

—Me resulta difícil decir que no lo estoy. ¿Molesta? No. Pero cuando pienso en la naturaleza usual de las trabas que hacen que los hombres con un futuro promisorio defrauden a todos, siento cierta inquietud.

—Ese sentimiento te enaltece, madre. Pero te aseguro que no tienes por qué preocuparte por mi causa.

—Cuando pienso en ti y en tus nuevas chifladuras naturalmente que no me siento tan tranquila como hace un año —dijo la señora Yeobright con cierto énfasis—. Me resulta increíble que un hombre acostumbrado a las atractivas mujeres de París y de otros sitios se deje impresionar tan fácilmente por una chica del páramo. Podrías haber caminado en otra dirección.

—Me había pasado el día estudiando.

—Bueno, sí —añadió la señora Yeobright con tono más esperanzado—. He estado pensando que quizás salgas adelante como maestro y te destagues en eso, ya que estás decidido a renunciar al camino que seguías.

Yeobright no quiso rebatir esa idea, aunque su plan estaba muy lejos de hacer de la educación de los jóvenes un mero canal de ascenso social. No sentía ningún deseo semejante. Había llegado a esa etapa en la vida de un joven en que se le hace evidente por primera vez cuán desoladora es la condición humana general; y la conciencia de ello hace que la ambición se extinga por un tiempo. En Francia no es inusual que los jóvenes se suiciden en esa etapa; en Inglaterra la situación es mucho mejor, o mucho peor, según se mire.

El amor entre el joven y su madre resultaba extrañamente imperceptible ahora. Del amor se puede afirmar que mientras menos terrenal, menos demostrativo es. En su forma absolutamente indestructible, alcanza una

profundidad en que toda exhibición del mismo resulta penosa. El de madre e hijo era así. Si alguien hubiera escuchado las conversaciones que sostenían, habría dicho: «¡Con qué frialdad se tratan!».

La teoría y los deseos de Clym de dedicar su futuro a la enseñanza habían impresionado a la señora Yeobright ¿Cómo habría podido ser de otra forma, si él formaba parte de ella, si las charlas entre ambos eran como si las sostuvieran la mano izquierda y la mano derecha del mismo cuerpo? Clym había renunciado a convencerla con sus argumentos; y le resultaba casi un descubrimiento el saber que podía convencerla mediante un magnetismo que era tan superior a las palabras como las palabras a los gritos.

Comenzaba a experimentar la extraña sensación de que no le sería tan difícil persuadir a su madre, que era su mejor amiga, de que una pobreza relativa era, en esencia, el más elevado propósito al que podía dedicar su vida, como reconciliar con sus sentimientos la acción de persuadirla. Desde todo punto de vista sensato, su madre estaba tan indudablemente en lo cierto que no era sino con cierto dolor en el corazón que se percataba de que podía hacerla vacilar en sus convicciones.

La señora Yeobright tenía un singular conocimiento de la vida, si se considera que nunca se había visto mezclada en ella. Hay personas que, sin tener una clara idea de las cosas que critican, tienen, sin embargo, una clara idea de todo lo que con ellas se relaciona. Blacklock, un poeta ciego de nacimiento, podía describir con precisión objetos visuales; el profesor Sanderson, quien también era ciego, daba excelentes conferencias sobre el color, y les enseñaba a otros la teoría que sustentaba ideas que ellos tenían y él no. En la esfera social ese don pertenece sobre todo a las mujeres, que pueden contemplar un mundo que nunca han visto y estimar fuerzas de las que sólo han oído hablar. Recibe el nombre de intuición.

¿Qué era el vasto mundo para la señora Yeobright? Una multitud cuyas tendencias era posible percibir, aunque no sus esencias. Veía las comunidades como desde cierta distancia; para ella eran como las muchedumbres que llenan los lienzos de Sallaert, Van Alsloot y otros pintores de esa escuela: vastas masas de seres humanos que se empujaban, zigzagueaban y marchaban en direcciones definidas, pero cuyos rostros no resultaban distinguibles debido a la misma amplitud del punto de vista.

Resultaba dable ver que, su vida, hasta donde había transcurrido, era muy completa en su dimensión reflexiva. La filosofía propia de su naturaleza, y la limitación que a esta le habían impuesto las circunstancias, estaban casi impresas en sus movimientos. Nacían de un cimiento de majestad, aunque estaban lejos de ser majestuosos; y tenían un fondo de circunspección, aunque no eran circunspectos. Igual que el tiempo había quebrantado su paso antes

elástico, las necesidades sufridas habían marchitado en flor su natural orgullo.

La siguiente pincelada que contribuiría a trazar el destino de Clym ocurrió pocos días después. En el páramo se excavó un túmulo y Yeobright asistió a la operación, para lo cual abandonó su estudio durante varias horas. En la tarde, Christian regresó de un recorrido en la misma dirección y la señora Yeobright lo sometió a un interrogatorio.

—Abrieron un hueco y encontraron unas cosas que son como floreros boca abajo, señora Yeobright; y dentro había huesos como de cementerio. Se los llevaron para sus casas; pero a mí no me gustaría dormir cerca de ellos. Se ha sabido de muertos que vuelven para reclamar lo que es suyo. El señor Yeobright cogió una de esas macetas de huesos y la iba a traer a la casa —huesos de un esqueleto de verdad— pero al final resultó que no. No tiene por qué ponerse nerviosa, porque cuando lo pensó mejor regaló su maceta con todo lo que tenía adentro; y eso es una suerte para usted, señora Yeobright, teniendo en cuenta el viento que sopla por las noches.

— ¿La regaló?

—Sí. A la señorita Vye. Parece que tiene el mismo gusto que los caníbales por esas cosas de cementerio.

— ¿La señorita Vye fue también?

—Sí, allí estaba.

Cuando Clym llegó a su casa, poco después, su madre le dijo, en tono curioso:

—Regalaste la urna que ibas a darme a mí.

Yeobright no respondió; el torrente de los sentimientos de su madre era demasiado fuerte como para admitir su existencia.

Pasaron las primeras semanas del año. Yeobright no dejaba de estudiar en su hogar, pero también salía a dar largos paseos, y siempre caminaba en dirección a algún punto de la línea que unía a Mistover con Rainbarrow.

Llegó el mes de marzo, y el páramo dio las primeras señales de estar despertando de su trance invernal. Ese despertar era casi felino en su sigiloso avance. La poza junto al lado exterior del muro que rodeaba la casa de Eustacia, que le habría parecido tan muerta y desolada como siempre a un observador que se moviera e hiciera ruido en el curso de su examen, le habría revelado gradualmente una gran animación a quien la contemplara en silencio durante un tiempo. La estación hacía revivir un tímido mundo animal. Los pequeños renacuajos y lagartijas acuáticas comenzaban a hacer burbujas en la superficie del agua y a desplazarse velozmente por debajo de ella; los sapos hacían un ruido muy parecido al de los patitos recién nacidos y avanzaban

hasta la orilla en parejas y tríos; en lo alto, los abejorros volaban de un lado a otro en medio de la luz que se adensaba, y su zumbido iba y venía como el de un gong.

En una de esas noches Yeobright bajaba hacia el valle de Blooms-End procedente de las márgenes de esa misma poza, donde había permanecido con otra persona en suficiente silencio y durante un tiempo suficiente como para oír ese minúsculo revuelo de la naturaleza que resucitaba; pero no lo había oído. Su paso en el descenso era rápido y elástico. Antes de entrar en la casa de su madre se detuvo e hizo una inspiración. La luz que lo alumbraba desde la ventana reveló que tenía el rostro encendido y los ojos brillantes. Lo que no mostró era algo posado sobre sus labios, como un sello impreso sobre ellos. La permanencia de esa huella era tan real que casi no se atrevía a entrar en la casa, porque le parecía que su madre podía decirle: «¿Qué es esa mancha roja que reluce de manera tan viva sobre tu boca?».

Pero entró poco después. El té estaba listo y se sentó frente a su madre. Ésta no habló mucho; y en cuanto a él, algo que acababa de suceder y algunas palabras que acababan de ser intercambiadas en la colina le impedían iniciar una charla superficial. El aire taciturno de su madre no dejaba de resultar ominoso, pero a Clym no parecía importarle. Sabía por qué la señora Yeobright hablaba tan poco, pero no estaba a su alcance eliminar la causa de su actitud hacia él. Esas veladas casi mudas ya se estaban haciendo comunes entre ellos. Al fin, Yeobright dio inicio a una conversación encaminada a llegar a la raíz del asunto.

—Hace cinco días que nos sentamos así a comer, casi sin intercambiar una palabra. ¿Qué sentido tiene esto, madre?

—Ninguno —dijo ella, con tono que revelaba el pesar de su corazón—. Pero hay un muy buen motivo para ello.

—No cuando lo sepas todo. He estado queriendo hablarte de ello, y me alegro de haber abordado el tema. El motivo, por supuesto, es Eustacia Vye. Bien, confieso que he estado buscándola últimamente, y que la he visto muchas veces.

—Sí, sí; y sé lo que eso significa. Me preocupa, Clym. Estás malgastando tu vida aquí; y es sólo a causa de ella. Si no hubiera sido por esa mujer no se te habría ocurrido ese plan de hacerte maestro.

Clym le dirigió una mirada dura a su madre.

—Sabes que eso no es cierto —dijo.

—Bueno, ya sé que habías decidido intentarlo antes de conocerla; pero todo se habría quedado en las intenciones. Estaba muy bien como tema de



conversación, pero era ridículo pensar en ponerlo en práctica. Yo estaba convencida de que con el transcurso de uno o dos meses habrías comprendido la locura de esa inmolación, y para esta época habrías regresado a París a uno u otro negocio. Puedo entender tus objeciones al comercio de diamantes; pensaba en realidad que podría resultar inadecuado para un hombre como tú, aunque podría haberte hecho millonario. Pero ahora que veo cuán equivocado estás con respecto a esa joven, dudo de que estés en lo cierto en lo demás.

— ¿En qué sentido estoy equivocado con respecto a ella?

—Es una holgazana y una insatisfecha. Pero eso no es todo. Suponiendo que sea una mujer tan buena como cualquier otra que puedas encontrar, lo que sin duda no es, ¿por qué quieres atarte a alguien en este momento?

—Bueno, hay razones prácticas —comenzó Clym, y de inmediato se interrumpió con la abrumadora sensación del peso de los argumentos que podían plantearse en contra de su alegato—. Si abro una escuela, una mujer educada me sería de una ayuda invaluable.

— ¡Cómo! ¿Piensas realmente casarte con ella?

—Sería prematuro darlo por sentado. Pero piensa en las obvias ventajas que eso supondría. Es...

—No creas que tiene dinero. No tiene ni un centavo.

—Tiene una educación excelente, y sería una buena directora de un internado. Reconozco francamente que he modificado un poco mis opiniones, en atención a ti; y deberías sentirte satisfecha. Ya he renunciado a mi intención de darle yo mismo una educación rudimentaria a la clase más baja. Puedo hacer algo mejor. Puedo fundar una buena escuela privada para los hijos de los granjeros, y trabajando en la escuela puedo ingeniármelas para pasar los exámenes. De esa forma, y con la ayuda de una esposa como ella...

— ¡Oh, Clym!

—Confío en que llegaré a dirigir una de las mejores escuelas del condado.

Yeobright había pronunciado la palabra «ella» con un fervor que, en una conversación con su madre, resultaba absurdamente indiscreto. Ningún corazón maternal en el los confines de los cuatro mares habría podido evitar la irritación ante esa imprudente revelación de amor por una nueva mujer.

—Estás ciego, Clym —dijo enardecida—. El día en que posaste tus ojos en ella por primera vez fue aciago. Y tu plan no es más que un castillo en el aire, construido a propósito para justificar esta locura que te posee, y para calmar tu conciencia ante la situación irracional en la que te has colocado.

—Madre, eso no es cierto —respondió él con firmeza.

— ¿Eres capaz de decirme tranquilamente que miento cuando todo lo que quiero es evitarte una pena? ¡Qué vergüenza, Clym! ¡Pero todo es culpa de esa mujer, de esa tunanta!

El rostro de Clym enrojció como una llamarada, como una rosa. Puso su mano sobre el hombro de su madre y dijo, en un tono que osciló extrañamente entre el ruego y la orden:

—No quiero seguir escuchándote. Podría verme tentado a responderte de una manera que ambos lamentaríamos.

Su madre entreabrió los labios para comenzar a decir alguna otra verdad vehemente, pero al mirarlo vio algo en su rostro que la condujo a no pronunciar palabra. Yeobright recorrió una o dos veces la habitación de un lado a otro y después, súbitamente, salió de la casa. Eran las once cuando regresó, aunque no había salido de los límites del huerto. Su madre se había ido a la cama. Había una luz sobre la mesa y la cena estaba servida. Sin detenerse a comer, Clym aseguró las puertas y subió al segundo piso.

#### **4. Una hora de gloria y muchas horas de tristeza**

El día siguiente fue sombrío en Blooms-End. Yeobright permaneció en su estudio, sentado ante los libros abiertos, pero la labor de esas horas fue míseramente escasa. Decidido a que no hubiera en su conducta ningún rastro de hosquedad hacia su madre, le había hablado ocasionalmente sobre cuestiones sin importancia, y no había tomado en cuenta la brevedad de sus respuestas. Con la misma determinación a guardar las apariencias de que conversaban de manera normal, dijo, alrededor de las siete de la noche:

—Esta noche hay un eclipse de luna. Voy a ir a verlo.

Y tras ponerse el abrigo, se marchó.

La luna, aún baja sobre el horizonte, no era visible desde el frente de la casa, así que Yeobright subió del valle hasta quedar bajo el pleno fulgor de su luz. Pero aún así siguió caminando, y sus pasos lo llevaban en dirección a Rainbarrow.

Media hora después estaba en su cima. El cielo estaba despejado de uno a otro confín, y la luna lanzaba sus rayos sobre todo el páramo, aunque sin alumbrarlo sensiblemente, excepto donde los senderos y los cursos de agua habían dejado desnudas las blancas piedras de pedernal y las relumbrantes arenas de cuarzo, que cortaban como trazos claros las tinieblas reinantes. Después de permanecer de pie un rato, se inclinó y tocó los brezos. Estaban

secos, así que se dejó caer sobre el túmulo, con el rostro vuelto hacia la luna, que dibujó una pequeña imagen de sí misma en cada una de sus pupilas.

Yeobright había ido allí a menudo sin confiarle el motivo a su madre; pero esta era la primera vez que había sido ostensiblemente franco en cuanto a su propósito, al tiempo que en realidad lo ocultaba. Se encontraba colocado en una situación moral de la que tres meses antes no se habría creído capaz. A su regreso a ese lugar apartado para dedicarse al trabajo, había previsto un escape de la irritación que le causaban las necesidades sociales; y he aquí que también en este sitio se hacían presentes. Ansiaba más que nunca estar en un lugar donde la ambición personal no fuera la única forma admitida de progreso, como, quizás, podría haber sido el caso, en uno u otro momento, en el globo argentado que brillaba en lo alto. Sus ojos recorrieron a lo largo y a lo ancho ese mundo remoto: la Bahía de los Arco iris, el sombrío Mar de las Crisis, el Océano de las Tormentas, el Lago del Sueño, el vasto Valle Alpino y el extraordinario anillo montañoso, hasta casi sentir que viajaba físicamente por esos fragosos parajes, se detenía en sus colinas huecas, cruzaba sus desiertos, descendía a sus valles y sus viejos fondos marinos, o subía a los bordes de sus cráteres.

Mientras contemplaba el paisaje lejano una manchita oscura apareció en su borde inferior: el eclipse había empezado. Ello señaló la llegada del momento previamente concertado, porque el remoto fenómeno celeste había sido puesto al servicio de intereses sublunares, como señal de los enamorados. Al verlo, los pensamientos de Yeobright volaron de regreso a la tierra; se puso de pie, se sacudió y prestó oído. Pasó un minuto tras otro, quizás pasaron diez, y la sombra que cubría la luna creció perceptiblemente. Clym oyó un roce a su izquierda; una silueta envuelta en una capa, con el rostro vuelto hacia lo alto, apareció en la base del túmulo, y Clym descendió. Un momento después la silueta estaba entre sus brazos y sus labios se posaban sobre los suyos.

— ¡Mi Eustacia!

— ¡Clym, amor mío!

Habían bastado menos de tres meses para producir ese resultado. Permanecieron largo rato sin pronunciar palabra, porque no había idioma capaz de llegar al nivel de su estado: las palabras eran como los instrumentos herrumbrosos de una bárbara época pasada que sólo ocasionalmente cabía tolerar.

—Empezaba a preguntarme por qué no venías —dijo Yeobright una vez que Eustacia se apartó un poco de su abrazo.

—Dijiste que diez minutos después de la aparición de la primera sombra en el borde de la luna, y ese es el tiempo que ha pasado.

—Bueno, no pensemos sino en que estamos aquí.

Entonces, tomados de la mano, volvieron a guardar silencio, y la sombra sobre el disco de la luna creció un poco más.

— ¿Te ha parecido largo el tiempo desde que nos vimos por última vez? — preguntó ella.

—Me ha parecido triste.

— ¿Y no largo? Eso es porque te mantienes ocupado, y eso te hace ciego a mi ausencia. A mí, que nada puedo hacer, me ha parecido como que vivía bajo un agua estancada.

—Preferiría soportar el tedio, mi amor, que hacer que el tiempo me pareciera breve debido a las causas que han acortado el mío.

— ¿Qué causas son esas? Has estado pensando que querías no amarme.

— ¿Cómo puede un hombre desear eso y seguir amando? No, Eustacia.

—Los hombres pueden, las mujeres no.

—Bien, sea lo que sea lo que pensaba, una cosa es cierta: te amo más allá de todo límite y descripción. Te amo hasta el agobio, yo que nunca sentí más que un agradable capricho pasajero por algunas mujeres que conocí. ¡Déjame mirar tu rostro alumbrado por la luna y contemplar cada una de sus líneas y sus curvas! Sólo unas pocas nimiedades diferencian este rostro de otros que vi muchas veces antes de conocerte; y, sin embargo, qué diferencia: la diferencia entre todo y nada. ¡Déjame volver a tocar tu boca! Aquí, y aquí, y aquí. Tus ojos parecen pesarosos, Eustacia.

—No, es mi aspecto normal. Creo que me viene de que a veces siento una angustiada lástima de mí misma por haber nacido.

— ¿Ahora la sientes?

—No. Pero sé que no siempre nos amaremos así. Nada puede garantizar la continuidad del amor. Se evaporará como un licor, de modo que siento mucho miedo.

—No tienes por qué.

—Ah, tú no sabes. Has visto más cosas que yo, y has estado en ciudades y entre gentes de las que sólo he oído hablar, y has vivido más años; pero en esto soy más vieja que tú. Amé antes a otro hombre y ahora te amo a ti.

— ¡Por Dios, no hables así, Eustacia!

—Pero no creo que vaya a ser yo quien se canse primero. Me temo que terminará de la siguiente manera: ¡tu madre se enterará de que sales a

encontrarte conmigo y usará la influencia de que goza contigo contra mí!

—Eso nunca podrá suceder. Ya sabe de nuestros encuentros.

— ¿Y te ha hablado mal de mí?

—No te lo diré.

— ¡Ahí está, vete! Obedécela. Seré la causa de tu ruina. Es una tontería de tu parte venir a encontrarte conmigo así. Bésame y márchate para siempre. Para siempre, ¿me oyes? ¡Para siempre!

—No.

—Es tu única oportunidad. El amor ha sido la maldición de muchos hombres.

—Estás desesperada, eres terca, imaginas cosas y no entiendes. Tengo una razón adicional para verte esta noche, además de la de que te amo. Porque aunque a diferencia tuya siento que nuestro afecto puede ser eterno, estoy de acuerdo contigo en que nuestro modo de vida actual no puede continuar.

— ¡Oh!, es tu madre. ¡Sí, eso es! Lo sabía.

—No importa de qué se trate. Créeme si te digo que no puedo permitirme perderte. Debo tenerte siempre a mi lado. Esta misma noche, no tengo deseos de que te vayas. Sólo hay una cura para esta ansiedad, mi amor: debes ser mi esposa.

Eustacia experimentó un sobresalto y después se esforzó por decir con voz serena:

—Los cínicos dicen que eso cura la ansiedad curando el amor.

—No me has respondido. ¿Podrás ser mía algún día, no quiero decir que de inmediato?

—Tengo que pensarlo —murmuró Eustacia—. Ahora cuéntame cosas de París. ¿Hay algún otro lugar como ese en el mundo?

—Es muy hermoso. Pero, ¿serás mía?

—No seré de nadie más. ¿Es suficiente?

—Sí, por el momento.

—Ahora cuéntame de las Tullerías y del Louvre —continuó ella evasiva.

— ¡Detesto hablar de París! Bueno, recuerdo una habitación soleada en el Louvre que sería un lugar adecuado para que tú vivieras en él: la Galería de Apolo. La mayoría de sus ventanas dan al este; y temprano en la mañana, cuando brilla más el sol, toda la pieza refulge con un esplendor perfecto. Los

rayos de luz se encrespan y salen disparados como dardos de las incrustaciones doradas a los magníficos cofres repujados, de los cofres a las láminas de oro y plata, de las láminas a las joyas y las piedras preciosas, de estas a los objetos esmaltados, hasta que se crea una trama perfecta de luz que deslumbra la vista. Pero volviendo a lo de nuestro matrimonio...

— ¿Y Versalles? La Cámara Real es un salón tan magnífico como ese, ¿no?

—Sí. Pero, ¿qué sentido tiene hablar de salones magníficos? Por cierto, el Pequeño Trianón nos vendría perfecto para instalarnos, y podrías pasear por los jardines a la luz de la luna e imaginar que estabas en un parque inglés. Fue diseñado a la inglesa.

— ¡Detestaría imaginar semejante cosa!

—Entonces podrías quedarte en el césped frente al Grand Palais. Todo allí te haría sentir, sin duda, que vivías en un mundo histórico de romance.

Clym prosiguió, porque para ella todo era nuevo, y le describió Fontainebleau, St. Cloud, el Bosque de Bologne y muchos otros rincones que les resultan familiares a los parisinos; hasta que Eustacia dijo:

— ¿Cuándo acostumbrabas a ir a esos sitios?

—Los domingos.

—Ah, sí. No me gustan los domingos ingleses. ¡Pero qué bien armonizaría con la conducta que observan en esos lugares! Querido Clym, ¿regresarás a París?

Clym sacudió la cabeza y miró el eclipse.

—Si regresas, seré... alguien —dijo ella tierna, poniendo su cabeza sobre el pecho del joven—. Si dices que sí, te prometeré lo que quieres, sin hacerte esperar ni un minuto más.

— ¡Qué extraordinario que tú y mi madre concuerden en esto! —dijo Yeobright—. Me he jurado no regresar, Eustacia. No es el lugar el que me disgusta; es la ocupación.

—Pero podrías hacer otra cosa.

—No. Además, interferiría con mis planes. No insistas, Eustacia. ¿Te casarás conmigo?

—No sé.

—Olvídate de París; no es mejor que otros lugares. ¡Prométemelo, mi vida!

—No continuarás con tus planes educativos, estoy segura; y entonces para

mí todo estará bien; así que te prometo ser tuya para siempre.

Clym atrajo su rostro hacia el de él mediante una leve presión de su mano y la besó.

— ¡Ah, pero no sabes lo que te has echado encima conmigo! —dijo ella—. A veces pienso que Eustacia Vye carece del material necesario para llegar a ser una buena ama de casa. Bueno, dejémoslo, ¡mira cómo se nos va, se nos va, se nos va el tiempo!

Señaló a la luna, a medias eclipsada.

—Estás muy lúgubre.

—No. Sólo que me da miedo pensar en cualquier cosa que no sea el presente. Lo que ocurre ahora lo sabemos. Estamos juntos, y no dominamos por cuánto tiempo lo estaremos; lo desconocido siempre me trae a la mente terribles posibilidades, incluso cuando puedo esperar razonablemente que sea halagüeño... Clym, la luz de la luna eclipsada brilla sobre tu cara con un extraño color ignoto, y muestra sus contornos como si estuviera esculpida en oro. Eso significa que debías dedicarte a algo mejor.

—Eres ambiciosa, Eustacia; no, no exactamente ambiciosa, sino que te gusta el lujo. Supongo que debería tener los mismos gustos, para hacerte feliz. Y, sin embargo, lejos de ello, podría vivir y morir aquí, como un ermitaño, siempre que tuviera un buen trabajo que hacer.

Había algo en su tono que implicaba desconfianza de su condición de enamorado solícito, duda de actuar con justicia hacia alguien cuyos gustos se encontraban con los suyos en puntos raros e infrecuentes. Ella lo entendió y susurró, con acento de grave convicción:

—No me malinterpretes, Clym. Aunque me gustaría París, te amo sólo por ti mismo. Ser tu esposa y vivir en París sería el paraíso para mí; pero prefiero vivir contigo aquí como una ermitaña que renunciar a ti. En cualquiera de los dos casos salgo ganando, y mucho. Esa es mi demasiado franca confesión.

—Digna de una mujer. Y ahora debo marcharme. Te acompañaré hasta tu casa.

— ¿Tienes que irte ya? —preguntó ella—. Sí, ya veo que la arena casi ha desaparecido y el eclipse avanza más y más. ¡No te vayas todavía! Espera a que se termine la hora; entonces no seguiré rogándote. Te irás a tu casa y dormirás bien; ¡yo suspiro aun en sueños! ¿Sueñas alguna vez conmigo?

—No recuerdo ningún sueño en que te me hayas aparecido claramente.

—Yo veo tu cara en cada escena de mis sueños, y escucho tu voz en cada sonido. No quisiera que fuera así. Esto que siento es demasiado fuerte. Dicen

que un amor así nunca dura. ¡Pero tiene que durar! Y, sin embargo, recuerdo que una vez vi a un oficial de húsares cabalgar por una calle de Budmouth, y aunque me resultaba totalmente desconocido y nunca me había dirigido la palabra, lo amé hasta creer que realmente moriría de amor por él... pero no morí, y terminó por no importarme. ¡Qué terrible sería que llegara el momento en que no te amara, Clym!

—Por favor, no digas esas cosas irreflexivas. Cuando veamos que va a llegar ese momento, diremos: «He sobrevivido a mi fe y mi propósito», y moriremos. Mira, la hora ha expirado, andando.

Recorrieron el sendero que llevaba a Mistover tomados de la mano. Al aproximarse a la casa, Clym dijo:

—Es demasiado tarde para hablar con tu abuelo esta noche. ¿Crees que se opondrá?

—Yo hablaré con él. Estoy tan acostumbrada a no dar cuentas de lo que hago que no se me ocurrió que tendríamos que pedir su consentimiento.

Entonces se separaron, no sin antes dilatar el momento, y Clym bajó hacia Blooms-End.

A medida que se alejaba de la atmósfera encantadora de la joven olímpica, su rostro se ensombrecía con un nuevo tipo de tristeza. Lo asaltaba con toda su fuerza la percepción del dilema en el cual lo colocara su amor. A pesar de la aparente disposición de Eustacia a esperar el período de un poco prometedor compromiso, hasta que él se hubiera establecido en su nueva profesión, no dejaba de percibir por momentos que ella lo quería como a un visitante proveniente de un mundo encantador al cual ella por derecho pertenecía, más que como a un hombre con un propósito opuesto a ese reciente pasado que tan interesante le resultaba. Eso significaba que aunque no ponía como condición el regreso de Clym a la capital francesa, era lo que anhelaba en secreto en caso de que se produjera el matrimonio; y ello le robaba al joven muchas horas que, por lo demás, habrían sido muy agradables. A eso se sumaba el abismo cada vez más profundo que se había abierto entre él y su madre. Cada vez que un pequeño suceso hacía más visible que de costumbre la decepción que le estaba causando a su madre, Clym salía a dar solitarios y melancólicos paseos; o se mantenía despierto gran parte de la noche debido a la agitación espiritual que ello le producía. Sólo con que hubiera sido posible que la señora Yeobright comprendiera cuán sensato y digno de llevar a cabo era su propósito y cuán poco lo afectaba su devoción por Eustacia, ¡cuán distinta sería su opinión sobre él!

De ahí que a medida que su vista se acostumbraba al halo deslumbrante producido en torno a su persona por el amor y la belleza, Yeobright



comenzaba a percibir el aprieto en que se encontraba. A veces deseaba no haber conocido a Eustacia, sólo para retractarse inmediatamente de ese deseo por brutal. Tenía que mantener vivos tres impulsos antagónicos: la confianza en él de su madre, su plan de convertirse en maestro y la felicidad de Eustacia. Su naturaleza febril no se conformaba con renunciar a ninguno de ellos, aunque sólo podía confiar en preservar dos de los tres. Aunque su amor era tan casto como el de Petrarca por su Laura, había convertido en cadenas lo que antes fuera sólo una dificultad. Una situación que ya era bastante complicada cuando su corazón aún no estaba comprometido, se había tornado indescriptiblemente compleja con la adición de Eustacia. Justo cuando su madre comenzaba a aceptar un proyecto, había introducido otro aún más amargo que el anterior, y esa combinación era más de lo que la señora Yeobright podía soportar.

## **5. Se intercambian palabras duras y a continuación se produce una crisis**

Cuando Yeobright no estaba con Eustacia permanecía esclavo de sus libros; cuando no leía, se encontraba con ella. Esos encuentros se realizaban en la mayor clandestinidad.

Una tarde su madre llegó a la casa después de una visita mañanera a Thomasin. Yeobright se dio cuenta por la intranquilidad que denotaba su expresión de que algo había sucedido.

—Me han contado algo incomprensible —dijo la señora Yeobright abatida—. El capitán dejó escapar en La Mujer que tú y Eustacia Vye estáis comprometidos en matrimonio.

—Es cierto —dijo Yeobright—. Pero puede que no nos casemos en un largo tiempo.

— ¡No se me ocurriría pensar que NO sería en muy largo tiempo! ¿Te la llevarás a París? —había pronunciado esas palabras con cansada desesperanza.

—No regresaré a París.

— ¿Y qué harás entonces con una esposa?

—Abrir una escuela en Budmouth, como te dije.

— ¡Es increíble! El pueblo está lleno de maestros. No tienes ninguna cualificación especial. ¿Qué posibilidades tiene alguien como tú?

—Ninguna posibilidad de enriquecerme. Pero con mi sistema educativo, que es tan nuevo como válido, les haré mucho bien a mis semejantes.

— ¡Sueños, sueños! Si hubiera quedado algún sistema por inventar lo habrían descubierto mucho antes de ahora en las universidades.

—Imposible, madre. No pueden descubrirlo porque sus maestros no están en contacto con la clase que demanda ese sistema, esto es, con quienes no han tenido una formación preliminar. Mi plan consiste en inculcar los conocimientos más excelsos en mentes vacías sin antes atiborrarlas de lo que hay que desatiborrarlas antes de que puedan comenzar realmente sus estudios.

—Quizás te habría creído si te hubieras mantenido libre de ataduras; pero esta mujer... si fuera una buena chica, ya habría sido bastante malo; pero siendo...

—Es una buena chica.

—Eso es lo que crees. ¡La hija de un director de banda de Corfú! ¿Qué ha sido su vida? Ni su apellido es el verdadero.

—Es la nieta del capitán Vye, y su padre no hizo más que tomar el apellido de su madre. Y es una dama por instinto.

—Le dicen capitán, pero cualquiera es un capitán.

— ¡Sirvió en la marina real!

—Claro que navegó en alguna tina. ¿Por qué no la cuida? Ninguna dama andaría dando vueltas por el páramo a cualquier hora del día o de la noche como hace ella. Pero eso no es todo. En una época hubo algo extraño entre ella y el esposo de Thomasin; estoy tan segura como de estar aquí hablando contigo.

—Eustacia me lo contó. Hace un año él la cortejó un poco; pero no fue nada serio. Eso hace que me guste más.

—Clym, lamentablemente no tengo ninguna prueba contra ella —dijo su madre con firmeza—. Pero si resulta una buena esposa será que nunca ha habido una esposa mala.

—Créeme que resultas casi exasperante —dijo Yeobright con vehemencia—. Y pensar que hoy mismo tenía intenciones de provocar un encuentro entre vosotras. Pero tú no me dejas tranquilo; tratas de frustrar todos mis deseos.

— ¡Detesto la idea de que un hijo mío haga un mal matrimonio! Quisiera no haber vivido para verlo; es demasiado para mí; ¡no es eso lo que soñé! —se volvió hacia la ventana. Su respiración era agitada, sus labios estaban pálidos, entreabiertos y temblorosos.

—Madre, hagas lo que hagas, siempre te querré; eso lo sabes —dijo Clym—. Pero me asiste el derecho a decirte una cosa, y es que tengo edad suficiente para saber lo que más me conviene.

La señora Yeobright permaneció en silencio y agitada durante unos momentos, como si no fuera capaz de decir nada más. Entonces respondió:

— ¿Lo que más te conviene? ¿Lo que más te conviene es comprometer tu futuro por una mujer voluptuosa y holgazana como esa? ¿No ves que el hecho mismo de que la hayas elegido prueba que no sabes lo que más te conviene? Renuncias a todas tus ideas, pones toda tu alma en juego para complacer a una mujer.

—Cierto. Y esa mujer eres tú.

— ¡Cómo puedes tratarme con tanta ligereza! —dijo su madre, volviéndose hacia él de nuevo con expresión de llanto—. Eso no es normal, Clym, y no lo esperaba de ti.

—Es muy probable —dijo él apesadumbrado—. No sabías lo que ibas a imputarme y, por tanto, no sabías cómo te iba a retribuir.

—Me respondes; sólo piensas en ella. La respaldas en todo.

—Eso demuestra que es una persona que vale la pena. Nunca he apoyado nada malo. Y no la quiero sólo a ella. Te quiero a ti y a mí mismo, y a todo lo que es bueno. ¡Cuándo una mujer siente antipatía por otra no muestra ni la menor compasión!

— ¡Oh, Clym, por favor, no digas que es una falla mía lo que no es más que tu obstinada terquedad! Si querías atarte a una persona que no vale la pena, ¿por qué regresaste? ¿Por qué no lo hiciste en París? Allí está más en boga. ¡Viniste sólo para angustiar a esta mujer desvalida y acortar mis días! ¡Me gustaría que te fueras ahora mismo adonde se ha ido tu amor!

Clym dijo áspero:

—Eres mi madre. No diré más sino que te pido perdón por haber creído que este era mi hogar. No seguiré molestándote con mi presencia; me iré.

Y se marchó con lágrimas en los ojos.

Era una tarde soleada de inicios del verano y las hondonadas húmedas del páramo habían pasado de su estadio pardo a su estadio verde. Yeobright caminó hasta el borde de la cuenca que descendía de Rainbarrow a Mistorver.

Ya estaba sereno, y contempló el paisaje. En los valles más pequeños, entre las colinas que diversificaban el contorno, los jóvenes helechos tiernos crecían lujuriantes en busca de su altura final de cinco o seis pies. Descendió un trecho, se dejó caer en el punto de donde arrancaba un sendero en una de las pequeñas hondonadas y aguardó. Era ahí adonde le había prometido a Eustacia llevar a su madre esa tarde, para que se conocieran e hicieran amistad. Su intento había fracasado por completo.

Se encontraba en un nido de un verde vívido. La vegetación de helechos que lo rodeaba, aunque muy abundante, era bastante uniforme: era un bosquecillo de follaje como producto de una máquina, un mundo de verdes triángulos con bordes aserrados, que no exhibía ni una flor. El aire era tibio, con una tibieza vaporosa, y la inmovilidad era total. Los únicos seres vivos a la vista eran los lagartos, los grillos y las hormigas. La escena parecía pertenecer al antiguo mundo del período carbonífero, cuando las formas de las plantas eran unas pocas y del tipo de los helechos; cuando no había ni botones ni flores, nada que no fuera una monótona inmensidad de hojas entre las cuales no cantaba ningún pájaro.

Cuando llevaba reclinado allí un tiempo considerable, dedicado a sus sombrías reflexiones, discernió por sobre los helechos una cofia de seda blanca que se acercaba por la izquierda, y supo de inmediato que cubría la cabeza de su amada. Su corazón despertó de su apatía y experimentó una tibia agitación, y levantándose de un salto, dijo en voz alta:

—Sabía que vendrías sin falta.

La silueta desapareció unos momentos en una hondonada y después hizo su aparición toda ella procedente del matorral.

— ¿Sólo tú aquí? —exclamó la joven con aire de decepción, cuya poca magnitud probaban su creciente rubor y su risita a medias culpable—. ¿Dónde está la señora Yeobright?

—No vino —contestó él con voz apagada.

—Me gustaría haber sabido que estarías solo y que podríamos disfrutar de un rato tan agradable y sin preocupaciones —dijo ella seria—. Cuando el placer no se conoce previamente se malgasta la mitad; preverlo es duplicarlo. No imaginé ni una vez en todo el día que te tendría solo para mí esta tarde, y el momento mismo pasa tan rápido.

—Así es.

— ¡Pobre Clym! —continuó ella mirándolo al rostro con ternura—. Estás triste. Algo ha ocurrido en tu casa. No importa lo que sea; miremos sólo el presente.

—Pero, ¿qué haremos, mi amor? —dijo él.

—Seguir como estamos; vivir de encuentro en encuentro, sin preocuparnos por el mañana. Ya sé que tú siempre estás pensando en eso, ya veo que es así. Pero no debes; ¿no lo harás, Clym, mi amor?

—Eres igual a todas las mujeres. Se contentan con armar sus vidas a partir de cualquier situación incidental que les sale al paso, mientras que los hombres gustosamente construirían un mundo a su medida. Escúchame,

Eustacia. Hay un asunto que he decidido no seguir posponiendo. Tus sentimientos sobre la sabiduría del *carpe diem* no me impresionan hoy. Tenemos que ponerle un pronto fin a nuestro actual modo de vida.

— ¡Se trata de tu madre!

—Sí. No te amo menos por decírtelo; tienes derecho a saberlo.

—Mi felicidad me daba miedo —dijo ella, moviendo apenas los labios—. Ha sido demasiado intensa y abrasadora.

—Aún hay esperanzas. A mí me quedan cuarenta años de trabajo, y, ¿por qué habrías de desesperar tú? Se trata sólo de que me encuentre en un momento incómodo. Me gustaría que todos no se mostraran tan dispuestos a creer que no hay progreso sin uniformidad.

—Ah, te refugias en el costado filosófico del asunto. Bien, estos tristes y graves obstáculos resultan bienvenidos en un sentido, ya que nos permiten mirar con indiferencia las crueles burlas con que a la Suerte le encanta divertirse. He oído de personas que, al toparse súbitamente con la felicidad, han muerto de ansiedad por temor a no vivir para disfrutarla. Últimamente yo misma he sido presa de ese caprichoso estado de inquietud; pero ahora no tendré que sufrirlo. Caminemos un poco.

Clym tomó la mano que ya se había desnudado para recibir la suya —una de sus maneras favoritas de andar era tomados de las manos desnudas— y la condujo por entre los helechos. Formaban un cuadro muy hermoso del amor en pleno florecimiento mientras caminaban por el valle al final de la tarde, con el sol que descendía a su derecha y proyectaba sus sombras estrechas y espectrales, altas como álamos, sobre una gran extensión de aulaga y helechos. Eustacia marchaba con la cabeza echada hacia atrás caprichosamente, con un cierto aire de triunfo alegre y voluptuoso que invadía sus ojos por haber conquistado por sí misma, sin ayuda alguna, a un hombre que era su complemento perfecto en cuanto a logros, apariencia y edad. En cuanto al joven, la palidez del rostro que trajera consigo de París y las incipientes señales causadas por el tiempo y las reflexiones resultaban menos perceptibles que a su vuelta, porque la saludable y enérgica robustez que le era propia por naturaleza había recuperado parcialmente sus proporciones originales. Caminaron sin rumbo fijo hasta llegar al extremo más lejano del páramo, donde se hacía pantanoso y se fundía con los marjales.

—Debemos separarnos aquí, Clym —dijo Eustacia.

Quedaron inmóviles y se prepararon para decirse adiós. Todo lo que se exhibía ante su vista formaba una recta continua. El sol, que descansaba sobre la línea del horizonte, lanzaba sus rayos hasta la tierra por entre nubes de color cobre y lila, que se extendían planas debajo de un cielo verde pálido. Todos los

objetos oscuros ubicados sobre la superficie en dirección al sol estaban cubiertos por una niebla púrpura, en la cual brillaban bandadas de mosquitos zumbantes que se alzaban y revoloteaban como chispas de fuego.

— ¡Oh, esto de tener que dejarte es casi imposible de soportar! —exclamó Eustacia en un súbito murmullo de angustia—. ¡Tu madre influirá demasiado sobre ti; no me juzgarán con justicia, saldrá a flote que no soy una buena chica, y añadirán la historia de que soy una bruja para pintarme con colores más negros!

—No podrán. Nadie se atreve a hablar irrespetuosamente ni de ti ni de mí.

— ¡Cuánto daría por estar segura de que nunca te perderé, o por lo menos de que no serías capaz de abandonarme!

Clym guardó silencio un momento. Sus sentimientos eran avasalladores, el momento era apasionado, y cortó el nudo.

—Estarás segura de mí, amor mío —dijo tomándola entre sus brazos—. Nos casaremos de inmediato.

— ¡Oh, Clym!

— ¿Estás de acuerdo?

—Sí... si podemos.

—Por supuesto que podemos, porque ambos somos mayores de edad. Y no he trabajado todos estos años sin llegar a ahorrar algún dinero; si consientes en vivir en una casita pequeña en algún lugar del páramo hasta que alquile una vivienda en Budmouth para la escuela, podemos hacerlo con muy pocos gastos.

— ¿Cuánto tiempo tendríamos que vivir en la casita, Clym?

—Unos seis meses. Al cabo de ese tiempo habré terminado mis lecturas... sí, lo haremos y este penar se acabará. Por supuesto, viviremos en absoluta reclusión, y nuestra vida de casados sólo comenzará para el mundo cuando pongamos una casa en Budmouth, adonde ya he enviado una carta sobre el asunto. ¿Consentirá tu abuelo?

—Creo que consentirá... en el entendido de que no debe prolongarse más de seis meses.

—Te lo garantizo, a menos que suceda una desgracia.

—A menos que suceda una desgracia —repitió ella lentamente.

—Lo cual no es probable. Mi amor, fija la fecha.

Y a continuación debatieron la cuestión y fijaron la fecha. Sería dos

semanas después de ese día.

Ese fue el fin de la conversación, y Eustacia se marchó. Clym la contempló mientras se alejaba en dirección al sol. Los rayos luminosos la envolvían a medida que la distancia crecía, y el roce de su vestido sobre los juncos y la hierba que retoñaban se apagó. Absorto en su contemplación, la muerte planicie del paisaje lo avasalló, aunque sentía con mucha fuerza la belleza del immaculado verde de principios del verano que exhibía por ese breve instante la más humilde brizna de hierba. Había algo en esa opresiva horizontalidad que le recordaba demasiado el teatro de la vida; le producía una sensación de desnuda igualdad con todos los demás seres vivos bajo el sol, sin superioridad sobre ninguno.

Eustacia ya no era para él la diosa, sino la mujer, un ser por el cual luchar, al cual apoyar y ayudar, por el cual soportar la calumnia. Ahora que había llegado a un momento de más serenidad, habría preferido un matrimonio menos apresurado; pero los naipes estaban repartidos y decidió atenerse al juego. El suceso que se avecinaba sería una manera de probar si Eustacia sería una más en la lista de quienes aman con demasiado ardor para amar bien y por largo tiempo.

## **6. Yeobright se marcha y la ruptura es completa**

Durante toda la noche llegaron a oídos de su madre, en los bajos, sonidos enérgicos procedentes del cuarto de Yeobright que denotaban que éste preparaba activamente su equipaje.

A la mañana siguiente se marchó de la casa y volvió a emprender camino por el páramo. Le esperaba un largo día de marcha, ya que su objetivo era conseguir una vivienda a la cual pudiera llevar a Eustacia cuando se convirtiera en su esposa. Había visto al pasar, un mes antes, una casa así, pequeña, apartada, con las ventanas clausuradas, a unas dos millas más allá del poblado de East Egdon, y a un total de seis millas de distancia; y así, en esa dirección encaminó sus pasos.

El tiempo era muy distinto al de la tarde anterior. El ocaso amarillo y vaporoso que envolviera a Eustacia cuando la contemplara al partir presagiaba un cambio. Era uno de esos días de junio bastante frecuentes en Inglaterra que resultan tan húmedos y tormentosos como los de noviembre. Las frías nubes se acercaban juntas a toda prisa, como pintadas en la placa móvil de una linterna mágica. Vapores de otros continentes arribaban con el viento, que se encrespaba y le abría paso a medida que avanzaba.

Al cabo Clym llegó a la orilla de una arboleda de abetos y hayas plantada en tierras arrebatadas al páramo en el año de su nacimiento. Los árboles, pesadamente cargados de hojas tiernas y húmedas sufrían ahora más daños que los que les causaban los vientos más fuertes del invierno, cuando las ramas están especialmente desembarazadas de hojas para poder batallar con la tormenta. Las jóvenes hayas húmedas sufrían mutilaciones, magulladuras, destrozos y profundas laceraciones de las cuales brotaría la savia sin provecho durante varios días o que dejarían cicatrices visibles hasta el día en que las consumiera el fuego. Cada tallo era sacudido hasta la raíz, donde se movía como un hueso en su cavidad, y con cada embestida del vendaval las ramas dejaban escapar sonidos convulsos, como si sintieran dolor. En un matorral cercano un jilguero intentaba cantar; pero el viento sopló bajo sus plumas hasta que se le quedaron de punta, se le enredó en la colita y lo hizo renunciar a su canto.

Sin embargo, a pocas yardas a la izquierda de Yeobright, en el páramo abierto, ¡de qué modo tan poco efectivo rugía la tormenta! Las ráfagas que arrancaban los árboles no lograban más que hacer ondular la aulaga y los brezos con una suave caricia. Egdon estaba hecho para momentos como ese.

Yeobright llegó a la casa deshabitada alrededor del mediodía. Era casi tan solitaria como la del abuelo de Eustacia, pero un cinturón de abetos que casi circundaba la propiedad disfrazaba el hecho de que quedaba cerca de un páramo. Yeobright caminó alrededor de otra milla más hasta el poblado donde vivía el propietario, y tras regresar con él a la casa, terminaron de ponerse de acuerdo y el hombre se comprometió a que al menos una habitación estaría lista para que la ocuparan al día siguiente. La intención de Clym era vivir allí solo hasta que Eustacia se le reuniera el día de la boda.

Entonces volvió sobre sus pasos en dirección a su casa bajo la llovizna que tanto había transformado el paisaje. Los helechos, entre los cuales descansara cómodamente el día anterior, goteaban humedad de cada fronda, mojándole las piernas cuando los rozaba al pasar; y la piel de los conejos que saltaban delante de él estaba apelotonada en oscuros mechones por el mismo ambiente acuoso.

Llegó a su hogar calado y exhausto después de su caminata de diez millas. No podía decirse que fuera un comienzo propicio, pero había elegido su camino y no se apartaría de él. La tarde y la mañana siguiente las pasó terminando los preparativos para su partida. Sentía que quedarse en su hogar un minuto más de lo necesario después de haber tomado su decisión no sería más que darle un nuevo dolor a su madre mediante alguna palabra, mirada u obra.

Había alquilado un vehículo y envió sus cosas ese día a las dos de la tarde.



El próximo paso era conseguir algunos muebles que, después de usarse temporalmente en la casita, servirían para el establecimiento de Budmouth, sumados a otros de mejor factura. En Anglebury, a unas millas más allá del lugar que escogiera como residencia, había una feria suficientemente surtida para ese propósito, y allí resolvió pasar la noche que se avecinaba.

Ahora sólo restaba decirle adiós a su madre. Cuando bajó la encontró sentada, como de costumbre, junto a la ventana.

—Madre, me voy —dijo, al tiempo que le extendía su mano.

—Eso me pareció al oírte haciendo las maletas —contestó la señora Yeobright en una voz de la cual había excluido penosamente cualquier partícula de emoción.

— ¿Nos separaremos sin rencores?

—Por supuesto, Clym.

—Me casaré el día 25.

—Imaginé que te casarías.

—Y entonces... y entonces vendrás a visitarnos. Me entenderás mejor después, y nuestra situación no será tan desdichada como ahora.

—No me parece probable que vaya a visitarte.

—Entonces no será por mi culpa o la de Eustacia, madre. ¡Adiós!

Le dio un beso en la mejilla y se marchó presa de una gran aflicción, que tardó varias horas en disminuir hasta un nivel controlable. La situación había sido tal que nada más podía decirse sin antes derribar una barrera; y eso no era posible.

En cuanto Yeobright salió de la casa, el rostro de su madre cambió su expresión rígida por otra de inmovible desesperación. Al cabo de un rato lloró, y las lágrimas le procuraron cierto alivio. Durante el resto del día no hizo más que ir de un lado a otro por el sendero del huerto en un estado que bordeaba el estupor. Llegó la noche, y con ella muy poco descanso. Al día siguiente, guiada por un instinto que la impulsaba a hacer algo que redujera la postración a mero abatimiento, se dirigió al cuarto de su hijo y lo ordenó con sus propias manos para el momento hipotético de su regreso. Le prestó alguna atención a sus flores, pero de manera muy somera, porque ya no le producían ningún deleite.

Experimentó un gran alivio cuando, temprano en la tarde, Thomasin le hizo una visita inesperada. No se trataba del primer encuentro entre tía y sobrina después del matrimonio de Thomasin; y como los errores pasados habían sido más o menos zanjados, lograban siempre reunirse con placer y

desenvoltura.

La oblicua franja de sol que siguió a Thomasin al hacer su entrada por la puerta realzaba los encantos de la joven esposa. La iluminaba como su presencia iluminaba el páramo. Sus movimientos, su mirada, le recordaban a quien la contemplaba las criaturas aladas que vivían en las cercanías de su hogar. Todos los símiles y alegorías relativos a ella comenzaban y terminaban con pájaros. Había tanta variedad en sus movimientos como en el vuelo de aquellos. Cuando meditaba era un cernícalo, que se mantiene en el aire mediante el movimiento imperceptible de sus alas. Cuando estaba en medio de una ventolera, su cuerpo ligero era lanzado contra los árboles y los montículos de tierra como el de una garza. Cuando sentía temor, se desplazaba veloz sin hacer ruido, como un martín pescador. Cuando estaba serena se deslizaba leve como una golondrina, y así se movía en ese momento.

—Palabra que se te ve muy feliz, Tamsie —dijo la señora Yeobright con una sonrisa triste—. ¿Cómo está Damon?

—Muy bien.

— ¿Se porta bien contigo, Thomasin? —y la señora Yeobright la observó con mirada escrutadora.

—Bastante.

— ¿Me lo dices con sinceridad?

—Sí, tía. Te lo diría si no se portara bien —añadió, sonrojándose y vacilando—. El... no sé si debería quejarme de esto contigo, pero no estoy segura de qué hacer. Necesito algún dinero, ¿sabes?, para comprarme algunas cositas para mí, y él no me lo da. No me gusta pedirselo, y, sin embargo, quizás no me lo dé porque no se da cuenta. ¿Debo mencionárselo, tía?

—Por supuesto que sí. ¿Nunca le has dicho una palabra sobre el asunto?

—Verás, tenía algún dinero propio, y hasta hace poco no necesité el de él —dijo Thomasin evasiva—. Algo le dije sobre la cuestión la semana pasada, pero parece... que no se acuerda.

—Tienes que hacer que se acuerde. Sabes que tengo una cajita llena de guineas de la época de Jorge III que tu tío me entregó para que las dividiera entre tú y Clym cuando yo decidiera. Quizás ha llegado el momento de hacerlo. Pueden cambiarse por soberanos en cualquier momento.

—Me parece que me gustaría que me dieras mi parte, si no te importa, por supuesto.

—Te la daré, si es necesario. Pero lo correcto es que primero le digas a tu marido claramente que no tienes dinero, y veas qué hace.

—Muy bien, así lo haré... Tía, me enteré de lo de Clym. Sé que tienes problemas con él, y es por eso que vine.

La señora Yeobright se volvió y su rostro se contrajo en un intento por ocultar sus sentimientos. Entonces abandonó el intento y dijo sollozante:

—Oh, Thomasin, ¿crees que me odia? ¿Cómo puede causarme tanto dolor cuando sólo he vivido para él durante todos estos años?

— ¿Odiarte? No —dijo Thomasin tratando de calmarla—. Es sólo que te ama mucho. Considéralo con serenidad, hazlo. Esto no es tan malo para él. ¿Sabes que me pareció que no era el peor matrimonio que podía haber hecho? La señorita Vye es de buena familia por parte de madre; y su padre era un errabundo romántico, una especie de Ulises griego.

—De nada vale, Thomasin; de nada vale. Tus intenciones son buenas, pero no te molestes tratando de darme argumentos para convencerme. Ya he repasado más de una vez todos los pros y los contras. Clym y yo no nos hemos separado enojados; nos hemos separado con un sentimiento aún peor. No se trata de una pelea apasionada que me habría destrozado el corazón; es el enfrentamiento y la persistencia continuada en su error que ha demostrado. ¡Oh, Thomasin, era tan bueno de niño, tan tierno y tan dulce!

—Lo sé.

—No creí que alguien a quien consideraba mío llegaría a tratarme así. Me habló como si me opusiera a sus deseos para lastimarlo. ¡Cómo si yo pudiera deseárselo algún mal!

—En el mundo hay mujeres peores que Eustacia Vye.

—Pero lo terrible es que hay muchísimas mejores. ¡Fue ella, nadie más que ella, Thomasin, quien llevó a tu esposo a portarse como se portó! ¡Lo juraría!

—No —dijo Thomasin vehemente—. Fue antes de conocerme que pensó en ella, y no fue más que un galanteo.

—Muy bien; dejémoslo así. No tiene mucho sentido desentrañar eso ahora. Los hijos son ciegos cuando deciden serlo. ¿Por qué será que una mujer puede ver desde lejos lo que un hombre no advierte de cerca? Clym hará lo que quiere; ya no tiene nada que ver conmigo. Y eso es la maternidad: ¡darles a los hijos los mejores años de la vida y el amor más grande para garantizarse la suerte de que te desprecien!

—Eres demasiado inflexible. Antes de lamentarte tanto por un caso como este, piensa en cuántas madres hay cuyos hijos las han expuesto a la vergüenza pública al cometer verdaderos crímenes.

—Thomasin, no me des un sermón; no lo acepto. Es lo inesperado lo que

determina la fuerza del golpe, y este no podría ser mayor en el caso de esas madres que en el mío... ellas quizás preveían lo peor... Hay algo en mí que no está bien, Thomasin —añadió con una sonrisa abatida—. Algunas viudas logran prevenirse de las heridas que sus hijos les infligen entregándoles su corazón a un nuevo esposo y comenzando la vida de nuevo. Pero yo siempre fui un ser pobre, débil, con una idea fija; no tuve ni la inclinación ni el ánimo necesarios para eso. He permanecido postrada y perpleja desde qué mi esposo rindió el alma, sin intentar nunca ponerle remedio a las cosas. En esa época era aún una mujer relativamente joven y ahora podría tener otra familia que me consolara de la decepción que me causa este hijo.

—Revela más nobleza que no lo hayas hecho.

—A más nobleza, menos inteligencia.

—Olvidalo y cálmate, querida tía. No te dejaré sola mucho tiempo. Vendré a verte todos los días.

Y durante una semana Thomasin cumplió fielmente su palabra. Se empeñó en restarle importancia a la boda; y trajo noticias de los preparativos, y de que la habían invitado a asistir. La semana siguiente se sintió bastante mal y no hizo aparición. Nada se había hecho aún con respecto a las guineas, porque Thomasin temía volver a abordar a su esposo sobre el tema y la señora Yeobright había insistido en ello.

Un día, poco antes de esta época, Wildeve se encontraba a las puertas de La Mujer Tranquila. Además del sendero que subía atravesando el páramo hacia Rainbarrow y Mistover, había un sendero que arrancaba del camino poco antes de llegar a la posada, y que subía hasta Mistover salvando la pendiente mediante vueltas y revueltas, por lo que resultaba más fácil de seguir. Era la única ruta de ese lado para los vehículos que iban al refugio del capitán. Un carro ligero del poblado más cercano bajaba por el sendero, y el chico que lo conducía se detuvo frente a la posada en busca de algo que beber.

— ¿Viene de Mistover? —dijo Wildeve.

—Sí. Están llevando cosas buenas para allá arriba. Va a haber una boda — y el conductor metió la cara en su jarra.

Wildeve no tenía ni idea de ese hecho y una súbita expresión de pesar cubrió su rostro. Se retiró un momento al pasaje para ocultarla. Después regresó.

— ¿Se refiere a la señorita Vye? —dijo—. ¿Cómo puede ser que se case tan rápido?

—Supongo que por la voluntad de Dios y de un joven dispuesto.

— ¿No será el señor Yeobright?

—Sí. Ha andado con ella a escondidas toda la primavera.

—Me imagino que está muy enamorada de él.

—Su sirvienta para las labores domésticas me ha dicho que está loca por él. Y ese chico, Charley, que atiende el caballo, está como aturdido. Ese espantapájaros como que se ha enamorado de ella.

— ¿Está vivaz... está contenta? ¡Así que se casa tan pronto!

—No es tan pronto.

—No; no es tan pronto.

Wildevé entró a la habitación vacía con un curioso pesar en el corazón. Apoyó el codo en la repisa de la chimenea y el rostro sobre una mano. Cuando Thomasin entró a la habitación no le contó lo que había oído. El viejo anhelo de Eustacia había reaparecido en su alma, y era sobre todo porque se había enterado de que otro hombre tenía intenciones de poseerla.

Ansiar lo difícil, hastiarse de lo que se le ofrecía, desear lo remoto, no gustar de lo cercano; esa era siempre la naturaleza de Wildevé. Ello constituye el verdadero sello del hombre de sentimientos. Aunque la enfebrecida emoción de Wildevé no había sido elaborada hasta alcanzar un nivel realmente poético, era de ese tipo. Habría podido denominársele el Rousseau de Egdon.

## **7. La mañana y la tarde de un día**

Llegó la mañana de la boda. Nadie habría imaginado, de guiarse por las apariencias, que Blooms-End experimentaba el menor interés por Mistover ese día. Una solemne quietud imperaba en los alrededores de la casa de la madre de Clym, y en su interior no había más animación. La señora Yeobright, que había declinado asistir a la ceremonia, estaba sentada a la mesa del desayuno en la vieja habitación que se comunicaba directamente con el portal, con los ojos displicentemente posados en la puerta abierta. Era la habitación en la que, seis meses antes, se celebrara la alborozada fiesta de Navidad a la que Eustacia asistiera en secreto y sin revelar su identidad. El único ser viviente que entró ahora fue un gorrión; y al no percibir ningún movimiento que le produjera alarma, recorrió audazmente a saltitos la habitación, intentó salir por la ventana y aleteó entre las macetas de flores. Esto despertó de su letargo a la solitaria ocupante de la pieza, quien se incorporó, liberó al pájaro y fue hasta la puerta. Esperaba a Thomasin, quien le había escrito la noche anterior para comunicarle que había llegado el momento en que le gustaría contar con su dinero y que, de resultarle posible, iría a verla ese día.

No obstante, mientras la señora Yeobright elevaba la vista al valle del páramo, bullente de mariposas y grillos cuyos ásperos sonidos provenientes de todas direcciones formaban un coro de susurros, Thomasin sólo ocupaba una pequeña parte de sus pensamientos. El drama doméstico para el cual se realizaban en ese momento los preparativos a una o dos millas de distancia se desplegaba casi tan vívido ante sus ojos como si se representara delante de ella. Trató de ahuyentar esa visión y caminó por el huerto; pero de cuando en cuando sus ojos se desviaban en dirección a la iglesia de la parroquia a la que pertenecía Mistorver, y su exaltada imaginación se abría paso entre las colinas que le ocultaban esa edificación. Pasó la mañana. Dieron las once. ¿Ya estaría en marcha la boda? Así debía ser. Continuó imaginando la escena en la iglesia, donde Clym ya habría llegado a esa hora con la novia. Imaginó el pequeño grupo de niños junto a la verja cuando se acercara el coche de caballos en el que, como se enterara Thomasin, realizarían el corto viaje. Después los vio entrar, avanzar hasta el presbiterio y arrodillarse; y le pareció ver el servicio.

Se cubrió el rostro con las manos.

— ¡Oh, es un error! —gimió—. ¡Y algún día lo lamentará y se acordará de mí!

Mientras aún estaba así, embargada por esos presentimientos, el viejo reloj dejó oír desde el interior de la casa el tañido de doce campanadas. Poco después llegaron flotando hasta sus oídos unos leves sonidos procedentes de las lejanas colinas. La brisa soplaba de esa dirección y traía con ella las notas de distantes campanas, que hacían sonar sus voces alegres; una, dos, tres, cuatro, cinco. Los campaneros de East Egdon anunciaban las nupcias de Eustacia con su hijo.

—Entonces ya todo ha concluido —murmuró—. ¡Bueno, bueno!, y también la vida pronto habrá concluido. ¿Y por qué he de seguir escaldándome así la cara? Se empieza a llorar por una cosa en la vida, y se termina llorando por todas; es como un hilo que recorre toda la tela. Y aun así decimos: «¡una ocasión para reír!».

Al caer la tarde llegó Wildeve. Desde su matrimonio con Thomasin la señora Yeobright le había dispensado la severa cordialidad que acaba por nacer en todos los casos de parentesco indeseado. La visión de lo que debió haber sido se desecha por puro cansancio y el ceñudo empeño humano se conforma apáticamente con lo que es. Wildeve, para hacerle justicia, se había comportado muy cortésmente con la tía de su esposa; de modo que fue sin ninguna sorpresa que esta lo vio llegar ahora.

—Thomasin no pudo venir como le había prometido —contestó a su pregunta, que había sido preocupada, porque sabía que su sobrina estaba muy necesitada de dinero—. El capitán fue anoche e insistió personalmente en que

se les uniera hoy. Así que para no hacerle un desaire decidió ir. La fueron a buscar en el coche de caballos y la traerán de vuelta.

—Entonces ya está hecho —dijo la señora Yeobright—. ¿Fueron hacia su nuevo hogar?

—No sé. No he tenido noticias de Mistorver desde que Thomasin se fue.

— ¿No fue con ella? —dijo la señora Yeobright, como si hubiera alguna buena razón para ello.

—No pude —dijo Wildeve, sonrojándose levemente—. No podíamos irnos los dos de la casa; fue una mañana bastante agitada, por el Gran Mercado de Anglebury. ¿Tengo entendido que debe mandar algo a Thomasin? Si quiere, puedo llevárselo.

La señora Yeobright vaciló y se preguntó si Wildeve sabría de qué se trataba.

— ¿Le habló de eso? —preguntó.

—No en detalle. Me hizo un comentario al pasar de que se había puesto de acuerdo con usted para recoger algo.

—No hay necesidad de mandárselo. Se lo puedo dar en cualquier momento que venga.

—Eso no será pronto. En su actual estado de salud no debe caminar tanto como ha estado haciendo —añadió con un leve dejo de sarcasmo:

— ¿Qué cosa maravillosa es esa que no me puede confiar?

—Nada por la que valga la pena que se moleste.

—Se diría que duda de mi honestidad —dijo con una carcajada, aunque su rostro se sonrojó con el fácil resentimiento que resultaba frecuente en él.

—No tiene por qué pensar eso —dijo ella secamente—. Es sólo que, como el resto del mundo, creo que hay ciertas cosas que es mejor que hagan ciertas personas y no otras.

—Como quiera, como quiera —dijo Wildeve, lacónico—. No vale la pena discutir. Bueno, creo que debo volver a casa, porque no es bueno dejar la posada demasiado tiempo a cargo del chico y la doncella solamente.

Se marchó, con una despedida que no fue tan cortés como había sido el saludo. Pero la señora Yeobright ya lo conocía a fondo y hacía poco caso de sus modales, fueran buenos o malos.

Cuando Wildeve se fue, la señora Yeobright se detuvo a considerar cuál podría ser el mejor curso a adoptar con respecto a las guineas que no había

querido confiarle a Wildeve. Era muy poco creíble que Thomasin le hubiera pedido que fuera a buscarlas, cuando la necesidad de ellas había nacido de la dificultad de obtener dinero de sus manos. Al mismo tiempo, Thomasin realmente las necesitaba y quizás no podría ir a Blooms-End al menos en una semana. Llevarle el dinero o enviárselo a la posada sería descortés, porque Wildeve casi seguramente estaría presente o descubriría la transacción; y si, como sospechaba su tía, trataba a Thomasin con menos consideraciones de las que merecía, podría entonces tomar toda la suma de sus gentiles manos. Pero en esa tarde en particular Thomasin estaba en Mistover, y resultaba posible hacerle llegar allí cualquier cosa sin que su esposo lo supiera. En resumen, valía la pena aprovechar la oportunidad.

Su hijo también se encontraba allí, y ahora estaba casado. No habría momento más apropiado que el presente para entregarle su parte del dinero. Y la oportunidad que le ofrecía ese regalo de mostrar cuán lejos se encontraba de tenerle mala voluntad alegró el corazón de la acongojada madre.

Subió al piso superior y sacó de una gaveta cerrada con llave una cajita que sacudió para que cayera un montón de grandes guineas flamantes guardadas allí durante muchos años. En total eran cien, y la señora Yeobright las separó en dos grupos de cincuenta cada uno. Los echó en dos saquitos de lona, bajó al huerto y llamó a Christian Cante, quien deambulaba por los alrededores con la esperanza de que le ofrecieran una comida que en realidad no le correspondía. La señora Yeobright le dio las bolsitas de dinero, le encargó que fuera a Mistover, y que por ningún motivo las pusiera en otras manos que no fueran las de su hijo y Thomasin. Después de pensarlo mejor, le pareció aconsejable decirle a Christian qué contenían las dos bolsitas, para que entendiera cabalmente su importancia. Christian se las echó al bolsillo, prometió proceder con el mayor cuidado y se puso en camino.

—No tienes que correr —le dijo la señora Yeobright—. Será mejor que no llegues antes de la puesta del sol, de modo que nadie se dé cuenta de tu presencia. Regresa a cenar, si no es muy tarde.

Era casi las nueve cuando Christian comenzó a subir del valle en dirección a Mistover; pero como los largos días de verano estaban en su apogeo, las primeras sombras del atardecer apenas habían comenzado a oscurecer el paisaje. En ese momento, Christian oyó unas voces y se percató de que provenían de un grupo de hombres y mujeres que atravesaban una hondonada delante de él, de modo que sólo le resultaba visible la parte superior de sus cabezas.

Se detuvo y pensó en el dinero que llevaba consigo. Era demasiado temprano para que Christian pudiera temer seriamente un robo; no obstante, tomó una precaución que desde su infancia había adoptado siempre que



llevaba más de dos o tres chelines sobre su persona, precaución algo parecida a la del dueño del Diamante Pitt cuando experimentaba recelos similares. Se quitó las botas, abrió las bolsitas, vació el contenido de una en su bota derecha y de la otra en la izquierda y lo distribuyó lo más plano posible sobre la suela de cada bota, que era, en realidad, un cofre espacioso que de ningún modo estaba confinado al tamaño del pie. Después de volvérselas a poner y de acordonárselas hasta el tope, continuó su camino, con más sosiego en la cabeza que bajo las plantas.

Su camino convergía con el del ruidoso grupo, y al aproximarse se percató, para su alivio, de que se trataba de varios vecinos de Egdon a quienes conocía muy bien, a los cuales se había sumado Fairway, de Blooms-End.

— ¡Cómo! ¿Christian va también? —dijo Fairway en cuanto reconoció al recién llegado—. Estoy seguro de que no tienes ni jovencita ni mujer a la que regalarle un corte de vestido.

— ¿De qué hablas? —dijo Christian.

—Hombre, de la rifa. De la que vamos todos los años. ¿Vas a la rifa como nosotros?

—No sabía ni jota. ¿Habrás peleas a garrotazos u otros deportes sangrientos? No quiero ir, gracias, señor Fairway, y no se ofenda.

—Christian no sabe lo divertido que es, y sería una buena distracción para él —dijo una mujer de pecho amplio—. No hay ningún peligro, Christian. Cada hombre pone un chelín, y uno de ellos gana un corte de vestido para su mujer o su novia, si la tiene.

—Bueno, como no tengo suerte no vale la pena. Pero me gustaría ver la diversión, si no tiene nada de magia negra, y si se puede mirar sin pagar ni meterse en ningún lío peligroso.

—No habrá ningún alboroto —dijo Timothy—. Mira, Christian, si quieres venir nos encargaremos de que no te pase nada malo.

—Y supongo que no habrá ningún espectáculo indecente. Veréis, vecinos, si es así, le estaría dando un mal ejemplo a mi padre, que es de una moral tan liviana. Pero un corte de vestido por un chelín, y sin magia negra... vale la pena ir a echarle un vistazo, y no me demoraría ni media hora. Sí, iré, si después se desvían un poquito de su camino hacia Mistorver conmigo, suponiendo que ya haya cerrado la noche y no vaya nadie más por esos rumbos.

Uno o dos se lo prometieron; y Christian, desviándose del camino que lo llevaba directo a su destino, dobló a la derecha con sus compañeros hacia La Mujer Tranquila.

Cuando entraron en el amplio salón de la posada encontraron reunidos allí a unos diez hombres de los poblados de los alrededores, y el grupo aumentó con el nuevo contingente hasta duplicar ese número. La mayoría de ellos estaban sentados en círculo en unos asientos separados por unos brazos de madera como los de las duras butacas de las catedrales, en los que estaban talladas las iniciales de muchos ilustres borrachos de épocas pretéritas que habían pasado sus días y sus noches entre ellos y ahora yacían transformados en cenizas alcohólicas en el cementerio más cercano. En medio de los vasos que estaban sobre la larga mesa ante los presentes había un paquete abierto que contenía un pedazo de género —el corte de vestido, como lo denominaban— que iba a ser el objeto de la rifa. Wildeve estaba de pie de espaldas a la chimenea y fumando un cigarro; y el promotor de la rifa, un buhonero de un pueblo distante, parloteaba sobre el valor del género como materia prima para un vestido veraniego.

—Caballeros, ya se han apuntado cinco y necesitamos cuatro más para llegar al número —continuó cuando los recién llegados se acercaron a la mesa—. Me parece, por las caras de esos caballeros que acaban de entrar, que son lo bastante avisados como para aprovechar esta rara oportunidad de embellecer a sus damas por un precio tan módico.

Fairway, Sam y otro hombre pusieron sus chelines sobre la mesa, y el buhonero se volvió hacia Christian.

—No, señor —dijo Christian echándose hacia atrás con una rápida mirada de recelo—. Yo sólo soy un pobre tipo que he venido a mirar, si no le es molestia, señor. Yo no tengo idea de cómo lo hace usted. Si estuviera seguro de llevármelo, pondría el chelín; pero de otra manera, no podría.

—Me parece que casi puede estar seguro —dijo el vendedor ambulante—. La verdad es que ahora que lo miro bien, aunque no puedo asegurarle que ganará, sí le puedo decir que nunca en mi vida vi nada más parecido a un ganador.

—En todo caso, tendrás las mismas probabilidades que los demás —dijo Sam.

—Y la suerte añadida de ser el último que llegó —dijo otro.

—Yo nací envuelto en un zurrón, y si entonces no me ahogué tal vez ahora no pierda mi dinero —añadió Christian empezando a ceder.

Al final, Christian puso su chelín, la rifa comenzó y los dados empezaron a circular. Cuando le llegó el turno a Christian, este tomó el cubilete con mano temblorosa, lo sacudió temerosamente y lanzó un par de ases. Tres de los restantes habían lanzado pares de menor valor, y todos los demás sólo acumulaban puntos.

—Como dije, el caballero parecía un ganador —observó el buhonero halagador—. Tómela señor; la tela es suya.

— ¡Jo, jo jo! —rio Fairway—. ¡Qué me condenen si esto no es lo más raro que he visto en mi vida!

— ¿Mía? —preguntó Christian con una mirada ausente de sus ojos redondos—. Yo... yo no tengo ni chica, ni mujer ni viuda de mi pertenencia, y me da miedo que se rían de mí por la tela, señor vendedor. ¡Cómo tenía curiosidad por entrar en la rifa nunca pensé en eso! ¿Qué haré con una ropa de mujer en mi cuarto, para no perder la decencia?

—Quédate con ella, aunque sea para que te dé suerte. Quizás tiene a alguna mujer que tu pobre esqueleto no puede conquistar con las manos vacías —dijo Fairway.

—Claro, quédate con ella —dijo Wildeve, que había contemplado la escena indolente, a cierta distancia.

Entonces despejaron la mesa y los hombres empezaron a beber.

— ¡Mire usted! —dijo Christian, casi para sí mismo—. ¡Pensar que nací con tanta suerte y no lo supe hasta ahora! ¡Qué cosa más curiosa son estos dados, que nos gobiernan a todos y, sin embargo, están a mis órdenes! Estoy convencido de que después de esto no tengo por qué tenerle miedo a nada —acarició con cariño los dados uno a uno—. Si pudiera usar este poder que tengo de multiplicar el dinero podría hacerle un favor a una pariente cercana de usted, teniendo en cuenta lo que tengo de ella, ¿eh, señor? —le dijo en un susurro confidencial a Wildeve, que estaba cerca, a su izquierda. Dio unos golpecitos en el suelo con una de sus botas llenas de dinero.

— ¿De qué hablas? —dijo Wildeve.

—Es un secreto. Bueno, tengo que irme.

Miró ansioso en dirección a Fairway.

— ¿Adónde vas? —preguntó Wildeve.

—A Mistover Knap. Tengo que ver allí a la señora Thomasin... eso es todo.

—Yo también voy para allá a buscar a la señora Wildeve. Podemos ir juntos.

Wildeve se sumió en sus pensamientos, y a sus ojos asomó un fulgor que reflejaba una iluminación interior. Lo que la señora Yeobright no había querido confiarle era dinero para su esposa.

—Pero sí confió en este tipo —se dijo—. ¿Por qué lo que es de la mujer no

habría de ser también del marido?

Llamó al mozo que atendía a los parroquianos en la posada para que le alcanzara el sombrero y dijo:

—Bien, Christian, ya estoy listo.

—Señor Wildeve, ¿le molestaría prestarme estas cositas maravillosas que tienen adentro mi suerte, para practicar un poquito por mi cuenta? —dijo Christian tímidamente cuando se volvía para salir del salón. Miraba con ansias los dados y el cubilete sobre la repisa de la chimenea.

—Claro —dijo Wildeve sin darle mayor importancia—. No son más que unos dados tallados por un chico con un cuchillo, y no valen nada...

Christian volvió a entrar y se los echó al bolsillo calladamente. Wildeve abrió la puerta y echó una ojeada al exterior. La noche era cálida y nublada.

— ¡Por Dios!, qué oscuro está —continuó—. Pero supongo que no nos perderemos.

—Perdernos sería una incomodidad —dijo Christian—. La única garantía de seguridad sería una linterna.

—No faltaría más, llevemos una linterna.

Se buscó y encendió la linterna del establo. Christian recogió su corte de tela y los dos hombres emprendieron el ascenso de la colina.

En el salón, los hombres comenzaron una plática hasta que, en un momento dado, algo llamó su atención en el rincón de la chimenea. Este era espacioso, y además del hueco mismo, tenía entre sus jambas, como muchos en Egdon, un asiento echado hacia adentro, de modo que alguien podía sentarse allí sin que lo vieran, siempre que no hubiera fuego que lo quemara, como era el caso en ese momento y a lo largo de todo el verano. De ese nicho sobresalía un único objeto hacia la luz de las velas que estaban sobre la mesa. Era una pipa de barro de color rojizo. Lo que había llamado la atención de los hombres era una voz, detrás de la pipa, que pedía candela.

— ¡Por vida mía que me dio un buen susto oír hablar al hombre! —dijo Fairway alcanzándole una vela—. ¡Oh, es el vendedor de almagre! Has mantenido la lengua muy quieta, jovencito.

—Sí, no tenía nada que decir —observó Venn.

A los pocos minutos se levantó y les deseó buenas noches a los presentes.

Mientras tanto, Wildeve y Christian habían emprendido la marcha a través del páramo.

Era una noche tranquila, cálida, neblinosa, cargada de todos los perfumes

potentes de la vegetación nueva que aún no ha secado el sol, entre ellos, en especial, el aroma de los helechos. La linterna, que colgaba de la mano de Christian, rozaba a su paso las frondas que remedaban un plumaje, con lo que importunaba a las mariposas nocturnas y otros insectos alados, que salían volando y se posaban sobre sus cristales.

— ¿Así que tienes que llevarle un dinero a la señora Wildeve? —dijo el compañero de Christian después de un silencio—. ¿No te parece muy extraño que no me lo hayan dado a mí?

—Me imagino que como marido y mujer son una misma carne, habría sido igual —dijo Christian—. Pero me dieron órdenes estrictas de darle el dinero a la señora Wildeve en sus propias manos, y las cosas hay que hacerlas bien.

—No hay duda —dijo Wildeve.

Cualquiera que hubiera estado al tanto de las circunstancias habría podido advertir que a Wildeve le mortificaba haber descubierto que el objeto de la transacción era dinero y no, como supusiera en Blooms-End, alguna nadería caprichosa que sólo les interesaba a las dos mujeres. La negativa de la señora Yeobright implicaba que no se le consideraba suficientemente honorable como para ser un seguro portador de los bienes de su esposa.

— ¡Qué calor hace esta noche, Christian! —dijo anhelante cuando ya casi llegaban al pie de Rainbarrow—. Sentémonos unos minutos, por Dios.

Wildeve se dejó caer sobre los suaves helechos; y Christian, después de colocar la linterna y el paquete en el suelo, se agachó muy cerca, en posición acuclillada, con las rodillas casi en la barbilla. Unos momentos después introdujo una mano en el bolsillo de su abrigo y empezó a moverla.

— ¿Qué traqueteas ahí? —dijo Wildeve.

—Los dados, señor —dijo Christian sacando rápidamente la mano—. ¡Qué magia tienen estos aparatitos, señor Wildeve! Nunca me cansaría de jugar con ellos. ¿Le molesta si los saco para mirarlos un minuto y veo cómo están hechos? No quise mirarlos de cerca delante de los demás, por miedo a que pensarán que era de mal gusto —Christian los sacó y los examinó en el hueco de su mano a la luz de la linterna—. Y pensar que estas cositas tan chiquitas encierran tanta suerte, tanta maravilla, tanto hechizo y tanto poder. Eso es más que todo lo que había visto u oído —prosiguió: con una mirada fascinada a los dados, que, como es frecuente en el campo, eran de madera, con los puntos grabados a fuego sobre las caras con el extremo de un alambre.

—Son mucho en muy poca cosa, ¿eso es lo que quieres decir?

—Sí. ¿Cree que de verdad son los juguetes del diablo, señor Wildeve? Si, es así, no es buena señal que tenga tanta suerte.

—Debías ganar algún dinero, ahora que los tienes. Cualquiera mujer casaría después contigo. Este es tu momento, Christian, y yo te recomendaría que no lo dejaras pasar. Algunos hombres nacen con suerte y otros no. Yo soy de esos últimos.

— ¿Sabe de alguien que haya nacido con suerte, además de mí?

—Oh, sí. Una vez oí hablar de un italiano que se sentó en una mesa juego con un solo luis (eso es un soberano de otro país) en el bolsillo. Jugó durante veinticuatro horas y ganó diez mil libras, así que desbancó a la contra la que jugaba. Y hubo otro hombre que perdió mil libras y fue casa de un corredor al día siguiente para vender unas acciones para pagar la deuda. El hombre a quien le debía el dinero fue con él en un coche alquiler, y para pasar el tiempo echaron una moneda al aire para ver quien pagaba la carrera. El perdedor ganó, y el otro se sintió tentado a seguir apostando, así que jugaron durante todo el viaje. Cuando el cochero paró le dijeron que los llevara de vuelta: el que iba a vender sus acciones había vuelto a ganar sus mil libras.

— ¡Ja, ja, espléndido! —exclamó Christian—. ¡Siga, siga!

—Y hubo también un hombre en Londres que no era más que un camarero en el club de White. Empezó a hacer apuestas de medias coronas, y después mayores y mayores, hasta que se hizo muy rico, consiguió un puesto en la India y llegó a ser gobernador de Madrás. Su hija se casó con un miembro del parlamento y el obispo de Carlisle fue padrino de uno de sus hijos.

—Maravilloso, maravilloso.

—Y una vez hubo un joven en América que jugó hasta perder su último dólar. Apostó el reloj y la cadena y también los perdió; apostó el paraguas y volvió a perder; apostó el sombrero y volvió a perder; apostó el abrigo, se quedó en mangas de camisa y volvió a perder. Empezó a quitarse los pantalones, y entonces alguien que miraba el juego le dio una bobería por su coraje. Con eso ganó. Recobró el abrigo, recobró el sombrero, recobró el paraguas, el reloj, el dinero y salió rico por la puerta.

— ¡Oh, es tan bueno que me corta el aliento! Señor Wildeve, creo que voy a arriesgar otro chelín con usted, ya que soy de esa clase; nada malo puede pasar, y usted puede darse el lujo de perder.

—Muy bien —dijo Wildeve al tiempo que se incorporaba. Buscando con la linterna encontró una gran piedra plana que colocó entre Christian y él, y volvió a sentarse. Abrieron la linterna para que diera más luz y dirigieron sus rayos hacia la piedra. Christian puso un chelín, Wildeve otro y ambos lanzaron los dados. Christian ganó. Apostaron dos chelines y Christian volvió a ganar.

—Probemos con cuatro —dijo Wildeve. Jugaron por cuatro. Esta vez

Wildeve ganó las apuestas.

—Ah, esos pequeños accidentes, por supuesto, le ocurren algunas veces al hombre más afortunado —observó.

— ¡Y ahora no tengo más dinero! —explicó Christian agitado—. Pero si pudiera seguir me volvería a ganar ese y más. Cómo me gustaría que esto fuera mío —dio una patada con la bota contra el suelo, de modo que las monedas tintinearón adentro.

— ¡Qué! ¡No habrás puesto ahí el dinero de la señora Wildeve!

—Sí. Para que esté seguro. ¿Hay algo de malo en apostar el dinero de una señora casada si, cuando gane, sólo me quedo con lo ganado y le doy a ella lo suyo igual que si nada hubiera pasado; y si gana el otro, su dinero va a dar a quien por ley le pertenece?

—No hay nada de malo.

Desde el inicio Wildeve había estado dándole vueltas en la cabeza a la baja estima en que lo tenían los allegados a su esposa; y ello lo hería profundamente. Con el paso de los minutos, había derivado gradualmente hacia una intención de venganza, sin que supiera el momento preciso en que había adoptado ese propósito. Se trataba de darle a la señora Yeobright lo que consideraba una lección; en otras palabras, demostrarle, si podía, que el marido de su sobrina era el guardián apropiado del dinero de su sobrina.

— ¡Bien, allá voy! —dijo Christian comenzando a desabrocharse una bota—. Me imagino que soñaré con esto noches enteras; ¡pero siempre juraré que no se me ponen los pelos de punta cuando pienso en ello!

Metió la mano en la bota y sacó una de las preciosas guineas de la pobre Thomasin, tan caliente que quemaba. Wildeve ya había puesto un soberano sobre la piedra. Entonces recomenzó la partida. Primero ganó Wildeve, y Christian arriesgó otra, y esa vez ganó. La partida fluctuaba, pero el balance favorecía a Wildeve. Ambos hombres estaban tan absortos en la partida que no atendían a nada que no fueran los minúsculos objetos que quedaban justo frente a sus ojos: el mundo entero se resumía para ellos en la piedra plana, la linterna abierta, los dados y las pocas hojas de helecho que la luz iluminaba directamente.

Al cabo, Christian comenzó a perder rápidamente; y por fin, para su horror, las cincuenta guineas pertenecientes a Thomasin habían pasado a manos de su adversario.

— ¡No me importa! ¡No me importa! —gimió y se dio a la tarea de desabrocharse desesperadamente la bota izquierda para sacar las otras cincuenta—. ¡El demonio me arrojará a las llamas con su tridente por lo que

he hecho esta noche, lo sé! Pero quizás gane, y entonces consiga una esposa que se quede a mi lado por las noches, y no tendré miedo, ¡no lo tendré! ¡Aquí tiene otra, amigo mío! —de una palmada puso otra guinea sobre la piedra y volvieron a sacudir el cubilete.

Pasó el tiempo. Wildeve comenzó sentirse tan agitado como Christian. Al comienzo de la partida, su intención no había ido más allá que la de jugarle una broma amarga a la señora Yeobright. Ganar el dinero, con o sin trampas, y entregárselo desdeñosamente a Thomasin en presencia de su tía, había sido el vago plan que se trazara. Pero los hombres se apartan de sus intenciones incluso mientras las llevan a cabo, y a la altura de la vigésima guinea ya era extremadamente dudoso que Wildeve tuviera conciencia de otra intención que no fuera la de ganar para su propio beneficio personal. Además, ya no apostaba para ganar el dinero de su esposa, sino el de Yeobright; aunque, en su aprensión, Christian no le informó sobre ese hecho hasta después.

Eran casi las once cuando, casi con un chillido, Christian colocó la última guinea reluciente de Yeobright sobre la piedra. A los treinta segundos había seguido el mismo camino que sus compañeras.

Christian se volvió y se arrojó sobre los helechos presa de convulsiones de remordimiento.

—Oh, ¿qué haré con mi desdichada persona? —gimió—. ¿Qué haré? ¿Tendrá compasión de mi malvada alma algún cielo piadoso?

— ¿Que qué harás? Seguir viviendo igual que antes.

— ¡No seguiré viviendo igual que antes! ¡Moriré! Usted es un... un...

—Un hombre con más maña que mi prójimo.

—Sí, un hombre con más maña que su prójimo; ¡un verdadero tramposo!

—Y tú, pobre, que no sirves ni para un bordado ni para un cosido, ¿qué modales son esos?

— ¡Eso no tiene la menor importancia! ¡Y es usted el que tiene malos modales! Se ha quedado con un dinero que no es suyo. La mitad de las guineas son del pobre señor Clym.

— ¿Cómo es eso?

—Yo tenía que darle cincuenta a él. Me lo dijo la señora Yeobright.

— ¿Sí?... Pues habría sido más delicado de su parte dárselas a su esposa Eustacia. Pero ahora están en mis manos.

Christian se puso las botas y con una respiración agitada, que se podía oír a cierta distancia, se incorporó penosamente y se alejó dando tumbos hasta



perderse de vista. Wildeve se puso a cerrar la linterna para regresar a su casa, porque consideró que era demasiado tarde para ir a Mistover a recoger a su esposa, a quien llevarían de regreso en el coche del capitán. Cuando cerraba la puertecita de la linterna, una silueta se levantó de atrás de un arbusto cercano y avanzó hasta la luz. Era el vendedor de almagre que se aproximaba.

## 8. Una nueva fuerza encrespa la corriente

Wildeve le clavó la vista. Venn miró fríamente a Wildeve y, sin decir una palabra, se sentó parsimoniosamente donde antes estuviera sentado Christian, metió la mano en el bolsillo, sacó un soberano y lo puso sobre la piedra.

— ¿Estabas espiándonos desde atrás de ese arbusto? —dijo Wildeve.

El vendedor de almagre asintió.

—Venga su apuesta —dijo—. ¿O es que no tiene coraje suficiente para seguir?

Ahora bien, el juego es un tipo de entretenimiento que es mucho más fácil comenzar con los bolsillos llenos que abandonar en esa situación; y aunque de haber tenido la cabeza más fría Wildeve quizás habría declinado prudentemente la invitación, el entusiasmo por su éxito reciente lo poseyó por completo. Puso una de las guineas sobre la laja junto al soberano del vendedor de almagre.

—La mía es una guinea —dijo.

—Una guinea que no le pertenece —dijo Venn sarcástico.

—Me pertenece —respondió Wildeve altanero—. Es de mi mujer, y lo que es de ella es mío.

—Muy bien; comencemos —Venn agitó el cubilete y tiró un ocho, un diez y un nueve; entre los tres sumaban veintisiete.

Eso alentó a Wildeve. Tomó el cubilete, y su tirada sumó cuarenticinco. Allá fue otro de los soberanos del vendedor de almagre contra el primero, que fue la apuesta de Wildeve. Esta vez, Wildeve tiró cincuenta y cinco puntos, pero ningún par. El vendedor de almagre adoptó una expresión severa, hizo un tiro de ases y se embolsilló las apuestas.

—Allá vamos de nuevo —dijo Wildeve desdeñoso—. Doblo la apuesta —puso dos de las guineas de Thomasin y el vendedor de almagre sus dos libras. Venn volvió a ganar. Nuevas apuestas aparecieron sobre la piedra, y los jugadores continuaron como hasta entonces.

Wildeve era un hombre nervioso y excitable, y el juego estaba comenzando a afectar su humor. Se retorció, se encolerizaba, se removía en su asiento y los latidos de su corazón eran casi audibles. Venn permanecía con los labios impasiblemente cerrados y los ojos reducidos a un par de mínimos destellos; casi no parecía respirar. Podría haber sido un árabe o un autómatas; habría sido como una estatua de arenisca roja de no ser por el movimiento de su brazo con el cubilete.

El juego fluctuaba, ahora a favor de uno, ahora a favor del otro, sin gran ventaja de ninguna de las dos partes. Así pasaron unos veinte minutos. La luz de la vela había atraído ya moscas, mariposas nocturnas y otras criaturas aladas de la noche que revoloteaban alrededor de la linterna, volaban hacia la llama o daban vueltas en torno a los rostros de los dos jugadores.

Pero ninguno de ellos les prestaba demasiada atención, porque sus miradas estaban concentradas en la pequeña piedra plana, que para ellos era una arena tan vasta e importante como un campo de batalla. A esas alturas, el juego había experimentado un cambio; el vendedor de almagre ganaba continuamente. Al cabo, sesenta guineas —las cincuenta de Thomasin y diez de Clym— habían pasado a sus manos. Wildeve había perdido toda prudencia; estaba frenético, exasperado.

—Recuperó su abrigo —dijo Venn taimado.

Otro lance y el dinero fluyó en la misma dirección.

—Recuperó su sombrero —continuó Venn.

— ¡Oh, oh! —dijo Wildeve.

—Recuperó su reloj, recuperó su dinero y salió por la puerta rico —añadió Venn, oración a oración, a medida que apuesta tras apuesta pasaban a su poder.

— ¡Cinco más! —gritó Wildeve, arrojando el dinero—. Y olvídte de los tres tiros: decidamos con uno.

El rojo autómatas que estaba frente a él se sumió en el silencio, asintió y siguió su ejemplo. Wildeve agitó el cubilete y tiró un doble seis más cinco puntos. Aplaudió:

— ¡Esta vez lo logré! ¡Hurra!

—Hay dos jugando y sólo uno ha tirado —dijo el vendedor de almagre bajando suavemente el cubilete. Los ojos de ambos convergieron con tanta intensidad sobre la piedra que era dable imaginar que despedían un fulgor visible, como los rayos de luz en medio de la niebla.

Venn levantó el cubilete y he aquí que apareció un triple seis.

Wildeve estaba furioso. Mientras el vendedor de almagre recogía las

apuestas, Wildeve agarró los dados y los lanzó, con todo y cubilete, hacia la oscuridad, al tiempo que profería una terrible imprecación. Entonces se puso de pie y comenzó a dar patadas contra el suelo como un loco.

— ¿Entonces ya se acabó? —dijo Venn.

— ¡No, no! —gritó Wildeve—. Quiero una oportunidad más. ¡Tengo que tenerla!

—Pero, amigo, ¿qué hizo con los dados?

—Los tiré... fue un momento de irritación. ¡Qué tonto soy! Vamos... ven y ayúdame a buscarlos... tenemos que encontrarlos.

Wildeve agarró la linterna y comenzó a registrar entre la aulaga y los helechos.

—No es probable que los encuentre por ahí —dijo Venn, que lo había seguido—. ¿Por qué hizo una cosa tan loca? Aquí está el cubilete. Los dados no pueden estar muy lejos.

Wildeve alumbró ansioso el punto donde Venn había encontrado el cubilete y aplastó la hierba a derecha e izquierda. A los pocos minutos encontraron uno de los dados. Siguieron buscando un rato, pero ningún otro se dejó ver.

—No importa —dijo Wildeve—. Juguemos con uno.

—De acuerdo —dijo Venn.

Volviéron a sentarse y recomenzaron con apuestas de una guinea; el juego prosiguió a toda marcha. Pero era innegable que la Fortuna se había enamorado del vendedor de almagre esa noche. Ganó de firme, hasta convertirse en dueño de catorce más de las piezas de oro. Setentinueve de las cien guineas eran suyas, mientras que Wildeve poseía sólo veintiuna. El aspecto de los dos oponentes era ahora singular. Aparte de sus movimientos, un completo diorama de las fluctuaciones del juego se desarrollaba en sus ojos. En cada pupila se reflejaba una diminuta llama, y habría sido posible distinguir en ellas los estados de ánimo esperanzados y los de abandono, incluso en el caso del vendedor de almagre, aunque sus músculos faciales nada revelaban. Wildeve seguía jugando con la temeridad que nace de la desesperación.

— ¿Qué es eso? —exclamó de repente al escuchar un roce; ambos levantaron la vista.

Estaban rodeados de siluetas oscuras de entre cuatro y cinco pies de alta, paradas a pocos pasos de la claridad de la linterna. Una somera inspección reveló que las siluetas en círculo eran segadores del páramo, con las cabezas vueltas hacia los jugadores, a quienes contemplaban atentamente.

— ¡Arre! —dijo Wildeve y los cuarenta o cincuenta animales de inmediato volvieron grupas y se alejaron galopando. El juego se reinició de nuevo.

Pasaron diez minutos. Entonces, una gran mariposa calavera avanzó procedente de la oscura atmósfera, le dio dos vueltas a la linterna, voló derecho a la vela y la apagó por la fuerza del golpe. Wildeve acababa de lanzar el dado, pero no había levantado el cubilete para ver el resultado; y ahora era imposible.

— ¡Por todos los infiernos! —chilló—. ¿Y ahora qué haremos? Quizás haya tirado un seis. ¿Tienes fósforos?

—No —dijo Venn.

—Christian tenía... me pregunto dónde estará. ¡Christian!

Pero no hubo respuesta al grito de Wildeve, salvo el lúgubre lamento de las garzas que hacían su nido en la parte más baja del valle. Ambos hombres miraron inexpresivamente a su alrededor sin levantarse. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, comenzaron a percibir tenues puntos de luz verdosa entre la hierba y los helechos. Esas luces salpicaban la ladera de la colina como estrellas de pequeña magnitud.

—Ah, luciérnagas —dijo Wildeve—. Espera un minuto. Podremos continuar el juego.

Venn siguió sentado sin moverse mientras su compañero iba de un lado a otro hasta que reunió trece luciérnagas —tantas como pudo encontrar en el espacio de cuatro o cinco minutos— sobre una hoja que arrancó con ese propósito. El vendedor de almagre dejó escapar una risa queda cuando vio a su adversario regresar.

— ¿Entonces está decidido a seguir? —dijo seco.

—Siempre lo estoy —dijo Wildeve furioso.

Y tras sacudir la hoja para que cayeran las luciérnagas, las colocó con mano temblorosa formando un círculo sobre la piedra, con un espacio en el medio para el cubilete, sobre el que las trece diminutas lámparas lanzaban un pálido fulgor fosforescente. La partida se reanudó otra vez. Era la época del año en que las luciérnagas emiten mayor brillo, y la luz que producían era más que suficiente para el propósito al que estaban destinadas, ya que resulta posible en esas noches leer una carta a la luz de dos o tres de ellas.

La incongruencia entre lo que hacían los hombres y el ambiente que los circundaba era grande. En medio de la vegetación suave y jugosa de la hondonada en la que se encontraban, de la soledad inmóvil y despoblada, se inmiscuía el tintineo de las guineas, el golpeteo de los dados, las exclamaciones de los insensatos jugadores.

Wildeve había alzado el cubilete en cuanto obtuvieran la luz, y el dado solitario proclamó que la partida aún seguía en su contra.

—No juego más; has cargado los dados —gritó.

— ¿Cómo es posible, si eran suyos? —dijo el vendedor de almagre.

—Cambiemos las reglas del juego; gana el que menos puntos saque. Puede que eso cambie mi suerte. ¿Te niegas?

—No, adelante —dijo Venn.

— ¡Oh, ahí están de nuevo, malditos sean! —exclamó Wildeve alzando la vista. Los segadores del páramo habían vuelto sin hacer ruido y los contemplaban con las cabezas erectas, igual que antes, sus ojos tímidos clavados en la escena, como si se preguntaran qué podrían hacer unos seres humanos y la luz de una vela en esos andurriales a una hora tan poco apropiada de la noche.

— ¡Qué plaga son esos animales; me miran de un modo! —dijo, y les lanzó una piedra que los hizo desperdigarse, después de lo cual el juego continuó.

A Wildeve le quedaban ahora diez guineas, y cada uno de los dos apostó cinco. Wildeve lanzó un tres, Venn un dos y recogió las monedas. El otro agarró el dado y le clavó los dientes de pura rabia, como para destrozarlo a mordidas.

— ¡Yo no me rindo; aquí están mis últimas cinco! —exclamó tirándolas al suelo—. Malditas sean las luciérnagas; se están apagando. ¿Por qué no alumbran, animalitos tontos? Hay que pincharlas para que se aviven.

Aguijó a las luciérnagas con un palito y las viró para que la parte brillante de sus colas quedara boca arriba.

—Hay luz suficiente. Tire —dijo Venn.

Wildeve dejó caer el cubilete en medio del círculo de luz y miró ansioso. Había sacado un as.

— ¡Bien hecho! Dije que mi suerte cambiaría y cambió.

Venn no dijo nada, pero su mano temblaba ligeramente.

El también lanzó un as.

— ¡Oh! —dijo Wildeve—. ¡Maldita sea!

El dado golpeó la piedra una segunda vez. De nuevo era un as. Venn tenía un aire sombrío, lanzó: el dado estaba partido en dos pedazos, con las partiduras hacia arriba.

—No saqué nada —dijo.

—Me lo tengo bien merecido; partí el dado con los dientes. Coge, toma tu dinero. Nada es menos que uno.

—No lo quiero.

—Toma te digo. ¡Te lo ganaste! —y Wildeve lanzó las monedas al pecho de Venn.

Venn las recogió, se levantó y desapareció de la hondonada, mientras Wildeve permanecía sentado, estupefacto.

Cuando se recuperó, él también se puso de pie y, con la linterna apagada en la mano, se dirigió al camino. Al alcanzarlo se detuvo. El silencio de la noche reinaba en todo el páramo, excepto en una dirección; y esa era la de Mistover. Allí podía oír el ruido de coches ligeros, y de inmediato vio dos lámparas que descendían de la colina. Wildeve se escondió debajo de un arbusto y aguardó.

El vehículo se acercó y pasó por delante de él. Era un coche alquilado, y detrás del cochero iban dos personas a quienes conocía mucho. Eran Eustacia y Yeobright, y el brazo de este último rodeaba la cintura de la joven. Doblaron la curva pronunciada del fondo del valle, rumbo al hogar temporal que Clym alquilara y amueblara, a unas cinco millas hacia el este.

Wildeve olvidó la pérdida de su dinero al ver a su amor perdido, cuyo encanto aumentaba a sus ojos en progresión geométrica con cada nuevo incidente que le recordaba su irrevocable separación. Sumido en la tristeza sutil que era capaz de sentir, tomó el camino opuesto para dirigirse a la posada.

Más o menos en el mismo momento en que Wildeve llegara al camino, Venn también había salido a él en un punto a unas cien yardas más adelante; y al oír el mismo coche, también aguardó a que se le acercara. Cuando vio quiénes iban en él, pareció decepcionado. Tras reflexionar uno o dos minutos, intervalo durante el cual el coche lo rebasó, cruzó el camino y tomó un atajo entre la aulaga y los brezos hasta un punto donde el camino real hacía una curva para subir una colina. Quedó entonces de nuevo delante del coche, que pronto se acercó a paso de marcha. Venn salió al camino para que lo vieran.

Eustacia experimentó un sobresalto cuando la lámpara lo alumbró, y Clym quitó involuntariamente el brazo con que rodeaba su cintura. Dijo:

— ¿Diggory? Estás dando un paseo solitario.

—Sí. Perdón por deteneros —dijo Venn—. Pero espero a la señora Wildeve: tengo algo para ella de parte de la señora Yeobright. ¿Podéis decirme si ya se fue de la fiesta?

—No. Pero pronto se irá. Es posible que te la encuentres en la curva.

Venn les hizo una inclinación de despedida y desanduvo sus pasos hasta ocupar su posición anterior, en el sitio donde el acceso a Mistover se encontraba con el camino. Allí permaneció sin moverse durante casi media hora, tiempo al cabo del cual otro par de luces comenzó a descender la colina. Era el anticuado carronato del capitán, y en él estaba Thomasin sola, conducida por Charley.

El vendedor de almagre se adelantó cuando tomaban lentamente la curva.

—Perdón por detenerla, señora Wildeve —dijo—. Pero tengo que darle algo en persona de parte de la señora Yeobright.

Le entregó un paquetito; se trataba de las cien guineas que acababa de ganar, envueltas de cualquier manera en un pedazo de papel.

Thomasin se recuperó de su sorpresa y tomó el paquete.

—Eso es todo señora; le deseo buenas noches —dijo Venn, y desapareció.

Así, llevado de su ansiedad por enmendar las cosas, Venn había puesto en manos de Thomasin no sólo las cincuenta guineas que de hecho le pertenecían, sino también las cincuenta destinadas a su primo Clym. Su error tenía su origen en las palabras que pronunciara Wildeve al inicio del juego, cuando negara indignado que la guinea no fuera suya. El vendedor de almagre no se había percatado de que la mitad de la partida había continuado jugando con el dinero de otro; y fue un error que contribuyó posteriormente a causar más desgracias que lo que habría ocasionado la pérdida de tres veces la misma cantidad de dinero.

La noche estaba ya algo avanzada, y Venn se internó más en el páramo hasta llegar a un barranco donde se encontraba su carro; era un punto que no quedaba a más de doscientas yardas del sitio donde se desarrollara la partida de dados. Entró a su hogar ambulante, encendió la linterna y, antes de cerrar la puerta por esa noche, se detuvo a reflexionar acerca de lo acaecido durante las horas precedentes. Cuando aún permanecía en esa posición, el alba se hizo visible en el cuadrante nordeste del firmamento que, como las nubes se habían disipado, brillaba con suave lustre en esa época veraniega, aunque sólo eran entre la una y las dos de la madrugada. Venn, completamente agotado, cerró entonces su puerta y se tiró en la cama a dormir.

\*\*\*\*

## LIBRO CUARTO.

## LA PUERTA CERRADA

### 1. El reencuentro junto a la poza

El sol de julio brillaba sobre Egdon y hacía arder los brezos rojos con un fuego escarlata. Era la única estación del año, y el único tiempo durante esa estación, en que el páramo resultaba exuberante. Ese período de florecimiento representaba el segundo momento o mediodía del ciclo de cambios superficiales que eran los únicos posibles allí; seguía al período verde o de los helechos jóvenes, que representaba la mañana, y precedía al período pardo, en el que las flores de brezo y los helechos vestían los tonos cenicientos del atardecer, que eran desplazados, a su vez, por los tintes oscuros del período invernal, que representaba la noche.

En su casita de Alderworth, más allá de East Egdon, Clym y Eustacia llevaban una vida monótona que les resultaba deliciosa. Por el momento, el páramo y los cambios de tiempo permanecían velados a sus ojos. Se encontraban envueltos en una suerte de niebla luminosa que les ocultaba los colores poco armoniosos de su entorno y les daba a todas las cosas el carácter de la luz. Cuando llovía se sentían encantados, porque tenían un motivo para permanecer juntos puertas adentro todo el día; cuando hacía buen tiempo, se sentían encantados, porque podían sentarse juntos en las colinas. Eran como esas estrellas dobles que giran y giran una en torno a la otra, y que en la distancia parecen ser una sola. El absoluto aislamiento en que vivían intensificaba su recíproca concentración en el otro; no obstante, hay quienes habrían dicho que tenía la desventaja de consumir su mutuo afecto a un ritmo atterradoramente pródigo. Yeobright no temía en lo que a él tocaba; pero el recuerdo de las palabras antaño pronunciadas por Eustacia acerca de la evanescencia del amor, que aparentemente la joven ya había olvidado, a veces le hacían plantearse una pregunta; y retrocedía ante la idea de que la cualidad de la finitud no era ajena al Edén. Una vez pasadas así tres o cuatro semanas, Yeobright recommenzó a pie firme sus lecturas. Para recuperar el tiempo perdido, estudiaba infatigablemente, porque ansiaba adentrarse en su nueva profesión con la menor demora posible.

Ahora bien, el sueño de Eustacia siempre había sido que, una vez casada con Clym, tendría poder para inducirlo a regresar a París. Yeobright se había abstenido cuidadosamente de toda promesa de hacerlo; pero, ¿podría resistirse a sus argumentos y persuasiones? Eustacia estaba tan segura de sus posibilidades de éxito que le había dicho a su abuelo que París, y no Budmouth, sería con toda seguridad su futuro hogar. Sus esperanzas estaban inextricablemente unidas a ese sueño. En los tranquilos días transcurridos



desde su matrimonio, cuando Yeobright recorría absorto sus labios, sus ojos y las líneas de su rostro, ella meditaba y meditaba sobre el tema, aun cuando le devolvía sus miradas; y ahora, la vista de los libros, que apuntaban a un futuro antagónico con sus sueños, la golpeó con una fuerza que le causó un notable pesar. Ansiaba que llegara el momento en que, dueña y señora de un hermoso hogar, por más pequeño que fuera, cerca de un bulevar parisino, sus días transcurrieran al menos en las márgenes del mundo elegante, y le llegaran ráfagas perdidas de esos placeres de ciudad que tantas aptitudes tenía para disfrutar. Pero Yeobright se mostraba tan firme en la intención contraria como si el matrimonio tendiera a desarrollar sus fantasías de joven filántropo en vez de barrer con ellas.

La ansiedad de Eustacia alcanzó un grado muy alto; pero había algo en las maneras incommovibles de Clym que la hacían vacilar ante la idea de sondearlo sobre el tema. No obstante, en ese punto de sus vidas, un incidente la ayudó. Sucedió una tarde, alrededor de seis semanas después de su unión, y se originó debido al inconsciente desvío por parte de Venn de las cincuenta guineas destinadas a Yeobright.

Uno o dos días después de la recepción del dinero, Thomasin le había enviado una nota a su tía en la que le daba las gracias. Se había sentido sorprendida por la largueza de la suma; pero como no se había mencionado nunca una cantidad, la achacó a la generosidad de su difunto tía. Su tía le había dado instrucciones precisas de no decirle nada a su esposo sobre el presente; y Wildeve, como era natural, no le había mencionado a su esposa ni un solo particular de la escena ocurrida a medianoche en el páramo. De modo similar, el terror de Christian había hecho que no despegara los labios sobre la parte que desempeñara en esos hechos; y confiando en que de que de una u otra forma el dinero hubiera llegado a su destino, se limitó a afirmarlo sin dar más detalles.

De ahí que pasadas una o dos semanas, la señora Yeobright comenzara a preguntarse por qué su hijo no le había hecho saber que había recibido el presente; y para añadir el abatimiento a la perplejidad, se le ocurrió la posibilidad de que el resentimiento fuera la causa de su silencio. Le costaba creerlo, pero, ¿por qué no le escribía? Le preguntó a Christian, y la confusión que delataban sus respuestas la había llevado de inmediato a darse cuenta de que había algo extraño en el asunto, de no ser porque la nota de Thomasin corroboraba la mitad de su historia.

La señora Yeobright se encontraba aún presa de la incertidumbre cuando una mañana recibió la información de que la esposa de su hijo había ido a visitar a su abuelo en Mistover. Decidió subir la colina, ver a Eustacia y saber de labios de su nuera si las guineas de la familia, que eran lo que las joyas familiares son para viudas más ricas, habían llegado o no a su destino.

Cuando Christian se enteró de adónde se dirigía, su preocupación llegó al clímax. En el momento en que la señora Yeobright se disponía a partir no pudo seguir dándole largas al asunto y, tras confesarle su participación en el juego, le contó la verdad hasta donde la conocía: que Wildeve había ganado las guineas.

— ¿Y se va a quedar con ellas? —exclamó la señora Yeobright.

— ¡Espero y confío que no! —gimió Christian—. Es un buen hombre, y quizás haga lo correcto. Me dijo que usted le debería haber dado a Eustacia la parte de Clym, y quizás sea eso lo que haga.

En cuanto logró reflexionar serenamente, a la señora Yeobright esto último le pareció muy probable, porque le resultaba difícil creer que Wildeve se apropiara realmente de un dinero que era de su hijo. El procedimiento intermedio de dárselo a Eustacia era el tipo de cosa que se le podía ocurrir. Pero aun así, ello enfurecía a la madre. Pensar que Wildeve se hubiera hecho de las guineas después de todo, y dispuesto su entrega poniéndolas en manos de la esposa de Clym porque había sido su novia, y quizás aún lo era, le causaba una sensación tan irritante como la peor que sufriera la señora Yeobright.

De inmediato despidió al desolado Christian de su empleo por su conducta en el asunto; pero sintiéndose desvalida e incapaz de arreglárselas sin él, le dijo después que podía quedarse un poco más de tiempo si quería. Después se apresuró a ir al encuentro de Eustacia, movida por sentimientos mucho menos auspiciosos hacia su nuera que los que experimentara media hora antes, cuando planeaba el viaje. En aquel momento se proponía averiguar con espíritu amistoso si se había producido alguna pérdida accidental; ahora, iba a preguntarle a las claras si Wildeve le había entregado en secreto un dinero que era un presente sagrado para Clym.

Salió a las dos de la tarde, y su encuentro con Eustacia ocurrió antes de lo esperado debido a la aparición de la joven junto a la poza y el muro que bordeaba la vivienda de su abuelo, desde donde se dedicaba a contemplar el paisaje, quizás pensando en los románticos acontecimientos de que fuera testigo en días pasados. Cuando la señora Yeobright se aproximó, Eustacia la examinó con la mirada serena de una desconocida.

La suegra fue la primera en hablar.

—Venía a verte —dijo.

— ¡No me diga! —dijo Eustacia sorprendida, porque la señora Yeobright, para mortificación de la joven, se había negado a asistir a su boda—. No la esperaba.

—Vine estrictamente a dilucidar un asunto —dijo la visitante, en tono más frío que al inicio—. Perdona que te pregunté lo siguiente: ¿recibiste un regalo del esposo de Thomasin?

— ¿Un regalo?

— ¡Hablo de dinero!

— ¿Cómo? ¿Yo?

—Me refería a si te lo había dado en secreto, aunque no tenía intenciones de decirlo de esa manera.

— ¿Dinero del señor Wildeve? No, ¡nunca! Señora, ¿a qué se refiere?

Eustacia se sulfuró muy rápido, porque su propia conciencia de la vieja relación existente entre ella y Wildeve la hizo asumir que la señora Yeobright también la conocía, y que quizás había venido ahora a acusarla de recibir regalos deshonorosos de él.

—Simplemente hago la pregunta —dijo la señora Yeobright—. He estado...

—Debería tener una mejor opinión de mí. ¡Ya me temía que estuviera en mi contra desde el inicio! —exclamó Eustacia.

—No. Simplemente estaba a favor de Clym —contestó la señora Yeobright con demasiado énfasis, como resultado de su vehemencia—. Cada quien cuida de los suyos por instinto.

— ¿Cómo puede dejar entrever que necesitaba que lo cuidaran de mí? —exclamó Eustacia, con lágrimas de pasión en los ojos—. ¡No lo he perjudicado al casarme con él! ¿Qué pecado he cometido para que piense tan mal de mí? Usted no tenía derecho a ponerse en contra mía cuando nunca le he hecho ningún mal.

—Hice sólo lo justo en esas circunstancias —dijo con más suavidad la señora Yeobright—. No querría haber abordado ahora este asunto, pero me obligas. No me avergüenza contarte la verdad con toda franqueza. Estaba firmemente convencida de que no debía casarse contigo; por tanto, intenté disuadirlo por todos los medios a mi alcance. Pero lo hecho, hecho está, y no voy a seguirme quejando. Estoy dispuesta a aceptarte.

—Ah, sí, es muy bueno ver las cosas desde un punto de vista tan práctico —murmuró Eustacia con una fogsidad apenas sofocada—. Pero, ¿por qué habría de pensar que hay algo entre el señor Wildeve y yo? Yo también, como usted, tengo un temperamento vivo. Estoy indignada; y lo mismo le pasaría a cualquier mujer. Déjeme recordarle que casarme con Clym fue una deferencia de mi parte, y no una maniobra; y, por tanto, no permitiré que me trate como a

una intrigante a la que hay que soportar porque logró colarse en la familia.

— ¡Oh! —dijo la señora Yeobright tratando en vano de controlar su ira—. Nunca he oído nada que indique que la familia de mi hijo no es tan buena, o quizás mejor, que la de los Vye. Me da risa oírte hablar de deferencia.

—Claro que fue una deferencia —dijo Eustacia vehemente—. Y si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, que estaría viviendo en este páramo desolado un mes después de mi boda, lo... lo habría pensado dos veces antes de aceptar.

—Sería mejor que no dijeras eso; podría parecer que es cierto. No sé que mi hijo haya empleado ninguna mentira, sé que no lo hizo, sea cual fuere el caso de tu parte.

— ¡Esto es insoportable! —respondió la joven con aspereza, al tiempo que su rostro se encendía y sus ojos despedían chispas—. ¿Cómo se atreve a hablarme así? Insisto en repetirle que de haber sabido que mi vida a estas alturas después de mi boda sería lo que es, habría respondido que NO. No me quejo. Nunca le he dicho a él ni media palabra de esto; pero es verdad. Confío, por tanto, que en el futuro guardará silencio sobre mi franca confesión. Si trata de perjudicarme, se perjudicará usted misma.

— ¿Perjudicarte? ¿Crees que soy una mala persona?

— ¡Trató de perjudicarme antes de mi boda, y ahora sospechó que le concedía en secreto mis favores a otro hombre por dinero!

—No puedo evitar pensar lo que pienso. Pero nunca he hablado de ti fuera de mi casa.

—Le habló dentro de ella a Clym, que es lo peor que pudo hacer.

—Cumplía con mi deber.

—Y yo cumpliré con el mío.

—Parte del cual probablemente consistirá en indisponerlo con su madre. Siempre es así. ¡Pero por qué no habría de soportarlo, como lo han soportado otras antes!

—La entiendo —dijo Eustacia, casi sin aliento por la emoción—. Me cree capaz de todo lo malo. ¿Qué puede ser peor que una esposa que le da esperanzas a un amante y envenena la mente de su esposo para indisponerlo con su familia? Eso es lo que piensa de mí. ¿Vendrá a arrancármelo de entre las manos?

La señora Yeobright respondió con acaloramiento al acaloramiento.

— ¡No se sulfure conmigo, señora! No se aviene con tu belleza, y yo no valgo el daño que puede infligirle por mi causa, se lo aseguro. No soy más que

una pobre vieja que ha perdido a su hijo.

—Si me hubiera tratado honorablemente aún sería suyo —dijo Eustacia, al tiempo que de sus ojos caían unas lágrimas ardientes—. Usted es la causante de esta locura; ¡ha abierto un abismo que nunca podrá cerrarse!

—No he hecho nada. Semejante audacia en una joven es más de lo que puedo soportar.

—Usted se lo buscó; sospechó de mí, y me ha hecho hablar de mi esposo de una manera en que no habría querido hacerlo. Le hará saber lo que dije, y nos hará sentirnos infelices. ¿Quiere irse ahora? ¡Usted no me quiere!

—Me iré después de decirte algo. Quien diga que he venido aquí a interrogarte sin tener un buen motivo para ello, no dice la verdad. Quien diga que intenté impedir tu matrimonio por medios deshonestos, tampoco dice la verdad. Me ha tocado una mala racha; ¡Dios ha sido injusto al permitir que me insultes! Es probable que mi hijo nunca sea feliz de este lado de la tumba, porque es un tonto que no hace caso a los consejos de su madre. Y tú, Eustacia, estás al borde de un abismo y no lo sabes. ¡Muéstrale a mi hijo la mitad del genio que me has mostrado hoy —y puede que lo hagas antes de que pase mucho tiempo— y verás que aunque ahora es tan gentil como un niño contigo, puede ser duro como el acero!

La agitada madre se marchó entonces y Eustacia se quedó contemplando la poza y respirando con dificultad.

## **2. Lo cerca la adversidad pero canta una canción**

El resultado de esa entrevista poco propicia fue que Eustacia, en vez de pasar la tarde con su abuelo, regresó a toda prisa a su hogar junto a Clym, adonde llegó tres horas antes de lo que él esperaba.

Entró con el rostro encendido y con ojos que mostraban aún rastros de su reciente agitación. Yeobright la miró atónito; nunca antes la había visto en un estado ni siquiera parecido. Eustacia pasó a su lado y habría subido sin decir una palabra, pero Clym se sintió tan preocupado que la siguió de inmediato.

— ¿Qué pasa, Eustacia? —dijo.

La joven estaba sobre la alfombra del cuarto, con la vista clavada en el suelo, las manos agarradas, la cofia aún puesta. Por un momento no respondió; y después contestó en voz muy baja:

—He visto a tu madre; ¡y no volveré a verla nunca más!

Clym sintió que caía sobre sus hombros un gran peso, como de una roca. Esa misma mañana, cuando Eustacia se preparaba para ir a ver a su abuelo, Clym le había expresado el deseo de que fuera a Blooms-End a interesarse por su suegra, o que adoptara cualquier otro medio que le pareciera adecuado para lograr una reconciliación. La joven había salido alegre; y Clym había confiado en que mucho se lograría.

— ¿Qué pasó? —preguntó.

—No puedo decírtelo; no lo recuerdo. Me encontré con tu madre. Y no volveré a encontrarme nunca con ella.

— ¿Por qué?

— ¿Qué tengo yo que ver ahora con el señor Wildeve? No soportaré que nadie diga nada malo de mí. ¡Oh!, fue muy humillante que me preguntara si había recibido dinero de él, o si lo había incitado, o algo por el estilo... ¡No sé exactamente qué!

— ¿Cómo puede haberte preguntado eso?

—Pues lo hizo.

—Entonces tiene que haber sido por algo. ¿Qué más te dijo mi madre?

— ¡No sé qué más, excepto que, en cuanto a eso, ambas dijimos cosas que nunca podremos perdonarnos!

—Oh, tiene que haber habido alguna confusión. ¿De quién fue la culpa de que no se explicara con más claridad?

—Prefiero no decirlo. Puede haber sido culpa de las circunstancias, que eran, por lo menos, incómodas. Oh, Clym, no puedo evitar decírtelo; me has colocado en una situación desagradable. ¡Pero debes mejorarla! ¡Sí, di que lo harás, porque ahora todo me parece detestable! ¡Sí, llévame a París y vuelve a tu antigua ocupación, Clym! No me importa que al principio tengamos que vivir muy modestamente, siempre que sea en París y no en Egdon Heath.

—Pero yo renuncié por completo a esa idea —dijo Yeobright sorprendido—. Nunca dije nada que te hiciera esperar tal cosa, ¿no es cierto?

—Lo admito. Pero hay ideas que uno no se puede sacar de la cabeza, y esa era una de las mías. ¿No debo tener voz en el asunto, ahora que soy tu esposa y comparto tu suerte?

—Hay cosas que están más allá de toda discusión; y pensé que esta era una de ellas, y por mutuo acuerdo.

—Clym, lo que me dices me hace infeliz —dijo ella en voz queda, bajando la vista y volviéndole la espalda.

Esa indicación de que el pecho de Eustacia albergaba una insospechada esperanza desconcertó a su esposo. Era la primera vez que se enfrentaba a la manera indirecta en que las mujeres avanzan hacia la consecución de sus deseos. Pero las intenciones de Clym eran incommovibles, aunque amaba mucho a Eustacia. Todo el efecto que le causaron sus comentarios fue el de reafirmar su decisión de dedicarse más firmemente que nunca a sus libros, para ser capaz con más prontitud de apelar a resultados sustanciales que fueran hijos de otro curso de acción, si se argumentaba contra su capricho.

Al día siguiente se reveló el misterio de las guineas. Thomasin les hizo una visita apresurada y le entregó a Clym en sus manos la parte que le correspondía. Eustacia no estaba presente en ese momento.

—Entonces es a esto a lo que se refería mi madre —exclamó Clym—. Thomasin, ¿sabías que tuvieron una terrible discusión?

En las maneras de Thomasin hacia su primo había ahora un poco más de reticencia. El efecto del matrimonio es engendrar en varias direcciones la reserva que elimina en una.

—Tu madre me lo contó —dijo ella en voz baja—. Pasó por mi casa después de ver a Eustacia.

—Ha sucedido lo que más temía. ¿Mi madre estaba muy perturbada cuando te fue a ver, Thomasin?

—Sí.

— ¿Mucho?

—Sí.

Clym apoyó el codo sobre el poste de la verja del jardín y se cubrió los ojos con la mano.

—No te preocupes, Clym. Puede que lleguen a ser amigas.

Clym negó con un gesto.

—Es imposible cuando se trata de dos personas con naturalezas tan inflamables como las de ellas. Bien, ocurrirá lo que tenga que ocurrir.

—Hay una parte buena en el asunto: las guineas no se perdieron.

—Preferiría haber perdido el doble antes de que esto sucediera.

En medio de esos acontecimientos desapacibles Yeobright sentía que algo resultaba indispensable: demostrar rápidamente ciertos progresos en sus planes académicos. Con ese propósito leyó hasta altas horas de la madrugada durante muchas noches.

Una mañana, después de un esfuerzo mayor que de costumbre, se despertó con una extraña sensación en los ojos. El sol daba directamente contra la ventana y cuando volvió la vista en esa dirección un agudo dolor lo obligó a cerrar rápidamente los párpados. Con cada nuevo intento de mirar a su alrededor se manifestaba la misma sensibilidad mórbida a la luz, y por sus mejillas corrieron lágrimas que le escocían. Se vio obligado a atarse una venda sobre la frente al vestirse, y no pudo quitársela en todo el día. Eustacia se alarmó mucho. Al descubrir que la situación no había mejorado a la mañana siguiente, decidieron mandar llamar a un médico de Anglebury.

El médico llegó a la caída de la tarde y diagnosticó que la enfermedad era una inflamación aguda producida por los estudios nocturnos de Clym, que había continuado a pesar de un catarro que había pescado antes y que le había debilitado los ojos un tiempo.

Ardiendo de impaciencia ante esa interrupción de una tarea que estaba tan ansioso por apresurar, Clym se transformó en un inválido. Se encerró en un cuarto al que se impidió la entrada de toda luz, y su situación habría sido de absoluto abatimiento si Eustacia no le hubiera leído al débil resplandor de una lámpara cubierta por una pantalla. Clym confiaba en que pronto pasaría lo peor; pero a la tercera visita del médico supo, para su consternación, que aunque podría aventurarse a salir al exterior con los ojos protegidos de la luz en el curso de un mes, tendría que abandonar por un largo tiempo toda idea de proseguir su trabajo o de leer cualquier letra impresa.

Pasó una semana, y después otra, y nada parecía disipar el desconsuelo de la joven pareja. Eustacia imaginaba cosas terribles, pero se abstenía cuidadosamente de mencionárselas a su esposo. ¿Y si quedaba ciego o, en todo caso, nunca recuperaba visión suficiente para dedicarse a una ocupación que congeniara con sus sentimientos y condujera a su partida de esa casa solitaria en medio de las colinas? No era probable que el sueño del maravilloso París cuajara en la realidad si ocurría esa desgracia. A medida que pasaban los días sin que Clym mejorara, la mente de Eustacia derivaba más y más hacia esas ideas melancólicas, y se apartaba del lado de su esposo para adentrarse en el huerto y llorar lágrimas de desesperación.

Yeobright pensó primero en mandar a buscar a su madre, y después decidió que no. Conocer cuál era su estado no serviría sino para entristecerla aún más; y la pareja llevaba una vida tan apartada que no resultaba probable que se enterara de las noticias si no era por un mensajero especialmente enviado con ese fin. Esforzándose por tomar el problema tan filosóficamente como fuera posible, esperó a la llegada de la tercera semana, cuando salió al exterior por primera vez desde el inicio de su indisposición. El médico lo visitó de nuevo en esa etapa y Clym lo instó a que le expresara su opinión sin reservas. El joven supo entonces con incrementada sorpresa que la fecha en la que podía



esperar que se produjera el reinicio de sus labores era tan incierta como al principio, dado que sus ojos se encontraban en ese peculiar estado en que aunque le proporcionaban visión suficiente para deambular por los alrededores, no le permitirían esforzar la vista con ningún objeto definido sin correr el riesgo de reproducir la forma aguda de la oftalmia.

Clym tomó esa información con mucha gravedad, pero sin desesperación. Experimentó una tranquila firmeza, incluso cierta alegría. No quedaría ciego; eso era suficiente. Verse obligado a mirar el mundo a través de unos lentes ahumados durante un período indefinido era ya bastante malo, y fatal para cualquier tipo de avance; pero Yeobright era de un total estoicismo ante las desgracias que sólo afectaban a su nivel social; y, de no haber sido por Eustacia, la situación más modesta lo habría satisfecho con tal de poder contribuir de alguna manera a su proyecto cultural. Abrir una escuela nocturna en su casa era una de esas maneras; y la aflicción no hizo presa de su ánimo como de otra forma habría ocurrido.

Caminó bajo el cálido sol hacia el oeste en dirección a las partes de Egdon con las que estaba más familiarizado, porque eran las más cercanas a su antiguo hogar. Vio ante él, en uno de los valles, un centelleo de hierro afilado, y al avanzar, percibió débilmente que el brillo provenía de la herramienta de un hombre que cortaba aulaga. El trabajador reconoció a Clym, y Yeobright adivinó por la voz que quien hablaba era Humphrey.

Humphrey expresó su pesar por el estado de Clym, y añadió:

—Si su trabajo fuera tan poco importante como el mío podría seguir haciéndolo igual.

—Sí, así es —dijo Yeobright pensativo—. ¿Cuánto te pagan por cortar esta leña?

—Media corona el ciento, y cuando los días son largos, como ahora, vivo muy bien con lo que saco.

Durante toda la caminata de regreso a su casa de Alderworth, Clym se mantuvo sumido en reflexiones que no eran desagradables. Al llegar, Eustacia lo llamó desde la ventana abierta y el joven fue a su encuentro.

—Mi amor, me siento mucho más contento —dijo Clym—. Y creo que si mi madre se reconciliara conmigo y contigo, mi felicidad sería completa.

—Me temo que eso nunca ocurrirá —dijo ella mirando a lo lejos con sus ojos bellos y tormentosos—. ¿Cómo puedes decir «me siento más contento» si nada ha cambiado?

—Se debe a que al fin he descubierto algo que hacer, con lo cual puedo ganarme la vida durante esta racha de mala suerte.

— ¿Sí?

—Voy a cortar aulaga y recoger turba.

— ¡No, Clym! —dijo ella, al tiempo que se apagaba en su rostro la leve esperanza que apareciera en él, dejándola peor de lo que estuviera antes.

—Por supuesto que sí. ¿Acaso es inteligente de nuestra parte seguir gastando lo poco que tenemos cuando puedo disminuir nuestros gastos dedicándome a una ocupación honrada? El ejercicio a la intemperie me hará bien, ¿y quién sabe si en unos meses no podré reanudar mis lecturas?

—Pero mi abuelo se ha ofrecido a auxiliarnos, si es que necesitamos ayuda.

—No la necesitamos. Con la aulaga estaremos bien.

— ¡En comparación con los esclavos, y con los israelitas en Egipto y con gente parecida! —una lágrima amarga, que Clym no vio, rodó por el rostro de Eustacia. El tono del joven había sido despreocupado, lo que le demostraba a su esposa que no sentía ningún dolor ante un hecho que a ella le parecía absolutamente horroroso.

Al día siguiente Yeobright fue a casa de Humphrey y le pidió prestados sobrecalzas, guantes, una piedra de amolar y una hoz, para usarlos hasta que pudiera comprarse los suyos. Después salió al campo con su nuevo compañero de trabajo y antiguo conocido, y tras seleccionar el lugar donde más espesa crecía la aulaga, dio el primer golpe del empleo que acababa de adoptar. Su vista, como las alas de Rasselas, aunque inútil para su gran propósito, le bastaba para salir de apuros, y se percató de que cuando con un poco de práctica se le endurecieran las palmas de las manos y dejaran de salirle ampollas podría trabajar sin mayores problemas.

Día tras día se levantaba con el sol, se ajustaba las hebillas de las sobrecalzas y salía al encuentro de Humphrey. Acostumbraba a trabajar desde las cuatro de la madrugada hasta el mediodía; en ese momento, cuando el calor del día estaba en su apogeo, se iba a casa y dormía una o dos horas; después volvía a salir y trabajaba hasta que se ponía el sol a las nueve.

Ese parisino estaba ahora tan desfigurado por sus accesorios de cuero y las gafas que se veía obligado a llevar sobre los ojos, que hasta su mejor amigo habría pasado a su lado sin reconocerlo. Era un puntito pardo en medio de una extensión de aulaga verde olivo, y nada más. Aunque a menudo se sentía deprimido cuando no estaba trabajando, debido a que le venían a la mente pensamientos sobre la situación de Eustacia y la separación de su madre, cuando se encontraba inmerso en su labor experimentaba alegría y calma.

Su vida diaria era curiosamente microscópica, ya que todo su mundo se

limitaba a un circuito de unos pocos pies en torno a su persona. Los seres que le resultaban más cercanos eran de la clase de los que se arrastran y baten sus alas, y estos parecían enrollarlo en sus hordas. Las abejas zumbaban junto a sus oídos con aire de intimidad, y tironeaban en tan gran número de las flores de brezo y de aulaga que lo rodeaban que las inclinaban con su peso hasta que tocaban la hierba. Las extrañas mariposas color ámbar que producía Egdon y que era imposible encontrar en ningún otro sitio se estremecían con el aliento que salía de sus labios, se posaban sobre su espalda inclinada y jugueteaban con la centelleante punta de su hoz cuando la blandía. Tribus enteras de grillos verde esmeralda saltaban entre sus pies, y caían torpes boca arriba, de cabeza o de costado, como acróbatas desmañados, al arbitrio de la casualidad; o emprendían ruidosos cortejos, bajo las frondas de los helechos, de otros grillos de color más apagado. Grandes moscas, ignorantes de despensas y telas metálicas, y en estado totalmente salvaje, zumbaban a su alrededor sin saber que se trataba de un hombre. Entraban y salían de los vallecillos de helechos serpientes engalanadas con sus más brillantes azules y amarillos, ya que era la estación en que acababan de cambiar su vieja piel y sus colores eran más brillantes. Camadas enteras de conejitos salían de sus madrigueras para solearse en los altozanos, y los cálidos rayos refulgían a través de la delicada piel de cada una de sus finas orejas encendiéndola con una transparencia roja como la sangre que dejaba ver sus venas. Ninguno de ellos le temía. La monotonía de su ocupación lo calmaba, y era en sí misma un placer. La forzada limitación de sus esfuerzos le brindaba justificación para llevar tan modesta forma de vida a un hombre sin ambiciones cuya conciencia no le habría permitido mantenerse en esa oscuridad si sus fuerzas hubieran permanecido intactas. De ahí que Yeobright en ocasiones canturreara para sí mismo, y cuando se veía obligado a acompañar a Humphrey en la búsqueda de zarzas para amarrar los haces de leña entretenía a su compañero con cuentos de escenas de la vida y el carácter parisienses, para pasar el tiempo.

En una de esas tardes cálidas, Eustacia salió a caminar en dirección al lugar donde trabajaba Yeobright. Este estaba muy ocupado cortando troncos de aulaga, y una larga fila de trozos de leña que se extendía ladera abajo desde el punto donde estaba situado representaba su labor del día. Clym no la vio aproximarse, de modo que la joven llegó cerca de él y pudo oír la canción que entonaba quedamente.

Eso la dejó boquiabierta. Verlo allí, un pobre hombre afligido que se ganaba el pan con el sudor de su frente, al principio la había conmovido hasta las lágrimas; pero oírlo cantar y no rebelarse contra una ocupación que, por más satisfactorio que le resultara, para ella, en su condición de dama educada y su esposa, resultaba degradante, la hirió profundamente. Inconsciente de su presencia, Clym siguió cantando:

Le point du jour  
A nos bosquets rend toute leur parure;  
Flore est plus belle a son retour;  
L’oiseau reprend doux chant d’amour;  
Tout celebre dans la nature  
Le point du jour.  
Le point du jour  
Cause parfois, cause douleur extreme;  
Que l’espace des nuits est court  
Pour le berger brulant d’amour;  
Force de quitter ce qu’il aime  
Au point du jour!

A Eustacia le quedó amargamente claro que a Clym no le preocupaba mucho el fracaso social; y la bella y orgullosa mujer inclinó la cabeza y lloró con terrible desesperación ante la idea del efecto demoledor sobre su vida de ese estado de ánimo y esa condición de Clym. Después avanzó hasta ponerse frente a él.

— ¡Prefiero morir de hambre! —exclamó vehemente—. ¡Y tú puedes seguir cantando! ¡Me iré a casa de mi abuelo a vivir otra vez con él!

— ¡Eustacia! No te vi, aunque me di cuenta de que algo se movía —dijo Clym gentil. Avanzó hasta donde ella se encontraba, se quitó el gran guante de cuero y tomó su mano—. ¿Por qué hablas de esa manera tan extraña? No es más que una vieja cancioncita que me gustó cuando estaba en París, y que ahora se aplica a mi vida contigo. ¿Es que ha muerto todo tu amor por mí ahora que mi aspecto ya no es el de un caballero distinguido?

—Mi amor, no me hagas preguntas desagradables o harás que no te quiera.

— ¿Crees que sería posible que corriera ese riesgo?

—Bueno, sigues tus propias ideas, y no cedes a las mías cuando deseo que abandonos este trabajo vergonzoso. ¿Hay algo que te disguste en mí, que actúas de manera tan contraria a mis deseos? Soy tu esposa, ¿por qué no me escuchas? ¡Sí, soy tu esposa!

—Ya sé lo que significa ese tono.

— ¿Qué tono?

—El tono en el que dijiste «Soy tu esposa». Quería decir: «Tengo la mala

suerte de ser tu esposa».

—Es muy duro de tu parte provocarme con ese comentario. Una mujer puede tener la razón, aunque no carezca de corazón, y si sentí que era «mala suerte», el sentimiento no era innoble, sino solamente natural. Ya ves que por lo menos no digo mentiras. ¿Recuerdas que antes de casarnos te advertí de que no tenía las cualidades de una buena esposa?

—Te burlas de mí al decírmelo ahora. Al menos sobre ese punto la única actitud noble consistiría en guardar silencio, porque aún eres mi reina, Eustacia, aunque quizás yo ya no sea tu rey.

—Eres mi esposo. ¿No te basta eso?

—No, a menos que seas mi esposa sin arrepentimientos.

—No puedo responderte. Recuerdo que te dije que yo no te resultaría fácil.

—Sí, ya lo he visto.

— ¡Entonces ves demasiadas cosas! Ningún verdadero enamorado lo habría visto; eres demasiado severo conmigo, Clym; no me gusta nada que digas esas cosas.

—Bueno, me casé contigo a pesar de ello, y no me arrepiento. ¡Qué fría pareces esta tarde! Y, sin embargo, solía pensar que no había otro corazón tan cálido como el tuyo.

—Sí, me temo que el frío se esté instalando entre nosotros; lo veo tan bien como tú —suspiró ella con tristeza—. ¡Y cuán locamente nos amábamos hace dos meses! No te cansabas de contemplarme, ni yo de contemplarte a ti. ¿Quién habría pensado entonces que pasado este tiempo mis ojos no le parecerían tan brillantes a los tuyos ni tus labios tan dulces a los míos? Dos meses... ¿será posible? ¡Sí, es la pura verdad!

—Suspiras, mi amor, como si lo lamentaras; y esa es una señal esperanzadora.

—No. No suspiro por eso. Hay otras cosas que me hacen suspirar, como le sucedería a cualquier otra mujer que estuviera en mi lugar.

— ¿Haber desperdiciado tus oportunidades en la vida casándote apresuradamente con un hombre desafortunado?

— ¿Por qué me obligas, Clym, a decir cosas amargas? Soy tan merecedora de lástima como tú. ¿Tan merecedora? Creo que más. ¡Porque tú puedes cantar! ¡Extraño sería el día que lograra cantar yo con estos nubarrones sobre nuestras cabezas! Créeme, vida mía, podría llorar hasta pasmar y confundir a una mente tan elástica como la tuya. Incluso si no te hubieran preocupado tus aflicciones, podrías haberte inhibido de cantar por mera lástima con las mías.

¡Dios!, si yo fuera hombre, y estuviera en tu situación, maldeciría en lugar de cantar.

Yeobright le puso la mano sobre el brazo.

—No creas, mi niña inexperta, que no puedo rebelarme, a la manera prometeica, como lo haces tú, contra los dioses y la suerte. He experimentado ese fuego y esos humos más veces de las que te puedas imaginar. Pero mientras más conozco de la vida, más percibo que no hay nada particularmente grandioso en sus más grandiosos destinos, y, por tanto, que nada hay particularmente pequeño en este mío de cortar aulaga. Si siento que las mayores bendiciones que se nos conceden no son demasiado valiosas, ¿cómo puedo sentir que es un gran contratiempo que se nos nieguen? Es por eso que canto para pasar el tiempo. ¿Será cierto que ya no sientes ningún cariño por mí, que me regateas unos momentos de felicidad?

—Aún me queda algún cariño por ti.

—Tus palabras ya no tienen su antiguo sabor. ¡Así que el amor muere con la buena fortuna!

—No puedo seguir escuchándote, Clym; terminaremos diciéndonos cosas amargas —dijo ella con la voz quebrada—. Me iré a casa.

### **3. Eustacia sale a combatir la depresión**

Pocos días después, antes de que expirara el mes de agosto, Eustacia y Yeobright se habían sentado a cenar temprano.

Últimamente Eustacia exhibía una actitud casi apática. Sus bellos ojos tenían un aire de tristeza que, merecidamente o no, habría despertado la compasión en el pecho de cualquiera que la hubiera conocido durante el pleno florecimiento de su amor por Clym. Los sentimientos de marido y mujer evolucionaban, en cierta medida, de modo inverso a sus situaciones respectivas. Clym, el afligido, estaba contento; e incluso trataba de consolarla a ella, que nunca había experimentado un momento de sufrimiento físico en toda su vida.

—Vamos, alégrate, mi amor; todo se arreglará. Quizás algún día vuelva a ver tan bien como antes. Y te prometo solemnemente que dejaré de cortar leña en cuanto esté en capacidad de hacer algo mejor. No puedes querer seriamente que me quede mano sobre mano en la casa todo el día.

— ¡Pero es tan terrible: un cortador de leña! Y eso tú, que has recorrido el mundo, que hablas francés y alemán, y que eres apto para hacer algo mucho

mejor.

—Supongo que cuando me viste y oíste hablar de mí por primera vez yo estaba envuelto en una especie de halo dorado a tus ojos: un hombre que conocía cosas maravillosas y había actuado en escenarios brillantes; en resumen, un héroe adorable, fascinante, arrebatador.

—Sí —dijo ella sollozante.

—Y ahora soy un pobre tipo vestido de cuero pardo.

—No me provoques. Pero basta de esto. No seguiré deprimiéndome. Esta tarde saldré, a menos que tengas alguna objeción de peso. Va a celebrarse una fiesta campestre —una feria de gitanos— en East Egdon, y quiero ir.

— ¿A bailar?

— ¿Por qué no? Tú cantas.

—Bien, bien, como quieras. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—Si regresas a tiempo de tu trabajo. Pero no te tomes ninguna molestia por mi causa. Conozco el camino de vuelta, y el páramo no encierra ningún terror para mí.

— ¿Y te aferras tan desesperadamente a las diversiones como para andar todo el camino hasta el pueblo en busca de ellas?

— ¡Ya, no quieres que vaya sola! Clym, ¿no estarás celoso?

—No, pero iría contigo si eso te produjera algún placer; aunque, tal como están las cosas, quizás ya estés aburrida de verme. Aun así, me gustaría que no quisieras ir. Sí, quizás estoy celoso; ¿y quién tendría más razones para estar celoso que yo, un hombre medio ciego, con una mujer como tú?

—No pienses esas cosas. ¡Déjame ir y no me desanimes!

—Preferiría desanimarme yo, dulce esposa mía. Ve y haz lo que quieras. ¿Quién puede prohibirte que complazcas cada uno de tus caprichos? Creo que todavía mi corazón es todo tuyo; y como me soportas, a mí, que soy en verdad un fastidio tan grande para ti, te debo mi agradecimiento. Sí, ve sola y brilla. En cuanto a mí, seguiré mi destino. En esa clase de reunión la gente me evitaría. Mi hoz y mis guantes son como el sonajero de San Lázaro que usan los leprosos para advertir a todos que se aparten para no ver algo que los entristecería.

La besó, se puso sus sobrecalzas y partió.

Cuando se hubo ido, Eustacia apoyó la cabeza sobre las manos y se dijo:

—Dos vidas malgastadas: la suya y la mía. ¡Y a esto he llegado! ¿Perderé

la razón?

Rebuscó en su mente alguna acción posible que le ofreciera la menor oportunidad de mejorar el estado de cosas y no encontró ninguna. Se imaginaba cómo todos los vecinos de Budmouth que se enteraran de lo que había sido de ella dirían: «¡Mirad a la joven para la cual nadie era lo bastante bueno!». A Eustacia la situación se le antojaba una burla tal de todas sus esperanzas que la muerte se le aparecía como la única puerta que le brindaría alivio si el Cielo prolongaba su sarcasmo por mucho más tiempo.

De repente se incorporó y exclamó:

—Pero me sacudiré todo esto de encima. ¡Sí, claro que me lo sacudiré de encima! Nadie sabrá de mi sufrimiento. Me mostraré amargamente jubilosa e irónicamente divertida, y reiré burlonamente. Y empezaré por ir a este baile al aire libre.

Subió a su cuarto y se vistió con un cuidado escrupuloso. A un observador, su belleza le habría tornado casi razonables sus sentimientos. El tenebroso rincón al que un accidente unido a la imprudencia habían llevado a esa mujer habría hecho que incluso un simpatizante moderado de su causa sintiera que tenía motivos convincentes para preguntarle al Poder Supremo con qué derecho un ser de tan exquisito exterior había sido colocado en circunstancias calculadas para hacer de sus encantos una maldición en lugar de una suerte.

Eran las cinco de la tarde cuando salió de la casa lista para emprender su caminata. Su imagen habría dado pie a veinte nuevas conquistas. La tristeza rebelde que fuera tan evidente cuando estaba en la casa sin cofia resultaba velada y suavizada por su atuendo de salir, que siempre tenía una especie de nebulosidad y daba la impresión de carecer de bordes definidos, de modo que su rostro parecía brotar de su entorno como de una nube, sin líneas de demarcación visibles entre la carne y las ropas. El calor del día aún había aminorado muy poco, así que anduvo por las colinas soleadas a paso despacioso, ya que disponía de mucho tiempo para su frívola expedición. Altos helechos la sepultaban entre sus frondas cada vez que su camino cruzaba entre esas plantas, que ahora formaban forestas en miniatura, aunque ni uno de sus tallos retoñaría el año próximo.

El sitio escogido para la festividad pueblerina era uno de los oasis que semejan prados y que se ven ocasionalmente, aunque no a menudo, en las mesetas de la zona del páramo. Los matorrales de aulaga y helechos terminaban abruptamente alrededor de sus márgenes, y estaba completamente cubierto de césped. Un verde sendero para uso del ganado rodeaba el lugar, aunque sin emerger de la cortina de los helechos, y fue esa vereda la que siguió Eustacia para explorar el grupo antes de sumársele. Las entusiastas notas de la banda de East Egdon la habían guiado sin posibilidad de error, y



ahora veía a los músicos, sentados en un carro azul de ruedas rojas restregado hasta quedar tan brillante como nuevo y engalanado con unos arcos hechos de tablillas a las que se habían amarrado ramas y flores. Frente a ellos se desarrollaba el núcleo central del gran baile, protagonizado por quince o veinte parejas a las que flanqueaban bailes más pequeños, de individuos inferiores, cuyos giros no siempre seguían con rigor la melodía.

Los jóvenes lucían moñas azules y blancas y, con el rostro encendido, les marcaban el ritmo de la danza a las muchachas, quienes debido a la agitación y el ejercicio, se sonrojaban con un rosa más vivo que el de sus numerosas cintas. Bellas de largos rizos, bellas de rizos cortos, bellas con coletas sobre el hombro, bellas con trenzas daban vueltas y vueltas; y quien las contemplara bien podría haberse preguntado cómo habría sido posible reunir un conjunto tan atractivo de jóvenes de igual talla, edad y disposición cuando sólo había uno o dos poblados en los cuales escoger. Al fondo había un hombre feliz que bailaba solo, con los ojos cerrados, totalmente despreocupado del resto. A unos pocos pasos de distancia, bajo una zarza a la que le habían cortado todas las ramas, ardía un fuego sobre el que pendían tres calderos colocados en fila. Muy cerca había una mesa donde las damas de más edad preparaban el té, pero Eustacia buscó en vano entre ellas a la esposa del tratante de ganado que le había sugerido que fuera y le había prometido una cortés bienvenida de parte de los asistentes.

Esa ausencia inesperada de la única residente de la localidad a quien conocía puso en considerable peligro el plan de Eustacia de pasar una tarde de despreocupada diversión. Sumarse a la concurrencia se le convirtió en un asunto difícil, a pesar de que, de avanzar, se habrían adelantado algunas damas jubilosas con tazas de té y la habrían hecho objeto de sus atenciones por tratarse de una desconocida de gracia y conocimientos superiores a los de la concurrencia. Después de observar al grupo durante el desarrollo de las figuras de dos bailes, decidió caminar un poco más, hasta una casa en la que podría conseguir algo para refrescarse, y después regresar rumbo a su hogar cuando cayeran las sombras del atardecer.

Eso hizo, y cuando volvía por sus pasos hacia la escena de la fiesta campestre, por donde tenía que volver a pasar camino a Alderworth, el sol empezaba a ponerse. La atmósfera estaba tan tranquila que desde muy lejos se oía la banda, que parecía tocar con más brío, si ello era posible, que a la ida. Cuando llegó a la colina el sol había desaparecido por completo; pero ello no les preocupaba ni a Eustacia ni a los danzantes, porque ante sus ojos se alzaba ahora una luna redonda y amarilla, aunque su luz aún no prevalecía sobre la del poniente. El baile continuaba igual, pero habían llegado algunos extraños que formaban un círculo en torno a los bailarines, de modo que Eustacia pudo permanecer entre ellos sin peligro de que la reconocieran.

Toda la emoción sensual del poblado, disipada en todas direcciones a lo largo del año, manaba aquí concentrada en el lapso de una hora. Los cuarenta corazones de esas parejas ondulantes latían como no lo habían hecho desde que, doce meses antes, se reunieran para una celebración similar. Durante un tiempo, el paganismo revivía en sus corazones, el orgullo de vivir era el bien supremo, y no adoraban a nadie más que a sí mismos.

Cuántos de esos abrazos apasionados, aunque temporales, estaban destinados a hacerse perpetuos era posiblemente la pregunta que se hacían algunos de los que se entregaban a ellos, así como Eustacia, que los contemplaba. La joven comenzó a envidiar a esos revoltosos, a apetecer la esperanza y la felicidad que la fascinación del baile parecía engendrar en ellos. Tremendamente aficionada al baile ella misma, una de las expectativas de Eustacia en relación con París había sido la de la posible oportunidad que le brindaría para entregarse a ese pasatiempo favorito. Lamentablemente, esa ilusión se había extinguido en ella para siempre.

Mientras los observaba abstraída dar vueltas y mecerse a la creciente luz de la luna, de pronto oyó su nombre susurrado por una voz que le hablaba por encima de su hombro. Volviéndose sorprendida, vio a su lado a alguien cuya presencia la hizo sonrojarse al instante hasta las sienes.

Era Wildeve. Hasta ese momento Eustacia no le había puesto los ojos encima desde la mañana de su matrimonio con Thomasin, cuando la joven se encontrara deambulando por la iglesia y lo dejara atónito al alzarse el velo y disponerse a firmar el registro como testigo. No obstante, Eustacia no habría sabido decir por qué su presencia le había producido ese súbito golpe de sangre.

Antes de que ella lograra hablar, Wildeve le susurró:

— ¿Te sigue gustando tanto como antes bailar?

—Creo que sí —respondió ella en voz baja.

— ¿Bailarías conmigo?

—Significaría mucho para mí; pero, ¿no parecería extraño?

— ¿Qué de extraño puede haber en que dos parientes bailen juntos?

—Ah, sí... parientes. Tal vez nada.

—Aun así, si no quieres que te vean, bájate el velo; aunque no hay mucho riesgo de que te identifiquen a esta luz. Han venido muchos extraños.

Eustacia hizo lo que Wildeve le sugiriera; y su acto fue una tácita admisión de que aceptaba su ofrecimiento.

Wildeve le dio el brazo y la llevó por la parte de afuera del círculo hasta el

inicio de la fila de bailarines, a la que se incorporaron. Dos minutos más tarde formaban parte de la figura y avanzaban hacia la punta. Hasta la mitad de ese avance Eustacia deseó más de una vez no haber cedido a la petición de Wildeve; de la mitad en adelante sintió que, ya que había salido en busca de placeres, no hacía sino algo natural al procurárselos. Entregada ya a los incesantes desplazamientos y giros que su nueva posición como pareja en punta les abría, el pulso de Eustacia comenzó a latir demasiado rápidamente como para dedicarse a largas reflexiones de cualquier tipo.

Avanzaron entre veinticinco parejas a un paso aturdidor y una nueva vitalidad animó el cuerpo de Eustacia. La pálida luz de la noche le otorgaba fascinación a la experiencia. Hay un cierto grado y un cierto tono de luz que tiende a perturbar el equilibrio de los sentidos y a suscitar peligrosamente los estados de ánimo más sentimentales; cuando a ello se suma el movimiento, se magnifican las emociones, al tiempo que la razón se adormece y deja de percibir las cosas en proporción inversa; y era esa luz la que caía ahora sobre la pareja desde el disco de la luna. Todas las jóvenes que bailaban experimentaban los mismos síntomas, pero Eustacia los sentía más que las demás. La hierba bajo sus pies estaba pisoteada, y la superficie dura y apisonada del prado, vista de costado contra la luz de la luna, brillaba como un tablero pulido. Cesó todo movimiento en la atmósfera, la bandera en lo alto del vagón donde se encontraban los músicos colgaba lacia del asta, y los ejecutantes no eran más que siluetas recortadas contra el cielo, salvo cuando las bocas redondas del trombón, el figle y el corno francés refulgían como grandes ojos desde las sombras de sus figuras. Los hermosos vestidos de las jóvenes perdieron sus sutiles colores diurnos y mostraban un tono más o menos brumoso de blanco. Eustacia flotaba en círculos del brazo de Wildeve, con una expresión absorta y estatuaria en el rostro; su alma había abandonado y olvidado a su faz, que había quedado vacía y letárgica, como sucede siempre que los sentimientos superan lo que el rostro es capaz de expresar.

¡Cuán cerca estaba de Wildeve! Resultaba terrible pensarlo. Sentía su respiración, y él, por supuesto, sentía la de ella. ¡Qué mal lo había tratado! Y, sin embargo, ahora bailaban a un mismo compás. El deleite del baile la sorprendió. Una clara línea divisoria separaba, como una cerca tangible, su experiencia en este laberinto móvil de su experiencia fuera de él. Comenzar a bailar había sido como cambiar de atmósfera; afuera había estado sumida en una frigidez ártica, en comparación con las sensaciones tropicales que ahora experimentaba.

Se había incorporado al baile tras las angustiosas horas de su vida en los últimos tiempos como quien entra en un salón brillantemente iluminado tras una caminata nocturna en el bosque. Wildeve no habría sido sino un motivo de agitación; Wildeve sumado al baile, la luz de la luna y el secreto comenzaba a

ser una delicia. La cuestión de si era la personalidad del joven la fuente fundamental de ese sentimiento dulcemente confuso, o si pesaban más en él el baile y la escena constituía un punto sutil sobre el que Eustacia se sentía enteramente desconcertada.

Los presentes comenzaron a preguntarse «¿Quiénes son?», pero nadie hizo preguntas desagradables. De haberse mezclado Eustacia con las otras jóvenes en sus paseos cotidianos la cuestión habría sido diferente: pero en este caso no se vio importunada por excesivas averiguaciones, porque la ocasión había despertado en todos la más exquisita urbanidad. Como el planeta Mercurio rodeado por el resplandor del sol poniente, su permanente luminosidad pasó casi inadvertida en medio del brillo temporal de la situación.

En lo que toca a Wildeve, sus sentimientos son fáciles de adivinar. Los obstáculos eran como un sol que maduraba su amor, y en ese momento era presa de un delirio de aflicción. Tener entre los brazos como suyo durante cinco minutos lo que era de otro todo el resto del año era el tipo de cosa que sabía apreciar más que ningún otro hombre. Hacía algún tiempo que había vuelto a empezar a suspirar por Eustacia; de hecho, puede afirmarse que la firma del registro matrimonial con Thomasin había sido la señal más natural que había recibido su corazón para que retornara a su primera morada, y que la complicación adicional del matrimonio de Eustacia había sido la gota necesaria para hacer ese retorno ineludible.

De ahí que, por motivos diferentes, lo que era para los demás un movimiento estimulante fuera para la pareja como viajar en medio de un torbellino. El baile se había convertido en una embestida irresistible contra todo sentido de orden social que hubieran albergado en sus mentes, y los hacía volver a andar viejos caminos que ahora resultaban doblemente irregulares. Bailaron tres piezas seguidas: y entonces, fatigada por el movimiento incesante, Eustacia se volvió para salir del círculo en el que ya había permanecido demasiado tiempo. Wildeve la condujo a un montículo de hierba a unas yardas de distancia, donde permaneció de pie junto a la joven, que se sentó. Desde el momento en que él la abordara antes de comenzar a bailar no habían intercambiada palabra.

— ¿Te cansaron el baile y la caminata? —dijo él con tierno acento.

—No; no mucho.

—Es extraño que fuera aquí donde nos viéramos, después de no habernos encontrado durante tanto tiempo.

—Supongo que no nos hemos encontrado porque no hemos querido encontrarnos.

—Sí. Pero fuiste tú quien empezó, al romper una promesa.

—No vale la pena hablar de eso ahora. Hemos contraído otros lazos después de eso; no sólo yo, sino tú también.

—Lamento la enfermedad de tu esposo.

—No está enfermo, sino sólo incapacitado.

—Sí, eso es lo que quise decir. Te compadezco sinceramente por tus problemas. El destino te ha tratado cruelmente.

Eustacia permaneció en silencio unos instantes.

— ¿Ya sabes que decidió trabajar como cortador de aulaga? —dijo en voz queda y acongojada.

—Eso me contaron —respondió Wildeve con cierta vacilación—. Pero me cuesta creerlo.

—Es cierto. ¿Qué te parece verme convertida en la mujer de un cortador de aulaga?

—Me pareces lo mismo de siempre, Eustacia. Ese tipo de cosas no puede rebajarte; ennobleces la ocupación de tu esposo.

—Me gustaría sentir lo mismo.

— ¿Hay alguna posibilidad de que el señor Yeobright mejore?

—El cree que sí. Yo lo dudo.

—Me sorprendió mucho saber que había alquilado una casa. Pensé, como muchos otros, que te llevaría a París inmediatamente después del casamiento. «¿Qué futuro tan alegre, tan brillante el que se le abre!», pensé. ¿Regresará allá contigo si vuelve a recuperar totalmente la vista?

Al ver que Eustacia no respondía, la observó con más atención. La joven casi sollozaba. Las imágenes de un futuro que nunca disfrutaría, la renovada sensación de su amarga decepción, la representación del ridículo que pendía en suspenso sobre su cabeza a manos de sus vecinos, todo lo que despertaran las palabras de Wildeve había sido demasiado para la ecuanimidad de la orgullosa Eustacia.

Wildeve también se vio en dificultades para controlar sus sentimientos demasiado atrevidos cuando vio la silenciosa desazón de la joven. Pero fingió no advertirla y Eustacia pronto recuperó la calma.

— ¿No pretenderás volver sola a tu casa? —preguntó Wildeve.

—Oh, sí —dijo Eustacia—. ¿Qué de malo puede ocurrirme en este páramo, a mí que nada tengo?

—Desviándome un poco puedo regresar a casa por tu mismo camino. Me

encantaría acompañarte hasta Throope Corner —al ver que Eustacia vacilaba, añadió—: ¿Quizás te parezca imprudente que nos vean caminar juntos después de lo que pasó el verano pasado?

—Por supuesto que no —dijo ella orgullosa—. Acepto la compañía que quiero, por más que hablen los infelices habitantes de Egdon.

—Entonces andando, si es que ya estás lista. El camino más corto es atravesar por esos acebos que proyectan esa sombra oscura, por allí.

Eustacia se levantó y comenzó caminar junto a él en la dirección indicada, rozando al andar los brezos y los helechos, que le humedecían el traje, y seguida por la música de los participantes en el jolgorio, que seguían bailando. La luna era ahora más grande, brillante y argentada, pero el páramo era inmune a su fulgor, y era de notar la llamativa escena de una extensión de tierra oscura, sin ninguna iluminación, bajo una atmósfera saturada desde el cenit hasta los más remotos confines de una luz blanquísima. A un ojo que los observara desde lo alto, sus dos rostros le habrían parecido, en medio de esa inmensidad, como dos perlas sobre un tablero de ébano.

Debido a ello, las irregularidades del sendero no resultaban visibles, y Wildeve tropezaba de cuando en cuando; mientras que Eustacia se veía obligada a realizar graciosas piruetas para mantener el equilibrio cada vez que unos brezos o una raíz de aulaga sobresalían de la hierba en la angosta vereda y se le enredaban en los pies. Al encontrar esos obstáculos en su avance invariablemente encontraba una mano extendida para nivelarla, que la sostenía con firmeza hasta que volvía a encontrar un terreno llano, momento en el cual la mano se retiraba a respetuosa distancia.

Hicieron casi todo el viaje en silencio, hasta que llegaron cerca de Throope Corner, lugar del que a unos pocos cientos de yardas arrancaba un corto sendero que conducía a la casa de Eustacia. Poco a poco distinguieron un par de siluetas humanas que se les aproximaban, aparentemente del sexo masculino.

Cuando se acercaron un poco más, Eustacia rompió el silencio para decir:

—Uno de esos hombres es mi esposo. Prometió salir a mi encuentro.

—Y el otro es mi mayor enemigo —dijo Wildeve.

—Parece Diggory Venn. —Ese es el hombre.

—Es un encuentro incómodo —dijo ella—; pero así es mi suerte. Sabe demasiadas cosas de mí, aunque si supiera más, se convencería de que lo que sabe no tiene la menor importancia. Bueno, que sea lo que sea: debes acompañarme hasta donde se encuentran.

—Piénsalo dos veces antes de ordenarme que haga tal cosa. Ese hombre no

ha olvidado ni un detalle de nuestras citas en Rainbarrow; está en compañía de tu esposo. ¿Cuál de ellos, al vernos juntos, creará que nuestro encuentro y nuestros baile en la fiesta fueron una casualidad?

—Está bien —susurró ella sombría—. Vete antes de que nos alcancen.

Wildevé le dedicó una tierna despedida y se lanzó a campo traviesa entre los helechos y la aulaga, mientras que Eustacia seguía caminando lentamente. A los dos o tres minutos llegó junto a su esposo y el hombre que lo acompañaba.

—Mi paseo acaba aquí esta noche, vendedor —dijo Yeobright en cuanto la distinguió—. Regreso con la dama. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Yeobright —dijo Venn—. Espero verlo mejor pronto. La luz de la luna dio de lleno sobre el rostro de Venn mientras hablaba, y le reveló a Eustacia su expresión. La miraba con suspicacia. Que la aguda visión de Venn discerniera lo que la débil vista de Yeobright no había percibido —un hombre que se alejaba del lado de Eustacia— quedaba dentro de los límites de lo probable.

De haber podido seguir al vendedor de almagre, Eustacia muy pronto habría topado con una clara confirmación de lo que pensaba. En cuanto Clym le dio su brazo y la condujo hasta alejarse del lugar, el vendedor de almagre abandonó el sendero que conducía a East Egdon, que había seguido simplemente para acompañar a Clym, ya que el carro de Diggory estaba de nuevo en la vecindad. A grandes zancadas de sus largas piernas atravesó la porción del páramo carente de senderos más o menos en la misma dirección que tomara Wildevé. Sólo un hombre acostumbrado a esas excursiones nocturnas habría podido bajar a esas horas las laderas hirsutas con la velocidad con que lo hizo Venn sin caer de cabeza en un hueco ni partirse una pierna al meter el pie en la madriguera de un conejo. Pero Venn avanzó sin demasiadas dificultades, y el destino de su apresurada marcha era la Posada de La Mujer Tranquila. Llegó al lugar en una media hora, convencido de que nadie que estuviera cerca de Throope Comer cuando él saliera podía haber llegado allí antes que él.

La solitaria posada aún no estaba cerrada, aunque casi no había parroquianos, porque sus clientes fundamentales eran viajeros que pasaban por la posada en sus largos periplos, y esos ya habían seguido su camino. Venn se dirigió al salón, pidió una jarra de cerveza y le preguntó a la doncella con tono displicente si el señor Wildevé estaba en casa.

Thomasin, quien se encontraba en una habitación interior, oyó la voz de Venn. Cuando había parroquianos presentes casi nunca salía, debido a su antipatía ingénita por el negocio; pero tras percatarse de que esa noche no

había nadie más, salió al salón.

—Todavía no ha llegado a casa, Diggory —dijo amablemente—. Lo esperaba más temprano. Fue a East Egdon a comprar un caballo.

— ¿Llevaba un sombrero claro de ala ancha?

—Sí.

—Entonces lo vi en Throope Comer, trayéndolo del cabestro —dijo Venn seco—. Una belleza, con la cara blanca y una melena tan negra como la noche. Pronto estará aquí, sin duda —levantándose y mirando por un momento el rostro puro y dulce de Thomasin, sobre el cual había caído un velo de tristeza desde la última vez que la viera, se aventuró a añadir—: El señor Wildeve parece salir mucho a esta hora.

—Oh, sí —exclamó Thomasin en lo que pretendió ser un tono jubiloso—. Los esposos suelen escaparse algunas veces, ¿sabes? Me gustaría que me dijeras algún secreto que me ayudara a retenerlo en casa por las noches.

—Lo tendré en cuenta si me entero de alguno —replicó Venn en el mismo tono ligero que nada tenía en el fondo de ligereza.

Después le dedicó a Thomasin una inclinación a la manera que le era propia y se dispuso a marcharse. Thomasin le ofreció su mano; y sin un suspiro, aunque con materia prima para muchos, el vendedor de almagre salió de la posada.

Cuando Wildeve regresó, un cuarto de hora después, Thomasin dijo simplemente, con el desánimo que en esos tiempos ya resultaba usual en ella:

— ¿Dónde está el caballo, Damon?

—Oh, al final no lo compré. El hombre pide demasiado.

—Pero una persona te vio en Throope Comer llevándolo del cabestro. Una belleza, con la cara blanca y una melena tan negra como la noche.

— ¡Ah! —dijo Wildeve clavándole los ojos—; ¿quién te contó eso?

—Venn, el vendedor de almagre.

El rostro de Wildeve adoptó una expresión de curiosa concentración.

—Es un error; debe haber sido otro —dijo lentamente, con tono irritado, porque se percató de que las contramanoobras de Venn habían vuelto a comenzar.

#### **4. Se emplea una ruda coerción**



Las palabras de Thomasin, que parecían tan poca cosa, pero tanto significaban, permanecieron en los oídos de Diggory Venn: «Ayudarme a retenerlo en casa por las noches».

En esa ocasión Venn sólo había llegado a Egdon Heath de paso hacia otro lugar, porque ya no tenía ninguna relación con los intereses de la familia Yeobright y sí un asunto particular del cual ocuparse. No obstante, de repente comenzó a sentir que volvía al viejo hábito de maniobrar a favor de la causa de Thomasin.

Se sentó en su carro a reflexionar. De las palabras y el aspecto de Thomasin había colegido claramente que Wildeve la descuidaba. ¿Por quién podía descuidarla sino por Eustacia? No obstante, resultaba difícilmente creíble que las cosas hubieran llegado a un punto que indicara que Eustacia lo alentaba de manera sistemática. Venn resolvió vigilar cuidadosamente el camino solitario que llevaba, a través del valle, de la morada de Wildeve a la casa de Clym en Alderworth.

En ese momento, como se ha visto, Wildeve era totalmente inocente de una intriga premeditada, y salvo por el baile en el prado no se había topado con Eustacia desde su matrimonio. Pero un hábito romántico que había contraído recientemente, el de salir después del oscurecer y caminar hasta Alderworth para contemplar la luna y las estrellas, mirar la casa de Eustacia y caminar lentamente de regreso, demostraba que tenía el ánimo de la intriga.

De ahí que mientras vigilaba la noche después del festival, el vendedor de almagre lo viera ascender por el caminito, apoyarse en la verja delantera del huerto de Clym, suspirar y volverse para regresar. Era obvio que la intriga de Wildeve era más ideal que real. Venn retrocedió antes que él colina abajo hasta llegar a un sitio donde el sendero no era más que un profundo surco entre los brezos; allí se inclinó con aire misterioso durante unos minutos y se marchó. Cuando Wildeve llegó a ese punto se le trabó el tobillo y cayó a todo lo largo.

En cuanto recobró la respiración se sentó y prestó oído. No se oía ni un sonido en medio de las sombras, a no ser por el batir sosegado del viento del verano. Tanteando en busca del obstáculo que lo derribara al suelo descubrió que alguien había amarrado en medio del sendero dos plantones de brezos, formando un lazo que equivalía a una segura caída para al viajero. Wildeve estiró la cuerda que los unía y prosiguió su marcha con pasable rapidez. Al llegar a su casa advirtió que la cuerda era rojiza. Era exactamente lo que suponía.

Aunque sus principales debilidades no estaban relacionadas con el temor personal, esa especie de coup de Jarnac de alguien que le resultaba sumamente conocido preocupó a Wildeve. Pero no alteró su rutina. Una o dos noches

después volvió a atravesar el valle hasta Alderworth, tomando la precaución de mantenerse alejado de los senderos. La sensación de que lo vigilaban, de que alguien empleaba la astucia para frustrar sus pecaminosas intenciones, le añadía un sabor picante a un viaje tan enteramente sentimental, siempre que el peligro que corría no fuera alarmante. Imaginaba que Venn y la señora Yeobright estaban confabulados, y sentía que hasta cierto punto resultaba legítimo luchar contra esa coalición.

Esa noche el páramo parecía totalmente desierto; y Wildeve, tras contemplar durante un tiempo la verja del huerto de Eustacia, con un cigarro entre los labios, se sintió tentado por la fascinación que ejercían las emociones ilícitas sobre su naturaleza a avanzar hasta la ventana, que no estaba completamente cerrada, ya que las persianas sólo lo estaban parcialmente. Miró hacia el interior de la habitación, donde Eustacia estaba a solas. Wildeve la contempló durante un minuto y después retrocedió hasta el páramo, donde golpeó ligeramente los helechos, de los cuales salieron volando alarmadas unas mariposas nocturnas. Capturó una de ellas, volvió junto a la ventana, acercó la mariposa a la rendija y abrió la mano. La mariposa avanzó hacia la vela que estaba sobre la mesa de Eustacia, revoloteó dos o tres veces en torno a ella y voló hacia la llama.

Eustacia experimentó un sobresalto. Esa había sido una señal muy común en los viejos tiempos, cuando Wildeve solía ir en secreto a cortejarla a Mistover. Se dio cuenta de inmediato de que Wildeve estaba afuera, pero antes de que lograra pensar qué hacer su esposo bajó la escalera. El rostro de Eustacia adquirió un color carmesí ante la inesperada colisión de incidentes, y adquirió una animación de la que con demasiada frecuencia carecía.

—Tienes el rostro muy encendido, mi amor —dijo Yeobright cuando estuvo lo bastante cerca como para advertirlo—. No te vendría nada mal estar siempre así.

—Tengo calor —dijo Eustacia—. Creo que saldré a tomar el aire unos minutos.

— ¿Quieres que vaya contigo?

—Oh, no. Sólo iré hasta la verja.

Se puso de pie, pero antes de que tuviera tiempo de salir de la habitación se oyeron unos fuertes golpes a la puerta.

—Yo voy, yo voy —dijo Eustacia con una prontitud que le resultaba inusual; y echó una ansiosa ojeada a la ventana por la cual entrara la mariposa; pero allí no había nada.

—Mejor que no abras a estas horas de la noche —dijo Clym, quien se le

adelantó por el pasaje mientras Eustacia aguardaba, con su aspecto soñoliento, que ocultaba su calor y agitación interiores.

Prestó oído mientras Clym abría la puerta. Nadie habló afuera, y al cabo de unos momentos Clym cerró la puerta y regresó, al tiempo que decía:

—No había nadie. Me pregunto qué habrá sido.

No le quedó más remedio que seguir preguntándose durante el resto de la velada, porque no hubo ninguna explicación posterior y Eustacia nada dijo, y lo cierto era que el hecho adicional que conocía sólo aumentaba el misterio del suceso.

Mientras tanto, afuera se había desarrollado un pequeño drama que salvó a Eustacia de toda posibilidad de comprometerse, al menos por esa noche. Mientras Wildeve preparaba su señal con la mariposa, otra persona se le había acercado por detrás hasta llegar a la verja. Ese hombre, que llevaba una pistola en la mano, contempló durante unos momentos las operaciones del otro junto a la ventana, avanzó en dirección a la casa, tocó a la puerta y después desapareció ocultándose tras la pared y saltando sobre el seto.

— ¡Maldito sea! —dijo Wildeve—. Ha estado vigilándome de nuevo.

Como su señal había sido estropeada por esos furiosos golpes a la puerta, Wildeve retrocedió, cruzó la verja y caminó rápidamente por el sendero sin pensar en otra cosa que no fuera marcharse sin que lo descubrieran. A mitad de su descenso de la colina, el sendero pasaba cerca de un macizo de acebos enanos, que en medio de la oscuridad general del lugar parecían la pupila de un ojo negro. Cuando Wildeve llegó a ese punto, el sonido de un disparo lo sobresaltó, y varios cartuchos vacíos cayeron entre las hojas a su alrededor.

No había duda de que él era el objetivo del disparo. Wildeve se abalanzó sobre el macizo de acebo, golpeando con furia los arbustos con su bastón; pero allí no había nadie. Ese ataque era más serio que el anterior, y a Wildeve le llevó cierto tiempo recobrar la serenidad. Había dado inicio un sistema de amenazas nuevo y sumamente desagradable, y la intención parecía ser provocarle graves daños físicos. Wildeve había considerado la primera intentona de Venn una especie de broma de mal gusto, que el vendedor de almagre se había permitido a falta de algo mejor; pero ahora había pasado la raya que separa lo molesto de lo peligroso.

De haber sabido cuán enteramente en serio se tomaba Venn el asunto, Wildeve quizás se habría alarmado aún más. El vendedor de almagre se había sentido casi exasperado al ver a Wildeve frente a la casa de Clym, y estaba decidido a apelar a cualquier recurso, con excepción del de matarlo de un tiro, para aterrorizar al joven posadero y obligarlo a abandonar sus recalcitrantes impulsos. La dudosa legitimidad de esa ruda coerción no inquietaba a Venn.

Suele preocupar poco a personas como él en tales casos, y en ocasiones ello no es de lamentar. Desde el juicio político de Strafford hasta el trato sumario dispensado a los bribones de Virginia por parte del granjero Lynch, ha habido muchos triunfos de la justicia que han sido burlas de la ley.

A una media milla de distancia del apartado lugar donde moraba Venn había un pequeño poblado donde vivía uno de los dos policías encargados de mantener el orden en la parroquia de Alderworth, y Wildeve se encaminó directamente a su casa. Casi lo primero que vieron sus ojos al abrir la puerta fue la porra del policía colgada de un clavo, como para garantizarle que allí estaban los medios para poner en práctica sus propósitos. No obstante, al preguntarle a la esposa del policía, se enteró de que este no se encontraba en casa. Wildeve dijo que lo esperaría.

Transcurrían los minutos y el policía no llegaba. Wildeve pasó de un estado de suma indignación a otro de inquieta insatisfacción consigo mismo, con la escena, con la esposa del policía y con todo el conjunto de circunstancias que lo rodeaba. Se levantó y se marchó de la casa. En líneas generales, la experiencia de esa noche había surtido el efecto de enfriar, si no de congelar definitivamente, sus sentimientos amorosos mal encaminados, y Wildeve no estaba de humor para rondar de nuevo por Alderworth después de la caída de la noche con la esperanza de lograr una mirada al azar de Eustacia.

Hasta ese momento, las rudas maquinaciones del vendedor de almagre para lograr que Wildeve abandonara su tendencia a deambular por los campos a la caída del sol habían obtenido un pasable éxito. Esa misma noche había cortado de raíz un posible encuentro entre Eustacia y su antiguo enamorado. Pero no había previsto que sus acciones tenderían a transformar la naturaleza de los movimientos de Wildeve y no a impedirlos. La apuesta de las guineas había hecho que no fuera un huésped bienvenido en casa de Clym; pero era natural que visitara al pariente de su esposa, y estaba resulto a ver a Eustacia. Era necesario elegir una hora menos improcedente que las diez de la noche. «Como resulta inseguro ir después del oscurecer, iré de día», se dijo.

Mientras tanto, Venn había salido del páramo para hacerle una visita a la señora Yeobright, con la cual mantenía relaciones de amistad desde que ella se enterara de su intervención providencial en la restitución de las guineas de la familia. La señora Yeobright se sorprendió de lo avanzado de la hora de su visita, pero no hizo ninguna objeción a recibirlo.

Venn le hizo un detallado recuento de la enfermedad de Clym y de su forma de vida; después, refiriéndose a Thomasin, abordó gentilmente la cuestión de la obvia tristeza de sus días.

—Señora, créame, no puede usted hacer nada mejor por ellos que visitarlos con frecuencia, aun si al principio le hacen algunos desaires —dijo.

—Tanto ella como mi hijo se casaron contra mi voluntad; por tanto, no me interesa su vida doméstica. Ellos mismos se buscaron sus problemas.

La señora Yeobright trataba de hablar con severidad, pero el relato del estado en que se encontraba su hijo la había conmovido más de lo que quería demostrar.

—Sus visitas lograrían que Wildeve anduviera más derecho de lo que tiende a hacerlo y podría evitar que hubiera personas infelices en el otro extremo del páramo.

— ¿Qué quieres decir?

—Esta noche fui testigo de algo que no me agradó ni un poquito. Me gustaría que la casa de su hijo y la del señor Wildeve estuvieran a cientos de millas de distancia y no a cuatro o cinco.

— ¡Entonces sí se entendía con la esposa de Clym cuando dejó en la estacada a Thomasin!

—Confiemos en que ahora no se estén entendiendo.

—Y probablemente confiaremos en vano. ¡Oh, Clym! ¡Oh, Thomasin!

—Todavía no ha pasado nada malo. La realidad es que convencí a Wildeve de que no metiera las narices en los asuntos de los demás.

— ¿Cómo?

—Oh, no fue hablando, sino mediante un plan mío al que llamo el sistema silencioso.

—Confío en que tenga éxito.

—Lo tendrá si usted me ayuda visitando a su hijo y haciendo las paces con él. Entonces podrá usar sus ojos.

—Bueno, ya que hemos llegado hasta este punto, tengo que admitir, Venn, que había pensado ir —dijo la señora Yeobright con acento de tristeza—. Me sentiría mucho más feliz si nos reconciliáramos. El matrimonio es un hecho inalterable, mi vida puede acabar en cualquier momento y desearía morir en paz. Es mi único hijo; y dada la manera como se comportan los hijos, no lamento no tener otros. En cuanto a Thomasin, nunca esperé mucho de ella, y no me ha decepcionado. Pero hace ya mucho que la perdoné; y ahora lo perdono a él. Iré.

En el mismo momento en que el vendedor de almagre y la señora Yeobright sostenían esa conversación en Blooms-End, otra conversación sobre el mismo tema se desarrollaba lánguidamente en Alderworth.

Clym se había conducido todo el día como si estuviera tan absorto en sí

mismo que no pudiera ocuparse de nada del mundo exterior, y sus palabras en ese momento revelaron qué era lo que ocupaba sus pensamientos. Fue justo después de los misteriosos golpes a la puerta que abordó el tema.

—Desde que salí hoy, Eustacia, he estado pensando que algo hay que hacer para remediar esta terrible ruptura que se ha producido entre mi querida madre y yo. Me preocupa mucho.

— ¿Y qué propones que hagamos? —dijo Eustacia abstraída, porque no podía calmar la agitación que le produjera la reciente maniobra de Wildeve para solicitarle una entrevista.

—Pareces tomarte muy poco interés en lo que propongo, sea grande o pequeño —dijo Clym con cierto apasionamiento.

—Te equivocas —respondió ella, reviviendo ante su reproche—. Es que estoy pensando.

— ¿En qué?

—En parte en esa mariposa cuyo esqueleto se quema en el pabito de la vela —dijo lentamente—. Pero sabes que siempre me interesa lo que dices.

—Muy bien, mi amor. Entonces creo que deberíamos ir a visitarla — continuó dando señales de emoción—: No soy tan orgulloso como para no hacerlo, y sólo el temor a irritarla me ha mantenido alejado tanto tiempo. Pero debo hacer algo. No está bien que permita que algo así se prolongue.

— ¿De qué te culpas?

—Está envejeciendo, lleva una vida solitaria y yo soy su único hijo.

—Tiene a Thomasin.

—Thomasin no es su hija; y aun si lo fuera no sería una excusa. Pero eso no tiene nada que ver con el asunto. He decidido ir a visitarla y todo lo que quiero preguntarte es si pondrás de tu parte para ayudarme, esto es, si olvidarás el pasado; y en caso de que dé muestras de voluntad de reconciliarse con nosotros, si harás un esfuerzo y le darás la bienvenida en nuestra casa o aceptarás que te reciba en la suya.

Al inicio Eustacia apretó los labios como para mostrar que preferiría hacer cualquier cosa en el mundo antes que lo que Clym sugería. Pero tras pensarlo un poco, las líneas de su boca se suavizaron, aunque no tanto como podrían haberlo hecho, y dijo:

—No interpondré ningún obstáculo en tu camino; pero después de lo ocurrido, es demasiado pedirme que sea yo la primera en demostrar deseos de reconciliación.

—Nunca me contaste exactamente qué fue lo que ocurrió entre vosotras.

—No podía entonces y no puedo ahora. A veces nacen más rencores en cinco minutos de los que pueden olvidarse en toda una vida; y puede que este sea el caso —hizo una pausa de algunos momentos y añadió—: ¡Qué bendición habría sido para ti, Clym, no haber regresado nunca a tu tierra natal! ... Ese regreso cambió el destino de...

—Tres personas.

«De cinco», pensó Eustacia, pero se lo guardó para sí misma.

## 5. El viaje por el páramo

El jueves 31 de agosto fue uno más de una serie de días en que las casas acogedoras resultaban sofocantes y las bocanadas de aire fresco eran un lujo; en que en los jardines arcillosos aparecían grietas a las que los niños aprensivos llamaban «terremotos»; en que se descubrían rayos sueltos en las ruedas de carretas y carruajes; y en que insectos mordedores poblaban la atmósfera, la tierra y cada gota de agua disponible.

En el huerto de la señora Yeobright las plantas de grandes hojas tiernas desfallecían a las diez de la mañana; el ruibarbo se inclinaba hacia el suelo a las once; e incluso las resistentes coles se veían mustias al mediodía.

A eso de las once de la mañana de ese día la señora Yeobright emprendió la marcha a través del páramo hacia la casa de su hijo, a fin de hacer todo lo que estuviera a su alcance para reconciliarse con él y con Eustacia, de conformidad con lo que le dijera al vendedor de almagre. Había confiado en que su caminata hubiera avanzado bastante antes de que llegara a su punto máximo el calor del día, pero después de salir se dio cuenta de que no sería así. El sol le había impreso su sello a todo el páramo, y hasta las flores púrpuras del brezo habían adquirido un tinte pardo con los secos ardores de los días previos. La atmósfera de los valles parecía la de un horno, y la limpia arena de cuarzo de las corrientes de agua invernales, que en el verano se transformaban en senderos, habían sufrido una especie de incineración desde que se instalara la sequía.

Con tiempo fresco, la señora Yeobright no habría experimentado el menor inconveniente por ir caminando hasta Alderworth, pero la tórrida embestida hizo de su viaje una empresa muy pesada para una mujer que ya había pasado la medianía de edad; y al final de la tercera milla deseó haber contratado a Fairway para que la llevara en su carro al menos parte de la distancia. No obstante, desde el punto al que había llegado era lo mismo seguir hasta la casa

de Clym que regresar a su hogar. Así que continuó, mientras la atmósfera a su alrededor pulsaba silenciosamente y oprimía la tierra con lasitud. Le echó una ojeada al cielo en lo alto y vio que el color zafiro que lucía el cenit durante la primavera e inicios del verano había sido reemplazado por un violeta metálico.

De vez en cuando llegaba a un sitio donde mundos independientes de seres efímeros pasaban el tiempo en un enloquecida jolgorio, algunos en el aire, otros sobre la tierra y la vegetación calientes, otros en las aguas tibias y gruesas de una poza casi seca. Todas las pozas poco profundas habían menguado su caudal hasta convertirse en un fango que despedía vapores, en medio del cual se adivinaban confusamente las formas agusanadas de innumerables criaturas oscuras que subían a la superficie y chapoteaban divertidas. Como era una mujer que tenía cierta tendencia a filosofar, a veces se sentaba bajo su sombrilla para descansar y contemplar la felicidad de esos seres, porque una cierta esperanza en lo tocante al resultado de su visita le había producido una sensación de serenidad, y entre pensamiento y pensamiento sobre cuestiones importantes la dejaba en libertad para reflexionar sobre cualquier asunto infinitesimal que llamara su atención.

La señora Yeobright no había estado nunca antes en la casa de su hijo, de manera que le resultaba desconocida su ubicación exacta. Probó primero un sendero ascendente y después otro, y se dio cuenta de que ninguno la llevaba hacia donde quería. Volvió sobre sus pasos y llegó de nuevo a terreno llano, donde divisó a cierta distancia a un hombre inmerso en su trabajo. Fue hacia él y le preguntó qué camino debía tomar.

El trabajador le indicó la dirección y añadió:

— ¿Ve a ese cortador de aulaga que sube por aquel sendero, señora?

La señora Yeobright aguzó la vista y al fin le dijo que lo veía.

—Pues si lo sigue, no puede extraviarse. Va para el mismo lugar, señora.

La señora Yeobright siguió a la figura indicada. Esta parecía ser de color pardo y resultaba tan indistinguible del medio que la rodeaba como la verde oruga de la hoja de la que se alimenta. Su avance cuando caminaba era más rápido que el de la señora Yeobright; pero esta era capaz de mantenerse siempre a la misma distancia por el hábito que tenía su guía de detenerse y hacer una pausa cada vez que llegaba a un matorral de zarzas. Al llegar a su vez a cada uno de esos sitios, la señora Yeobright encontraba una media docena de largas y lacias ramas que el hombre cortara del arbusto durante su parada y extendiera junto al sendero. Evidentemente, se trataba de lianas para atar los trozos de leña que tenía la intención de recoger a su regreso.

El ser silencioso que se ocupaba de esa tarea parecía no tener más trascendencia que un insecto. Parecía un mero parásito del páramo que se



afanara diariamente sobre su superficie como se afana una polilla sobre una pieza de ropa, enteramente absorto en sus frutos, sin ningún conocimiento de otra cosa que no fueran los helechos, la aulaga, el páramo, los líquenes y el musgo.

El cortador de aulaga estaba tan ensimismado en el objeto de su caminata que nunca volvió la cabeza; y al cabo de cierto tiempo su silueta de piernas cubiertas de cuero y manos con grandes guantes llegó a convertirse a la señora Yeobright en una mera señal móvil que le indicaba el camino. De repente se sintió curiosa sobre su individualidad al observar ciertas peculiaridades de su manera de caminar. Era una pisada que había visto antes en algún lugar; y fue la pisada la que le reveló la identidad del hombre, igual que la forma de caminar de Ahimaas en la distante llanura permitió que lo reconocieran los centinelas del rey. «Su paso es exactamente igual al de mi esposo», se dijo; y entonces cayó en cuenta de que el cortador de aulaga era su hijo.

Le resultó muy difícil asumir esa extraña realidad. Le habían contado que Clym había adquirido el hábito de cortar aulaga, pero suponía que se ocupaba de esa labor sólo en sus ratos libres, a manera de útil pasatiempo; sin embargo, ahora lo veía convertido en cortador de aulaga y nada más, con el vestuario característico del oficio y, a juzgar por sus movimientos, con los pensamientos característicos del oficio. Mientras imaginaba una docena de planes apresurados para preservarlos a él y a Eustacia de ese modo de vida, prosiguió su camino con el corazón dándole fuertes latidos, y lo vio entrar por la puerta de su casa.

A un lado de la casa de Clym había un montículo, y en la cima del montículo un montecito de abetos que crecían tan altos en dirección al cielo que vistos a cierta distancia su follaje parecía una mancha negra suspendida en el aire sobre la cresta de la colina. Al llegar a ese punto, la señora Yeobright se sintió penosamente agitada, desfallecida, indispuesta. Subió el montículo y se sentó a la sombra de los abetos para recuperarse y reflexionar sobre cuál sería la mejor manera de abordar a Eustacia, para no irritar a una mujer bajo cuya aparente indolencia se agazapaban pasiones incluso más fuertes e intensas que las suyas.

Los árboles debajo de los cuales se había sentado mostraban una singular apariencia de maltrato, rudeza y barbarie, y durante unos minutos la señora Yeobright olvidó su propio agotamiento y el estrago que le causarían las tormentas de la vida para contemplar los sufridos por ellos. Todas las ramas de los nueve árboles que componían el grupo habían sido astilladas, tronchadas o deformadas por los fieros elementos que los tenían a su merced cada vez que se hacían presentes. Algunos estaban hendidos y rajados como por un rayo, y exhibían manchones negros como de fuego por los costados, mientras que el

suelo a sus pies estaba cubierto de agujas secas de abeto y montones de semillas derribadas por los vendavales de años anteriores. Al lugar le decían el Bramido del Diablo, y no había más que ir allí en una noche de marzo o de noviembre para descubrir las razones de peso que justificaban ese nombre. En esa tarde calurosa, en la que no soplaba ningún viento perceptible, los árboles emitían un perpetuo gemido que resultaba difícil creer que causaba el aire a su paso.

Allí permaneció sentada la señora Yeobright durante veinte minutos o más, mientras hacía acopio de valor para entrar por la puerta, aunque su coraje se veía reducido a cero por la lasitud física. A cualquiera que no fuera una madre le habría parecido un poco humillante ser ella, la mayor de las dos mujeres, quien fuera la primera en hacer un gesto de reconciliación. Pero la señora Yeobright había reflexionado mucho sobre todo el asunto, y sólo le preocupaba encontrar la mejor manera de lograr que su visita no le pareciera a Eustacia abyecta, sino sabia.

Desde su empinada ubicación la mujer exhausta divisaba el techo de la casa, el huerto y todo el terreno cercado del pequeño domicilio a sus pies. Y en ese momento, cuando estaba a punto de levantarse, vio a un segundo hombre que se acercaba a la verja. Su actitud era peculiar, vacilante, y no la de una persona que viene a algún asunto preciso o en respuesta a una invitación. Estudió la casa con interés y después recorrió sus alrededores y examinó el límite exterior del huerto, como si se tratara de la casa natal de Shakespeare, la celda de María Estuardo o el Castillo de Hougomont. Después de darle la vuelta a la vivienda y volver a llegar a la verja, entró. La señora Yeobright se sintió molesta, porque había calculado que encontraría a su hijo y su esposa a solas; pero tras pensarlo un momento se dio cuenta de que la presencia de un conocido le restaría embarazo a su primera visita a la casa, al restringir la charla a temas generales hasta que comenzara a sentirse a gusto con ellos. Bajó de la colina hasta la verja y echó una ojeada al huerto calcinado.

Allí estaba el gato dormido sobre la gravilla desnuda del sendero, como si las camas, los cubrecamas y las alfombras le resultaran insoportables. Las hojas de las malvas pendían como sombrillas semicerradas, la savia casi hervía en los tallos y las hojas de superficie lisa brillaban como espejos metálicos. Un pequeño manzano de la variedad que madura temprano crecía inmediatamente detrás de la verja, ya que era el único que prosperaba en el huerto debido a lo exiguo del suelo; y entre las manzanas caídas por tierra revoloteaban las avispas, ebrias de néctar, o se metían por las pequeñas cavidades que habían abierto en cada fruta antes de atontarse con su dulzura. Junto a la puerta se encontraban la hoz de Clym y el último mazo de lianas para los haces de leña que le viera cortar; evidentemente, los había dejado caer allí al entrar en la casa.

## 6. Una coyuntura y sus resultados para el viandante

Como se ha dicho, Wildeve estaba resuelto a visitar a Eustacia abiertamente, de día, aprovechando la facilidad que le daba su parentesco con ella, dado que el vendedor de almagre había espiado e imposibilitado sus caminatas nocturnas en busca de la joven. El hechizo del que Eustacia le hiciera víctima en el baile a la luz de la luna le imposibilitaba a un hombre como él, que carecía de una fuerte voluntad puritana, mantenerse totalmente alejado de la joven. Todo su plan consistía en encontrarse con ella y con su esposo de una manera normal, conversar un rato y volverse a ir. Toda señal externa debía ser convencional; pero se produciría el gran acontecimiento que lo llenaría de satisfacción: la vería. Ni siquiera deseaba que Clym se encontrara ausente, ya que era posible que a Eustacia le disgustara cualquier situación que pusiera en entredicho su dignidad de esposa, fuera cual fuese el estado de su corazón con respecto a él. Las mujeres a menudo eran así.

En consecuencia, allá fue; y dio la casualidad de que el momento de su llegada coincidió con el de la pausa de la señora Yeobright en la colina cercana a la casa. Una vez que inspeccionó el lugar de la manera que la madre de Clym observara, Wildeve fue y golpeó a la puerta. Se produjo un intervalo de algunos minutos, y entonces giró la llave en la cerradura, la puerta se abrió y se encontró frente a Eustacia.

Nadie habría imaginado por su actitud en ese momento que era la mujer que se había unido a él en un baile apasionado la semana anterior, a menos que ese alguien hubiera podido penetrar bajo la superficie y calculado la profundidad real de ese arroyo de aguas mansas.

—Confío en que llegarías bien a casa —dijo Wildeve.

—Oh, sí —le contestó ella indolente.

— ¿Y no estabas cansada al día siguiente? Temí que lo estuvieras.

—Bastante. No tienes por qué hablar en voz baja, nadie puede oírnos. Mi sirvienta fue a hacer un mandado en el pueblo.

— ¿Entonces Clym no está en casa?

—Sí está.

— ¡Oh!, creí que le habías echado llave a la puerta porque estabas sola y tenías miedo de los merodeadores.

—No, mi esposo está aquí.

Habían estado de pie en la entrada de la casa. Eustacia cerró y echó la llave, como antes, abrió la puerta de la habitación contigua y lo invitó a pasar. Wildeve entró en la habitación, que parecía vacía; pero en cuanto avanzó unos pasos experimentó un sobresalto. Clym estaba dormido sobre la alfombra, delante del hogar. A su lado tenía las sobrecalzas, las gruesas botas, los guantes de cuero y el chaleco con mangas con los que trabajaba.

—Puedes pasar; no lo despertarás —dijo Eustacia, que lo seguía—. Cierro la puerta para que no lo moleste nadie que pase por casualidad mientras está acostado, cuando yo estoy en el huerto o arriba.

— ¿Por qué duerme ahí? —dijo Wildeve en voz queda.

—Está muy cansado. Esta mañana salió a las cuatro y media y ha estado trabajando desde entonces. Corta aulaga porque es lo único que puede hacer sin forzar su pobre vista.

El contraste entre el aspecto del durmiente y el de Wildeve le resultaba penosamente evidente a Eustacia: Wildeve estaba elegantemente vestido con un traje veraniego y un sombrero ligero de estreno; y continuó:

— ¡Ah!, no sabes cuán diferente era su apariencia cuando lo conocí, aun cuando ha pasado tan poco tiempo. Sus manos eran tan blancas y suaves como las mías; ¡y mira ahora qué toscas y negras son! Normalmente su tez es rubia, y ese tono parduzco que tiene ahora, del mismo color que sus ropas de cuero, se debe a que lo ha quemado el sol.

— ¿Y por qué tiene que trabajar? —susurró Wildeve.

—Porque detesta estar ocioso, aunque lo que gana no añade mucho a nuestro presupuesto. No obstante, dice que cuando las personas viven de su capital deben reducir los gastos corrientes consiguiendo algunos centavos como se pueda.

—El destino no ha sido bondadoso contigo, Eustacia Yeobright.

—No tengo nada que agradecerle.

—Ni él tampoco, salvo por el gran regalo que le hizo.

— ¿Cuál es?

Wildeve la miró a los ojos.

Eustacia se sonrojó por primera vez ese día.

—Bueno, yo soy un dudoso regalo —dijo en voz queda—. Pensé que te referías al don de la resignación, que él tiene y yo no.

—Puedo entender la resignación en un caso así, aunque me deja perplejo que la situación le resulte atractiva.

—Es que no lo conoces. Le entusiasman las ideas y no le importan las cosas materiales. A menudo me recuerda al apóstol Pablo.

—Me alegra saber que es un personaje tan extraordinario.

—Sí; pero lo malo es que aunque Pablo es excelente como personaje de la Biblia no le habría ido nada bien en la vida real.

Instintivamente habían ido bajando la voz, aunque al inicio no se habían tomado ningún trabajo especial para no despertar a Clym.

—Bien, si eso significa que tu matrimonio te parece desgraciado, ya sabes quién tiene la culpa —dijo Wildeve.

—Mi matrimonio no es en sí mismo una desgracia —replicó ella con cierta petulancia—. La causa de mi infortunio es el accidente que ocurrió después. Es cierto que según el sentido que se da comúnmente a la frase fui por lana y salí trasquilada, pero, ¿cómo iba a saber lo que traería el futuro?

—A veces creo, Eustacia, que se trata de un castigo. Sabías que me pertenecías; y yo no tenía ninguna intención de perderte.

— ¡No, no fue culpa mía! No podían ser tuyas dos mujeres; y recuerda que antes de que yo me diera cuenta me habías vuelto la espalda y buscado a otra. Esa fue una ligereza cruel de tu parte. Nunca soñé con jugar yo ese juego hasta que tú empezaste.

—No tenía la menor importancia —contestó Wildeve—. Era un mero interludio. Los hombres suelen sentir una atracción pasajera por alguien en medio de un amor duradero, que vuelve después por sus fueros con la misma fuerza de antes. La manera arisca en que me trataste me tentó a llevar las cosas más lejos de lo que debía; y como seguiste atormentándome, fui todavía más allá y me casé con ella —tras volverse de nuevo para mirar el cuerpo inconsciente de Clym, murmuró—: Me temo que no le das valor al premio que conquistaste, Clym... Debía ser más feliz que yo al menos por una cosa. Puede que sepa lo que es descender en la escala social y sufrir una gran calamidad personal; pero probablemente no sabe lo que es perder a la mujer que amaba.

—No se muestra desagradecido de haberla conquistado, y en ese sentido es un buen hombre —musitó Eustacia—. Muchas mujeres querrían un marido así. Pero, ¿es irrazonable ansiar eso que llaman vida; la música, la poesía, la guerra, todo lo que late y pulsa en las grandes arterias del mundo? Esa era la forma que adoptaban mis sueños juveniles; pero no se me han cumplido. Y, sin embargo, pensé que veía en mi Clym la manera de hacerlos realidad.

— ¿Y fue sólo por eso que te casaste con él?

—Te equivocas. Me casé con él porque lo amaba, pero no diré que no lo

amaba en parte porque veía en él una promesa de esa vida.

—Has vuelto a tu antiguo tono de tristeza.

—Pero no me deprimiré —exclamó ella aviesamente—. Estoy poniendo en práctica un nuevo sistema que comenzó yendo a ese baile, y tengo intenciones de continuarlo. Clym puede cantar jubiloso; ¿por qué no habría de hacerlo yo?

Wildeve la miró pensativo.

—Es más fácil decir que vas a cantar que hacerlo; aunque, si pudiera, te alentaría a intentarlo. Pero como la vida nada significa para mí, ahora que no tengo lo que ya es un imposible, me perdonarás por no poder alentarte.

—Damon, ¿qué te pasa, por qué dices esas cosas? —preguntó ella alzando hasta los ojos del joven los suyos, profundos y llenos de sombras.

—Eso es algo que nunca diré a las claras; y quizás si trato de decírtelo como si fuera un acertijo no tendrías interés en resolverlo.

Eustacia guardó silencio durante un minuto y después dijo:

—Hoy sucede algo extraño entre nosotros. Eres de una delicadeza poco común. Lo que quieres decir, Damon, es que todavía me amas. Pues bien, eso me apena, porque mi matrimonio no me hace tan enteramente feliz como para sentirme dispuesta a recriminarte por la información, como debía hacer. Pero ya hemos hablado demasiado sobre este asunto. ¿Vas a esperar a que mi esposo se despierte?

—Había pensado en hablar con él, pero no es necesario. Eustacia, si te ofendo por no olvidarte, tienes razón en decírmelo, pero no hables de recriminarme.

Eustacia no respondió, y ambos se quedaron contemplando pensativos a Clym, quien dormía el profundo sueño que causa el trabajo físico realizado en condiciones que no despiertan ningún temor nervioso.

— ¡Dios mío, cuánto le envidio ese dulce sueño! —dijo Wildeve—. No duermo así desde que era niño, hace años y años.

Cuando aún estaban dedicados a esa contemplación, se oyó el clic de la verja y un golpe a la puerta. Eustacia fue hasta la ventana y miró hacia fuera.

Su rostro cambió. Primero se sonrojó, y después el rubor cedió hasta que el color abandonó parcialmente sus labios.

— ¿Debo irme? —preguntó Wildeve poniéndose de pie.

—No lo sé.

— ¿Quién es?

—La señora Yeobright. ¡Oh, lo que me dijo aquel día! No comprendo esta visita; ¿qué querrá? Y sospecha del pasado tuyo y mío.

—Estoy a tus órdenes. Si crees que es mejor que no me vea aquí, pasaré a la habitación de al lado.

—Bueno, sí, ve.

Wildeve se retiró de inmediato, pero antes de que llevara medio minuto en la pieza contigua, Eustacia fue tras él.

—No, no haremos esto de ninguna manera —dijo—. Si entra, te verá, ¡y que piense, si quiere, que pasa algo malo! Pero, ¿cómo puedo abrirle la puerta si le soy tan antipática, y no quiere verme a mí, sino a su hijo? ¡No le abriré la puerta!

La señora Yeobright volvió a tocar a la puerta, esta vez más fuerte.

—Sus golpes seguramente lo despertarán, y entonces él mismo la hará pasar —continuó Eustacia—. Ah, escucha.

Oían a Clym que se movía en la otra habitación, como si los golpes lo hubieran despertado, y que pronunciaba la palabra «madre».

—Sí, está despierto; él irá a la puerta —dijo Eustacia suspirando de alivio—. Ven por aquí. Tengo mala fama con ella, y no debe verte. Así que me veo obligada a actuar con doblez, no porque haga nada malo, sino porque a otros les complace decir que lo hago.

Ya para ese momento lo había conducido hasta la puerta trasera, que estaba abierta y de donde arrancaba un sendero que atravesaba el huerto.

—Una última cosa, Damon —apuntó cuando él salía—. Esta es tu primera visita; que sea la última. En otra época fuimos amantes apasionados, pero ahora no puede ser. Adiós.

—Adiós —dijo Wildeve—. Ya conseguí todo lo que vine a buscar y estoy satisfecho.

— ¿Qué era?

—Verte. Por mi honor que no vine a nada más.

Wildeve le envió un beso con la mano a la bella joven a quien se dirigía y pasó al huerto; allí Eustacia lo miró recorrer el sendero, salir por el portillo al final y, ya afuera, adentrarse entre los helechos, que le rozaban las caderas al caminar, hasta que se perdió entre sus macizos. Cuando desapareció, la joven se volvió lentamente y dirigió su atención al interior de la casa.

Era posible que Clym y su madre no desearan su presencia en el momento de su primer encuentro, o que esta resultara superflua. En cualquier caso, no

tenía ninguna prisa por ver a la señora Yeobright. Decidió esperar a que Clym fuera a buscarla, y volvió a salir al huerto. Allí se entretuvo en naderías durante unos pocos minutos, hasta que al darse cuenta de que no la procuraban, volvió sobre sus pasos hasta el frente de la casa, donde aguzó el oído para tratar de oír las voces en la sala. Al no oír ninguna, abrió la puerta y entró. Para su asombro, Clym permanecía tal y como Wildeve y ella lo dejaran, su sueño aparentemente ininterrumpido. Los golpes a la puerta lo habían inquietado, lo habían hecho soñar y murmurar, pero no lo habían despertado. Eustacia fue a toda prisa a la puerta, y a pesar de su renuencia a abrirle a una mujer que la había tratado con tanta dureza, la abrió y echó una mirada afuera. No había nadie. Allí, junto al raspador, estaban la hoz de Clym y un puñado de lianas para atar haces de leña que había traído consigo; frente a ella, el sendero solitario, la verja del jardín levemente entreabierta; y más allá, el gran valle de brezos púrpuras silenciosamente estremecido bajo el sol. La señora Yeobright se había marchado.

En ese momento, la madre de Clym seguía un sendero que un peñasco de la colina le ocultaba a Eustacia. Había caminado desde la verja del huerto hasta allí con paso ligero y decidido, como el de una persona que no está menos ansiosa por escapar de una escena de lo que previamente estuviera por incorporarse a ella. Tenía los ojos clavados en el suelo; en su interior había grabadas dos imágenes: la de la hoz y las lianas de Clym a la puerta y la de un rostro femenino en la ventana. Sus labios temblaban y se tornaban anormalmente finos al musitar:

— ¡Es demasiado; cómo puede Clym hacerme esto! ¡Está en casa, y, sin embargo, le permite cerrarme la puerta en la cara!

En su ansiedad por perder de vista la casa se había apartado del sendero que la llevaba de manera más directa en dirección a su hogar, y cuando recorría el lugar con la vista para reencontrarlo, se topó con un niño que recogía arándanos en una hondonada. Era Johnny Nunsuch, el niño que alimentara la fogata de Eustacia, quien, con la tendencia de los cuerpos minúsculos a gravitar hacia otro mayor, comenzó a revolotear en torno a la señora Yeobright en cuanto esta hizo su aparición y a trotar a su lado sin una conciencia perceptible de lo que hacía.

La señora Yeobright le dirigió la palabra como quien se encuentra sumido en un sueño mesmérico.

—La casa queda lejos, hijo mío, y no llegaremos antes de que oscurezca.

—Yo sí —dijo su pequeño compañero—. Voy a jugar hasta la hora de la comida, y comemos a las seis, porque a esa hora viene padre. ¿Su padre también llega a la casa a las seis?



—No, no viene nunca; ni mi hijo, ni nadie.

— ¿Por qué está tan triste? ¿Vio un monstruo con cuernos?

—Algo peor: la cara de una mujer que me miraba por una ventana.

— ¿Esa es una mala señal?

—Sí. Siempre es una mala señal ver a una mujer que mira a un viajero cansado y no lo hace pasar.

—Una vez, cuando fui a la poza grande de Throope a pescar lagartijas me vi en el agua mirándome a mí mismo, y me asusté y di un tremendo brinco para atrás.

— ¡... Sólo con que hubieran dado señales de aceptar de buen grado mi gesto, qué bien hubiera ido todo! Pero no queda ninguna posibilidad. ¡No abrirme la puerta! Debe haberlo indispuerto contra mí. ¿Puede haber cuerpos hermosos que no tengan corazón? Eso creo. ¡No le habría cerrado la puerta ni al gato de un vecino en un día de calor tan fiero como este!

— ¿Qué dice?

— ¡Nunca más! ¡Nunca! ¡Ni aunque me manden a buscar!

—Usted debe ser una mujer muy rara para decir esas cosas.

—Oh, no, de ninguna manera —dijo la señora Yeobright, consciente de nuevo del parloteo del niño—. La mayoría de las personas que crecen y tienen hijos dicen las mismas cosas que yo. Cuando crezcas, tu madre también las dirá.

—Espero que no, pero es muy malo decir boberías.

—Sí, hijo; supongo que son boberías. ¿No te cansa mucho el calor?

—Sí, pero no tanto como a usted.

— ¿Y cómo lo sabes?

—Porque tiene la cara blanca y mojada, y lleva la cabeza así, medio colgando.

—Ah, es que estoy agotada por dentro.

— ¿Por qué cada vez que da un paso hace esto? —y, al mismo tiempo, el niño le imprimió a sus movimientos la sacudida y la cojera de un inválido.

—Porque llevo una carga mayor de la que puedo soportar.

El niño guardó silencio mientras reflexionaba sobre esa respuesta, y ambos siguieron avanzando dando tumbos durante más de un cuarto de hora, hasta que la señora Yeobright, cuyas fuerzas evidentemente la abandonaban, le dijo:

—Tengo que sentarme a descansar.

Cuando se sentó, el niño contempló su rostro un buen rato y dijo:

—Qué extraño respira. Es como una oveja cuando uno la hace caminar hasta que casi la revienta. ¿Usted siempre respira así?

—No siempre —hablaba en voz tan baja que era casi un susurro.

—Se va a quedar dormida ahí, ¿no es verdad? Ya cerró los ojos.

—No. No volveré a dormir mucho hasta... otro día, y entonces confío en que mi sueño sea largo, largo... muy largo. ¿Sabes si la poza de Rismoor se secó este verano?

—La de Rismoor sí, pero la de Oker no, porque es honda y nunca se seca. Está ahí mismo.

— ¿Y el agua es clara?

—Sí, bastante, menos cuando los segadores del páramo se meten dentro.

—Entonces toma esto y ve lo más rápido que puedas y tráeme agua lo más clara que puedas. Me siento muy débil.

Sacó de la pequeña red hecha de tiras de sauce que llevaba en la mano una antigua taza de porcelana sin asa; era una de la media docena del mismo tipo que llevaba en la red, conservadas desde su infancia, y que había llevado consigo para hacerles un pequeño regalo a Clym y Eustacia.

El niño fue a hacer el mandado y pronto regresó con el agua, que no era nada del otro mundo. La señora Yeobright intentó beber, pero estaba tan caliente que le dio náuseas y la tiró. Después siguió sentada, con los ojos cerrados.

El niño aguardó, jugó cerca de ella, capturó varias de las pequeñas mariposas pardas que abundaban en el lugar y después dijo, mientras seguía aguardando:

—Me gusta más caminar que quedarme parado. ¿Volverá a andar pronto?

—No sé.

—Quisiera seguir solo —prosiguió el niño, quien aparentemente temía que le pidiera algún favor engorroso—. ¿Todavía me necesita?

La señora Yeobright no le respondió.

— ¿Qué le digo a mi madre? —continuó el niño.

—Dile que viste a una mujer con el corazón destrozado a quien su hijo echó de su casa.

Antes de marcharse definitivamente, el niño le lanzó al rostro una ojeada pensativa, como si sintiera dudas acerca de la generosidad de abandonarla en esas condiciones. La miró a la cara con una expresión vaga y cavilosa, como la de quien examina un viejo manuscrito del que resulta imposible descubrir la clave para descifrar los caracteres. No era tan chico como para carecer absolutamente del sentimiento de que la mujer necesitaba de su conmiseración, pero no era lo bastante grande como para estar libre del terror que se experimenta en la infancia ante la infelicidad de los adultos, hasta entonces considerados inquebrantables; y no alcanzaba a decidir si la situación de la mujer la llevaría a causar problemas o a ser víctima de ellos, y si ella y su aflicción eran de compadecer o de temer. Bajó la vista y partió sin pronunciar palabra. Antes de recorrer media milla la había olvidado por completo, excepto que era una mujer que se había sentado a descansar.

Los esfuerzos físicos y emocionales de la señora Yeobright casi la habían postrado; pero siguió andando lentamente, en cortas etapas, con largos períodos intermedios de descanso. El sol había avanzado mucho hacia el oeste por el sur y le daba de lleno en los ojos, como un incendiario inmisericorde, tea en mano, que aguardara para consumirla. Tras la partida del niño, toda señal visible de vida había desaparecido del paisaje, aunque las roncadas notas intermitentes de los grillos machos que escapaban de todos los macizos de aulaga eran suficientes para demostrar que en medio de la postración de las especies animales de mayores dimensiones un invisible mundo de insectos bullía de vida.

A las dos horas llegó a una ladera que estaba a unas tres cuartas partes del camino entre Alderworth y su casa, donde un montecito de tomillo crecía sobre el sendero; se sentó sobre ese perfumado cojín. Frente a ella, una colonia de hormigas había construido una avenida que atravesaba el camino, en la que se afanaba una multitud infinita y pesadamente cargada. Posar la vista en ellas era como contemplar la calle de una ciudad desde lo alto de una torre. La señora Yeobright recordó que hacía años que ese ir y venir de hormigas se producía en ese mismo punto; sin duda, las de épocas anteriores eran las antepasadas de las que andaban allí ahora. Se reclinó para mejor descansar, y la apacible porción este del cielo le resultó un alivio tan grande a los ojos como el tomillo a la cabeza. Mientras la contemplaba, una garza alzó el vuelo y se remontó con el rostro vuelto hacia el sol. Chorreaba agua de alguna de las pozas de los valles, y al volar, los brillantes rayos del sol dieron tan de lleno sobre los bordes y el revestimiento de sus alas, sus muslos y su pecho que pareció hecha de plata pulida. Allá el cenit al que se había remontado parecía ser un lugar vasto y feliz, libre de todo contacto con el globo terráqueo al cual la señora Yeobright estaba encadenada; y deseó poder alzarse incólume de su superficie y volar como volaba el pájaro.

Pero, siendo madre, era inevitable que dejara pronto de meditar sobre su propia situación. Si el rumbo de su próximo pensamiento hubiera quedado señalado por una raya en el aire, como el paso de un meteoro, habría descrito una trayectoria opuesta a la de la garza, y habría descendido hacia el este sobre el techo de la casa de Clym.

## 7. El trágico encuentro de dos viejos amigos

Mientras tanto, Clym había despertado de su sueño, se había sentado y echado una ojeada a su alrededor. Eustacia estaba sentada en un silla muy cerca, y aunque tenía un libro entre las manos, hacía un buen rato que no leía.

— ¡Qué bien dormí! —dijo Clym frotándose los ojos con las manos—. Además, tuve un sueño tremendo, que nunca olvidaré.

—Me pareció que soñabas —dijo ella.

—Sí. Con mi madre. Soñé que te llevaba a su casa para zanjar nuestras diferencias, y que cuando llegábamos no podíamos entrar, aunque ella nos gritaba que la ayudáramos. Pero los sueños, sueños son. ¿Qué hora es, Eustacia?

—Las dos y media.

— ¿Tan tarde? No tenía intención de quedarme tanto tiempo. Cuando haya comido algo ya serán más de las tres.

—Ann no ha regresado del pueblo y pensé que era mejor dejarte dormir hasta que volviera.

Clym fue hasta la ventana y miró hacia fuera. Al cabo de unos momentos dijo, pensativo:

—Pasan las semanas y mi madre no viene. Pensé que sabría de ella mucho antes.

Por los oscuros ojos de Eustacia pasaron en rápida sucesión expresiones de remordimiento, temor, determinación. Afrontaba una monstruosa dificultad, y resolvió librarse de ella posponiéndola.

—Tendré que ir pronto a Blooms-End, y creo que será mejor que vaya solo —continuó Clym. Recogió sus sobrecalzas y sus guantes, los volvió a dejar caer y añadió—: Como comeremos tan tarde hoy, no volveré al páramo, sino que trabajaré en el huerto hasta el atardecer, y después, cuando haya refrescado, iré caminando hasta Blooms-End. Estoy completamente seguro de que si hago un pequeño gesto mi madre estará dispuesta a olvidarlo todo.

Llegaré a casa bastante tarde, porque no podré ir ni venir en menos de hora y media. Pero no te importará pasar sola esta única velada, ¿verdad, mi amor? ¿En qué piensas que te ves tan abstraída?

—No puedo decírtelo —dijo pesarosa—. Me gustaría que no viviéramos aquí, Clym. En este lugar el mundo da la impresión de ser todo malo.

—Bueno, eso depende de nosotros. Me pregunto si Thomasin habrá ido a Blooms-End en los últimos tiempos. Espero que sí. Pero lo más probable es que no, porque creo que espera a su hijo en un mes o algo así. Me gustaría haber pensado antes en eso. Mi pobre madre debe sentirse muy sola.

—No quiero que vayas esta noche.

— ¿Y por qué no esta noche?

—Puede decirte algo profundamente ofensivo de mí.

—Mi madre no es vengativa —dijo Clym con un leve sonrojo.

—Aun así, me gustaría que no fueras —repitió Eustacia en voz queda—. Si accedes a no ir esta noche te prometo que iré yo a su casa mañana a hacer las paces con ella y esperaré allí a que vayas a buscarme.

— ¿Por qué quieres hacer eso justamente en este momento, cuando todas las veces en que te lo propuse antes te negaste?

—No puedo explicarte sino que me gustaría verla a solas antes de que vayas —respondió Eustacia con un impaciente movimiento de la cabeza y mirándolo con una ansiedad que se ve con más frecuencia en las personas de temperamento sanguíneo que en quienes tienen el de ella. .

—Bueno, pues es muy raro que justo en el momento en que había decidido ir quieras hacer lo que te propuse hace tiempo. Si espero a que vayas mañana, se perderá otro día; y sé que no podré dormir una noche más sin haberla visto. Quiero dejar esto zanjado y lo haré. Tú la visitarás después; al final, será lo mismo.

—Podría hasta ir contigo ahora.

—Te resultaría difícil ir y venir caminando sin un descanso más largo del que me tomaré yo. No, esta noche no, Eustacia.

—Que sea como dices, entonces —contestó ella a la manera tranquila de quien, aunque dispuesto a tratar de evitar consecuencias perjudiciales mediante un esfuerzo moderado, deja que los acontecimientos se desencadenen antes de luchar con denuedo para imponerles una dirección.

Clym se fue al huerto; y durante el resto de la tarde, hizo presa de Eustacia una languidez pensativa que su esposo atribuyó al calor.

A la caída de la tarde Clym emprendió la marcha. Aunque el calor del verano aún era intenso, los días se habían acortado considerablemente, y antes de que hubiera recorrido una milla de camino todos los púrpuras, pardos y verdes del páramo se habían fundido en un atavío uniforme, carente de vivacidad o gradación, interrumpido apenas por toques de blanco allí donde los montoncitos de limpia arena de cuarzo indicaban la entrada a la madriguera de un conejo, o donde las piedras de pedernal de una vereda se extendían como un hilo por las laderas de las colinas. En casi todas las zarzas aisladas y escuálidas que crecían aquí y allá un chotacabras revelaba su presencia con un ronquido como el de un molino al girar, que se prolongaba durante todo el tiempo que le duraba el aliento, para callar después, sacudir las alas, dar vueltas en torno al arbusto, posarse, y tras un intervalo de silencio dedicado a prestar oído, comenzar a roncar de nuevo. Con cada roce de los pies de Clym, blancas mariposas nocturnas alzaban el vuelo hasta la altura justa para capturar en sus alas polvorientas los suaves rayos de luz del poniente, que ahora brillaba sobre las depresiones y las extensiones llanas sin penetrarlas con su fulgor.

Yeobright caminaba en medio de ese tranquilo paisaje con la esperanza de que todo se arreglaría pronto. A las tres millas de camino llegó a un punto donde le salieron al paso los efluvios de un suave aroma, y se quedó inmóvil un momento para inhalar ese olor familiar. Era el lugar donde, cuatro horas antes, su madre se sentara exhausta en el montículo cubierto de tomillo. Cuando todavía no había reemprendido la marcha, un sonido mezcla de respiración y gemido llegó de repente a sus oídos.

Miró en la dirección de dónde provenía el sonido, pero allí no se veía nada, salvo el borde de la colina que se recortaba contra el cielo en una línea continua. Se desplazó unos pocos pasos y entonces percibió una figura yacente, casi a sus pies.

Entre las diferentes posibilidades acerca de la identidad de la persona a Clym ni por un momento se le ocurrió que podía ser alguien de su familia. A veces los cortadores de aulaga dormían a la intemperie en esa época del año, para ahorrarse un largo viaje a sus casas y de regreso; pero Clym recordó el gemido, miró más de cerca, vio que se trataba de una mujer, y la zozobra lo envolvió como si se tratara del aire frío procedente de una caverna. Pero no estuvo totalmente seguro de que la mujer era su madre hasta que se inclinó y vio su rostro pálido y sus ojos cerrados.

Pareció quedarse sin aliento, y el grito de angustia que se le habría escapado murió en sus labios. Durante el breve intervalo que transcurrió antes de que tomara conciencia de que algo había que hacer, perdió todo sentido de tiempo y de lugar, y pareció como si él y su madre fueran como cuando él era niño, hacía muchos años, y ambos andaban por el páramo a esa misma hora.

Entonces se percató de que tenía que actuar; se inclinó aún más y se dio cuenta de que su madre todavía respiraba, y de que su respiración, aunque débil, era regular, salvo cuando la interrumpía un apagado grito ocasional.

— ¡Oh, qué es esto! Madre, ¿estás muy enferma; no estarás muriendo? — exclamó al tiempo que posaba sus labios sobre el rostro de la enferma—. Soy tu Clym. ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Qué significa esto?

En ese momento Yeobright no recordaba el abismo que se había abierto en sus vidas debido a su amor por Eustacia, y para él, el presente formaba un continuo con el pasado feliz que compartieran antes de la ruptura. La señora Yeobright movió los labios, pareció reconocerlo, pero no logró hablar; y entonces Clym se esforzó por pensar sobre la mejor manera de trasladarla, ya que era necesario sacarla de ese lugar antes de que el relente se intensificara. Clym era fuerte, y su madre era delgada. La rodeó con sus brazos, la alzó un poco y dijo:

— ¿Eso te duele?

La mujer negó con un gesto y Clym la levantó; entonces, a paso lento, continuó la marcha. El aire ahora era muy fresco; pero cada vez que pasaba por un trecho de terreno arenoso que no estuviera alfombrado de vegetación, su superficie reflejaba hasta su rostro el calor que absorbiera durante el día. Al inicio de su marcha no había pensado demasiado en la distancia que aún tendría que recorrer antes de llegar a Blooms-End; pero aunque había dormido esa tarde, pronto comenzó a sentir el peso de su carga. Así continuó, como Eneas con su padre; los murciélagos describían círculos sobre su cabeza, las chotacabras sacudían sus alas a una yarda de su rostro, y no se veía ningún ser humano a quien pudieran llegarle sus voces.

Cuando aún le faltaba casi una milla para llegar a la casa, su madre dio señales de intranquilidad ante las trabas que le imponía ir cargada, como si los brazos de Clym le produjeran irritación. La bajó, se la colocó sobre las rodillas y echó una mirada a su alrededor. El punto al que habían llegado, aunque distante de todos los caminos, no quedaba a más de una milla de las casas de Blooms-End ocupadas por Fairway. Sam, Humphrey y los Cantle. Además, a unas cincuenta yardas de distancia se alzaba una choza hecha de tierra y cubierta de finas capas de turba, pero ya enteramente en desuso. Desde donde estaban se veía la sencilla silueta del solitario cobertizo, y hacia allí decidió Clym dirigir sus pasos. En cuanto llegó, colocó a su madre cuidadosamente junto a la entrada y después corrió a cortar con su cuchilla una brazada de los helechos más secos. Cubrió con ellos el suelo del cobertizo, que estaba completamente abierto por uno de sus lados, y colocó sobre ellos a la mujer; entonces corrió con todas sus fuerzas hacia la casa de Fairway.

Había pasado casi un cuarto de hora en que el único sonido que había

interrumpido el silencio era la respiración difícil de la sufriente, cuando unas siluetas que se movían comenzaron a animar la línea que dividía el páramo del cielo. A los pocos momentos llegó Clym acompañado de Fairway, Humphrey y Susan Nunsuch; Olly Dowden, quien se encontraba por casualidad en la casa de Fairway, Christian y el abuelo Cante, los seguían dando tumbos. Traían una linterna y fósforos, agua, una almohada y otros pocos artículos que se les habían ocurrido en las prisas del momento. Sam había sido enviado de regreso en busca de brandy, y un niño trajo el caballo de Fairway, en el que fue a buscar al médico más cercano, con indicaciones de pasar por la casa de Wildeve e informarle a Thomasin que su tía no se encontraba bien.

Pronto llegó Sam con el brandy, que fue le administrado a la enferma a la luz de la linterna; después de tomarlo, la señora Yeobright recuperó lo bastante la conciencia como para indicar por señas que le sucedía algo en un pie. Al cabo, Olly Dowden entendió lo que quería decir y le examinó el pie que indicaba. Estaba hinchado y rojo. Bajo los ojos de los reunidos, el rojo comenzó a transformarse en una coloración más lívida, en medio de la cual apareció un punto escarlata, más pequeño que una habichuela, que resultó ser una gota de sangre que sobresalía sobre la carne tersa del tobillo como una esfera.

—Ya sé lo que es —exclamó Sam—. ¡La picó una víbora!

—Sí —dijo Clym al instante—. Recuerdo cuando era niño haber visto una picadura igual. ¡Oh, mi pobre madre!

—Fue mi padre el de la picadura —dijo Sam—. Y no hay más que una cura. Hay que frotar la zona con la grasa de otras víboras, y la única manera de sacarles la grasa es freírlas. Eso fue lo que le hicieron a él.

—Es un remedio antiguo y no le tengo mucha confianza —dijo Clym con aire de duda—. Pero no podemos hacer nada más hasta que llegue el doctor.

—Es una cura segura —dijo Olly Dowden enfáticamente—. La usaba en la época en que trabajaba como nodriza.

—Entonces roguemos que llegue el día, para cazarlas —dijo Clym con aire sombrío.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Sam.

Tomó un palo verde de avellano que usara como bastón, le hizo una ranura en la punta, le insertó un guijarro y, linterna en mano, se adentró en el páramo. Clym ya había encendido una pequeña fogata y envió a Susan Nunsuch en busca de una sartén. Antes de que esta regresara, Sam llegó con tres víboras, una de las cuales se enroscaba y se desenroscaba rápidamente en la hendidura del palo mientras que las otras dos colgaban de él muertas.



—Sólo logré cazar una viva y fresca, como debe ser —dijo Sam—. Estas que están tan lacias las maté hoy mientras trabajaba; pero como no mueren hasta que se pone el sol, no pueden estar muy pasadas todavía.

La víbora viva contemplaba al grupo de los reunidos con una mirada siniestra de sus pequeños ojos negros, y el hermoso diseño pardo y negro de su lomo parecía acentuarse por la indignación. La señora Yeobright vio al animal y el animal la vio a ella; la enferma se estremeció y apartó la vista.

—Mirad eso —murmuró Christian Cantle—. Vecinos, ¿cómo sabemos que no hay algo de la vieja serpiente del jardín de Dios, que le dio la manzana a la joven sin ropa, y que sigue vivo en las víboras y las serpientes? Mirad sus ojos: tal parecen dos abominables grosellas. ¡Ojalá que no nos haga ningún mal! Hay gente en el páramo a la que ya le han echado mal de ojo. No volveré a matar una víbora en toda mi vida.

—Bueno, no hay nada de malo en tenerle miedo a algo, si uno no puede evitarlo —dijo el abuelo Cantle—. Eso me habría ahorrado algunos buenos peligros en mis tiempos.

—Me parece haber oído algo fuera del cobertizo —dijo Christian—. ¡Me gustaría que los problemas vinieran de día, porque entonces un hombre puede demostrar su valor y no tiene que andarle rogando ni a la bruja más vieja que vea, si es que es valiente y capaz de salir corriendo para que no lo agarre!

—Ni siquiera un tío tan ignorante como yo haría una cosa semejante —dijo Sam.

—Bueno, las calamidades vienen cuando menos se las espera. Vecinos, si la señora Yeobright llegara a morir, ¿creéis que nos pueden prender y juzgar por asesinato?

—No, no pueden acusarnos de eso a menos que prueben que hemos sido cazadores furtivos en algún momento de nuestras vidas. Pero se va a sanar —dijo Sam.

—Pues mirad, si me hubieran picado diez víboras no habría perdido por eso ni un día de trabajo —dijo el abuelo Cantle—. Así soy de bravo cuando ponen a prueba mi valor. Pero tal vez sea natural en un hombre entrenado para la guerra. Sí, he pasado por muchas cosas; pero nada malo me ha pasado desde que me enrolé en los Lugareños en el año cuatro —sacudió la cabeza y sonrió ante la imagen mental de su persona vestida de uniforme—. ¡Cuándo era joven siempre fui el primero en los momentos más requetedifíciles!

—Me imagino que era porque siempre ponían al más tonto delante —dijo Fairway desde la fogata junto a la cual se había arrodillado para soplarla.

— ¿Te parece, Timothy? —dijo el abuelo Cantle avanzando hasta donde se

encontraba Fairway, con un súbito aire de depresión en el rostro—. ¿Qué un hombre puede creer años y años que es una buena compañía y al final estar equivocado?

—No tiene importancia, abuelo. Muévete y trae unas cuantas ramitas más. Es muy tonto que los viejos chachareen tanto cuando lo que está en juego es la vida o la muerte de una persona.

—Sí, sí —dijo el abuelo Cattle con melancólica convicción—. Bueno, es una mala noche para quienes hicieron los que le tocaba en sus tiempos; y si fuera un experto en el oboe o la viola, no tendría corazón para sacarles una musiquita ahora.

En ese momento llegó Susan con la sartén; mataron la víbora que estaba viva y les cortaron la cabeza a las tres. Echaron el resto de los cuerpos, cortados en trozos y abiertos por el medio, en la sartén, que empezó a silbar y chirriar sobre el fuego. Pronto empezó a gotear de las víboras un arroyuelo de grasa transparente, momento en el cual Clym introdujo en el líquido la punta de su pañuelo y untó con él la herida.

## **8. Eustacia oye hablar de buena fortuna y ve el mal**

Mientras tanto, Eustacia, quien se había quedado sola en su casa de Alderworth, se había deprimido considerablemente por el curso que habían tomado los acontecimientos. Las consecuencias de que Clym descubriera que no le había abierto la puerta a su madre ese día probablemente serían desagradables, y esa era una cualidad de los sucesos que detestaba tanto como el horror.

Pasar la velada sola siempre le resultaba irritante, y esa noche le resultaba más irritante que nunca debido a las emociones de las horas pasadas. Las dos visitas le habían provocado intranquilidad. No le producía una gran inquietud la probabilidad de aparecer bajo una luz desfavorable en la discusión entre Clym y su madre, pero sí le producía contrariedad, y sus soñolientas maneras se vieron reanimadas hasta el punto de desear haber abierto la puerta. Había estado convencida de que Clym había despertado, y esa excusa sería sincera hasta donde su conducta pudiera resultar excusable; pero nada le ahorraría la censura por negarse a responder a la primera llamada. No obstante, en vez de culparse a sí misma por lo sucedido, le achacaba la falta a un indistinto y colosal Príncipe del Mundo, que la había colocado en esa situación y decidido sobre su suerte.

En esa época del año era más agradable salir a caminar de noche que de

día, y cuando Clym llevaba más o menos una hora de ausencia, decidió salir en dirección a Blooms-End, con la esperanza de encontrárselo a su regreso. Cuando llegó a la verja del huerto oyó el ruido de unas ruedas que se aproximaban y al mirar en esa dirección vio a su abuelo que venía en su coche.

—No me puedo demorar ni un minuto, gracias —respondió el anciano a su saludo—. Voy en camino a East Egdon; pero pasé por aquí para contarte las noticias. ¿Quizás ya te enteraste... de la fortuna del señor Wildeve?

—No —dijo Eustacia inexpresiva.

—Pues heredó una fortuna de once mil libras; se le murió un tío en Canadá, justo después de enterarse de que toda su familia, a la que había enviado de vuelta a casa, se había ahogado en el hundimiento del Casiopea; así que Wildeve lo hereda todo, sin esperarlo en lo más mínimo.

Eustacia permaneció inmóvil unos momentos.

— ¿Cuánto tiempo hace que lo sabe? —preguntó.

—Bueno, debe haberlo sabido temprano esta mañana, porque yo me enteré a las diez, cuando regresó Charley. Eso es lo que yo llamo un hombre con suerte. ¡Qué tonta fuiste, Eustacia!

— ¿En qué sentido? —dijo ella alzando los ojos con aparente calma.

—En el de no quedarte con él cuando pudiste.

— ¡Mucho que pude!

—No supe hasta hace poco que había habido algo entre vosotros; y a fe mía que de saberlo me habría opuesto con alma y corazón; pero ya que parece que hubo cierto amorío entre vosotros, ¿por qué diablos no te quedaste con él?

Eustacia no respondió, pero dio la impresión de que, de haber querido, habría podido decir tanto sobre el asunto como su abuelo.

— ¿Y cómo está el pobre cegato de tu esposo? —continuó el anciano—. Tampoco es un mal tipo, dentro de sus límites.

—Está muy bien.

—Lo que ha pasado es buenísimo para su prima, ¿cómo se llama? ¡Por San Jorge, que debías haber sido tú la que se subiera a ese barco, chiquilla! Ahora tengo que irme. ¿Necesitas alguna ayuda? Sabes que lo mío es tuyo.

—Gracias, abuelo, por el momento no precisamos nada —dijo ella fríamente—. Clym corta aulaga, pero lo hace sobre todo a manera de pasatiempo útil, porque no puede hacer nada más.

—Le pagan por su pasatiempo, ¿no? He oído que tres chelines el ciento.

—Clym tiene dinero, pero le gusta ganar algo —dijo ella ruborizándose.

—Muy bien; buenas noches —y el capitán siguió su camino.

Después de la partida de su abuelo, Eustacia siguió andando mecánicamente; pero ya no pensaba en su suegra y en Clym. A pesar de las quejas sobre su sino, Wildeve había sido elegido por el destino para brillar una vez más. ¡Once mil libras! Desde cualquier punto de vista de los que circulaban en Egdon, era un hombre rico. A ojos de Eustacia esa era también una suma considerable, suficiente para satisfacer los deseos que Clym, en sus momentos de mayor austeridad, estigmatizara por vanos y superfluos. Aunque Eustacia no ambicionaba el dinero, sí ambicionaba lo que se podía conseguir con el dinero; y los nuevos complementos que imaginaba en el entorno de Wildeve lo revestían de un gran interés. Recordó ahora cuán sobriamente elegante era su traje esa mañana: probablemente se había puesto su ropa más nueva sin importarle que la dañaran los espinos y las zarzas. Y entonces pensó en lo que le había dicho.

—Oh, ya entiendo, ya entiendo —dijo—. ¡Cuánto desea tenerme ahora que podría darme todo lo que anhelo!

Al rememorar los detalles de sus miradas y sus palabras —a las que en aquel momento casi no les prestara atención— se le hizo claro hasta qué punto habían sido dictadas por su conocimiento de la noticia. «De haberme tenido mala voluntad se habría ufanado de su buena fortuna; en vez de ello, no mencionó ni una palabra, por delicadeza, al ver mi desgracia, y sólo dejó entender que aún me amaba, como si aún gozara de mejor posición que él».

El silencio de Wildeve ese día sobre lo que le había acontecido era justamente el tipo de conducta calculada para impresionar a una mujer como Eustacia. Esos delicados toques de buen gusto eran, de hecho, uno de sus puntos fuertes en su trato con el otro sexo. Lo peculiar de Wildeve era que aunque en un momento podía mostrarse violento, censor y resentido con una mujer, en otro era capaz de tratarla con una amabilidad tan sin paralelo como para que el anterior desaire no pareciera descortés, la injuria no fuera insulto, la impertinencia semejava delicada atención, y el menoscabo de su honor exceso de caballerosidad. Ese hombre, cuya admiración Eustacia recibiera con indiferencia ese mismo día, cuyos buenos deseos casi no se tomara el trabajo de agradecer, a quien hiciera salir de su casa por la puerta trasera, era el poseedor de once mil libras, y era un hombre con una buena educación profesional que había trabajado con un ingeniero civil.

Tan absorta estaba Eustacia en la suerte de Wildeve que olvidó cuánto más cerca de su propio destino estaba la de Clym; y en vez de continuar caminando para salirle al paso de inmediato, se sentó sobre una piedra. Su ensueño se vio interrumpido por una voz a sus espaldas, y al volver la cabeza vio a su antiguo

enamorado y afortunado heredero muy cerca de ella.

Permaneció sentada, aunque la alteración de su aspecto le habría revelado a cualquier hombre que la conociera tan bien como Wildeve que pensaba en él.

— ¿Cómo es que andas por aquí? —dijo ella con su clara voz grave—. Pensé que estarías en tu casa.

—Fui al pueblo después de salir de tu huerto; y ahora regresé; eso es todo. Si me permites la pregunta, ¿hacia dónde vas?

Eustacia hizo un gesto con la mano en dirección a Blooms-End.

—Voy a encontrarme con mi esposo. Posiblemente me haya metido en problemas cuando estuviste conmigo esta mañana.

— ¿Cómo es posible?

—Por no dejar pasar a la señora Yeobright.

—Espero que mi visita no te cause ningún perjuicio.

—Ninguno. No fue culpa tuya —dijo ella quedamente.

Ya Eustacia se había puesto de pie; e inconscientemente siguieron caminando juntos, sin hablar, durante dos o tres minutos; entonces Eustacia rompió el silencio:

—Supongo que debo felicitarte.

— ¿Por qué? Oh, sí; te refieres a mis once mil libras. Bueno, como no conseguí otra cosa, tengo que contentarme con ellas.

—Pareces darles muy poca importancia. ¿Por qué no me lo contaste cuando viniste hoy? —dijo ella en el tono de una persona que no recibe toda la atención a que es acreedora—. Me enteré accidentalmente.

—Fui con intenciones de contártelo —dijo Wildeve—. Pero... bueno, te seré franco... no quise mencionarlo cuando vi, Eustacia, que la suerte no te favorecía. El espectáculo de un hombre dormido de cansancio por el duro trabajo, como el de tu esposo, me hizo sentir que alardear contigo de mi fortuna habría estado muy fuera de lugar. Sin embargo, al verte allí a su lado, no pude evitar sentir también que, en muchos sentidos, era más rico que yo.

Al oír esto último Eustacia dijo con aire de soñolienta travesura:

— ¿Cómo? ¿Te cambiarías con él? ¿Tu fortuna por mí?

—Sin duda —dijo Wildeve.

— ¿Por qué no hablamos de otro tema? Estamos imaginando cosas

absurdas e imposibles.

—Muy bien; te contaré mis planes para el futuro, si te interesa oírlos. Invertiré de manera permanente nueve mil libras, conservaré mil para los gastos corrientes y con las mil restantes viajaré durante un año más o menos.

— ¿Viajarás? ¡Qué brillante idea! ¿Adónde irás?

—De aquí a París, donde pasaré el invierno y la primavera. Después iré a Italia, Grecia, Egipto y Palestina antes de la llegada del calor. En el verano iré a América; y después, aunque aún no tengo un plan definido, iré a Australia y regresaré por la India. Para ese entonces ya estaré harto de viajar. Entonces probablemente iré de vuelta a París y me quedaré mientras me dure el dinero.

—De vuelta a París —murmuró ella con una voz que era casi un suspiro. Nunca le había contado a Wildeve las ansias de París que las descripciones de Clym habían sembrado en ella; y, sin embargo, aquí estaba Wildeve, involuntariamente en situación de satisfacerlas—. ¿Piensas mucho en París? —añadió.

—Sí. En mi opinión es el lugar más hermoso del mundo.

— ¡Y en la mía también! ¿Y Thomasin irá contigo?

—Sí, si quiere. Puede que prefiera quedarse.

— ¡Así que tú te irás y yo me quedaré aquí!

—Supongo que sí. Pero ya sabemos quién tuvo la culpa.

—No te estoy culpando —dijo ella rápidamente.

—Oh, creía que sí. Si alguna vez sí te sientes inclinada a culpabilizarme, recuerda cierta tarde en Rainbarrow, cuando prometiste encontrarte conmigo y no lo hiciste. Me mandaste una carta; y me dolió el corazón al leerla tanto como espero que nunca te duela el tuyo. Eso marcó el inicio de nuestra separación. Después hice algo apresurado... Pero es una mujer buena, y no diré nada más.

—Sé que en esa ocasión la culpa fue mía —dijo Eustacia—. Pero no siempre fue así. No obstante, desgraciadamente me dejó llevar por mis sentimientos con demasiada rapidez. Oh, Damon, no sigas haciéndome reproches; no lo soporto.

Caminaron en silencio dos o tres millas, y de repente Eustacia dijo:

— ¿No se ha desviado usted de su camino, señor Wildeve?

—Esta noche no tengo camino fijo. Iré contigo hasta la colina desde la que se divisa Blooms-End, porque se está haciendo tarde para que andes sola.

—No te molestes. No salí por obligación. Creo que será mejor que no sigas acompañándome. Este tipo de cosas daría una extraña impresión, de llegar a saberse.

—Muy bien, me iré —inesperadamente tomó su mano y la besó, por primera vez después del matrimonio de Eustacia—. ¿Qué luz es aquella que se ve en la colina? —añadió, como para disimular la caricia.

La joven miró y vio el parpadeo de la luz de una hoguera que salía por el lado abierto de una choza que quedaba un poco más adelante. La choza, que hasta ese momento siempre había hallado vacía, parecía ahora estar habitada.

—Como ya has venido tan lejos, ¿me acompañarías hasta pasar con seguridad esa choza? Pensé que me encontraría con Clym por aquí, pero como no aparece, me apresuraré para llegar a Blooms-End antes de que se vaya.

Avanzaron hacia el cobertizo de turba, y cuando se acercaron, la luz de la fogata y de la linterna que estaban en su interior les revelaron distintamente la silueta de una mujer reclinada sobre un colchón de helechos y a un grupo de hombres y mujeres del páramo de pie a su alrededor. Eustacia no reconoció la silueta de la mujer acostada como la de la señora Yeobright, ni a Clym entre los que la rodeaban, hasta que se aproximó. Entonces, con una rápida presión de su mano sobre el brazo de Wildeve, le indicó a este que se retirara del lado abierto del cobertizo y se refugiara en las sombras.

—Son mi esposo y su madre —susurró con voz agitada—. ¿Qué significará todo esto? ¿Te adelantaría para informarme?

Wildeve se apartó de su lado y fue hasta la pared trasera de la choza. Al poco rato Eustacia advirtió que le hacía señas de que se acercara, y avanzó y se le unió.

—Es algo grave —dijo Wildeve.

Desde la posición que ocupaban podían oír lo que ocurría adentro.

—No puedo imaginar adónde se dirigía mi madre —le decía Clym a alguno de los presentes—. Es evidente que hizo una larga caminata, pero incluso ahora que pudo hablar no quiso decirme adónde fue. ¿Qué piensa realmente de su estado?

—Hay mucho que temer —fue la grave respuesta de una voz que Eustacia reconoció como la del único médico del distrito—, la mordedura de la víbora le hizo algún daño; pero es el agotamiento lo que la ha quebrantado. Mi impresión es que debe haber dado una caminata excepcionalmente larga.

—Yo solía decirle que no caminara demasiado en este tiempo —dijo Clym con voz acongojada—. ¿Cree que hicimos bien untándola con la grasa de víbora?

—Bueno, es un remedio muy antiguo; creo que es el viejo remedio de los cazadores de víboras —contestó el doctor—. Hoffman, Mead, y creo que el abate Fontana lo califican de unguento infalible. Sin duda fue lo mejor que pudieron hacer, aunque me pregunto si cualquier otra grasa no habría sido igualmente eficaz.

— ¡Venid! ¡Venid! —dijo rápidamente entonces una preocupada voz femenina, y se oyó a Clym y al doctor correr de la parte trasera del cobertizo al lugar donde yacía la señora Yeobright.

—Oh, ¿qué pasa? —musitó Eustacia.

—Fue Thomasin quien habló —dijo Wildeve—. La han mandado a buscar. Me pregunto si no sería mejor que entrara... pero podría ser perjudicial.

Durante un largo rato reinó el silencio entre los congregados; fue roto al fin por Clym, quien dijo con voz angustiada:

—Oh, doctor, ¿qué significa esto?

El doctor no respondió de inmediato; al cabo, dijo:

—Empeora rápidamente. Ya tenía el corazón afectado, y el agotamiento físico le ha propinado el golpe final.

Entonces se oyeron los sollozos de unas mujeres, unos momentos de espera, exclamaciones ahogadas, un extraño estertor y, por último, un penoso silencio.

—Todo ha terminado —dijo el doctor.

En la parte trasera de la choza, los campesinos murmuraron:

—La señora Yeobright ha muerto.

Casi en ese mismo instante, los dos espectadores vieron a un niño vestido a la antigua entrar por el costado abierto del cobertizo. Susan Nunsuch —porque era su hijo— se adelantó hasta allí y le hizo señas en silencio de que se marchara.

—Tengo algo que decirte, madre —exclamó el niño con voz aguda—. Esa mujer que está ahí dormida anduvo hoy conmigo; me dijo que te dijera que la había visto y que era una mujer que tenía el corazón destrozado porque su hijo la había echado, y después me fui para casa.

Adentro se dejó oír un confuso sollozo, que parecía provenir de un hombre, y al escucharlo, a Eustacia se le escapó una ahogada exclamación:

—Es Clym... debo ir a su lado, pero, ¿me atreveré? ¡No, vamos!

Una vez lejos del cobertizo, Eustacia dijo con voz ronca:



—Yo tengo la culpa. Me espera algo malo.

— ¿Nadie le abrió la puerta de tu casa finalmente? —preguntó Wildeve.

— ¡No, y esa es la causa de todo! ¡Oh, qué haré! No los interrumpiré; me iré derecho a casa. ¡Damon, adiós! No puedo seguir hablando contigo ahora.

Se separaron; y cuando Eustacia alcanzó la próxima colina miró hacia atrás. Una melancólica procesión recorría lentamente, a la luz de la linterna, el camino que iba de la choza a Blooms-End. Wildeve había desaparecido.

\*\*\*\*

## LIBRO QUINTO. LA REVELACIÓN

### 1. « ¿Por qué deja Dios ver la luz al que sufre?»

Una tarde, como tres semanas después del funeral de la señora Yeobright, cuando la faz argentada de la luna proyectaba un haz de sus rayos directamente sobre el piso de la casa de Clym en Alderworth, de su interior salió una mujer que se reclinó sobre la verja del huerto como para tomar el fresco por un rato. La pálida caricia de la luna, que transforma a las brujas en beldades, hacía divino su rostro, que ya era hermoso.

No hacía mucho rato que estaba allí cuando un hombre se aproximó por el camino y le dijo con cierta vacilación:

— ¿Cómo está esta noche, señora, si no le es molestia?

—Está mejor, Humphrey, aunque todavía muy mal —contestó Eustacia.

— ¿Está fuera de sí, señora?

—No. Ya recuperó la cordura.

— ¿Sigue delirando sobre su madre, el pobrecito? —continuó Humphrey.

—Igual, aunque no tan agitado —dijo ella en voz queda.

—Fue muy mala suerte, señora, que Johnny le contara las últimas palabras de su madre, de que tenía el corazón destrozado y que su hijo la había echado. Es más que suficiente para trastornar a cualquiera.

Eustacia no emitió otra respuesta que no fuera una leve alteración de la respiración, como la de alguien que tiene intenciones de hablar pero no lo

logra; y Humphrey, después de declinar su invitación a pasar, se marchó.

Eustacia se volvió, entró en la casa y subió hasta el cuarto del frente, donde ardía una luz cubierta por una pantalla. En la cama estaba Clym, pálido, demacrado, totalmente despierto, revolviéndose de un lado a otro, los ojos encendidos por un fulgor ardiente, como si el fuego de sus pupilas quemara su sustancia.

— ¿Eres tú, Eustacia? —dijo cuando la joven se sentó.

—Sí, Clym. Fui hasta la verja. La luna tiene un brillo muy hermoso y no se mueve ni una hoja.

—Brilla la luna, ¿no? ¿Qué le importa la luna a un hombre como yo? ¡Qué brille, que pase cualquier cosa con tal de que no vea yo otro día!... Eustacia, no sé adónde dirigir la vista. Mis pensamientos me atraviesan como espadas. ¡Oh, si alguien quiere inmortalizarse pintando un cuadro de la infelicidad, no tiene más que venir aquí!

— ¿Por qué dices eso?

—Porque no logro evitar la idea de que hice todo lo que pude para matarla.

—No, Clym.

—Sí, así fue; ¡es inútil que trates de disculparme! Mi conducta para con ella fue demasiado horrible: no hice ningún gesto de reconciliación; y ella no consiguió perdonarme. ¡Ahora está muerta! Si sólo me hubiera mostrado dispuesto a hacer las paces con ella antes, y hubiéramos estado en buenos términos, y después hubiera muerto, no sería tan difícil de soportar. Pero nunca me acerqué a su casa, así que ella nunca se acercó a la mía, y no supo cuán bienvenida habría sido: eso es lo que me angustia. No supo que yo iba a su casa esa misma noche, porque ya estaba demasiado inconsciente para entenderme. ¡Si tan solo hubiera venido a verme! Ansiaba que lo hiciera. Pero estaba escrito que no fuera así.

A Eustacia se le escapó uno de los suspiros estremecedores que solían sacudirla como una ráfaga pestilente. Aún no le había contado nada. Pero Yeobright estaba demasiado profundamente sumido en las divagaciones que le producía su remordimiento como para percibirlo. Durante todo el curso de su enfermedad había hablado continuamente de lo mismo. A su dolor original se había sumado la desesperación que le causara la infortunada revelación del niño que había sido depositario de las últimas palabras de la señora Yeobright, unas palabras pronunciadas con demasiada amargura y dictadas por un momento de incompreensión. A partir de entonces, la congoja lo había embargado y había ansiado la muerte como ansía la sombra el labrador. Se había convertido en el lamentable espectáculo de un hombre instalado en el

mismo centro del dolor. Deploraba continuamente lo tardío de su viaje a casa de su madre, porque se trataba de un error sin rectificación posible, e insistía en que debía haberlo pervertido horriblemente algún ser maligno para que no hubiera pensado antes en que era su deber ir a su encuentro dado que ella no iba al de él. Le pedía a Eustacia que se sumara a la condena que de sí mismo hacía; y cuando ella, abrasada en lo más íntimo por un secreto que no se atrevía a revelar, manifestaba que no podía darle una opinión, decía:

—Eso es porque no conociste el carácter de mi madre. Siempre estaba dispuesta al perdón, si se le pedía; pero yo le parecía un niño terco, y eso la hizo inflexible. No inflexible realmente, sino orgullosa y reservada, nada más... Sí, puedo entender por qué se mantuvo alejada de mi lado tanto tiempo. Esperaba por mí. Me atrevo a asegurar que se dijo cien veces en medio de su dolor: «¡Así es como me paga todos los sacrificios que he hecho por él!». ¡Nunca fui a verla! Cuando me dispuse a visitarla ya era demasiado tarde. ¡Pensar en eso es casi más de lo que puedo soportar!

En ocasiones era presa de un profundo remordimiento, que no suavizaba ni una lágrima de puro pesar; y entonces se retorció con una fiebre que era más de la mente que de cualquier malestar físico.

—Si pudiera tener la seguridad de que no murió creyendo que yo estaba resentido —dijo un día cuando estaba sumido en ese estado—. Eso sería mejor que la esperanza de alcanzar el cielo. Pero no puedo.

—Te abandonas demasiado a esta agotadora desesperación —dijo Eustacia—. A otros hombres se les han muertos sus madres.

—Eso no disminuye el dolor que me causa la pérdida de la mía. Pero no es tanto la pérdida como las circunstancias en que se produjo. Pequé contra ella, y en lo que a eso toca, no tengo consuelo.

—Me parece que ella también pecó contra ti.

—No, no lo hizo. La falta fue mía; ¡y que caiga sobre mi cabeza todo el peso de la culpa!

—Creo que deberías pensarlo dos veces antes de decir eso —contestó Eustacia—. Sin duda los hombres solteros tienen todo el derecho a maldecirse cuanto quieren; pero los hombres que tienen una esposa involucran a dos en el castigo que piden.

—Me siento demasiado mal para entender tus sutilezas —dijo el infeliz—. Grítame día y noche: «Contribuiste a su muerte». Pero reconozco que, al odiarme, puedo ser injusto contigo, pobre esposa mía. Perdónamelo, Eustacia, porque casi no sé lo que hago.

Eustacia siempre procuraba evitar ver a su esposo cuando se encontraba en

ese estado, que se le había tornado tan horrible como la escena del juicio a Judas Iscariote. Le ponía ante los ojos el espectro de una mujer fatigada que tocaba a una puerta que ella no abría; y retrocedía ante el recuerdo. Sin embargo, a Yeobright le iba mejor cuando hablaba abiertamente de su agudo remordimiento, porque cuando guardaba silencio sufría infinitamente más, y en ocasiones permanecía durante tanto tiempo tenso, dándole vueltas a lo mismo, consumiéndose en el fuego de sus pensamientos, que resultaba imperativo obligarlo a hablar en voz alta, para que su dolor se disipara hasta cierto punto con ese esfuerzo.

No hacía mucho que Eustacia había vuelto a la casa después de contemplar la luna cuando se aproximaron a la puerta unos pasos leves y la sirvienta anunció en los bajos a Thomasin.

— ¡Ah, Thomasin! Gracias por venir esta noche —dijo Clym cuando su prima pasó a la habitación—. Aquí me ves. Soy un espectáculo tan espantoso que no quiero que me vea ningún amigo, y casi tampoco quiero que me veas tú.

—No debes ocultarte de mí, querido Clym —dijo Thomasin seriamente, con esa dulce voz suya que los dolientes recibían como el aire fresco que penetra en un hueco negro—. Nada tuyo puede espantarme o alejarme de ti. Ya he venido a verte, pero no lo recuerdas.

—Sí, lo recuerdo; no deliro, Thomasin, ni he delirado nunca. No lo creas si te lo dicen. Es sólo que me siento tan desgraciado por lo que he hecho que eso, sumado a la debilidad, me hace parecer loco. Pero no se me ha trastornado la razón. ¿Crees que recordaría cada detalle de la muerte de mi madre si hubiera perdido la cabeza? No tengo tanta suerte. Dos meses y medio, Thomasin, los últimos de su vida, vivió mi madre sola, trastornada y pesarosa por mi causa; y, sin embargo, nunca fui a verla, aunque vivía sólo a seis millas de distancia. ¡Dos meses y medio, setenta y cinco días vio salir y ponerse el sol, librada a un abandono que no merece ni un perro! Los pobres con quienes nada tenía en común se habrían preocupado por ella y la habrían visitado, de haber sabido que estaba enferma y sola; y yo, que debía haber sido todo para ella, me mantuve alejado como un infame. Si Dios fuera justo, debería fulminarme en el acto. Ya casi me ha dejado ciego, pero eso no basta. ¡Si Dios me castigara con nuevos dolores creería en Él para siempre!

— ¡Calla! ¡Calla! ¡Oh, por favor, Clym, no, no digas esas cosas! —imploró Thomasin tan asustada que comenzó a sollozar y prorrumpió en llanto, mientras que Eustacia, en el otro extremo de la habitación, aunque su rostro pálido permanecía calmado, se retorció en su asiento. Clym continuó sin hacer caso de su prima:

—Pero no soy digno ni siquiera de recibir más pruebas de la reprobación

divina. ¿Crees, Thomasin, que me reconoció, que no murió en el horrendo error de que yo no la había perdonado, al que no sé decirte cómo llegó? ¡Si tan sólo pudieras asegurarme eso! ¿Lo crees así, Eustacia? Háblame, por favor.

—Creo que puedo asegurarte que al final se convenció de su error —dijo Thomasin. La pálida Eustacia no dijo nada.

— ¿Por qué no vino a mi casa? La habría hecho pasar y le habría mostrado cuánto la amaba a pesar de todo. Pero no vino nunca; y yo no fui a la suya, y murió en medio del páramo, como un animal al que se echa a patadas, sin nadie que la ayudara hasta que ya fue demasiado tarde. Si la hubieras visto, Thomasin, como la vi yo: una pobre moribunda, tirada sobre la tierra desnuda en medio de la oscuridad, gimiendo, sin nadie cerca, convencida de que todo el mundo la había abandonado, te habría angustiado; habría angustiado hasta a un bruto. ¡Y esa pobre mujer era mi madre! No hay que asombrarse de que le dijera al niño: «Has visto a una mujer con el corazón destrozado». ¡A qué estado tiene que haber llegado para decir eso! ¿Y quién es el culpable sino yo? Pensarlo resulta demasiado terrible, y querría recibir un castigo peor del que estoy sufriendo. ¿Cuánto tiempo estuve, como dicen, fuera de mí?

—Creo que una semana.

—Y entonces me calmé.

—Sí, durante cuatro días.

—Y ahora he perdido la calma.

—Pero trata de estar tranquilo, por favor, y pronto recuperarás las fuerzas. Si pudieras borrar de tu mente esa impresión...

—Sí, sí —dijo Clym impaciente—. Pero yo no quiero recuperar las fuerzas. ¿Qué sentido tendría que me pusiera bien? Sería mejor para mí morir, y sin duda sería mejor para Eustacia. ¿Eustacia está aquí?

—Sí.

— ¿Sería mejor para ti, Eustacia, que yo muriera?

—No preguntes eso, Clym, querido.

—Bueno, no se trata más que de una vaga especulación, porque, desgraciadamente, voy a vivir. Siento que mejoro. Thomasin, ¿cuánto tiempo vas a permanecer en la posada, ahora que tu esposo heredó todo ese dinero?

—Un mes o dos, probablemente; hasta que pase mi indisposición. Hasta entonces no podremos irnos. Creo que será un mes o un poco más.

—Sí, sí. Por supuesto. Ah, prima Tamsie, tus dificultades pronto habrán pasado, sólo un corto mes y habrán terminado, y te traerán algo que te

consolará; ¡pero las mías no terminarán nunca, y no me llegará ningún consuelo!

—Clym, no eres justo contigo mismo. Puedes estar seguro de que tía pensaba en ti con cariño. Sé que, de haber vivido, se habría reconciliado contigo.

—Pero no vino a verme, a pesar de que le pedí, antes de casarme, que viniera. De haber venido, o de haber ido yo, no habría muerto diciendo «Soy una mujer con el corazón destrozado, a quien su hijo echó de su casa». Mi puerta siempre estuvo abierta para ella; siempre la aguardó una bienvenida. Sólo que nunca vino a verme.

—Más vale que no sigas hablando ahora, Clym —dijo Eustacia débilmente desde el otro lado de la habitación, porque la escena se le estaba tornando insoportable.

—Mejor deja que te hable yo durante estos breves momentos en que voy a estar aquí —dijo Thomasin con tono apaciguador—. Piensa de qué manera tan unilateral estás considerando la cuestión, Clym. Cuando le dijo eso al niño no la habías encontrado ni la habías tomado en tus brazos; y puede que lo haya dicho en un momento de amargura. Tía tenía la costumbre de decir cosas apresuradas. A veces lo hacía conmigo. Aunque no vino a verte, estoy convencida de que pensó en hacerlo. ¿Crees que una madre puede vivir dos o tres meses sin un pensamiento de perdón? Me perdonó a mí; ¿por qué no había de perdonarte a ti?

—Tú te esfuerzarte porque te perdonara; yo nada hice. Yo, que les iba a enseñar a otros los más elevados secretos de la felicidad, no supe evitar la tremenda desventura que los menos instruidos tienen la suficiente sabiduría como para evitar.

— ¿Cómo viniste esta noche, Thomasin? —dijo Eustacia.

—Damon me dejó a la entrada del camino. Fue a East Egdon por asuntos de negocios y vendrá a recogerme dentro de poco.

Tal como dijera Thomasin, pronto oyeron el ruido de unas ruedas. Wildeve había llegado y esperaba afuera con su caballo y su coche.

—Manda a decirle que bajaré en un par de minutos —dijo Thomasin.

—Iré yo misma —dijo Eustacia.

Bajó. Wildeve había desmontado del coche y estaba de pie delante del caballo cuando Eustacia abrió la puerta. De momento no se volvió, porque creyó que la que venía era Thomasin. Después miró, experimentó un pequeño sobresalto y dijo sólo dos palabras:

— ¿Y bien?

—Todavía no se lo he contado —contestó ella en un susurro.

—Entonces no lo hagas hasta que no esté bien; sería fatal. Tú también estás enferma.

—Soy muy desgraciada... Oh, Damon —dijo ella rompiendo a llorar—, ¿no tienes idea de lo infeliz que soy! Casi no puedo soportarlo. No puedo contarle a nadie mis problemas; nadie los conoce, salvo tú.

— ¡Pobrecita! —dijo Wildeve, visiblemente afectado por su congoja, y atreviéndose al final a tomar su mano—. Es muy duro, cuando no has hecho nada para merecerlo, que te veas envuelta en este enredo. No estás hecha para estas escenas tristes. Yo soy el más culpable. ¡Si sólo hubiera podido ahorrarte todo esto!

—Pero, Damon, por favor, dime qué debo hacer. Estar sentada a su lado hora tras hora, oírlo reprocharse ser la causa de su muerte, y saber que si hay un ser humano que pecó, soy yo, me está llevando a la desesperación. No sé qué hacer. ¿Debo o no debo decírselo? Me lo pregunto todo el tiempo. Oh, quiero decírselo; y, sin embargo, me da miedo. Si se llega a enterar, de seguro me matará, porque ninguna otra cosa guardaría proporción con lo que ahora siente. «Del agua mansa líbreme Dios» es lo que resuena día tras día en mis oídos cuando lo miro.

—Bueno, espera a que mejore y confía en la casualidad. Y cuando se lo cuenten, cuéntale sólo una parte... por su propio bien.

— ¿Qué parte debo ocultarle?

Wildeve hizo una pausa.

—Que yo estaba en la casa en ese momento —dijo en voz baja.

—Sí; debo ocultárselo, teniendo en cuenta lo que se ha murmurado. ¡Cuánto más fácil es cometer una acción apresurada que encontrar las palabras capaces de disculparla!

—Si muriera... —murmuró Wildeve.

— ¡Ni lo pienses! No pagaría una esperanza de inmunidad al precio de un deseo tan cobarde, aunque lo odiara. Voy a su lado nuevamente. Thomasin me pidió que te dijera que bajará en unos minutos. Adiós.

Volvió a entrar y pronto apareció Thomasin. Una vez sentada en el coche con su esposo, cuando el caballo daba la vuelta para partir, Wildeve alzó la vista a las ventanas del dormitorio. Logró distinguir un rostro pálido y trágico que lo miraba alejarse desde una de ellas. Era el de Eustacia.

## 2. Una luz cegadora ilumina un cerebro acosado por las tinieblas

El dolor de Clym se desgastó hasta mitigarse. Recuperó las fuerzas, y un mes después de la visita de Thomasin se le podía ver caminando por el huerto. Entereza y desesperación, ecuanimidad y abatimiento, los colores de la salud y la palidez de la muerte, todo ello se mezclaba de manera extraña en su faz. Ahora guardaba un silencio anormal sobre toda su vida pasada que tenía que ver con su madre; y aunque Eustacia sabía que, a pesar de eso, seguía pensando en lo mismo, se sentía demasiado contenta de escapar del tema como para volver a mencionarlo. Cuando la mente de Clym se había debilitado, su corazón lo había obligado a hablar; pero ahora que su razón se había recuperado hasta cierto punto, se sumía en la taciturnidad.

Una tarde cuando estaba en el huerto, sacando una mala hierba con su bastón, una figura escuálida dobló la esquina de la casa y se le acercó.

—Eres Christian, ¿no es cierto? —dijo Clym—. Me alegra que hayas venido a verme. Pronto necesitaré que vayas conmigo a Blooms-End y me ayudes a poner la casa en orden. ¿Está cerrada como la dejé?

—Sí, señor Clym.

— ¿Sacaste las patatas y los demás tubérculos?

—Sí, sin una gota de lluvia, gracias a Dios. Pero venía a contarle algo muy distinto a lo que hemos tenido últimamente en la familia. Me manda el caballero rico de La Mujer, al que le decíamos antes el patrón, para que le diga que la señora Wildeve está bien después del nacimiento de una niña, que vino al mundo a la una de la tarde, minuto más o menos; y se dice que la espera de este aumento de la familia es lo que los ha retenido aquí después de que heredaron su dinero.

— ¿Y dices que ella está bien?

—Sí, señor. Sólo que el señor Wildeve está quejoso porque no es un varón... eso es lo que dicen en la cocina, pero no se suponía que yo lo oyera.

—Christian, ahora préstame atención.

—Sí, seguro, señor Yeobright.

— ¿Viste a mi madre el día antes de que muriera?

—No, no la vi.

La faz de Yeobright expresó su decepción.

—Pero sí la vi la mañana del mismo día en que murió.



A Clym se le iluminó el rostro.

—Mejor todavía —dijo.

—Sí, estoy seguro de que fue el mismo día, porque me dijo: «Voy a ir a verlo, Christian, así que no me traigas verdura para la comida».

— ¿Ver a quién?

—Verlo a usted. Iba a su casa, ¿me entiende?

Yeobright miró a Christian con intensa sorpresa.

— ¿Por qué nunca me lo habías dicho? —dijo—. ¿Estás seguro de que era a mi casa adónde iba?

—Oh, sí. No se lo había dicho porque no lo he visto últimamente. Y como su madre no llegó, todo quedó en nada y no había qué contar.

— ¡Y yo que he estado preguntándome por qué habría salido a caminar al páramo en un día de tanto calor! ¿Y te dijo a qué venía? Es algo que tengo muchos deseos de saber, Christian.

—Sí, señor Clym. A mí no me lo dijo, pero creo que sí se lo dijo a algunos por aquí y por allá.

— ¿Sabes de una persona a quien se lo dijera?

—Sé de un hombre, señor, pero por favor, espero que no le mencione mi nombre, porque lo he visto en lugares muy extraños, sobre todo en sueños. Una noche, el verano pasado, me echó una mirada que parecía una de las plagas de la Biblia, y me quedé tan mal que en dos días no me peiné mis pocos pelos. Estaba parado, señor Yeobright, como quien dice a la mitad del camino a Mistover, y su madre se le acercó, con la cara tan pálida...

—Sí, ¿cuándo fue eso?

—El verano pasado, en mi sueño.

— ¡Bah! ¿Quién es ese hombre?

—Diggory, el vendedor de almagre. Fue a visitarla y conversó con ella la tarde antes de que saliera para venir a verlo. Yo no me había ido a casa después de trabajar en el huerto cuando llegó a la verja.

—Tengo que ver a Venn; me gustaría haberlo sabido antes —dijo Clym dando muestras de ansiedad—. Me pregunto por qué no habrá venido a contármelo.

—Se fue de Egdon Heath al día siguiente, así que lo más probable es que no sepa que usted lo anda buscando.

—Christian, tienes que ir a buscar a Venn —dijo Clym—. Tengo otras cosas que hacer, o iría yo mismo. Encuéntralo de inmediato y dile que necesito hablar con él.

—Yo soy muy bueno cayéndole atrás a la gente de día —dijo Christian echándole una mirada de indecisión al sol, que se ponía—; pero de noche no hay nadie más malo que yo, señor Yeobright.

—Registra el páramo cuando quieras, con tal de que me lo traigas pronto. Tráelo mañana mismo, si puedes.

Christian se marchó entonces. Llegó el siguiente día, pero no Venn. A la caída de la tarde llegó Christian, con aire de agotamiento. Se había pasado todo el día buscando al vendedor de almagre, pero no tenía noticias de él.

—Averigua mañana todo lo que puedas, sin descuidar tu trabajo —dijo Yeobright—. No vuelvas hasta que no lo hayas encontrado.

Al día siguiente Yeobright se puso en camino en dirección a la vieja casa de Blooms-End, que, junto con el huerto, era ahora de su propiedad. Su grave enfermedad había retrasado los preparativos para su traslado a ella; pero ya se hacía necesario que fuera a revisar su contenido, en su condición de administrador de los modestos bienes de su madre; por ese motivo, decidió dormir la próxima noche en el lugar.

No caminaba rápida y enérgicamente, sino con el paso lento de quien despierta de un sueño aletargador. Llegó al valle en horas tempranas de la tarde. La expresión del lugar, el tono que le imprimía la hora, eran exactamente iguales a los de muchas ocasiones similares en épocas pasadas; y esas similitudes hicieron nacer en él la ilusión de que quien ya no se encontraba allí saldría a recibirlo. La verja del jardín tenía un candado y las persianas estaban cerradas, tal como él mismo las dejara la tarde después del funeral. Abrió la verja y se percató de que una araña ya había tejido una larga tela que unía la puerta al dintel, suponiendo que ya nunca volvería a abrirse. Una vez que entró en la casa y abrió de un tirón las persianas, se dio a la tarea de revisar los armarios y los guardarropas, quemar papeles y considerar cómo habría que acondicionar el lugar para recibir a Eustacia, hasta el momento en que estuviera él en situación de llevar adelante su tan pospuesto proyecto, si es que llegaba alguna vez.

Al examinar las habitaciones experimentó una gran renuencia a realizar las alteraciones que habría que hacer en la decoración ennoblecida por el tiempo que idearan sus padres y sus abuelos, para satisfacer las ideas modernas de Eustacia. El estrecho reloj de caja de roble, con la imagen de la Ascensión en el panel de la puerta y la Pesca Milagrosa en la base; el armario esquinero de la abuela con su puerta de cristal, a través de la cual se veía la porcelana

moteada; el montaplatos; las bandejas de madera del servicio de té: la fuente colgante con el grifo de bronce, ¿adónde habría que desterrar esos venerables artículos?

Se dio cuenta de que las flores de la ventana se habían marchitado por falta de agua y las puso sobre el alféizar para que se las llevaran. Cuando estaba todavía entregado a esas tareas oyó unos pasos en la grava del exterior y alguien llamó a la puerta.

Yeobright la abrió y se encontró a Venn parado frente a él.

—Buenos días —dijo el vendedor de almagre—. ¿Está en casa la señora Yeobright?

Yeobright bajó la vista hacia el suelo.

—Entonces no has visto a Christian ni a nadie de Egdon —dijo.

—No. Acabo de regresar de una larga estancia lejos de aquí. Vine a visitarla el día antes de marcharme.

— ¿Y no te has enterado de nada?

—De nada.

—Mi madre... murió.

— ¡Murió! —dijo Venn mecánicamente.

—Ahora vive en un lugar al que no me importaría acompañarla.

Venn lo miró fijamente y después dijo:

—Si no le viera la cara no creería lo que dice. ¿Ha estado enfermo?

—Estuve enfermo.

— ¡Qué cambio! Cuando me despedí de ella hace un mes todo parecía indicar que iba a comenzar una nueva vida.

—Y lo que parecía se hizo realidad.

—Tiene razón, no hay duda. El dolor le inspira pensamientos más profundos que los míos. Yo sólo me refería a su vida en este mundo. Murió demasiado pronto.

—Quizás porque yo he vivido demasiado. He sufrido una gran amargura en este último mes, Diggory Pero pasa; quería verte.

Clym condujo al vendedor de almagre al gran salón donde tuviera lugar el baile la Navidad anterior, y ambos se sentaron frente al hogar.

—Mira el hogar apagado —dijo Clym—. ¡Cuándo ese tronco medio quemado y esos carbones ardían, estaba viva! Pocas cosas se han cambiado

aquí hasta el momento. Nada puedo hacer. Mi vida se arrastra como un caracol.

— ¿Cómo murió? —dijo Venn.

Yeobright le contó algunos detalles de su gravedad y su muerte, y continuó:

—Después de esto, ningún dolor me parecerá más que una indisposición. Empecé por decir que quería hacerte una pregunta, pero me desvíó de los temas de conversación como un borracho. Estoy ansioso por saber lo que te dijo mi madre cuando te vio por última vez. Tengo entendido que hablaste con ella un largo rato.

—Hablé con ella más de media hora.

— ¿Sobre mí?

—Sí. Y debe haber sido a causa de lo que hablamos que estaba en el páramo. No hay duda de que iba a verlo.

— ¿Por qué iría a verme si estaba enojada conmigo? He ahí el misterio.

—Yo sé que lo había perdonado.

—Pero, Diggory, ¿diría una mujer que había perdonado a su hijo, al sentirse enferma en camino a su casa, que tenía el corazón destrozado por el maltrato al que él la había sometido? ¡Nunca!

—Lo que sé es que no lo culpaba en lo absoluto. Se culpaba a sí misma, y sólo a sí misma, por lo sucedido. Lo oí de sus propios labios.

— ¿Oíste de sus labios que yo no la había maltratado; y al mismo tiempo otra persona oyó de sus labios que yo sí la había maltratado? Mi madre no era una mujer impulsiva, que cambiara de opinión a cada momento sin motivo. ¿Cómo puede ser, Venn, que haya dicho cosas tan distintas en tan rápida sucesión?

—No puedo decirle. Es ciertamente extraño, cuando lo había perdonado, y había perdonado a su esposa, e iba a verlo con el propósito de hacer las paces.

— ¡Si algo faltaba para dejarme perplejo es una cosa tan incomprensible! ... Diggory, si a nosotros, los que permanecemos con vida, se nos permitiera sostener una conversación con los muertos, sólo una vez, un único minuto, incluso a través de unos barrotes de hierro, como con quienes están en prisión, ¡cuántas cosas no llegaríamos a saber! ¡Cuántos de los que ahora andan a caballo sonrientes no esconderían el rostro! Y este misterio... si eso fuera posible llegaría al fondo de la cuestión de inmediato. Pero la tumba se ha cerrado para siempre sobre ella; ¿y cómo desentrañarlo ahora?

Su compañero no le dio ninguna respuesta, porque no había respuesta posible; y cuando Venn se marchó, unos minutos después, Clym había pasado de la uniformidad de un dolor sordo a los vaivenes de una incertidumbre arrasadora.

Continuó en ese estado durante toda la tarde. Una vecina le preparó una cama en la casa para que no tuviera que regresar al día siguiente; y cuando se retiró a descansar en la mansión vacía, lo único que logró fue permanecer despierto, rumiando hora tras hora los mismos pensamientos. Cómo hallar la solución de ese acertijo planteado por la muerte le parecía una tarea de mayor importancia que los más tremendos problemas de los vivos. Albergaba en la memoria una vívida imagen del rostro del niño que entrara en la choza donde se encontraba su madre. Los ojos muy abiertos, la mirada ansiosa, la voz aflautada que pronunciaba las palabras habían sido como estiletos en su cerebro.

Le pareció que una visita al niño podría ser un medio para obtener nuevos detalles, aunque también podía resultar muy improductiva. Sondar la mente de un niño después de un lapso de seis semanas, no en busca de hechos que el niño viera y entendiera, sino de aquellos que por su naturaleza estaban más allá de su comprensión, no parecía muy prometedor; pero cuando los canales obvios están cegados, nos asimos a los pequeños y oscuros. No quedaba nada más por hacer; después de eso, dejaría que el enigma se precipitara al abismo de lo indescifrable.

Amanecía cuando tomó esa decisión, y se levantó de inmediato. Cerró la casa y salió al área de césped que se fundía un poco más adelante con los brezales. Frente a la empalizada blanca del huerto, el sendero se dividía en tres como una ancha flecha. El camino de la derecha llevaba a La Mujer Tranquila y sus alrededores; el del medio, a Mistover Knap; el de la izquierda, subiendo la colina, a otra parte de Mistover, donde vivía el niño. Al adentrarse en este último sendero Yeobright sintió un escalofrío, sensación bastante familiar para la mayoría de las personas y probablemente causada por el aire matutino, aún no entibiado por el sol. En días posteriores lo recordaría como algo de singular significación.

Cuando Yeobright llegó a casa de Susan Nunsuch, la madre del niño que buscaba, se encontró con que sus habitantes aún no se habían levantado. Pero en los poblados del norte, la transición entre acostado y actuante es sorprendentemente rápida y fácil. No existe allí una densa partición compuesta de bostezos y tocados que divida a la humanidad nocturna de la humanidad diurna. Yeobright dio unos golpecitos en la parte superior del alféizar de la ventana, al que alcanzaba con su bastón; y en tres o cuatro minutos bajó la mujer.

No fue sino en ese momento que Clym recordó que era la persona que se había comportado de manera tan bárbara con Eustacia. Ello explicaba en parte la aspereza con que la mujer le dio los buenos días. Además, el niño había vuelto a caer enfermo; y Susan, como hacía siempre desde la noche en que Eustacia requiriera sus servicios junto a la hoguera, le atribuía su indisposición a la influencia de la hechicería de Eustacia. Era uno de esos sentimientos que viven agazapados como topos bajo la superficie visible de los modales, y quizás se mantenía vivo debido a los ruegos de Eustacia al capitán de que olvidara el asunto, cuando este se propuso denunciar a Susan por el pinchazo que le propinara a su nieta en la iglesia, a lo cual, finalmente, el anciano había accedido.

Yeobright se sobrepuso a su repugnancia, porque Susan, al menos, no le había tenido mala voluntad a su madre. Preguntó amablemente por el niño; pero las maneras de la mujer no mejoraron.

—Quiero verlo para preguntarle si recuerda algo más de lo que ya nos ha contado de su caminata con mi madre —continuó Yeobright con cierta vacilación.

Susan lo contempló de manera peculiar, con aire crítico. A cualquiera que no fuera un hombre medio ciego, su mirada le habría dicho: «Estás buscándote otro de esos golpes que ya te han hecho tanto daño».

La madre llamó al niño a los bajos, le pidió a Clym que se sentara en una banqueta y continuó:

—Bien, Johnny, cuéntale al señor Yeobright todo lo que recuerdes.

— ¿No habrás olvidado que anduviste con la pobre señora aquel día que hacía tanto calor? —dijo Clym.

—No —dijo el niño.

— ¿Y qué te dijo?

El niño repitió exactamente las mismas palabras que pronunciara al entrar en la choza. Yeobright apoyó los codos sobre la mesa y se cubrió el rostro con las manos; y la madre pareció preguntarse cómo podía alguien querer una dosis mayor de lo que ya lo había herido tan profundamente.

— ¿Iba hacia Alderworth cuando te la encontraste?

—No, venía de allá.

—Eso no puede ser.

—Sí; caminé conmigo. Yo también venía de allá.

— ¿Entonces dónde fue que la viste por primera vez?

—En casa de usted.

— ¡Atiende y dime la verdad! —dijo Clym severo.

—Sí, señor; fue en su casa donde la vi primero.

Clym se levantó de un salto, y Susan sonrió de una manera expectante que no le embellecía el rostro; parecía querer decir: «¡Algo siniestro está a punto de producirse!».

— ¿Qué hacía en mi casa?

—Fue y se sentó debajo de los árboles en el Bramido del Diablo.

— ¡Santo Dios! ¡No sabía nada de esto!

—No me lo habías dicho antes —dijo Susan.

—No, madre; porque no quería contarte que había ido tan lejos. Estaba recogiendo arándanos y fui más lejos de lo que pensaba.

— ¿Y qué hizo después? —dijo Yeobright.

—Se quedó mirando al hombre que llegó y entró en su casa.

—Ese era yo; un cortador de aulaga con lianas de zarzas en la mano.

—No; no era usted. Era un caballero. Usted había entrado antes.

— ¿Y quién era?

—No sé.

—Ahora cuéntame qué pasó después.

—La pobre señora fue y llamó a su puerta, y la señora del pelo negro la miró por la ventana del costado.

La madre del niño se volvió hacia Clym y dijo:

— ¿Esto no se lo esperaba?

Yeobright no le habría hecho menos caso de haberse convertido en piedra.

—Sigue, sigue —le dijo roncamente al niño.

—Y cuando vio a la señora joven mirar por la ventana, la señora mayor volvió a tocar; y cuando nadie le abrió, cogió la hoz y la miró, y la volvió a poner en el suelo, y entonces miró las lianas de amarrar la leña; y entonces se fue, y cruzó hasta donde yo estaba, y respiraba muy fuerte, así. Caminamos juntos, ella y yo, y yo le hablaba, y ella me habló un poquito, pero no mucho, porque le costaba trabajo respirar.

— ¡Oh! —murmuró Clym en tono grave, e inclinó la cabeza—. Cuéntame más —dijo.

—No podía hablar mucho, y no podía caminar; ¡y tenía la cara tan rara!

— ¿Cómo tenía la cara?

—Como la suya ahora.

La mujer miró a Yeobright y lo vio muy blanco y cubierto de un sudor frío.

— ¿Acaso esto no significa nada? —dijo mirándolo a hurtadillas—. ¿Qué piensa de ella ahora?

— ¡Silencio! —dijo Clym con fiereza. Y volviéndose hacia el niño—: ¿Y entonces te fuiste y la dejaste morir?

—No —dijo la mujer rápida y colérica—. ¡No la dejó morir! Ella lo echó. El que diga que mi hijo la abandonó dice una mentira.

—No se preocupe más por eso —respondió Clym con los labios temblorosos—. Lo que él hizo es una tontería comparado con lo que vio. ¿La puerta se mantuvo cerrada dices? ¿Se mantuvo cerrada mientras ella miraba por la ventana? ¡Santa misericordia divina! ¿Qué significa esto?

El niño retrocedió ante la mirada de su interrogador.

—Él lo dice —respondió su madre—, y Johnny es un niño que tiene temor de Dios y no anda contando mentiras.

— ¡Echada de su casa por su hijo! ¡No, por mi vida, madre querida, que no es así! Pero por la... la... ¡Ojalá que todas las asesinas sufrieran los tormentos que merecen!

Con esas palabras Yeobright se marchó de la pequeña vivienda. Las pupilas de sus ojos, clavadas fijamente en la nada, fulgían vagamente con un brillo helado; su boca había adoptado la expresión que se le atribuye a Edipo en algunas representaciones más o menos imaginativas. Las acciones más extrañas resultaban posibles en su estado de ánimo. Pero no eran posibles en su situación. En vez de tener frente a él el rostro pálido de Eustacia y una desconocida figura masculina, sólo tenía la faz imperturbable del páramo que, tras desafiar los embates cataclísmicos de los siglos, reducía a la insignificancia, con sus rasgos pronunciados y antiguos, la más violenta agitación que pudiera sentir un simple mortal.

### **3. Eustacia se viste en una mañana negra**

La conciencia de la vasta impasibilidad de todo lo que le rodeaba hizo presa incluso de Yeobright en su enloquecida caminata hacia Alderworth. Ya



antes, en una ocasión, había experimentado en su propia persona ese imperio de lo inanimado sobre lo férvido; pero entonces había tendido a enervar una pasión mucho más dulce que la que en ese momento lo invadía. Había sido una vez, cuando se despedía de Eustacia en los llanos húmedos y quietos, más allá de las colinas.

Pero haciendo todo eso a un lado siguió su camino y llegó frente a su casa. Las ventanas del cuarto de Eustacia aún estaban cerradas, porque la joven no solía levantarse temprano. El único signo de vida que se divisaba era un zorzal solitario que rompía un pequeño caracol contra la piedra del umbral para desayunar, y su golpeteo parecía un gran ruido en medio del silencio imperante; pero al llegar a la puerta Clym la encontró abierta, ya que la chica que servía a Eustacia estaba ocupada en la parte trasera de la casa. Yeobright entró y fue directo al cuarto de su esposa.

El ruido de su llegada debió despertarla, porque cuando Clym abrió la puerta la encontró de pie frente al espejo con su bata de dormir, el pelo recogido por las puntas en una mano, con la cual enrollaba toda la masa de sus cabellos en torno a su cabeza, antes de dar comienzo a las operaciones de su tocado. No era mujer dada a ser la primera en hablar en un encuentro, de modo que dejó que Clym atravesara la habitación en silencio, y no volvió la cabeza. Clym se le acercó por detrás y Eustacia le vio el rostro en el espejo. Estaba ceniciento, demacrado, terrible. En vez de correr hacia él presa de penoso desconcierto, como incluso Eustacia, por más que era una esposa poco demostrativa, habría hecho antes de cargar con su secreto, permaneció inmóvil, mirándolo en el espejo. Y mientras lo miraba, el sonrojo carmesí con el que el calor y el profundo sueño habían teñido sus mejillas y su cuello desaparecieron de la vista, y la palidez mortal del rostro de Clym se trasladó al de ella. Yeobright estaba lo bastante cerca para percibirlo, y ese hecho lo instó a hablar.

—Sabes de qué se trata —dijo ronco—. Lo veo en tu cara.

La mano de Eustacia soltó el largo cabello y se abatió a su costado, y sus rizos, ya sin ese apoyo, se desplomaron de lo alto de su cabeza y cayeron sobre sus hombros y su bata blanca. No contestó.

—Dime algo —dijo Yeobright perentorio.

El proceso de pérdida del color no cesaba en la joven, de modo que sus labios se tornaron tan blancos como su rostro. Se volvió hacia él y le dijo:

—Sí, Clym, te diré algo. ¿Por qué regresas tan temprano? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Sí, puedes escucharme. Parece que mi esposa no se siente muy bien.

— ¿Por qué?

—Tu rostro, mi amor; tu rostro. ¿O quizás es la pálida luz de la mañana la que te roba el color? Ahora voy a revelarte un secreto. ¡Ja, ja!

— ¡Oh, es espantosa!

— ¿Qué?

—Tu risa.

—Hay razones para el espanto. ¡Eustacia, has tenido mi felicidad en el hueco de tu mano, y, como un demonio, la has arrojado al suelo!

Eustacia salió de atrás del tocador, se alejó de él unos pasos y lo miró a la cara.

— ¡Ah, quieres asustarme! —dijo con una leve risa—. ¿Crees que vale la pena? Estoy indefensa y sola.

— ¡Qué extraordinario!

— ¿Qué quieres decir?

—Como tenemos tiempo de sobra te lo diré, aunque tú lo sabes muy bien. Lo que quiero decir es que resulta extraordinario que estés sola en mi ausencia. Dime ahora mismo, ¿dónde está el que estaba contigo la tarde del 31 de agosto? ¿Debajo de la cama? ¿En la chimenea?

Eustacia experimentó un estremecimiento que hizo temblar visiblemente la tela ligera de su bata de dormir.

—No recuerdo las fechas con tanta exactitud —dijo—. No recuerdo que nadie estuviera conmigo que no fueras tú.

—Hablo del día en que no le abriste la puerta a mi madre y la mataste —dijo Yeobright en voz más alta y más dura—. ¡Oh, esto es demasiado, es demasiado malo! —se apoyó unos momentos en el cabezal de la cama, de espaldas a ella; después, hizo de nuevo acopio de fuerzas—: ¡Dímelo! ¡Dímelo!, ¿me oyes? —exclamó, abalanzándose sobre ella y agarrándola por los pliegues de las mangas.

El estrato superficial de timidez que a menudo reviste a los osados y desafiantes de corazón había sido traspasado; Clym había llegado a la esencia temeraria de la mujer. La sangre roja inundó su rostro, antes tan pálido.

— ¿Qué harás? —dijo en voz baja, mirándolo con una sonrisa de orgullo—. No me vas a amedrentar por sujetarme así; pero sería una lástima que me rasgaras la manga.

En vez de soltarla, Clym la atrajo más hacia sí.

—Cuéntame los detalles de... la muerte de mi madre —dijo en un susurro áspero y anhelante—; o te... te...

—Clym, ¿crees que te atreverías a hacerme algo que yo no me atrevería a soportar? —respondió ella lentamente—. Pero escúchame antes de golpearme. Nada obtendrás de mí por la fuerza, aunque me mates, como probablemente sucedería. Pero quizás no quieres que hable... quizás sólo te interesa matarme.

— ¡Qué te mate! ¿Eso es lo que esperas?

—Sí.

— ¿Por qué?

—Ningún grado menor de rabia contra mí estaría a la altura del dolor que sentiste antes por ella.

—Bah, no te mataré —dijo desdeñoso, como si cambiara de pronto de idea—. Pensé en ello, pero... no lo haré. Eso te convertiría en una mártir, y te enviaría al mismo lugar donde ella se encuentra; y, si pudiera, te mantendría lejos de ella hasta el fin del universo.

—Casi desearía que me mataras —dijo ella con una sombría amargura—. Te aseguro que no es con grandes deseos que cumplo el papel que he venido desempeñando en este mundo en los últimos tiempos. No eres ninguna Bendición, esposo mío.

—Tú no abriste la puerta; tú la miraste por la ventana; tú tenías un hombre en la casa; tú la enviaste a su muerte. La inhumanidad... la traición... ¡no te tocaré... aléjate de mí y confiésalo todo!

— ¡Nunca! Me amarraré la lengua como me aferro a la misma muerte que no temo, aunque podría disculparme de la mitad de lo que crees simplemente hablando. Sí. ¡Lo haré! ¿Quién que tenga una pizca de dignidad se tomaría el trabajo de limpiar las telarañas de la mente de un loco después del lenguaje que has empleado? No; mejor que siga y que conserve sus ideas estrechas y que entierre la cabeza en el fango. Yo tengo otras preocupaciones.

—Esto es demasiado, pero no debo matarte.

—Pobre caridad la tuya.

— ¡Por mi alma desventurada que me hieres, Eustacia! Podría seguir, y violentamente. ¡Ahora bien, señora, dígame quién es el hombre!

—Nunca, estoy decidida.

— ¿Con cuánta frecuencia te escribe? ¿Dónde te deja sus cartas? ¿Dónde se encuentran? ¡Ah, sus cartas! ¿Acabarás de decirme quién es?

—No.

—Entonces yo mismo lo averiguaré.

Sus ojos habían dado con un pequeño escritorio cercano en el que Eustacia solía escribir sus cartas. Fue hacia él. Estaba cerrado con llave.

— ¡Ábrelo!

—No tienes ningún derecho. Es mío.

Sin pronunciar otra palabra, Clym agarró el escritorio y lo lanzó contra el suelo. La bisagra se partió y salieron del interior del mueble varias cartas.

— ¡Detente! —dijo Eustacia interponiéndose en su camino, más agitada de lo que estuviera hasta ese momento.

— ¡Vamos! ¡Quítate! Tengo que verlas.

Eustacia les lanzó una ojeada a las cartas desperdigadas, controló sus emociones y se hizo a un lado con indiferencia; Clym las recogió y las examinó. Ni a manos de la más desbocada imaginación resultaba posible asignarle el menor sentido deshonesto a ninguna de las cartas. La sola excepción era un sobre vacío dirigido a ella, y la letra era de Wildeve. Yeobright lo tomó. Eustacia guardaba un silencio terco.

— ¿Sabe usted leer, señora? Mire este sobre. Sin duda pronto encontraremos más, y también lo que tenía adentro. A no dudar que pronto me sentiré gratificado al llegar a saber cuán depurada y liberal adepta a ciertas artes es mi señora.

— ¿Me lo dices a mí... a mí? —dijo ella respirando con dificultad.

Clym siguió registrando, pero no encontró nada más.

— ¿Qué había en este sobre? —dijo.

—Pregúntale a quien lo escribió. ¿Soy acaso tu perro para que me hables de esta manera?

— ¿Me encara? ¿Se me enfrenta usted, señora? Respóndeme. ¡No me mires con esos ojos, como si quisieras embrujarme otra vez! Primero muerto. ¿Te niegas a contestarme?

— ¡Después de esto no te diría nada, aunque fuera tan inocente como el niño más puro que está en los cielos!

—Lo que no eres.

—Por supuesto que no lo soy en absoluto —contestó ella—. No he hecho lo que supones; pero si no haber hecho ningún mal es la única inocencia que reconoces, no tengo perdón. Aun así, no necesito ayuda de tu conciencia.

— ¡Puedes negar y seguir negando! Creo que en vez de odiarte, podría

llorar por ti y tenerte lástima, si te mostraras contrita y lo confesaras todo. Perdonarte nunca podré. No me refiero a tu amante; en lo que respecta a ese asunto te concedo el beneficio de la duda, porque sólo me afecta a mí personalmente. Pero lo otro... si casi me hubieras matado, si me hubieras arrancado a propósito la vista de estos débiles ojos míos, habría podido perdonarte. ¡Pero eso es demasiado para un ser humano!

—No digas más. Me las arreglaré sin tu lástima. Pero podría haberte ahorrado que dijeras cosas que después lamentarás.

—Me voy ahora. Te dejo.

—No tienes por qué irte, porque soy yo quien se va. Estarás igualmente lejos de mí si te quedas aquí.

—Representatela mentalmente, piensa en ella. ¡Cuánta bondad se encerraba en su pecho! ¡Se revelaba en cada uno de los rasgos de su rostro! La mayoría de las mujeres, incluso cuando experimentan sólo un leve disgusto, dejan ver una pizca de maldad con un mohín de la boca o un gesto de la mejilla; pero ni en sus momentos de mayor enojo mostraba ella malignidad. Se enojaba fácilmente, pero perdonaba con la misma celeridad, y debajo de su orgullo se ocultaba la mansedumbre de un niño. ¿Y todo para qué? ¿Te importó? La odiaste incluso cuando comenzaba a amarte. ¡Oh!, ¿acaso no podías darte cuenta de lo que más te convenía y tuviste que hacerme a mí víctima de una maldición y a ella de la agonía y la muerte con tu cruel conducta? ¿Cuál es el nombre del hombre que te hacía compañía y que te impulsó a sumar la crueldad hacia ella a la afrenta que me hacías a mí? ¿Era Wildevé? ¿Era el esposo de la pobre Thomasin? ¡Cielos, cuánta maldad! ¿Has perdido la voz? Es natural... Eustacia, ¿ni un solo pensamiento cariñoso sobre tu madre te indujo a ser gentil con la mía cuando estaba agotada? ¿Tu corazón no experimentó ni una pizca de lástima al verla irse? Piensa en cuán maravillosa oportunidad perdiste de emprender un camino de perdón y honestidad. ¿Por qué no lo sacaste a patadas, la hiciste pasar, y le dijiste que a partir de ese momento serías una esposa honrada, una mujer noble? Si yo te hubiera ordenado que fueras y extinguieras para siempre nuestra única y vacilante posibilidad de ser felices en este mundo no podrías haberlo hecho mejor. Bueno, ahora duerme; y aunque tuvieras cien galanes, ni ellos ni tú podrían volver a injuriarla.

—Exageras terriblemente —dijo ella con una voz débil y cansada—; pero no asumiré mi defensa: no vale la pena. De aquí en adelante no serás nada para mí, y es mejor que queden sin contar los orígenes de esta historia. Lo he perdido todo por tu culpa, pero no me he quejado. Tus torpezas y desgracias pueden haber sido dolorosas para ti, pero con respecto a mí han sido una injusticia. Todas las personas distinguidas se han apartado asustadas de mi

lado desde que me hundí en el pantano del matrimonio. ¿Esto es lo que significa tu cariño: meterme en una choza como esta y convertirme en la esposa de un gañán? Me engañaste, no de palabra, pero sí con presunciones, que son más difíciles de desentrañar que las palabras. Pero este lugar es tan bueno como otro cualquiera para partir de él a mi tumba.

Las palabras se ahogaron en su garganta y dejó caer la cabeza.

—No sé lo que quieres decir con eso. ¿Soy yo la causa de tu pecado? —Eustacia hizo un tembloroso movimiento en su dirección—. ¡Cómo!, ¿eres capaz de derramar lágrimas y de tenderme tu mano? ¡Santo Dios! ¿Eres capaz? No, yo no. No cometeré el error de tomarla. —La mano que Eustacia le ofreciera cayó exánime, pero sus lágrimas siguieron brotando—. Bien, sí, la tomaré, aunque sea en nombre de los tontos besos que malgasté en ella antes de saber a quién quería realmente. ¡Qué embrujado estaba! ¿Cómo podía haber algo bueno en una mujer de quien todo el mundo hablaba mal?

— ¡Oh, oh, oh! —exclamó ella derrumbándose al fin; y sacudiéndose con los sollozos que la ahogaban, cayó de rodillas—. ¡Oh, cuándo acabarás! ¡Eres demasiado implacable! ¡Hasta la crueldad de los salvajes tiene un límite! He soportado mucho, pero me hundes. ¡Te pido clemencia, no puedo seguir soportándolo, es inhumano seguir con esto! Si hubiera... matado a tu... madre con mis propias manos... no merecería que me arrancaras así la carne hasta dejarme en los huesos. ¡Oh, oh! ¡Dios mío, ten piedad de una mujer desgraciada!... Me has ganado la partida. ¡Te ruego que te detengas ya, por piedad!... Confieso que no abrí la puerta a propósito la primera vez que tocó... pero... la habría abierto la segunda vez... de no haber creído que lo habías hecho tú. Cuando me di cuenta de que no era así, la abrí, pero ya se había ido. Ese es todo mi delito en lo que a ella concierne. Las mejores personas a veces cometen faltas graves, ¿no es verdad? Creo que lo hacen. ¡Y ahora te dejaré... para siempre!

—Cuéntamelo todo y tendrás mi compasión. ¿El hombre que estaba en la casa contigo era Wildeve?

—No puedo decírtelo —dijo Eustacia desesperada entre sollozos—. No sigas insistiendo: no puedo decírtelo. Me iré de esta casa. No podemos quedarnos en ella los dos.

—No tienes que irte: me iré yo. Puedes quedarte aquí.

—No, me vestiré y después me iré.

— ¿Adónde?

—Al sitio de donde vine, o a cualquier otro lugar.

Se vistió apresuradamente mientras Yeobright caminaba ceñudo de lado a

otro de la habitación. Al fin estuvo completamente vestida. Sus manos pequeñas temblaban de modo tan violento cuando se las llevó a la barbilla para sujetarse la cofia que no pudo amarrarse las cintas, y después de un momento renunció al intento. Al verlo, Clym se aproximó y le dijo:

—Deja que te las ate.

Eustacia asintió en silencio y alzó la barbilla. Al menos por una vez en la vida estaba totalmente inconsciente del encanto de su pose. Pero él no lo estaba y volvió la vista para no sentirse tentado a tratarla con dulzura. Clym ató las cintas; Eustacia se apartó de él.

— ¿Sigues prefiriendo irte a que me vaya yo? —volvió a preguntarle Yeobright.

—Sí.

—Muy bien, que así sea. Y cuando confieses quién era el hombre tendrás mi compasión.

Eustacia se tiró por encima el chal y bajó la escalera. Clym quedó solo en la habitación.

No hacía mucho que la joven se había ido cuando alguien llamó a la puerta del cuarto y Yeobright dijo:

— ¿Sí?

Era la sirvienta, quien le contestó:

—Vino una persona de casa de la señora Wildeve para decirle que la señora y la niña están maravillosamente bien, y que a la niña le pondrán: Eustacia Clementine.

Y la joven sirvienta se retiró.

— ¡Qué ironía! —dijo Clym—. ¡Qué este desgraciado matrimonio mío se perpetúe en el nombre de esa niña!

#### **4. Los cuidados de alguien casi olvidado**

El rumbo de Eustacia fue al principio tan incierto en cuanto a su destino como el de la semilla de cardo que arrastra el viento. No sabía qué hacer. Habría querido que fuera de noche y no de día, para al menos soportar su infortunio sin correr el riesgo de que la vieran. Tras recorrer milla tras milla entre los helechos moribundos y las telarañas blancas y húmedas, al cabo volvió sus pasos en dirección a la casa de su abuelo. Al llegar encontró la

puerta cerrada y con la llave pasada. Mecánicamente dio la vuelta hasta la parte trasera, donde estaba el establo, y al echar una ojeada a su interior desde la puerta, vio adentro a Charley.

— ¿El capitán Vye no está en casa? —dijo.

—No, señora —dijo el mozo con un aletear de emoción—; fue a Weatherbury y no llegará hasta la noche. Y la sirvienta tiene el día libre y se fue a visitar a su familia. Así que la casa está cerrada.

Charley no le veía el rostro a Eustacia, porque la joven estaba de pie en la puerta de espaldas al sol, y la iluminación en el establo era pobre: pero su trastorno le llamó la atención. Eustacia se volvió, atravesó el patio hasta llegar a la verja y quedó oculta por el muro.

Cuando desapareció, Charley, con cierto recelo en la mirada, fue lentamente hasta la puerta del establo, caminó hasta otro punto del muro y echó una ojeada. Eustacia estaba recostada a él por la parte de afuera, con el rostro cubierto por las manos y la cabeza contra los brezos cubiertos de rocío que tapizaban el lado exterior. Parecía absolutamente indiferente al hecho de que su cofia, su cabello y sus ropas comenzaban a mojarse y desordenarse debido a la humedad de su dura y fría almohada. Era obvio que algo malo sucedía.

Charley siempre había considerado a Eustacia lo mismo que Eustacia considerara a Clym la primera vez que posara los ojos en él: como una visión romántica y dulce, casi desencarnada. Había estado tan lejos de ella por la dignidad de su mirada y el orgullo que denotaban sus palabras, salvo por el momento de felicidad en que le permitiera tomar su mano, que casi no la consideraba una mujer, sin alas y de este mundo, sujeta a situaciones familiares y fricciones domésticas. Los detalles íntimos de su vida sólo eran para él objeto de conjeturas. Eustacia había sido una adorable maravilla, predestinada a girar en una órbita en que todos los que eran como él no representaban más que un punto; así que al verla reclinada sobre un muro húmedo y áspero, como una criatura indefensa y desesperada, se sintió sobrecogido de sorpresa y horror. No pudo permanecer donde se encontraba. Pasó de un salto al otro lado del muro, llegó a su lado, la tocó con un dedo y dijo con ternura:

—Usted no se siente bien, señora. ¿En qué puedo ayudarla?

Eustacia experimentó un sobresalto y dijo:

—Ah, Charley, me has seguido. ¡Nunca imaginaste, al verme salir de mi casa en el verano, que volvería en este estado!

—No, querida señora. ¿Puedo ayudarla ahora?



—Me temo que no. Me gustaría entrar en casa. Estoy mareada; eso es todo.

—Apóyese en mi brazo, señora, hasta que lleguemos al portal, y trataré de abrirle la puerta.

La sostuvo hasta alcanzar el portal y tras depositarla allí en un asiento, se dirigió a toda prisa a la parte trasera de la casa, trepó a una ventana con ayuda de una escalera de mano y, tras descender por la parte de adentro, abrió la puerta. A continuación la ayudó a entrar en la sala, donde había un anticuado sofá de tela de crin de caballo tan amplio como un carretón de mulos. La hizo acostar allí y la tapó con un abrigo que encontró en el recibidor.

— ¿Quiere que le traiga algo de comer o de beber? —dijo.

—Si me haces el favor, Charley. Supongo que no hay ningún fuego encendido.

—Puedo encenderlo, señora.

Charley desapareció, y Eustacia oyó el sonido que hacía al rajar leña y soplar el fuego con un fuelle; al cabo de unos momentos, el mozo regresó y le dijo:

—Encendí fuego en la cocina y ahora lo encenderé aquí.

Encendió el fuego, mientras Eustacia lo contemplaba como en un sueño desde su lecho. Cuando comenzó a arder, Charley dijo:

— ¿Quiere que le dé la vuelta para que quede de frente al fuego, señora? La mañana está fresca.

—Sí, si quieres.

— ¿Quiere que vaya ahora a traerle algo de comer?

—Sí, hazlo —murmuró ella lánguida.

Una vez que Charley se hubo ido y que a Eustacia comenzaron a llegarle los apagados ruidos que producían sus movimientos en la cocina, la joven olvidó dónde se encontraba y tuvo que reflexionar unos momentos para identificar con un esfuerzo qué significaban esos sonidos. Después de un plazo que le pareció corto, porque su mente estaba en otra parte, el mozo entró con una bandeja en la que humeaban el té y las tostadas, aunque ya era casi la hora del almuerzo.

—Ponlo sobre la mesa —dijo—. Pronto estaré lista.

Charley lo hizo y se retiró hacia la puerta; no obstante, al advertir que Eustacia no se movía, retrocedió unos pasos.

—Déjeme alcanzárselo, si no quiere levantarse —dijo Charley. Llevó la

bandeja hasta frente al sofá y allí se arrodilló, al tiempo que añadía—: Se la sostendré.

Eustacia se sentó y se sirvió una taza de té.

—Eres muy bueno conmigo, Charley —murmuró mientras lo tomaba a sorbitos.

—Bueno, no es más que mi deber —dijo él tímidamente, poniendo gran cuidado en no posar sus ojos en ella, aunque era lo único natural, ya que Eustacia le quedaba inmediatamente enfrente—. Usted ha sido buena conmigo.

— ¿Cómo?

—Me dejó tomarla de la mano cuando era soltera y estaba aquí en la casa.

—Ah, es cierto. ¿Por qué lo hice? Tengo la mente perdida... tenía que ver con los mimos, ¿no es verdad?

—Sí, usted quería ir en mi lugar.

—Lo recuerdo. ¡Claro que lo recuerdo, y muy bien!

De nuevo se mostró sumamente deprimida; y Charley, al ver que no comería ni bebería más, se llevó la bandeja.

Después entró de cuando en cuando para ver si el fuego ardía, para preguntarle si quería algo, para decirle que el viento ya no soplaba del sur sino del oeste, para preguntarle si quería que le recogiera unas moras; y a todas esas preguntas Eustacia contestaba negativamente o con indiferencia.

La joven permaneció otro rato en el sofá, y después se levantó y se dirigió a los altos. El cuarto en el que dormía anteriormente aún estaba casi igual a como lo había dejado, y los recuerdos que esto despertó en ella acerca de su enormemente cambiada e infinitamente peor situación volvieron a imprimirle a su rostro la expresión de indeterminada e informe desventura que mostrara al llegar. Atisbó hacia el interior del cuarto de su abuelo, en el cual soplaba el fresco aire otoñal por la ventana abierta. Sus ojos quedaron atrapados por una imagen que le resultaba muy familiar, pero que ahora cobraba un nuevo significado.

Se trataba de un par de pistolas que colgaban cerca de la cabecera de la cama de su abuelo, las cuales siempre dejaba cargadas como precaución ante la posible llegada de ladrones, dado que la casa era muy solitaria. Eustacia las contempló un largo rato, como si fueran las páginas de un libro en las que leía una materia nueva y extraña. Rauda, como quien siente temor de sí mismo, volvió a los bajos y se sumió en profundas reflexiones.

«¡Si sólo me animara a hacerlo!», se decía. «Sería lo mejor para mí y para

todos aquellos vinculados conmigo, y no le haría daño a nadie».

La idea pareció ganar fuerza en su interior, y la hizo permanecer en una actitud estática durante casi diez minutos, al cabo de los cuales su mirada mostraba una expresión de cierta determinación y ya no el estupor de la indecisión.

Giró en redondo y subió por segunda vez —callada y furtivamente ahora— y entró en el cuarto de su abuelo, donde sus ojos buscaron de inmediato la cabecera de la cama. Las pistolas habían desaparecido.

El repentino desmoronamiento de sus propósitos causado por su ausencia afectó su mente como un súbito vacío afecta el cuerpo: casi se desvaneció. ¿Quién era el responsable de la desaparición? Sólo había una persona en la casa además de ella. Eustacia se dirigió involuntariamente a la ventana abierta desde la cual se dominaba el huerto hasta el muro que lo delimitaba. En lo alto de este último se encontraba Charley, lo bastante elevado por su altura como para ver lo que sucedía dentro del cuarto. Su mirada estaba posada ansiosa y solícitamente sobre ella.

Eustacia bajó, fue hasta la puerta y le hizo una señal de que se acercara.

— ¿Fuiste tú quien se las llevó?

—Sí, señora.

— ¿Por qué lo hiciste?

—La vi contemplándolas demasiado tiempo.

— ¿Y eso que tiene que ver?

—Ha estado usted muy triste toda la mañana, como si no quisiera seguir viviendo.

— ¿Y?

—Y no pude soportar la idea de dejárselas a la vista. Las miraba usted como con intenciones de usarlas.

— ¿Dónde están ahora?

—Bajo llave.

— ¿Dónde?

—En el establo.

—Dámelas.

—No, señora.

— ¿Te niegas?

—Sí. Me importa usted demasiado para dárselas.

Eustacia volvió el rostro, suavizado por primera vez tras la pétreo inmovilidad de las horas tempranas del día, y las comisuras de su boca reasumieron algo de la finura del trazo que siempre perdían en sus momentos de desesperación. Al cabo volvió a dirigirse a Charley.

— ¿Por qué no habría de morir, si así lo deseo? —dijo trémula—. Hice un mal negocio en la vida y estoy cansada de ella... cansada. Y ahora me impides que escape. ¡Oh, por qué lo has hecho, Charley! ¿Qué hace penosa la muerte sino la idea del dolor que sufrirán los demás? ¡Y eso, en mi caso, está ausente, porque no me seguirá a la tumba ni un suspiro!

— ¡Ah, es un problema lo que la tiene así! ¡Desearía con toda el alma que quien se lo ha causado caiga muerto y se pudra, aunque sea una barbaridad decirlo!

—Charley, basta ya de esas cosas. ¿Qué piensas hacer con esto que has visto?

—Quedarme tan callado como una tumba, si promete no volver a pensar en eso.

—No tienes por qué temer. Ya pasó el momento. Te lo prometo.

Y a continuación se fue, entró en la casa y se acostó.

Por la tarde regresó su abuelo. Iba a interrogarla categóricamente, pero después de echarle una ojeada se guardó sus preguntas.

—Sí, es demasiado malo como para hablar de ello —dijo Eustacia lentamente en respuesta a su mirada—. ¿Puedes mandar a preparar mi habitación para esta noche, abuelo? Voy a ocuparla de nuevo.

El anciano no le preguntó qué significaba esa petición, ni por qué había abandonado a su marido, sino que dio órdenes de que prepararan el cuarto.

## **5. Una vieja historia que se repite inadvertidamente**

Las atenciones de Charley hacia su antigua patrona no tenían límites. El único solaz que hallaba para sus propios problemas consistía en tratar de aliviar los de ella. Hora tras hora estaba pendiente de sus deseos; pensaba en su presencia en la casa con una suerte de gratitud, y al tiempo que imprecaba contra la causa de su infelicidad, en cierta medida bendecía el resultado. Quizás se quedaría allí para siempre, pensaba, y entonces él sería tan feliz como antes. Su mayor temor era que Eustacia decidiera regresar a Alderworth,

y presa de ese temor, sus ojos a menudo buscaban el rostro de la joven cuando ella no lo estaba mirando, con toda la atención que inspira el afecto, de la misma manera que habría observado la cabeza de una torcaz para saber si intentaría la huida. Después de prestarle real socorro en una ocasión, y posiblemente de impedirle cometer el más atroz de los actos, asumió mentalmente, además, las responsabilidades de guardián de su bienestar.

Por ese motivo se afanaba por proporcionarle distracciones agradables, trayéndole a casa objetos curiosos que encontraba en el páramo, como musgos blancos con forma de trompeta, líquenes rojos, puntas de fecha hechas de piedra que emplearan las antiguas tribus de Egdon y cristales de múltiples facetas de las hondonadas de pedernal. Colocaba sus hallazgos de manera que ella los encontrara como por accidente.

Pasó una semana sin que Eustacia saliera de la casa. Después salió al terreno cercado a mirar por la lente de su abuelo, como solía hacer antes de casarse. Un día vio, en un punto donde el camino atravesaba el distante valle, un vagón pesadamente cargado. Llevaba un montón de muebles. La miró una y otra vez y se percató de que eran los de su casa. Al caer la tarde; su abuelo llegó a la casa con el rumor de que Yeobright se había muda ese día de Alderworth a su antiguo hogar de Blooms-End.

En otra ocasión en que estaba entregada a las mismas labores de reconocimiento vio dos siluetas femeninas que caminaban por el prado. El día era hermoso y claro; y como las dos mujeres no estaban a más de media milla de distancia, pudo apreciar cada detalle con su telescopio. La que caminaba al frente llevaba en los brazos un envoltorio blanco, de uno de cuyos extremos colgaba un largo apéndice de tela; y cuando las caminantes doblaron, y el sol les dio más directamente, Eustacia pudo ver que el objeto era un bebé. Llamó a Charley y le preguntó si sabía quiénes eran, aunque ella misma lo adivinaba.

—La señora Wildeve y la nodriza —dijo Charley.

— ¿La nodriza es la que lleva al bebé? —dijo Eustacia.

—No, es la señora Wildeve la que lo lleva, y la nodriza es la que va detrás sin nada entre los brazos —contestó el mozo.

Charley estaba de buen humor ese día, porque se acercaba otra vez el Cinco de Noviembre y había ideado un nuevo plan para distraerla de sus demasiado absorbentes pensamientos. Por dos años sucesivos, su patrona había parecido disfrutar haciendo una hoguera en el muro desde el cual se dominaba el valle; pero este año daba la impresión de que había olvidado totalmente la fecha y la costumbre. Charley tuvo buen cuidado de no recordárselo, y emprendió en secreto sus preparativos para darle una alegre sorpresa, con tanto más celo debido a que la última vez se encontraba ausente

y no había podido asistir. En cada minuto libre se apresuraba a recoger tocones de aulaga, raíces de zarzas y otros materiales sólidos de las laderas cercanas, y a ocultarlos de las miradas superficiales.

Llegó la tarde de ese día, y todo parecía indicar que Eustacia seguía inconsciente de la fecha. Había entrado en la casa después de su observación a través del telescopio, y desde entonces no había vuelto a salir. En cuanto se hizo de noche Charley comenzó a construir la hoguera, y escogió para ello el mismo punto del muro que Eustacia eligiera en ocasiones anteriores.

Cuando todas las fogatas vecinas ya ardían, Charley encendió la suya y dispuso el combustible de modo que no hubiera que alimentarla durante cierto tiempo. Regresó entonces a la casa y se quedó dando vueltas junto a la puerta y las ventanas para esperar a que Eustacia, de una u otra manera, se enterara de su hazaña y saliera a ser testigo de ella. Pero las persianas estaban cerradas, la puerta seguía sin abrirse y no había señales de que nadie advirtiera su iniciativa. No quería llamarla, así que regresó a alimentar el fuego, y continuó haciéndolo durante más de media hora. No fue hasta que su provisión de combustible había disminuido bastante que se dirigió a la puerta trasera y mandó a decir que le rogaba a la señora Yeobright que abriera las persianas de su ventana para que viera el espectáculo que se desarrollaba afuera.

Eustacia, que estaba sentada abúlicamente en la sala, se levantó de un salto al oír el mensaje y abrió las persianas de un tirón. Frente a ella, sobre el muro, ardía el fuego, que de inmediato inundó la habitación donde se encontraba con un resplandor rojizo que hizo palidecer la luz de las velas.

— ¡Bien hecho, Charley! —dijo el capitán Vye desde el rincón de la chimenea—. Pero espero que no sea mi leña la que se quema... Ah, fue en esta época del año pasado que me encontré con ese hombre, Venn, que traía de regreso a Thomasin Yeobright. ¡Seguro que sí! Bueno, ¿quién habría pensado que los problemas de esa chica tendrían tan buen final? ¡Qué bobá fuiste en ese asunto, Eustacia! ¿Todavía no te ha escrito tu esposo?

—No —dijo Eustacia, mirando vagamente el fuego desde la ventana, con tanta concentración que no le contrarió la franca opinión de su abuelo. Veía la silueta de Charley sobre el muro, que removía y atizaba la fogata; y por su imaginación pasó como un relámpago la imagen de otro a quien la hoguera podía convocar.

Abandonó la habitación, se puso la cofia de salir al jardín y el abrigo y salió al patio. Al llegar al muro, echó un vistazo hacia el otro lado llena de curiosidad y recelo, cuando Charley le dijo, muy complacido consigo mismo:

—La hice a propósito para usted, señora.

—Gracias —dijo ella rápida—. Pero ahora quiero que la apagues.

—Pronto se apagará sola —dijo Charley bastante decepcionado—. ¿No cree que es una lástima sofocarla?

—No sé —respondió ella pensativa.

Quedaron en silencio, roto sólo por el crepitar de las llamas, hasta que Charley, al percibir que Eustacia no quería hablar con él, se marchó a regañadientes.

Eustacia se quedó del lado de adentro del muro contemplando el fuego, siempre con la intención de entrar en la casa, pero posponiéndola una y otra vez. Si su situación no la hubiera inclinado a considerar con indiferencia todas las cosas divinas y humanas que eran objeto de reverencia, probablemente se habría ido. Pero su estado era tan desesperado que podía jugar con él. Haber perdido es menos inquietante que preguntarnos si podríamos haber ganado; y Eustacia podía en ese momento, como otras personas que atraviesan esa misma fase, salirse fuera de sí misma, observarse como si fuera un espectador desinteresado y pensar que esa mujer llamada Eustacia era un curioso juguete de los cielos.

De pronto escuchó un ruido. Era el sonido de una piedra al caer a la poza.

De haber recibido el golpe de la piedra en medio del pecho, su corazón no habría dado un salto mayor. Había pensado en la posibilidad de que se produjera esa señal en respuesta a la que inconscientemente emitiera Charley; pero no la esperaba todavía. ¡Cuán raudo se mostraba Wildeve! Y sin embargo, ¿cómo podía creerla capaz de desear deliberadamente la reanudación de sus encuentros furtivos? Pugnaban en su interior el impulso de abandonar el lugar y el deseo de quedarse; y triunfó el deseo. No logró más, porque Eustacia se abstuvo incluso de subir a lo alto del muro y mirar del otro lado. Permaneció inerte, sin mover un músculo de la cara ni levantar los ojos; porque si levantaba el rostro, el fuego del muro lo iluminaría, y era posible que Wildeve la estuviera mirando desde arriba.

Se oyó el sonido de una segunda piedra en la poza.

¿Por qué permanecía tanto tiempo Wildeve sin avanzar y mirar del otro lado? Se impuso la curiosidad: Eustacia subió uno o dos de los escalones de tierra del muro y echó una mirada hacia afuera.

Ante ella estaba Wildeve. Se había aproximado después de lanzar el último guijarro, y ahora el fuego que ardía en el muro que se alzaba entre ellos hasta la altura de sus pechos les iluminaba a ambos el rostro.

— ¡No lo encendí yo! —exclamó Eustacia rápidamente—. Lo encendieron sin que yo lo supiera. ¡No, no cruces de este lado!

— ¿Por qué has estado viviendo aquí todos estos días sin decírmelo? Te

fuiсте de tu casa. Me temo que yo tenga algo que ver con el asunto.

—No dejé entrar a su madre; ¡de eso se trata!

—No mereces lo que te ha ocurrido, Eustacia; eres muy desgraciada; lo veo en tus ojos, en tu boca, en toda tú. ¡Mi pobre, pobre niña! —cruzó al otro lado del muro—. ¡No tienes ni una gota de felicidad!

—No, no; no exactamente...

—Esto ha ido demasiado lejos... te está matando... ¡lo creo firmemente!

La respiración de Eustacia, generalmente reposada, se había acelerado con las palabras de Wildeve.

—Yo... yo... —comenzó, y de pronto rompió a llorar y a temblar, sacudida hasta el mismo corazón por la inesperada compasión que revelaba la voz del hombre, un sentimiento cuya existencia en relación con ella casi había olvidado.

El acceso de llanto la tomó tan por sorpresa que no podía controlarse, y desvió el rostro avergonzada, aunque volverse no le ocultaba nada a Wildeve. Sollozaba desesperada; entonces, el desahogo disminuyó y la joven comenzó a tranquilizarse. Wildeve había resistido el impulso de abrazarla y guardaba silencio.

— ¿No te avergüenzas de mí, que nunca fui una llorona? —preguntó Eustacia en un débil susurro mientras se secaba las lágrimas—. ¿Por qué no te fuiste? Me gustaría que no hubieras visto todo esto; es demasiado revelador.

—Haces bien en decir que te habría gustado que no lo viera, porque me entristece tanto como a ti —dijo él emocionado y deferente—. En cuanto a que es revelador, esa palabra resulta imposible entre nosotros dos.

—No te mandé a buscar; no lo olvides, Damon. ¡Sufro, pero no te mandé a buscar! Como esposa, al menos, no he hecho nada que no debiera.

—No importa: vine. ¡Oh, Eustacia, perdóname por el daño que te hecho en estos últimos dos años! Veo cada vez con mayor claridad que he sido la causa de tu desgracia.

—No eres tú. Es este lugar donde vivo.

—Ah, tu generosidad, naturalmente, te lleva a decir eso. Pero yo soy el culpable. Debería haber hecho más o no haber hecho nada.

— ¿En qué sentido?

—No debí perseguirte, o, de hacerlo, debí persistir y retenerte. Pero, por supuesto, no tengo derecho a hablar de eso ahora. Sólo te preguntaré una cosa: ¿puedo hacer algo por ti? ¿Hay algo sobre la faz de la tierra que pueda hacer



un hombre para hacerte más feliz de lo que eres en este momento? Si existe, lo haré. Puedes disponer de mí, Eustacia, hasta el límite de mis posibilidades; y no olvides que ahora soy más rico. ¡Seguramente algo podrá hacerse para librarte de esto! Me duele ver una planta tan exótica en un lugar tan salvaje. ¿Quieres que te compre algo? ¿Quieres ir a algún lugar? ¿Quieres escapar para siempre de este sitio? Sólo dilo y haré cualquier cosa por poner fin a esas lágrimas, que de no ser por mí nunca habrías derramado.

—Ambos estamos casados con otras personas —dijo ella en voz muy queda—; y cualquier ayuda tuya se vería muy mal después... después...

—Bueno, no hay manera de impedir que los calumniadores se despachen a su gusto bajo cualquier circunstancia; pero no tienes nada que temer. Sean los que fueren mis sentimientos, te doy mi palabra de honor de no hablarte de... o hacer nada... hasta que tú me indiques que puedo hacerlo. Sé cuál es mi deber para con Thomasin tan bien como sé cuál es mi deber para contigo, una mujer víctima de un trato injusto. ¿En qué quieres que te ayude?

—En irme de aquí.

— ¿Adónde quieres ir?

—Tengo un lugar en mente. Si me ayudaras a llegar a Budmouth yo podría encargarme de todo el resto. De allí zarpan vapores que atraviesan el Canal, de manera que puedo llegar a París, que es donde quiero estar. Sí —le rogó con vehemencia—, ayúdame a llegar a la bahía de Budmouth sin que se enteren ni mi abuelo ni mi esposo, y yo me encargaré del resto.

— ¿No correrás peligro allí sola?

—No, no. Conozco bien Budmouth.

— ¿Quieres que vaya contigo? Ahora soy rico.

Eustacia guardó silencio.

— ¡Di que sí, mi amor!

Eustacia siguió guardando silencio.

—Bien, hazme saber cuándo quieres partir. Nos quedaremos en la casa que ocupamos ahora hasta diciembre; después nos trasladaremos a Casterbridge. Estoy a tus órdenes para lo que quieras hasta esa fecha.

—Lo pensaré —dijo ella apresuradamente—. Debo preguntarme si puedo honestamente aceptar tu ofrecimiento de amigo o convertirme en tu amante. Si deseo irme y decido aceptar tu compañía, te enviaré una señal una de estas tardes a las ocho en punto, y esto significará que deberás tener listo un caballo y un carro esa misma noche a las doce para llevarme a la bahía de Budmouth a tiempo para tomar el vapor de la mañana.

—Estaré atento todas las noches a las ocho, y no se me escapará ninguna señal.

—Y ahora, por favor, vete. Si decido huir sólo podré verme contigo una vez más, a menos... que no pueda irme sin ti. Vete... no lo soporto más. ¡Vete... vete!

Wildevé subió lentamente los escalones y descendió a la oscuridad del otro lado; y mientras caminaba, miraba hacia atrás, hasta que el muro le ocultó la silueta de Eustacia.

## **6. Thomasin discute con su primo y este escribe una carta**

Yeobright se encontraba en ese momento en Blooms-End y tenía la esperanza de que Eustacia volviera con él. Sólo ese día se había hecho la mudada de los muebles, aunque ya hacía más de una semana que Clym vivía en su antiguo hogar. Había pasado todo ese tiempo trabajando en la vivienda, barriendo las hojas de los senderos del huerto, cortando los tallos secos de los arriates de flores y apuntalando enredaderas tumbadas por los vientos del otoño. Esos placeres no le proporcionaban ninguna satisfacción especial, pero eran una barrera entre su persona y la desesperación. Además, mantener en buenas condiciones todo lo que había pasado de manos de su madre a las suyas se le había convertido en una religión.

Durante esas operaciones se mantenía constantemente a la espera de Eustacia. Para que no sufriera ningún error acerca de dónde podía encontrarlo, había ordenado que se pusiera un letrero en la verja del huerto de Alderworth, que dijera en letras blancas a dónde se había trasladado. Cuando una hoja caía flotando al suelo, volvía la cabeza, creyendo que eran sus pasos. Un pájaro en busca de lombrices entre el moho de los arriates sonaba como su mano en el pestillo de la verja; y al atardecer, cuando suaves, extraños ventrilocuismos salían de las oquedades del terreno, los tallos huecos, las hojas muertas retorcidas y otras rendijas donde las brisas, las lombrices y los insectos hacen su voluntad, imaginaba que todos eran Eustacia, que estaba afuera y respiraba sus ansias de reconciliación.

Hasta ese momento había perseverado en su determinación de no invitarla a volver. Al mismo tiempo, la severidad con que la había tratado amortiguaba la intensidad de su remordimiento por su madre y reavivaba hasta cierto punto su antigua solicitud por quien la suplantara. Los sentimientos despiadados producen acciones despiadadas, y estas, como reacción, extinguen los sentimientos que las hicieron nacer. Mientras más reflexionaba más se

aplacaba. Pero tener a su esposa por la imagen de la inocencia en apuros le resultaba imposible, aunque sí era capaz de preguntarse si le habría dado tiempo suficiente, si no se habría abalanzado sobre ella demasiado repentinamente aquella mañana sombría.

Ahora que había pasado su primer arranque de ira, no se sentía inclinado a adscribirle más que una amistad indiscreta con Wildeve, porque en su aspecto no habían sido evidentes las señales del deshonor. Y una vez admitido esto, ya no se veía obligado a atribuirle una interpretación absolutamente perversa a lo que le hiciera a su madre.

La noche del Cinco de Noviembre pensaba intensamente en Eustacia. Escuchaba los ecos de tiempos pasados, cuando intercambiaran palabras de amor a lo largo de todo el día, como el difuso murmullo de una orilla marina a la que se hubiera dejado atrás a varias millas de distancia. «No hay duda de que debió haberse comunicado conmigo antes de ahora y confesado sinceramente qué representaba Wildeve para ella», se dijo.

En vez de quedarse en casa esa noche, decidió ir a visitar a Thomasin y a su esposo. Si se presentaba la oportunidad, aludiría al motivo de su separación de Eustacia, manteniendo silencio, sin embargo, sobre el hecho de que había una tercera persona presente en la casa cuando le negara la entrada a su madre. Si resultaba que Wildeve era inocente, sin duda mencionaría que estaba allí. Si había ido con intenciones malsanas, Wildeve, que era un hombre de emociones vivas, quizás diría algo que le revelara hasta qué punto estaba entredicho el honor de Eustacia.

Pero al llegar a casa de su prima sólo encontró a Thomasin, porque en ese momento Wildeve se encontraba camino a la fogata encendida inocentemente por Charley en Mistover. Thomasin, como siempre, se alegró de ver a Clym, y lo llevó a inspeccionar a la pequeña dormida, haciendo con todo cuidado una pantalla con la mano para proteger los ojos de la niña de la luz de la vela.

—Tamsin, ¿ya te has enterado de que Eustacia no está conmigo? —dijo Clym cuando volvieron a tomar asiento.

—No —dijo Thomasin alarmada.

— ¿Y tampoco que me fui de Alderworth?

—No. Nunca me entero de las noticias de Alderworth a menos que tú me las traigas. ¿Cuál es el problema?

Con voz alterada, Clym le contó su entrevista con el hijo de Susan Nunsuch, la revelación que le había hecho y cuyo resultado había sido que acusara a Eustacia de haber cometido el hecho cruel y conscientemente. Eliminó toda mención a la presencia de Wildeve en la casa.

— ¡Qué haya ocurrido todo esto, y que no me haya enterado! —murmuró Thomasin espantada—. ¡Terrible! ¿Qué la habrá llevado a...? ¡Oh, Eustacia! ¿Y cuando te enteraste fuiste a verla a toda prisa, en lo más encendido de tu enojo? ¿Fuiste muy cruel? ¿O es realmente tan malvada como parece?

— ¿Puede un hombre ser demasiado cruel con la enemiga de su madre?

—Imagino que sí.

—Muy bien, admito que pueda serlo. Pero, ¿qué hacer ahora?

—Reconciliarse, si es que es posible reconciliarse de un altercado tan fatal. Casi desearía que no me lo hubieras contado. Pero trata por todos los medios de conseguir una avenencia. Después de todo, siempre hay maneras, si ambos lo desean.

—No sé si ambos deseamos reconciliarnos —dijo Clym—. De haberlo querido Eustacia, ¿no me habría mandado a buscar ya?

—Tú parece desearlo, y, sin embargo, no la has mandado a buscar.

—Cierto; pero las dudas me han hecho cambiar de idea mil veces, lo cual es lógico, después de una provocación tan fuerte. Mi aspecto ahora, Thomasin, no te da idea de lo que he pasado; de a qué abismos he descendido en estos últimos días. ¡Oh, fue una terrible vergüenza impedirle pasar a mi madre de esa manera! ¿Podré olvidarlo alguna vez, o incluso aceptar ver a Eustacia de nuevo?

—Puede no haber sabido que nada serio se derivaría de ello, y quizás no tenía intenciones de impedirle a tía entrar a la casa definitivamente.

—Ella afirma que no. Pero eso no cambia el hecho de que no le abrió la puerta.

—Créela si te dice que lo lamenta y manda a buscarla.

— ¿Y si no viene?

—Demostrará que es culpable, al demostrar que está en el hábito de alimentar las enemistades. Pero no lo creo ni por un momento.

—Haré lo siguiente: esperaré uno o dos días más... no más de dos días, eso es seguro; y si no me manda a buscar en ese lapso, enviaré por ella sin falta. Creí que vería a Wildeve aquí esta noche. ¿Está de viaje?

Thomasin se sonrojó levemente.

—No —dijo—. Sólo salió a dar una vuelta.

— ¿Y por qué no te llevó con él? La noche es hermosa. Necesitas tanto como él tomar el fresco.

—Oh, no tengo deseos de salir; además, está la niña.

—Sí, sí. Bien, he pensado si no debería consultar a tu esposo, además de a ti, sobre este asunto —dijo Clym sin que le vacilara la voz.

—Creo que no deberías —contestó Thomasin rápidamente—. No serviría de nada.

Su primo la miró a los ojos. Era obvio que Thomasin ignoraba que su esposo tenía responsabilidad en los sucesos de aquella tarde trágica; pero su faz parecía indicar que ocultaba alguna sospecha o idea sobre las supuestas relaciones amorosas que sostuvieran Wildeve y Eustacia en épocas pasadas.

No obstante, Clym no pudo sacar nada en claro y se puso de pie para marcharse, con más dudas de las que tenía al llegar.

— ¿Le escribirás en uno o dos días? —insistió la joven—. Confío en que esta infortunada separación toque a su fin.

—Lo haré —dijo Clym—; no me complace para nada mi actual estado.

Clym se marchó y subió la colina que llevaba a Blooms-End. Antes de irse a la cama se sentó y escribió la siguiente carta:

Mi querida Eustacia:

Debo obedecer a mi corazón sin consultar demasiado a mi razón. ¿Volverías conmigo? Hazlo y no me referiré nunca al pasado. Fui demasiado severo; pero, ¡oh, Eustacia, cómo me provocaste! No sabes, nunca sabrás, lo que me costaron esas palabras airadas a las que te habías hecho acreedora. Te prometo todo lo que un hombre sincero que se encuentra en mi situación puede prometerte, que es que en adelante nunca te haré sufrir por esta causa. Después de todas las promesas que nos hicimos, Eustacia, creo que lo mejor que podemos hacer es pasar el resto de nuestras vidas tratando de cumplirlas. Ven a mí, entonces, incluso si tienes algo que reprocharme. He pensado en tus sufrimientos aquella mañana en que nos separamos; sé que eran verdaderos, y son lo máximo que debes soportar. Nuestro amor debe continuar. Corazones como los nuestros no deberían haber servido sino para preocuparnos el uno por el otro. Al inicio no podía pedirte que volvieras, Eustacia, porque era incapaz de convencerme de que quien estaba contigo no era tu amante. Pero si vienes y me explicas esas inquietantes apariencias, no pondré en duda que eres sincera conmigo. ¿Por qué no has venido todavía? ¿Creíste que no te escucharía? Estoy seguro de que no, cuando recuerdes los besos y las promesas que intercambiamos a la luz de la luna en el verano. Regresa, entonces, y recibirás una cálida acogida. No puedo seguir pensando mal de ti; estoy demasiado ocupado justificándote.

Tu esposo como siempre,

Clym.

«Hecho», se dijo al dejarla sobre el escritorio, «esto es lo correcto. Si no viene antes de mañana en la noche, se la enviaré».

Mientras tanto, en la casa de la que Clym acababa de salir, Thomasin suspiraba inquieta. La fidelidad para con su esposo la había inducido esa noche a ocultar toda sospecha de que el interés de Wildeve en Eustacia no había terminado con el matrimonio. Pero no sabía nada de cierto; y aunque Clym era su amado primo, había alguien que le era aún más cercano.

Cuando, un poco más tarde, Wildeve regresó de su caminata hasta Mistover, Thomasin le dijo:

—Damon, ¿dónde estuviste? Estaba empezando a asustarme, porque pensé que te habías caído en el río. No me gusta quedarme sola en casa.

— ¿Te asustaste? —dijo él acariciándole la mejilla como si se tratara de un animal doméstico—. ¡Cómo!, creí que nada lograba asustarte. Estoy seguro de que se trata de que te estás poniendo orgullosa y no quieres vivir aquí después de que nuestra situación ya no se condice con este negocio. Es cosa tediosa esta de buscar una casa nueva; pero no podría haberla resuelto antes, a menos que nuestras diez mil libras hubieran sido cien mil, en cuyo caso podríamos habernos dado el lujo de echar a un lado toda cautela.

—No, no me importa esperar; preferiría quedarme aquí doce meses más que correr algún riesgo con la niña. Pero no me gusta que desaparezcas así por las noches. Hay algo que te preocupa, yo sé que lo hay, Damon. Andas abatido, y miras al páramo como si fuera una cárcel y no un hermoso lugar salvaje en el que caminar.

Wildeve la miró con sorpresa teñida de lástima.

— ¿Es que acaso te gusta Egdon Heath? —dijo.

—Me gustan las cosas junto a las que nací; admiro su viejo rostro severo.

—Bah, amor mío. No tienes idea de lo que te gusta.

—Por supuesto que sí. Hay sólo una cosa desagradable relacionada con Egdon.

— ¿Qué?

—Que nunca me llevas contigo cuando vas a pasear por él. ¿Por qué deambulas tantas veces por el páramo si tanto te disgusta?

La pregunta, aunque sencilla, le resultó a Wildeve obviamente desconcertante, y se sentó antes de responderla.

—No creo que me veas muy a menudo por el páramo. Mencióname una

vez.

—Seguro —respondió ella triunfante—. Cuando saliste esta noche pensé que como la niña estaba dormida vería adónde ibas con tanto misterio sin decírmelo. Así que salí corriendo y te seguí. Te detuviste en ese sitio donde se bifurca el camino, le echaste un vistazo a todas las hogueras y después dijiste: «¡Al diablo, iré!». Y empezaste a subir rápidamente por el camino de la izquierda. Entonces me detuve a mirarte.

Wildeve arrugó el ceño y dijo después, con una sonrisa forzada:

— ¿Y bien, cuál fue tu maravilloso descubrimiento?

—Vamos, ahora estás enojado, no sigamos hablando de esto —Thomasin fue a su lado, se sentó en una banqueta y alzó el rostro para mirarlo a los ojos.

— ¡Tonterías! —dijo él—. Así sales siempre de las cosas. Sigamos con ello ahora que empezamos. ¿Qué viste después? Tengo un interés especial en saberlo.

— ¡No seas así, Damon! —murmuró ella—. No vi nada. Te me perdiste de vista, así que miré un poco las fogatas y volví a la casa.

—Tal vez esta no sea la única vez que has espiado mis pasos. ¿Tratas de averiguar algo malo sobre mí?

— ¡De ninguna manera! Nunca he hecho antes una cosa semejante, y no lo habría hecho si a veces no dejaran caer algunos comentarios sobre ti.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó él impaciente.

—Dicen... dicen que solías ir a Alderworth por las noches, y eso me trajo a la mente lo que he oído sobre...

Wildeve se volvió airado y se paró frente a ella.

— ¡Ahora mismo, señora —dijo haciendo un gesto con la mano en el aire—, suéltelo de inmediato! Le exijo que me diga qué comentarios ha oído.

—Bueno, he oído decir que le tenías mucho afecto a Eustacia, nada más que eso, aunque dejado caer así, poquito a poquito. ¡No debes enojarte!

Wildeve observó que los ojos de Thomasin estaban llenos de lágrimas.

—Bueno, no hay nada nuevo en eso, y por supuesto que no quiero ser rudo contigo, así que no tienes por qué llorar —dijo—. No sigamos hablando del tema.

Y nada más se dijo. Thomasin se alegró de tener un motivo para no mencionar la visita que le había hecho Clym esa noche, ni la historia que le había contado.

## 7. La noche del seis de noviembre

Después de decidirse por la huida, Eustacia en ocasiones parecía ansiosa de que sucediera algo que frustrara sus intenciones. Lo único que verdaderamente podía cambiar su situación era que Clym apareciera. La aureola que lo circundara cuando era su enamorado ya había desaparecido; pero de cuando en cuando volvía a su memoria alguna sencilla cualidad de él y despertaba una leve esperanza de que se volvería a presentar ante ella. Aunque considerándolo con calma, no era probable que el abismo que se había abierto entre ellos se cerrara: se vería obligada a vivir como un objeto penoso, aislado y fuera de lugar. Antes solía pensar sólo en el páramo como un lugar poco agradable para vivir; ahora sentía lo mismo del mundo entero.

Hacia el atardecer del día 6 su decisión de marcharse revivió. Alrededor de las cuatro de la tarde volvió a preparar las pocas cosas que había traído en su huida de Alderworth, además de algunas pertenencias que había dejado en casa de su abuelo; todo ello formaba un bulto que no era demasiado grande como para llevarlo en las manos una o dos millas. Afuera, el paisaje se tornaba más oscuro; los vientres de unas nubes de color de lodo pendían como vastas hamacas colgadas del firmamento, y con el avance de la noche se levantó un viento de tormenta; pero aún no llovía.

Eustacia no resistió quedarse de puertas adentro, porque no tenía nada más que hacer, así que recorrió varias veces el camino que llevaba a la colina, no lejos del hogar que pronto abandonaría. En medio de ese vagar sin rumbo pasó junto a la casa de Susan Nunsuch, que estaba un poco más abajo que la de su abuelo. La puerta estaba entreabierta y una franja de brillante luz procedente del hogar daba sobre el suelo. Al cruzar esa zona de resplandor Eustacia pareció por un instante un personaje de una fantasmagoría, una criatura de luz rodeada por un área de oscuridad; pasó el momento y la noche volvió a tragársela.

Una mujer que estaba sentada dentro de la casa la había visto y reconocido a la luz de esa momentánea irradiación. Era Susan, ocupada en prepararle un ponche a su hijito, que a menudo se indisponía, y ahora estaba gravemente enfermo. Susan dejó caer la cuchara, sacudió el puño cerrado en dirección a la silueta y después prosiguió su labor con aire pensativo y ausente.

A las ocho, la hora en que Eustacia había prometido enviarle una señal a Wildeve si es que decidía por fin hacerla, la joven recorrió el patio para averiguar si no había moros en la costa, fue hasta la pila de aulaga cortada y eligió un largo tallo seco de ese combustible. Lo llevó a la esquina del muro, y



tras echar una rápida ojeada a sus espaldas para ver si todas las persianas estaban cerradas, encendió fuego y prendió la leña. Cuando empezó a despedir llamas, la tomó por un extremo y la blandió en el aire sobre su cabeza hasta que se quemó por completo.

Se sintió gratificada, si la gratificación hubiera resultado posible en su estado de ánimo, al ver una luz similar en la vecindad de la residencia de Wildeve uno o dos minutos después. Había prometido que vigilaría todas las noches a esa hora por si requería su ayuda, y esa prontitud demostraba cuán estrictamente se había atenido a su palabra. Cuatro horas después de ese momento, esto es, a medianoche, debía estar listo para llevarla a Budmouth, como acordaran previamente.

Eustacia regresó a su casa. Una vez que cenaron, se retiró temprano y se sentó en su cuarto a esperar que pasara el tiempo. Como la noche era oscura y amenazadora, el capitán no había salido a dar una vuelta para chismorrear en alguna de las casas o para ir a la posada, como era a veces su costumbre en esas largas noches de otoño; se quedó tomando un grog a sorbitos en los bajos. A las diez de la noche alguien tocó a la puerta. Cuando la sirvienta la abrió, la luz de la vela cayó sobre la figura de Fairway.

—Tenía que ir esta noche a Lower Mistover y el señor Yeobright me pidió que dejara esto aquí al pasar —dijo—; pero, a fe mía que lo puse en el forro del sombrero y no pensé más en eso hasta que volví y estaba cerrando la verja de mi casa para irme a la cama. Así que salí corriendo de regreso con él al momento. Le entregó una carta y se marchó. La sirvienta se la llevó al capitán, quien vio que estaba dirigida a Eustacia. La volvió de un lado y del otro, y le pareció que la letra era de su esposo, aunque no estaba seguro. No obstante, decidió dársela de inmediato, si era posible, y la llevó a los altos con ese propósito; pero al llegar a la puerta del cuarto de la joven y mirar por el hueco de la cerradura, vio que adentro no había luz, lo que se debía a que Eustacia se había dejado caer en la cama sin desvestirse, a fin de descansar y reponer un poco las fuerzas con vistas a su próximo viaje. Su abuelo llegó a la conclusión, a partir de lo que veía, de que no debía molestarla; y tras bajar de nuevo a la sala, colocó la carta en la repisa de la chimenea para dársela por la mañana.

A las once él también se fue a la cama, fumó un rato en su cuarto, apagó la luz a las once y media y después, como era su invariable costumbre, abrió las persianas antes de meterse en la cama, para poder darse cuenta de dónde soplaba el viento al abrir los ojos por la mañana, porque desde la ventana de su cuarto se dominaba con la vista el asta de la bandera y la veleta. Justo cuando acababa de acostarse se sorprendió al observar que el poste blanco del asta cobraba vida como una raya fosforescente trazada de arriba abajo que cortara las tinieblas de la noche. Sólo había una explicación: sobre el poste había dado súbitamente una luz procedente de la casa. Como todos se habían retirado a

descansar, el anciano consideró necesario levantarse, abrir la ventana sin hacer ningún ruido y mirar a derecha e izquierda. El cuarto de Eustacia estaba encendido, y era el resplandor de su ventana lo que había iluminado el poste. Preguntándose qué la habría despertado, el capitán Vye permaneció indeciso junto a la ventana, y estaba considerando la posibilidad de ir a buscar la carta para deslizársela por debajo de la puerta cuando oyó el leve roce de un vestido contra el tabique que separaba su cuarto del pasillo.

El capitán llegó a la conclusión de que Eustacia, al sentirse desvelada, había ido a buscar un libro, y habría olvidado el asunto por carecer de importancia si no la hubiera oído distintamente también sollozar a su paso.

«Está pensando en ese marido suyo», se dijo. «¡Ah, qué niña más tonta! No debió casarse con él. Me pregunto si esa carta será realmente suya». Se levantó, se echó por encima su abrigo de marino, abrió la puerta y dijo:

— ¡Eustacia!

No hubo ninguna respuesta.

— ¡Eustacia! —repitió más alto—, hay una carta para ti sobre la repisa de la chimenea.

Pero no obtuvo respuesta a sus palabras, salvo la imaginaria del viento, que parecía mordisquear les esquinas de la casa, y el golpeteo de unas gotas de lluvia en las ventanas.

El capitán fue hasta el rellano y aguardó casi cinco minutos. Eustacia seguía sin regresar. El anciano volvió a buscar una luz y se preparó para seguirla; pero primero echó una ojeada al cuarto de la joven. Allí, encima del cubrecamas, estaba impresa la forma de su cuerpo, lo que mostraba que no había destendido la cama; y lo que era aún más significativo, no se había llevado su candelabro a los bajos. El capitán ya estaba sumamente alarmado, y tras ponerse la ropa apresuradamente, bajó hasta la puerta de entrada, que él mismo había cerrado con llave. Ya no la tenía echada. No quedaba ninguna duda de que Eustacia había salido de la casa a medianoche; y, ¿adónde podría haber ido? Seguirle era casi imposible. De haber estado la vivienda al borde de un camino, dos personas que hubieran salido en direcciones opuestas de seguro la habrían alcanzado; pero era tarea imposible encontrar a alguien en el páramo en medio de la oscuridad, ya que las trayectorias practicables para efectuar una huida a través de él a partir de cualquier punto eran tan numerosas como los meridianos que salían del polo. Perplejo en cuanto a qué hacer, el abuelo echó una ojeada a la sala y se irritó al ver que la carta seguía allí intacta.

A las once y media, al ver que la casa estaba en silencio, Eustacia había encendido su vela, se había envuelto en algunas ropas calientes, había tomado

su equipaje y, después de extinguir de nuevo la luz, había bajado la escalera. Cuando salió al aire libre se percató de que había empezado a llover, y mientras hacía una pausa en la puerta, la lluvia aumentó, amenazando con caer a mares. Pero una vez comprometida con esa línea de acción, el mal tiempo no la haría retroceder. Ni siquiera recibir la carta de Clym la habría detenido ahora. Las tinieblas de la noche eran fúnebres: la naturaleza toda parecía ataviada en negros crespones. Las copas puntiagudas de los abetos al fondo de la casa se alzaban al cielo como las torres y los pináculos de una abadía. Nada resultaba visible por debajo de la línea del horizonte, salvo una luz que aún ardía en casa de Susan Nunsuch.

Eustacia abrió su paraguas y salió del patio subiendo los escalones del muro, después de lo cual estaba más allá de cualquier peligro de detección. Dio un rodeo en torno a la poza y tomó el sendero que llevaba a Rainbarrow, en el que tropezaba a veces con retorcidas raíces de aulaga, mazos de juncos o trozos rezumantes de hongos carnosos, que en esa época salpicaban el páramo como si fueran el hígado y los pulmones podridos de un animal colosal. La luna y las estrellas estaban tan ocultas por las nubes y la lluvia que su luz casi se había extinguido. Era una de esas noches que hace pensar instintivamente al viajero en las escenas de desastres nocturnos de las crónicas del mundo, en todo lo que resulta terrible y trágico en la historia y la leyenda: la última plaga de Egipto, el aniquilamiento del huésped de Senaquerib, la agonía de Getsemaní.

Eustacia llegó al fin a Rainbarrow y se detuvo para pensar. Nunca ha habido armonía más perfecta que la existente entre el caos de su mente y el caos del mundo exterior. Una idea súbita se le había ocurrido en ese momento: no tenía dinero suficiente para emprender un largo viaje. En medio de los fluctuantes sentimientos del día, su mente poco práctica no se había detenido en la necesidad de ir bien provista, y ahora que se percataba cabalmente de la situación en que se encontraba, suspiró amargamente y abandonó la posición erecta: se agachó poco a poco bajo su paraguas como si una mano procedente de las profundidades tirara de ella hacia el túmulo. ¿Resultaría al final que tendría que seguir siendo una cautiva? Dinero: nunca antes había sentido su valor. Incluso para desaparecer de la zona requería ciertos medios. Pedirle a Wildeve una ayuda pecuniaria sin permitirle que la acompañara le resultaba imposible a una mujer a quien le quedara una sombra de orgullo; huir con él en calidad de amante —y sabía que él la amaba— tenía todo el aspecto de una humillación.

Cualquiera que la hubiera visto ahora la habría compadecido, no tanto por estar expuesta a los elementos y aislada de todo el resto de la humanidad, salvo por los restos enmohecidos que estaban en el interior del túmulo, sino por esa otra forma de infelicidad que denotaba el movimiento levemente

balanceante que sus sentimientos le impartían a su persona. Una extrema desdicha la abrumaba visiblemente. Entre el sonido de las gotas de lluvia que caían de su paraguas a su manto, de su manto a los brezos, de los brezos al suelo, se escuchaban sonidos muy similares provenientes de sus labios; y las lágrimas que caían del cielo encontraban un eco en su rostro. Las crueles trabas a que la sometía su entorno le habían tronchado las alas del alma; y aun de haberle parecido prometedoras las posibilidades de llegar a Budmouth, tomar un vapor y navegar hasta un puerto del otro lado del Canal, habría estado sólo un poco más animada, tan terriblemente malignas eran las otras cosas. Dijo unas palabras en voz alta. Cuando una mujer en su situación, que no es ni vieja, ni sorda, ni loca, ni caprichosa comienza a sollozar y a pronunciar soliloquios en voz alta, siempre es que sucede algo grave.

— ¿Podré irme, podré irme? —gimió—. No es lo bastante grande para que entregarme a él, ¡no es suficiente para mis deseos!... Si hubiera sido un Saúl o un Bonaparte... ¡ah! ¡Pero traicionar mis votos matrimoniales por él... es un lujo demasiado pobre!... ¡Y no tengo dinero para ir sola! Y si pudiera, ¿qué consuelo sería eso para mí? Me arrastraría el año próximo como me he arrastrado este, y el otro después sería lo mismo. ¡Cómo he intentado una y otra vez ser una mujer como se debe, y cómo se me ha opuesto el destino!... ¡No merezco mi suerte! —exclamó en un frenesí de amarga rebeldía—. ¡Oh, qué crueldad haberme traído a este mundo mal concebido! ¡Yo era capaz de mucho; pero me han herido, secado, aplastado cosas que no podía controlar! ¡Oh, qué duro es que el cielo diseñe estas torturas para mí, que no le he hecho ningún mal al cielo!

La luz distante que Eustacia observara sin atribuirle mayor importancia al salir de su casa provenía, como adivinara, de la ventana de Susan Nunsuch. Lo que Eustacia no adivinó era la ocupación a la que estaba entregada la mujer en su interior. La visión fugaz de la silueta de la joven por la noche, menos de cinco minutos después de la exclamación de su hijo «¡Madre, me siento muy mal!», había persuadido a la matrona de que la proximidad de Eustacia ejercía, a no dudar, una influencia maligna.

Por esa razón Susan no se fue a la cama tan pronto terminó las labores del día, como habría hecho en circunstancias ordinarias. Para contrarrestar el embrujo maligno que imaginaba que la pobre Eustacia perpetraba, la madre del niño comenzó a afanarse con un terrible invento hijo de la superstición, calculado para provocar la impotencia, la atrofia, la aniquilación de cualquier ser humano contra el cual se dirigía. Era una práctica muy conocida en Egdon en esa época, que aún no se ha extinguido por completo en el presente.

Fue con su vela a una habitación interior, donde, entre otros utensilios, había dos grandes ollas pardas que contenían entre ambas quizá un centenar de libras de miel líquida, producida por las abejas durante el verano anterior. En

una repisa encima de las ollas había una masa lisa, sólida y amarilla, de forma esférica, hecha de cera de abeja de la misma recolección de miel. Susan tomó la bola, y tras cortarle varias finas rebanadas, las echó en un cucharón de hierro con el que regresó a la sala y al que puso entre las cenizas calientes del hogar. En cuanto la cera se ablandó hasta adoptar la plasticidad de la masa de pan, amasó las rebanadas hasta fundirlas en un solo amasijo. En ese momento su rostro adoptó una expresión de mayor concentración. Comenzó a moldear la cera; y su manera de manipularla evidenciaba que se esforzaba por darle una forma preconcebida. La forma era humana.

Calentándola y amasándola, cortándola y retorciéndola, desmembrándola y volviendo a unir la imagen incipiente, en alrededor de un cuarto de hora había producido una forma que recordaba pasablemente bien la de una mujer, y que tenía unas seis pulgadas de alto. La colocó sobre la mesa para que se enfriara y se endureciera. Mientras tanto, tomó la vela y subió a donde se encontraba acostado el niño.

—Mi amor, ¿te fijaste qué llevaba puesto esta tarde la señorita Eustacia además del vestido negro?

—Una cinta roja al cuello.

— ¿Algo más?

—No... a no ser las sandalias.

«Una cinta roja y sandalias», se dijo su madre.

La señora Nunsuch fue y rebuscó hasta encontrar un pedazo de cinta roja de la más estrecha, que llevó a los bajos y amarró al cuello de la imagen. Después buscó tinta y una pluma en el desvencijado escritorio que estaba junto a la ventana y ennegreció los pies de la imagen hasta la altura que presumiblemente cubrirían unos zapatos; y en el empeine de cada pie dibujó unas líneas entrecruzadas que recordaban las tiras de las sandalias de esos tiempos. Finalmente, amarró un pedacito de hilo negro alrededor de la parte superior de la cabeza, que recordaba vagamente un cintillo de los que se emplean para sujetar el cabello.

Susan sostuvo el objeto con el brazo extendido y lo contempló con una satisfacción desprovista de toda sonrisa. A cualquier persona familiarizada con los habitantes de Egdon Heath, la imagen le habría sugerido a Eustacia Yeobright.

De su cesto de labor, que estaba en el poyo de la ventana, la mujer sacó un paquete de alfileres, de esos antiguos que son largos y amarillos, y cuyas cabezas están hechas de modo que se desprendan con el primer uso. Entonces comenzó a clavárselos a la imagen en todas direcciones, con una energía que

parecía inagotable. Le hincó probablemente unos cincuenta al modelo de cera, algunos en la cabeza, algunos en los hombros, algunos en el tronco, algunos en las plantas de los pies hacia arriba, hasta que la figura estuvo totalmente atravesada por los alfileres.

Después se volvió hacia el fuego. Era de turba; y aunque el gran montón de cenizas que produce la turba estaba algo oscuro y apagado por su parte exterior, al esparcirlo con la pala el interior de la masa reveló el fulgor del rojo vivo. Tomó unos pedazos frescos de carbón del rincón de la chimenea y los colocó sobre las brasas, con lo cual el fuego se reavivó. Tomó con las tenazas la imagen que había hecho de Eustacia, la puso al calor y la contempló mientras empezaba a derretirse lentamente. Y mientras se entregaba a esa tarea, sus labios emitían un murmullo.

Era una jerga extraña, el Padrenuestro dicho al revés, que era el ensalmo usual que se empleaba en los procedimientos encaminados a obtener una ayuda impía para derrotar a un enemigo. Susan repitió tres veces su lúgubre letanía, muy lentamente, y cuando terminó, la imagen había disminuido considerablemente de tamaño. Cada vez que una gota caía al fuego, se alzaba una alta llama que, enroscando su lengua en torno a la figura, devoraba un poco más de su sustancia. De vez en cuando se desprendía un alfiler junto con la cera, y las ascuas lo ponían al rojo vivo allí donde caía.

## **8. Lluvia, oscuridad y ansiosos caminantes extraviados**

Mientras la efigie de Eustacia se derretía hasta desaparecer, y la hermosa mujer a quien representaba seguía en Rainbarrow, con el alma en un abismo de desolación pocas veces explorado por alguien tan joven, Yeobright permanecía despierto y solo en Blooms-End. Había cumplido la palabra que le diera a Thomasin al enviar a Fairway con la carta, y ahora aguardaba con creciente impaciencia algún sonido o señal de su regreso.

De estar Eustacia todavía en Mistover, lo menos que esperaba era que le enviara una respuesta esa noche con el mismo mensajero; aunque para dejarlo por entero a su voluntad, le había advertido a Fairway que no pidiera una contestación. Si se la entregaban, debía llevársela de inmediato; si no, debía seguir a su casa sin tomarse la molestia de desviarse hasta Blooms-End de nuevo esa noche.

Pero Clym tenía una esperanza secreta. Era muy posible que Eustacia declinara usar la pluma —era más propio de ella trabajar en silencio— y lo sorprendiera apareciéndose a su puerta. Clym no sabía cuán cabalmente

decidida estaba a seguir otro camino.

Para disgusto de Yeobright empezó a llover y a soplar un fuerte viento a medida que la noche avanzaba. El viento raspaba y arañaba los ángulos de la casa y tiraba contra las ventanas las gotas que caían del alero como si fueran guisantes. Clym recorría intranquilo los cuartos deshabitados, y acallaba extraños ruidos de puertas y ventanas embutiendo astillas de madera en los marcos y las rendijas, y apretando el emplomado de los vidrios donde se había separado del cristal. Era una de esas noches en que las grietas de las paredes de las iglesias antiguas se ensanchan, en que las viejas manchas en los techos de las mansiones deterioradas se renuevan y crecen del tamaño de la mano de un hombre hasta alcanzar varios pies de largo. La pequeña verja de la empalizada al frente de su casa se abría y se cerraba continuamente, pero cuando Clym miraba hacia allí ansioso no había nadie; era como si las formas invisibles de los muertos entraran con intención de hacerle una visita.

Entre las diez y las once, al ver que no llegaba ni Fairway ni nadie más, se retiró a descansar, y a pesar de sus angustias pronto se durmió. Su sueño, sin embargo, no era muy profundo, debido a la anticipación que lo embargaba, de modo que lo despertaron fácilmente unos golpes a la puerta alrededor de una hora después. Clym se levantó y miró por la ventana. La lluvia seguía cayendo con fuerza, y toda la extensión del páramo que veían sus ojos emitía un silbido ahogado bajo el aguacero. Estaba demasiado oscuro para poder ver algo.

— ¿Quién está ahí? exclamó.

Unos pasos leves cambiaron de posición en el portal, y Clym logró apenas distinguir las siguientes palabras pronunciadas por una quejumbrosa voz femenina:

— ¡Oh, Clym, baja y déjame entrar!

La agitación le encendió el rostro.

— ¡Seguramente es Eustacia! —murmuró.

De ser cierto, lo había tomado por sorpresa.

Encendió una luz a toda prisa, se vistió y bajó. Al abrir la puerta de un tirón, la luz de la vela alumbró a una mujer muy abrigada, que de inmediato se adelantó a su encuentro.

— ¡Thomasin! —exclamó Clym con un indescriptible acento de decepción—. ¡Es Thomasin, y en una noche como esta! Oh, ¿dónde está Eustacia?

Era Thomasin, a no dudarlo, y estaba mojada, despavorida y angustiada.

— ¿Eustacia? No lo sé, Clym, pero me lo puedo imaginar —dijo, muy perturbada—. Déjame entrar a descansar; te lo explicaré todo. Se nos viene

encima un gran problema: ¡mi esposo y Eustacia!

— ¿Cómo, cómo?

—Creo que mi esposo va a abandonarme o a hacer algo terrible, no sé qué. Clym, ¿podrías ir a averiguarlo? No tengo a nadie más a quien pedirle ayuda. ¿Eustacia aún no ha vuelto a casa?

—No.

Thomasin prosiguió casi sin aliento:

— ¡Entonces van a huir juntos! Esta noche mi esposo llegó a la casa como a las ocho y me dijo como si fuera lo más natural: «Tamsie, acabo de saber que tengo que salir de viaje». «¿Cuándo?», le dije. «Esta noche», contestó. «¿Adónde?», le pregunté. «No puedo decírtelo por el momento», me dijo; «volveré mañana». Entonces fue y se puso a buscar sus cosas, sin hacerme el menor caso. Pensaba verlo partir, pero no se iba, y cuando dieron las diez, me dijo: «Mejor te vas a la cama». No supe qué hacer, de modo que me fui a la cama. Creo que pensó que me había dormido, porque media hora después entró en el cuarto y abrió el cofre de roble donde guardamos el dinero cuando hay mucho en casa, y sacó un rollo de algo que creo que eran billetes, aunque no sabía que los tenía allí. Los debió haber sacado del banco cuando fue el otro día. ¿Para qué quería esos billetes, si sólo iba a estar ausente un día? Cuando bajó pensé en Eustacia, y en que se había encontrado con ella la noche anterior. Sé que se encontró con ella, Clym, porque lo seguí parte del camino; pero no quise decírtelo cuando fuiste a verme para que no pensaras mal de él, porque no pensé que la cosa era tan seria. Entonces ya no pude quedarme en la cama; me levanté y me vestí, y cuando lo oí en el establo pensé en venir a contártelo. Así que bajé sin hacer ningún ruido y me escurrí fuera de la casa.

— ¿Entonces no se había ido cuando saliste?

—No. ¿Irás, querido primo Clym, a tratar de convencerlo de que no se vaya? No hace caso de lo que yo le digo, y sale de mí con esa historia de que va de viaje y de que regresará mañana, y todo eso; pero no le creo. Pienso que podrías influir sobre él.

—Iré —dijo Clym—. ¡Oh, Eustacia!

Thomasin llevaba en brazos un gran bulto; y ya sentada, comenzó a desenvolverlo, momento en el que apareció un bebé como una mazorca de maíz entre la paja: seco, tibio y sin conciencia alguna de haber salido de casa ni del mal tiempo. Thomasin le dio un beso apresurado y después comenzó a llorar al tiempo que decía:

—Traje a la niña porque tenía miedo de que le pasara algo. ¡Supongo que esto será su muerte, pero no podía dejarla con Rachel!



Clym puso unos leños en el hogar a toda prisa, atizó las brasas, que aún no estaban del todo apagadas y les echó aire con el fuelle hasta que surgió una llama.

—Sécate —dijo—. Iré a buscar más leña.

—No, no, no pierdas tiempo en eso. Yo cuidaré del fuego. Vete ahora mismo, por favor; ¿lo harás?

Yeobright subió corriendo a terminar de vestirse. Cuando aún se encontraba entregado a esa tarea otra persona llamó a la puerta. Esta vez no podía engañarse creyendo que podía ser Eustacia: los pasos precedentes habían sido pesados y lentos. Yeobright, imaginando que podía ser Fairway con una nota de respuesta, volvió a bajar y abrió la puerta.

— ¿Capitán Vye? —le dijo al hombre que chorreaba agua.

— ¿Mi nieta está aquí? —dijo el capitán.

—No.

— ¿Y entonces dónde está?

—No lo sé.

—Pues debía saberlo; es su esposo.

—Parece que sólo de nombre —dijo Clym cada vez más agitado—. Creo que piensa huir esta noche con Wildeve. Estaba a punto de salir a averiguarlo.

—Se fue de mi casa; salió hace como media hora. ¿Quién está sentada ahí?

—Mi prima Thomasin.

El capitán le hizo una inclinación con aire preocupado.

—Espero que no sea nada peor que una fuga —dijo.

— ¿Peor? ¿Qué puede ser peor que lo peor que una esposa es capaz de hacer?

—Bueno, me han contado una extraña historia. Antes de salir a buscarla llamé a Charley, mi mozo de cuadra. El otro día eché de menos mis pistolas.

— ¿Pistolas?

—En ese momento me dijo que se las había llevado para limpiarlas. Ahora admitió que se las había llevado porque vio a Eustacia mirándolas de una manera extraña; y después ella le admitió que estaba pensando en quitarse la vida, pero le hizo prometer que guardaría el secreto, y le prometió no volver a pensar de nuevo en algo semejante. No creo que tenga suficiente coraje para usar una de ellas; pero muestra lo que le ha estado dando vueltas por su

cabeza; y quien piensa una vez en una cosa así, vuelve a pensar en ello otra vez.

— ¿Dónde están las pistolas?

—Guardadas bajo llave. Oh, no, no volverá a tocarlas. Pero hay otras maneras de quitarse la vida que no son un disparo. ¿Cuál fue el motivo de una discusión tan agria como para llevarla a todo esto? Debe haberla tratado muy mal. Bueno, yo siempre me opuse a ese matrimonio, y tenía razón.

— ¿Viene conmigo? —dijo Yeobright sin prestarle atención al último comentario del capitán—. Si viene, mientras vamos caminando le contaré por qué peleamos.

— ¿Adónde?

—A casa de Wildeve: hacia allá iba, téngalo por seguro.

En ese punto Thomasin intervino en la conversación, todavía llorando:

—Me dijo que sólo iba a hacer un inesperado viaje corto; pero si era así, ¿para qué quería tanto dinero? Oh, Clym, ¿qué crees que sucederá? ¡Tengo miedo de que tú, pobre hija mía, pronto te quedes sin padre!

—Me voy —dijo Yeobright saliendo al portal.

—Me gustaría ir con usted —dijo el anciano dudoso—. Pero comienzo a temer que las piernas no me den para ir hasta allá en una noche como esta. Ya no soy tan joven como antes. Si son interceptados en su huida, Eustacia de seguro volverá a mi lado, y debo estar en casa para recibirla. Pero sea como fuere, no puedo ir caminando hasta La Mujer Tranquila, no hay más que hablar. Me iré derecho a casa.

—Quizás sea lo mejor —dijo Clym—. Thomasin, sécate y acomódate lo mejor que puedas.

Y con eso cerró la puerta y se marchó de la casa en compañía del capitán Vye, quien se despidió de él en la verja para tomar el camino del medio, que conducía a Mistover. Clym tomó el de la derecha en dirección a la posada.

Thomasin, una vez a solas, se quitó algunas prendas de ropa mojadas, llevó a la niña a los altos, a la cama de Clym, y después volvió a bajar a la sala, donde hizo un fuego mayor y comenzó a secarse. El fuego pronto alumbró la chimenea, dándole a la habitación un aspecto de comodidad que se duplicaba por el contraste con el tamborileo de la tormenta en el exterior, que hacía crujir las ventanas y le insuflaba a la chimenea quedas exclamaciones que parecían ser el prólogo de una tragedia.

Pero sólo una pequeña parte de Thomasin se encontraba en la casa, porque como su corazón estaba tranquilo con respecto a la niña que estaba en los

altos, seguía mentalmente el trayecto de Clym. Después de abandonarse a esa imaginaria peregrinación durante un rato considerable, experimentó la sensación de que el tiempo transcurría con una intolerable lentitud. Pero siguió sentada. Llegó un momento en que casi no conseguía mantenerse en su asiento, y era una especie de burla a su paciencia recordar que Clym difícilmente habría llegado aún a la posada. Al fin fue junto al lecho de su hija. La niña dormía profundamente; pero las fantasías de Thomasin acerca de posibles sucesos desastrosos en su casa, el predominio en su interior de lo no visto sobre lo visto, le producían una agitación insoportable. No pudo evitar bajar a abrir la puerta. La lluvia continuaba, y la luz de la vela al alumbrar las gotas más próximas las convertía en dardos relucientes cuando caían entre la multitud de otras gotas invisibles detrás de ellas. Lanzarse a ese medio era sumergirse en agua levemente diluida en aire. Pero la dificultad de regresar a su casa en ese momento le inspiró más deseos de hacerlo: cualquier cosa era preferible al suspenso. «Llegué hasta aquí bastante bien», se dijo. «¿Por qué no habría de regresar? Es un error no estar allá».

Buscó rápidamente a la niña, la envolvió, se abrigó como antes y después de cubrir el fuego con ceniza para evitar accidentes, salió a la intemperie. Después de una pausa para poner la llave de la puerta en su antiguo lugar, detrás de la persiana, volvió el rostro resuelta hacia la amenazadora masa de tinieblas provenientes del firmamento más allá de la empalizada y se sumergió en ella. Pero como la imaginación de Thomasin estaba tan activamente centrada en otros asuntos, la noche y el mal tiempo no le producían más terror que el de la incomodidad y la dificultad a que la sometían.

Pronto subió el valle de Blooms-End y recorrió las ondulaciones del costado de la colina. El viento emitía un sonido agudo al soplar sobre el páramo, como si silbara de contento con una noche tan a su gusto. En ocasiones el sendero la conducía a hondonadas rodeadas de matorrales de altos y chorreantes helechos secos, pero aún no caídos por tierra, en las que se hundía como en una poza. Cuando eran más altos que lo usual alzaba a la niña por encima de su cabeza para que no la alcanzaran sus frondas empapadas. En los tramos más altos, donde el viento era fuerte y sostenido, la lluvia caía horizontalmente, sin un descenso perceptible, de modo que resultaba absolutamente imposible adivinar cuán remoto era el punto desde el que se precipitaba en el seno de las nubes. Defenderse de ellas era imposible, y las gotas la asaltaban como las flechas a San Sebastián. Lograba evitar los charcos gracias a la nebulosa palidez que indicaba su presencia, aunque situados junto a cualquier cosa menos oscura que el páramo habrían parecido la negrura misma.

Sin embargo, a pesar de todo ello, Thomasin no lamentaba haber salido. Para ella no había, como sí para Eustacia, demonios en el aire y malevolencia

en cada arbusto y cada rama. Las gotas que azotaban su rostro no eran escorpiones, sino prosaica lluvia; la masa de Egdon no era ningún monstruo, sino un terreno impersonal. Los temores que le inspiraba el lugar eran racionales, su antipatía por sus peores coyunturas, razonable. En esos momentos lo tenía por un sitio ventoso y húmedo, en el que una persona podía experimentar una gran incomodidad, extraviarse si no andaba con cuidado y, posiblemente, pescar un catarro.

Si el sendero es bien conocido, las dificultades para mantenerse en él en momentos como ese no son muy grandes, porque le resulta familiar a los pies; pero una vez que se ha perdido, no hay manera de volver a encontrarlo. Debido a su hija, que hasta cierto punto le impedía mirar al frente y la distraía, Thomasin terminó por apartarse del camino. Ese contratiempo ocurrió cuando descendía la ladera de una colina, después de recorrer unos dos tercios del trayecto hasta su casa. En vez de intentar la imposible tarea de encontrar ese pequeño hilo, yendo de acá para allá, siguió en línea recta, confiando como guía en su conocimiento general de los contornos de la zona, sólo superado por el de Clym o por el de los propios segadores del páramo.

Al fin llegó a una hondonada y comenzó a discernir a través de la lluvia un débil fulgor borroso, que acabó por adoptar la forma oblonga de una puerta abierta. Sabía que no había ninguna casa en las inmediaciones, y pronto se dio cuenta de la naturaleza de la puerta por la altura a la que estaba del suelo.

— ¡Ah, seguramente es el carro de Diggory Venn! —dijo.

Thomasin sabía que un cierto lugar apartado, cerca de Rainbarrow, era a menudo el centro escogido por Venn cuando se quedaba en las inmediaciones; y adivinó de inmediato que había dado por casualidad con ese misterioso refugio. En su mente surgió la pregunta de si debía o no pedirle que la guiara hasta reencontrar al sendero. En su ansiedad por llegar a su hogar decidió que apelaría a él, a pesar de lo inusitado que resultaba aparecer ante sus ojos en ese lugar y con ese tiempo. Pero cuando, ateniéndose a esa decisión, Thomasin llegó al carro y echó una ojeada a su interior, comprobó que estaba vacío, aunque no cabía duda alguna de que era el del vendedor de almagre. El fuego ardía en la estufa, la linterna colgaba del clavo. El suelo junto a la puerta sólo había sido salpicado por la lluvia, y no saturado, lo que le indicó que no hacía mucho que la puerta estaba abierta.

Mientras aún vacilaba presa de la incertidumbre, mirando al interior del carro, Thomasin escuchó unos pasos que avanzaban desde las tinieblas a sus espaldas, y al volverse vio la bien conocida figura vestida de corduroy, encarnada de pies a cabeza, a la que iluminaba la luz de la linterna a través de la gasa que formaban las gotas de lluvia.

—Me pareció verla bajar por la ladera —dijo sin percatarse aún de quién

era—. ¿Cómo es que ha venido por aquí?

— ¿Diggory? —dijo Thomasin desfallecida.

— ¿Quién es usted? —dijo Venn, todavía sin darse cuenta—. ¿Y por qué lloraba tanto hace un momento?

— ¡Oh!, Diggory, ¿no me reconoces? —dijo ella—. Pero por supuesto que no, envuelta en tantos abrigos. ¿Qué quieres decir? No pasé llorando, y esta es la primera vez que llego hasta aquí.

Venn se aproximó hasta que pudo ver el perfil iluminado de la joven.

— ¡Señora Wildeve! —exclamó experimentando un sobresalto—. ¡Qué tiempo para que nos encontremos! ¡Y su recién nacido también! ¿Qué cosa tan horrible puede haberla hecho salir en una noche como esta?

Thomasin no pudo contestarle de inmediato; y sin pedir su permiso, Venn se subió de un salto a su carro, la tomó del brazo y la ayudó a montar detrás de él.

— ¿De qué se trata? —continuó cuando ya ambos se encontraban adentro.

—Me extravié viniendo de Blooms-End, y tengo mucha prisa por llegar a casa. ¡Por favor, indícame el camino lo más rápidamente posible! Es tan tonto por mi parte no conocer Egdon mejor, y no puedo explicarme cómo me salí del sendero. Indícame rápido, Diggory, por favor.

—Sí, por supuesto, iré con usted. Pero, ¿ya antes estuvo por aquí, señora Wildeve?

—Acabo de llegar.

—Es extraño. Estaba ahí dormido hace unos cinco minutos, con la puerta cerrada por el mal tiempo, cuando me despertó el roce del vestido de una mujer contra los arbustos, porque no tengo el sueño profundo, y al mismo tiempo oí a la mujer sollozar o llorar. Abrí la puerta y saqué la linterna, y justo donde terminaba la luz vi a una mujer, que volvió la cabeza cuando le dio la luz y después bajó la colina a toda prisa. Colgué la linterna, y como tenía bastante curiosidad me eché la ropa por encima y la seguí unos pasos, pero no volví a ver ni asomo de ella. Fue por eso que no me encontró al llegar; y cuando la vi pensé que era la misma persona.

— ¿Tal vez sería una de las mujeres del páramo camino a su casa?

—No, no es posible. Es demasiado tarde. El sonido que hacía su vestido al rozar la aulaga era ese silbido que sólo hace la seda.

—No era yo entonces. Mi vestido no es de seda, ¿ves?... ¿Estamos en algún punto intermedio entre Mistover y la posada?

—Bueno, sí; no estamos muy lejos.

— ¡Ah, me pregunto si sería ella! ¡Diggory, debo llegar a casa enseguida!

Thomasin se bajó de un salto antes de que Diggory se percatara de lo que iba a hacer, por lo que este descolgó la linterna y saltó detrás de ella.

—Yo llevaré al bebé, señora —dijo—. El peso debe haberla agotado.

Thomasin vaciló un momento y después puso la niña en brazos de Venn.

—No la aprietes, Diggory ni le lastimes el bracito —dijo—; y manténle el abrigo por encima, así, para que no le dé la lluvia en la cara.

—Sí —dijo Venn con mucha seriedad—. ¡Cómo si yo pudiera lastimar algo de su propiedad!

—Sólo me refería a que lo hicieras accidentalmente —dijo Thomasin.

—El bebé está bastante seco, pero usted está muy mojada —dijo el vendedor de almagre cuando, al cerrar la puerta de su carro para ponerle el candado, advirtió sobre el suelo un círculo de gotas de agua que cayeran del abrigo de Thomasin.

La joven siguió a Venn, quien giraba a derecha e izquierda para evitar los arbustos mayores, y se detenía ocasionalmente y cubría la linterna para mirar por encima del hombro a fin de hacerse una idea de la posición de Rainbarrow, que estaba sobre ellos, ya que era necesario mantenerlo directamente a sus espaldas para seguir el rumbo correcto.

— ¿Estás seguro de que no le cae lluvia al bebé?

—Completamente seguro. ¿Puedo preguntarle qué tiempo tiene el niño, señora?

— ¡El niño! —dijo Thomasin en tono de reproche—. Cualquiera se habría dado cuenta en un momento de que es una niña. Tiene casi dos meses. ¿Cuánto falta para llegar a la posada?

—Un poco más de un cuarto de milla.

— ¿Podrías caminar un poco más aprisa?

—Tenía miedo de que no pudiera seguirme el paso.

—Tengo mucha prisa por llegar. ¡Ah, hay una luz en la ventana!

—No es la ventana. Estoy casi convencido de que se trata de la lámpara de un coche.

— ¡Oh! —dijo Thomasin desesperada—. Ojalá hubiera llegado antes. Dame a la niña, Diggory. Ya puedes regresar.

—Tengo que ir hasta el final —dijo Venn—. Hay un pantano que queda entre nosotros y esa luz, y se hundirá en él hasta el cuello si no la ayudo a dar un rodeo.

—Pero la luz está en la posada, y no hay ningún pantano frente a ella.

—No, la luz está a doscientas o trescientas yardas de la posada.

—No importa —dijo Thomasin apresuradamente—. Ve hacia la luz y no hacia la posada.

—Sí —dijo Venn dando un giro para obedecerla; y después de una pausa —: Me gustaría que me dijera qué gran problema es este. Creo que le he demostrado que puede confiar en mí.

—Hay cosas que no se pueden... que no se le pueden contar a...

Y entonces el corazón se le subió a la garganta y ya no pudo seguir hablando.

## **9. Visiones y sonidos juntan a los caminantes extraviados**

Tras ver la señal de Eustacia desde la colina a las ocho, Wildeve había comenzado enseguida a prepararse para auxiliarla en su huida y, confiaba, acompañarla. Se sentía un poco perturbado, y su manera de informarle a Thomasin que salía de viaje fue, en sí misma, suficiente para despertar sus sospechas. Cuando su esposa se fue a la cama recogió los pocos artículos que iba a necesitar y fue al cofre del dinero, que estaba en los altos, del cual tomó una suma bastante elevada en billetes de banco, que le habían adelantado sobre las propiedades de las cuales pronto entraría en posesión, para afrontar los gastos que ocasionara su traslado.

Después se dirigió al establo y a la cochera para asegurarse de que el caballo, el coche y los arcos estaban en buenas condiciones para un viaje largo. Invertió en todo esto casi media hora, y al regresar a la casa no se le ocurrió que Thomasin estuviera en otro lugar que no fuera en su cama. Le había dicho al mozo de cuadra que no se quedara despierto, haciéndole ver al chico que su partida tendría lugar a las tres o las cuatro de la madrugada; porque esa hora, aunque excepcional, era menos extraña que la medianoche, que era la que realmente habían acordado, ya que el paquebote zarpaba de Budmouth entre la una y las dos.

Al fin se apagaron todos los ruidos y no tuvo sino que aguardar. Por más esfuerzos que había hecho, no lograba sacudirse de encima la opresión del espíritu que experimentaba desde su último encuentro con Eustacia, pero

confiaba en que no había nada en su situación que el dinero no pudiera remediar. Se había persuadido de que era posible mostrar generosidad hacia su gentil esposa poniendo a su nombre la mitad de sus propiedades, y caballerosa devoción hacia otra mujer más grande compartiendo su suerte. Y aunque tenía la intención de acatar al pie de la letra las instrucciones de Eustacia, de depositarla donde quisiera y marcharse, si esa era su voluntad, el hechizo de que lo había hecho víctima se intensificaba, y su corazón latía con violencia ante la anticipación de la futilidad de esas órdenes ante el deseo mutuo de unir sus destinos.

No se permitió ponderar mucho esas conjeturas, máximas y esperanzas, y veinte minutos antes de las doce volvió a dirigirse sin hacer ruido hasta el establo, le puso los arreos al caballo y encendió las lámparas; después de lo cual, llevando al caballo del cabestro, lo condujo con el carro cubierto para salir del patio hasta un punto junto al camino a un cuarto de milla de la posada.

Allí aguardó, levemente protegido de la intensa lluvia por un alto muro construido en el lugar. Sobre la superficie del camino, donde los alumbraban las lámparas, los guijarros y la gravilla suelta volaban y golpeteaban unos contra otros a impulsos del viento, que, tras amontonarlos, se lanzaba al páramo y retumbaba entre los arbustos rumbo a las tinieblas. Sólo un sonido se alzaba por sobre el estruendo de los elementos, y era el rugido de una represa de diez compuertas que quedaba hacia el sur, en un río que delimitaba el páramo en esa dirección.

Esperó en absoluta inmovilidad hasta que comenzó a imaginar que ya debía haber dado la medianoche. En su mente había surgido la gran duda de si Eustacia se aventuraría a bajar la colina con ese tiempo; y sin embargo, conociendo su carácter, sentía que ello era posible.

— ¡Pobrecita! Otro ejemplo de su mala suerte —murmuró.

Al cabo se volvió hacia la lámpara y consultó su reloj. Para su sorpresa, eran casi las doce y cuarto. Ahora deseaba haber subido en el coche por el camino lleno de curvas que llevaba a Mistover, plan que no habían adoptado por la enorme longitud del trayecto en comparación con la del sendero para caminantes que descendía por la cuesta de la colina, y el consiguiente aumento del esfuerzo que tendría que hacer el caballo.

En ese momento oyó unos pasos que se acercaban: pero como la luz de las lámparas alumbraba en otra dirección, el recién llegado no resultaba visible. Los pasos se detuvieron y después recomenzaron.

— ¿Eustacia? —dijo Wildeve.

La persona se adelantó y la luz dio de lleno sobre Clym, empapado por la



lluvia, a quien Wildeve reconoció de inmediato; pero Yeobright no reconoció al principio a Wildeve, quien estaba de pie detrás de la lámpara.

Clym se detuvo como dudando de si ese vehículo que aguardaba tendría o no algo que ver con la fuga de su esposa. La aparición de Yeobright hizo desvanecerse al instante la serenidad de Wildeve, quien volvió a verlo como el mortífero rival del cual era necesario mantener apartada a Eustacia costara lo que costase. De ahí que no hablara, con la esperanza de que Clym pasara de largo sin más averiguaciones.

Mientras ambos se mantenían así, presos de la vacilación, se oyó un sonido sordo por encima de los de la tormenta y el viento. Su origen era inconfundible; era el de la caída de un cuerpo en la corriente del vecino río, aparentemente en un punto cercano a la represa.

Ambos se sobresaltaron.

— ¡Santo Dios! ¿Será ella? —dijo Clym.

— ¿Por qué habría de ser ella? —dijo Wildeve, olvidando en medio de su alarma que hasta ese momento había tratado de que el otro no lo identificara.

— ¡Ah!, eres tú, traidor, ¿no es cierto? —exclamó Yeobright—. ¿Qué por qué habría de ser ella? Porque la semana pasada habría puesto fin a su vida de haber podido. ¡Era necesario vigilarla! Toma una de las lámparas y ven conmigo.

Yeobright agarró la que estaba a su lado y se alejó a toda prisa; Wildeve no esperó a coger la otra, sino que tomó de inmediato por el sendero del prado que llevaba a la represa, un poco por detrás de Clym.

La represa de Shadwater tenía a sus pies una gran laguna circular, de cincuenta pies de diámetro, hacia la que fluía el agua a través de diez grandes compuertas, que se subían y se bajaban, como es corriente en esos casos, mediante un cabestrante y unas ruedas dentadas. Los lados de la laguna eran de mampostería, para impedir que el agua tumbara las paredes; pero en invierno la corriente a veces era tan fuerte que erosionaba el muro de contención y lo precipitaba en la cavidad. Clym llegó a las compuertas, cuyo marco estaba removido hasta los cimientos por la velocidad de la corriente. En la laguna, allá debajo, no se distinguía más que la espuma de las olas. Clym subió al puente de tablas que atravesaba el torrente, y agarrado a la barandilla, para que el viento no lo tumbara, cruzó al otro lado del río. Allí se inclinó sobre el muro y bajó la lámpara, sólo para ver el vórtice que formaba en su retroceso la corriente de retorno.

Mientras tanto, Wildeve ya había llegado a la orilla opuesta, y como la luz de la lámpara de Yeobright lanzaba un resplandor borroso y agitado sobre la

laguna de la presa, el ex ingeniero pudo ver el curso de los torrentes que se precipitaban desde las compuertas. En medio de ese tajado y rugoso espejo un cuerpo oscuro era lentamente arrastrado por una de las corrientes de retorno.

— ¡Oh, amor mío! —exclamó Wildeve con voz agónica; y sin dar muestras de suficiente presencia de ánimo ni para quitarse el sobretodo, se lanzó de un salto al caldero hirviente.

Yeobright también había logrado distinguir el cuerpo que flotaba, aunque sin distinguirlo; e imaginando, al ver a Wildeve lanzarse al agua, que todavía había en él un soplo de vida que salvar, estaba a punto de saltar detrás de él. Sin embargo se le ocurrió un plan más inteligente, así que colocó la lámpara contra un poste para que se mantuviera derecha, y tras correr hasta la parte menos profunda de la laguna, donde no había muro, se tiró al agua y braceó audazmente hacía la parte más profunda. Allí perdió pie, y ya nadando, fue arrastrado hasta el centro, donde advirtió a Wildeve que pugnaba por mantenerse a flote.

Mientras se desarrollaban allí esos vertiginosos sucesos, Venn y Thomasin se afanaban por atravesar el margen inferior del páramo en dirección a la luz. No habían estado tan cerca del río como para oír la caída del cuerpo, pero vieron el movimiento de la lámpara del coche y siguieron su desplazamiento hacia el prado. En cuanto llegaron junto al coche y el caballo, Venn adivinó que algo malo ocurría, y se apresuró a seguir el rumbo que marcaba la luz móvil. Venn caminaba más rápido que Thomasin, y llegó solo a la presa.

La lámpara que Clym recostara al poste todavía alumbraba el agua, y el vendedor de almagre vio algo que flotaba inmóvil. Como le estorbaba la niña, corrió de regreso al encuentro de Thomasin.

—Tome a la niña, por favor, señora Wildeve —dijo apresuradamente—. Corra a la casa con ella, llame al mozo de cuadra y haga que me mande a todos los hombres que vivan cerca. Alguien se ha caído a la presa.

Thomasin tomó a la niña y echó a correr. Cuando llegó al coche cubierto, el caballo, fresco aún del establo, se mantenía perfectamente inmóvil, como consciente de la desgracia ocurrida. Se dio cuenta entonces de a quién pertenecía. Casi se desmayó, y no podría haber dado otro paso de no ser porque la necesidad de preservar a su hijita de todo mal templó sus nervios y la hizo desplegar un pasmoso control sobre sí misma. Presa de esa agonía entró en la casa, puso a la niña en un lugar seguro, despertó al mozo y a la sirvienta y corrió para dar la alarma en la casa más cercana.

Diggory, quien había regresado a la orilla de la laguna, observó que las pequeñas compuertas superiores o portones estaban quitadas. Encontró una de ellas sobre la hierba, y tras ponérsela debajo del brazo, y con la linterna en una

mano, entró en la laguna por su parte menos profunda, como hiciera Clym. En cuanto llegó a aguas más profundas se acostó sobre la compuerta; con ese apoyo podía mantenerse a flote todo el tiempo que quisiera, con la lámpara en alto sostenida en su mano libre. Impulsándose con los pies recorrió una y otra vez la laguna, subiendo siempre con ayuda de una de las corrientes de retorno y bajando por el torrente principal.

Al principio no vio nada. Después, en medio del brillo de los remolinos y los blancos coágulos de espuma, distinguió una cofia de mujer que flotaba a la deriva. Buscaba en ese momento debajo del muro de la izquierda, cuando algo subió a la superficie casi a su lado. No era, como esperaba, una mujer, sino un hombre. El vendedor se puso el asa de la linterna entre los dientes, agarró por el cuello de la camisa al hombre que flotaba y sosteniéndose sobre la compuerta con el otro brazo se introdujo en la corriente más fuerte, gracias a la cual el hombre inconsciente, la compuerta y él fueron arrastrados corriente abajo. En cuanto Venn puso el pie sobre los guijarros de la parte menos profunda de la laguna, se incorporó y braceó hacia la orilla. Una vez llegado al punto donde el agua le llegaba más o menos por la cintura, arrojó a un lado la compuerta e intentó arrastrar al hombre. Ello demostró ser una empresa sumamente difícil, y se percató de que la causa era que apretadamente aferrado con los brazos a las piernas del infortunado desconocido había otro hombre, que hasta el momento había permanecido totalmente por debajo de la superficie.

En ese momento el corazón de Venn dio un salto al escuchar unos pasos que corrían hacia él, y dos hombres, a quienes Thomasin despertara, hicieron su aparición en el borde de la laguna, por encima de su cabeza. Ambos corrieron al lugar donde Venn se encontraba y lo ayudaron a sacar a las dos personas, aparentemente ahogadas, a las que separaron y acostaron sobre la hierba. Venn les alumbró las caras. El que había estado más arriba era Yeobright; el que estuviera completamente sumergido era Wildeve.

—Ahora hay que volver a registrar la laguna —dijo Venn—. Hay una mujer allá adentro en algún sitio. Traed una pértiga.

Uno de los hombres fue hasta el puente y le arrancó la barandilla. Entonces, el vendedor de almagre y los otros dos se metieron en el agua por la parte menos profunda, como antes, y uniendo sus fuerzas tantearon en el punto donde la laguna tenía un declive hasta alcanzar su máxima profundidad en el centro. Venn no estaba equivocado al suponer que cualquier persona que se hubiera ido al fondo por última vez sería arrastrada hasta ese sitio, porque cuando habían registrado más o menos hasta la mitad, un obstáculo les impidió hundir la pértiga en el agua.

—Tirad hacia aquí —dijo Venn, y lo acercaron con la pértiga hasta tenerlo

próximo a sus pies.

Venn desapareció bajo el agua y emergió con una brazada de tela mojada que cubría el cuerpo helado de una mujer, que era todo lo que quedaba de la desesperada Eustacia.

Cuando llegaron a la orilla encontraron a Thomasin, transida de dolor, inclinada sobre las dos personas inconscientes que yacían allí. Se trajo el coche y el caballo hasta el punto más cercano del camino, y fue obra de unos pocos minutos colocarlos a los tres en el vehículo. Venn condujo el caballo del cabestro, al tiempo que le daba su brazo a Thomasin para sostenerla, y los dos hombres los siguieron hasta llegar a la posada.

La mujer despertada bruscamente de su sueño por Thomasin se había vestido a toda prisa y encendido un fuego, mientras que la otra sirvienta, que de nada se había enterado, roncaba en paz en la parte trasera de la casa. Se entraron entonces los cuerpos insensibles de Eustacia, Clym y Wildeve y se los colocó sobre la alfombra, con los pies hacia el fuego, y los procedimientos revivificadores que se les ocurrieron fueron adoptados de inmediato, al tiempo que enviaban al mozo de cuadra en busca de un médico. Pero no parecía haber ni el menor soplo de vida en ninguno de los cuerpos. Entonces Thomasin, en quien el estupor causado por el sufrimiento había sido desplazado temporalmente por una frenética actividad, acercó un frasco de amoníaco a las fosas nasales de Clym, después de haber intentado lo mismo con los otros dos, aunque en vano. Clym dejó escapar un suspiro.

— ¡Clym está vivo! —exclamó.

Yeobright pronto comenzó a respirar distintamente, y una y otra vez Thomasin intentó revivir a su esposo por los mismos medios; pero Wildeve no dio ninguna señal de vida. Había buenos motivos para pensar que él y Eustacia estaban ya para siempre fuera del alcance de los perfumes estimulantes. Los esfuerzos de todos no cesaron hasta la llegada del médico, cuando uno por uno, los tres cuerpos inconscientes fueron llevados a los altos y acostados en lechos tibios.

Pronto Venn sintió que ya no resultaba necesaria su presencia, y fue hasta la puerta, casi incapaz todavía de darse cuenta de la extraña catástrofe que le había acaecido a la familia por la cual sentía tanto interés. Sin duda Thomasin quedaría destrozada por el carácter súbito y calamitoso del suceso. Ya no vivía la firme y sensata señora Yeobright para brindarle su apoyo a la gentil joven durante ese calvario; y fuera lo que fuese lo que un observador imparcial pudiera pensar de la pérdida de un marido como Wildeve, no cabía la menor duda de que, por el momento, el golpe la había trastornado y horrorizado. En cuanto a él, como no tenía derecho a ir a su lado para consolarla, no veía ningún motivo para seguir esperando en una casa donde no era más que un

extraño.

Atravesó el páramo hasta llegar a su carro. El fuego aún no se había apagado, y todo estaba como lo había dejado. Venn pensó entonces en su ropa, que estaba saturada de agua hasta pesarle como si fuera de plomo. Se cambió, la extendió delante del fuego y se acostó a dormir. Pero no logró descansar, agitado como estaba por las vívidas escenas de la conmoción en que estaban sumidos los habitantes de la casa de donde saliera, de modo que reprochándose haberse ido, se puso otro traje, cerró la puerta y volvió a atravesar el páramo a toda prisa en dirección a la posada. Aún llovía con intensidad cuando llegó a la cocina. Un brillante fuego chisporroteaba en el hogar, y dos mujeres, una de las cuales era Olly Dowden, se afanaban en el lugar.

— ¿Cómo van las cosas? —dijo Venn en un susurro.

—El señor Yeobright está mejor; pero la señora Yeobright y el señor Wildeve están bien muertos y fríos. El médico dice que ya no había nada que hacer antes de que los sacaran del agua.

— ¡Ah!, eso me pareció cuando los saqué. ¿Y la señora Wildeve?

—Está tan bien como puede esperarse. El médico la hizo meterse entre unas mantas, porque estaba casi tan mojada como los que habían estado en el río, pobrecita. Y tú tampoco pareces muy seco, vendedor.

—Oh, no es gran cosa. Ya me cambié. Esto no es más que un poquito de humedad de volver a caminar bajo la lluvia.

—Ponte junto al fuego. La señora dijo que te dieran lo que pidieras, y lo lamentó cuando le dijeron que te habías ido.

Venn se acercó al hogar y contempló las llamas con aire ausente. De sus sobrecalzas salía un vapor que subía por la chimenea con el humo, mientras él pensaba en los que estaban en los altos. Dos eran cadáveres, uno había apenas escapado de las garras de la muerte, la otra estaba enferma y era viuda. La última vez que estuviera sentado junto a ese hogar había sido cuando se efectuara la rifa; cuando Wildeve estaba vivo y sano; cuando Thomasin se afanaba y sonreía en la habitación contigua; cuando Yeobright y Eustacia acababan de convertirse en marido y mujer; cuando la señora Yeobright vivía en Blooms-End. En esa época, parecía que ese estado de cosas se prolongaría al menos otros veinte años. Sin embargo, de todo ese círculo él era el único cuya situación no había cambiado materialmente.

Mientras meditaba se sintieron unos pasos que bajaban la escalera. Era la nodriza, quien traía en las manos un rollo de papel mojado. La mujer estaba tan absorta en su tarea que casi no advirtió a Venn. Sacó de un armario unos

pedazos de cuerda que extendió sobre el hogar atando el extremo de cada pedazo al morillo, que previamente había estirado hacia delante para ese propósito, y tras desenrollar los papeles mojados comenzó a colgarlos uno a uno de los cordeles a la manera de ropa lavada.

— ¿Qué es eso? —dijo Venn.

—Los billetes del pobre patrón —respondió—. Los encontraron en sus bolsillos cuando lo desvistieron.

— ¿Entonces no iba a volver por un tiempo? —dijo Venn.

—Nunca lo sabremos —dijo la nodriza.

Venn no sentía ningún deseo de marcharse, porque ese techo cobijaba todo lo que le interesaba en el mundo. Como nadie en la casa dormiría más esa noche, salvo los dos que dormían para siempre, no había ninguna razón para que no se quedara. Así que se retiró al nicho junto al hogar donde acostumbrara sentarse y allí continuó, contemplando el vapor que despedían las dos filas de billetes que ondeaban a impulsos del tiro de la chimenea hasta que su flacidez se transformó en crujiente sequedad. Entonces vino la mujer y los descolgó, y, tras doblarlos, los llevó a los altos. Poco después apareció el médico procedente del piso superior con el aspecto de quien ha hecho todo lo que estaba en sus manos; tras ponerse los guantes salió de la casa, y el trote de su caballo en el camino pronto se apagó en la distancia.

A las cuatro se oyeron unos leves golpes a la puerta. Era Charley, a quien enviaba el capitán Vye para preguntar si alguien había sabido de Eustacia. La sirvienta que lo dejó entrar lo miró a la cara como si no supiera qué responderle, y lo hizo pasar a donde estaba Venn, al tiempo que le decía al vendedor de almagre:

— ¿Quieres decírselo tú, por favor?

Venn se lo contó. Charley sólo emitió un leve sonido. Permaneció totalmente inmóvil; y entonces dijo espasmódicamente:

— ¿Podré verla una última vez?

—Me atrevo a decir que sí —dijo Diggory con aire grave—. Pero, ¿no harías mejor en correr a contárselo al capitán Vye?

—Sí, sí. Sólo que quisiera verla una última vez.

—La verás —dijo una voz queda a sus espaldas; y al volverse sobresaltados, vieron, a la débil luz, una figura enjuta, pálida, casi espectral, envuelta en una manta, parecida a Lázaro al salir de la tumba.

Era Yeobright. Ni Venn ni Charley pronunciaron palabra, y Clym continuó:

—La verás. Ya habrá tiempo suficiente para contárselo al capitán cuando se haga de día. Tú también quieres verla, ¿no es cierto, Diggory? Se ve muy hermosa.

Venn asintió poniéndose de pie, y acompañado por Charley siguió a Clym hasta el pie de la escalera, donde se quitó las botas; Charley hizo lo mismo. Siguieron a Yeobright hasta el rellano, donde había una vela encendida que Yeobright tomó en sus manos y con ayuda de la cual los guio hasta una habitación contigua. Allí fue junto al lecho y retiró la sábana.

Permanecieron en silencio contemplando a Eustacia, quien, tendida con la inmovilidad de la muerte, eclipsaba todas sus facetas de viva. La palabra palidez no describía adecuadamente su tez, que parecía ser más que blanca; era casi luminosa. La expresión de su boca finamente dibujada era agradable, como si el sentido de la propia dignidad acabara de impulsarla a dejar de hablar. La rigidez eterna se había adueñado de ella en medio de una momentánea transición entre el fervor y la resignación. Tenía la cabellera negra más suelta de lo que Diggory o Venn vieran nunca, y le circundaba la frente como un bosque. La majestad de su aspecto, casi demasiado marcada para una habitante de una vivienda mural, al fin había encontrado un fondo artísticamente feliz.

Nadie habló, hasta que el cabo de un rato, Clym la cubrió y se apartó del lecho.

—Ahora venid —dijo.

Se dirigieron a un rincón de la misma habitación donde, sobre una cama más pequeña, estaba tendido otro cuerpo: el de Wildeve. En su rostro se advertía menos serenidad que en el de Eustacia, pero exhibía la misma luminosidad juvenil, y el observador menos proclive a la simpatía habría sentido al verlo que había nacido para un destino más alto que este. La única señal que mostraba de su reciente lucha por la vida se hallaba en las puntas de sus dedos, roídas y deshechas por sus intentos, en medio de la agonía, de encontrar un punto de apoyo en el muro de la presa.

Yeobright se había mostrado tan sereno, había pronunciado tan pocos sonidos desde que volviera a aparecer, que Venn lo imaginó resignado. Sólo después de que abandonaran la habitación y llegaran al rellano se hizo evidente su verdadera condición mental. Allí les dijo, con una sonrisa extraviada, inclinando la cabeza en dirección al cuarto donde yacía Eustacia:

—Es la segunda mujer que he matado este año. Tuve una gran responsabilidad en la muerte de mi madre y soy la causa principal de la de ella.

— ¿En qué sentido? —dijo Venn.

—Le dije cosas crueles y se fue de mi casa. No la invité a regresar hasta que ya fue demasiado tarde. Soy yo quien debió ahogarse. Habría sido una caridad para con los vivos que el río me hubiera engullido y la hubiera sostenido a ella sobre la superficie. Pero no puedo morir. ¡Quienes debían haber vivido están muertos; y heme aquí vivo!

—Pero no puede acusarse así de haber cometido un crimen —dijo Venn—. Sería lo mismo que decir que los responsables del asesinato cometido por un niño son sus padres, porque sin ellos el niño nunca habría nacido.

—Sí, Venn, eso es muy cierto; pero no conoces todos los detalles. Si Dios hubiera querido ponerle fin a mi vida, habría sido algo bueno para todos. Pero ya me estoy acostumbrando al horror de mi existencia. Dicen que llega un momento en que los hombres se ríen de sus desventuras debido a su larga relación con ella. ¡Sin duda pronto me llegará ese momento!

—Sus intenciones siempre han sido buenas —dijo Venn—. ¿Por qué dice cosas tan amargas?

—No, no son amargas. Son simplemente irremediables; ¡y lo que más lamento es que ningún juez puede castigarme por lo que he hecho!

\*\*\*\*

## **LIBRO SEXTO.**

### **EL DERROTERO POSTERIOR DE ESTA HISTORIA**

#### **1. La vida sigue su inevitable curso**

La historia de la muerte de Eustacia y Wildeve se repitió en todo Egdon, y mucho más allá, durante semanas e incluso meses. Todos los incidentes del amor que los había unido fueron magnificados, distorsionados, retocados y modificados, hasta que la realidad original conservaba sólo una leve semejanza con la falsa versión que de la misma contaban las lenguas de los alrededores. No obstante, en conjunto, ni el hombre ni la mujer perdieron dignidad debido a su muerte repentina. La desgracia se había abatido sobre ellos con gentileza, truncando sus erráticas historias con una catástrofe, en vez de, como ocurre en muchos casos, menguando sus vidas hasta llegar a convertirlas en una nadería carente de interés merced a largos años de arrugas, abandono y decrepitud.

En quienes tenían una relación más directa con el hecho, el efecto fue un poco diferente. Los extraños, que habían oído hablar de muchos casos



semejantes, simplemente se enteraron de uno más; pero allí donde cae el golpe de manera más inmediata, ninguna representación previa equivale a una preparación apreciable para el mismo. Lo súbito de la pérdida experimentada por Thomasin amortiguó hasta cierto punto sus sentimientos; pero aunque parecería bastante irracional, la conciencia de que el esposo que había perdido debía haber sido un hombre mejor no disminuyó ni un ápice su duelo. Por el contrario, ese hecho pareció al principio engrandecer al esposo muerto a los ojos de su joven esposa, y ser la nube necesaria que demanda todo arco iris.

Pero los horrores de lo desconocido habían pasado. Los vagos barruntos acerca de su futuro de esposa abandonada habían llegado a su fin. Otrora, lo peor había sido cuestión de conjeturas que la hacían temblar; ahora era sólo pasto de la razón, un mal limitado. Conservaba su principal interés en la vida, la pequeña Eustacia. Había humildad en su dolor, su actitud no tenía nada de desafiante; y cuando ello es así, un espíritu sacudido hasta los cimientos es capaz de recobrar la calma.

Si el duelo de Thomasin en ese tiempo y la serenidad de Eustacia en vida hubieran podido reducirse a una medida común, habrían alcanzado casi el mismo registro. Pero la luminosidad anterior de Thomasin oscurecía a la que en una atmósfera sombría era la luz misma.

Llegó la primavera y con ella la calma; llegó el verano y se sintió aliviada; llegó el otoño y comenzó a consolarse, porque su hijita estaba fuerte y feliz, y cada día crecía en tamaño y en inteligencia. Algunos sucesos del mundo exterior resultaron no poco favorables para Thomasin. Wildeve había muerto sin hacer testamento, y ella y la niña eran su única familia. Una vez que se le concedió la administración de los bienes y que se pagaron todas las deudas, el resto de las propiedades del tío de su esposo pasaron a sus manos, momento en el que se supo que la suma que esperaba para ser invertida en su beneficio y el de la niña era ligeramente inferior a las diez mil libras.

¿Dónde viviría? El sitio obvio era Blooms-End. Ciertamente que las antiguas habitaciones no eran mucho más altas que las cubiertas inferiores de una fragata, y que hubo que darle profundidad al suelo para que cupiera el nuevo reloj de pared que se llevó de la posada, además de quitarle los hermosos tiradores de bronce que tenía en la parte superior, antes de que hubiera altura suficiente para que se mantuviera de pie; pero fueran como fuesen las habitaciones, eran muchas, y todos sus recuerdos de épocas tempranas le hacían el lugar muy querido. Clym la aceptó como inquilina con mucho gusto y confinó su propia existencia a dos habitaciones en lo alto de la escalera trasera, donde llevaba una vida retirada, apartado de Thomasin y de las tres sirvientas que a ésta le había parecido adecuado permitirse ahora que había entrado en posesión de una buena suma de dinero, sumido en sus propios pensamientos y dedicado a sus propias cosas.

Las penas habían modificado un poco su apariencia; y, sin embargo, la principal alteración era la que se había producido en su interior. Podría haberse afirmado que su mente había envejecido. No tenía enemigos, y al no lograr que nadie le hiciera ningún reproche, se los hacía a sí mismo amargamente.

Cierto que en ocasiones pensaba que la suerte lo había tratado mal, hasta el punto de afirmar que nacer constituye un palpable dilema, y que en vez de tratar de avanzar en la vida con gloria, los hombres debían calcular cómo retirarse de ella sin vergüenza. Pero no sostenía durante mucho tiempo la opinión de que él y los suyos habían sido tratados burlona e inmisericordemente al ver sus almas cargadas con tales hierros. Ello suele suceder, excepto en el caso de los hombres más inflexibles. Los seres humanos, en su generoso intento de construir una hipótesis que no rebaje a la Causa Primera, siempre han vacilado en concebir un poder absoluto de inferior calidad moral que la propia; e incluso cuando se sientan a llorar junto a las aguas de Babilonia, inventan excusas para la sujeción que les arranca lágrimas.

Así, aunque pronunciar palabras de consuelo en su presencia era un empeño vano, encontraba alivio cuando quedaba a solas en una fuente que él mismo eligiera. Para un hombre de sus costumbres, la casa y las ciento veinte libras anuales que heredara de su madre eran suficientes para proveer a todas sus necesidades materiales. Los recursos no dependen de contar con grandes sumas, sino de la proporción entre gastos e ingresos.

Con frecuencia paseaba a solas por el páramo, y entonces el pasado lo aprisionaba con su mano de sombras y lo retenía allí para que escuchara su historia. Su imaginación poblaba el lugar de sus antiguos habitantes: a su alrededor recorrían los senderos olvidadas tribus celtas, y casi se sentía vivir entre ellas, mirar sus rostros y verlas de pie junto a los túmulos que se alzaban en derredor, intactos y perfectos como en el momento en que los erigieran. Aquellos de los bárbaros de rostros pintados que eligieran los terrenos cultivables eran, en comparación con los que habían dejado allí su huella, como quienes escriben sobre papel al lado de quienes escriben en pergamino. Sus inscripciones habían perecido hacía ya largo tiempo a manos del arado, mientras que la obra de estos se conservaba. Y, sin embargo, todos habían vivido y muerto inconscientes de los destinos diferentes que esperaban a sus reliquias. Ello le recordaba que en la evolución de la inmortalidad operan factores imprevistos.

De nuevo llegó el invierno con sus vientos, sus heladas, sus mansos petirrojos y sus refulgentes estrellas. El año anterior Thomasin casi no había advertido la llegada de la estación; ese año abrió su corazón a las influencias externas de todo tipo. La vida de su dulce prima, su hija y sus sirvientas sólo llegaban a los sentidos de Clym en forma de sonidos que escuchaba a través de

una partición de madera, mientras revisaba libros de una letra excepcionalmente grande; pero su oído terminó por acostumbrarse tanto a esos leves ruidos procedentes de la otra parte de la casa que era casi como si fuera testigo de las escenas que los producían. Un tenue ritmo de medios segundos conjuraba ante sus ojos la imagen de Thomasin que mecía la cuna; un tarareo titubeante, el de su prima que le cantaba a la niña para que se durmiera; un crujido de arena, como entre las piedras de un molino, le hacía ver la imagen de los pesados pies de Humphrey, Fairway o Sam cuando cruzaban el piso de piedra de la cocina; un leve paso infantil y una alegre tonada en un registro agudo le hablaban de una visita del abuelo Cattle; una súbita interrupción de la cháchara del abuelo implicaba que se llevaba a los labios una jarra de cerveza aguada; un ajetreo y puertas cerradas de golpe eran el preludio de una salida al mercado; porque Thomasin, a pesar del reciente incremento de su prosperidad, llevaba una vida ridículamente modesta, con el fin de ahorrar hasta la última libra para su hijita.

Un día de verano Clym se encontraba en el huerto, muy cerca de la ventana del salón, que estaba abierta, como de costumbre. Contemplaba las macetas de flores que estaban en su antepecho; Thomasin las había revivido y restaurado hasta hacerles recobrar el estado en que su madre las dejara. Clym oyó un leve grito de Thomasin, que estaba en la habitación.

— ¡Oh, qué susto me has dado! —le dijo a alguien que había entrado—. Pensé que eras tu fantasma.

Clym sintió curiosidad y avanzó un poco más para mirar por la ventana. Para su sorpresa, en la habitación se encontraba Diggory Venn, quien ya no era vendedor de almagre, sino que exhibía los colores extrañamente cambiados de una tez cristiana corriente, una camisa blanca, un ligero chaleco floreado, un pañuelo de óvalos azules al cuello y un abrigo verde botella. Nada en su aspecto era singular, salvo la gran diferencia con su apariencia anterior. El rojo, y cualquier color cercano al rojo, habían sido cuidadosamente excluidos de todas las piezas de ropa que llevaba; porque, ¿qué temen más quienes acaban de liberarse del yugo del trabajo que aquello que les recuerda el oficio que los ha enriquecido?

Yeobright dio la vuelta hasta la puerta y entró.

— ¡Me alarmé tanto! —dijo Thomasin sonriéndoles alternativamente a uno y al otro—. ¡No podía creer que se hubiera blanqueado solo! Parecía sobrenatural.

—Dejé la venta de almagre en la Navidad pasada —dijo Venn—. Era un oficio rentable, y me di cuenta de que ya había reunido lo suficiente para hacerme con las cincuenta vacas que mi padre tenía en vida. Siempre tuve la idea de que si hacía algún cambio, sería el de volver a ese lugar, y ahora estoy

allí.

— ¿Cómo te las arreglaste para blanquearte, Diggory? —preguntó Thomasin.

—Fue poco a poco, señora.

—Se te ve mucho mejor que antes.

Venn pareció confundido; y Thomasin, al ver cuán imprudentemente se había dirigido a un hombre que posiblemente aún albergara sentimientos amorosos hacia ella, se sonrojó levemente. Clym no advirtió nada y añadió de buen humor:

— ¿Con qué vamos a asustar a la niña de Thomasin, ahora que has vuelto a convertirte en un ser humano?

—Siéntate, Diggory y quédate a tomar el té —dijo Thomasin.

Venn hizo un movimiento como para retirarse a la cocina, momento en el cual Thomasin dijo con agradable coquetería mientras retomaba su costura:

—Por supuesto, lo tomarás con nosotros. ¿Y dónde queda su lechería, señor Venn?

—En Stickleford, como a dos millas al este de Alderworth, señora, donde empiezan los prados. Se me ocurrió que si el señor Yeobright quisiera visitarme de vez en cuando no debía dejar de hacerlo por falta de invitación. No me quedaré a tomar el té esta tarde, gracias, porque tengo algo entre manos que necesito concluir. Mañana es el día del árbol de mayo, y los de Shadwater se han confabulado con unos cuantos de vuestros vecinos para levantar el árbol justo frente a vuestra empalizada, en el páramo, ya que es un hermoso prado —Venn apuntó con el codo hacia el terreno que quedaba frente a la casa—. He estado hablando sobre el tema con Fairway —continuó—, y le dije que antes de plantar el árbol debíamos contar con la señora Wildeve.

—No tengo nada en contra —respondió ella—. Nuestra propiedad no llega ni una pulgada más allá de la empalizada blanca.

—Pero quizás no le guste ver a un montón de personas perder la chaveta alrededor de un palo en sus mismas narices.

—No tengo ninguna objeción.

Poco después Venn se marchó, y a la caída de la tarde Yeobright fue caminando hasta la casa de Fairway. Era un bello atardecer de mayo, y los abedules que crecían en esa margen del vasto erial de Egdon se habían ataviado con sus hojas nuevas, delicadas como alas de mariposas y diáfanas como el ámbar. Junto a la vivienda de Fairway había un rincón formado por una entrada del camino, y allí se habían reunido todos los jóvenes que vivían

en un radio de un par de millas. El árbol de mayo estaba acostado en el suelo con uno de sus extremos apoyado en un caballete, y las mujeres se dedicaban a engalanarlo con flores silvestres desde la punta hasta la base. Los instintos de la Inglaterra feliz sobrevivían allí con excepcional vitalidad, y las costumbres simbólicas que la tradición le ha asignado a cada estación del año aún eran una realidad en Egdon. De hecho, los impulsos básicos de todos los poblados tan apartados como los de allí todavía son paganos; en esos sitios, el homenaje a la naturaleza, la auto adoración, las diversiones frenéticas, ciertos fragmentos de ritos teutónicos en honor a divinidades cuyos nombres todos han olvidado, parecen haber sobrevivido de una u otra manera a la doctrina medieval.

Yeobright no quiso interrumpir los preparativos y regresó a la casa. A la mañana siguiente, cuando Thomasin descorrió las cortinas de la ventana de su cuarto, allí estaba el árbol de mayo en medio del prado, hendiendo el cielo con su punta. Se había levantado durante la noche, o más bien, en la madrugada, como las habichuelas de Jack. Thomasin abrió la ventana para tener una vista mejor de las guirnaldas y los ramilletes que lo adornaban. El dulce aroma de las flores ya había perfumado el aire circundante, que, libre de toda contaminación, le llevó a los labios toda la fragancia procedente de la espiral de capullos que se alzaba en su centro. En lo alto del árbol había unos arcos cruzados cubiertos de florecitas; debajo de ellos, una zona blanca como la leche de mayas; después, una zona de jacintos silvestres, otra de prímulas, otra de lilas, otra de flores del cuclillo, otra de narcisos y muchas más hasta llegar a la base. Thomasin lo apreció todo y se sintió encantada de que la fiesta de mayo se celebrara tan cerca.

Al llegar la tarde comenzaron a congregarse las personas en el prado, y Yeobright se sintió lo bastante interesado como para mirarlas desde la ventana abierta de su cuarto. Poco después, Thomasin salió por la puerta que quedaba inmediatamente debajo de dicha ventana y volvió la vista hacia el rostro de su primo. Llevaba un vestido más alegre que ninguno que Yeobright le hubiera visto después de la muerte de Wildeve, ocurrida dieciocho meses antes; desde el día de su matrimonio no se veía tan arreglada.

— ¡Qué atractiva estás, Thomasin! —dijo Clym—. ¿Es por el árbol de mayo?

—No sólo por eso.

Y después se sonrojó y bajó la vista, de lo cual Clym no tomó nota especialmente, aunque su manera de conducirse le pareció bastante peculiar, si se tenía en cuenta que sólo hablaba con él. ¿Sería posible que se hubiera puesto su ropa de verano para agradarle?

Rememoró la conducta de su prima hacia él durante las últimas semanas, cuando a menudo trabajaran juntos en el huerto, como solían hacerlo cuando

eran niños bajo la mirada de su madre. ¿Y si su interés en él ya no fuera tan enteramente, como antes, el que se tiene por un familiar? Para Yeobright, cualquier posibilidad de esa clase era un asunto serio; y casi se sintió preocupado al pensar en el asunto. Todo latido de un sentimiento amoroso que no se secura en él en vida de Eustacia se había ido con ella a la tumba. Su pasión había nacido demasiado avanzada su madurez como para que quedara a mano combustible para otro fuego semejante, como ocurre en ocasiones con los amores juveniles. Incluso de suponerse capaz de amar de nuevo, ese amor sería una planta de crecimiento lento y laborioso, y al final no resultaría sino canija y enfermiza, cómo un pájaro empollado en el otoño.

Se sintió tan angustiado por esa nueva complicación que cuando llegó la entusiasta banda de instrumentos de metal y comenzó a tocar, cosa que hizo alrededor de las cinco, aparentemente con aire suficiente de parte de sus miembros como para derribar la casa con sus soplidos, salió de sus habitaciones por la puerta trasera, bajó al huerto tras atravesar la verja del soto y desapareció de la vista de todos. No podía soportar permanecer en presencia de tanta diversión, aunque lo había intentado con mucha fuerza.

No se supo de él durante cuatro horas. Cuando regresó por el mismo sendero ya caía la noche, y el relente comenzaba a cubrir todo lo verde. La escandalosa música había cesado; pero como entró a la casa por detrás, no pudo ver si los asistentes a la fiesta ya se habían marchado sino atravesando la parte de la casa que ocupaba Thomasin hasta llegar a la puerta de entrada. Thomasin estaba de pie a solas en el portal.

Lo miró con un reproche.

—Te fuiste justo cuando empezaba, Clym —dijo.

—Sí. Sentí que no podía sumarme. ¿Tú, claro, saliste a reunirte con ellos?

—No, no lo hice.

—Parecías vestida para eso.

—Sí, pero no podía salir sola; había mucha gente. Todavía queda uno.

Yeobright aguzó la vista para ver lo que sucedía en el terreno verde oscuro que quedaba del otro lado de la empalizada, y cerca de la silueta negra del árbol de mayo discernió una forma vaga que caminaba sin rumbo fijo de un lado a otro.

— ¿Quién es? —dijo.

—El señor Venn —dijo Thomasin.

—Creo que habrías debido invitarlo a pasar, Tamsie. Siempre ha sido muy amable contigo.

—Lo haré ahora —dijo Thomasin; y, dejándose llevar por un impulso, atravesó el portillo para llegar adonde se encontraba Venn, bajo el árbol de mayo.

— ¿Es usted el señor Venn? —preguntó.

Venn fingió un sobresalto, como si no la hubiera visto, hombre taimado que era, y dijo:

—Sí.

— ¿Quieres pasar?

—Me temo que...

—Te vi bailar esta tarde, y tus parejas eran las jóvenes más bonitas. ¿No quieres pasar porque prefieres quedarte aquí a recordar esas horas pasadas divirtiéndote?

—Bueno, en parte —dijo el señor Venn, haciendo ostentación de sentimentalismo—. Pero el motivo principal de que me haya quedado aquí es que quiero esperar a que salga la luna.

— ¿Para ver cuán hermoso se ve el árbol de mayo a la luz de la luna?

—No. Para buscar un guante que dejó caer una de las chicas.

Thomasin quedó muda de sorpresa. Que un hombre que debía caminar cuatro o cinco millas para llegar a su casa se quedara esperando allí por ese motivo apuntaba a una única conclusión: debía estar muy interesado en la dueña del guante.

— ¿Bailabas con ella, Diggory? —preguntó con una voz que denotaba que la revelación lo había tornado considerablemente más interesante a sus ojos.

—No —suspiró...

— ¿Entonces no vas a pasar?

—Esta noche no, gracias, señora.

— ¿Quieres que te preste una linterna para que busques el guante de la joven, Venn?

—Oh, no, no es necesario, señora Wildeve, gracias. La luna saldrá en unos minutos.

Thomasin regresó al portal.

— ¿Va a entrar? —dijo Clym, que esperaba en el mismo lugar donde mismo ella lo dejara.

—Esta noche prefiere no entrar —dijo ella, y después pasó a su lado y

entró en la casa, tras lo cual Clym también se retiró a sus habitaciones.

Cuando Clym se fue, Thomasin subió a hurtadillas en la oscuridad y tras detenerse un momento y prestar oído junto a la cuna, para asegurarse de que la niña dormía, fue hasta la ventana, levantó suavemente la punta de la cortina blanca y miró hacia fuera. Venn seguía allí. Thomasin vio aumentar la leve luminosidad que aparecía en el cielo por la colina del este, hasta que finalmente el borde de la luna emergió e inundó el valle con su luz. La silueta de Venn se veía ahora claramente en el prado; se desplazaba inclinado, evidentemente registrando la hierba en busca del precioso artículo extraviado, caminando en zigzag a derecha e izquierda hasta que repasó cada pie de terreno.

— ¡Qué ridículo! —murmuró Thomasin en tono que pretendía ser burlón—. ¡Pensar que un hombre pueda hacer el tonto como para andar así a la luz de la luna detrás del guante de una chica! Y más siendo un ganadero respetable y un hombre de recursos, como es ahora. ¡Qué lástima!

Al fin Venn pareció encontrar el guante, momento en el cual se enderezó y se lo llevó a los labios. Entonces, tras guardárselo en el bolsillo del chaleco — el receptáculo más cercano al corazón de un hombre que permite el vestuario moderno— se fue del valle en una línea matemáticamente recta en dirección a su distante hogar en los prados.

## **2. Thomasin pasea por un paraje lleno de verdor junto a la carretera romana**

Clym no vio mucho a Thomasin durante varios días después de lo anterior; y cuando se encontraban, su prima se mostraba más silenciosa que de costumbre. Al cabo le preguntó en qué meditaba con tanta concentración.

—Estoy completamente perpleja —le dijo Thomasin con toda franqueza—. Ni aunque en ello me fuera la vida logro imaginar quién es la chica de quien Diggory Venn está tan enamorado. Ninguna de las jóvenes que vinieron al árbol de mayo es digna de él, y, sin embargo, tiene que haber estado allí.

Clym trató de adivinar por un momento quién sería la elegida de Venn; pero dejó de interesarse en la cuestión y prosiguió con sus labores de jardinería.

Durante cierto tiempo Thomasin no consiguió aclarar el misterio. Pero una tarde se encontraba en los altos preparándose para dar una caminata cuando se vio en la necesidad de ir al rellano y llamar a Rachel. Rachel era una chica de unos trece años que llevaba a la niña a tomar el aire, y que ahora subió a



atender su llamado.

— ¿Has visto uno de mis guantes nuevos en algún lugar de la casa, Rachel? —inquirió Thomasin—. Es el compañero de este.

Rachel no contestó.

— ¿Por qué no me respondes? —dijo su ama.

—Creo que se perdió, señora.

— ¿Qué se perdió? ¿Quién lo perdió? Sólo los he usado una vez.

Rachel pareció terriblemente perturbada, y al fin rompió a llorar.

—Por favor, señora, el día del árbol de mayo yo no tenía guantes que usar, vi los suyos sobre la mesa y se me ocurrió tomarlos prestados. No quería hacerles ningún daño, pero uno de ellos se me perdió. Me dieron dinero para que le comprara otro par, pero no he podido salir a conseguirlos.

— ¿Quién te dio el dinero?

—El señor Venn.

— ¿Sabía que el guante era mío?

—Sí. Yo se lo dije.

Thomasin se sintió tan sorprendida por esa explicación que olvidó regañar a la chica, quien se escurrió de su presencia en silencio. El único movimiento que hizo Thomasin fue volver los ojos hacia el área de césped donde se alzaba el árbol de mayo. Permaneció un momento pensativa y después se dijo que no saldría esa tarde, sino que trabajaría de firme en el bonito vestido a cuadros de la niña, cortado al través, a la última moda, que aún no había terminado. Cómo se las ingenió para trabajar de firme durante dos horas y no adelantar más de lo que ya estaba hecho habría sido un misterio para cualquiera que no estuviera al tanto de que el reciente incidente era de esos que tienden a desviar la laboriosidad de un canal manual a otro mental.

Al día siguiente realizó sus tareas de costumbre y retomó su hábito de pasear por el páramo en la sola compañía de la pequeña Eustacia, que ya tenía una edad en la que resulta dudoso saber si sus poseedores han sido hechos para andar por el mundo sobre las manos o sobre los pies, de modo que sufren penosas complicaciones al probar ambas formas. A Thomasin le resultaba muy placentero, cuando llevaba a la niña a algún sitio solitario, permitirle un poco de práctica sin testigos sobre el prado verde y el tomillo, que formaban un suave colchón sobre el cual caer a todo lo largo cuando perdía el equilibrio.

En cierta ocasión, cuando aplicaba ese sistema de entrenamiento y se había inclinado para quitar pedacitos de madera, tallos de helechos y otros

obstáculos semejantes del camino de la niña, para que su desplazamiento no se viera prematuramente interrumpido por alguna barrera insuperable de una altura de un cuarto de pulgada, se alarmó al percatarse de que un hombre a caballo se había aproximado casi hasta llegar junto a ellas, ya que la suave alfombra natural había amortiguado el ruido del paso del animal. El jinete, que era Venn, la saludó con el sombrero en alto y le hizo una galante inclinación.

—Diggory, devuélveme mi guante —dijo Thomasin, quien acostumbraba, bajo cualquier circunstancia, a abordar de frente las cuestiones que la preocupaban.

Venn desmontó de inmediato, se llevó la mano al bolsillo del chaleco y le alcanzó el guante.

—Gracias. Fue muy amable de tu parte hacerte cargo de él.

—Es muy amable de su parte decirlo.

—Oh, no. Me alegró mucho saber que lo tenías. Todo el mundo se torna tan indiferente que me sorprendió saber que pensabas en mí.

—De haber recordado lo que fui en otra época no se habría sorprendido.

—Ah, no —dijo ella rápidamente—. Pero los hombres de caracteres como el tuyo son, por lo general, muy independientes.

— ¿Qué carácter es el mío? —preguntó Venn.

—No sé exactamente —dijo Thomasin con sencillez—, salvo que ocultas tus sentimientos detrás de una apariencia de hombre práctico, y sólo los muestras cuando estás a solas.

—Ah, ¿y cómo lo sabe? —dijo Venn estratégicamente.

—Porque —dijo ella, y se interrumpió para enderezar a la niña, que se las había ingeniado para ponerse de cabeza—, porque sí.

—No debe juzgarme como al común de las personas —dijo Venn—. No obstante, por ahora no tengo mucho tiempo que dedicarle a mis sentimientos. Estoy tan metido en este o aquel negocio que mis emociones más delicadas parecerían haberse evaporado. Sí, me he entregado en cuerpo y alma a hacer dinero. Es con dinero con todo lo que sueño.

— ¡Oh, Diggory, qué cosa tan fea! —dijo Thomasin con aire de reproche, al tiempo que lo miraba con aire de encontrarse perfectamente equidistante entre tomar sus palabras en serio o juzgar que habían sido dichas con la intención de burlarse de ella.

—Sí, es una vida bastante aburrida —dijo Venn en el tono anodino de quien está cómodamente resignado a cometer pecados contra los que ya no

puede luchar.

— ¡Y eso tú, que eras tan agradable!

—Bueno, ese es un argumento que me gusta, porque siempre se puede volver a ser lo que se fue.

Thomasin se ruborizó.

—Sólo que ahora resulta más difícil —continuó Venn.

— ¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque es usted más rica que en aquellos tiempos.

—Oh, no, no mucho. He puesto casi todo a nombre de la niña, como era mi deber, con excepción de lo necesario para vivir.

—Eso me alegra, porque facilita que seamos amigos —dijo Venn en voz muy baja, mirándola con el rabillo del ojo.

Thomasin volvió a ruborizarse y tras intercambiar otras pocas palabras de ninguna manera desagradables, Venn se montó en su caballo y se marchó. Esa conversación había tenido lugar en una hondonada del páramo cercana a la vieja carretera romana, que era un sitio muy frecuentado por Thomasin. Y vale la pena señalar que no lo visitó con menos frecuencia en el futuro por haberse encontrado con Venn. Si Venn se abstuvo o no de ir hasta allí en su caballo porque se había encontrado con Thomasin puede fácilmente colegirse a partir de lo que hizo la joven unos dos meses después, en el curso de ese mismo año.

### **3. La seria conversación de Clym con su prima**

Durante todo ese período Yeobright había más o menos sopesado cuál era su deber para con su prima Thomasin. No podía evitar la sensación de que sería un lamentable desperdicio de dulzura que una joven de tan amoroso natural se viera condenada desde esa temprana etapa de su vida a malgastar poco a poco sus seductoras cualidades con la solitaria aulaga y el solitario helecho. Pero lo sentía solo como economista y no como amante. Su pasión por Eustacia había sido una especie de compendio de toda su vida, y nada de esa suprema condición quedaba en él para entregarla a otra persona. Hasta ahí, lo obvio era desechar toda idea de casarse con Thomasin, ni siquiera para complacerla.

Pero eso no era todo. Años atrás, su madre había tenido grandes ilusiones acerca de Thomasin y él. No había llegado a ser positivamente un deseo, pero siempre había sido un sueño favorito. La ilusión en cuestión consistía en que

andando el tiempo llegaran a ser marido y mujer, si con ello no se ponía en peligro la felicidad de ninguno de los dos. Así que, ¿qué otro curso de acción le restaba ahora a un hijo que reverenciara la memoria de su madre como la reverenciaba Yeobright? Resulta un hecho desafortunado que cualquier capricho de los padres, que se habría disipado con media hora de conversación cuando vivían, se ve sublimado por la muerte hasta convertirse en el más absoluto fiat, con resultados para los hijos concienzudos que esos mismos padres, de haber vivido, habrían sido los primeros en condenar.

De haberse tratado sólo del futuro de Yeobright, este le habría propuesto matrimonio a Thomasin de todo corazón. No tenía nada que perder haciendo realidad las esperanzas de su madre muerta. Pero le aterraba la idea de ver a Thomasin casada con el mero cadáver de un amante que se sentía ser. Sólo tres actividades continuaban vivas en él. Una era su paseo casi diario hasta el pequeño cementerio donde reposaba su madre; otra, sus visitas nocturnas igualmente frecuentes al camposanto más distante que contaba a Eustacia entre sus muertos; la tercera era la auto preparación para una vocación que parecía ser la única que podría satisfacer sus anhelos: la de predicador itinerante del onceavo mandamiento. Resultaba difícil creer que Thomasin se sentiría feliz con un esposo con inclinaciones como esas.

No obstante, decidió preguntárselo y dejar que ella decidiera. Fue incluso con una agradable sensación de estar cumpliendo con un deber que bajó a verla una tarde con ese propósito, en el momento en que el sol proyectaba sobre el valle la misma larga sombra de la parte superior de la casa que viera innumerables veces cuando su madre vivía.

Thomasin no estaba en su cuarto y la encontró en el huerto frente a la casa.

—Hace tiempo que quiero decirte algo acerca de un asunto que concierne al futuro de ambos, Thomasin —comenzó.

— ¿Me lo dirás ahora? —lo interrumpió ella rápidamente, ruborizándose al encontrar su mirada—. Detente un minuto, Clym, y déjame hablar a mí primero, porque aunque parezca extraño, yo también he estado queriendo decirte algo.

—Adelante, Tamsie.

—Supongo que nadie puede oírnos —continuó ella echando una ojeada en derredor y bajando la voz—. Bien, primero tienes que prometerme lo siguiente: que no te enojarás ni me dirás nada grave si no estás de acuerdo con lo que te propondré.

Yeobright se lo prometió y Thomasin prosiguió:

—Lo que quiero es tu consejo, porque eres de la familia... quiero decir,

una especie de guardián mío... ¿no es cierto, Clym?

—Bueno, sí, supongo que lo soy; una especie de guardián. De hecho lo soy, por supuesto —dijo totalmente perplejo por el giro que Thomasin le diera a la conversación.

—He pensado en casarme —dijo ella entonces sin más preámbulos—. Pero no me casaré a menos que me asegures que apruebas ese paso. ¿Por qué no dices nada?

—Me has tomado por sorpresa. Pero, aun así, me alegro mucho de escuchar esas noticias. Por supuesto que lo aprobaré, querida Tamsie. ¿De quién se trata? No logro adivinarlo. No, no puedo... ¡es el viejo doctor!... no digo viejo con mala intención, porque después de todo no lo es tanto. Ah, ¡me di cuenta la última vez que te atendió!

—No, no —dijo ella apresuradamente—. Es el señor Venn.

El rostro de Clym adoptó una súbita expresión de gravedad.

— ¡Ya ves, no te gusta, y ojalá no lo hubiera mencionado! —exclamó ella casi petulante—. ¡Y no debí hacerlo, sólo que él me ha insistido tanto que ya no sé qué hacer!

Clym dirigió la vista al páramo.

—Venn me resulta muy simpático —respondió al fin—. Es muy honesto y, al mismo tiempo, muy astuto. Es inteligente también, como prueba el que lo consideres favorablemente. Pero realmente, Thomasin, no es bastante...

— ¿Bastante caballero para mí? Eso es exactamente lo que siento. Lamento ahora haberte preguntado y no volveré a pensar en él. Al mismo tiempo, si es que me caso con alguien, será con él: ¡eso sí te lo aseguro!

—No veo por qué —dijo Clym ocultando con cuidado toda pista acerca de sus frustradas intenciones, que obviamente ella no había adivinado—. Podrías casarte con un profesional, o alguien por el estilo, sólo con irte a vivir a la ciudad y establecer relaciones allí.

—No estoy hecha para vivir en la ciudad, con lo rural y tonta que he sido siempre. ¿No te das cuenta tú mismo de que todas mis costumbres son del campo?

—Bueno, cuando volví de París me daba cuenta, un poco; pero ya no.

—Eso es porque tú también te has vuelto del campo. ¡Oh, no podría vivir en una ciudad por nada del mundo! Egdon es un lugar antiguo y ridículo; pero estoy acostumbrada a él y no podría ser feliz en ningún otro sitio.

—Yo tampoco —dijo Clym.

— ¿Y entonces cómo me dices que debo casarme con un hombre de ciudad? Estoy segura, digas lo que digas, de que si me caso ha de ser con Diggory ¡Ha sido más bondadoso que nadie conmigo y me ha ayudado de muchas maneras que desconozco! —Thomasin casi hizo un puchero.

—Sí, así es —dijo Clym en tono neutral—. Bien, quisiera de todo corazón poder decirte que te casaras con él. Pero no olvido lo que mi madre pensaba sobre el asunto, e iría contra mis convicciones no respetar su opinión. Hay demasiadas razones para que hagamos lo poco que podamos para mostrar ahora nuestro respeto hacia ella.

—Muy bien entonces —suspiró Thomasin—. No diré nada más.

—Pero no estás obligada a obedecer mis deseos. Me limito a decir lo que pienso.

—Oh, no, no quiero mostrarme rebelde en esta cuestión —dijo ella triste—. No debí haber pensado en él; tenía que haber pensado en mi familia. ¡Qué impulsos más malos tengo! —sus labios temblaron y giró el rostro para ocultar una lágrima.

Clym, aunque molesto ante lo que parecía el inexplicable gusto de Thomasin, se sintió aliviado hasta cierto punto al ver que, en todo caso, la cuestión matrimonial en lo que a él se refería estaba concluida. A lo largo de varios días sucesivos la vio en diferentes momentos desde la ventana de su cuarto andando desconsolada por el huerto. Estaba un poco enojado con ella porque hubiera elegido a Venn; después se sintió apenado por haberse convertido en un obstáculo a la felicidad de Venn quien, después de todo, era un joven tan honesto y perseverante como el que más en Egdon, desde que había dado vuelta a la página y emprendido una nueva vida. En resumen, Clym no sabía qué hacer.

La próxima vez que se encontraron, Thomasin dijo abruptamente:

— ¡Es mucho más respetable ahora que entonces!

— ¿Quién? Oh, sí, Diggory Venn.

—Tía sólo se opuso porque era un vendedor de almagre.

—Bueno, Thomasin, quizás no conozco todos los detalles de la voluntad de mi madre. De modo que es mejor que emplees tu propia discreción.

—Siempre sentirás que agravié la memoria de tu madre.

—No. Pensaré que estás convencida de que, de haber visto a Diggory en su situación actual, lo habría considerado un esposo adecuado para ti. Esos son mis verdaderos sentimientos. No vuelvas a consultarme, sino que haz lo que quieras, Thomasin. Yo me sentiré contento.

Hay que suponer que Thomasin quedó convencida, porque unos días después, cuando Clym fue a dar por azar a una parte del páramo que no había visitado en los últimos tiempos, Humphrey, quien se encontraba allí trabajando, le dijo:

—Me alegra ver que la señora Wildeve y Venn se juntaron de nuevo, según parece.

— ¿Se juntaron? —dijo Clym abstraído.

—Sí; y él se las arregla para tropezar con ella cada vez que saca a pasear a la niña cuando hace buen tiempo. Pero, señor Yeobright, la verdad es que me parece que su prima debió haberse casado con usted. Es un desperdicio abastecer dos chimeneas cuando basta con una. Y creo que se la podría quitar si se pusiera para eso.

— ¿Cómo puedo casarme con la conciencia tranquila después de provocar la muerte de dos mujeres? Ni lo pienses, Humphrey. Después de lo que he vivido, me parecería una farsa ir a la iglesia a tomar esposa. Para decirlo con palabras de Job: «Yo me he impuesto la norma de no codiciar ni siquiera a las solteras».

—No, señor Clym, no piense en esas cosas de que les provocó la muerte a dos mujeres. No debería decir eso.

—Bueno, dejémoslo —dijo Yeobright—. Pero en cualquier caso, Dios ha puesto un sello sobre mí que no me dejaría hacer un buen papel en una escena amorosa. Tengo dos ideas en la mente, y sólo dos. Abriré una escuela nocturna; y me haré predicador. ¿Qué me dices a eso, Humphrey?

—Que iré a oírlo de todo corazón.

—Gracias. Eso es todo lo que deseo.

Mientras Clym descendía hacia el valle, Thomasin bajó por el otro sendero y se lo encontró junto a la verja.

— ¿Qué noticias crees que tengo que darte, Clym? —le dijo mirándolo con aire travieso por encima del hombro.

—Puedo adivinarlo —contestó él.

Thomasin lo miró al rostro escrutadoramente:

—Sí, has adivinado. Al final, lo vamos a hacer. Él piensa que bien puedo decidirme, y yo he llegado a pensar lo mismo. Será el 25 del mes próximo, si no tienes ninguna objeción.

—Haz lo que te parezca correcto, querida. Me alegro mucho de que veas claro de nuevo el camino que conduce a tu felicidad. Mi sexo te debe todo tipo

de reparaciones por el trato que recibiste en otros tiempos.

#### **4. La alegría vuelve a reinar en Blooms-End y Clym encuentra su vocación**

Cualquiera que hubiera pasado por Blooms-End a eso de las once de la mañana del día fijado para la boda se habría percatado de que, si bien la casa de Yeobright se encontraba relativamente tranquila, de la vivienda de su vecino más cercano, Timothy Fairway, escapaban sonidos que denotaban una gran actividad. Era fundamentalmente un ruido de pasos que hacían crujir animadamente el piso cubierto de arena al ir de aquí para allá. Sólo se veía a un hombre fuera de la casa, y parecía haber llegado a una cita más tarde de lo que se propusiera, porque se dirigió a la puerta a toda prisa, quitó el cerrojo y entró sin ninguna ceremonia.

La escena que se desarrollaba en el interior no era exactamente la usual. De pie en la habitación estaba el grupito de hombres que constituía lo fundamental del corrillo de Egdon, ya que se encontraban presentes el propio Fairway, el abuelo Cantle, Humphrey, Christian y uno o dos recogedores de turba. Era un día cálido, y los hombres estaban como cosa normal en mangas de camisa, excepto Christian, quien siempre experimentaba un temor nervioso a separarse hasta del menor artículo de su vestuario cuando se encontraba en una casa que no fuera la suya. Sobre la maciza mesa de roble que ocupaba el centro de la habitación había una tela de lino a rayas que el abuelo Cantle sostenía por una punta y Humphrey por la otra, al tiempo que Fairway, con el rostro sudado y surcado por profundas arrugas debido al esfuerzo que demandaba su tarea, frotaba su superficie con una bola amarilla.

— ¿Estáis encerando el forro de un colchón, almas mías? —dijo el recién llegado.

—Sí, Sam —dijo el abuelo Cantle, con el aire de quien se encuentra demasiado ocupado para derrochar palabras—. ¿Quieres que estire esta esquina un poquito más, Timothy?

Fairway le contestó y el encerado prosiguió con renovado vigor.

—Va a ser una buena cama, a lo que parece —continuó Sam después de un intervalo de silencio—. ¿Para quién es?

—Es un regalo para la pareja que va a fundar una nueva familia —dijo Christian, quien se veía inerte y abrumado por la majestad de las operaciones en curso.



—Ah, seguro; y está quedando estupenda, a lo que parece.

—Las camas les gustan mucho a los que no crían gansos, ¿no es verdad, señor Fairway? —dijo Christian, como quien se dirige a un ser omnisciente.

—Sí —dijo el tratante de leña de aulaga al tiempo que se enderezaba, se secaba a conciencia la frente y le daba la cera de abejas a Humphrey, quien lo sustituyó en el encerado—. Y no es que esta pareja tenga necesidad de la cama, pero no está mal mostrarles un poquito de aprecio en este gran jaleo en que les ha dado por meterse. A mis dos hijas les hice colchones cuando se casaron, y hace doce meses que tengo en la casa plumas más que suficientes para otro. Ya está bien, vecinos, creo que le hemos puesto bastante cera. Abuelo Cantle, vira el forro al derecho para poder empezar a echar las plumas.

Cuando ya el forro estuvo al derecho, Fairway y Christian trajeron unos enormes cartuchos de papel, llenos hasta los bordes, aunque ligeros como globos, y empezaron a vaciar su contenido en el receptáculo que acababan de preparar. A medida que vaciaban cartucho tras cartucho, un grácil polvillo hecho de plumones y plumas comenzó a flotar en la habitación en cantidad creciente hasta que, debido a un error de Christian, quien vació el contenido de un cartucho fuera del forro, la atmósfera de la pieza se adensó con copos gigantescos que cayeron sobre los trabajadores como una nevada sin viento.

—Nunca vi a nadie tan torpe como tú, Christian —dijo el abuelo Cantle severo—. Pareces hijo de un hombre que no hubiera salido de Blooms-End en toda su vida, por el poco caletre que tienes. La verdad es que toda la vida de soldado y la inteligencia del padre parecen no haber contado para nada en formar el carácter del hijo. Por lo que hace a ese tonto de Christian igual podría haberme quedado en casa y no haber visto nada, como todo el resto de vosotros. ¡Aunque, en lo que a mí se refiere, es claro que mi carácter temerario para algo me ha servido!

—No me avergüences más, padre; me siento como un insecto. Me temo que no he hecho más que un desastre.

—Vamos, vamos. No te pintes tan bajo, Christian; tienes que poner más de tu parte —dijo Fairway.

—Sí, tienes que poner más de tu parte —le hizo eco el abuelo insistente, como si hubiera sido el primero en sugerirlo—. En puridad todos los hombres debieran casarse o meterse a soldados. Es un insulto a la nación no hacer ni una cosa ni la otra. ¡Yo, gracias a Dios, las hice las dos! No engendrar hombres ni mantenerlos a raya... eso es muestra de un pobre carácter.

—Yo nunca he tenido valor para las armas —dijo Christian titubeante—. Pero en cuanto a casarme, reconozco que he buscado por aquí y por allá, aunque sin muchos resultados. Sí, hay algunas casas que podrían tener a un

hombre al frente —por poca cosa que fuera— que ahora las dirige una mujer sola. Aunque habría sido un problema si hubiera encontrado alguna; porque, mirad, vecinos, no habría quedado nadie en casa para meter en cintura al padre y hacer que se comporte con la decencia que le cumple a un viejo.

—Y buen trabajo que te has buscado con eso, hijo mío —dijo rápido el abuelo Cante—. ¡Ya quisiera yo no tenerle tanto miedo a las enfermedades! ¡Mañana mismo por la mañana saldría a volver a ver el mundo! Pero setentiuno, aunque en casa no se sienten, son muchos años para hacer de trotamundos... Sí, cumplí setentiuno el día de la Candelaria. ¡Dios santo, cuánto me gustaría que fueran guineas y no años! —y el anciano dejó escapar un suspiro.

—No te pongas triste, abuelo —dijo Fairway—. Échale un poco más de plumas al forro del colchón y no pierdas el ánimo. Aunque el tallo está algo machucado todavía eres un viejito con sus hojitas verdes. Mucho tiempo te queda para dar de qué hablar.

— ¡Por Dios que iré a ver a los recién casados esta noche, Timothy! —dijo el abuelo Cante con voz más animada dando una enérgica voltereta—. Iré a verlos esta noche y les cantaré una canción de bodas, ¿eh? Eso es muy propio de mí, ¿sabéis?, y como tal lo tomarán. En el año cuatro gustaba mucho mi «En el jardín de Cupido»; pero me sé otras tan buenas como esa o mejores. ¿Qué os parece esta?

Llamó a su amado

De la celosía

Oh, entra, la noche está fría

— ¡Seguro que les gustará en una ocasión como esta! La verdad es que ahora que lo pienso no me he soltado la lengua con una buena canción desde la noche de San Juan, cuando cantamos la «Siega de la Cebada» en La Mujer; ¡y es una pena no aprovechar los puntos fuertes que uno tiene cuando hay tan pocos con gracia para esas cosas!

—Así mismo es, así mismo es —dijo Fairway—. Ahora dale una sacudida al colchón. Le hemos puesto setenta libras de las mejores plumas, y creo que eso es todo lo que aguanta el forro. Me parece que no nos vendrían mal un bocado y un traguito. Christian, baja los comestibles del armario de la esquina si los alcanzas, amigo, y yo buscaré algo para remojarlos.

Se sentaron a almorzar en medio del local de trabajo, con plumas en derredor, por encima y por debajo, cuyos dueños originales se asomaban de cuando en cuando a la puerta abierta y cloqueaban envidiosos al ver una cantidad tan enorme de sus viejos ropajes.

—Les juro por Dios que me estoy ahogando —dijo Fairway cuando, después de sacarse una pluma de la boca, descubrió algunas que flotaban en la jarra que se pasaban de mano en mano.

—Ya me tragué varias; y una tenía un cañón bastante grande —dijo Sam plácidamente desde un rincón.

—Hala, ¿qué es eso? ¿Es un coche lo que oigo venir? —exclamó el abuelo Cantle levantándose de un salto y yendo a la puerta a toda prisa—. Cómo, son ellos que regresan. No los esperaba en menos de media hora. ¡Qué rápido puede uno casarse cuando se empeña!

—O sí, uno puede hacerlo rápido —dijo Fairway, como si hubiera que añadir algo para que la idea quedara completa.

Se puso de pie y siguió al abuelo, y el resto de los presentes también fue hasta la puerta. Un momento después, les pasó por delante un calesín en el que iban Venn y la señora Venn, Yeobright, y un majestuoso pariente de Venn que había venido de Budmouth para la ocasión. El calesín había sido alquilado en el pueblo más cercano, sin reparar en distancias ni en costos, ya que, en opinión de Venn, no había nada en Egdon Heath suficientemente elegante para un acontecimiento tal cuando la novia era una mujer como Thomasin; y la iglesia está demasiado distante para llegar a ella caminando para una boda.

Cuando el calesín pasó por delante del grupo que había salido corriendo de la casa, sus miembros gritaron «¡Hurra!» y saludaron con las manos; plumas y plumón caían flotando de su pelo, sus mangas y los pliegues de sus vestidos con cada uno de sus movimientos, y los sellos del abuelo Cantle danzaban jubilosos bajo el sol mientras el anciano daba vueltas y vueltas. El conductor del calesín les lanzó una mirada condescendiente; incluso a la pareja de recién casados los trataba con una suerte de indulgencia, porque, ¿quiénes sino paganos, fueran ricos o pobres, podían verse condenados a vivir en un lugar como Egdon, que era el fin del mundo? Thomasin no demostró iguales sentimientos de superioridad hacia el grupo que estaba a la puerta y agitó su mano con la rapidez de un ala en su dirección, al tiempo que le preguntaba a Diggory, con lágrimas en los ojos, si no debían bajar a hablar con esos amables vecinos. Venn, no obstante, sugirió que como todos irían a la casa por la tarde, ello no le parecía necesario.

Tras ese momento de entusiasmo, el grupo que le diera la bienvenida a la pareja reinició su tarea, de modo que el rellenado y el cosido pronto estuvieron concluidos, y Fairway ensilló un caballo, envolvió el engorroso presente y partió con él en su carro hacia la casa de Venn en Stickleford.

Yeobright, quien había desempeñado el papel que naturalmente le correspondía en el servicio matrimonial y regresado después a la casa con los

recién casados, no sentía deseos de participar en el banquete y el baile que culminarían la ocasión. Thomasin se sintió decepcionada.

—Me gustaría estar presente sin enturbiar vuestra alegría —dijo Clym—. Pero sería una especie de convidado de piedra.

—No, no.

—Bueno querida, aparte de eso, me alegraría de que me excusaras. Sé que parezco poco amable; pero, querida Thomasin, me temo que no me sentiría feliz entre vosotros... vaya, ya lo dije. Iré a verte con mucha frecuencia a tu nuevo hogar, así que mi ausencia ahora no tendrá ninguna importancia.

—Entonces me rindo. Haz lo que te resulte más cómodo.

Clym se retiró muy aliviado a sus habitaciones en lo alto de la casa y se dedicó durante toda la tarde a anotar las ideas principales de un sermón con el que tenía la intención de iniciar todo lo que parecía verdaderamente practicable del plan que lo trajera originalmente al lugar, y que desde hacía tanto había tenido en miras con diversas modificaciones, en los buenos y en los malos tiempos. Había puesto a prueba y sopesado sus convicciones una y otra vez, y no veía ninguna razón para alterarlas, aunque había reducido considerablemente el alcance de su proyecto. Su vista, gracias al prolongado disfrute de los aires de su lugar natal, se había fortalecido, aunque no lo suficiente como para garantizar el éxito de su amplio proyecto educativo. No obstante, no se quejaba: había más que suficientes tareas no tan ambiciosas como para consumir todas sus energías y ocupar todo su tiempo.

Cayó la tarde y los ruidos que denotaban vida y movimiento en el piso inferior del domicilio se hicieron más pronunciados; la verja de la empalizada sonaba incesantemente. La fiesta se celebraría en horas tempranas de la tarde, así que todos los invitados ya se hallaban reunidos desde mucho antes de que se hiciera de noche. Yeobright bajó las escaleras de la parte trasera de la casa y emprendió la marcha por el páramo tomando un camino que no pasaba por el frente de la vivienda, con la intención de caminar al aire libre hasta que terminara la fiesta, cuando regresaría a decirles adiós a Thomasin y su esposo antes de que se marcharan. Sus pasos lo llevaron insensiblemente en dirección a Mistover por el mismo sendero que recorriera la mañana terrible en que el hijo de Susan le contara sus extrañas nuevas.

No se desvió hacia la casa de los Nunsuch, sino que prosiguió hasta una eminencia desde la cual se veía toda la zona que otrora fuera el hogar de Eustacia. Mientras permanecía contemplando el paisaje cada vez más oscuro, alguien se le acercó. Clym, que lo veía vagamente, lo habría dejado pasar sin hablarle, si el caminante, que era Charley, no hubiera reconocido al joven y le hubiera dirigido la palabra.

—Charley, hacía mucho tiempo que no te veía —dijo Yeobright—. ¿Paseas muy a menudo por estos sitios?

—No —contestó el mozo—. No salgo a menudo fuera del patio.

—No fuiste al árbol de mayo.

—No —dijo Charley en el mismo tono displicente—. Ya no me interesan esas cosas.

—Le tenías mucho cariño a la señorita Eustacia, ¿no es verdad? —le preguntó Yeobright gentilmente. Eustacia le había contado con frecuencia la inclinación romántica que sentía por ella.

—Sí, mucho. Ah, me gustaría...

— ¿Qué?

—Me gustaría, señor Yeobright, que me regalara algo que le hubiera pertenecido... si no le molesta.

—Lo haré con mucho gusto. Me dará un gran placer, Charley. Déjame pensar qué tengo de ella que pueda gustarte. Pero ven conmigo a la casa, y ya veremos.

Fueron caminando juntos hasta Blooms-End. Cuando llegaron al frente de la casa ya estaba oscuro, y las persianas estaban cerradas, así que no se veía hacia adentro.

—Da la vuelta por aquí —dijo Clym—. Mi entrada, por el momento, es por detrás.

Ambos dieron la vuelta y subieron a oscuras la sinuosa escalera hasta llegar a la sala de Clym en el piso superior, donde este encendió una vela, mientras Charley entraba silenciosamente a sus espaldas. Yeobright rebuscó en su escritorio, encontró un papel de seda, lo desdobló y sacó dos o tres mechones ondulados de pelo oscuro como ala de cuervo, que semejaban arroyos de aguas negras sobre el papel. Seleccionó uno de ellos, lo envolvió y se lo dio al mozo, cuyos ojos se habían llenado de lágrimas. Charley besó el envoltorio, se lo guardó en el bolsillo y dijo con voz emocionada:

— ¡Oh, señor Clym, qué bueno es usted conmigo!

—Te acompañaré parte del camino —dijo Clym.

Y bajaron en medio del ruido de la diversión de los bajos. El sendero que los llevaba hasta el frente de la casa los condujo hasta cerca de una ventanita lateral, a través de la cual los rayos de luz de las velas iluminaban los arbustos. La ventana, que estaba a salvo de la observación general por ese seto, no tenía cerradas las persianas, de modo que una persona ubicada en ese rincón

escondido podía ver todo lo que ocurría en la habitación donde se encontraban reunidos los invitados a la boda, excepto por el obstáculo a la visión que suponía la verdosa antigüedad de los cristales.

—Charley, ¿qué hacen? —dijo Clym—. Mi vista es débil esta noche, y el cristal de esta ventana no es bueno.

Charley se frotó los ojos, a los que la humedad les había hecho ver bastante borroso, y se acercó más al marco de la ventana.

—El señor Venn le está pidiendo a Christian Cantle que cante —contestó—. Y Christian se remueve en su asiento como si lo asustara mucho la petición, y su padre ha empezado a entonar unas estrofas en su lugar.

—Sí, oigo la voz del anciano —dijo Clym—. Así que no habrá baile, supongo. ¿Y está Thomasin en la habitación? Veo algo que se mueve delante de las velas que creo que recuerda su silueta.

—Sí. Y se ve muy feliz. Tiene el rostro encendido y se ríe de algo que le dijo Fairway. ¡Oh, vaya!

— ¿Qué ruido es ese? —dijo Clym.

—El señor Venn es tan alto que se golpeó la cabeza contra la viga al dar un saltito cuando pasaba por debajo. La señora Venn corrió a su lado muy asustada y ahora le puso la mano en la cabeza para ver si tiene un chichón. Y ahora todos se ríen de nuevo como si no hubiera pasado nada.

— ¿A alguno de ellos parece importarle que no esté yo ahí? —preguntó Clym.

—No, ni un poquito. Ahora todos alzan sus vasos y beben a la salud de alguien.

—Me pregunto si será a la mía.

—No, es a la del señor y la señora Venn, porque él está haciendo un discurso muy cordial. Ahora la señora Venn se puso de pie y se fue, creo que a ponerse el abrigo.

—Bien, no se han preocupado por mí, y está muy bien que no lo hayan hecho. Todo es como debe ser, y al menos Thomasin es feliz. No nos retrasemos mucho, porque pronto saldrán para irse a su casa.

Clym acompañó al mozo por el páramo en camino a su casa y al regresar solo un cuarto de hora después, se encontró con Venn y Thomasin, listos para partir, ya que en su ausencia todos los invitados se habían marchado. La pareja de recién casados ocupó sus asientos en el carro de cuatro ruedas con sus dos bancos de extremo a extremo que el ordeñador principal y hombre para todo de Venn trajera desde Stickleford para buscarlos; a la pequeña Eustacia y su

nodriza las colocaron tomando todas las precauciones sobre la portezuela abierta de la parte trasera; y el ordeñador, montando en un viejísimo caballo trotón, cuyos cascos chocaban como címbalos a cada paso, iba en la retaguardia, a la manera de los escuderos del siglo pasado.

—Ahora te dejamos de nuevo en total posesión de tu casa —dijo Thomasin al inclinarse para desearle buenas noches a su primo—. Estarás muy solo, Clym, después de todo nuestro alboroto.

—Oh, eso no es ningún inconveniente —dijo Clym con una sonrisa triste.

Y entonces el grupo se marchó y desapareció en medio de las sombras nocturnas, y Yeobright entró a su casa. El tictac del reloj fue el único sonido que le dio la bienvenida, porque no quedaba ni un alma; Christian, quien hacía las veces de cocinero, valet y jardinero de Clym dormía en casa de su padre. Yeobright se sentó en una de las sillas vacías y permaneció largo tiempo sumido en sus pensamientos. Frente a él estaba la vieja silla de su madre; esa tarde se habían sentado en ella personas que casi no recordaban que fuera suya. Pero para Clym, su madre era casi una presencia en la casa, en ese momento y siempre. Fuera lo que fuese en los recuerdos de los demás, en el suyo era la santa sublime cuyo esplendor ni siquiera su amor por Eustacia empañaba. Pero tenía el corazón apesadumbrado porque su madre no lo había bendecido el día de sus esponsales y en los tiempos en que su corazón se regocijaba. Y los acontecimientos habían confirmado lo acertado de su juicio y demostrado la profundidad de su cariño. Debía haberla escuchado, incluso más por el bien de Eustacia que por el suyo propio.

—Todo fue culpa mía —susurró—. ¡Oh, madre, madre! ¡Si Dios me permitiera empezar a vivir de nuevo y sufrir por ti lo que sufriste por mí!

El domingo después de la boda se produjo un espectáculo extraño en Rainbarrow. A cierta distancia parecía simplemente que en la cima del túmulo había una figura inmóvil, justo como estuviera Eustacia en esa solitaria cumbre unos dos años y medio antes. Pero ahora el tiempo era hermoso y cálido, sólo soplaba una brisa veraniega, y era temprano en la tarde y no un difuso atardecer. Quienes subían hasta las inmediaciones del Barrow percibían que la figura erguida en su centro, que parecía hender el cielo, no estaba, en realidad, sola. A su alrededor, en las laderas del túmulo, cierto número de hombres y mujeres del páramo se encontraban reclinados o sentados con toda comodidad. Escuchaban las palabras del hombre que se hallaba en medio de ellos, quien les predicaba, mientras ellos distraídamente arrancaban brezos, deshojaban helechos o lanzaban guijarros ladera abajo. Se trataba de la primera de una serie de conferencias morales o Sermones de la Montaña que serían pronunciados en ese mismo sitio todos los domingos por la tarde mientras se mantuviera el buen tiempo.

La elevación cimera de Rainbarrow había sido escogida por dos razones: en primer lugar, porque ocupaba una posición central entre las desperdigadas casas de los alrededores; en segundo término, porque el predicador podía ser visto desde todos los puntos cercanos en cuanto llegaba a su puesto, de modo que su presencia era una señal conveniente para los rezagados que desearan acercarse. El orador tenía la cabeza descubierta y cada soplo de brisa le levantaba y después le volvía a bajar suavemente el pelo, que era un tanto ralo para un hombre de su edad, que aún no llegaba a los treintitrés años. Llevaba una visera sobre los ojos, y su rostro era pensativo y estaba surcado por profundas arrugas; pero aunque esos rasgos indicaban deterioro físico, no había ningún defecto en el tono de su voz, que era rica, musical y conmovedora. Afirmaba que sus prédicas serían en ocasiones seculares y en ocasiones religiosas, pero nunca dogmáticas; y que extraería sus textos de todo tipo de libros. Esa tarde, sus palabras fueron las siguientes:

El rey se levantó a recibir a su madre y se inclinó ante ella. Luego volvió a sentarse en su trono y ordenó que trajeran un sillón para su madre; entonces ella se sentó a su derecha, y le dijo:

—Quiero pedirte un pequeño favor. Te ruego que no me lo niegues.

—Pídeme lo que quieras, madre mía —contestó el rey—, que no te lo negaré.

Yeobright había encontrado al fin su vocación en la carrera de predicador itinerante al aire libre y conferencista sobre temas moralmente intachables; y a partir de ese día laboró incesantemente en esa profesión, hablando no sólo en un lenguaje sencillo en Rainbarrow y los poblados de los alrededores, sino con términos más elevados en otros sitios: en escalinatas y pórticos de ayuntamientos, cruces de caminos donde se alzaban mercados, fuentes, explanadas y puertos, parapetos de puentes, graneros y cobertizos, y otros lugares semejantes de los vecinos pueblos y aldeas de Wessex. Dejaba a un lado credos y sistemas filosóficos, ya que encontraba tema más que suficiente para sus palabras en las opiniones y acciones comunes a todos los hombres de buena voluntad. Algunos le creían y otros no; algunos decían que sus palabras eran trilladas, otros se quejaban de su falta de doctrina teológica; y todavía otros comentaban que no estaba mal que un hombre que no tenía vista suficiente para hacer otra cosa se dedicara a predicar. Pero en todas partes era recibido con amabilidad, porque la historia de su vida había llegado a ser ampliamente conocida.

FIN